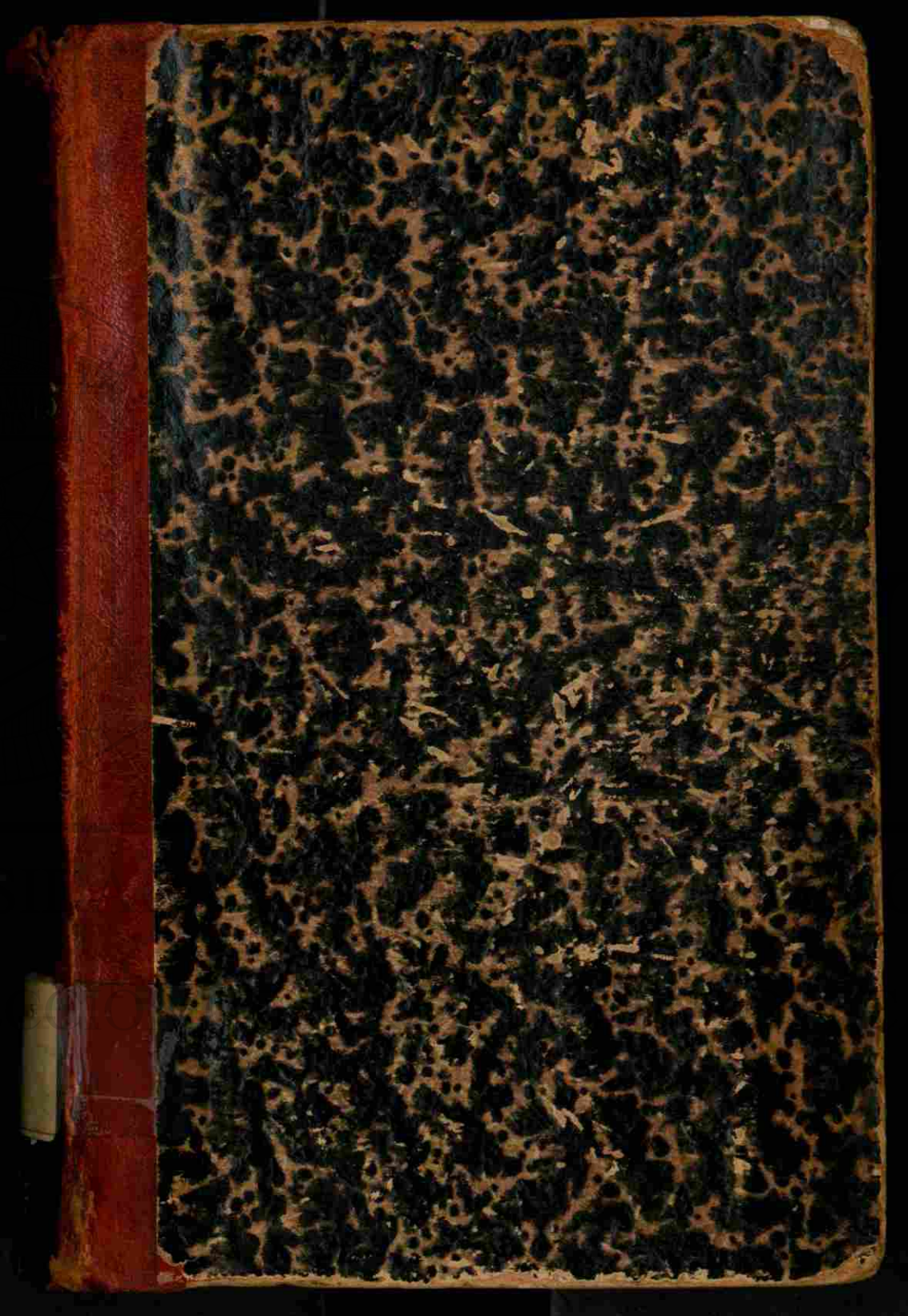


COLOMA

PEQUEÑECES

I-2

PQ6605
.05
P4

C 718 p

1080047409

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

F466.1 .H11 L

CAPILLA ALFONSINA
U.A.N.L.
FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

Núm. Clas NL 863.5
Núm. Autor C718h
Núm. Adq. 33079
Procedencia -5-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

Pequeñeces----

NOVELA ESCRITA

—POR EL—

P. Luis Coloma

—DE LA—

COMPAÑIA DE JESUS.

—TOMO PRIMERO.—

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
MARCO FABIO VIRTUS
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
CAPILLA ALFONSINA

EDICIÓN DE "LA DEFENSA."

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA 52163
DEL ESTADO DE NUEVO LEON
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MONTERREY,

Tip. Católica, calle de Dr. Mier, número 70.

1893

33079

y

UANL
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ6605
05
P9



I.

Something is rotten in the state of Denmark.
Hay algo en Dinamarca que huele á podrido.

Shakspeare—Hamlet.

Las dos torrecillas del colegio se levantaban agudas y airosas como flechas disparadas contra el cielo azul, sereno y radiante, que suele cobijar á Madrid en los primeros días de Junio. La verdura del jardín parecia una esmeralda caida en la arena, un oasis de bosquecillos de lilas que ya se marchitaban y de azucenas que comenzaban á abrirse, perdido en las áridas llanuras que por el lado del colegio rodean á la corte de España. El agua saltaba en las fuentes y corría por los pilones murmurando; oíanse alegres voces de niños en el interior del edificio, gorjeos der ruiseñores y jilgueros en los árboles. y mas allá, pasada la verja, ni niños, ni agua, ni flores, ni pájaros.... Una llanura estéril, un pueblo de barracas, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

allí en el horizonte, lejos, lejos, Madrid, la corte de España, asomando sus cúpulas y sus torres entre esa neblina que pone más de relieve la limpidez de la atmósfera; esa especie de vaho que se levanta de las grandes capitales, semejante á las emanaciones de una hedionda charca.

Terminaba aquel día el curso, había tenido ya lugar la distribución de premios, y llegaba la hora de las despedidas. Cruzábanse por todas partes enhorabuenas y adioses, encargos y recomendaciones y padres, madres, niños y criados, revueltos en confuso tropel, invadían todas las dependencias del colegio, rebosando esa satisfación purísima del premio justamente alcanzado, del trabajo concluido, de la esperanza cierta de descanso; esa ruidosa alegria que despierta en el escolar de todas edades, la mágica palabra: *¡Vacaciones!*

El acto había estado brillantísimo: en el fondo del salón ocupaban un estrado ricamente dispuesto, los cien alumnos del colegio, con sus uniformes azules y plata, agitados todos por la emoción, buscando con los ojitos inquietos, arreboladas las mejillas y el corazón palpitante, entre la muchedumbre que llenaba el local, al padre, á la madre, á los hermanos que habían de ser testigos y partícipes del triunfo. Coronaba el estrado un magnífico cuadro de la dolorosa *Nuestra Señora del Recuerdo*, titular del colegio, y á su derecha presidía el acto el Cardenal Arzobispo de Toledo, bajo riquísimo dosel, y el Rector y profesores del colegio,

sentados en torno. Llenaban el resto del inmenso salón los padres y madres de los niños, alternando la gran señora con la modesta comercianta, el grande de España con el industrial acomodado, alegres todos, satisfechos, mirándose entre sí y sonriendo amigos y desconocidos, como si el sentimiento de la paternidad igualmente herido, acortase las distancias y estrechase las relaciones, despertando en todas las almas idéntica felicidad, la misma dicha, igual deseo de considerarse y abrazarse como hermanos.

La orquesta dió principio al acto, tocando magistralmente la overtura de *Semiramis* El Rector, anciano religioso, honra y gloria de la Orden á que pertenecía, pronunció después un breve discurso, que no pudo terminar. Al fijarse sus apagados ojos, en aquel montón de cabecitas rubias y negras, que atentamente le miraban, apiñadas y expresivas como los angelitos de una gloria de Murillo, comenzó á balbucear, y las lágrimas le cortaron la palabra.

—¡No lloro porque os vais,—pudo decir al cabo. Lloro porque muchos no volverán nunca!....

Lu nube de cabecitas comenzó á agitarse negativamente, y un aplauso expontáneo y bullicioso brotó de aquellas doscientas manitas, como una protesta cariñosa, que hizo sonreir al anciano en medio de sus lágrimas.

El secretario del colegio comenzó á leer en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tónces los nombres de los alumnos premiados: levantbanse éstos ruborosos y aturdidos por el miedo á la exhibición y la embriaguez del triunfo; iban á recibir la medalla y el diploma de manos del Arzobispo, entre los aplausos de los compañeros, los sones de la música y los bravos del público, y volvían presurosos á sus sitios, buscando con la vista en los ojos de sus padres y sus madres, la mirada de inmenso cariño y orgullo legítimo, que era para ellos complemento del triunfo. Un niño pequeñito de ocho años, subió gateando las gradas del estrado, púsose de puntillas para divisar á su madre, vióla á lo lejos, y con la punta del diploma, le envió un beso....Chicos y grandes aplaudieron con entusiasmo, los unos por ese instinto de ángel que hace comprender al niño lo que es santo y bello, los otros por esa tierna simpatía que despiertan en el corazón de todo padre ó madre, cuanto tiende á revelar el puro amor de hijo.

El acto parecía ya terminado: el Arzobispo iba a dar la bendición, y todo el mundo se levantaba para recibirla de rodillas....Un niño blanco y rubio, bello y candoroso como un ángel de Fra Angélico, se adelantó entónces á la mitad del estrado: realzaba el encanto de su edad y su inocencia, ese *no se qué* aristocrático y delicadamente fino, que atrae, subyuga y hasta enternece en los niños de grandes casas, y su larga cabellera rubia cortada por delante como la de un pajecillo del siglo XV, le daba el aspecto de aquel príncipe Ricardo que pintó Millais, en su célebre cuadro *Los hijos de Eduardo*.

Detuviéronse todos á su vista, quedando cada cual en su sitio, en el más profundo silencio. Volvió entónces el niño hácia el cuadro de la Vírgen sus grandes ojos azules, rebosando candor y pureza, y con vocecita de ángel, comenzó á decir: (1).

Dulcísimo recuerdo de mi vida,
Bendice á los que vamos á partir...
¡Oh Vírgen del Recuerdo dolorida,
Recibe tú mi adios de despedida,
Y acuérdate de mí! .....

¡Lejos de aquestos tutelares muros,
Los compañeros de mi edad feliz,
No serán á tu amor jamás perjuros:
Conservarán sus corazones puros.
Se acordarán de tí!

Un aplauso general salió del grupo de los niños, como un grito de entusiasta asentimiento. Los grandes no aplaudían; con el alma en los ojos y las lágrimas en estos, escuchaban inmóviles. El niño se adelantó dos pasos, y llevándose las manitas al pecho, prosiguió lentamente:

Más siento al alejarme una agonía,
Cual no la suele el corazón sentir.....

[1] Esta poesía es original del P. Alarcón, y fué leída en una solemnidad semejante á la que aquí describimos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿En palabras de niño quién confía?
Temo...no sé què temo, Madre mia,
Por ellos y por mi .....

Nadie respiraba: las lágrimas al caer, no hacían ruido. El niño volvió entónces al público los cándidos ojos, con esa mirada vaga de la inocencia que parece investigar siempre algo ignorado, y prosiguió con tristeza que conmovia y sencillez que llegaba al alma:

Dicen que el mundo es un jardín ameno,
Y que áspides oculta ese jardín.....
Que hay frutos dulces de mortal veneno,
Que el mar del mundo está de escollos lleno...
¿Y por qué estará así?

Dicen que por el oro y los honores,
Hombres sin fé, de corazón ruin,
Sacan el manantial de sus amores
Y á su Dios y á su patria son traidores....
¿Por qué serán así?

Dicen que de esta vida los abrojos
Quieren trocar en mundanal festín;
Que ellos, ellos motivan tus enojos,
Y que ese llanto de tus dulces ojos,
¡Lo causan ellos, sí!

Algunas mujeres enrojecieron, porque por la boquita del niño parecia hablar la voz de muchas conciencias; varios hombres bajaron la cabeza, y una voz enérgica, pero alterada

repitió á lo léjos:—¡Sí! ¡Sí!—Era un anciano general, abuelo de un alumno del colegio. El niño parecía conmovido, como pueden estarlo los ángeles á la vista de las miserias humanas; movió tristemente la cabecita, cruzó las manos, y prosiguió con la expresión de un querubin que mira á la tierra:

Ellos, ¡ingratos! de pesar te llenan.....
¿Seré yo también sordo á tu gemir?
¡No!... Yo no quiero frutos que envenenan,
No quiero goces que á mi madre apenan,
¡No quiero ser así!

En los escollos de esta mar bravía
Yo no quiero sin gloria sucumbir;
Yo no quiero que llores por mí un día,
No quieso que me llores, Madre mía.....
¡No quiero ser así!

Y mientras yo respondo á tu reclamo,
Mientras me juzgue con tu amor feliz,
Y ardiendo en este afecto en que me inflamo,
Te diga muchas veces que te amo,
¿Te olvidarás de mí?

¡Ah, no, dulce recuerdo de mi vida!
Siempre que luche en peligrosa lid,
Siempre que llore mi alma dolorida,
Al recordar mi adiós de despedida,
¡Te acordarás de mí!

Y en retorno de amor y fe sincera,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jamàs sin tu recuerdo he de vivir;
Tuya será mi lágrima postrera....
¡Hasta que muera, Madre, hasta que muera,
Me acordaré de ti!

Tú en pago, Madre, cuando llegue el plazo,
De alzar el vuelo al celestial confín,
Estrechándome á tí con dulce abrazo,
No me apartes jamás de tu regazo,
¡No me apartes de tí!

Calló el niño, y no resonó un aplauso: sólo estalló un sollozo que pareció salir de mil pechos por una sola boca, arrastrando los encontrados afectos de amor, ternura, vergüenza, entusiasmo, piedad y arrepentimiento, que en aquellos corazones había despertado la cándida vocecita del niño.....A una señal del Rector, lanzáronse todos los que en el estrado estaban en brazos de sus padres, estallando entónces una verdadera tempestad de besos, gritos, abrazos, bendiciones, llantos de alegría y gemidos de gozo. Sólo el niño que había declamado los versos quedó solitario en su asiento, sin padre ni madre que le recibiera en sus brazos; la pobre criatura dirigió una larga mirada al dichoso grupo, y con sus premios en la mano salió lentamente por una ancha galería, en que comenzaban á amontonar ya los criados, los equipajes de los niños que se marchaban. Había en un extremo un gran mundo, con las iniciales *F. L.* en la tapa, y sobre él se sentó el niño como esperando algo, con

los premios al lado, la cabeza baja y la gorrita en la mano, triste, silencio, inmóvil. La alegre algazara del salón llegaba á sus oidos, y poco á poco fuése levantando su pechito, hinchóse su garganta, y rompió á llorar amargamente, en silencio, sus sollozos, sin suspiros, como lloran los que tienen en el corazón el manantial de sus lágrimas. Los criados comenzaban ya á cargar los equipajes, y los grupos de padres y niños se dirigian á la puerta con alegre barullo, sin que nadie reparase en el niño solitario: á veces, un compañero le daba al pasar una palmada cariñosa, ó un profesor que corría apresurado le enviaba una sonrisa, y el niño sonreía también sorbiéndose las lágrimas.

Una señora gorda, de aspecto bondadoso, hallóse en aquellas apreturas al lado del niño, llevando de la mano á un chiquillo gordiflon, que sólo había obtenido un premio de gimnasia. Notó éste las lágrimas de su compañero, y tirando de las faldas á la señora le dijo al oído:

—Mamá...mamá...—Luján está llorando.

—¿Por qué lloras hijo?—le preguntó la señora compadecida. Si has declamado muy bien. ¿No has sacado premio?....

Púsose el niño muy encarnado, y levantando la cabeza con infantil orgullo, contestó mostrando los que junto á sí tenía:

—Cinco....y dos *excelencias*....

—¡Digo!...¿Cinco premios y todavia lloras?...

El niño no contestó; bajó la cabeza como

avergonzado, y de nuevo corrieron sus lagrimas.

—¿Pero qué tienes, hijo?—in istió la señora. ¿Estas malo?....¿Por qué lloras?

Un inmenso desconsuelo que desgarraba el alma en aquella carita de angel, se pintó en las facciones del niño: con los dientecillos apretados y los ojos rebosando lágrimas y amargura, contestó al cabo.

—Porque estoy solo.—Mi mamá no ha venido. ¡Nadie ha visto mis premios!.....

La señora pareció comprender toda la profunda amargura que encerraba aquel sencillo lamento. Saltáronse las lágrimas, y mientras con una mano acariciaba la rubia cabeza del niño, apretaba con la otra contra su seno la de su hijo, como si temiese que pudiera faltarle alguna vez aquel blando regazo.

—¡Angel de Dios!—decia al mismo tiempo. ¡Pobrecito mio!.....Tú mamá no habrá podido venir: estará fuera sin duda...Como se llama?.....

—La Condesa de Albornoz,—respondió el niño.

Una violenta expresión de ira se pintó en el rostro de la señora, al oir ese nombre: volvióse bruscamente hácia una jóven que la acompañaba, y exclamó con más impetuosidad que prudencia:

—¿Pero has visto?...—Si esto clama al cielo!...¡Picara! ¡Picara madre!...Mientras este angel llora, estará ella escandalizando á Madrid como acostumbra.

—¡Calla, mujer!—replicó la otra mirando con inquietud al niño.

—¿Pero quién ve con paciencia esto?...¡Lástima de hijo para tal madre!...Desde el fin del mundo hubiera venido yo, por ver recibir al mio su premio de gimnasia...¡Anda con Dios, hijo! eso indica que cuando seas grande sabrás tirar de un carro ..¡Con tal que me seas bueno!....¿No es verdad Calisto, vida mí? .....

Y estampaba en las mofletudas mejillas de su hijo, esos estrepitosos y apretados besos de las madres, que parecen mordiscos del alma.

El niño, enjugándose sus grandes ojos de un azul profundo, como el mar visto de léjos, no se enteraba de nada. La señora volvió á decirle:

—Vamos, hijo mio, no llores ... Anda, Calisto, no seas pazguato, dile algo á ese niño... ¿No ves que llora?...¿Cómo te llamas, hijo?...

—Paquito Luján,—respondió el niño.

—Pues no llores, Paquito, que tu mamá te estará esperando en casa .. Mira, Calisto; dale una de las cajas de dulce que te he traido....ó mejor será que le des las dos, yo te compraré otras.

Y como viese que el niño rechazaba la linda cajita de la Mahonesa, que no del todo satisfecho le alargaba Calisto, añadió:

—Tómalas, hijo.....Esta para tí, y la otra para tus hermanos...¿No tienes hermanitos?...

—Tengo á Lili.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Pues llévale una á Lili ... Y llévale también esto .....

Y la buena señora estampó en las mejillas del niño, llenas de lágrimas, otros dos sonoros besos, que en vano pretendía suplir en ellas el calor que le faltaba de los besos de su madre. Un lacayo con larga librea verde aceituna, coronas condales en los botones y sombrero de copa con gran cucarda rizada en la mano, se acercó entónces al grupo.

—Cuando el señorito quiera está esperando el coche, - dijo respetuosamente al niño.

El pobre señorito se levantó de un salto, y abrazando con un movimiento lleno de gracia al gimnasta Calisto, se dirigió á la puerta, sin querer entregar al lacayo el envoltorio de sus premios. En la verja del jardín le detuvo el P. Rector, que allí estaba despidiendo á los niños; besóle Paquito la mano, y abrazándole él cariñosamente, le habló breve rato al oido.

Púsose el niño muy encarnado, corrieron de nuevo sus lágrimas, y con verdadera efusión llevó por segunda vez á sus labios la mano del religioso.

Poco á poco fueron desfilando los carruajes, y cesaron al fin los gritos de despedida.

—¡Adios!.....¡Adios!.....—repetía el anciano.

Todavía aparecían algunas manitas saludando á lo lèjos por las ventanillas de los coches.

—¡Adiós! .... ¡Adiós!....

Ocultáronse al fin todos en el último recodo del camino, y sólo quedó la llanura árida, la polvorienta carretera, el pueblo de barracas, el colegio solitario, silencioso como una jaula de jilgueros vacía, y á lo léjos, acechando entre la bruma, Madrid, la gran charca.

El pobre viejo dejó caer entónces los brazos abatido, bajó tristemente la cabeza y entróse en la capilla murmurando:

¡Oh Vírgen del Recuerdo dolorida!
¿Se acordarán de tí?....

II.

Era aquella misma tarde poca la animación y escasa la concurrencia en el *fumoir* de la Duquesa de Bara. Casi tendida ésta en una *chaise longue*, quejábase de jaqueca, fumando un rico cigarro puro, cuya reluciente anilla acusaba su auténtico abolengo: tenia sobre las faldas, sin anudarlo, un delantillo de finísimo cuero y elegante corte, para preservar de los riesgos de un incendio los encajes de su *matícée* de seda cruda, y sacudía de cuando

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Pues llévale una á Lili ... Y llévale también esto .....

Y la buena señora estampó en las mejillas del niño, llenas de lágrimas, otros dos sonoros besos, que en vano pretendía suplir en ellas el calor que le faltaba de los besos de su madre. Un lacayo con larga librea verde aceituna, coronas condales en los botones y sombrero de copa con gran cucarda rizada en la mano, se acercó entónces al grupo.

—Cuando el señorito quiera está esperando el coche, - dijo respetuosamente al niño.

El pobre señorito se levantó de un salto, y abrazando con un movimiento lleno de gracia al gimnasta Calisto, se dirigió á la puerta, sin querer entregar al lacayo el envoltorio de sus premios. En la verja del jardín le detuvo el P. Rector, que allí estaba despidiendo á los niños; besóle Paquito la mano, y abrazándole él cariñosamente, le habló breve rato al oido.

Púsose el niño muy encarnado, corrieron de nuevo sus lágrimas, y con verdadera efusión llevó por segunda vez á sus labios la mano del religioso.

Poco á poco fueron desfilando los carruajes, y cesaron al fin los gritos de despedida.

—¡Adios!.....¡Adios!.....—repetía el anciano.

Todavía aparecían algunas manitas saludando á lo lèjos por las ventanillas de los coches.

—¡Adiós! .... ¡Adiós!....

Ocultáronse al fin todos en el último recodo del camino, y sólo quedó la llanura árida, la polvorienta carretera, el pueblo de barracas, el colegio solitario, silencioso como una jaula de jilgueros vacía, y á lo léjos, acechando entre la bruma, Madrid, la gran charca.

El pobre viejo dejó caer entónces los brazos abatido, bajó tristemente la cabeza y entróse en la capilla murmurando:

¡Oh Vírgen del Recuerdo dolorida!
¿Se acordarán de tí?....

II.

Era aquella misma tarde poca la animación y escasa la concurrencia en el *fumoir* de la Duquesa de Bara. Casi tendida ésta en una *chaise longue*, quejábase de jaqueca, fumando un rico cigarro puro, cuya reluciente anilla acusaba su auténtico abolengo: tenia sobre las faldas, sin anudarlo, un delantillo de finísimo cuero y elegante corte, para preservar de los riesgos de un incendio los encajes de su *matícée* de seda cruda, y sacudía de cuando

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

en cuando la ceniza, en un lindo barro cocido, que representaba un grupo de amorcillos, naciendo de cascarones de huevo en el fondo de un nido.

Pilar Balsano fumaba haciendo figuras, otro cigarro no tan fuerte, pero sí tan largo como el de la duquesa, y Carmen Tagle se desquijaraba chupando un *entreacto*, que se mostraba algún tanto rebelde.

—Está visto que no tira,—dijo de pronto.

Y para cobrar nuevas fuerzas se bebió poquito á poco, y con aire muy distinguido, una tercera copita de Wisky bastante fuerte, que juntamente con el tè, los *brioches y sandwichs*, habían servido en rico frasco de cristal de Bohemia.

La señora de López Moreno, gorda y majestuosa como las talegas de su marido, contraía sus gruesos labios para chupar un cigarrito de papel, y reíase maternalmente al ver á su hija Lucy, recien salida del colegio, dar pequeñas chupadas en el cigarro mismo de Angelito Castropardo. Chupaba la niña y tosía haciendo monadas, chupaba Angelito para darle magistral ejemplo, y tornaba á chupar y a toser la colegialita, encontrando el juego muy divertido. Parecía complacerla mucho tener por maestro á un Grande de España, y procuraba estudiar el *chic* de aquellas ilustres damas, que como modelos de distinción le proponía su madre. Todavía, sin embargo, encontraban en ellas sus ojos de colegiala, cosas harto extrañas.

Disgustaban á la Duquesa las risotadas de la banquera; pero pasaban de dos millones las hipotecas que el cónyuge de ésta tenía sobre los bienes de aquella, y ante la perspectiva de una prórroga necesaria, era preciso preparar el terreno con paciencia y amabilidades.

Leopoldina Pastor, varonil solterona que pasaba ya de los cuarenta, guapa y muy erudita, despachaba una buena ración de *brioche milanaise*, disputando con D. Casimiro Pantojas, antiguo director de Instrucción pública, académico de la lengua y celebérrimo literato. Habíase inaugurado aquella semana el tranvía del barrio de Salamanca, y lamentábase el académico de que el vulgo de Madrid se empeñase en hacer masculino el nuevo vehículo contra el dictámen de algún colega suyo, que por femenino lo tenía. La señorita de Pastor, ardiente defensora de los fueros gramaticales, prometióle hacer por todas partes propaganda de la *tranvía;* pero escapósele al bueno de D. Casimiro, que era el académico en cuestión D. Salustiano Olózaga, y Leopoldita varió al punto de dictámen, exclamando muy enfadada:

—¡Imposible que sea femenino!....Olózaga es un indecente amadeista, que ha impuesto á Thiers el toison de oro, y eso no se le perdona ninguna alfonsina....¡Pues no faltaba más!...¡El tranvía se dice, y el tranvía se dirá!.....

Y todos convinieron en poner pantalones al tranvía, incluso Fernando Gallarto y Gori-

to Sardona, gomosos de Veloz, y el grave Marqués de Butron, ministro plenipotenciario ántes de la *gloriosa*, y grstrónomo distinguido únicamente después de ella. Era el Marquès en extremo peludo, y la reina Isabel solía llamarle Robinson Grusoé, porque segun aseguraba, sólo en la cara de su ministro plenipotenciario, podía figurarse el famoso náufrago, vestido de pieles, en su isla desierta. Y en honor de la verdad, aquellos destinos del orbe entero, que encerraba Napoleón en el pliegue vertical de su frente, podían quedar entre las cejas del Marqués, perfectamente arropados, como entre dos pellejos de conejo.

Frunció, pues, Butron el formidable pliegue, y mirando la ceniza de su cigarro, dijo solemnemente:

—¡Olázaga!.....El y sólo él sirve de puntal á esta situación que se desmorona.....Sin su habilidad y sus esfuerzos, tendriam s ya la Restauración planteada hace medio año.

Indignáronse mucho las damas, y Carmen Tagle exclamó lastimeramente:

—¡Y tanta apoplegía vacante!...Tanta pulmonía desperdiciada!.....

El Marqués, que estaba realmente al tanto de los manejos de la política reaccionaria, siguió perorando, y Carmen Tagle dejó de prestar atención, para ponerla á lo que pasaba á sus espaldas, detras de un caballete de terciopelo rojo, medio cubierto airosamente con una pieza de seda del siglo XVI, sobre la cual se destacaba una linda acuarela de

Worms. Asomaban por entre las rojas patas del caballete, las faldas de una dama y las piernas de un caballero, y eran estos incógnitos María Valdivieso y Paco Vélez, que sostenian allí hacía media hora una pelotera de dos mil demonios. La colegialita Lucy alargaba también la oreja á ver si pescaba algo, y pescó en efecto por dos ó tres veces el nombre de Isabel Mazacan, y el de cierto actual ministro, muy jóven y muy guapo, llamado García Gomez. A poco hizo otra pesca más gorda; habíasele escapado á la dama un iracundo —¡canalla!—y al caballero una grosera palabrota que hizo á Lucy pegar un respingo, poniéndose muy colorada, y á Carmen Tagle exclamar entre dientes, con su proverbial frescura:

—*¡O mon Dieu; quel gros mot!*.....

Y levantando la voz un poco,—dijo volviendo el rostro hácia el caballete:

—¿Pero María, no vienes?....Mira, que se está enfriando el té.....

Apareció entónces la Valdivieso por el laberinto de monerías y riquezas artísticas que llenaba la pieza, y vino á sentarse junto á Carmen Tagle muy sofocada, y echando por los ojos relámpagos de ira. Paco Vélez salió por el otro lado del escondite con las manos en los bolsillos, coloradas las orejas y mordiéndose los labios, y se detuvo á examinar con aire de inteligente una bellísima lámpara de cobre repujado, que sobre una columna salomónica hacia *pendant* con el caballete.

Lucy, que no conocía á la Valdivieso, preguntó muy bajito á su maestro Castropardo, si aquel otro señor era su marido.

—¡Su marido! ...¡Jesús, y que risa tan grande y tan guasona le entró entónces á Angelito Castropardo!.... ¿Pero de dónde diablos había sacado aquella criatura la peregrina idea de que fuese aquel un matrimonio?.....

¡Como reñian de ese modo!—dijo muy apurada Lucy.

Castropardo sufrió otro acceso de hilaridad, y pudiendo apénas decir entre su risa,—¡pues tiene sombra la preguntita!—fué á contar al oido de la Duquesa la ocurrencia de la colegiala.

Pasóseles por alto á todos los demás este pequeño incidente, distraidos con la negra pintura de la situación actual, que deliberadísimamente les hacia el peludo diplomático; sabía muy bien que eran el brazo derecho de los políticos de la Restauración las señoras de la grandeza, y tenia él á su cargo enardecer y dirigir el celo de tan ilustres conspiradoras. Ellas, con sus alardes de españolismo y sus algaradas aristocráticas, habían conseguido hacer el vacío en torno de D. Amadeo de Saboya y la reina María Victoria, acorralándolos en el Palacio de la Plaza de Oriente, en medio de una corte de *cabos furrieles y tenderos acomodados*, según la opinión de la Duquesa de Bara; de *indecentillos*, añadía Leopoldina Pastor, que no llegaban siquiera á indecentes. Las damas acudian á la Fuente Castellana,

tendidas en sus carretelas, con clásicas mantillas de blonda y peinetas de teja; y la flor de lis, emblema de la Restauración, brillaba en todos los tocados que se lucían en teatros y saraos. Allí mismo y en aquel momento, la señora de López Moreno llevaba una colosal empedrada de brillantes, y con mejor gusto para aquella hora y aquel traje, llevábanla también las otras damas, de oro mate con esmaltes. Leopoldina Pastor, lucía una de trapo del tamaño de una zanahoria, colocada en los más alto de su sombrero.

Pavoroso era el cuadro que el Marqués dibujaba.... Aislado el pobre Rey, miraba sin cesar hácia la frontera, esperando la contestación á su discurso del 3 de Abril, que aún no había tenido respuesta el 21 de Junio. Sucedianse las crisis ministeriales, frecuentes, periódicas, como calenturas de terciana, hasta engendrar un ministerio llamado de Santa Rita, por ser esta Santa abogada de imposibles.

Sublevábanse en las provincias tropas y paisanos, los tenderos se amotinaban en Madrid y daban una pedrada al alcalde, y cinco días antes, el 18 de Junio, un populacho soez recorria las calles, apedreando los cristales, y rompiendo los faroles de la iluminación con que celebraban muchos el aniversario del pontificado de Pio IX, mientras un gentío inmenso de todos los colores y matices, aplaudía en los jardines del Retiro, *El Príncipe Lila*, grotesca sátira en que designaban al monarca reinante, con el nombre de *Marcarroni I.* Va-

rios gomosos del Veloz-Club, de los cuales era uno Paco Vélez, habían pagado á tres saboyanitos, para que escondidos en un palco-proscenio del teatro á que asistía D. Amadeo, interrumpiesen de repente la función, cantando al son de sus violines y arpas, el conocido estribillo:

Cicirinella tenía un gallo
E tutta la notte montaba á cabballo;
Montaba la notte bella,
¡Viva il gallo de Cicirinella!

Divertía esto mucho á las damas, por que claro esta que ello había de allanar el camino de la Restauración, porque ansiosos trabajaban; pero lo temible, lo negro—y el Marqués acentuaba los pavorosos tintes de su rostro, enarcando las pieles de sus cejas—era que los carlistas comenzaban: á removerse en el Norte, y los republicanos en todas partes, y hacíase difícil defender de tanta boca abierta, la única y apetecida tajada.

—La Restauración es coca hecha, concluyó Robinson con acento profético; pero sólo llegaremos á élla atravesando un charco de sangre....Preveo para España un *noventa y tres* con todos sus horrores!! .....

Sobrecogiéronse las damas, y en voz queda, contenida, cual si viesen asomar, como María Antonieta por las ventanas del Templo, la cabeza de la Lamballe clavada en una pica, comenzaron á hablar de la guillotina ..Morir

las aterraba. ¿Qué sabían ellas lo que era morir? Tan sólo lo comprendían en el teatro Real, dejándose caer poco á poco en la poltrona de Violeta Velary, cantando al compás de la orquesta y en los brazos de Alfredo: *Addio d' el ¡passato!*

La Duquesa dijo con voz desfallecida, que élla había visto en Londres, en la galería de Mme. Tussaud, la guillotina misma en que murió Luis XVI. La Sra. de López Moreno se llevó la mano á su gordo pescuezo, como si ya sintiese allí el filo de la fatal cuchilla. Leopoldina Pastor no se asustaba: de morir élla, moriria como Carlota Corday, despachando antes media docena de indecentes como Marat. Carmen Tagle dió un suspiro, sacó un poquito la lengua, y preguntó si aquello dolería mucho

—Tan sólo se siente un ligero fresco,—contestó á lo lejos una voz cavernosa.

Volviéronse todos asustados, creyendo encontrar la sombra de Robespierre, que venía á comunicarles el dictamen de su experiencia...

Tan sólo volvieron á D. Casimiro Pantojas, sonriente, apretándose con una mano el gaznate, rompiendo con la otra el rabo de un conejito de porcelana de Sajonia, que entre mil costosas baratijas adornaba una mesa. Distraido siempre el buen señor, trituraba de contínno lo que cogia al alcence de sus dedos de espárrago, y á estos destrozos sin cuento de muebles y cachivaches, debía el apodo de *el ciclon literario.*

Riéronse todos, y la salida del académico, que no era otra sino el informe de Guillotin á la Asamblea francesa sobre su terrible invento, vino á aclarar algo la sombría atmósfera. Una racha viviente, un huracán femenino que apareció en la puerta, acabó de despejarla del todo: entró Isabel Mazacán, con su paso de Diana cazadora, alta la cabeza, altiva la mirada, demasiado señoril para *cocotte*, demasiado desvergonzada para gran dama.

Besó á la Duquesa, quitóse un guante, bebió dos sorbos de té....

—Butron, un cigarro,—dijo, y con el aplomo de un veterano, de repente, sin preámbulos, hizo estallar esta bomba:

—E tá nombrada la Camarera mayor de Palacio....

La sorpresa hizo saltar en sus asientos á damas y caballeros, y desapareció como por ensalmo la jaqueca de la Duquesa.

—¿Quién es? .....

—¿Pero quién podia ser?.....

Porque ¿quién podia ser en efecto, si la gran habilidad de las señoras alfonsinas habia estado en desairar á la reina María Victoria, dejando vacante el cargo de Camarera mayor, que exige como requisito indispensable la grandeza de España, y es de suyo tan alto y delicado, que no recibe, sino presta autoridad á la persona misma de la Reina?...

—¡Bah!—exclamó al cabo la duquesa; alguna coronela de Alcolea.....

—Alguna burguesa distinguida—dijo Carmen Tagle.

—Miss Zaeo, artista ecuestre, sin repulgos, sin que ninguna dama se espantase, ni ningún caballero le cruzara el rostro de una bofetada, añadió:

—Paca la alta.....*artiste anonyme*.....

Angelito Castropardo, en pié detrás de la gorda López Moreno, la designaba con gesto picaresco, guiñando un ojo como si preguntase si era ella: mas la Mazacan, con mucha pausa y sin que la voluminosa banquera pudiese comprender por la expresión de su rostro qué decía, ni á quién hablaba, le contestó subrayando las palabras:

—No es *gorda* de España....Es *grande* de España....

Recrudecióse la sorpresa con asomos de indignación, y hasta el mesurado diplomático contrajo sus pellejos de conejo, exclamando:

—¡Imposible!....¡Imposible!....

—Será alguna grande de provincia....Alguna indecente que nosotros no conocemos—dijo Leopoldina Pastor.

—No, señor: es grande de la corte, y de la cepa....y me extraña no encontrarla aquí...

—¿Aquí?—gritó la Duquesa irguiéndose amenazadora.

Y revolvió los ojos en todas direcciones, como buscando debajo de alguna mesa ó en lo alto de algun *étagere*, á la nueva Camarera.

—¿Pero quién es?.....¿Quién es?—gritaron todos.

Isabel Mazacan dejaba escapar una sonrisita maliciosa, como quien saborea un triunfo anticipado: presentó una copa á Paco Vélez para que se llenase de Wisky, vacióla de un trago, y acabó al fin de soltar la bomba.

—Curra Albornoz—dijo.

Lo enorme de la afirmación destruyó su efecto. Un —¡Bah!—general de incredulidad brotó de todos los labios, y la Duquesa se hundió de nuevo en las profundidades de su *chaise longue* exclamando:

—¡Eso es un *canard!*

—Sí señor!.....¡Un camelo!.....añadió Gorito muy indignado.

Tocóle la vez de enfurecerse á Isabel Mazacan, y mientras el viejo Brutón disimulaba un repentino sobresalto, como si juzgase aquel nombramiento, cosa de grave peligro, dijo ella muy contrariada por el fiasco de su noticia:

—Pues, señor, ¡me pasmo de su pasmo de ustedes!.....¿A qué viene ese espanto?...¿Acaso Curra ha tenido alguna vez vergüenza?

¡Eso es otra cosa!—replicó con fresquísima naturalidad la Duquesa. Pero la enormidad que tu le atribuyes, sería peor que una culpa; sería una pifia.....¡Camarera mayor de la Cisterna!.....¡Qué ridiculez!...

—Mira que lo sé de buena tinta.....

—Vamos, mujer, dilo sin miedo, que ninguna de nosotras se ha de poner colorada, exclamó María Valdivieso con la intención de

un toro de ocho años. ¿Te lo ha dicho García Gómez?

La Mazacan titubeó un momento, y sin ruborizarse tampoco por las comentadas intimidades que con el lindo ministro tenia, dijo al cabo:

—García Gómez me lo ha dicho.

¡Pues aunque lo diga San García Gómez no lo creo!—replicó impertérrita la Duquesa. Necesitaría yo verla en el coche de la Cisterna para comprender.....

—Ya lo irás comprendiendo, mujer, no te apures,—la interrumpió Isabel Mazacan con mucha soura.....¿Te acuerdas de que Currita estaba en Paris cuando la abdicación de la Reina?..¿Te acuerdas de que nadie se acordó de invitarla á la ceremonia?...Bien se guardó ella de decirlo; pero su marido, ese Villamelón, que tiene más de *melon* que de *villa*, lo dejó escapar una noche en casa de Camponegro...¡Pues ahí tienes la madre del cordero!... Ella no ha perdonado el desaire y quiere ahora sacarse la espina; porque, ¡pásmate, Beatriz, pásmate!...Ni aun siquiera le han ofrecido el cargo; ella, ella es quien lo ha solicitado!!.....

Horrorizáronse todos y la Mazacan continuó:

—Verdad es que se háce pagar carillo, porque ha sacado seis mil duros de sueldo, y. ...

—¿Seis mil duros de sueldo?...¡Qué barbaridad!...Pero si ningun sueldo de Palacio pasó nunca de tres mil duros...

—Pues para Curra pasa de seis mil, porque además de ellos, ha sacado también.....

Aquí intercaló la amiga de García Gómez una risita de todos los diablos, y añadió muy despacio:

—La Secretaría particular de D. Amadeo, para ese Juanito Velarde, que es ahora su consejero íntimo.

—¿Velarde? - exclamó Pilar Balsano muy sorprendida. ¡Yo nada sabía!.....

—¿Ahora te desayunas de eso?.....¡Vamos, Pilar! que estás siempre en Belén con los pastores.....

—Lo veía mucho con Villamelón, pero nada sospechaba...

—¿Y querías mayor indicio?.....En ese matrimonio modelo, son comunes hasta las afecciones; el consejero más íntimo de Currita, es el amigo que Villamelón pasea....En eso conozco yo quién está de turno.

Riéronse todos, como siempre que la Mazacan empuñaba la tijera, y la señora de López Moreno dijo muy satisfecha:

—¡Qué Isabel está!.....¡Con qué gracia crucifica á todo el mundo!.....

No sentó bien á Mazacan aquel familiar *Isabel*, y como no tenía sobre sus tierras hipoteca ninguna de la banquera, la contestó recalcando mucho el nombre de pila de ésta.

—Por eso tengo la seguridad de que á nadie calumnió, mi señora doña Romana.....

La Duquesa, que aún no se daba por convencida, quiso replicar algo; pero el Marqués,

desasosegado y nervioso, impuso silencio, extendiendo una mano que parecía tener como las de Jacob, mitones de cabrito.....

—¡Basta, basta, señores!—dijo; ¡están ustedes jugando con fuego!....

Y lanzando en torno una mirada escrutadora, que brillaba entre sus cejas como el sol entre nubarrones, añadió:

—Todos tenemos aquí los mismos intereses, y se puede hablar claro....De ser cierto lo que Isabel dice, el tal nombramiento traerá cola....Lo de la abdicación es exacto, pero fué un olvido: yo estaba allí también, y me lo contó Pepe Cerneto, y la misma señora me lo repitió, lamentándose de ello....Por eso, cuando noté que Currita se había resentido, escribí yo mismo á la Reina, aconsejándole que la desagraviara .....

—¡Pues muy mal hecho! .. ¡Lástima de tiempo perdido! le interrumpió Isabel Mazacan con un mohín graciosísimo.

—¡No, Isabel, no!.....Que cuando un partido está en desgracia, su política ha de ser siempre la de barrer para dentro!.....Por eso la Señora me contestó hace poco, que la invitaría para la primera Comunión de nuestro Príncipe en Roma....¡Figúrense ustedes el compromiso que será para mí, si la Señora da ese paso en falso!.....¡Jesús, Jesús, qué disparate! ..¿Pero, Isabel, cabeza de pájaro, por qué dijiste eso á mí solo?.....

—¡Pues me gusta la salida!....—¿Para qué se lo guardara V. muy tapadito?.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—¡Pues claro está! ¡para eso mismo! ... Es menester que todo esto quede entre nosotros, y hable yo cuanto ántes con Currita.

—Aquí la tendrá V. de un momento á otro.

—¿Aquí?....

—Aquí mismo....Quedé citada con ella para ir á la visita de los niños de la Inclusa; ella es de la Junta de Damas.

—¡Oh sí!—exclamó Carmen Tagle en tono muy devoto. Currita tiene á esos pobrecitos niños un afecto tiernísimo....

—Maternal—dijo Gorito en el mismo tono.

—Verdaderamente maternal,—repitieron varios muy compungidos; y todos se echaron á reír, incluso la colegialita, con sencillez candorosísima, mientras Butron, muy apurado, repetía con el ademán de Neptuno pacificando los mares.

—¡Juicio, señores, juicio, por Dios!....Que nadie diga una palabra, ni se dén por entendidos con ella, hasta que yo le hable.

—¡Ay, no, no; lo que es eso no! - exclamó la Mazacan muy desolada. Por nada del mundo renuncio yo al gustito de hacerla rabiar un rato.....

—Pero si eso no puede ser cierto.....Si todo podrá arreglarse....

—Pues mientras V. lo arregla, nosotros nos divertimos.....

Butrón quiso invocar los fueros de su autoridad, pero ya era tarde...A traves de la puerta del *fumoir*, vieron todos adelantarse por el salón vecino, á una dama muy pequeñita, flaca, que caminaba con menudos pasos sobre sus altos tacones, dando golpecitos en el suelo, con el regatón del largo palo de su sombrilla de encajes. Tenía el pelo rojo, el rostro lleno de pecas y sus pupilas grises eran tan claras, que parecían borrarse á cierta distancia, haciendo el extraño efecto de los muertos ojos de una estátua.

Al verla Leopoldina Pastor, corrió al soberbio piano de Erard, que estaba en un ángulo; arrancó de un solo tirón la rica y antigua colcha brocada que lo cubría, y se puso á tocar furiosamente el flamante himno de doña María Victoria, una de las intemperancias filarmónicas en que tan fecundo fué siempre el partido progresista. Gorito Sardona saltó frente á la puerta, sobre un *puff* de badana japonesa, y cogiendo á guisa de sombrero una de las bandejas del té, de cincelada plata antigua, se descubrió ante la dama lentamente, tieso, sin mover la cabeza, extendiendo el brazo hasta formar con el cuerpo ángulo recto, como solía saludar por todas partes el rey D. Amadeo.

Currita se detuvo un momento en el dintel, sin perder su aire de niña tímida, de ingénua colegiala; oyó el himno, vió á Gorito, abarcó la situación con una sola y rápida ojeada..... y dobló de repente el cuerpo con distinción exquisita, para contestar al saludo amadeista, con otro saludo de corte, profundo, pausado, á la derecha, á la izquierda, al frente, poniendo en elegantísima caricatura, la ceremoniosa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reverencia usual de la reina doña María Victoria.

III.

El 21 de Junio de 1832 Fernándo VII, arrastrando los piés más por la gota que por los años, y María Cristina, en todo el apogeo de su lozanía y su belleza, sacaban de pila en la colegiata é iglesia parroquial de la Santísima Trinidad, del Real Sitio de San Ildefonso, á un niño que se llamó Fernándo, Cristian, Robustiano, Carlos, Luis Gongaza, Alfonso de la Santísima Trinidad, Anacleto, Vicente.

Era hijo primogénito de los Marqueses de Villamelón, Grandes de España, gentil-hombre él de S. M. el Rey, y dama de honor ella de S. M. la Reina. Fué la última criatura que apadrinó Fernándo en este valle de lágrimas; quince meses después bajó al sepulcro en el Real Palacio de Madrid, cumpliéndose á la letra el símil de la botella de cerveza, con que

el socarrón monarca comparaba á su pueblo. Él era el corcho que saltaba; la revolución el espumoso líquido que se difundía por todas partes.

Aquella misma tarde quiso Fernándo examinar de cerca—á su ahijado, y en su propia cámara, hundido él en su poltrona, puso al recién nacido sobre sus rodillas, abrióle la boquita con un dedo, y metióle dentro su naríz de pura raza borbónica, como si quisiera examinarle la embocadura del exófago. El caso era portentoso, y asustado Fernándo al cerciorarse de ello, retiró la nariz prontamente... El tierno Villamelón había venido al mundo con toda la dentadura completa.

Enrique IV nació con dos dientes, Mirabeau con dos muelas, y quien de tal modo superaba al gran Rey, y se sobreponia al famoso tribuno, preciso era que diese también de sí grandes cosas. Villamelón padre, lloraba de gozo, y el Conde de Alcudia, que allí se hallaba presente, le aconsejó que emplease para la lactancia de su hijo las veintisiete vacas y cuarenta cabras que servían de amas de cría al hipopótamo parvulito, regalo de Abbás-Pachá, que se criaba en París en el jardín de las plantas. Mas Fernándo VII opinó que le diesen de mamar chuletas, y lo destetaran luego con agurdiente, y aquella misma noche envió á su ahijado, como regalo de padrino un gran trinchante de oro macizo, que tenía esculpidas en el cabo las armas de España.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Reina deseó también cerciorarse del prodigio, metiendo la punta de su rosado dedo ne la boca de Villameloncito, y D. Tadeo Calomarde, que llegó en aquel momento, quiso hacer la misma experiencia, introduciéndole el suyo manchado de tinta. Mas el niño apretó entonces fuertemente sus precoces herramientas, haciendo lanzar al ministro un ligero chillido.

—Se conoce que no es tonto,—dijo Fernándo VII.

Rieron todos la agudeza del monarca, y la frase salió de la cámara régia cruzó por los salones, pasó por las antesalas, y al bajar las escaleras, comentábanla ya todos muy admirados del talento de la criatura, asegurando que á los tres días de nacida, había recitado à su augusto padrino el Padre nuestro, el Ave María, parte de la Letanía lauretana, y una fabulita de D. Tomás Iriarte: aquella que empieza.

Por entre unas matas,
Seguida de perros,
No diré corría,
Volaba un conejo....

El caso era prodigioso, y de entónces datá la fama de hombres de talento que había de gozar el Marqués futuro de Villamelón, hasta que los repetidos esfuerzos de sus majaderías dieran con ella al traste.

A los veinte años cumplidos, y puesto ya por muerte de su padre en posesión de su título, entró en la Academia de Artillería, y el año de 59 marchó à la guerra de Africa, á bordo de la escuadra que mandaba el General D. Segundo Herrera. Ansioso de pisar suelo africano y teñir su espada vírgen en sangre agarena, saltó Villamelón á tierra, en el sitio que llaman de Cabo Negro, con ànimos bastantes para atravesar todo Marruecos y llegar à Túnez, donde un su abuelo había ganado la Grandeza, entrando en la Alcazaba con D. Juan de Austria... Mas de repente brotaron de entre las cerradas malezas que cubrían la rojiza playa, como el áspero vello de una fiera bestia, varios riffeños dispersos, que recibieron á los exploradores con el fuego de sus espingardas... Villamelón no titubeó un momento: olvidóse de Marruecos, renunciò á Túnez, y renegó de aquel su abuelo que ganó la Grandeza en la Alcazaba para ganar él la chalupa á toda prisa, y refugiarse en el último rincón de su camarote de la *Blanca*, sin que volviese à subir sobre cubierta, hasta regresar de nuevo á la Península con patente de enfermo. Los riffeños le habian parecido muy feos en aquella corta entrevista, y tan mal educados, que imposible se hacia á toda persona decente tener trato alguno con ellos.

Pidió entónces su retiro y entró en Madrid triunfante como Napolión en París de vuelta de la campaña de Egipto, precedido de la fama de sus hazañas en el combate *terro-naval*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

de Cabo Negro. El combate *terro-naval* corrió por toda la corte, ponderado por el héroe mismo, y un día que daba la guardia en Palacio, como Grande de España, y mencionaba por centésima vez durante la comida el combate *terro-naval* de Cabo Negro, le dijo de pronto la Reina:

Mira, Villamelón; varía alguna vez, y que no sea siempre *terro-naval*.....Siquiera por hoy, que sea *navo-terrestre*.

Y bautizado por los régios labios, *navo-terrestre* quedó Villamelón para todos los días de su vida. Era por aquel tiempo el Marqués, sin ser derrochador, bastante libertino; pero no con aquel aristocrático libertinaje de los Lauzun y los Frousac, señoriles hasta en sus vicios, caballerescos hasta en la familia, que sacudían de sí todo lo vulgar y grosero, con la misma elegante pulcritud con que sacudían el polvillo del perfumado tabaco de sus chorreras de encaje. Su libertinaje era, por el contrario, aquel otro libertinaje tan común en España entre los jóvenes de alta alcurnia; mezcla extraña, tipo híbrido del manolo y del *sportmen*, del gitano y del *muscadin*, que se diría nacido del antitético matrimonio de un torero andaluz con una *soubrette*, parisiense. Harto al cabo de chulas y de *lorettes*, de toros y de *handicaps*, de manzanilla y *champagne*, de callos y de *foie-gras*, resolvió á los treinta años *dar fin;* esto es, casarse.....Mas para que Villamelón *diese fin*, preciso era que alguna hija de Eva *diese principio*, puesto que

por una de esas anomalías que tienen su razón de ser en el torcido criterio de ciertas clases sociales, se ha convenido en que el hombre piense dar fin, en aquel mismo matrimonio en que juzga la mujer dar principio.

El trabajo de la elección, *l' embarras du choix*, como él mismo decía, no fué para Villamelón grande, porque en ningún orden de ideas era descontentadizo. Creía en Dios, como en una persona excelente con quien se cumple de sobra, dejándole de cuando en cuando una tarjeta en el cancel de una iglesia: el hombre era para él un tubo digestivo muy bien dispuesto; la vida una peregrinación, que con la bolsa bien repleta y con el estómago bien lleno, podía hacerse cómodamente; y el matrimónio, la fusión de dos rentas y la prolongación de una estirpe que había de llevar su ilustre nombre, ni más ni menos que llevan el suyo los toros de Veragua ó las yeguas de Mecklemburgo.

Vióse, pues, á Villamelón, el héroe del combate *navo-terrestre* de Cabo Negro, que tanto se había asustado con la desnudez relativa de los riffeños, pedir sin repugnancia y obtener sin espanto, la mano ilustre salvaje completamente desnuda de alma; porque así como en bosques y desiertos se encuentran salvajes que ofenden la decencia con la desnudez de sus cuerpos, así también se encuentran en plazas y salones otros salvajes vestidos por fuera, que insultan el pudor con la desnudez interna de sus almas. Para éllos son del todo inútiles cuantas prendas más ó menos postizas usa la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

humanidad para encubrir sus vicios, y lo mismo el santo rubor que la falsa hipocresía, el noble decoro que la falaz preocupación, les provocan la carcajada de extrañeza qne causó á Cetewayo, destronado rey de los zulús, la camisa que le ofrecían sus vencedores ingleses.

Esta ilustre salvaje civilizada era la Excma. Sra. D.ª Francisca de Borja Solís y Gorbea, Condesa de Albornoz, Marquesa de Catañalzor, dos veces Grande de España por derecho propio, y Marquesa de Villamelón y de Paracuéllar, con otra grandeza, por el héroe de la batalla *navo–terrestre* de Cabo Negro, su ilustre marido.

Pero por una de esas excepciones que apartan en algo al individuo de las reglas generales del tipo, para constituir en él un carácter propio, tenía la Condeza un pudor especial; un extraño pudor, que pudiera muy bien llamarse el pudor de su marido. Porque léjos de ser este matrimonio como tantos otros de su clase, la pareja de perros que se esfuerzan por andar tan apartados, como permite la trahilla harto elástica que los une, veíaseles, por el contrario, siempre juntos en todas partes, abrumando él á élla con cariñosas atenciones, correspondiendo élla á él con monadas de niña tímida, de candorosa colegiala cuyo encantador *enfantillage*, sobrepuesto á su desvergonzado cinismo, traía á la imaginación el extraño fantasma de un caribe bebiendo en delicadísima copita de cristal de Bohemia, poquito á poco y sorbo á sorbito, espumante sangre caliente; de un antropófago que con tenedor y cuchillo de brillantísima plata, se comiese con la mayor pulcritud posible un *beefsteak* de carne humana.

Villamelón, sin embargo, había realizado su ensueño; porque su esposa prolongó su estirpe añadiéndole una niña y un niño, y la renta de él, que según su frase, daba para comer, se unió á la de élla, que daba á su vez para cenar: para comer y cenar, se entiende, con todas las opíparas reglas del arte, porque Villamelón honró siempre su precocidad dentrífica y el trinchante de oro macizo, regalo de su augusto padrino, siendo glotón á la vez que gastrónomo, *gourmand* á la vez que *gourmet;* un tonel sin fondo en cuanto á la cantidad de lo que debía y engullía, y un inteligente Brillat–Savarín en cu nto á la calidad y modo de lo que engullía, sordo siempre á los clamores de la indigestión, que de cuándo en cuándo se encargaba de predicar moral á su estómago.

La esposa, por su parte, era también feliz: zambullida en su desvergüenza, como los héroes griegos en la Estigia, habíase hecho como éllos invulnerable, y con su audacia infinita y su cínica travesura femenina, lograba el único fin de su vida, natural anhelo de su sanidad inmen a: sobreponerse á todo el mundo, ser siempre la primera, y lograr que todas las lenguas le rindiesen vasallaje, ocupándose constantemente para bien ó para mal, que eso poco importaba, de su persona y de sus cosas. De

élla hubiera podido decirse lo que de cierto personaje dijo un escritor elegantísimo: "Si asiste á una boda, quisiera ser la novia; si á un bautizo, el recien nacido; si á un entierro, el muerto."

Y aunque nadie hubiera podido explicar la razón de ser de esta supremacía de que gozaba Currita en la corte, sin embargo, con esa vergonzosa condescendencia para el escandaloso, que es á nuestro juicio el pecado capital de la alta sociedad madrileña, y el origen y fuente de sus deformidades, todo el mundo, desde el caballero cumplido hasta el tahur elegante, desde la dama honrada hasta la hembra sin decoro, se sujetaban á élla de modo más ó menos directo, sin dejar por eso de proclamar que en belleza la aventajaban todas, en alcurnia la igualaban muchas, en riquezas la superaban bastantes, y sólo en audacia y desvergüenza caminaba siempre la primera...¿Sería, pues, esta la razón de ser de aquella supremacía? ¿Será que á fuerza de ver refinado el vicio y respirar la atmósfera del escándalo, llegan ciertas sociedades á la aberración de aquellos pueblos bárbaros que prestan su homenaje mas profundo y su culto más entusiasta al ídolo más monstruoso?....

Limitémonos á indicar el hecho sin tratar de analizarlo, y veamos lo que hizo Currita aquella tarde en casa de la Duquesa de Bara.

Esta se había medio incorporado en su asiento, y Currita llegó hasta ella saludando á derecha é izquierda al son del himno de doña

María Victoria, repitiendo siempre con su cándida risita:

—¡Gracias! ¡gracias, amado pueblo!....

—*¡A tout seigneur, tout honneur!* —le dijo la Duquesa devolviéndole sus besos.

Agrupáronse todos en torno de Currita, que se había sentado junto á la Duquesa, desairando una taza de té que le ofrecían: pidió en cambio una copita de Wisky, porque era de rigor en aquel tiempo, entre algunas damas elegantes que pretendían formar el cogollito de la *créme*, fumar y empinar de la lindo, con mucha distinción y gracia. El respetable Butrón le ofreció un cigarro:

—¡Ay no, no,—dijo élla con su melodiosa vocecita: eso es paja!....Dame tu uno más fuerte Gorito.....

Y mientras Gorito le daba un veguero, capaz de tumbar de espaldas á un sargento de caballería, y lo encendía élla pulcramente con una prosaica cerilla, le dijo la Duquesa:

—¡Pero vamos, mujer...cuenta, cuenta!....

—¿Y qué he de contar yo,—dijo ella entre dos chupadas, si veo que lo saben ustedes todo?.....

—¿Pero es cierto?—preguntó Butrón azorado.

—¡Ciertísimo! —replicó con énfasis Currita.

El peludo Butrón levantó las manos al cielo, la Mazacan paseó por la horrorizada concurrencia una mirada de triunfo, y la Duquesa irguiéndose iracunda, exclamó violentamente:

33079
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—¿Y lo dices con esa frescura?....¿Y tienes valor para venir á decirlo aquí, en mi casa? .....

Currita pareció quedarse sorprendida, casi espantada, y paseando por todo el auditorio sus claros ojos admirablemente azorados, dijo con el tonillo lastimero de una niña á quien amenazan con azotes:

—Pero entendámonos.....—Qué es lo que ustedes saben?....

—Que estás nombrada Camarera mayor de Cisterna.—dijo Isabel Mazacan con todos sus bríos.

Currita pensó desmayarse.

—¿Yo?—dijo con la ruborosa indignación de una virgen de cuya virtud se duda. ¿Y ustedes lo han creído?....

—¡Nadie, nadie!—exclamó Butrón soltando el resoplido inmenso de un gigante, á quien quitan de sobre el pecho una montaña. Nadie ha dudado ni por un momento de tu lealda, hija mía querida, y cree que....

—¡Jesús, señor, qué gentes!...¡qué lenguas!... ¡Qué modo de tergiversar hasta lo más sencillo! —decía Currita con voz debilitada.

Y enjugándose con su finísimo pañuelo una lágrima, que falsa ó verdadera apareció en sus ojos, dejaba ver al descuido la bellísima flor de lis que traía en el pecho, y una magnífica pulsera de oro, en que con gruesos brillantes se leía incrustada la cifra de Isabel II.

—El caso no pudo ser más sencillo,—prosiguió con aquella suave vocecita que jamás de-

jaba un mismo y pausado tono. Ayer, en el Consejillo, trataron del nombramiento de Camarera; porque la verdad es que la posición de esa pobre Cisterna, no puede ser más de sairada....Pues nada, hija; el Ministro de Ultramar (1) tuvo la ocurrencia de proponer que me hicieran á mí la oferta.

—¡Indecente!—gritó Leopoldina Pastor. ¿Y tu marido no le ha dado ya una estocada?...

—Bien la merece; pero después de todo, el pobre Fernándito es quien tiene la culpa,—continuó Currita con aire de pacientísima esposa. Se empeñó en que su amigo Juanito Velarde habia de ser secretario particular de D. Amadeo; habló al Ministro, éste le ayudó, y envalentonado con eso, se ha atrevido á tanto el Sr. Ministro.....Lo que yo le decía á Fernándito; si le das el pié á esa gente, se tomarán la mano....En fin, hija, el Presidente del Consejo en persona, estuvo á hacerme la propuesta.....¡Porsupuesto que yo no lo recibí Fernándito se entendió con él, y tuvieron una escena!.....Yo, muerta de susto, porque creí que lo iba á plantar en la calle, y acabaría la cuestión á tiros....En fin, se fué por donde había venido, con las orejas calientes y sabe

---

[1] Advertimos desde luelo al lector, que ni en éste, ni en ninguno de los personajes que se presentan en los muchos episodios históricos de esta novela desempeñando cargos oficiales, se ha querido retratar ni áun siquiera aludir á los que realmente hubieran podido ocupar aquellos cargos en la época á que nos referimos. Por más que disten mucho ciertas personalidades de ser nos simpáticas, nos inspiran á lo menos compasión, y al fustigar sin piedad al vicio y al escándalo, nos guardamos muy bien de enseñarnos con persona alguna determinada, á que puede el arrepentimiento haber colocado ya al abrigo de toda censura. Con más razón que Crévillen podemos decir nosotros: *Jeu ais aucun fiel á impeschié n a plume.*

Dios lo que en venganza dirán de mí ahora... Esto ha sido todo: por eso, cuando al entrar oí el himno, y ví el saludo de Gorito, creí que era una broma que ustedes me daban.....

Butrón hizo una profunda señal de asentimiento, y la Duquesa, ya amansada del todo y queriendo remediar su anterior arranque, dijo vivamente:

—¿Pero podrías creer otra cosa?

Y cogiéndole la muñeca en que traía la pulsera de Isabel II, besóle la mano con gran cariño, diciendo:

—Si fueras tú Camarera de la Cisterna, merecerías que se te volviese un grillete esta pulsera.

—¿No me la habías visto?—dijo con mucha naturalidad Currita. Me la regaló la Reina el último día de mi santo.

Mientras la de Albornoz hablaba, Isabel Mazacan, muy impaciente, cuchicheaba al oído de Butrón, diciéndole:

—¡Pero qué grandísima embustera!.. ¡Pero qué modo de inventar historias!....¡Mentira, Butrón, mentira todo! ...Si me dijo García Gómez, que justamente en el Consejillo había dado cuenta el Ministro de Ultramar del deseo de ella, y entónces quedó acordado el nombramiento, supuesto la aprobación de la Cisterna ... Hoy, hoy por la mañana, es cuando debe de haber ido el Presidente del Consejo á notificárselo á Currita.

Y luego, no bien cesó de hablar ésta, se

apresuró á decir en voz alta, con marcado aire de triunfo.

—¿Lo ven ustedes?....—¿Lo ven ustedes cómo era lo que yo decía?. ..Lo mismo, lo mismo que está diciendo Curra, fué lo que me contó á mí García Gómez.

Currita, que tenía sobradísimas razones para saber que García Gómez debía de haber dicho cosas muy distintas, dió un par de chupaditas al cigarro, que con tanto hablar ya se apagaba, y dijo á la Mazacan muy despacito:

—Pues mira; también tengo mi quejilla contra....*tú* García Gómez....Porque como Ministro de Estado que es, entretiene sus ocios registrando toda la correspondencia que viene de París ...¡Sí, hija mía, sí; no lo defiendas!....¡En el *gabinete negro* se abre toda la correspondencia antes de que llegue à su destino, y por eso pudo decir en el Consejillo, que ayer vino para mí una carta de la Reina, que debió probar al Ministerio todo lo absurdo de sus pretenciones.

—¿Te ha escrito lo Reina¿.....

—Sí,—replicó Currita: me escribe invitándome para la primera Comunión del Príncipe Alfonso en Roma.....

Y se quedó mirando de hito en hito á Isabel Mazacan, cuyas misteriosas ganas de acompañar á la Reina destronada en aquella expedición, eran de todos conocidas. Esta, que hacía largo rato sentía furiosos hormigueos en la lengua, se aprestó á soltar alguna de sus crudezas. Pero Butrón, que no cabía en sí de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gozo, al ver que su pifia diplomática quedaba orillada, se apresuró á detenerla, llevándosela al hueco de una ventana, donde por algun tiempo dialogaron vivamente.

Mientras tanto, Currita, con la vaga mirada fija en el espacio, como era siempre su extraña costumbre mientras habl. ba, no los perdia de vista, trazando al mismo tiempo su itinerario. A principios de Julio pensaba marchar con Fernandito á Bélgica, para pasar un mes escaso con Mariano Osuna, en su castillo de Beauraing; después no sabia á punto fijo donde iría á esperar el 15 de Octubre, fecha en que estaba citada con la Reina en Marsella, para emprender el viaje a Roma: quizá fuera á Trouville.....El verano anterior lo habia pasado allí en una *villa* preciosa, frente al *Chalet Cordier*, que era el de Mr. Thiers.....Y por cierto que era Thiers un vejete muy simpático, y muy limpio á pesar de ser republicano: su mujer, una *bourgeoise* así, así... vamos, bastante pasable.....¿Pues y la cuñada, Mlle. Dosne, la ninfa Egeria del Presidente?.....Era cosa graciosísima, verla coser los botones de la bata de *son beau frére Adolphe*...Parecia el ama de llaves de un notario acomodado.

—¡Era una trinidad deliciosa!

Y con su ingsnuidad de colegiala, describió entonces Currita con todos sus pormenores, una picantísima caricatura de los esposos Thiers; una indecencia verdusca publicada en Burdeos y recogida al punto por la policía.

—A mí me proporcionó un ejemplar el Duque Decazes, y no pude resistir á la tentación de enviársela por el correo, con una fajita, á Mlle. Dosne.....¡La cara que pondría!... ¡Ella que es tan pulcra, tan comedida!...

Y á renglón seguido, sin transición ninguna, Currita se enterneció profundamente, al pensar en el gozo inmenso que la esperaba en Roma, besando la sandalia del Santísimo Padre Pio IX.....¡Qué figura tan gigantesca la del Pontífice! ¡Qué anciano aquel tan venerable!.....Y todas las señoras comenzaron á ponderar su adhesión al Santo Pio IX, prontas á sacrificarle vida, hacienda, todo, todo menos el alma, p r tenerla ya de antiguo comprometida con el diablo.....Carmen Tagle dijo, que le habia mirado siempre como si fuese su abuelo; la señora de López Moreno añadió muy conmovida, que ella le enviaba todos los años una pipa de doce arrobas, del riquísimo moscatel de sus soleras jerezanas; y la Duquesa, verdaderamente indignada, trajo á la memoria los atropellos á que cinco días antes se habían entregado las turbas, apedreando los faroles de la i uminación con que celebraban los católicos el aniversario del Pontificado del augusto anciano: sólo en el palacio de Medinaceli, rompieron veinte y dos faroles y treinta y siete cristales....¡Y mientras tanto, los Ministros y las autoridades se solazaban en un concierto instrumental, celebrado en Palacio!....¡Qué Gobierno aquel, y qué populacho tan impío y tan asqueroso!...Siquiera ellas,

veneraban la persona del Pontífice, encendiendo faroles en honra suya, y limitabánse tan sólo á apedrear á todas horas la moral divina del Dios á quien aquel representaba.

Esto no lo dijeron, por supuesto, aquellas señoras; pero lo pensó, sin decirlo, D. Casimiro Pantojas, que atentamente las escuchaba, después de haber desorejado á toda una desdichada familia de conejitos de porcelana, y arrancado los rabos á una parejita de *bulldogs*, fabricados en Bristol.

Y en esto concluyó Isabel Mazacan su parte con el Marqués de Butrón, y disculpándose con Currita de no acompañarla á la visita de la Inclusa, por habérsele ya hecho tarde, se marchó al parecer, algún tanto disgustada. Currita decidió entónces volverse á su casa, y el Marqués de Butrón se despidió también en el acto.

—¿Tiene V. coche, Butrón?—preguntó élla al diplomático.

—No,—respondió este presuroso, aprovechando la ocasión que tan pronto se le ofrecia, de hablar á solas con Currita.

—Pues le llevaré á V. en mi berlina á donde quiera.

—A la calle de Isabel la Católica...—Tengo que hacer en la embajada alemana.

—Justamente me coge al paso.

Currita bajó las escaleras apoyada en el brazo de Butrón, encontrando al piè su berlina, preciosa moneria, verdadero juguete forrado de raso azul con botones de terciopelo, que

parecia el delicado estuche destinado á guardar una joya.

El diplomático no las tenía todas consigo: para él era evidente que Isabel Mazacan no exageraba ni mentia, al repetir las noticias del lindo Ministro García Gómez. ¿Pero cómo interpretar entónces la repentina mudanza de Currita? La oportuna carta de la reina Isabel podía explicarla por completo, porque el olvido de la abdicación quedaba con élla satisfecho, y desagraviada Currita, pudo á tiempo renunciar á su revancha. Tranquilo por esta parte Butrón, quiso, sin embargo, asegurar más y más al partido la alianza preciosa de Currita; porque hay ciertas políticas indecorosas y á la larga funestas, que áun tendiendo á fines honestos, no saben prescindir de individualidades asquerosas. *Barrer para dentro*, era la política de Butrón, como si la basura sirviera en alguna parte para otra cosa que para infestar el recinto que la encierra.

Fuése, pues, derecho al bulto, no bien el coche se puso en movimiento, y apoyado en la autoridad de sus años, en la confianza del parentesco que con Villamelón tenía, y en su dignidad de jefe de la *brigada femenina* conspiradora, le pidió categóricas explicaciones del hecho....Mas Currita volviendo á abrir palmo y medio los claros ojos, muy espantada y ofendida, y casi llorosa, se limitó á repetir la historia ya referida, con nuevas afirmaciones y protestas....Suponer otra cosa, era un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

insulto verdadero. ¿Por quién se la tomaba á élla? ¿Pues no había dado toda su vida pruebas del más leal afecto á la real familia?...¿Y aun cuando élla fuese capaz de semejante infamia, se la hubiera permitido acaso Fernándito, cuyo sangre había corrido en el combate *navo-terrestre* de Cabo Negro, al grito de Isabel II? ...Justamente tenía él tal odio á la intrusa casa de Saboya, que jamás ponía el sello de una carta, sin colocar al pobre D. Amadeo con la cabeza para abajo. ¡Que lo había dicho Isabel Mazacan, cuyas intimidades con el Ministro revolucionario debían hacerla á ella misma tan sospechosa!....¿Pues no sabía todo el mundo que la tal Condesa de Mazacan era una intrigante, que andaba detrás del viaje á Roma con la Reina, para tapar à García Gómez ciertos lios antiguos que debía de arreglar allí con un príncipe italiano?....

Y tales cosas dijo Currita, y tales protestas hizo, y con tal acento las pronunció, que el mismo Butrón, con ser tan ducho, se quedó perplejo, y entre las afirmaciones contrarias de aquellas dos Condesas igualmente tramposas, sólo sacó en claro una nueva confirmación de aquel principio práctico, que de toda la vida había profesado: La mujer aborrece á la serpiente, por celos y envidias del oficio.

Mientras tanto, la berlina corría desempedrando las calles y doblando las esquinas, con esas airosas vueltas que imprime á un fogoso tronco al hábil mano de un cochero experto. A la mitad de la calle del Turco, y dominando el ruidoso rodar del carruaje, llegó á oídos de la pareja un extraño rumor lejano; esa especie de sordo mugido, amenazador, imponente, que sólo es común al mar encrespado y à las muchedumbres alborotadas... Currita y Butrón miráronse sorprendidos, y repararon entónces en algunos transeuntes que venían presurosos de la calle de Alcalá, y en el conserje de la escuela de Ingenieros, que cerraba apresuradamente la puerta de este edificio. Era esto harto común en aquellos tiempos de alborotos continuos, y la berlina avanzó sin acortar su carrera, hasta la calle de Alcalá, para tomar luego por la del Barquillo.

Era esto, sin embargo, imposible; un largo y compacto cordón humano, compuesto de una muchedumbre heterogènea y abigarrada, llenaba de un cabo á otro la calle de Alcalá. cubriéndola en toda la gran extensión que por ambos extremos abarcaba la vista.....

Era aquella una manifestación pacífica de la democracia, que con grandes clamores, y largos garrotes y extrañas banderas enarboladas, se dirigía á Palacio pidiendo la entrada en el Ministerio de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

El cochero de Currita, Tom Sickles, enorme tipo del automedonte británico, que pedía á voces el tricornio y la peluca empolvada, y se había sentado en Lóndres en el pescante del Duque de Edimburgo, y en París en el de la princesa Matilde, dirigió los caballos corriendo á lo largo de la Manifestación, por ver si adelantaba la cabeza de ésta, y podía entrar

por la calle del Caballero de Gracia ó por la de Peligros. También era ya tarde, y vióse precisado á detenerse frente al Veloz-Club, entre el remolino que allí se iba amontonando, de lujosos trenes que volvían de la Castellana, y humildes simones que pretendian inútilmente cruzar de un lado á otro. Butrón quiso volver atrás, y salir por cualquiera bocacalle á la Carrera de San Jerónimo.

—¡Pero si esto es muy divertido!—decía Currita con infantil alborozo...¡Qué delicia! ... Mire V., Butrón; mire V. qué graciosos van todos con sus cintitas encarnadas .. ¡Uy aquel jorobadito!... ¡Qué mono!...—¡Ah pícaro... lleva una bandera en que pide *Reforma!*.... ¡Pues claro está que la necesita—¡pobrecito!—sobre todo por la espalda! .....

Otro carruaje se interpuso en aquel momento, entre la muchedumbre y la berlina, impidiendo la vista á la currita: en él iba el Gobernador civil de Madrid, muy rollizo y pomposo, que se dirigía á Palacio, y veíase forzado también á detenerse.

—Ahí va ese mastodonte,—dijo Butrón al oído de Currita. En cuanto nos vea juntos, se figura que conspiramos.

Estas sencillas palabras del diplomático parecieron despertar en Currita una de esas ideas atrevidas que se conciben de repente, por más que tarden en madurar años enteros. Asomóse á la portezuela como si desease que el Gobernador la viera, y sin contestar al respetuoso saludo que al divisarla éste le hizo, metióse bruscamente para dentro y se cubrió con el pañuelo parte del rostro, como si quisiera entónces esconderse.

—¡Que mal huele la democracia!—decía para ocultar á Butrón aquellas maniobras. ¡Pero que peste echan! .....

El coche del Gobernador arrancó al fin trabajosamente á lo largo de la calle, y desde aquel momento, nerviosa y agitada Currita, pareció impacientarse mucho por aquella misma detención, que poco antes la había divertido tanto. Frente á frente de élla, un poco más hácia la Puerta del Sol, asomaban por los balcones del Veloz-Club, bajo sus toldillos de verano, aristocráticos racimos de cabezas de gomosos desocupados, que miraban el democrático desfile, con esa especie de medrosa curiosidad, burlona á la vez que tímida, con que se contemplan desde lo alto de un tendido los terribles retozos de una piara de ridículas bestias feroces: pareciales imposible en aquel momento, que la bestia pudiera alguna vez alzar su zarpa hasta ellos. La vista de aquellos elegantes espectadores acabó de impacientar á Currita, y de tal modo se enardeció ante ellos el afan de exhibirse y singularizarse, que tiró del cordoncillo hasta descoyuntar el dedo del cochero, y sacó la cabeza por la ventanilla gritando:

—*¡Go on, Tom, go on! ¡Run through!...¡Carry them off!*....(1)

---

[1] ¡Adelante, Tom, adelante,... ¡Atraviesa!... ¡Arróllalos!.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tom no se hizo repetir la orden: sacó el hercúleo pecho tirando de las riendas, con el esfuerzo de aquellos antiguos aurigas esculpidos por Fidias en los frontones del Parthenon, de pié sobre un carro, deteniendo con una mano el galope de cuatro caballos. Piafaron los suyos encabritándose, castigóles él suavemente con la fusta, y aflojando de repente las bridas, los lanzó con la velocidad y el empuje de una flecha á través de la turba democrática, desapareciendo como un relámpago por la calle de Peligros.

Un alarido terrible de terror y de ira salió de la muchedumbre, que se bamboleó á uno y otro lado del surco abierto por el coche: comenzò la gente á correr asustada; los gomosos del Veloz-Club se metieron para dentro, cerrando prontamente sus balcones, y el jorobado que pedía *Reforma*, estuvo á pique de sufrirla por completo, entre los piés de los caballos y las ruedas de la berlina.

Mientras tanto, asombrado Butrón de aquel brusco arranque, y muerto de susto ante audacia tan temeraria, echaba à toda prisa las cortinillas para que no le viesen, y Currita, riendo como una loca, se asomaba por el vidrio de la trasera, para ver á los transeuntes refugiarse asustados en los portales, y á los guardias públicos correr detrás de la berlina, haciendo señas de que parasen. Mas Tom Sickes, arrebatada la cara de remolacha, hacía terribles visajes como si llevase los caballos desbocados, mientras con suaves vibraciones

de las riendas, màs y más los azuzaba. En la calle de Isabel la Católica, Tom Sickles hizo otro prodigio: coche y caballos quedaron parados en firme, de un golpe, ante la embajada alemana. La señora estaba servida, mereciendo él la corona triunfal de los Juegos Hípicos.

Currita encontró enfilados á la puerta de su casa tres coches, reconociendo al punto en uno de los cocheros la escarapela encarnada, propia de los Ministros. Apeóse entónces en las mismas caballerizas, y por una escalera reservada para el uso de la servidumbre, llegó á sus habitaciones sin ser vista de nadie. Al ruido de la campanilla, acudiò Kate, la doncella inglesa de la señora.

—¿Quién está con el señor?—preguntó ésta.

—El Sr. Ministro de la Gobernación.....El Sr. Duque de Bringas y D. Juan Velarde, juegan en el billar.

—Dile á D. Joselito, que no recibo á nadie. ... Tengo mucha jaqueca.

Kate pareciò titubear un momento, y se decidió al fin á decir tímidamente:

—¿Ni tampoco á D. Juan Velarde?. ..

—Tampoco: á nadie, á nadie....

De nuevo volvió á insinuar Kate con mucha delicadeza:

—El señorito volverà hoy del colegio....

—¡Es verdad!...—¡Pobre Paquito!....

—Y querrá ver á la señora....

No, no...que se entretenga con Lilí...Mañana lo veré...¡Tengo una jaqueca horrible!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

Cuando Paquito Luján llegó á su casa, comenzaba á oscurecer, y la escalera y el vestíbulo estaban ya completamente iluminados: cuatro grandes estátuas desnudas, de mármol blanco, alumbraban éste y aquella, elevando en sus manos artísticos candelabros de bronce, con seis mecheros. Al pié de la escalera, un enorme oso de Noruega sentado gravemente sobre sus patas de detras, presentaba con las de delante una bandeja de plata, destinada á recibir las tarjetas de visita. Era este un capricho del príncipe de Gales, que había visto Currita en el Palacio de Sandringham, y apresurádose á copiar á costa de dinero.

La aflicción del niño había desaparecido, con esa dichosa rapidez con que se suceden en la infancia emociones á emociones La impaciencia, la natural impaciencia, mezcla de la ternura de hijo y del deseo de ser alabado, era lo que le agitaba en aquel momento, ansioso de caer con sus premios en los brazos de su padre, de su madre, de Lilí, su hermanita del alma....Sentado en el testero del carruaje, con sus premios muy agarrados, apoyaba los piececillos en el asiento de en frente, haciendo verdaderos esfuerzos para adelante, que creía él ayudaban al coche á rodar más rápidamente.

Al entrar en Madrid hubo que perder cuatro minutos encendiendo los faroles, y un foco más allá, los empleados del resguardo detuvieron de nuevo el coche, para registrarlo todo de arriba abajo.....¡Qué desesperación! ¡Qué feos y qué tontos eran aquellos hombres! De seguro que ninguno de ellos había tenido nunca padre, ni madre, ni Lilí, ni sacado en todos los días de su vida un solo premio ...

Cuando él fuera grande, había de ahorcar á todos los empleados del resguardo, colgándolos como los chorizos que había visto una vez en la chimenea del capataz del Encinar, allá en Extremadura.....¡Y todavía, al doblar la esquina de la Universidad, se atravesó un coche, y después un carro de mudanzas y luego un gran ómnibus, y hubo que perder otros tres minutos!.....Al entrar al fin en la última calle, ya tenía el niño la mano en la llave de la portezuela, dispuesta á abrirla, asomando al mismo tiempo la carita, porque de seguro estarían esperándole en algún balcón, su padre, su madre, ó Lilí, ó quizá los tres juntos...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ya les enseñaría él desde allí abajo los premios, y creerían que no era más que uno, y verían luego que eran cinco y dos excelencias. ¡Qué risa entónces! .. Pero los balcones estaban todos cerrados, y no se veía en ellos alma viviente: el coche entró al fin en la casa, haciendo retemblar los cristales de la gran mampara, y se detuvo al pié de la anchurosa y alfombrada escalera ...También estaba ésta vacía, y sólo vió al niño al pié de ella al grave oso de Noruega, *Bruin*, como le llamaban en casa, abriendo su gran boca armada de dientes enormes, y presentándole la bandeja, como si le invitara á depositar en ella sus premios. Mas no los soltó el niño y oprimiéndolos contra su pecho, subió á brincos la escalera, hasta llegar al vestíbulo: cerróle allí el paso una extraña figura. que se paseaba de un lado á otro, con las manos á la espalda. Era un enano feísimo, pero perfectamente proporcionado; verdadero pigmeo, émulo de aquel famoso Roby que presentaron en la mesa del rey de Sajonia, dentro de un pastel de venado. Tendría poco más de un metro de altura, y hallábase correctamente vestido de etiqueta, frac y corbata blanca, calzón corto, media de seda negra y zapato con hebilla. Llamábanle en la casa *D. Joselito*, y cobraba siete mil reales de sueldo, con la sola obligación de anunciar las visitas y realzar con su estrafalaria figura, la aureola de elegante originalidad que rodeaba en todo á Currita.

Inclinóse el enano respetuosamente ante el

señorito, y con su vocecilla chillona y algún tanto imperiosa, díjole que no podría ver á la señora, por haberse acostado media hora antes con una espantoso jaqueca. Un repentino vo por de lágrimas vino á empañar los hermosos ojos azules del niño; volvió bruscamente la espalda al enano sin decir palabra, y echó á correr hácia las habitaciones de su padre.

Allí estaba Villamelón, repantigado en una butaca, hablando misteriosamente con el Ministro de Gobernación. Lanzóse el niño á su padre, y echándole los brazos al cuello, le dió dos besos.

—¡Hola caballerito!—exclamó Villamelón. ¿Ya de vuelta?... ¡Me alegro!.....

Y como viese que con cierto ruboroso orgullo le presentaba el niño sus premios, añadió sin tomarlos:

—¡Hola, hola, los premios!... ¡Pobre chiquitín!... ¡Muy bonitos!....Bien, bien, me alegro....Ea, toma....toma, y dile á Germán que te lleve esta noche al Circo.

Y entregándole al niño dos pesetas, que había sacado del bolsillo del chaleco, volvió á reanudar su misteriosa conversación con el Sr. Ministro.

Quedóse el niño parado un momento, con los ojos muy abiertos: dió luego una repentina media vuelta, girando sobre una pierna, y encarnado como la grana, bamboleándose cual si estuviera ebrio, fué á arrimarse á una mesita llena de caprichosas chucherías: había dejado una figura japonesa, con la boca muy

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

abierta, y por ella arrojó el niño, con mucho disimulo, el regalo de su padre, las ¡dos pesetas!....Luego echó á correr, saliendo disparado del saloncito; detúvose un momento en el dintel, detrás de las cortinas, y agobiado, con los bracitos colgando y caída la cabecita, siguió una galería que iba á parar á la *Nursery*, al destierro, á la Siberia de los niños, que el desapegado egoísmo de la Condesa de Albornoz había importado para sus hijos de Inglaterra á su casa (1).

Resonaba en el fondo de la galería un piano destemplado que parecía bulbucear de mala gana un monótono tema de los ejercicios de Hanon. Esta música sonó, sin embargo, como un concierto celeste en los oídos del niño: desapareció su abatimiento, renació su alegría; y echó á correr de nuevo hácia aquella estancia.

—¡Lili!

—¡Paquito!

Y un ángel, una bellísima muñeca de nueve años, saltó del asiento del piano, para caer en los brazos del niño, confundiéndose por un momento sus besos, sus gritos, su risa, su alegría, sus almas inocentes y sus vidas inmaculadas, como se confundían los bucles de oro que rodeaban como una aureola de rayos de sol, las preciosas cabezas de ambos.

El niño se acordó al fin de sus premios.

[1] Llámase en Inglaterra *Nursery* al departamento especial en que viven los niños con sus criados, completamente aislados del resto de la familia.

—¡Mira!.....¡Mira! .....

Lili abrió mucho los ojos admirada, apretó los labios, y echó atrás las manitas: su crítica fué la crítica de las grandes admiraciones, la crítica monosilábica.

—¡¡Uy!! – dijo.

—¡Cinco....Son cinco, y dos excelencias!...

—¿Me darás uno, Paquito? .....

—¡Tonta! . Esto no se da....Se pone en un marco....Pepito Vargas dice que su mamá se los pone en un marco....

—¿Grande ..grande? dijo Lili indicando con sus manitas uno capaz de encerrar al *Pasmo de Sicilia*.

—Sí; grande, grande....Y mira; este es de Aritmética, y este ...

No pudo continuar el niño: una mano seca pegada á un puño inmaculado salió por entre las cortinas, y después un brazo largo, y luego un hombro puntiagudo, y más tarde un rostro encarnado, característico, original, británico como la cerveza de Bass ó las galletas de Huntley.....

—¡Mademoiselle!—dijo Lili asustada.

Y la mano seca pegada al puño inmaculado, agarró á la niña por un brazo y se la llevó para dentro, oyéndose una voz metálica, estridente, que desgarraba el tímpano como un resorte que rechina.

—¿*What's that, Miss?*....*You have to learn your piano lesson until eight o' clock*....(1).

[1] ¿Qué es esto, Miss?. Hay que estudiar la lección de piano hasta las ocho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entónces huyó el niño de allí desolado; corrió ciego á la *Nursery*, y se arrojó de cabeza en su blanca camita, con la enconada amargura y la sombría desesperación del suicida que se arroja solo y sin esperanzas, en un abismo oscuro, negro, profundo.....El sueño, el sueño bendito, fiel amigo de los niños, suave consolador de todos sus pesares, vino al fin á callar sus sollozos y contener sus lágrimas, adormeciéndole allí mismo, sin variar de postura, vestido todavía y con sus premios en la mano.....

Y mientras tanto Villamelón proseguía su misteriosa plática con el Ministro. Contaba por aquel entonces el Marqués más de cuarenta años, y los estragos de su juventud salíanle prematuramente al rostro. Colgábale la nariz encarnada y algo granujienta, hundíansele las mejillas dejando salir los pómulos, arqueábasele el abdómen, mas su rostro ofrecía perfecta semejanza con el de aquel enano de Felipe IV, titulado *El Primo*, que retrató Velasquez y copió Goya, grabándolo al agua fuerte: tenía la misma nariz colgante, los mismos ojos tristes, el mismo bigote retorcido, la misma frente extensa y pensadora, con la sola diferencia de que Villamelón partía por medio su ya escasa cabellera, con una raya que arrancando de la raíz del pelo llegaba hasta el cogote, formándole sobre las orejas dos pequeños cuernecitos:

Y aquella frente elevada, de abultados parietales, que reclamaba para sí el dicho de la

zorra al busto:—*Tu cabeza es hermosa, pero sin seso.*—tenía en efecto actitudes magníficas, cuando, surcada por un pliegue vertical, se inclinaba, como en aquel momento, al Exmo. Sr. D. Juan Antonio Martínez, Ministro de la Gobernación, y le decía con el aire de Bismark á Gorztchakoff, al restablecer entre ambos el equilibrio europeo:

—Desengáñese V., Martínez.....La tesis del doctor Wood es absurda.....Nadie me probará que el pastel de ratas, sea superior al de erizos y ardillas.....¿Y me entiende?.....

El Exmo. Martínez hizo un gesto que no significaba si entendía ó dejaba de entender: desde que el pobre señor había pasado el puente natural que lleva del banco azul á las grandes mesas de la corte, caminaba de indigestión en indigestión, y sentía en el estómago la nostalgía de aquellas nutritivas sopas de ajo, no digeridas del todo, que habían hecho de él un tan robusto hombre de Estado, y fueron su cuotidiano alimento, en los tiempos en que rompía sus primeros calzones, entre los pilletes de cierta playa de las costas asturianas... ¡Santo Dios! y qué dolores de tripas más atroces, le había costado el *paté de foie-gras* del último viernes de Palacio! ¡Qué *coliquera* más terrible *le chou á la crême* que sirvieron dos días antes en la embajada francesa!.....El Exmo. Martínez creyóse por un momento envenenado, y desde entónces fué para él artículo de fe aquel principio de Addison.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Cuando veo las mesas á la moda, cubiertas de todas las riquezas de las cuatro partes del mundo, me imagino ver la gota, la hidropesía, la fiebre, el letargo y la mayor parte de las enfermedades, ocultas en emboscada debajo de cada servilleta."

—Usted lo ha de ver, Martínez,—prosiguió Villamelón: el jueves próximo haré servir los dos pasteles, sin decir lo que contienen, y veremos por cuál se declararán las opiniones. ¿Me entiende V., Martínez?.....Excusó decirle que cuento con su voto.

Erizáronsele los cabellos al Exmo. Martínez ante la perspectiva de una indigestión de ratas... ¿Cómo podría curársela, si no era tragándose un gato?

—Y todo eso,—prosiguió Villamelón con ligerísima sonrisa, que denunciaba traidoramente su convencimiento íntimo de la superioridad con que manejaba el asunto, no es más que la excentricidad inglesa, influyendo y echando á perder su cocina.. Y cuidado que yo soy imparcial; porque mi cocina, es la cocina eléctrica. Lo mejor de lo mejor, venga de donde viniere: este es mi lema. ¿Me entiende V., Martínez?... Pero no hay que darle vueltas, amigo mio; y por más que digan, en la cocina como en todo, Francia camina la primera. Esto no tiene vuelta de hoja, Martínez... Los ingleses devoran, los alemanes zampan, los italianos comen, los españoles se alimentan; pero sólo los franceses gozan, y ahí está el *quid*,

Martínez; en gozar, gozar comiendo. Me entiende V?....

Martínez no entendía, y tomando por burla lo que sólo era cansada muletilla de Villamelón, tanto *Martínez* y tanto *¿me entiende?* se apresuró á responder algo amostazado.

—¿En gozar? .. ¡O en reventar, Sr. Marqués, que no es lo misma! .....

—¡No, no, no y mil veces no, Martínez!—Eso es una de tantas preocupaciones. ¿Me entiende V?....Cierto que el hombre es un ser débil, insuficiente, que apenas puede soportar ocho comidas diarias; pero la indigestión no proviene de comer mucho, sino de comer mal ...Deme V. un cocinero de primera fuerza, de raza, *d' élan*, y yo le garantizo salud eterna....¡Oh, bien lo entendía el príncipe Orloff con su ojo tuerto y su brazo manco!... Yo le he visto en París elegir cocinero en público concurso; acudieron diez á su palacio de la embajada rusa: yo fuí del jurado, y probamos antes de fallar, ciento cuarenta platos (1). ¡Ah! no, no, Martínez: no es el comer mucho lo que atrae la indigestión ...Mi santa madre lo decía: Tripa llena, alaba á Dios.

Y se quedó tan orondo con la cita, porque una de las genialidades de Villamelón era, la de nombrar de continuo á su madre, anteponiéndole siempre el calificativo de santa, y poniendo en su boca aforismos tan singulares, y

(1) Histórico.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de mal gusto á veces, como el que acaba de soltar

Entraron en esto el Duque de Bringas y Juanito Velarde, que habían terminado ya su partida de billar, y á poco anunció un criado que la señora Condesa no asistiría á la comida, por haber tomado ya un *consommé* en sus habitaciones, y acostádose al punto con una fuerte jaqueca

Esta noticia pareció afectar muy poco al caro esposo de la dama y al Duque de Bringas: al Ministro de la Gobernación hízole por el contrario malísimo efecto, dando á sospechar por sus muestras de disgusto, que algo que la ausencia de Currita chasqueaba por completo, le había traído allí, y héchole aguantar con paciencia las majaderías culinarias del héroe del combate *naval-terrestre* de Cabo Negro: como Butrón temía el nombramiento de Camarera mayor comenzaba á mover la cola. Juanito Velarde pareció también muy contrariado, comió poco y habló menos durante toda la comida. Villamelón hizo el gasto como siempre, blandiendo el trinchante de oro macizo, regalo de Fernándo VII, que usó durante toda su vida, y pasando por las tres distintas faces que en aquella hora solemne se reflejaban en su persona; hondamente preocupado al principio, como hombre que tiene entre manos el más grave negocio; comunicativo, pero dogmático, afable, pero todavía circunspecto á los medios; y alegre, bonachón, magnánimo y hasta tierno á los postres, como si la corriente de

satisfacción que le brotaba del estómago, le dotase de aquellas cualidades que no poseía en ayunas. Esta era la hora de pedirle favores, seguro de alcanzarlos, y esta era la hora también en que Villamelón, arrastrado por un resabio de educación malísima, que jamás pudieron quitarle ni su santa madre, ni su dulce esposa, hacía bolitas de miga de pan con la punta de los dedos, y las disparaba á las narices de los comensales, con muestras del más cariñoso agasajo y el más tierno regocijo.

Mientras tanto, si algún diablo Cojuelo hubiese levantado el techo del *boudoir* de la Condesa de Albornoz, hubiérase descubierto una extraña escena: hallábase éste alumbrado por una gran lámpara, sostenida por un negro desnudo, de tamaño natural, admirablemente tallado en ébano, y Currita, sentada ante un pequeño *secrétaire* muy bajo, parecía completamente absorta en un singular estudio caligráfico, mientras vagaba por sus labios una finísima sonrisa, semejante, no en lo terrible, pero sí en lo solapada y astuta, á la que puso el genio de Liezen-Mayer en los labios de Isabel de Inglaterra, al representarla en el acto de firmar la sentencia de muerte de su prima María Stuard.

Con su elegante letra inglesa, fina y corrida, había escrito al frente de un pliego:—*¡Qué animal tan hermoso es el hombre!*—y con facilidad maravillosa iba copiando en distintos caracteres de letras, esta frase tan extraña y tan equívoca, que parecía ser el reflejo de esa idea

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

íntima, ese pensamiento oculto que jamás se formula, y es, sin embargo, el primero que se apresura á estampar todo hombre, cuando algo que escribe y algo en que se puede escribir, le invitan á solas á trazar allí un concepto. La inscripción se multiplicaba, unas veces en letras rechonchas y apretadas, otras en perfiles largos y finitos, algunas en carácteres diminutos, cual patitas de moscas entrelazadas, que se prolongasen en forma de cadeneta. En esta tarea empleó Currita media hora larga, con el esfuerzo y la atención de un chiquillo aplicado que copia una plana, ó de un petardista prudente, que ensaya el modo de falsificar ò desfigurar una letra.

Dióse al fin por satisfecha de sus ensayos, y con los renglones de cadeneta y la letra de patitas de mosca, que no tenía con la suya ordinaria el más remoto punto de contacto, púsose á escribir una carta, en un pliego de papel sencillo, sin timbre ni inicial alguna. La carta no fué larga, y en el sobre decía:

EXCMO. SR. GOBERNADOR CIVIL.
DE
Madrid.

Faltàbale todavía el sello, y púsoselo Currita sonriendo socarronamente, y cuidando de colocar con la cabeza para abajo el busto del rey D. Amadeo: afianzólo luego con dos ó tres puñaditas de su cerrado mano, que parecía

complacerse en aplastar al pobre monarca, principio y fin de la dinastía saboyana.

Cualquiera hubiera creído con esto ya listo el negocio, y que sólo faltaba llamar á un criado, para enviar la misteriosa carta al correo. No lo juzgó así la ilustre Condesa: entróse en la estancia vecina, que era su alcoba, y volvió à salir al cabo de un buen cuarto de hora, completamente trasformada. Habíase despojado de su elegante traje de calle, y puéstose en su lugar una falda de lana negra modestísima, y una mantilla muy usada, cuyo sencillo velo le ocultaba parte del rostro: traía en una mano una bujía encendida, puesta en una palmatoria de plata, y en la otra una llave de gran tamaño. Cogió la carta, y echó á andar: en aquel momento un reloj lejano daba las once y media.

Era el palacio de Villamelón uno de esos antiguos caserones, ya raros en Madrid, con anchas galerías, espaciosas salas y cómodos departamentos, rodeados por todas partes de pasillos y escaleras excusadas para el uso de la servidumbre. Comunicábanse las habitaciones de Currita con las de Villamelón por la alcoba, y por un cuarto contiguo al de baño, con un largo pasadizo: terminaba èste por un lado en el cuarto de Kate, la doncella inglesa, y por otro en una estrecha escalerilla, que iba á parar á un jardín muy reducido. Cerrando, pués, la puerta de la alcoba, la que había á la mitad del pasillo, y la que ponía en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comunicación al *boudoir* con los dos salones de entrada, quedaba el resto de las habitaciones de Currita aislado por completo, y en comunicación directa con la calle: á ella daba salida una puertecita, abierta en la tapia del jardín á espaldas del palacio, detrás de un pequeño invernadero. Allí se dirigió Currita después de dejar la luz apagada al pié de la escalera, con tal desembarazo y tan gentil desenvoltura, que conocíase bien á las claras no ser aquella la primera de sus nocturnas escapatorias.

Era la noche oscura, y la solitaria plaza á que la puerta del jardín daba salida, perdíase á lo lejos entre solares en construcción, alumbrada acá y allá por algunos faroles, cuyas luces parecían brillar en medio de un nimbo de vapor amarillento. La puerta de una tienda de ultramarinos dejaba escapar en la esquina próxima un cuadro de luz vivísima, y veíase en el fondo al tendero, inmóvil ante el mostrador, ajustando sus cuentas. A cuarenta pasos, debajo de un andamiaje, una farola hacía resaltar las negras siluetas de un chulo de chaquetilla corta, y una chula de falda almidonada y pañuelo de seda á la cabeza, que dialogaban vivamente. Aparecía lo demás oscuro y solitario, teniendo todo ello un aspecto de quietud, de vista panorámica, que completaba allá muy lejos, desde un cuarto piso, el sonido de un mal piano, en que unas manos aleves asesinaban la inmortal cavatina de Bellini, *Casta diva ché inargenti*.....

La Condesa, la gran señora que tan raras veces bajaba de su carruaje, como si se desdeñase de pisar con sus elegantes *brodequins* el polvo de que estaba formada, se internó por aquellos oscuros vericuetos, y atravesando varias callejuelas solitarias en aquella hora, que parecían serle muy conocidas, vino á desembocar en la plazuela de Santo Domingo. La afluencia de gente era todavía grande en aquella encrucijada tan concurrida siempre, y Currita bajó la cuesta para ganar al abrigo del jardinillo, la Costanilla de los Angeles. Atravesó rápidamente la calle del Arenal, entró en la de las Fuentes, y dando un gran rodeo por detrás del Ministerio de la Gobernación, llegó al fin á la calle de Carretas y depositó por su propia mano en el buzón de la casa de Correos, la carta misteriosa....Si aquella mujer era una criminal, era sin duda de aquellos criminales avezados y prudentes, que miran siempre en todo cómplice un camino peligroso que va á parar en presidio.

Entónces emprendió el camino de vuelta, por las mismas calles por donde había ido, sin tener más que un tropiezo. Un viejo de aspecto decente, se detuvo de pronto ante élla: sorprendida Currita pegóse á la pared, y el hombre hizo entónces además de darle una moneda de cinco céntimos, una *perra chica*, como llamaban entónces, y aun llaman hoy á esas piezas pequeñas. Habíala tomado por una de esas pobres vergonzantes, que á las altas horas de la noche extienden en silencio

su mano descarnada al transeunte que se retira solicitado por el descanso, ú hostigado por los vicios.

Así lo comprendió la Condesa, y con gran impulso de risa tomó la moneda, teniendo todavía valor para profanar en sus impuros labios aquella hermosa deprecación, aquella santa respuesta que da la fé á su hermana la caridad, por la humilde boca del pobre:

—¡Dios se lo pague!...

Cuando la Condesa entró en su *boudoir*, presentaba éste un aspecto siniestro: la lámpara agonizaba en manos del negro, cuyos blancos dientes de marfil incrustado, resaltaban en la oscuridad, como la sonrisa del genio del mal, complaciéndose en las tinieblas.

Tres horas después, resonaban gritos y lamentos al otro extremo de la casa... Era Paquito Luján, que entumecido por el fresco de la madrugada y aterrado por la oscuridad, despertaba allá en la *Nursery*, olvidado de todos en aquel suntuoso palacio, morada del padre y la madre que le habian dado el ser, y de diez y siete criados dedicados á su servicio! .....

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE NUEVO LEON

V.

Riése mucho al otro dia la Condesa de Albornoz al oír contar á su hijo Paquito sus extrañas aventuras de la noche precedente: al verse sólo, á oscuras, vestido y acostado en una cama que no era la suya del colegio, comenzó el niño á gritar lleno de angustia, sin que nadie contestase á sus lamentos. Oíalos Miss Buteffull desde su cama, y comprendió al punto la causa: sin duda nadie se habia acordado en la casa de que el pobre niño habia vuelto del colegio; quizá se habia puesto malo de pronto, quizá habian entrado ladrones y lo estaban asesinando.... Miss Buteffull compadecida, encendió la vela de su palmatoria. Un decoroso reparo la detuvo de repente: el caso era grave.... Tenía ella cuarenta y cinco años, once el niño, la hora de la noche

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su mano descarnada al transeunte que se retira solicitado por el descanso, ú hostigado por los vicios.

Así lo comprendió la Condesa, y con gran impulso de risa tomó la moneda, teniendo todavía valor para profanar en sus impuros labios aquella hermosa deprecación, aquella santa respuesta que da la fé á su hermana la caridad, por la humilde boca del pobre:

—¡Dios se lo pague!...

Cuando la Condesa entró en su *boudoir*, presentaba éste un aspecto siniestro: la lámpara agonizaba en manos del negro, cuyos blancos dientes de marfil incrustado, resaltaban en la oscuridad, como la sonrisa del genio del mal, complaciéndose en las tinieblas.

Tres horas después, resonaban gritos y lamentos al otro extremo de la casa... Era Paquito Luján, que entumecido por el fresco de la madrugada y aterrado por la oscuridad, despertaba allá en la *Nursery*, olvidado de todos en aquel suntuoso palacio, morada del padre y la madre que le habian dado el ser, y de diez y siete criados dedicados á su servicio! .....

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE NUEVO LEON

V.

Riése mucho al otro dia la Condesa de Albornoz al oír contar á su hijo Paquito sus extrañas aventuras de la noche precedente: al verse sólo, á oscuras, vestido y acostado en una cama que no era la suya del colegio, comenzó el niño á gritar lleno de angustia, sin que nadie contestase á sus lamentos. Oíalos Miss Buteffull desde su cama, y comprendió al punto la causa: sin duda nadie se habia acordado en la casa de que el pobre niño habia vuelto del colegio; quizá se habia puesto malo de pronto, quizá habian entrado ladrones y lo estaban asesinando.... Miss Buteffull compadecida, encendió la vela de su palmatoria. Un decoroso reparo la detuvo de repente: el caso era grave.... Tenía ella cuarenta y cinco años, once el niño, la hora de la noche

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

era avanzada. ¿Cómo entrar sola en su cuarto?.... Miss Buteffull apagó la palmatoria.

Mientras tanto los clamores desesperados del niño despertaban también à la doncella de Lilí. Magdalena, que dormía allí cerca, y acudía ésta presurosa á su auxilio; tranquilizábalo con gran cariño, haciale acostar, y permanecía sentada junto à su camita, hasta dejarlo dormido nuevamente.

Esta relación produjo en Currita una de las repentinas crisis de amor materno, que solían atacarle de vez en cuando en sus días de aburrimiento. Solía entònces pasar horas enteras en la *Nursery* jugando con sus hijos: comíaselos á besos, llamábales sus *pichoncitos*, haciales traer costosos juguetes y golosinas de todos géneros, y complaciéndose en poner en ridículo á Miss Buteffull y en decir pestes de los Padres del colegio, destruía en media hora todo lo bueno que, á costa de mil trabajos, habían sembrado y podían sembrar en adelante éstos y aquélla en los tiernos corazones de ambos niños; porque uno de los grandes escollos en que tropiezan los esfuerzos de las personas dedicadas à la educación, consiste en la imprudente y culpable ligereza con que se complacen muchos padres en presentar ante sus hijos á preceptores y maestros, no como amigos íntimos encargados de guíar sus pasos, ni como seres benéficos que les dispensan el favor insigne de formar sus corazones y alumbrar sus entendimientos, sino como tiranos

que les oprimen y mortifican, como carceleros cuya vigilancia hay que burlar con ardides y tretas más ó menos inocentes. Destrúyese así la buena opinión necesaria á todo el que manda para ser respetado; la fe humana precisa á todo el que enseña para ser criado, y sólo una cosa existe, á nuestro juicio, que sea tan perjudicial á la educación, como lo es esta misma: la pugna que á veces descubre el niño entre la moral de sus padres y la moral de sus maestros....Imposible es describir las augustiosas perplejidades, las dolorosas dudas que, con harto triste frecuencia, despiertan estas contradicciones en las almas de los niños: vese en ellos la lucha del entendimiento con el corazón, demostrándole aquél que es sana la doctrina del maestro, esforzándose éste por persuadirle que no puede ser mala la práctica contraria del padre ó de la madre que tanto aman; que no puede ser cierto lo que, por el sòlo hecho de serlo, ha de dar irremisiblemente á aquellos seres tan amados la patente de perversos....¡Ah! jamás olvidará el que escribe estas líneas las angustias de un pobre niño, modelo de candor y de juicio, al oir explicar cierta lección del Catecismo; quedóse el niño muy pensativo, fuese luego poco á poco angustiando, hasta exclamar al fin convulso, con el corazón encogido, los ojos llenos de làgrimas y temblorosas las manitas.

—¡Entónces....entónces mi papá es muy malo, muy malo.....y se va á ir al infierno!...

Importábasele todo esto muy poco á Curri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta, y sus granizadas intermitentes de besos, de mimos y de imprudencias, borraban por completo en el ànimo candoroso de Lilí los largos olvidos y la egoista indiferencia de su madre; mas no lograban lo mismo en el niño aquellas sensiblerías tempestuosas. Había en el fondo de aquel tierno corazóncito un rinconcillo oculto, en que la memoria iba depositando con implacable fidelidad la lista de todos los agravios, como un grano de simiente venenosa entre una vegetación salubre, con un tallo de cicuta que había de hacer brotar en aquella selva vírgen el sombrio rencor, el rencor callado y paciente, árbol siniestro que produce á la larga los envenenados frutos del odio. Todavía aquel corazón angelical perdonaba facilmente lo que reputaba por injuria; màs ya había dado un paso adelante. ya le era imposible olvidarlo por completo.

No era, sin embargo, el aburrimiento el que había traido aquella mañana á la condesa de Albornoz á entretenerse con sus hijos: parecía, por el contrario, preocupada, un poco inquieta, y notábase en élla esa agitación nerviosa de todo el que espera algo que teme ó le importa. Lilí tuvo una idea felicísima: propuso á su madre que hiciese retratar á Paquito con sus premios. Púsose el niño muy encarnado, y movió negativamente la cabeza.

—¡Pues es verdad!—exclamó Currita encantada. Sí, si, ahora mismo ...¡verás qué bonito! ...¿A ver, Germán?.....Avise V. al

señor Marqués que vamos á subir á la *cabaña* á que nos hagan un retrato .....

Desprendióse el niño al oír esto de los brazos de Lilí que saltando de alegría le abrazaba, y esclamó con enérgica ira:

—¡No! ¡no!.... ¡papá, no!....

—¿Pero por qué? – dijo sorprendida Currita, agarrándole por un brazo.

Forsejeaba el niño por desasirse, muy colorado y conmovido, y con los hermosos ojos llenos de lágrimas.

—¿Pero por qué, por qué?—repetía Currita.

¡Me dijo que me fuera!... Me dió dos pesetas! —gritó al fin el niño con gran desconsuelo; y sollosando amargamente, escondió la preciosa carita en el seno de su madre.

¡Qué rayo de luz hubiera sido aquel lamento del niño, para una de esas madres santas y prudentes que estudian y dirigen hasta el màs ligero latido del corazón de sus hijos!... En él aparecia revelado un noble pundonor que iba ya camino del orgullo, y una precoz propensión á la venganza, que espera oculta y paciente la hora de devolver desaire por desaire y ofensa por ofensa. Mas Currita sólo vió en todo aquello un capricho de un niño voluntarioso, y entre caricias y reflexiones, halagos y amenazas, intentó persuadir al niño á que se dejara hacer el retrato: cedió éste en la apariencia, y Currita subió con ambos niños de la mano á la explèndida *cabaña* en que tenia el Marqués de Villamelón su taller fotográfico.

Porque el ócio, esa gran pesadumbre de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

grandes, que en vez de lágrimas tiene bostezos, habia despertado en el ilustre prócer y guerrero invicto la afición á la fotografía, no encontrando en él la aptitud necesaria para el cultivo de otras artes más elevadas. Comer, beber, dormir y retratar à todo bicho viviente que cruzaba ante la magnífica lente de su càmara oscura, eran las útiles tareas que llenaba, y aun hacian rebosar, la vida de aquel ilustre prócer, á cuyos abuelos cabia tanta parte en las gloriosas empresas de la antigua España.

Acudió, pues, Villamelón presuroso, como siempre, á la menor indicación de Currita, envuelto en su fresca bata escocesa, que apénas le pasaba de la cintura; venía con él uno de esos magníficos perrazos de Kamschatka, de un blanco amarillento, que arrastran en su país pesados tríneos, y habia sido el paje continuo de Currita en una larga temporada, en que le pareció muy espiritual hacer grandes excursiones á caballo.

Villamelón comenzó al punto á preparar la màquina con sus dedos manchados de nitrato de plata, y Currita disponia mientras tanto el artístico grupo, en que habian de retratarse los niños. Colocóse en el centro un gran sitial gótico, preciosa joya arqueológica y artística, y hundidos en él ambos niños y estrechamente abrazados, habian de aparecer examinando juntos el diploma de los premios, un exacto facsímile de una bellísima miniatura del siglo XV: tendido á la larga ante ellos,

Tock, el perrazo amarillento, apoyaba el hocico en el rojo almohadón de terciopelo en que descansaban los piés de los niños.

—¡Delicioso!—exclamaba encantada Currita. Mira, Fernandito, parece un cuadro de Meissonnier .....

Los premios, sin embargo, no parecian por ninguna parte, y Paquito se encogia de hombros, asegurando ignorar dónde los habia puesto.

—¡Tonto!—gritó Lilí dàndole una palmada; si los dejaste abajo...

Y en menos de dos minutos fué por ellos y los trajo, mostrándose muy sorprendida de que los vivos colores del diploma, apareciesen desteñidos en algunos sitios como por gotas de agua. El niño se puso muy encarnado, y no dijo una palabra: sus lágrimas de la noche anterior, eran la causa de aquellas manchas.

En aquel momento anunció un criado á Currita que el señor Ministro de la Gobernación deseaba hablarla con urgencia Volvióse ella bruscamente á su marido, dejando caer el diploma que tenia en la mano, y él se incorporó asustado, quedándole por la cabeza el paño negro con que se cubría para enfocar la máquina; por debajo asomaban sus bigotes retorcidos, su nariz colgante, sus ojos azorados en aquel momento, fijos en Currita con la medrosa expresión del escolar desaplicado cogido infraganti.

La esposa dió dos pasos hacia el esposo, desmintiendo con los rayos, que de sus claros

ojos brotaban, la suave vocesita y el pausado tono con que dijo:

—¿Pues no comió ayer aquí ese buey Apis?

—Es un animal,—replicò el marido, y para ocultar su turbación escondióse bajo el paño negro, poniéndose á enfocar de nuevo la máquina.

Oyeme, Fernandito, que te estoy hablando, —añadiò Currita con relamida pausa.

Incorporòse de nuevo Fernandito, cada vez más turbado, sin quitarse el paño negro de la cabeza.

—¿Dijo anoche algo el buey Apis sobre el nombramiento?

—Nada,—balbuceó Villamelón.

—¿Nada?...—¿Estàs cierto? ...

Los labios de Villamelón temblaron, como tiemblan los del chico que va á soltar una mentira.

Y pensàndolo mejor sin duda, recordó al cabo Fernandito que el Ministro de la Gobernación, al buey Apis, como por razón de su corpulencia le llamaban, tan sólo le había dicho que el pastel de ratas debía de ser muy indigesto ¡Vaya V. á ver que tontería! Pero en cambio manifestó á Juanito Velarde, que aquello no podía quedar así, que nadie se burlaba impunemente del Gobierno, y que estaba decidido á reclamar de Currita la aceptación del nombramiento, apoyándose en una carta que—¡frase poco ministerial!...—había de refregarle por los hocicos.....

—¿Una carta?—exclamó Currita realmente sorprendida.

—¿Pero de quien? ...

—¡Mia....mia! ...—balbuceó Villamelón; y comprendiendo que con esto soltaba el trueno gordo, pidió à la tierra que se lo tragase. Mas la tierra no tuvo por conveniente darle gusto. Currita avanzó otros dos menudos pasitos; y suavizando más y màs su acento, mientras más y más se encolerizaba, añadió:

—¿Pero tú le has escrito, Fernandito?....

Villamelón bajó la cabeza anonadado.

—¿Pero no te dije que fueras à hablarle?... ¿Qué en todo este negocio no habia que soltar por escrito una sola letra?...¿Lo ves, Fernandito?....

Villamelón retrocedió un paso como quien espera un cachete, y Currita adelantò otro, diciendo después de una pausa:

—¿Y dijo que iba á .....á presentarme esa carta?....

—Eso decia Velarde

—¿Estás seguro?

—Segur.simo....

Villamelón dió otro paso atrás y Currita otro adelante, repitiendo con tan suave voz que parecia una caricia: os ruedas de pa-

—¿Lo ves..—¿Lo ves, Fernivia mucho.

Y tirando de repente courrita extremeciéndel paña negro, hundióle Martínez, por Dios!... tre esposo en la especie
maba: volvió luego dió que había asomado la y sin perder su sujo la piel de Ministro corte-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Lilí se reia á carcajadas al ver á su padre forcejeando por sacar la cabeza del saco negro, y corrió á Paquito para decirle al oido un secreto muy grande, muy grande...

—¡Pero qué tonto es papá!...

Paquito no la escuchaba, sin embargo: durante toda esta escena habia sentado en el sitial gótico á Tock, el perrazo amarillento, que se dejaba manejar con esa especie de cariñosa paciencia, con que á los niños soportan los perros. Colgóle despues de su collar de hierro repujado las cinco medallas de los premios, y colocándole en la cabeza el diploma en forma de cucurrucho, gritó á Lilí con extraño acento.

—¡Anda! ..—¡Qué lo retrate papá!.....¡A Tock le doy yo todos mis premios! .....

Mientras tanto, pasmábase el lacayo al oir que su señora le daba, al pasar, la extraña orden de encender sin pérdida de tiempo la chimenea del *boudoir:* era aquel día 25 de Junio, y el calor comenzaba ya á ser sofocante. Obedeció, sin embargo, con esa especie de impasibilidad automatica, propia de los criados de grandes casas, y cuando el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación, D. Juan Antonio Martinez, aquel que se llamaba impunemente por otro nombre, entró en el despacho decidido á reclamar en la chimenea con alegre resignación del nombramiento, le esperaba Currita, tendida en un sofá finísimo: descansando la cabeza en una almohada con la cara envuelta en una bata de encajes color de rosa y tendiéndole, al verle entrar, su flaca manecita, dijo con la débil voz de un enfermo desahuciado:

—¡Adios, Martinez!. ...Sólo á V. hubiera yo recibido hoy.

El buey Apis dió un mugido, expresión fiel de la admiración, la sorpresa y el sobresalto que al punto le embargaron, y comenzó á sudar á la vista de la chimenea encendida.

—¿Pero qué esto, señora condesa?—exclamó desolado. ¿Sigue la jaqueca?....

—Fatal....¡fatal estoy!—contestó Currita. Creo que tengo calentura....¡y unos escalofrios!.....

Y la muy ladina extremecía el débil cuerpecillo, señalando al mismo tiempo al Ministro una pequeña *marquesita* colocada junto al fuego, y al alcance de su mano: en ella se sentó el Excmo. Martínez, dispuesto á dejarse tostar en su mullido asiento, como San Lorenzo en las parrillas.

—¡Lo siento.....lo siento en el alma!—dijo.

Y con la sencillez verdaderamente progresista, añadió recordando la rústica farmacopea de su tierra nativa:

—¿Por qué no se pone V. dos ruedas de patatas en las sienes?.....Eso alivia mucho.

—¿Patatas?—exclamó Currita extremeciéndose de espanto. ¡Jesús, Martinez, por Dios!... Prefiero la jaqueca.

Martínez comprendió que habia asomado la oreja lugareña bajo la piel de Ministro corte-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

sano, y entró en materia dejando á un lado compasivos preámbulos y recetas caseras.

—Siento entónces venir á aumentarle á usted la jaqueca; pero el negocio es grave y urgente.....

La Condesa acomodó la roja cabecita en su blanda almohada con lazos rosa, y fijó en el Ministro sus claros ojos, que expresaban admirablemente la extrañeza. Afianzóse Martínez las gafas de oro, torció la descomunal cabeza y amenazando á Currita con su gordo y porron dedo, como hace el dómine que echa al niño una reprimenda cariñosa, le dijo:

—En Palacio están muy disgustados.....

Currita se encogió de hombros haciendo un gracioso pucherito, como quien dice: ¿Y á mí qué me cuenta V?.....

—Sí, señora,—prosiguió el Ministro. S. M. el Rey muy ofendido.....S. M. la Reina, sentidísima.

Dióle á Currita gana de reir la pomposa hinchazón con que pronunciaba el Ministro demócrata aquellas soncras palabras: Palacio... Majestad.....Rey.....Reina, que parecian llenarle la ancha bocaza, y preguntó con su suavidad acostumbrada:

—¿Quién?.....¿La Cisterna?.....

Creciόse el Ministro como un toro de Veraguas á que plantan una pica.

—No, señora,—exclamó ofendido en su orgullo dinástico; S. M. la Reina de España, doña Maria Victoria.

—¡Ya!—dijó Currita...¿Y qué tengo yo que ver con los sentimientos de esa señora?.....

—¿Qué tiene V. que ver?—exclamó el Ministro sofocado por el calor de la chimenea y la calma zumbona de Currita?....¿Pues le parece á V. poco solicitar el cargo de camarera mayor, para desairarlo luego después de concedido?... ¿Así se juega con una Reina modelo de virtudes? ¡Pues sepa V. que el Gobierno está decidido á reclamar enérgicamente!.....

Y el Ministro, descompuesto, sudando la gota gorda, colorado como una remolacha, y con ambos puños apoyados en las respectivas rodillas, fijaba en Currita sus ojos de besugo, como si pretendiese tragársela de un solo bocado. No le intimidaban, sin embargo, á ella los mugidos del buey Apis: incorpórose un poquito, y muy extrañada y ofendida, y con los claros ojos fijos siempre en el vacío, comenzó á decir con su suave vocecita algún tanto apurada:

—Pero, Martínez, por Dios; no se descomponga así... ¡Se pone V. tan feo!....Preciso es que haya en eso alguna equivocación, algún *quid pro quo*, para que un hombre de su talento de V. diga semejantes desatinos...¿Yo, Camarera de la Cister....quiero decir, de doña Victoria?.....¿De dónde ha salido eso?

—¡De V. misma, señora Condesa, de V. misma!—gritó el Ministro....¿Se atreverá V. á negar delante del Ministro de Ultramar que ha solicitado el cargo de Camarera, con tal

que diesen á Velarde la Secretaría del Rey, y á V. seis mil duros de sueldo? .....

—¡Pues ya lo creo que lo negaré!—contestó Currita con todo su desparpajo.

—¿Si?.....Pues veremos si su marido de V. lo niega igualmente, cuando todos los periódicos de Madrid publiquen esta carta....

Y el buey Apis sacó una del bolsillo, que puso extendida ante los ojos de Currita, como si pretendiese cumplir su bestial amenaza, de refregársela por los hocicos. La Condesa fué á echar mano al papel con grande prisa, pero el Ministro lo retiró al punto, diciendo brutalmente:

—¡Cá!...—Esta no la suelto yo ni un momento; pero ahora mismo la oirá V. de cabo á rabo.

Y poniéndose las gafas sobre la frente, porque era miope, comenzó á leer la carta: en ella, el Marqués de Villamelón, de acuerdo con su esposa, pedía para ésta, por medio del Ministro de Ultramar, el puesto de Camarera mayor de la Reina, con las dos condiciones indicadas antes por Martinez: la Secretaría particular de D. Amadeo para Juanito Velarde y los seis mil duros de sueldo, para la dama misma. La prueba no podía ser más concluyente, y Currita pudo comprender toda la imprudencia de su caro esposo, al dejar escapar aquella prenda. No se apuró mucho, sin embargo: mientras el Ministro leía habíase ido incorporando poco á poco, haciendo mohines de espanto y gestos de protesta, y de repente,

con la agilidad de una gata cazadora que se lanza sobre el cauto ratoncillo, arrancó de manos del Ministro la peligrosa carta, y la arrojó en el fuego....El papel se enroscó un segundo entre las llamas quedando al momento convertido en cenizas.

Atónito el Ministro, retrocedió bruscamente en la butaca, soltando una palabrota; mas Currita, sin ofenderse por ella ni asombrarse tampoco. dejóse caer de nuevo en su almohada como si tal cosa, diciendo con su cándida risita:

—¡Vamos, vamos, Martínez! ...Preciso será que se ponga V. dos pares de patatas...¡Eso refresca mucho!....

VI.

Jamás había pasado el pacífico portero de Villamelón susto tan tremendo, como el que le tenía reservado el Sr. Gobernador de Madrid para aquel día memorable, 26 de Junio... Eran las diez de la mañana, y Baltasar, sin haberse vestido aún la larga librea azul con anchas franjas en las bocamangas y cuello,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

que diesen á Velarde la Secretaría del Rey, y á V. seis mil duros de sueldo? .....

—¡Pues ya lo creo que lo negaré!—contestó Currita con todo su desparpajo.

—¿Si?.....Pues veremos si su marido de V. lo niega igualmente, cuando todos los periódicos de Madrid publiquen esta carta....

Y el buey Apis sacó una del bolsillo, que puso extendida ante los ojos de Currita, como si pretendiese cumplir su bestial amenaza, de refregársela por los hocicos. La Condesa fué á echar mano al papel con grande prisa, pero el Ministro lo retiró al punto, diciendo brutalmente:

—¡Cá!...—Esta no la suelto yo ni un momento; pero ahora mismo la oirá V. de cabo á rabo.

Y poniéndose las gafas sobre la frente, porque era miope, comenzó á leer la carta: en ella, el Marqués de Villamelón, de acuerdo con su esposa, pedía para ésta, por medio del Ministro de Ultramar, el puesto de Camarera mayor de la Reina, con las dos condiciones indicadas antes por Martinez: la Secretaría particular de D. Amadeo para Juanito Velarde y los seis mil duros de sueldo, para la dama misma. La prueba no podía ser más concluyente, y Currita pudo comprender toda la imprudencia de su caro esposo, al dejar escapar aquella prenda. No se apuró mucho, sin embargo: mientras el Ministro leía habíase ido incorporando poco á poco, haciendo mohines de espanto y gestos de protesta, y de repente,

con la agilidad de una gata cazadora que se lanza sobre el cauto ratoncillo, arrancó de manos del Ministro la peligrosa carta, y la arrojó en el fuego....El papel se enroscó un segundo entre las llamas quedando al momento convertido en cenizas.

Atónito el Ministro, retrocedió bruscamente en la butaca, soltando una palabrota; mas Currita, sin ofenderse por ella ni asombrarse tampoco. dejóse caer de nuevo en su almohada como si tal cosa, diciendo con su cándida risita:

—¡Vamos, vamos, Martínez! ...Preciso será que se ponga V. dos pares de patatas...¡Eso refresca mucho!....

VI.

Jamás había pasado el pacífico portero de Villamelón susto tan tremendo, como el que le tenía reservado el Sr. Gobernador de Madrid para aquel día memorable, 26 de Junio... Eran las diez de la mañana, y Baltasar, sin haberse vestido aún la larga librea azul con anchas franjas en las bocamangas y cuello,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

cubiertas de escudos heràldicos, limpiaba cuidadosamente el polvo á las soberbias arcas florentinas, los enormes sitiales antiguos y las armaduras de brillante acero que adornaban el vestíbulo. Púsose después á peinar las largas lanas de Bruin, el oso de Noruega, su mudo compañero, y en esta operación se hallaba, cuando un tropel de gente sospechosa invadió de repente la casa, en actitud nada tranquilizadora. Asustado Baltasar cerró de golpe la gran mampara de cristales, pero á los repetidos porrazos que en ella dieron los que de fuera entraban, cayeron rotos dos de los magníficos vidrios esmerilados que ostentaban en medio la cifra y corona de Villamelón, y aterrado entónces Baltasar, huyó escaleras arriba con el mandil remangado, atropellando á su paso al diminuto D. Joselito, que pacíficamente frotaba con cáscara de limón las varillas metálicas que sujetaban la mullida alfombra en cada peldaño de la escalera. El enano huyo también dando gritos, y á poco la servidumbre entera del palacio corria por todas partes azorada, abriendo y cerrando puertas, é infundiendo la alarma por todo el vecindario.

Mientras tanto los invasores llegaban á una antecámara completamente desierta, y el que parecia capitanearlos comenzó á golpear el suelo con su bastón de borlas, citando á la Condesa de Albornoz en nombre de la justicia. Era este individuo el jefe de orden público, y venía en nombre del Gobernador á

registrar el palacio de la Condesa, é incautarse de todos sus papeles. Acompañábanle media docena de guardias municipales, un alcalde de barrio y hasta diez ó doce hombres de mala catadura, provistos de grandes garrotes, que parecían por las trazas pertenecer á la por aquel tiempo fomosa *partida de la porra*. Guardáronse todas las puertas, quedando franca para todo el mundo la entrada, prohibida para todos la salida.

Mientras tanto dormía Villamelón el sueño del justo: Currita, por el contrario, levantada contra su costumbre desde muy temprano, como si algo esperase, notó al punto el alboroto: púsose muy pálida, y una sonrisa de diablillo crispó por un momento sus delgados labios. Temblando como una azogada, entró Kate, la doncella inglesa, á participarle lo ocurrido: pareció entónces azorarse mucho la dama, como si de nuevo le cogiese, y quiso á toda prisa avisar al marqués de Butron lo que acontecía. Las puertas estaban ya, sin embargo, guardadas, y prohibida la salida: púdose á pesar de todo hacer saltar la tapia del jardín á un pinche de cocina, y este fué el encargado de llevar al diplomático la embajada de la Condesa.

El despertar de Villamelón fué horrible: la imagen del terror había quedado grabada de antiguo en su cerebro, bajo la forma de los salvajes rifleños de Africa, y ellos con sus espingardas fueron los primeros fantasmas que vió asomar en su imaginación en ese primer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

momento de confusión de ideas, que sigue al despertar de todo hombre. El Excmo. Martinez, el colosal buey Apis, vino al punto á destacarse entre ellos, presentándole con una mano su imprudente carta, echándole la otra al pescuezo para conducirle sin piedad al Saladero.... Villamelón pensó morirse de susto, porque á su carta, y sòlo á su carta, como muy bien le habia profetizado el dia antes Currita, podía atribuir la repentina llegada de la policía. Pronto, sin embargo, tomó su partido: acurrucóse de nuevo en la cama, y juzgó lo más prudente darse allí mismo por muerto. ¿No era Currita quien le habia metido en aquellos berengenales? .. ¡Pues allá no se las compusiera ella como buenamente pudiese!... En vano le instaba la Condesa temblando de ira, para que se levantase y saliera á recibir la caterva de polizontes: Villamelón contestaba que estaba constipado, que estaba sudoroso, y cogería de seguro un pasmo á poco que le diese el aire.

El tiempo urgia, y la intrepida Currita vióse al fin precisada á salir ella misma al encuentro de los invasores: no lo hubiera hecho con más arrogancia la viuda de Padilla, al presentarse á las tropas de Carlos V en el Alcàzar de Toledo. Con altivo continente pidió al jefe de órden público el mandato del Gobernador legalizado por el juez, único que, según las leyes vigentes, podia autorizar aquel atropello: presentósele respetuosamente el funcionario, y rasgóle ella en dos pedazos des-

pués de leerlo. Hizo entónces una valiente protesta en que sacò á relucir sus leales opiniones alfonsinas, y mandando á un viejo, empleado en la contaduría de la casa, queguiase á sus habitaciones à aquellas gentes y presenciara el registro, retiróse dignamente á la sala de billar, seguida de sus doncellas como una reina de sus damas: allí hizo traer á los dos niños, Lilí y Paquito, y abrazándolos tiernamente y sentándolos en sus rodillas, parecía parodiar el triste grupo de la reina María Antonieta, refugiándose con sus hijos en un rincón de las Tullerías, invadidas por el populacho. Kate lloraba desconsolada; Miss Buteffull se habia puesto el sombrero y los guantes, como si esperase la órden de marcha.

No hacía Currita aquellos alardes artisticos-sentimentales á humo de pajas: la noticia habia corrido en un segundo por los círculos políticos y aristocráticos de la corte, extendiéndose después por casinos y cafés, tiendas y plazuelas. El pueblo comenzó á agolparse con estúpida curiosidad á las puertas del palacio, y á poco una larga hilera de coches ocupaba toda la calle, suspendían un momento su pausada marcha, abríanse y cerrabánse con estrépito las portezuelas, y bajaban escopetados señorones, aristocráticos gomosos y damas elegantes: venían éstas de trapillo, mirando á todas p rtes entre asustadas y curiosas, y abrazaban á Currita haciendo exclamaciones de sospresa, de indignación, de entusiasmo y de lástima. Esto era lo que esperaba la tai-

mada Condesa; con su sonrisa de colegiala apretaba á unos la mano en silencio, repetía á otros la relación del atropello, y elevaba los ojos al cielo con aire de víctima resignada, que se inmola, abrazada á sus hijos, en aras de la proscripta dinastía. ¿Qué sería de ellos? .....¡Pobres hijos suyos!. ..¡Y Fernandito tan afectado, tan nervioso, postrado en cama é inspirando su salud serios cuidados! Quizá les esperaba el destierro, quizá la cárcel, quizá.....¡Oh! las damas se estremecían de furor y de espanto, hablando todas á un tiempo, confortando á la víctima con sus consejos, y dándose todas al diablo allá en sus adentros, porque era á Currita y no á ellas, á quien había tocado la suerte de hacerse sospechosa a la policía, y llegar al apogeo de la celebridad en un solo salto.

Llegaron también varios periodistas á caza de noticias, lápiz en ristre y reparos á la espalda, y fueron muy bien recibidos, dignándose la misma Currita darles noticias del suceso. Pedro López, el cronista de los salones elegantes, que acudía á comidas y saraos con los bolsillos del frac, forrados de hule, para poderse llevar á mansalva dulces y emparedados, estuvo admirable. Currita le tendió una mano, enternecida á la vista de aquel fiel amigo, que tantas veces había descrito los primores de su falda: él se la estrechó en silencio, repitiendo por tres veces:

—¡Ominoso!....¡ominoso!... ¡ominoso!.....

Y apartándose un buen trecho, púsose á ga-

rrapatear con ardor febril en su cartera, no sin que todas las damas y muchos caballeros vinieran á hacérsele presentes, mendigando una mención honorífica en aquella crónica, que había de ser al otro día la *great attractión* de la corte. La apoteosis de Currita prometía ser ruidosísima, y preciso era figurar en ella, aunque sólo era de comparsa.

Llegó Leopoldina Pastor sofocadísima, con un devocionario enorme en la mano: venía de Misa, porque estaba haciendo en San Pascual una novena, para impetrar del cielo una apoplegía fulminante para D. Salustiano de Olózaga. Irritóse mucho de que Currita no hubiese tirado por la ventana al jefe de orden público; juró que no saldría de allí aquel indecente sin oír antes de sus labios cuatro palabritas bien dichas, y alborotando y accionando, y sacando la lengua á los agentes de orden público que encontró al paso, fué á parar al comedor, porque eran ya las doce, estaba en ayunas, tenía hambre, y se hacía imposible salir de allí hasta que terminara el registro. Muchas damas y caballeros la siguieron, dispuestos á caer sobre las provisiones de Villamelón, como una nube de langostas, y el pasmo de todos fué entónces grande...Sorprendieron al moribundo Marqués en un rincón del comedor, apoyado en un trinchero de roble, zampándose de pié y á toda prisa y mirando á todas partes azorado, una inmensa jícara de suculento chocolate, con una pirámide colosal de dorados picatostes....Pasado el

primer susto, y no escuchando ya en la casa otro ruido extraordinario que el incesante ir y venir de la gente que de la calle entraba, Villamelón sintió en toda su pujanza el aguijón más terrible que podía hostigarle, ¡el aguijón del hambre! En vano llamó una y otra vez, para que le trajesen como todos los días,

Ancha bandeja con tazón chinesco,
Rebosando de hirviente chocolate.

Los criados, diseminados por la casa, no acudían á su llamada, y prefiriendo Villamelón los riesgos de otra muerte á la muerte de hambre, decidió al cabo levantarse y escurrirse por pasadizos y corredores hasta la misma cocina, en busca del cotidiano alimento: una vez en posesión de él, refugióse en el rincón más cercano, y allí comenzó á devorarlo.

La llegada de los importunos huéspedes hízole levantar el campo, huyendo hácia el interior con el chocolate en una mano y los picatostes en la otra. Mas con grandes risotadas le detuvo la señoril y hambrienta turba, y alcanzándole Leopoldina Pastor por los cortos faldones de la bata, le gritaba muerta de risa:

—¿Pero á donde vas, Fernandito?....¡No te vayas, hombre!... ¡Si para sentir es menester comer!....Si nosotros venimos á ayudarte,....

Y desde el *maître d' hotel* hasta D. Joselito,

comenzaron á trabajar, sin dar apenas abasto, en servir á la emocionada concurrencia un *lunch* improvisado, un *pic-nik* sustancioso.

VII.

Era el Marqués de Butrón una de esas medianías que en los tiempos de escasas notabilidades pasan por eminencias, debiendo sólo su altura á las escasas proporciones de los hombres y cosas de la época. Hase dicho, sin embargo, que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, y no se libraba el gran Robinsón de esta ley general de las ilustres celebridades. Consistía, pues, una de sus secretas flaquezas, en teñirse cuidadosamente la barba, blanca ya por completo, para ponerla al nivel de su todavía abundante cabellera, que se conservaba negra como las alas del cuervo.

Disponíase, pues, el respetable diplomático en aquella mañana del 26 de Junio á esta ope-

ración importantísima, cuando le pasaron precipitadamente el recado de Currita. El peludo señor perdió por completo la cabeza, y temiéndolo todo de la bellaquería de la Condesa, que tenía él muy bien conocida, pidió á toda prisa un simón, y sin acordarse para nada de su barba sin teñir iba á revelar el hasta entónces bien guardado secreto á las lenguas más hàbiles en cortar sayos que encerraba la corte, corrió al palacio de aquella equívoca oveja, que tanto le importaba conservar en el redil alfonsino. Los polizontes que guardaban la puerta le dejaron pasar según la consigna, mirándole con esa especie de receloso respeto, que á las gentes bajas de un partido causan siempre los pájaros gordos del partido contrario.

La noticia de su llegada causó sensación profundísima entre la turba de amigos y amigas que invadían el palacio, y todos, hasta los que en el comedor se hallaban, corrieron à su encuentro. Su presencia allí daba al suceso una importancia y un colorido, que había muy bien calculado Currita al mandarle buscar con tanta urgencia. El gran Robinsón extendió ambos brazos al verla, exclamando: —¡Hija mía! y la dama se dejó caer en ellos con filial abandono, sollozando fuertemente y mostrando á sus hijos, que se agarraban asustados á la falda de Miss Buteffull, siempre tiesa é impasible.

El coro general de damas comenzaba á emocionarse; pero acertó á reparar Gorito Sardona en la desteñida barba del diplomàtico, y apresuróse à comunicar el descubrimiento al oído de Carmen Tagle: echóse á reir ella, díjole à su vecina, ésta al que tenía al lado, y á poco, una porción de solapadas risitas hacian fracasar por completo la parte patética del espectáculo.

Butrón, sin embargo, no cayó en la cuenta, y con el majestuoso continente que las circunstancias requerían, arrastró con suavidad á Currita al próximo gabinete. Sudaba como un pato, y la camisa no le llegaba al cuerpo, temiendo alguna nueva trapisonda de la ilustre Condesa, que viniera á desacreditar sus manejos diplomáticos. Azorado y en voz baja y mirando á todas partes, como si temiese ver aparecer á los polizontes que invadían el palacio, le dijo:

—¿Pero qué es esto? .. ¡Habla, hija mía!...

Currita se dejó caer en un sofá cubriéndose el rostro con el pañuelo.

—¡Estoy perdida!—dijo.

El respetable Butrón abrió la boca, como si fuera à tragarse un queso entero.

—¡Fernandito es un imbécil!—continuó Currita muy afligida.

Butrón movió de arriba abajo la cabeza en señal de profundo asentimiento.

—¡Le ha enseñado Martínez.... Me ha comprometido atrozmente... Es horrible, horrible....Infame, Butrón, infame!

—¡Habla bajo!—exclamaba el diplomático

sobresaltado....Sosiégate, hija mía, sosiégate... y cuenta para todo conmigo.

—Para todo ¿lo oyes?....para todo.

Y con las dos peludas manos, apretaba Robinsón con efusión paterna la mano de Currita.

—Lo sé, Butrón, lo sé, y por eso acudí á usted al punto,—dijo ella más sosegada...¡Pero es horrible, horrible!... ¡Figúrese V. que todo lo que decía de mi nombramiento de mi Camarera, es cierto!.....

—¿Cierto?—exclamó Butrón como si se le atragantase en el exófago el queso que antes parecía tragarselo.

—Fernandito le escribió al Ministro solicitando para mí el cargo....¡sin decirme nada, Butrón!... ¡sin contar conmigo!....¡Vamos, si es horrible, horrible!....¡Ay qué marido!... Le aseguro á V. que, si no fuera por mis hijos, entablaba el divorcio.....

Aquí derramó Currita algunas lágrimas en aras del honrado Himenéo, cuya antorcha corría riesgo de apagarse, y continuó muy bajito:

—Por eso, como yo no sabía nada, dije antes de ayer en casa de Beatriz lo que creía, ¡claro está! la verdad....Que el Ministro vino á ofrecerme el cargo, y yo me había negado á aceptarlo muy ofendida, tomándolo por una majadería de esa gentuza...Figúrese V. mi sorpresa, cuando ayer se me entra por las puertas ese animal de Martínez, tan ordinario, tan grocerote, muy ofendido con mi negativa,

gritando como un energúmeno que nadie jugaba con el Gobierno, y amenazándome con una carta de Fernandito, que iba á refregarme... ¡por los hocicos, Butrón, por los hocicos!

Y aquí ahogó de nuevo el llanto la voz de Currita, prosiguiendo á poco entre sollozos:

—¡Qué ultraje, Butrón, qué vergüenza! ¡Creí morirme de sentimiento... ¡Al padre de mis hijos debo esta ofensa!....¡Bien se lo he dicho mil veces.—Tu condescendencia con esa gentuza, nos va á perder, Fernandito!....

—¿Pero viste tú esa carta?—exclamó Robinsón estupefacto.

—¡La vi, Butrón; la he leído! ¡Qué vergüenza!....¡Creí morirme!.....Decía el buey Apis, que el Ministro iba á publicarla en los periódicos si yo no aceptaba el cargo. Lloré, supliqué, pidiéndosela en nombre de mi honra, en nombre se mis hijos!....Todo en vano: ó aceptaba yo el cargo, ó la carta se publicaba....Entónces le ofrecí dinero, y mi hombre empezó á blandearse.....Me pidió cinco mil duros: luego tres mil, ¡regateando, Butrón, regateando como un judío!.....Por fin, se cerró el trato en los tres mil, y anoche á la una volvió á entregarme la carta y recibir el pago. Porque claro está; yo no tenía dinero bastante, tampoco podía pedirlo á Fernandito, y he tenido que empeñar una porción de joyas.

Butrón escuchaba asombrado, tragándose una á una como un bolonio toda aquella sarta de mentiras, diestramente entrelazadas con

algunas escasas verdades: cruzò las manos con trágico ademàn, y exclamó con el aire de un Catón escandalizado:

—Eso es nauseabundo!

—¡Pero si hay màs, Butròn, si hay más!..... ¡Si es infame!—prosiguió Currita muy animada. A la una me entregó anoche el buey Apis la carta.....A las diez, llega hoy de repente la policía, á registrarme mis papeles... ¡Negocio redondo que buscaba el gran canalla!.....Coger de nuevo la carta, y quedarse con mi dinero!.....

—¿Pero la han cogido?—exclamó Butrón consternado.

—¡Cà!...—¡Primero me quitan la vida!...Tuve tiempo de romperla y echar los pedazos por el vertedero del baño.

—¡Berrr! hizo Butrón como si le dieran náuseas; y con las manos cruzadas á la espalpalda, actitud de las grandes perplejidades, y fruncido el formidable guarda-polvo de sus cejas, señas en èl de graves preocupaciones, comenzó á medir á grandes pasos la estancia. Currita le miraba marchar con el rabillo del ojo, dando de cuando en cuando nerviosos suspiros.

Indudable era para Butrón que la dama era una tramposa; pero lo que decía era todo perfectamente verosímil, y explicaba por completo la extraña visita de la policía. ¿Qué había ido si no, à buscar en aquella casa?...Por otra parte, aquel repentino suceso aseguraba al partido la alianza de aquella mujer que dominaba al Madrid elegante con el poderoso imperio de la moda, y esto bastaba a las teorias del diplomático: detúvose, pues, de repente ante ella, y díjole solemnemente:

—Es preciso hacer una manifestación ruidosísima, que levante el espíritu y sirva de protesta á este atropello.....

Currita se encogió de hombros, disimulando bajo una porplejidad afectada el rayo de vanidosa alegria que iluminó su semblante.

—Pero Butrón, por Dios!—dijo.....Por mi no hay inconveniente; pero ya ve V. que quien pierde aquí es Fernandito.

—Mira, Curra... —Fernandito no pierde nada, porque nada tiene que perder...Tu marido es un imbécil, y eso lo sabe todo el mundo.

—Es verdad,—dijo con heróica conformidad Currita

—Además, yo te garantizo el secreto...El negocio es grave, y puede sacarse de él mucho partido.

—Eso bien lo veo yo ...Por eso no me opongo ...Después de todo, lo primero que hay que mirar es el bien de la causa.....Yo todo se lo sacrifico.....Bien lo he probado siempre.....¡Bien lo estoy ahora probando!...

Y Currita se enterneció otra vez, emboscando entre sus nuevas lagrimitas este ruego inocentísimo:

—Lo único que pido es, que escriba V. mismo á la Señora la verdad de lo que está pasando ...¡Le tengo un miedo á los enredos, à

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los chismes de este Madrid!...¡Esa Isabel Mazacán es tan chismosa...me tiene envidia!

Cuadróse Butrón delante de la dama, y dijo golpeándose el pecho:

—¡Confia en mí, Curra...Yo respondo!

En aquel momento llamaron à la puerta: el registro había ya terminado, y el jefe de orden público pedia permiso à la señora Condesa, para presentarle sus excusas.

—¡Ay no, no!— exclamò Currita. Dígale V. que puedo muy bien separarme sin ellas.

—Y añàdale,—dijo Butrón con toda la majestad olìmpica que su misión allì requería, que la señora Csndesa de Albornoz se reserva el derecho de protestar en todos los terrenos de semejante atropello.....Y dígale también, que toda la aristocracia española y todas las gentes sensatas y honradas, están á su lado para apoyarla, y defender la causa santa que ella representa en estos momentos.

Esto dijo Butrón con arrogante tono, y acentuando mucho la palabreja *causa*, paseó después una larga mirada por la concurrencia, como quien dice:—¿Habéis entendido?—y entróse por los grupos, dejando caer palabras huecas, que la curiosidad y la necedad rellenaron de grandes cosas,

—El negocio es grave,—decía..¡Currita, admirable!.....¡Una heroina!.....¡Mariana Pineda!...

Entró entónces el viejo empleado en la contaduría, D. Pablo Solera, que había presenciado el registro: traía las orejas muy coloradas,

y un gran papel en la mano, que presentó á la Condesa.....Rodeáronse todos llenos de curiosidad, haciéndole mil preguntas que el viejo se apresuró à satisfacer, aturdido en parte al verse ante tan ilustre concurrencia.

El registro había sido escrupuloso en demasía, y durado dos horas enteras: el jefe de orden público había leido todas las cartas que encontrò á mano, sin perdonar pesquisa alguna, registrado todos los papeles, hojeaba todos los libros y puesto aparte todo aquello en que creyò encontrar miasmas conspiradores, para sujetarse al exámen del Gobernador de la provincia. El prudente viejo le exigió entónces un recibo, firmado por el mismo jefe de orden público, en cual habían de consignarse todos los papeles que se llevaba, y éste era el documento que D. Pablo presentaba á la Condesa.

—¿Hay algo importante?—preguntóle Butròn en voz baja, leyendo la lista al mismo tiempo que Currita

—¡Psch!.....Nada—contestó ésta.

Mas sus ojos se fijaban con extrañeza, en esta partida inventariada en la larga lista: "Un paquete de veinticinco cartas, atado con una cinta color de rosa."

El respetable Butrón tomó de nuevo la palabra. El peligro había pasado, pero era necesario sacar todo el partido posible de aquella victoria: hacíase indispensable meter mucho ruido, gran ruido; propagar el escándalo por todas partes para despertar la indignación y excitar los ánimos en contra del Gobierno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y de la dinastìa intrusa.....Para ello, todas las señoras acudirían aquella tarde á la Castellana, con las airosas mantillas españolas y las clásicas peinetas de teja, que eran ya señal convenida de valiente protesta; y á la noche siguiente, él, Butrón mismo, daría un gran baile en honra de Currita, de puro carácter político, al cual podían ya darse por convidados todos los presentes.....Las señoras, lucirían todas en la cabeza la flor de lis, emblema de sus esperanzas; los caballeros, un lazo blanco y azul en el ojal del frac, colores propios y significativos de los desterrados Borbónes.

El entusiasmo fué entónces indescreptible; las damas rodearon el grupo que Currita y Butrón formaban, empujándose unas á otras, charlando todas á un tiempo, esgrimiendo los colosales abanicos que por aquel verano estaban de moda, con el poco elegante nombre de *Fericones*.

—¡Bien!.....¡Bravo!—gritó Gorrito Sardona.....¡El coro de los puñales!.....¡Butrón, á V. le toca bendecirlos!

Y se puso á cantar el

Giusta é la guerra, é in core
Mi parla un santo ardore,

de Meyerbeer en los *Hugonotes*.

Esto hizo reir mucho á todas aquellas señoras, y unas en pos de otras comenzaron á retirarse, nerviosas, entusiasmadas, confesándose mútuamente que era muy entretenido conspirar danzando y luciendo trapos en la Castellana, que era más fácil de lo que ellas creían derribar un trono á abanicazos.

Mientras tanto, Villamelón, escurriéndose tras cortinas, puertas y tapices, miraba desfilar la ilustre concurrencia, sin osar presentarse ante ella. Lo que más le incomodaba á él era, que le hubiesen roto dos cristales, allá abajo en la mampara.

Al verse á solas Currita, preguntó al viejo empleado enseñándole la lista:

—Pero diga V., D. Pablo....¿De quién eran esas veinticinco cartas? .....

El viejo se encogió de hombros.

—No sé,—contestó ..El jefe de orden público leyó tres ó cuatro, y se las guardó con una risita que me dió mala espina.

—¿Pero dónde estaban?

—En aquella arquita antigua que está en el gabinete de la señora Condesa....En un cajoncito con secreto.

—¿En el *secrêtaire* del *boudoir*?—dijo Currita aún más sorprendida. ¡Pero si allí no había nada! ...A ver, venga V. conmigo.

Había, en efecto, en un rincón del *boudoir*, una preciosa *arquilla*, obra acabadísima de marquetería italiana del siglo XVI, de ébano tallado, con ricas incrustaciones de carey, plata, jaspes y bronces. Currita abrió la gran tapa delantera, cuyas bisagras y cerrajas doradas dejaban ver, á través de sus artísticos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

calados, un fondo de terciopelo rojo, y entónces apareció el interior de aquel precioso mueble, compuesto de bellísimos arquitos, de galerías en miniatura en que encajaban infinidad de cajoncitos, ocultándose los unos á los otros con múltiples secretos.

—¿Pero dónde estaban esas cartas?—preguntó Currita impaciente, abriendo uno á uno los lindos cajoncitos.

—Aquí abajo,—contestó D. Pablo.

Y apretando un resorte de bronce, hizo saltar otro cajoncito oculto, que dejó escapar al abrirse un suave olor de violetas secas. Currita metió dentro la mano, y encontró en el fondo un ramo marchito de aquellás fragantes flores: mirólo algún tiempo con cierta extrañeza, como quien pretende recordar algo, y exclamó al fin cayendo en la cuenta:

—¡Ya!.....

Y de repente, poniéndose muy seria y con la enfurruñada cara de quien se teme un chasco pesado, murmuró muy enfadada:

—¡Pues tendría que ver!....—¡Estaría bonito!....

VIII.

Bueno estaba para bollos el horno del Sr. Gobernador, á las dos de la tarde de aquel mismo día 26 de Junio. La noticia de la visita de la policía al palacio de Villamelón, había llegado á las altas esferas del Gobierno, causando en ellas sorpresa y disgusto: ignorábase allí la causa de aquella violenta medida del Gobernador, y esperábase todavía, por otra parte, obligar á la Albornoz á aceptar el cargo de Camarera, á pesar de la escena cómico-dramática que entre ella y el Excmo. Martínez había tenido lugar la víspera. Porque, como el lector habrá ya adivinado, no obstante los enredos de la tramposa ssñora, los compromisos de ésta con el Gobierno eran tan reales y positivos, como había asegurado dos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

días antes la Condesa de Mazacán, en casa de la Duquesa de Bara.

Resentida profundamente Currita, por lo que ella creyera desaire de la abdicación, había decidido al punto pasarse con armas y bagajes al enemigo, satisfaciendo de este modo sus femeniles deseos de venganza, y realizando al mismo tiempo su continuo anhelo de dar què hablar à todo el mundo, y ser siempre la primera de la primera línea. El nuevo monarca era jóven y era guapo, y una vez teniéndole ella á su alcance en el puesto de Camarera, pareciale fácil amalgamar en poco tiempo en sí mismo, dos personalidades históricas que le eran muy simpáticas: Mademoiselle de la Valliére y la Princesa de los Ursinos.

Costóla, sin embargo, algún trabajo reducir á Villamelón á secundar sus planes, porque encastillado éste en lo que llamaba su honor, empeñábase en vivir y morir fiel á la dinastía caida: supo al cabo Currita convencerle, y cautar siempre, y sin dar ella la cara, encargóle á él entablara las negociaciones con D. Juan Antonio Martinez y el Ministro de Ultramar, personajes ambos que con traidora previsión habían procurado desde mucho tiempo antes atraer á su casa, importándosele un bledo los aristocráticos aspavientos de sus ilustres amigas. Las condiciones impuestas por la Condesa, eran un considerable aumento de sueldo para ella, y la Secretaría particular de D. Amadeo para Juanito Vilarde, adorado amigo que á la sazón privaba.

El encargo era fácil, dado el afán que de llenar aquel desairado cargo con una Grande de España existía en la corte y en el Gobierno: Villamelón, sin embargo, cometió una pifia contra las terminantes prescripciones de Currita. Habíale encargado ésta que por ningún concepto soltara prenda por escrito, en el manejo de aquel negocio, y por faltar el majadero á una cita que con cierta viuda problemática tenía, à la misma hora en que le citaba también el Ministro, dejó escapar aquella malhadada carta dirigida à éste, que tan serias complicaciones habia de traer mas tarde.

Mientras tanto, la carta de la reina Isabel vino á desbaratar todo lo hecho, y con su desfachatez sin igual volvióse atrás Currita, dejando á la corte y al Gobierno burlados, y en las astas del toro á su marido. No satisfecha con esto, y para acallar los peligrosos rumores que atizados por Isabel Mazacán corrían de lo sucedido, imaginó denunciarse á sí misma al Gobernador, escribiéndole un anónimo en que con pruebas patentes y señales manifiestas aseguraba, que la Condesa de Albornoz y el Marqués de Butrón urdían un complot vastísimo, existiendo en poder de ella papeles muy importantes para la causa alfonsina. El incauto Gobernador cayó en el garlito, y ya hemos visto la admirable oportunidad con que secundó los atrevidos planes de aquella ilustre bribona, cuyas mezquinas intriguillas traían en conmoción á toda la corte. La visita de la policía afianzaba para siempre la fa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ma de su lealtad alfonsina, dándole una importancia en el partido, que la ponía por completo á cubierto de las pretensiones de la corte amadeista Así lo comprendió el Excmo Sr. D. Juan Antonio Martínez, y hecho un basilisco fué á pedir al Gobernador cuenta de su torpeza: alborotóse éste, y guardándose muy bien de confesar que sólo en un anónimo cifraba él las pruebas del complot de Currita, aseguró campanudamente que le constaba la existencia de una vasta conspiración alfonsina, que el Marqués de Butrón la dirigía, y que la señora Condesa de Albornoz era una trapisondista de tomo y lomo.

—¡Si me lo querrá V. decir á mí!—exclamó el buey Apis resollando por la herida.

Y contó al Gobernador con todos sus pormenores, la historia del nombramiento de Camarera y la escena de la carta arrojada al fuego, que había ya hecho desternillar de risa, en las narices mismas del Ministro, à todos sus compañeros de Gabinete. Mordióse el Gobernador los labios, comenzando á sospechar que había hecho un pan como unas hostias, y el *pas trop de zéle* de Talleyrand, acudió á su mente como un reproche. Detuvo, sin embargo, un momento su còlera y sus temores la entrada del jefe de orden público, que venia á entregarle los papeles sorprendidos en poder de Currita.

Lanzóse el Gobernador sobre ellos con todo el ardor de su picado amor propio, y púsole su mala suerte ante los ojos lo primero, un

plieguecillo de esquela, con el timbre de la Condesa de Albornoz, y escrito en èl con diversos caracteres de letra, este extraño letrero:—*¡Qué animal tan hermoso es el hombre!*— Examinaba atentamente el Gobernador el papelillo, creyendo encontrar alguna clave oculta ó algun santo ó seña misteriosa entre aquellos diversos caracteres de letras, rechonchas y apretadas unas, largas y finitas otras, diminutas cual patitas de moscas entrelazadas que se prolongasen en forma de cadeneta, las últimas. Estas despertaron en su mente un vivo recuerdo: buscó apresuradamente el anónimo que encerraba la denuncia, cotejó ambas letras, y el velo se rasgó entónces por completo. ¡Era la misma!....Probado quedaba que la Excma. Sra. Condesa de Albornoz era una trapisondista de tomo y lomo, y el Excmo. Sr. Gobernador de Madrid, un majadero de siete suelas.

Su furor no tuvo entónces límites, y vino á aumentarlo el cazurro Martínez, que con los carrillos hinchados y la boca llena de risa, reventaba por soltar la presa, y soltòla al fin, diciendo á modo de fisga:

—¡Abortó la conspiración!....¡España puede ya dormir tranquila! .....

Su Excelencia encontraba cierto maligno disgustito, en no ser la única víctima de los enredos de aquelfa grandìsima tuna, que tan pesados chascos estaba dando á los Epaminondas y Arístides de la España con honra. El Sr. Gobernador comenzó á echar sapos y culebras por la boca, lo mismo que cualquier

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rufian de callejuelas, volviendo y revolviendo los papeles, vino á topar con el paquete de las veinticinco cartas. Su gozo fué entónces inmenso: tenía ya asegurada la venganza.

La noche anterior había hecho Currita un escrupuloso escrutinio en sus papeles, quitando de en medio lo que podía comprometerla, y poniendo bien á la vista lo que favorecía sus planes: excusado es decir, que la carta de la reina Isabel quedó en puesto tan visible, que presto pudo dar con ella el jefe de orden público. Dos descuidos imperdonables tuvo sin embargo: quedósele traspapelado en la cartera de escribir el pliegueccillo en que había hecho sus pruebas caligráficas, y olvidósele por completo de que en un cajoncillo oculto de la arquilla antigua del *boudoir*, existía hacía más de tres años un paquete de cartas. Eran éstas de cierto capitán de artillería andaluz, de gran familia, arrogantísima figura y poquísima vergüenza, que había antecedido á Juanito Velarde en el puesto de confianza que á la sazón ocupaba éste en la casa.

Triunfante el Gobernador, preguntó á Martínez si le parecía conveniente publicar aquellas cartas en los periódicos.

—Pero hombre, no sea V. mentecato—replicó el Ministro. ¿Cree V. que hay alguien en Madrid, que no sepa ó suponga que esas cartas existen ó han existido?

—Pero entónces,—qué partido sacamos de ellas?

—Uno muy sencillo... ¿No tiene V. que devolverlas á la Condesa?

—¡Claro está! .. Como el jefe de orden público le ha dejado recibo.

—Pues en vez de enviárselas V. á la mujer, se las envia al marido....Es la única manera de practicar en este asunto, la obra de misericordia enseñar al que no sabe.

—¡Magnífico!—exclamó el Gobernador admirado de la maquiavélica política de su Excelencia.

Y sin pérdida de tiempo, púsose á escribir un atento B. L. M. al Marqués de Villamelón, presentándole mil excusas por el mal rato que le había dado aquella mañana, anunciándole la devolución de los papeles incautados, y suplicándole cortesmente los repasase uno á uno, y muy en particular las veinticinco cartas del paquete, no fuera que por casualidad se hubiese alguna de ellas traspapelado.

En aquel momento un portero entregó al Sr. Gobernador una esquelita perfumada, que parecía ser de una dama coqueta, y era del lindo Ministro García Gómez, el elegante de la situación, el *dandy* de aquel Gabinete eminentemente progresista Enterado por su amiga Isabel Mazacán de la orden del día dada por el Marqués de Butrón en casa de Currita, apresurábase á poner en conocimiento de la primera autoridad de la provincia, la manifestación de mantillas y peinetas que las damas de la aristocracia preparaban para aquella tarde en la Fuente Castellana. El Gobernador

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comenzó á bufar de nuevo, amenazando entre enérgicas interjecciones, hacer con mantillas y peinetas, lo que Esquilache hizo con capas y sombreros.

—¡Pero hombre, no sea V. mentecato!—volvió á decir el Ministro con su risa de paleto. Eso tiene fácil remedio.

—¿Cuál?

—Llame V. á Claudio Molinos.

Llegó Claudio Molinos, bribón consumado, especie de baratiro político que en aquel tiempo alcanzó gran boga, y era, según la voz el Galeoto del Gobierno en sus enjuagues de mala ley, y el reclutador y generalísimo de la partida de la porra. Recibiéronle ambos personajes de igual á igual, y con grandes extremos, y después de una corta conferencia, tornó á salir Claudio Molinos muy apresurado.

Martínez salió también con gran pachorra, inclinada la cabezota, y las manos y el bastón á la espalda, y quedóse el Gobernador muy satisfecho, restregándose las manos chiquitas y regordetas, con alguna que otra uña no limpia del todo.

A las seis y media de aquella misma tarde no se veía un solo carruaje en el Retiro ni en el Parque, y centenares de ellos, por el contrario, atravezaban al trote largo el Paseo de Recoletos, atestado ya de gente, y seguían en confuso remolino hácia la Fuente Castellana. Jamás Viena corriendo hácia el Práter, Berlín hácia el Linden, París hácia el Bosque, habían presentado espectáculo tan original y pintoresco, como el que ofrecía á la puesta del sol aquella inmensa avalancha de trenes lujosísimos, la mayor parte descubiertos, atestados de mujeres de todos tipos, de todas edades, con trajes de colores vivos, mantillas blancas ó negras, peinetas de teja y flores en la cabeza, en el pecho, en las manos, en los asientos y portezuelas de los coches, en las frontaleras de los caballos y en las libreas de los cocheros; confundiéndose sin atropellarse, en aquella barahunda ordenadísima, carruajes, caballos, jinetes, arneses, prendidos, libreas, cocheros con la fusta enarbolada, lacayos con los brazos cruzados, retintines de bocados y crujidos de látigos, efluvios de primavera y perfumes de tocador, olor á búcaro de la tierra recién regada y fragancia de lilas, azucenas y violetas; envuelto todo como en una gasa en un polvillo fino y brillante, iluminado todo con golpes de luz bellísimos por los reflejos del sol poniente que penetraba por entre las copas de los árboles, haciendo brotar resplandores de incendio en la plata de los arneses, los botones de las libreas y el herraje de los coches.

Por las anchas aceras de la calle de Alcalá, desembocaba también en Recoletos muchedumbre compacta de gente de á pié, destacándose, de trecho en trecho, grupos de mantillas mas ó ménos bien llevadas, peinetas de teja puestas en cabezas más ó ménos airosas. No correspondía, sin embargo, la animación y la algazara, al número y al lujo de aquella

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

muchedumbre: marchaban los paseantes con esa curiosidad más ávida mientras más medrosa, que inspira siempre un espectàculo peligroso: con esa curiosidad propia del cobarde, que espera oir á cada momento el estampido de una arma de fuego. Las damas de los coches, por su parte, cruzaban entre sí saludos, señas y sonrisas, sin poder disimular un involuntario azoramiento, semejante al del chico descarado que se resuelve á hacer una travesura, en las barbas mismas del maestro.

De repente, á la altura de la Casa de la Moneda, paráronse los paseantes agrupàndose bajo los árboles, y los coches moderaron su carrera, llamándose á derecha é izquierda para deja una calle en medio Por ella se adelantaba al trote largo un magnífico landó de Binder, caídas á uno y otro lado las capotas de *chagrin* finísimo, arrastrado por dos soberbios bayos oscuros, dos *steppers* de grande alzada y poderoso trote, que la mano férrea de Tom Sickles manejaba tan fácilmente, como volvia el viento los ramos de lilas y claveles que lucian los nobles brutos en las brillantes frontaleras. Tendida en los anmohadones de raso con aire distinguidísimo paseaba la Condesa de Albornoz, su desvergüenza, dando la derecha á su amiga y parienta la Marquesa de Valdivieso; vestìan entre las dos primas los colores nacionales, traje amarillo con mantilla negra la de Albornoz, rojo con mantilla blanca la Valdivieso, y grandes peinetas de carey una y otra, con ramos de claveles blancos y encarnados en la cabeza y en el pecho. Arremolinábase la gente al verla pasar, las damas la saludaban con los pañuelo desde los coches, arrojándole flores muchas de ellas, y una turba de gomosos á caballo, brotaban á uno y otro estribo del coche, á guisa de caballerizos. De esta manera triunfal, hizo Currita su entrada en la Castellana

Formaban ya allí los carruajes ordenada fila, y entónces pudo apreciar el Marqués de Butrón, todo el nùmero y arrogancia de sus huestes femeninas. Allí estaba él en un landó de colores oscuros, teniendo à su derecha a la Marquesa, respetable señora que llevaba uno de los nombres más ilustres de España, y podia hacer gala de una de las reputaciones más sin tacha de la corte Más lejos iba Isabel Mazacán con Leopoldina Pastor, en un *milord* preciosísimo; Pilar Balsano, la Duquesa de Bara, Carmen Tagle y otra infinidad de estrellas y constelaciones del gran mundo, entre las que descollaba la señora de López Moreno con su hija Lucy, vestida ella de azul con mantilla blanca y grandes rosas en la cabeza, ocupando así por completo una gran carrete la con arreos á la calesera, y cochero y lacayo con sombrero calañés, pantalòn y chupa de oscuro terciopelo. Todas ellas, mujeres problemàticas, y otras mil y mil, mujeres frívolas y superficiales en apariencia, pero honradas en el fondo las más, sólidamente virtuosas y sensatas muchas de ellas, saludaban al pasar á la ilustre bribona, inclinándose todas

á su paso, rindiéndole el homenaje de sus sonrisas y su envidia, haciéndose reas de la perniciosa condescendencia con el vicio, llaga mortal de las grandes sociedades, contribuyendo con su presencia y con su lujo, por necedad, por debilidad y por malicia, al gran pecado del escándalo, al triunfo de la más ruin bellaca que urdió jamás trapisondas en la corte.

No durò mucho, sin embargo, la apoteósis... Nada ha podido nunca explicar como sucediò aquello: unos dicen que vino del Hipódromo, otros que del barrio de Salamanca, algunos que de un hotelito que emboscado en un jardín, existe en la Castellana. Es lo cierto, que de repente apareció en la fila de coches un gran landó á la Daumont con cuatro caballos blancos: venían dentro dos mujerzuelas de vida airada, abigarradamente vestidas de encarnado, con pomposas mantillas y enormes peinetas, poniendo en asquerosa caricatura á las damas de la aristocracia. En el asiento de enfrente, un rufián con sombrero de copa un poco ladeado y largas patillas postizas, parecía parodiar á cierto prócer famoso, que en aquel tiempo hacía gran papel en las filas alfonsinas (1).

Aquello no fué un bofetón: fué una coz, una patada del Excmo. Martínez, que acababa de un golpe con las peinetas y mantillas, con más facilidad que acabó Esquilache con los

[1] Histórico todo.

sombreson y las capas. Díjose luego, que desde una ventana del hotelito escondido, había él presenciado la escena, con las manos á la espalda, sacudiendo la cabezota, dejando oir su risa de cazurro, de paleto empingorotado.

—¡Ju, ju, ju, ju! .....

Entónces hubo un momento de confusión grandísima, de alarma verdadera: algunos hombres de á pié y de á caballo se lanzaron sobre el coche con los bastones enarbolados, para hacerlo salir de la fila. Intervinieron los guardias de orden público en favor de las mujerzuelas, y mientras tanto huyeron en un segundo los lujosos trenes, al galope à la desbandaba, mordiéndose los hombres el bigote de despecho, escondiendo las mujeres llenas de vergüenza los rostros azorados.

Sólo quedó Currita, incorporada en su coche, abriendo mucho los claros ojos, abofeteando á todas aquellas mujeres honradas, cuyu culpa consistía en admitirla á ella en su trato, con estas candorosísimas palabras dichas para tranquilizar á su prima:

—Pero mujer....¿Qué ha sucedido?...¿Por qué se van?.... Que haya otras dos más, ¿qué importa?.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX.

Los periódicos ministeriales de la tarde, guardaban un estudiado silencio sobre la visita de la policía al palacio de Villamelón, como si obedeciesen todos á una misma consigna. Los diarios oposicionistas por el contrario, soltaban ocupándose del suceso, todos los registros de sus respectivas trompeterías, prorrumpiendo en gemidos ó gritos de horror, según les soploba el viento á la alegría ó al ditirambo.

Ningunos gemidos, sin embargo, tan perfumados, ningunos gritos de horror tan rítmicos, como los lanzados por la pluma del espiritual Pedro López, en el artículo *El primer paso*, que publicaba aquella tarde *La flor de Lis*. Indudable era que Pedro López había mascado raíz de lirio antes de lanzar aquellos suspiros confitados, que había modulado sus

gritos de horror sobre aquellos trinos de Stagno:

Voi parlate di patria.
E patria piu non e;

que había llorado sobre el rosado papel lágrimas de agua de colonia, que había, en fin, creido al empuñar la pluma en sus manos lavadas con *pâte agnel*, tremolar una bandera con un palo de sombrilla por asta, y un encaje de bruselas por lienzo ...¡Ooooh!....Cuando Pedro López posó su turbada planta en el palacio de los Marqueses, cuando vió profanadas por groseros piés de sicarios de un poder bastardo y despótico, aquellas mullidas alfombras que tantas veces habían hollado en rítmicos movimientos del baile, las bellezas más valiosas de la corte, angustia mortal oprimió su corazón, nube de sangre coge sus ojos, y una palmada de su propia mano vino á herir su frente, sin que—¡pásmese el lector! —notase Pedro López que sonaba á hueco....Sonóle á un ¡ay! fatídico, á voz triste, lejana, misteriosa, crepuscular, que murmuraba á lo lejos —¡El primer paso! ..El primer paso dado hácia el Noventa y tres ..el primer paso dado hacia el Terror!....¡Ooooh! ..Allí había visto Pedro López sumida en el más profundo desconsuelo, y vistiendo elegante *saut du lit*, con falda *plisséa* de fular de seda y encajes crema, á la bella Condesa de Albornoz, ideal como la Ofelia de Shakspeare á orillas

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

del lago, digna como la María Stuard de Shiller en el castillo de Fotheringhay, sublime como la princesa Isabel, la hermana de Luis XVI, que llamó la posteridad el *ángel de la guillotina*. ¡Aaaah!... ...Allí había visto Pedro López y estrechado su mano, al hidalgo caballero, al pundonoroso Marqués de Villamelón, postrado en el lecho del dolor, cual león enfermo, derramando lágrimas de varonil despecho, por no poder desenvainar en defensa de su noble hogar allanado, la gloriosa espada de cien ilustres progenitores...¡Ooooh! .....Y en torno de aquellas dos nobles figuras realzadas aquel día por el infortunio, elevadas por ruin despotismo de un Gobierno sobre el gloriosísimo pedestal de la picota de sus iras, Pedro López había visto agruparse, más hermosas mientras más doloridas, y tan elegantes en su sencillo *negligé* de mañana, como en sus soberbios *toilettes* de otras ocasiones, á las bellísimas Duquesas de A. B y C.; á las lindísimas Marquesas de G., H. é I., á las preciosas Vizcondesas de J, K. y L.; á las monísimas Baronesas de M., N. y Ñ.; y á las espirituales señoras y señoritas de O., P. y Q. También el sexo feo estaba dignamente representado por el venerable Marqués de Batrón, espejo de caballeros, y por los Duques, Marqueses, Condes, Vizcondes, Barones y señoras de tal ó cual, y por otras muchas personas notables, que en lo inmenso de su emoción, quizá dejaba Pedro López involuntariamente de enumerar .....¡Aaaah! ¡El primer paso!.....Todas las

gentes parecían inclinarse bajo el peso de un mismo pavoroso pensamiento..... Mas habló el ilustre Marqués de Butrón, y el eco de su mágica palabra, irguiéronse las nobles cabezas, y viéronse allí ilustres vendeanos dispuestos á disputar palmo á palmo el terreno; garridas Marfisas y Bradamantes, capaces de realizar con el brillo de sus ojos, las proezas de aquellas heróicas amazonas de las primeras cruzadas.....

Aquí ponía Pedro López cuatro líneas de puntitos suspensivos, y añadia luego:

"Nosotros oimos sus palabras, y un rayo de celeste esperanza se deslizó en nuestro pecho. Mas puntitos suspensivos.;

"El villano atentado del Gobernador de Madrid, ha sido el primer paso dado hácia el Terror.....Mas,—¡renazca la esperanza!—ya

.....El león de Castilla,
Sacude la melena!!!"

Y á renglón seguido:

"Excusado es decir, que la explendidez proverbial de los Marqueses de Villamelón, proporcionó á la ilustre concurrencia un exquisito *lunch* improvisado, en que llamaron la atención de todos, los delicados sorbetes de naranja, servidos en la misma cáscara de la fruta, que no obstante lo impropio de la hora, hizo el calor del día deliciosos. Felicitamos á los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Marqueses de Villamelón, por haber introducido esta elegante novedad, que no tardará en ser imitada en las mesas y salones de la corte."

Todas estas y otras majaderías por el estilo leía Currita con ávido deleite, mirando con desdén, desde la altura de su triunfo, á Metternich y á Pitt, á Cavour y á Bismarck. Parecíale muy natural que la llamasen á ella Ofelia, María Stuard y Angel de la Guillotina; reíase allá en sus adentros de ver transformado á su marido en león enfermo y pundonoroso caballero, y dejábalo correr todo junto, porque sabía ya muy bien que nadie sube hoy al templo de la fama, sin alas hechas de recortes de periódicos. Vino entónces á colmar su satisfacción el director de cierta famosa revista, que con grandes reverencias y aspavientos, y presentándole una tarjeta en que el Marqués de Butrón eficazmente le recomendaba, manifestó su deseo de públicar en la revista el retrato de la heróica Condesa, y algunos grabados de actualidad relativos al suceso que todo Madrid discutía. Recibióle ella con esa amable condescendencia, propia de las grandes señoras con cualquier pelafustan que las adula, y concedióle su petición al punto, quedando convenido que la revista publicaría el retrato de la Condesa, con el traje que había de lucir aquella misma tarde en la manifestación de mantillas y peinetas de la Castellana, y otros dos grabados conmemorativos, representando uno la fachada del palacio en el acto de ser invadido por la policía, y otro el momento en que salió Currita con varonil entereza, al encuentro de los invasores.

—Convendría entónces,—dijo el periodista, tener algunas fotografías del local, que sirvan de pauta al artista para marcar bien los detalles.

—Desde luego,—replicó Currita muy complacida. El Sr. Marqués es muy aficionado al arte, y tendrá gusto en proporcionárselas á V. él mismo.

Y sin pérdida de tiempo, envió un recado á Fernandito suplicándole viniese en el acto al salón en que se hallaban. Pronto trajo un lacayo la respuesta: el Sr. Marqués había pedido á las cuatro la berlina, y aún no había vuelto á casa.

Fernandito corría en efecto, en aquel momento, detrás de una duda misteriosa que ansiaba resolver. Con grandísima zozobra había recibido el B. L. M. del Gobernador, y tranquilo ya después de leerlo, púsose á registrar curiosamente los papeles devueltos. Leyó la primera de las veinticinco cartas sin comprenderla: en la segunda, tropezóse con esta frase escrita de puño y letra del artillero: "En cuanto á tu marido, bueno será que le suprimamos el *villa*, y le dejemos el *melón*: está probado que el pobre pertenece á la familia de las *Cucurbitáceas*."

Fernandito no leyó más: con la boca y los ojos muy abiertos quedóse largo tiempo suspenso, hasta que levantándose de repente y entrando en su cuarto de vestir, cogió un bastón

con puño de plata, una delgada caña de bambú nudosa y flexible que cortaba el aire con silbidos de culebra, al esgrimirla con gran furia Villamelón, dirigiéndose presuroso y descompuesto á las habitaciones de la espiritual Currita, de la vaporosa Ofelia, de la sentimental Mar a Stuard, á quien amenazaba sin duda, en vez del poético lago ó del dramático tajo, un trancaso soberano; una paliza descomunal.

No quiso Dios, sin embargo, que acabase de manera tan prosaica, criatura tan ideal: á la mitad de una gran galería, adornada con plantas exóticas, jaulas de pájaros raros y curiosidades de todo género, salió al encuentro de Villamelón el gran perro de Kamschatka, meneando cariñosamente la cola. Mirôle el Marqués un momento cara á cara, y de repente, cual si resonasen en sus oídos aquellos acentos de Otelo:

....à compir la vendetta
il ciel me invita,

descargó en la cabeza del perro el trancazo descomunal que reservaba sin duda para la poética Ofelia....Luego, como el borracho que engolosinado con la primera copa, no para ya hasta apurar la botella, comenzó á menudear sobre los lomos del animal una granizada de golpes, una lluvia de palos, como jamás se registró igual en los anales perrunos de la helada península de Kamschatka. Jadeante y su-

doroso volviò á su cuarto; desnudóse apresuradamente y se metió en la cama.

¡Morro, ma vindicato
Si, dopo ley morro! .....

Diez minutos después volvió á levantarse y pidió la berlina, fuése derecho á Fornos, después al Casino, luego al Veloz, y recibiendo por todas partes enhorabuenas é interpelaciones acerca del suceso que todo Madrid comentaba, hacía con gran reserva y disimulo, al oído de cuantos amigos prudentes se iba encontrando, cierta pregunta misteriosa.

Encogíanse algunos de hombros, otros se echaban á reír, contestábanle todos que no, y Villamelón seguía adelante con su enigmático empeño. Encontróse al cabo en un apartado gabinete del Veloz, á un viejo con grandes patillas canas, y una cabellera blanca y espesísima, mas digna de coronar la frente del rey Lear, que aquel rostro encarnado y granujiento, en que habian dejado impresa su huella todos los vicios. Contrastaba su indisputable aire de gran señor, con su traje abandonado y hasta sucio, y dábale todo ello el aspecto de un anciano monarca, disfrazado de tendero. Hallábase sentado ante una gran botella de ginebra, que despachaba poco á poco en una inmensa copa de cristal, echando de vez en cuando algunos terrones de azúcar. Llamábase Pedro de Vibar, era segundon de una gran casa, vivía del juego el tiempo que no

estaba borracho, y hacíanle famoso en Madrid su cinismo y sus cuentos chocarreros, conociéndole todo el mundo por el nombre de Diógenes. Era de esas personas que han llegado á tener *cosas*, y una vez en posesión de esta ejecutoria, pueden ya cometer á mansalva toda clase de desmanes, sin otro temor que el ver á las gentes encogerse de hombros, murmurando:

—¡Cosas de fulano!

Sabíalo él muy bien, y aprovechábase de ello para decir a todo el mundo las mayores desvergüenzas con el acierto que le inspiraba siempre su claro entendimiento, y su mucha práctica de mundo. Era un sinapismo ambulante, que dejaba siempre al pasar algunas ampollas levantadas

Acercósele, pues, el inocente Villamelón preocupado con su idea, y después de algunas palabras insignificantes, que dieron tiempo á Diógenes para vaciar por dos veces su copa, soltó al fin la pregunta misteriosa, mirando á todas partes con cuidado:

—Hombre Diógenes...—Tú que conoces á todo el mundo, ¿podrías decirme quién es la familia de Cucurbitáceas?.....

Miróle Diógenes un momento de hito en hito, pensando sin duda que más presto se conoce la necedad ó el talento de un hombre por sus preguntas que por sus respuestas, y díjole al cabo:

—¡Ya lo creo!...—Ven acá .....

Y llevándole frente á un espejo, y cogiéndole con una mano por el cogote, dióle con la otra una palmada en la cabeza, añadiendo muy serio:

—Aquí tienes á la madre....

Luego gritóle desaforadamente al oído:

No so envanezca de su ilustre raza,
Quien debió ser melón y es calabaza!!!...

Al otro dia, los periódicos ministeriales de la mañana rompían al fin la estudiada reserva que se habían impuesto, y uno de ellos, *La España con honra*, publicaba un pequeño suelto, en que se veía la manaza de Martínez levantando la punta del velo que encubría el suceso, con esa táctica refinada de la malicia, que sin necesidad de nombrar designa señalando con el dedo.

"Ayer, decía el periódico, ha sido objeto de grandes comentarios en todos los círculos, la visita de la policía al palacio de los señores Marqueses de Villamelón, previo auto del juez y orden del Gobernador, según prescriben las leyes vigentes Por un lamentable descuido del jefe de orden público, fueron comprendidos entre los papeles políticos incautados en las habitaciones de la Sra. Marquesa, algunas cartas importantes de índole puramente doméstica. El Sr. Gobernador devolvió al punto caballerosamente estos papeles al Sr. Marqués de Villamelón, comprendiendo que en asuntos conyugales, sólo al marido toca ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cer reclamaciones. Creemos sin embargo, que el lance no tendrá consecuencias de ningún género, dada la prudencia proverbial de las personas interesadas."

Otro periódico ministerial, *El puente de Alcolea*, completaba estas noticias con el siguiente sueltecito, en que no asomaba ya la manaza si no la pataza del Excmo. Martínez, descargando una coz digna de la formidable pezuña del legítimo buey Apis:

„Es completamente inexacto que el registro llevado á cabo por la policía en el palacio del Sr. Marqués de Villamelón, no produjese resultado alguno. El Sr. Gobernador no erró la pista: tan sólo equivocó la pieza, y en vez de saltar una liebre, saltó un venado."

Y más adelante, añadía describiendo el concurso de personajes ilustres que había acudido al palacio de Villamelón, en aquellos momentos críticos:

"Con gran asombro de todos, llegó también presuroso el Marqués de Butrón, trayendo blanca por completo su poblada barba, negra de ordinario como las alas del cuervo. No es creíble que el sentimiento ó el sobresalto del Sr. Marqués fuesen tan grandes, que le hicieran encanecer la barba de repente: creemos más bien que habría olvidado aquella mañana los secretos de alquimia de su tocador, sin duda por no tener presente la siguiente anécdota que le recomendamos:

"Cuéntase de Cárlos V., que visitando una vez cierto convento de Alemania vió un monje que tenía la barba negra y el pelo blanco por completo. Preguntóle la causa de tan extraño fenómeno, y el monje le contestó:

—Señor...He trabajado más con la cabeza que con los dientes.

Presentóse algunos meses después al César un embajador polaco que tenía el cabello negro y la barba blanca. Recordó entónces Cárlos la respuesta del fraile, y dijo á sus cortesanos:

—Hé aquí un embajador, que ha trabajado más con los dientes que con la cabeza.

"Sea, pues, más cauto en lo sucesivo el ilustre diplomático, si no quiere que se haga sobre su persona, la reflexión que sobre el embajador polaco hacia Cárlos V.

Villamelón y Currita leyeron cada uno por su parte todas estas noticias, y guardáronse muy bien de comunicarse mútuamente sus impresiones, pareciéndole á ella más prudente hacerse la sueca, y á él más fácil hacerse el desentendido. El Marqués, por su parte, había ya desahogado su corazón en el perro amarillento de Kamschatka, y Currita se apresuró á desahogarlo también en la fina amistad de Juanito Velarde, que acudió muy alarmado á pedir cotegóricamente explicaciones del hecho. La sola fecha de las cartas bastó para tranquilizarle por completo, y este fiel amigo tomó entónces á su cargo acortar las distancias y echar á la mar pelillos repitiendo al oído de uno y otro cónyuge, la frase del pato de la fábula.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Paz caballeros, paz!

Firmarónse, pués, éstas, sin grandes repugnancias, y aquella noche comieron los tres juntos en família, para ir luego à casa del Marqués de Butrón, donde Currita quería presentar á su amigo y protegido Juanito Velarde.

Mientras tanto, las gacetillas de *La España con honra y El puente de Alcolea* corrían por todo Madrid, entre las rechiflas, burlas y sarcasmos de tirios y troyanos, capuletos y montescos. ¡Cosa singular! Los que con más ahinco clavaban el diente, y más satisfechos corrían de un lado à otro comentando la noticia, eran los ellos y las ellas que la tarde ántes honraban á Currita en la Castellana como á una reina, y se aprestaban á honrarla del mismo modo aquella noche, en el baile del Marqués de Butrón; que no parece sino que en ciertas sociedadas, quita la envidia con una mano lo que la adulaciòn da con la otra, sin comprender que mientras más al desnudo deja la deformidad del ídolo que adora, más indecoroso y repugnante aparece el culto que le tributa.

A las once, el calor y la afluencia de gente hacian ya insoportable la estancia é imposible el tránsito por los salones del Marquès de Butrón: hallábanse abiertas de par en par cuantas puertas y ventanas había en la casa, y mas que concurso de gente, parecía aquello un confuso revoltijo de joyas, plumas, flores, telas vistosísimas y mujeres medio desnudas, entre

las que se destacaban las manchas oscuras de los hombres, revolviéndose entre ellas sofocados y sudorosos, como un enjambre de gusanos negros que hubiera fermentado aquella compacta masa de mundo, demonió y carne... En el gabinete más próximo al vestíbulo, el Marqués y la Marquesa de Butrón recibían á sus convidados, viendo desfilar con la misma amable sonrisa grandes nombres grandes vergüenzas, inocencias completas y malicias refinadas, honras sin tacha y reputaciones escandalosas, barajadas y confundidas en aquella casa, sin disputa alguna noble y honrada, por la impùdica y funesta tolerancia de las grandes sociedades modernas.

A las doce ménos cuarto llegò la Condesa de Albornoz, imponiendo à todo el mundo su desvergüenza y su cinismo, haciendo fango en el mismo cieno, según la enérgica expresión de un historiador antiguo. Venia apoyada en el brazo de Juanito Velarde, y caminaba á retaguardia su marido: el Marqués y la Marquesa de Butrón salieron á su encuentro, y mientras Fernandito les presentaba al adorado amigo, decía Currita con su encantadora vececita de niña tímida:

—¡Es un pícaro Butrón, un pícaro!...—No diré yo sea un converso; pero es un catecùmeno que por primera vez se pone hoy nuestra enseña.

Y con su abanico de plumas, señalaba la fiel partidaria de los Borbones el lacito azul y blanco que una vez desechada la Secretaría

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

particular de D. Amadeo, aparecía también en el frac de Juanito Velarde. Butrón estrechó la mano de éste murmurando algunas frases corteses, y metiendo Currita la cabeza entre ambos con el descoco más infantil del mundo, dijo muy bajito, saltando casi de alegría, con la pueril vanagloria de la niña que pescara en una fuente un pecillo encarnado .....

—¡Conquista mía, Butrón, conquista mía!... Ya ve V. si me debe el partido .....

Mientras tanto, la llamada de Currita había producido un murmullo general y unísono en que se hermanaba la obscena chocarrería que con guiño truhanesco cambiaron entre sí los lacayos del vestíbulo, con las pulcras y aceradas observaciones que se comunicaban al oído las damas más relamidas que llenaban los salones. Nadie, sin embargo, dejó de apretarse y estrujarse por estrechar la mano de la heroina del dia, y alcanzar, aunque sólo fuera desde léjos, alguna de las sonrisas de sus labios, que á diestro y siniestro iba ella prodigando.

Bailóse entónces en honra suya una especie de rigodón de honor, en que tomaron parte las damas más ilustres y los caballeros más empingorotados que se hallaban presentes. Butrón bailó con Currita, la Marquesa con Fernandito, Juanito Velarde, como presentado de la heroina, con la Duquesa de Astorga, una de las mujeres más sensatas y honradas que figuraban en la corte.

Creció la marejada al compás de aquel rigodón, comenzando á sublevarse los pudores

de todas las que se creían con derecho á tomar parte en aquella honorífica cuadrilla. El calor arreciaba con la mayor afluencia de gente, y muchas señoras se habían refugiado en un salón bajo, que se prolongaba en un pequeño jardín, también atestado de gente, y vistosamente iluminado con farolillos á la veneciana. Varios lacayos con pelucas empolvadas y gran librea verde y amarilla, colores de la casa, cruzaban por todas partes, ofreciendo á la concurrencia en grandes bandejas de plata *sorbetes á lo Albornoz* Eran los famosos helados de naranja, servidos en la mitad de la cáscara de la fruta, artísticamente vaciada al efecto. Currita, impulsada por el repostero de Butrón, llegaba á las columnas de Hércules de la celebridad femenina.

—¡Magnífico!—exclamó tomando uno la Duquesa de Bara. El pensamiento es oportuno ...Curra simbolizada por un sorbete....No se puede dar imágen más completa de su frescura. ¿No es verdad Diógenes?....

Diógenesa acudio arrastrando los piés, y se dejó caer en una silla.

—Estoy malo,—dijo.

—¿Qué tienes, hombre? ..

—¿Qué ha de tener?—dijo Cármen Tagle. Lo que tienen las cepas: oidium.....

Diógenes soltó una atrocidad, acompañada de la interjección favorita que solía emplear entre señoras, sustituyendo á otras más enérgicas, ¡Polaina!.....Había merendado aquella tarde en San Antonio una ensalada de pe-

pinos, y se le habían indigestado algún tanto. Riéronse mucho las damas, entonando el consabido estribillo.—¡Qué cosas tiene!—y Cármen Tagle, para desagraviarle, le ofreció un sorbete diciendo:

—Vamos, hombre....Tómate *un Curra Albornoz* y te curas....No es más indigesta la ensalada de pepinos que el suelto de *El puente de Alcolea*, y ahí la tienes á ella bailando tan fresca.

—¡Si es mucha Curra esa!—dijo lastimeramente una señora vieja, avellanada, pringosa, que asomaba entre rosas y blondas, como en su papelillo calado un dulce de almíbar.

—Yo nunca creí que tuviera valor para presentarse aquí esta noche, observó otra.

—¡Bah!...—A eso y mucho más llega su desvergüenza.

—¿Su desvergünza?—preguntó Diógenes. ¿Y por qué?.....

—¿Por qué?...—Capaz serás tú de defenderla.

—¡Pues ya lo creo que la defiendo!... ¡Su desvergüenza!....¡La desvergüenza de ustedes, justifica la suya!....Si vosotras la tenéis para recibirla, ¿por qué no la ha de tener ella para presentarse?....

—¡Vaya!—exclamó escandalizada la Marquesa de Lebrija presidenta general de tres asociaciones piadosas. Yo quisiera que me dijera V., qué se hace entónces en Madrid con esa clase de personas ...

Miróla Diógenes de hito en hito, y con la procaz desvergüenza de su lenguaje de taberna, con la inexorable lógica de su profundo buen sentido, contestó al cabo:

—¡Cerrarles á piedra y lodo la puerta, ó no quejarse, señora mía!...—¡Polaina!...Si levanta V. la tapa del común, ¿con que cara viene á quejarse luego de que apeste?....

X

Se ha dicho que la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde á la virtud, y es igualmente cierto que la falsa idea del honor, es un acatamiento que los bribones hacen á los hombres de bien, esclavos del honor verdadero. Este es un hijo humano de la moral divina del evangelio, aquél una teoría convencional, dictada por la moral acomodaticia de los pícaros y los necios: aquél defiende cual una coraza de brillante acero la pureza del alma y la rectitud de la conciencia, y éste pretende defender con la celada de Bayardo, el gran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pinos, y se le habían indigestado algún tanto. Riéronse mucho las damas, entonando el consabido estribillo.—¡Qué cosas tiene!—y Cármen Tagle, para desagraviarle, le ofreció un sorbete diciendo:

—Vamos, hombre....Tómate *un Curra Albornoz* y te curas....No es más indigesta la ensalada de pepinos que el suelto de *El puente de Alcolea*, y ahí la tienes á ella bailando tan fresca.

—¡Si es mucha Curra esa!—dijo lastimeramente una señora vieja, avellanada, pringosa, que asomaba entre rosas y blondas, como en su papelillo calado un dulce de almíbar.

—Yo nunca creí que tuviera valor para presentarse aquí esta noche, observó otra.

—¡Bah!...—A eso y mucho más llega su desvergüenza.

—¿Su desvergünza?—preguntó Diógenes. ¿Y por qué?.....

—¿Por qué?...—Capaz serás tú de defenderla.

—¡Pues ya lo creo que la defiendo!... ¡Su desvergüenza!....¡La desvergüenza de ustedes, justifica la suya!....Si vosotras la tenéis para recibirla, ¿por qué no la ha de tener ella para presentarse?....

—¡Vaya!—exclamó escandalizada la Marquesa de Lebrija presidenta general de tres asociaciones piadosas. Yo quisiera que me dijera V., qué se hace entónces en Madrid con esa clase de personas ...

Miróla Diógenes de hito en hito, y con la procaz desvergüenza de su lenguaje de taberna, con la inexorable lógica de su profundo buen sentido, contestó al cabo:

—¡Cerrarles á piedra y lodo la puerta, ó no quejarse, señora mía!...—¡Polaina!...Si levanta V. la tapa del común, ¿con que cara viene á quejarse luego de que apeste?....

X

Se ha dicho que la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde á la virtud, y es igualmente cierto que la falsa idea del honor, es un acatamiento que los bribones hacen á los hombres de bien, esclavos del honor verdadero. Este es un hijo humano de la moral divina del evangelio, aquél una teoría convencional, dictada por la moral acomodaticia de los pícaros y los necios: aquél defiende cual una coraza de brillante acero la pureza del alma y la rectitud de la conciencia, y éste pretende defender con la celada de Bayardo, el gran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

polichinela social, revestido de todas las miserias y todas las ridiculeces humanas.

De aquí que el honor, según éstos, nunca pueda perderse, y se ofenda con razón el embustero porque le digan que miente, y el ratero pide una satisfacción al que le acusa de robo, y el presidiario que arrastra una cadena, puede llevar al campo del honor, al juez que se la ha impuesto. De aquí también que la sangre que mancha la conciencia, lave el honor hasta dejarlo limpio, y sean llamados á resolver casos de honra hombres que jamás conocieron la vergüenza, Eacos, Minos y Radamantes, vacíos de mollera á cargados de picardías, que sólo por deficiencias del Código, no llevan otra cadena que la que les sujeta el reloj en el chaleco. De aquí también que la Condesa de Albornoz tuviese asimismo su cachuco de honor, y se lo hubiera herido profundamente el suelto de *La España con honra*.

Hay personas que padecen una especie de estrabismo moral, que les hace ver lo flaco donde está lo gordo, y lo gordo donde sólo lo flaco existe. Villamelón no vió otras cosas que le llegaron al alma en el registro de la policía, sino el que le hubiesen roto dos cristales de la mampara, y dió orden de que jamás se compusiesen, recordando que Wellington nunca reemplazò los de su casa, rotos por el pueblo de Londres, un día que éste se olvidó de Waterloo: todo lo demás, echábalo él en el montón de las bagatelas enojosas, indignas de ocupar la atención de un hombre serio, de las

pequeñeces de una sociedad corrompida y etiquetera, que rotulaba con la manoseada frase de *cuestiones bizantinas*.

Currita, por su parte, tampoco halló otro motivo de ofensa en lo que acerca de su persona publicaban los periódicos, que aquella coletita de *La España con honra*. "Creemos, sin embargo, que el lance no tendrá concecuencias, dada la prudencia proverbial de las personas interesadas."

Tenía Currita puesta la celada de Ballardo sobre su fama de mujer à la moda, y esto iba à pegarle en la cimera, á herir directamente su honor, significando, como significaba en sustancia, que era ella una Jimena sin ningún Cid que la defendiese; atroz insulto, ofensa imperdonable hecha á una dama, que sobrepujaba en celebridad á cuantos toreros, cantantes, saltimbanquis, pulgas industriosas y monos sabios, habían hasta entónces alcanzado fama en la corte.

—¡Lo veremos!—dijo la fiera Albornoz; y nombró al punto paladin de su causa, á su buen amigo Juanito Velarde.

Larga entrevista celebraron ambos á solas hasta bien entrada la noche, y al despedirle Currita en la puerta del *boudoir*, díjole con sus suaves mimitos.

—Con que quedamos en que yo encargarè el almuerzo en Fornos.....y habrà *écrevisses á la Bordelaise*.....

Velarde hizo una mueca, que parecía una sonrisa, y siguió adelante: detúvose en la puer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta del salón y volvió la cabeza. Hízole entónces elle otra caricia señal de despedida, y él salió al fin lentamente, preocupado, como si le arrancasen de allí á la fuerza.

La noche estaba hermosísima, y Velarde siguió á pié por las extraviadas calles que elevaban al palacio de Villamelón, tropezando á cada paso con los humildes vecinos de las buhardillas y sotabancos, que tomaban el fresco sentados en las aceras. Presto llegó á la Plaza de Oriente: dió dos vueltas en torno del jardín circular, y sentóse al cabo en un banco, frente al palacio.

Por la puerta del Príncipe, salía un chorro de luz vivísima, que cortaba con un gran rectángulo las negras sombras del adoquinado: á su reflejo, distinguíanse los centinelas, arma al brazo, á la puerta de sus garitas: gente de medio pelo, soldados y criados del servicio, por ser aquel día domingo, poblaban los jardines, ya sentados, ya paseando: algunos grupos de chiquillos trasnochadores corrían de aca para allá con gran algazara, riéndose porque se caían, riéndose porque se levantaban, riendo siempre con esa alegría de la infancia espontánea y comunicativa, que recuerda la alegría de los pájaros cuando se saludan al alba. Una rueda de niñas giraba al lado mismo de Velarde, cantando acompasadamente:

Luna, Lunera,
Cascabelera,

Dame dos cuartos
Para p»juela.....

Él, extraño à todo, con ambos codos apoyados en los muslos, dibujaba caprichosas figuras en la arena, con su elegante *róten* con puño de malaquita.....Al amanecer del día siguiente, debía de batirse con el director de *La España con honra:* así se lo había exigido Currita, ávida siempre de ruido confundiendo la voz de la celebridad con los gritos del escándalo, creyendo que aquel desafío había de colocar la única perla que faltaba, á la corona merecida en su última escaramuza. En vano le hizo presente Velarde el ridículo inmenso que atraería aquel duelo sobre Villamelón, sobre ella, sobre él mismo: había ya Currita tirado su programa, y su espíritu inquieto, arrastrado siempre por mil objetos que le atraían sin satisfacerle, habíase fijado en aquel duelo, que ansiaba ver realizado, con esa fuerza espansiva del vapor comprimido, que caracteriza los deseos en las almas de temple enérgico.

—¿Acaso tenía ella la culpa de que Villamelón fuese un Juan Lanas?....¿Iba á dejar ella que un periodistilla cualquiera se riese de su aislamiento? ¿Sería capaz de abandonarla en aquel trance, él, su único amigo, el hombre en que había puesto su amistad y su confianza?....Y, por otra parte, la suerte de ambos estaba ligada y érales necesario desde luego hablar gordo á aquella gentuza: á ella,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para que entendiesen de una vez para siempre que sabía hacerse respetar; à él, porque era muy jóven, comenzaba su carrera en el mundo. y ningun paso más acertado, ningun exordio más oportuno, que poner el pié en esta senda erizada de peligros, descalabrando à un periodista; que no en balde se ha dicho:

En aquesta salvaje y fiera liza,
Lleva más razón quien más atiza.

Además, ella no pedía ninguna catástrofe, ningùn duelo á muerte: contentábase con un poco de ruido, un duelo de mojiganga como tantos otros: cruzar un par de tiros, é irse después à almorzar en Fornos. ..Ella se encargaba del almuerzo, y haría poner desde luego *écrevisses á la Bordelaise*, que era en sus días de broma, el plato favorito del buen Juanito Velarde. ¿Acaso podía darse atención más exquisita? Por ventura habìa en todo aquello algo de particular?.....

—¡Nada absolutamente nada! pensaba el paladín trazando monigotes en la arena; pero ante la perspectiva del duelo, ante la idea de cruzar un par de tiros, parecíale oir ya el estampido de las armas de fuego, y á este eco siniestro surgía en su mente el fantasma del crimen primero, el de la muerte después, el del infierno por último, donde no hay reposo, ni paz, ni descanso, ni esperanza; sino eterno llanto, eterno crujir de dientes, eterna rabia! ....Velarde quiso reirse de esta idea que había oido llamar tantas veces espantajo de niños y de viejas; màs la risa volteriana no encajaba entónces en sus labios, y se reía, sí, se reìa; pero sintiendo al mismo tiempo en la raíz del pelo, cierta especie de molesto escalofrio. Porque aquel hombre no era un malvado: era un pobre muchacho lleno de ilusiones, à quien la vida del gran mundo se le subía á la cabeza, como se sube un vino de mucho cuerpo en un estómago acostumbrado sólo al agua. Al llegar á su provincia, trayendo por todo patrimonio algo semejante á lo que el antiguo fuero de Vizcaya asigna á los segundones de casas nobles, un árbol, una teja y una armadura, encontróse de repente en medio de aquel brillante mundo, cuyas puertas le franqueaba su ilustre nombre, y parecióle entónces, como á Galo en Roma, que detrás de aquella asamblea de dioses, nada había ya. Quizo entónces tomar en ella asiento por derecho propio, y lâ casualidad y su bonita figara le depararon á Currita, Angélica á la sazón vacante, á quien plugo darle en su casa el destino de Medoro. Dióle esto gran importancia á Velarde, y agarrado à lar faldas de Currita y á los faldones de Villamelón, fuese introduciendo en todos los salones de la corte, mientras se preparaba á entrar con algun brillante destino, en aquel Palacio real que tenia delante, prefiriendo su vanidad y su haraganería la vida aparatòsa del palaciego, á la vida activa del político. Así se lo prometía Currita á todas horas, y así se lo había prometido la no-

che ántes el Marqués de Butrón, el astuto viejo que barría para dentro en los tiempos de desgracia, mientras no llegaba la hora de barrer para fuera, que sería seguramente la hora del triunfo.

Velarde dejó de mirar á la tierra, para mirar al Palacio que tenía delante, morada del monarca cuyo secretario particular había estado á punto de ser ....¡Qué fastidio, tener que esperar de nuevo tanto tiempo!....Porque preciso era que se fuese *aquel*, y que viniese después el *otro*, y miéntras tanto ¿quién sabe? ¡Quizá alguno de aquellos tiritos que iban á cruzarse, vendría á hacer trizas el cántaro de la lechera que Currita y Butron le ayudaban á fabricar!...

De repente vino á interrumpir sus reflexiones un vozarron juvenil que resonaba á su lado, modulando entre sus discordantes notas, todas las delicadezas del cariño y la ternura.

—Pero ajonde V., madre,—decía...¡Si es que no coje V. náa!...

Velarde volvió la cabeza, y vió un aguaducho á su espalda: sentados á una mesilla de hierro, habia un muchachote que parecia un obrero, y una vieja que era sin duda su madre. Un vaso de horchata helada de chufas estaba en medio, y ambos metian dentro la cuchara, tragándose él con delicia cuanta salía, mirándole ella con plácida sonrisa, y mojando apénas su cuchara, como si le dejase á él saborear á sus anchas la golosina, y le bastase á ella saborear la dicha inmensa de ser aquel un obsequio del hijo de su alma.

Velarde comprendió al punto todo lo que aquello significaba, el valor inmenso de aquella dicha comprada por ocho cuartos, y una oleada de afectos y sentimientos dormidos se levantó entónces en su corazón, poniéndole de repente delante todo el pasado, con la amargura del bien por nuestra culpa perdido, con la poesia que reviste en la mente de la juventud todo recuerdo, con ese vago hormigueo de sombras queridas, que despiertan en la imaginación toda época lejana....En medio estaba su madre, cuyo primogénito era, y en torno sus hermanos pequeñitos, llorando todos, como les había dejado él tres años ántes al darles el último abrazo. Ella le habia estrechado entónces contra su corazón con delirio, con fuerza increible, como si quisiese incrustarle á él en el pecho todo lo que le amaba, ó quisiera incrustarse en el suyo propio aquella imágen tan querida: su frente ya arrugada descansaba en su hombro, y sus labios temblorosos le dijeron al oído:

—¡Juan, hijo mío!...—¡Que seas buen cristiano y reces á la Vírgen de Regla!....¡Que te acuerdes de tu padre, que murió como un santo!....¡Te lo digo, hijo, te lo digo: lo sé, lo sé; què no pu de morir bien quien no vive como cristiano! .....

Y luego; más tarde, allá por la madrugada, cuando preocupado él con su viaje cerraba las maletas en su cuarto, oyó en el silencio de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

noche moverse la llave en la cerradura: salió al punto, y encontró á su madre à medio vestir, descalza, que venía cautelosamente de puntillas á mirar por el ojo de la llave.

—¿Qué es eso mamà?...¿Tiene V. algo?

—No, hijo, nada: no tengo nada...¡Es que quería verte otra vez, hijo del alma!...¡Es que te vas mañana!...

Y volvió á decirle al oido, llorando con la energía de la fé que ofrece un remedio seguro, con la angustia del amor que se agarra á una esperanza.

—¡Que reces á la Vírgen de Regla, Juan!... ¡Que seas siempre buen cristiano, hijo del alma!

Velarde sintió vergüenza de sí mismo, y la ola misteriosa subió del corazón á los ojos, hasta hacerle llorar con la cabeza entre las manos, llorar á làgrima viva, llorar tambien sollozando, con más debilidad que una mujer, con más pavor que un niño....¡Su madre sí que le adoraba!...No le aconsejaría ella cruzar un par de tiros, ofendiendo á Dios; ponerse delante de una bala con riesgo de perder la vida, con riesgo de perder el alma!...¡Y se habian pasado ya tres años sin verla!...¡Y estaba tan léjos la santa viejecita! ¡Y acababa él, ingrato y perverso, de dejar pasar cerca de dos meses sin escribir una letra á la pobre anciana!...

Velarde sintió la necesidad de escribirle al punto, de vaciar en un papel aquel cariño, aquella angustia, aquellas lágrimas que le asfixiaban, y à grandes pasos tomó el camino de

su casa, repasando lo que había de decirle, hilvanando una carta llena de cariño, de protestas, de esperanzas halagüeñas, de todo lo que á ella más le gustara!.....¡Celebraba ella tanto sus gracias! ¡Cuánto se había reído veinte años atrás, cuando explicándole un día el catecismo, se espantaba él de que fueran sòlo tres los enemigos del alma!—¿Náa más?—decía muy asombrado; y la madre se reía, se reía.....¡Dios mio! de qué manera tan distinta se reía él veinte años después, en medio de sus lágrimas! .. ¡Ay! entónces tenía él seis años, y preciso fué que pasaran otros veinte para hacerle comprender que eran sólo tres en efecto, y que con ellos solos bastaba y sobraba!...

A la mitad de la calle del Arenal, comenzó á seguirle un muchacho, empeñado en venderle un décimo de la lotería.

—¡Mañana se juega!—gritaba.

Velarde le rechazó por dos veces, impaciente, dándole la última vez un palo; más variando de pronto de opinión, volvió atrás y le comprò no solo el décimo, sino el billete entero. ¡Si aquel billete saliese premiado, cuántas cosas habia de hacer entónces!.... Y pensando en ello y haciendo combinaciones, llegó Velarde al final de la calle del Príncipe, donde estaba situada su casa: pidió luz y se encerró en su cuarto. En un cajón de su escritorio estaba en un cuadrito, la estampa de la Vírgen de Regla que el día de su marcha le había regalado su madre: púsola en pié, delante de sí, apoyada en el tintero, y comenzó á es-

cribir, á escribir, y se llevó dos horas escribiendo ...Estaba contentísimo: sus negocios marchaban muy bien, y la Restauración era cosa segura. La Condesa de Albornoz .....

—¡Oh, no, no, no!...—Imposible que figurara aquel nombre en aquella carta! ...

Borrólo, pues, con apretadas y menudas tachaduras, para que no pudiera entenderse, y puso en su lugar el Marqués de Butrón.....El Marqués de Butrón le había asegurado que no tardaría un año, y prometido para entónces un porvenir brillantísimo. Esta sería la ocasión de pensar en el de los niños: Enrique y Pedro, podrían venirse con él á Madrid, y Luisito, el chiquitín, su niño querido, su ojito derecho, podría quedarse allí hasta que se graduara de bachiller.....Pero de esto ya hablarían despacio, porque pensaba.....¡Ah! pensaba.....¿No lo había ella adivinado?.....¿El corazón no se lo había dicho?.....Pues pensaba ir á pasar con ellos todo el mes de Agosto, y quedarse allí hasta el ocho de Septiembre, para hacer con toda la familia la novena de la Virgen de Regla.....Luego venían las preguntas sin fin, después los encargos sin cuento, y á lo último, el trueno gordo, lo que había de hacer estallar de gozo y de consuelo, el corazón de su pobre viejecita.....El día tres de Julio, aniversario de la muerte de su padre, iría á confesar y comulgar, para solemnizar en lo posible aquella tristísima fecha....

Y conforme lo iba escribiendo, así lo iba pensando el desdichado, pidiéndole al mismo

tiempo á la Vírgen de Regla, que le sacara en bien de aquel par de tiritos que á la mañana siguiente habían de cruzarse....Porque claro está que en aquello estaba ya su honor interesado, era negocio resuelto, pecado cometido de que le era ya imposible excusarse.

Echó entónces él mismo la carta en el correo, y á las dos se acostó sin desnudarse del todo, para descansar hasta el alba. El cansancio de la noche precedente, pasada en el baile del Marqués de Butrón, le rindió bien pronto, y durmióse al fin pensando en su madre, que le llevaba de la mano, como cuando era niño, al santuario de la Vírgen de Regla, encaramado sobre un peñasco, dominando al mar que se confunde en el horizonte con el cielo, como si fuese imposible presentar dos imágenes distintas del infinito, y vuelve después, soberbio siempre y constante, á estrellarse contra las rocas de la costa, mugiendo como una desesperación eterna é impotente....

A las cuatro despertó Velarde despavorido, porque su criado le sacudía bruscamente por un brazo: habían llegado dos señores en un coche, y se espantaban y no podían creer que estuviese durmiendo todavía. Vistióse apresuradamente, bajó azorado, aturdido, y entró con ellos en el coche, y éste comenzó á rodar, sin que él se diese cuenta de lo que hablaba, ni de lo que le decían, ni del camino que tomaban, ni pudiera definir otra cosa en su mente, que un cartel de toros pegado en la esquina de la casa de Alcañices, y un guardia que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al pasar ellos abría la verja del Retiro, con grandes patillas blancas, iguales á las de Diógenes. ¿Por qué tendría aquel hombre patillas y no vigote?... Esto le preocupa un momento, y volvio à acordarse de ello cuando una hora después se detenía en el coche á la entrada de una inmensa alameda formada por árboles frondosísimos, en que miles y miles de pajaros cantaban en todos los tonos las maravillas de Dios... Habia allí un hombrecillo con patillas ralas y gafas de oro, tan pálido como él, tan azorado y tembloroso, con otros dos señores muy sérios. Parecióle á Velarde que hablaban entre sí, y medían el terreno, y le daban á él una pistola, y otra al hombrecillo, y los ponían á los dos frente á frente. Sonó luego una palmada, después un tiro... Velarde dió un salto atróz y un alarido horrible, y árboles, montes, tierras y firmamento giraron bruscamente derrumbándose sobre él para aplastarle: cególe después una nube de sangre, luego otra negra, y después nada... nada más vió en la tierra....

Sólo vería en lo alto á Jesucristo, vivo y terrible que se adelantaba á juzgarle, y detrás la eternidad, oscura, inmensa, implacable ...

XI

La noticia de la muerte de Velarde llegó á Madrid al punto, y la Condesa de Mazacàn fué la primera que se presentò en casa de la Albornoz, con la intención dañadísima de darle la triste nueva. Inmutóse Currita atrozmente, y por un momento pareció que el mundo entero se le venía encima.

—En Madrid ha hecho esto una impresión horrible,—dijo la Mazacàn apretando la torniquete; todo el mundo habla de su pobre madre: era él su único amparo.....

Currita comprendió el terrible reproche que esta intencionada observación encerraba, y sin tiempo para reflexionar, y convirtiendo en ira para los demás el propio remordimiento, achaque común de todos los mezquinos, olvidóse de su suavidad y su mansedumbre, y se revol-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al pasar ellos abría la verja del Retiro, con grandes patillas blancas, iguales á las de Diógenes. ¿Por qué tendría aquel hombre patillas y no vigote?... Esto le preocupa un momento, y volvio à acordarse de ello cuando una hora después se detenía en el coche á la entrada de una inmensa alameda formada por árboles frondosísimos, en que miles y miles de pajaros cantaban en todos los tonos las maravillas de Dios... Habia allí un hombrecillo con patillas ralas y gafas de oro, tan pálido como él, tan azorado y tembloroso, con otros dos señores muy sérios. Parecióle á Velarde que hablaban entre sí, y medían el terreno, y le daban á él una pistola, y otra al hombrecillo, y los ponían á los dos frente á frente. Sonó luego una palmada, después un tiro... Velarde dió un salto atróz y un alarido horrible, y árboles, montes, tierras y firmamento giraron bruscamente derrumbándose sobre él para aplastarle: cególe después una nube de sangre, luego otra negra, y después nada... nada más vió en la tierra....

Sólo vería en lo alto á Jesucristo, vivo y terrible que se adelantaba á juzgarle, y detrás la eternidad, oscura, inmensa, implacable ...

XI

La noticia de la muerte de Velarde llegó á Madrid al punto, y la Condesa de Mazacàn fué la primera que se presentò en casa de la Albornoz, con la intención dañadísima de darle la triste nueva. Inmutóse Currita atrozmente, y por un momento pareció que el mundo entero se le venía encima.

—En Madrid ha hecho esto una impresión horrible,—dijo la Mazacàn apretando la torniquete; todo el mundo habla de su pobre madre: era él su único amparo.....

Currita comprendió el terrible reproche que esta intencionada observación encerraba, y sin tiempo para reflexionar, y convirtiendo en ira para los demás el propio remordimiento, achaque común de todos los mezquinos, olvidóse de su suavidad y su mansedumbre, y se revol-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viò furiosa, como una gata arisca á que pisan el rabo; en la impetuosidad de su ira, cometió la imprudencia de disculparse.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?—gritò. ¿Acaso le he dicho yo que se bata? ¿Quién le mandó meterse en camisa de once varas?.... También el papel de D. Quijote tiene sus quiebras, hija mía ..

—Y las suyas el de Dulcinea del Toboso, querida—replicó la Mazacàn comenzando á sulfurarse.

—¡Ya lo creo que las tiene!...—Sobre todo, cuando se atraviesa cuando yo lo sé.....

—¿Y qué es ello?.....

—La envidia, hija, la envidia.

—¿La envidia?... —¿De quién?

—Tuya, por ejemplo.

La Mazacán saltó á su vez hecha una hiena, porque el tiro fuè á dar en el blanco.

—¿Mía?—gritó... ¿Yo... envidia... de... ti? ¿De la Villamelón?... ¿De la Vi...lla...me...lo... na?...

Y se reía con una carcajada en que iban envueltos todos los rencorcillos mujeriles de tiempos atrás almacenados, mientras acentuaba las sílabas de aquel Ví...lla...me...lo...na, que era por unà extraña manía, el mayor insulto que podía hacérsele á Currita.

Entonces comenzò entre la espiritual Ofelia y la Diana cazadora, una contienda digna de tener á Pedro López por cronista. Peleáronse como dos rabaneras, lanzándose à la agua de Colonia, con el desparpajo y el encono de

dos Marfisas ó Bradramantes de cabo de barrio, dispuestas á agarrarse por el moño y rodar por la mullida alfombra, lo mismo que ruedan las otras por en medio del arroyo. La Mazacán había roto los guantes apretando los puños, y daba gritos con su hermosa voz de soprano. La otra, tiesa en su asiento, erguida la cabecita como la de una víbora que defiende, escupía sus desvergüenzas sin moverse, sin mirar à ninguna parte, como una figurilla de ira petrificada.

En mitad de la contienda aludió Isabel Mazacán à las cartas del artillero, y este recuerdo trajo otro á la memoria de Currita, que pareció causarle grande sobresalto. Marchóse atropelladamente dejando á su rival con el insulto en la boca, y corrió en busca de Kate, su doncella. Juanito Velarde debía de tener una porción de cartas suyas, y era preciso recogerlas sin pérdida de tiempo, antes de que fuesen á parar á otras manos, y resultase algún compromiso como el de marras. Kate subió apresuradamente á un coche, y una hora después entregaba todas las cartas á su señora: entre ellas venía por equivocación el billete de la lotería, que la noche anterior compró Juanito Velarde al retirarse á su casa. ¡Extraña burla de la suerte! Aquel billete estaba premiado con 15,000 duros, que después de tirar muy despacio sus planes, se apresurò á cobrar la Condesa de Albornoz secretamente.

Madrid entero comenzó á desfilar otra vez por casa de Currita, dándole el pésame por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquella desgracia, con uno de esos cinismos de que ofrece la corte frecuentes ejemplos.... Ella estaba pasada de pena; habia sentido en el alma la muerte de aquel pobre muchacho, tan simpàtico, tan cariñoso, apegado como un perro á Fernandito y á ella....El golpe había sido atroz, y se encontraba mala de resultas; porque ella no sabía nada, nada....¡Claro está! Habíase guardado muy bien el pobrecillo de decirles una palabra á Fernandito y á ella, comprendiendo que por delicadeza le impedirían desde luego semejante disparate... Porque después de todo, había sido aquello una impertinencia de buenísima intención; una de esas pruebas de amistad que se prestan á interpretaciones á pesar de su heroismo, y llegan hasta á ofender el decoro....y por otra parte, traía aquello una cola larga! larga, que les era muy gravosa .....

Aquí bajaba Currita la voz y añadía en el mayor secreto, al oido de los charlatanes y charlatanas de profesión, que más fama de ello gozaban en la corte:

—Figúrese V. que esa pobre gente no tiene fortuna, y la madre queda en la miseria...Yo no la conozco; pero claro está, que es cuestión de delicadeza....Por eso Fernandito y yo hemos tenido que hacer un sacrificio, y ya están depositados en el Banco de España 15,000 duros para que esa infeliz cobre la renta....

Y así era en efecto: Currita había depositado en el Banco de España los 15,000 duros ganados á la lotería por Velarde, y escrito luego una carta á la madre de éste, dándole el pésame por la *heróica muerte* de su hijo, y lamentándose de aquel duelo á que su excesiva caballerosidad le había arrastrado. Añadíale después, con un rodeo no exento de habilidad ni de ficticia delicadeza, que siéndoles conocidas las circunstancias de su posición á su marido y á ella, querían ambos demostrar la amistad íntima que con el simpático Juanito les unía, ofreciéndole á ella una renta y un capital, que quedaban depositados en el Banco de España y cuyos resguardos le enviaba adjuntos.

Y una vez terminada esta carta, Currita se encogió de hombros y se quedò tan fresca.

Mientras tanto, nadie se cuidaba de preparar á aquella pobre madre para el golpe atroz que la amagaba, y feliz ella con la carta de Juanito, disponíase con la exagerada previsiòn del cariño, que se complace en forjár necesidades que no existen, por el solo gusto de ponerles remedio, à preparar las habitaciones de aquel hijo querido, que no obstante su ingratitud y sus defectos, se le presentaba entónces como el modelo más acabado de amor de hijos. Nada hay tan dispuesto á perdonar como el corazón de una madre, ni nada tampoco como la ausencia, para borrar de la memoria los defectos de las personas queridas, y poner sólo delante sus buenas prendas y los momentos de dicha debidos á su cariño.

Entró, pues, en aquella habitación cerrada tres años hacía, santuario de su amor de ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dre, que ella sola visitaba, y comenzò á disponer lo que había de retirarse, lo que había de sustituirse y lo que había de añadir, para que nada faltara al huésped, y encontrase allí satisfechas todas las nuevas necesidades que hubiese adquirido en la corte. Anunciáronle entònces la visita del pàrroco, y ella bajó algún tanto extrañada, porque era la hora intempestiva por todos conceptos. El buen señor había leído en los periódicos la terrible catástrofe, y corrió desolado á casa de la infeliz madre, para prepararla poco á poco, antes que algún indiscreto le diera la noticia de un golpe.

Con mil angustias y rodeos y sin saber él mismo lo que se decía, comenzó su triste tarea, viniendo á decirle al cabo que su hijo estaba enfermo en Madrid y muy grave.

La pobre mujer saltó de la silla, blanca cual un papel, extrañada y casi irritada, como si fuese aquello una broma horrible que viniera á darle.

—¡Imposible!—gritò. ¡Si me escribiò ayer! ....¡Si tengo yo aquí la carta!.....

Y daba vueltas como loca por el cuarto buscándola, y la puso abierta ante los ojos del cura, temblando como una azogada, con los ojos desencajados, sintiendo horribles escalofríos que le comenzaban en la nuca y le seguían por toda la espalda.

—¿Lo ve V?.....¿Lo ve V?.....decía.....Y viene por el mes de Agosto.....hasta la Vírgen de Regla.....Y el día tres se va à confesar.....¡No, no, imposible que se muera! ¡Hijo de mi alma!.....

Acudieron los tres chicos y las dos criadas, demudados todos, prisintiendo al oír los gritos de su madre después de la entrada del cura, alguna espantosa catástrofe. Este tomó la carta, y comprendió por la fecha, que la había escrito el desdichado algunas horas antes de su muerte.

—Por desgracia mis noticias son posteriores,—dijo....Después de escrito esto, le atacó una apoplegía fulminante, y está muy grave....muy grave.

—¡Jesùs del alma! ..¡Vírgen de Regla!—exclamó la madre; y clavando su mano en el brazo del cura, é hincándole los ojos en la cara, le preguntó con los labios blancos:

—¿Y se ha confesado?...—Sabe V. si se ha confesado? ..

El cura no respondió, y ella volvió á repetir la pregunta sacudiéndole el brazo.

—¡Su alma, señor cura, su alma sobre todo! —exclamaba con angustia que hubiera roto un corazón de piedra.

Preciso fué decirle que nada se sabía de aquello, y ella dominó de repente su dolor, poniéndose á dar ordenes para marchar à Madrid aquel mismo día, en aquel mismo momento, ordenes secas, lacónicas, terminantes, crujidos de su dolor inmenso, que aguijoneaba la impaciencia....El correo pasaba á las cuatro, y se necesitaban dos horas de coche para llegar á la primera estaciòn de la vía fé-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rrea. Enrique vendría con ella: Pedro, á un gesto de su madre, corrió al parador á encargar un coche: las criadas salieron à disponer las maletas; Luisito, el chiquitin, comenzó á llorar: su madre le besó en la frente.

—No llores—le dijo.

Ella no derramaba una lágrima, asustado el cura, queria detenerla.

—Pero si no alcanzarà V. el tren,—le decía.

—Se pone uno especial.

—Eso cuesta muy caro.

—Tengo diez mil reales en casa....Y si no, se vende todo....Se pide de limosna.

—Pero señora espere V.....

—¿Y su alma, señor cura, y su alma?—gritaba ella con los ojos muy abiertos. ¿Acaso esperará la muerte?.....¡Y estarà allì solo..... solo, el hijo de mi vida, sin su madre que le haga confesar, que le ayude á bien morir si Dios le llama, que le cierre los ojos y le acueste en la tierra!.....

Volvió Perico demudado, temblándole las manitas, querièndose sonreír y no pudiendo... La voz le faltaba: no había llegado al parador. ¿A qué correr tras la desdicha, si salìa al encuentro la esperanza?.....En el camino habíale dicho Martín Romero, que èl tenía noticias, que Juanito estaba mejor, casi bien del todo...

—¿Lo ve V?.....¿Lo ve V?—gritó la madre triunfante.

Y tuvo una explosión de alegría formidable, rompiendo á reir violentamente, y entre-

cortando su risa con profundos sollozos sin lágrimas.

El cura se apresuró à desmentir aquella falsa nueva, hija de una compasiòn estúpida, y preciso fué ya decirle de una vez que su hijo había muerto.....Pero el cura se detuvo allí espantado, y no tuvo valor para decirle ni còmo ni cuándo.

Ella recibió el golpe encogiéndose, retrocediendo, oscilando, dejándose caer en una silla, sin voz, sin pulso, sin alientos, sin lágrimas, meneando la cabeza y agitando los labios como una idiota, llevàndose ambas manos al corazón, donde sentia algo que se le moría de pronto, cierta cosa helada y terrible como debe de ser la muerte....

El cura lloraba como un niño, y procuraba consolarla: ella le escuchaba con los ojos fijos y enjutos, como se escucha un viento que brama, sin comprender lo que dicen sus mugidos que aterran, pero sabiendo bien que traen consigo el rayo y la tormenta. Sus hijos se arrojaron á sus brazos llorando, y al contacto de aquellas tres cabezas despertó su corazón de madre, desgarràndole el pecho un sollozo inmenso, y encontrando al fin su dolor una salida, un alivio, un consuelo. ¡Làs lágrimas!.....

Todo el mundo en el pueblo respetò aquella pena sin medida, y nadie tuvo valor para referirle los horribles detalles de la muerte de su hijo. Mas á los tres días llegó la carta de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Currita, y allí los encontró todos juntos la mísera anciana.

Su instinto de madre le hizo adivinar cuanto allí había, y sin proferir una queja, ni desplegar los labios lívidos por el dolor y la ira, hizo pedazos los resguardos del Banco, los metió en un sobre con la carta que los acompañaba, y lo devolvió todo á la Condesa sin añadir una sola letra.

Quedóse esta estupefacta al recibir aquella extraña respuesta, y se encogió de hombros murmurando.

—Será alguna vieja rara.....¡Vaya V. á ver: una cosa hecha con tanta delicadeza!.....

Y quedóse luego muy pensativa, porque no sabía qué hacerse con aquellos 15,000 duros, que había pretendido regalar á su legítima dueña. Sus escrúpulos de Zapirón se resistían á embolsárselos del todo, y el recto tribunal de su conciencia, le aconsejó entónces emplearlos en alguna obra benéfica. Ocurriósele dar un gran baile, una fiesta ruidosísima y brillante, á beneficio de los niños de la Inclusa; pero la estación estaba ya muy adelantada, todo el mundo había creído asfixiarse pocas noches ántes en el baile de Butrón, y ella debía también emprender al fin de la semana su viaje á Bélgica. Entónces tuvo una idea felicísima: hacer con aquel dinero un expléndido donativo al Papa Pio IX, cuando fuera á visitarlo en Roma, á principios de otoño. Entusiasmóla por completo este pensamiento que acallaba sus escrúpulos y satisfacía su vanidad, imaginándose ver ya en todos los periódicos de Europa, pomposos elogios tributados á la piadosa munificencia de la Excma. Sra. Condesa de Albornoz.

Aquella noche llegó María Valdivieso muy animada, cerca ya de las nueve....Era preciso, indispensable urgentísimo, que Currita se viese con ella al Circo del Príncipe Alfonso... *Debutaba* Miss Jesup, una *diva* monísima, hija de un general yankee. Había venido recomendada á Pepa Alcocer, y á otras varias de la grandeza. Paco Velez se lo había dicho.

—El lánes pasado, justamente el día que murió Velarde, cantó en casa de Alcocer el rondó final de *Cerenéntola*....¡Chica! en mi vida he oido cosa igual: va á tener un *succés* asombroso....Con que vístete y vámonos, que no quiero perder el ária final del prtmer acto.....¡Chica! Qué gran verdad aquella!.. Yo me la apropio.

Y se puso á cantar con malísima voz y detestable oido, el

Sempre libera deggio
Transvolar di gioja in gioja,

de la *Traviata*, òpera á la sazón muy en boga, y escogida por Miss Jesup para presentarse por primera vez en la escena madrileña.

—Ay no, no!—dijo Currita muy displicente. No tengo ganas de ópera.

—Pero mujer...—¿Te vas à enterrar en vida? ...Tres días hace que no sales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y además, ya tú ves, el luto...

—Pero si llevas ya cinco días... ¿A cuando aguardas para dejarlo?... No me lo hubiera yo puesto diez minutos por Juanito Velarde; porque por más que tú digas era muy soso, hija, muy sosito.

—Entónces me pondrá esta noche medio luto... Justamente tengo un vestido sin estrenar, blanco negro; es bonito, pero no creo que pueda servir para otra cosa.

—Pues aprovecha la ocasión, tonta... Pero anda lista, que es muy tarde.

Y ella misma se levantó para tirar de la campanilla, y dar a Kate las ordenes necesarias.

Currita se vistió en breve tiempo, y mientras tanto, dábale conversaciòn la Valdivieso, ponderándole la voz y la hermosura de Miss Jesup, y lo bien que había estado Stagno la noche anterior en *Un ballo in Maschera*, sobre todo en el aria final, cuando lo asesinaban. Paco Velez se lo había dicho.

—Oye, y á propósito de muertos...—¿Te contestó ya la madre de Velarde?.....

— Justamente hoy he tenido carta...—Por cierto que debe ser una vieja rara...

Kate se permitió interrumpir á las dos primas, preguntando si la señora Condesa llevaría guantes blancos ò negros.

—¿Qué te parece María?

—Los blancos irán bien...

—Me parece que caerán mejor los negros.

—Traiga V. un par de cada color y lo veremos.

—Pues sí; debe ser un vieja rara... Figúrate que se niega á recibir la pensión.

—¡Jesùs, mujer, qué rareza!

—Lo que oyes... Me escribe una carta muy agradecida, muy altisonante, con su poquito de deberes morales y de Providencia divina, y concluye diciendo que nada necesita, y que todo le sobra.

—Pues mejor para tí...—Eso mas te encuentras.

—Sí, pero ya tú ves; yo tenía hecho ya por el pobre Juanito ese sacrificio, y no porque la doctora de su madre se niegue, me voy á volver atrás... Por eso he pensado, cuando vaya á Roma por Octubre, hacer el donativo de esos 15.000 duros al Padre Santo, para que le conceda indulgencias...

María Valdivieso se quedò muy edificada, y y las dos primas salieron, cogiendo Currita, distraida con la convarsaciòn, un guante blanco y otro negro. Echó de ver su error al ir á ponérselos, ya cerca del teatro, y quiso volver á su casa para cambiarlos. Mas la Valdivieso riendo como una loca, le dijo:

—Pero mujer no seas tonta; póntelos... Lo tomarán por una originalidad, mañana tienes ya la moda en planta.

—¡Pues es verdad!—exclamó encantada Currita.

Y así sucedió en efecto: á todos pareció muy *chic* aquel nuevo capricho, y á la noche si-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guiente, se veian por todas partes en el teatro trajes de dos colores diversos con guantes de dos colores distintos.

El *debut* de Miss Jesup alcanzò una ovaciòn ruidosísima, y sólo hubo que lamentar un chistoso ridículo. Al final del último acto, cuando la heroina acab·ba de espirar en la escena, y Alfredo, su padre y el doctor, entonaban el último terceto, una racha de viento colado pilló descuidada á la *diva*, y le arrancó después de difunta un estrepitoso estornudo.

Al día siguiente no se hablaba de otra cosa en Madrid, que de la ovación de la Jesup, del importuno estornudo, y de los guantes de Currita; nadie se acordaba ya del nombramiento de Camarera, ni de la muerte de Velarde, ni del registro de la policía.

Currita respiró ya tranquila, viendo cortada por completo, gracias á sus manejos, la larga cola que había profetizado Butrón. à su nombramiento de Camarero; su consecuencia política quedaba fuera de toda duda, produciendo entre otros resultados, tres *pequeñeses* diversas.

Una madre desolada.

Una alma en el infierno.

Y la moda de los guantes distintos.

Mientras tanto, Villamelón preparaba con grande afan, las fotografias de donde habian de sacarse los grabados para la *Revista Ilustrada*; todo lo demás, habíalo echado en el cajón de las *cuestiones bizantinas*.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

Libro Segundo

I.

El tren expreso de Marsella á Paris traia cuatro horas de retraso, por haberse roto un puente la noche ántes entre Gallician y Saint-Gilles. Los viajeros llegaron á las cuatro y media á la gran capital, apeàndose en la *gare de Lyon*, hambrientos y mal humorados. Un hombre de unos treinta años saltó el primero de un *sleeping-car*, y atravesando el anden ántes que la multitud lo invadiese, llegó al *carrefour*, con ese aire seguro y exento de toda perplejidad, que anuncia siempre al viajero práctico en añagazas de aduanas, estaciones y caminos de hierro.

Hizo allí una seña al primero de los muchos coches de alquiler que en ordenada fila esperaban, y el cochero acudió presuroso, midiendo antes con la vista de piés á cabeza, la traza del viajero. Traía éste por todo equipaje una de esas *fundas* inglesas, arrolladas en correas, que encierran tanto en tan poco trecho,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guiente, se veian por todas partes en el teatro trajes de dos colores diversos con guantes de dos colores distintos.

El *debut* de Miss Jesup alcanzò una ovaciòn ruidosísima, y sólo hubo que lamentar un chistoso ridículo. Al final del último acto, cuando la heroina acab·ba de espirar en la escena, y Alfredo, su padre y el doctor, entonaban el último terceto, una racha de viento colado pilló descuidada á la *diva*, y le arrancó después de difunta un estrepitoso estornudo.

Al día siguiente no se hablaba de otra cosa en Madrid, que de la ovación de la Jesup, del importuno estornudo, y de los guantes de Currita; nadie se acordaba ya del nombramiento de Camarera, ni de la muerte de Velarde, ni del registro de la policía.

Currita respiró ya tranquila, viendo cortada por completo, gracias á sus manejos, la larga cola que había profetizado Butrón. à su nombramiento de Camarero; su consecuencia política quedaba fuera de toda duda, produciendo entre otros resultados, tres *pequeñeses* diversas.

Una madre desolada.

Una alma en el infierno.

Y la moda de los guantes distintos.

Mientras tanto, Villamelón preparaba con grande afan, las fotografias de donde habian de sacarse los grabados para la *Revista Ilustrada*; todo lo demás, habíalo echado en el cajón de las *cuestiones bizantinas*.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

Libro Segundo

I.

El tren expreso de Marsella á Paris traia cuatro horas de retraso, por haberse roto un puente la noche ántes entre Gallician y Saint-Gilles. Los viajeros llegaron á las cuatro y media á la gran capital, apeàndose en la *gare de Lyon*, hambrientos y mal humorados. Un hombre de unos treinta años saltó el primero de un *sleeping-car*, y atravesando el anden ántes que la multitud lo invadiese, llegó al *carrefour*, con ese aire seguro y exento de toda perplejidad, que anuncia siempre al viajero práctico en añagazas de aduanas, estaciones y caminos de hierro.

Hizo allí una seña al primero de los muchos coches de alquiler que en ordenada fila esperaban, y el cochero acudió presuroso, midiendo antes con la vista de piés á cabeza, la traza del viajero. Traía éste por todo equipaje una de esas *fundas* inglesas, arrolladas en correas, que encierran tanto en tan poco trecho,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y bastan para guardar todo lo necesario á cualquier *touriste* inglés que se dispone a dar la vuelta al mundo.

El cochero pareció quedar satisfecho de su examen: entre las ricas pieles que forraban el abrigo del viajero, había descubierto su vista perspicaz, lo que basta para constituir un gran personaje á los ojos del vulgo parisiense: asomaba una cintita amarilla y blanca por el ojal de su americana. *¡Il était decoré!* .....

Al poner el pié en el estribo, limitóse á decir el viajero en francés muy bien acentuado.

—*Grand-Hotel... Boulevard des Capucines...*

El coche arrancó dando tumbos como cualquier simón de nuestra España y el viajero no pareció experimentar esa sorpresa mezclada de admiración, curiosidad y entusiasmo, que embarga á todo el que llega á París, una, dos, tres y hasta cuatro ó cinco veces.

Arrellenóse en los almohadones de raido paño azul del coche, y sin conceder siquiera una mirada al primer aliento de París, que comenzaba ya á ensordecer y atronar sus oidos, arrancando de la gran plaza irregular de la Bastilla, en que desembocan cuatro *boulevards* y diez calles, púsose á pasar revista con gran cuidado á los papeles contenidos en una bolsa de viaje, cuya correa le cruzaba el pecho de derecha á izquierda.

Ninguno de ellos faltaba: en la bolsa de la derecha, había varias cartas abiertas, algunos papeles sueltos y un pequeño atadito de billetes de Banco: en la de la izquierda, un gran

cartapacio sellado con una corona real, sobre lacre rojo. En el sobre decía:

Á SU ALTEZA REAL EL DUQUE DE AOSTA,
REY DE ESPAÑA.

El viajero dió varias vueltas al cartapacio con cierta curiosidad contenida, y aún llegó á mirar al tras uz, con el intento de distinguir algo de lo interiormente escrito, á través del sobre La satinada superficie del rico papel de hilo, no dejaba, sin embargo, traslucir su secreto, y el viajero tuvo que contentarse con leer una y otra vez aquellas letras gordas y corridas del sobrescrito, trazadas por una mano más acostumbrada á firmar y anotar que á escribir extenso, y tan orgullosamente italiana sin duda, que anteponia el triste ducado de Aosta á la corona real de España.

El coche habia cruzado mientras tanto el *Boulevard Beaumarchais* y el de *Filles du Calvaire*, y llegado al de Temple, sin que el viajero hubiese dirigido una sola mirada á las magnificencias que va presentando París á los ojos del que llega, á medida que se avanza hácia el *Boulevard des Italiens* y el de *Capucines*, centro vertiginoso de la gran Babilonia, y lupanar dorado y perfumado donde acuden á revolcarse á costa de su oro, el vicio y la locura de los cuatro ángulos de la tierra. Allí la calle se convierte en plaza, la acera en calle, la multitud en torrente que se precipita con cierto relativo silencio por entre dos paredes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

de cristal, formadas por los escaparates inmensos de las tiendas, atestados de cuanto puede dar de sí la industria humana para transformar lo supérfluo en necesario, lo elegante en fastuoso, lo precioso en maravilla, la vida en fiebre de vanidades locas y concupiscencias monstruosas.

El viajero, abismado en sus reflexiones en medio de aquella multitud inmensa, cuya rasgo característico es el de ofrecer siempre el aspecto del ocioso que corre en pos del placer, y no del que marcha en pos del trabajo, habìa acabado por sacar una carterita de piel de Rusia y puéstose á ajustar en ella enmarañadas cuentas. Al frente de una hoja escribió *esperanzas*, y al frente de la otra *realidades*, y así debajo de aquello que sin duda esperaba, como aquello otro que al parecer poseía, comenzó à amontonar guarismos que formaban números, y estos à su vez sumas, restas, multiplicaciones y divisiones, que se confundían en caos aritmètico, y vinieron á producir al cabo en la columna de las esperanzas, bajo una raya horizontal, esta cifra preñada de misterios.—*doscientos mil duros y una cartera.*—En la hoja de las realidades, el resultado no necesitaba interpretación alguna: decía simplemente:—*Cero.*

Y como si todavía hubiese podido deslizarse en aquella absoluta carencia de realidades, algun error ilusorio, el viajero, rascándose à veces un momento con el extremo del lápiz la ancha y hermosa frente, prosiguió trazando

guarismos y haciendo cálculos, hasta tirar otra raya horizontal, derecha, negra é inflexible como un destino adverso, por debajo de la cual apareciò esta vez algo ménos que cero, una cantidad negativa, una deuda formidable, que era sin duda alguna, la ùnica realidad con que aquel hombre contaba en el mundo.

¡¡—*15,000 duros, al 15 por 100!!* .....

El viajero quedóse un momento mirando aquella cifra angustiosa, y apretando el lápiz entre sus blancos dientes, hasta romperle la punta, apartò al fin los ojos como asustado, para fijarlos en el golpe de vista más admirable que puede ofrecer la Babilonia de París.

El coche atravesaba entònces la plaza de la Concordia, regada con la sangre de María Antonieta y Luis XVI: al frente se extendía la calle Real, cerrada en el fondo por la soberbia fachada de la Magdalena, descansando sobre sus cincuenta y dos gigantescas columnas corintias; á la espalda, el palacio Borbón, asomando por detras del puente de la Concordia, rodeado de jardines y de estátuas; à la izquierda, la avenida de los Campos Elíseos, cerrada á enorme distancia por el arco de la Estrella; à la derecha, del lado de acá del río y entre los frondosos jardines imperiales, lo que quedaba entónces de las Tullerías: algunos muros calcinados por el incendio, un tremendo desengaño histórico, una imágen de la majestad real, abofeada, escupida y asesinada á garrotazos por Rochefort y Luisa Michel; y en medio de la plaza, levantàndose entre las dos fuentes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

monumentales, como un gigante de otras edades, el decano de París, el obelisco Luqsor, el amigo de los Faraones, el testigo de las épocas fabulosas, que cuenta por meses las centurias, y se ríe acordándose de sus momias egipcias, de aquel hormiguero humano que á sus piés se agita, haciéndole repetir lo que puso años antes un poeta en su lengua de granito:

¡Oh! dans cent ans, quels laids squelettes
Fera ce peuple impie et fou,
Qui se couche sans bandelettes
Dans des cercueils qui ferme un clou!....

El viajero paseaba por todo la vista sin fijarse en nada, con esa indiferencia con que se mira lo que hasta la sociedad nos es conocido. Tan sólo al salir de la calle Real, asomó curiosamente la cabeza, y sus ojos buscaron á lo lejos la famosa terraza del *Petit-Club*, más familiarmente *Baby*, que domina toda la plaza de la Concordia, y es punto de reunión y observatorio predilecto de la *haute gomme* parisiense.

El día estaba magnífico, y bajo un pabellón de dril listado de blanco y rojo, veíanse algunos socios del Club, fumando y conversando; en la balaustrada de piedra que dá á la plaza, dos ó tres jóvenes, echados de bruces, veían desfilar los carruajes que por la calle de Boíssy d' Anglas se dirigían al Bosque. El viajero experimentó al ver el pabellón del Círculo cierto impulso de alegría, y por un movimiento espontáneo que tenía mucho de pueril, quitóse el sombrero como para saludarle á tan enorme distancia, con tanto respeto y entusiasmo, como si á su sombra hubiera de encontrar, los *ménos 150 mil duros al 15 por 100*, que daban por suma total los varios sumandos de sus realidades.

Sin duda sabía muy bien, que en el *Petit-Club*, en el inocente *Baby*, se juega gordo.

Al descubrirse el viajero quedó por completo á la vista su fisonomía, presentando un extraño prodigio...Hubiérase dicho que Lord Byron en persona; abandonando su tumba de Nottingham, atravesaba la plaza de la Magdalena en un coche de alquiler, saludando al pabellón del *Baby* cual sí fuera la bandera de Inglaterra.

Tenía aquel hombre la misma hermosura varonil del gran poeta; la misma bella cabeza airosamente puesta sobre un cuello nervudo, dispuesto siempre á enderezarse con la altanera inflexión del desdén. Formaba su rostro el mismo óvalo perfecto, con la barba un poco saliente, los ojos pardos hermosísimos, el cabello castaño, encrespado en artísticos remolinos naturales sobre una frente ancha y nobilísima que parecía hecha expresamente para ceñir los laureles de una corona. Crispaba sus labios en ambas extremidades, aquel pliegue oblícuo, huella de la amargura, del desprecio, del escepticismo, del vicio cansado siempre y no satisfecho nunca, que aparece tan al vivo en los buenos retratos de Byrón

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como si por allí se deslizaran todavía aquellas abrumadoras palabras de su *último lamento:*

¡Por todas partes implacable y frío,
Fué detrás de mis pasos el hastío!....

Dos cosas faltaban sin embargo al viajero, para hacerle en todo semejante al poeta gran señor: su pié izquierdo no cojeaba, ni brillaba tampoco en su frente el rayo de genio que inspiró el *Childe-Harold*. Si por un prodigio del cielo era Byron aquel hombre, había vuelto sin duda al mundo dejándose en Nottingham su genio y su cojera, y trayéndose tan sólo la hermosura de sus veinte y cinco años y los vicios de toda su vida. Aquel Byron no hubiese ido á la Grecia para libertarla, sino para explotarla; en sus ojos no brillaba el ansia de lo ideal, sino el reflejo de la sensualidad ansiosa de encontrar dinero.

Todo en él era, sin embargo, elegante y aristocrático, y desde las correas de piel de Rusia con hebillas y asa de plata, que sujetaban su exiguo equipaje, hasta la cartera de la misma piel en que había ajustado sus cuentas de realidades y esperanzas, revelaban ese señoril lujo de nimios detalles, propio de las personas nacidas y acostumbradas á vivir siempre en medio de la opulencia.

Una sola nota discordante resultaba en su traje: un detalle cursi, cursísimo, que sólo pudiera concebirse en algún peluquero afamado ó en algún cantante italiano de segundo orden:

la cintita amarilla y blanca que asomaba por el ojal de su americana de viaje. Mas esto probaba, por el contrario, un profundo conocimiento de aquel terreno que pisaba, en que cualquier cintajo honorífico asegura el respeto y las consideraciones debidas á un personaje. Era una precaución prudentísima, una especie de broquel con que se resguardaba el viajero, de mil impertinencias para todos molestas, y para él tal vez peligrosas.

El coche se detuvo al fin en el *Boulevard des Capucines*, ante el vasto pórtico del *Grand-Hotel:* el nuevo Lord Byron pagó con explendidez al cochero y subió ligeramente las gradas, topándose en la misma puerta con un viejo alto, con grandes patillazas blancas, que se dirigía á la calle arrastrando los piés.

Volvióse el viajero rápidamente al verle como para evitar su encuentro, y entróse en el *bureau de réception* para entregar su tarjeta. Mas el viejo, aligerando el tardo paso y alcanzando al fin al fugitivo, le gritó en castellano:

—¡Jacobo!—¡Polaina! ¿Me huyes?.....Señal de que traes dinero .....

—¡Diógenes! ..¿Tú aquí?—exc amó Jacobo volviéndose muy sorprendido y alborozado y entrechándole ambas manos con gran cariño.

Mas Diógenes, sacudiendo la gran cabeza y dándole palmadas en la espalda, dijo sentenciosamente:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—El hombre que nace pobre,
Con el frío es comparado:
Todos le huyen el cuerpo
No les suelte un resfriado.

—¡Falso, falsísimo!—gritó Jacobo riendo. Ni tú has nacido pobre, ni .....

—No lo soy de nacimiento, pero lo soy por enfermedad.

—Pues júntate conmigo: el constipado que tú me sueltes, rechazará al que yo te suelte á tí.... Ya sabes, querido: *Similia similibus curantur.*

—¿Y qué has hecho entónces en Constantinopla, embajadorcillo?.... Yo creí que te traerías hasta las barbas del Sultán.

Jacobo levantó á la altura de las narices de Diógenes su exíguo equipaje, diciendo como Simónides:

—*¡Omnes divitide sant-mecum!*

—¡Honrado plenipotenciario!—exclamó Diógenes. Quien no te conozca que te compre: ya habrás dejado el botín en la estación, farsante....¿De dónde vienes ahora?....

—De Génova...—¿Y tú qué haces aquí?...

—Pasar la pena negra, chico.... Anoche me desplumó una sota: cinco mil francos que se llevó de un golpe.

—¿Pero es posible?...—¿Todavía te dura la afición?.....Yo creí que te habías cortado la coleta.

—Hasta que me entierren, chico, hasta que me entierren.... Ya te darás una vuelta por el

Pétit-Club; se juega gordo.... Anoche, ese guacamayo de Ponoski, hizo un copo de dos mil luises.

—¿Está aquí Ponoski?...—Con gusto le vería; pero me voy mañana.

—¿Mañana?...¿Y á dónde demonios vas?...

—A Madrid.

—¿A Madrid?...—¡Polaina!.....¿A que te peguen un balazo?

—¡Chico, chico!.....¿Se reparte por allí eso?.....

—¿Pues de dónde sales tú, embajadorcillo? .....¿No has visto los partes?.....Hoy por la mañana se ha largado Amadeo á Lisboa, diciendo:—Ahí queda eso—y á estas horas, Figuerillas y el lorito de D. Emilio estarán barriendo las calles de Madrid á cañonazos, para instalar decentemente la República.....Te desbancaron, chico, te desbancaron.....

Quedóse Jacobo estupefacto al oir tales noticias, y cogiendo á Diógenes por un brazo, exclamó muy inmutado, como si aquella inesperada catástrofe política, tuviera para él grande importancia.

—¿Pero qué estás diciendo?...—¡Eso es imposible!

—¡Polaina!.... Ven acá y te lo dirá quien lo sabe.... Ayer presentó el italiano su renuncia á la Corte, y una hora después estaba aceptada.....Hoy ha salido para Lisboa á las seis, y á estas horas estará ardiendo Madrid por todos cuatro costados.....Más de veinte

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

telegramas hay ya en el *Grand-Hôtel* pidiendo cuartos.

Y mientras esto decía Diógenes muy acalorado, subía con Jacobo las gradas que llevan del patio á la terraza del *Grand-Hôtel.*

Cualquiera hubiérase creído allí en un salón aristacrático de la corte de España: oíase hablar por todas partes en Castellano, con esa vehemencia y esos gritos propios de los españoles cuando se exaltan, y en grupos y corrillos acá y allá diseminados, veíanse damas y gomosos de la aristocracia madrileña, hombres políticos del partido de Isabel II, y algunos de esos personajes inominados, que suelen verse á todas horas y en todas partes, sin que nadie pueda decir de ellos sino que son un tal Sánchez ó un tal Pérez.

Todos discutían las noticias de España, haciendo pronósticos según las fuerzas de su imaginación y la vehemencia de sus deseos, y mientras unos creían ver ya al príncipe Alfonso en el trono abandonado por Aosta, otros se figuraban la República arraigando al amparo de las masas populares, y no pocos veían á las partidas carlistas á las puertas de Madrid, apoderándose del palacio vacío y de la corona vacante.

El miedo y las di tancias ennegrecían todos los colores, y unos y otros convenían en que Madrid debía de estar á aquellas horas, convertido en un charco inmenso de sangre: esperábase, pues, con grande ansiedad la llegada del correo, y con más impaciencia todavía la

vuelta del tío Frasquito, que había ido al Pasaje Jouffroy, en busca de noticias, y la del general Pastor y Cánovas del Castillo, que habían sido llamados con gran urgencia al palacio Basilewsky por la Reina destronada.

A la derecha de la última puerta del salón de lectura que se abre en la terraza, hallábanse algunas señoras sentadas en bancos de hierro: entre ellas estaba Currita Albornoz y la Duquesa de Bara. Más léjos, de pié en medio de un grupo de hombres, peroraba Leopoldina Pastor con gran vehemencia, optando por empuñar las armas, y exponiendo su plan estratégico.....

La cosa era sencillísima; bastaba con que la colonia madrileña residente en París se presentase en la embajada española, cogiera por un brazo al embajador, y lo plantase en la calle, proclamando allí mismo por rey de España al príncipe Alfonso. ¡Ya contestarían al punto del otro lado de los Pirineos!....Que chillaba el embajador; pues se zambullía al embajador en el Sena, que ya tenía el tal don Salustiano vientre bastante para sobrenadar lo mismo que una boya.....Que Thiers se enfadaba; pues se cogía á Thiers por su copetito de pelos, y se le enviaba á cuidar de su casa, dejando en paz la del vecino, y ¡chitón, chitón!....

Reíanse los caballeros oyendo á Leopoldina, y ella les tiraba de los botones del chaleco, llamándoles indecentes. ¡Ah, si tuviera ella pantolones!.....Y casi, casi estaba por ponerselos como Miss Walker, la médica del Serra-

llo de Túnez, que paseaba en aquellos días los *boulevards* con pantalones zuavos y el ambergo.

La llegada de Jacobo produjo mala impresión en todo el concurso: ligábanle con la mayor parte de los presentes lazos de amistad y parentesco, así por parte de su familia como por la de su mujer, que llevaba un título ilustre entre la grandeza. Mas separado de ésta diez años antes, había hecho en París y en Italia lujosísima vida de soltero, hasta que perseguido por sus acreedores vino á refugiarse de nuevo en España el año 68, tomando parte activísima en la Revolución, y recorriendo al lado de Prim las provincias andaluzas, arengando á las muchedumbres, montado como Lafayette en un caballo blanco. Formó parte de las Cortes Constituyentes del 69, y de repente, cuando el asesinato de Prim, desapareció otra vez de Madrid, apareciendo à poco en Constantinopla de Ministro plenipotenciario.

Extrañó, pués, á todos verle aparecer en tan críticos momentos, abandonando su alto puesto, y recibiéronle con el despreciativo recelo que infunde siempre el enemigo derrotado, que se pasa después de la batalla al campo victorioso.

Jacobo, sin embargo, aparentando no echar de ver la frialdad con que le recibían, cerciorόse por sí mismo de la verdad de las noticias de Diógenes, sin dejar traslucir tampoco la inquietud que al pronto le habían éstas causado. Él lo ignoraba todo, ó aparentaba ignorarlo; había salido dos meses antes de Constantinopla para Turín, marchado luego á Florencia y Génova, y hecho después un viaje delicioso, á lo largo de la Corniche italiana, deteniéndose en Bordighera, en Niza, y últimamente en Monaco cerca de una semana.

Currita miraba atentamente desde su asiento al apuesto viajero, retrato de Lord Byron, su héroe favorito, tipo adorable de hombre según ella, cuyo magnífico busto desnudo, esculpido en mármol blanco, tenía en su *boudoir*, siempre á la vista. Al pronto no le había conocido, porque difícil era reconocer en aquel arrogante mozo, al débil jovencillo Jacobo Tellez-Ponce, casado doce años ántes con la Marqueza de Sabadell, prima lejana de Currita: desde entonces no había vuelto á verle, ésta, y jamás le hubiera reconocido, si, corriendo a verle Leopoldina Pastor, no le dijera:

—¿Has visto á Jacobo Telles?...—Decían que se había casado en Constantinopla con una turca monísima... ¿Qué traerá aquí ese indecente?

La Duquesa de Bara contestò una indecorosa paparrucha mirándole con desprecio: las señoras se echaron á reir, y Currita exclamó muy admirada:

—¿Pero es ese Jacobo?...—¡Dios mio! Si me estaba pareciendo desde aquí Byron en persona, mi poeta querido... ¡Què semejanza tan exacta!...

Y sin esperar más explicaciones, levantóse vivamente para ir á su encuentro: la Duqueza

de Bara la detuvo bruscamente por el vestido, y ella, procurando desasirse, decía:

—Pero mujer, si es mi primo... La abuela de su mujer y la mia, primas segundas... Cómo voy yo á desairar á un pariente?...

Este, atraido sin duda por el amor de la familia, acercábase en aquel momento al grupo de las señoras; saludólas besando la mano á la Duquesa y á Currita que eran sus màs allegadas, y ésta, con mil cariñosas monerías, hízole sitio á su lado, en el banco de hierro.

La conversación giró un momento sobre el viaje de Jacobo, hasta que vino á interrumpirla la entrada del tio Frasquito, que volvía del Pasaje Jouffroy cargado de noticias. Todos corrieron á su encuentro, y Jacobo el primero; màs ántes, deteniéndole Currita por el brazo, con familiaridad de prima cuarta de su esposa legítima, le dijo:

—¿Nos veremos, Jacobo?... – Quiero presentarte á Fernandito... Vivimos en el segundo piso, número 120.

—La Duquesa se inclinó al oido de Leopoldina, diciendo:

—¿Oyes?...—Quiere presentarlo à Fernandito.....

Leopoldina hizo una mueca, y replicó:

—Pues entonces... ¿verde y con asa?....

—¡Alcarraza!—concluyó la Duquesa.

Y las dos se echaron á reir, con inocente regocijo.



II.

Engomado, teñido, peinado y reluciente á fuerza de cosméticos, y bailando sobre las puntas de los piés, por no permitirle andar de otro manera el calzado estrechísimo, que le torturaba sin disimularlos del todo dos morrocotudos juanetes, entró con grande prisa en la terraza el *tio Frasquito*, tío universal de toda la grandeza de España, y de aquellos sus adyacentes de nobles de segundo orden, ricachos de todos cuños, notabilidades políticas y literarias, capigorrones de oficio, aventureros atrevidos y personajes anónimos, que forman el *todo Madrid*, el abigarrado *dessus du panier* del gran mundo madrileño.

Llamábale todo este mundo el *tío Frasquito*, porque el buen tono así lo había decretado, y él aceptaba complacido el parentesco de todos aquellos cuya sangre azul empalmaba realmente, siglo antes ó siglo después, con la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Bara la detuvo bruscamente por el vestido, y ella, procurando desasirse, decía:

—Pero mujer, si es mi primo... La abuela de su mujer y la mia, primas segundas... Cómo voy yo á desairar á un pariente?...

Este, atraido sin duda por el amor de la familia, acercábase en aquel momento al grupo de las señoras; saludólas besando la mano á la Duquesa y á Currita que eran sus màs allegadas, y ésta, con mil cariñosas monerías, hízole sitio á su lado, en el banco de hierro.

La conversación giró un momento sobre el viaje de Jacobo, hasta que vino á interrumpirla la entrada del tio Frasquito, que volvía del Pasaje Jouffroy cargado de noticias. Todos corrieron á su encuentro, y Jacobo el primero; màs ántes, deteniéndole Currita por el brazo, con familiaridad de prima cuarta de su esposa legítima, le dijo:

—¿Nos veremos, Jacobo?... – Quiero presentarte á Fernandito... Vivimos en el segundo piso, número 120.

—La Duquesa se inclinó al oido de Leopoldina, diciendo:

—¿Oyes?...—Quiere presentarlo à Fernandito.....

Leopoldina hizo una mueca, y replicó:

—Pues entonces... ¿verde y con asa?....

—¡Alcarraza!—concluyó la Duquesa.

Y las dos se echaron á reir, con inocente regocijo.



II.

Engomado, teñido, peinado y reluciente á fuerza de cosméticos, y bailando sobre las puntas de los piés, por no permitirle andar de otro manera el calzado estrechísimo, que le torturaba sin disimularlos del todo dos morrocotudos juanetes, entró con grande prisa en la terraza el *tio Frasquito*, tío universal de toda la grandeza de España, y de aquellos sus adyacentes de nobles de segundo orden, ricachos de todos cuños, notabilidades políticas y literarias, capigorrones de oficio, aventureros atrevidos y personajes anónimos, que forman el *todo Madrid*, el abigarrado *dessus du panier* del gran mundo madrileño.

Llamábale todo este mundo el *tío Frasquito*, porque el buen tono así lo había decretado, y él aceptaba complacido el parentesco de todos aquellos cuya sangre azul empalmaba realmente, siglo antes ó siglo después, con la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

suya preclarísima; á los demás, sin rechazar tampoco lo apócrifo del parentesco, colocábalos con cierta protectora condecendencia, en la categoría de *sobrinos espurios.*

En medio, pues, de esta familia universal se se destacaba el tío Frasquito hacia medio siglo, viendo desfilar generaciones y generaciones, legítimas ó espúrias, de sobrinos y sobrinas que nacian y crecian, se casaban y multiplicaban, se morian y se podrían, sin que abroquelado él tras el corsé apretadísimo que sujetaba las insolentes rebeldías de su abdómen, hubiese pasado jamás de los treinta y tres años: los suyos, semejantes á las semanas de Daniel, eran años de años, aunque más complacientes que aquellas, se alargaban ó encogían, segùn demandaban las circunstancias. Treinta y tres contaba cuando en el año 40 asistió á la boda de la reina de Inglaterra, acompañando al enviado extraordinario de la corte de España, y los mismos tenía cuando en 1853 presenció la de su *sobrina* Eugenia de Guzmán, con el emperador Napoleón III; casamiento desigual, *messa allianza* humillante que reprobó en absoluto el tío Frasquito, por no satisfacerle del todo la prosapia de Bonaparte, y aunque nunca llegó á relegar al nuevo sobrino á la categoría de los espurios, tampoco consintió en designarle de otro modo, que con el nombre de: *Mi sobrino el Conde consorte de Teba* (1).

(1) Sabido es que la Emperatriz Eugenia, antes de casarse, llevaba por su ilustre familia el título de Condesa de Teba.

Susurraba la leyenda que el tío Frasquito llevaba en su cuerpo treinta y dos cosas postizas, entre las cuales se contaba una nalga de corcho. Es lo cierto, que en el momento que lo presentamos á nuestros lectores, volviendo del Pasaje Jouffroy, para confirmar à sus compatriotas la abdicación del Duque de Aosta, la obesidad habia trocado su talle de palmera en puchero de Alcorcon, y el arte, la industria y hasta la mecánica, trabajaban de consuno y porfía, en la restauración diaria de aquel Narciso trasnochado, en riesgo siempre de convertirse en acelga, como en flor se convirtió el antiguo Narciso de la Mitología griega.

El tío Frasquito era soltero, rico, vivía ordenadamente, no tenìa vicios conocidos, ni tampoco deudas; era afable, cortés, servicial, complaciente, tenìa modales de doncella pudorosa, y cadencias en la voz de damisela presumida. Coleccionaba sellos diplomáticos, bordaba en tapicería, tocaba desastrosamente la flauta y pronunciaba las *erres* de esa manera gutural y arrastrada, propia de los parisienses, que imitan en España algunos afrancesados elegantes, y es defecto natural en otros muchos, para quienes se inventó aquello de: *El perro de San Roque no tiene rabo, porque Ramón Ramírez se lo ha robado.*

Diógenes le llamaba de ordinario *Francesca di Rimini*, y á veces *señá Frasquita*, y perseguíale y acosábale por estrados y salones, y hasta en las faldas de las damas donde el afeminado prócer acostumbraba á refugiarse, con

intempestivos abrazos que le arrugaban y tiznaban la inmaculada pechera, besos extemporáneos que obligaban á la pulcra víctima á lavarse y frotarse con *cold cream*, pisotones disimulados que le deslumbraban el calzado y le reventaban los juanetes, ó bestiales apretones de manos que le descoyuntaban los dedos, poniendo en riesgo de esparcirse por todas partes los treinta y dos componentes que asignaba á su cuerpo la leyenda.

Aquellos dos viejos de caracteres y costumbres tan diversas, eran, sin embargo, dos tipos rezagados de la misma sociedad, dos ejemplares fóciles de aquellos próceres del pasado siglo, manolos viciosos y cínicos unos, petrimetres insustanciales y afeminados otros, que prepararon en España la ruina y el descrédito de la grandeza.

Entró, pues, el tío Frasquito en la terraza con ademanes de doncella atribulada, y todos se agolparon en torno suyo, acosándolo á preguntas... ¡Todo, todo quedaba por nuevos partes confirmado, y el *sauve qui peut* era en Madrid general!! ...

Corroborábase la noticia de que D. Amadeo había huído á Lisboa con su familia, y el telégrafo trasmitía los nombres de los individuos que formaban el primer ministerio de la recién nacida Repùblica.

—¡De la República española!—exclamó el tío Frasquito quitándose el sombrero, con burlesca solemnidad.

Y entre risas despreciativas y observaciones irònicas, comenzó á leer en su elegante carterita, donde estaban apuntados, los nombres de los nuevos ministros... (1). ¡Pero que nombres, Vírgen Santísima! ¡Si aquello era cosa de morirse de risa!... Figueras, Castelar, Pí y Margall, los dos Salmerones, Nicolás y Paquito... Còrdoba.

—Còrrrrdoba, señores, Córrrdoba!... Ferrrnandito Córrrdoba rrrepublicano!... ¡Quien lo creyera, cuando íbamos juntos á casa de la Benaventa, cuando Ferrnando VII lo envió á Portugal con su hermano Luis, detrás del infante D. Càrrlos y la Princesa de Beyrra!... Porr supuosto que yo era entónces un niño, una verdadera criaturrra...

El tío Frasquito no cayò en la cuenta de que según aquellos datos, debió de haber asistido seis años antes de su nacimiento á los saraos de la Duquesa de Benavente, y prosiguió enumerando á los Ministros restantes, Echegaray, Beranger y Becerra!... ¡Santo Dios!... Si esto era para España los coz del asno, y aquellos enanillos de gorro frigio, encadenando al león de Castilla, recordaban aquella grandiosa imagen.

---

(1) Suponemos que el lector comprenderá que los juicios sobre personas determinadas que aparecen en boca de los personajes de esta novela, no son juicios propios del autor, sino reflejo de los que formaba en aquella época la parte de la sociedad que dichos personajes representan. El autor, que tan sin escrúpulo de ningún género ataca de frente al vicio y á la indolencia, se reserva siempre su juicio sobre individuos determinados, y se haya muy distante de pretender herir personalidad ninguna, por despreciable que le parezca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ce grand peuple espagnol, aux membres enervés,
Expire dans cet antre ou son sort le termine,
Triste comme un lion rongé par la vermine!

¡Y qué chistosamente cursis resultaban siempre aquellos demócrataz!... ¿Pues no se les había ocurrido lo primero, ir a darle una serenata al interesantísimo D. Emilio, tocando la Marsellesa?....

Ah ça ira, ça ira, ça ira...
Celui qui s'eleve on l'abaissera.
Celui qui s'abaisse on l'élévera
¡Ah! ¡ça ira, ça ira, ça ira!

—¡Qué delicia!—exclamó Currita. ¿Y no les echó él un discursito?.....

—¡Ya lo creo!... Desde el balcón, como cantaba la Nilson en Viena; y luego obsequió á la concurrencia con carrramelos y cigarrritos....

—¡Qué monada!... De seguro que este invierno tendrá recepciones.

—¡Sí! para los ciudadanos *sans culottes*.

—¡Polaina!—exclamó Diógenes. En cuanto cuelgue un jamón en lo puerta, tiene allí á Madrid entero, y tú, Currra, irás la primera.

Azoróse el tío Frasquito al oír la voz de Diógenes, y temiendo alguno de sus amagos de intempestivo cariño, fuese escurriendo con disimulo, soltando casi á media voz su última noticia. Anunciaba también el telégrafo que D. Carlos había entrado en España por Zuga-

rrrmurdi, y que aprovechando sus parciales aquella confusión, aprestábanse á hacer un nuevo esfuerzo para apoderarse de la corte.

Disgustó esto mucho á toda la concurrencia, por parecerle más temible el carlismo que la República, y en aquel momento llegó á confortar los ánimos un viejo alto, de aspecto marcial, y largos y retorcidos bigotes blancos: era el general Pastor, hermano de Leopoldina, que volvía del palacio Basilwesky de conferenciar con la Reina.

Entró, pues, el general radiante y satisfecho cual si viese ya en lontananza la cartera de la Guerra, y contestando con sonrisas y palabras huecas á las mil preguntas que de todas partes le dirigían, apresuróse á dar cuenta á la Condesa de Albornoz y á la Duquesa de Bara, de una embajada de S. M. la Reina... Esta las designaba para acompañarla al día siguiente á la capilla expiatoria del *Boulevard Haussman*, donde debía celebrarse la Misa de aniversario, algún tanto retrasada aquel año, del infortunado Luis XVI; el espectáculo prometía ser curioso, porque los príncipes de Orleans, reconciliados con el Conde de Chambord, asistirían por primera vez en público, á aquellas simbólicas honras.

Abrió entonces el saco de noticias el general Pastor, y dando á entender con cierta vanidad política, que callaba mucho más de lo que decía, confirmó todo lo dicho por el tío Frasquito, añadiendo que la proclamación de la República era un paso gigantesco dado has-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta la Restauración; que los desordenes más terribles no tardarían en estallar en España, y alarmadas las potencias europeas con los escarmientos de la *Commune* en Francia, se apresurarían á intervenir en favor del príncipe Alfonso. Notas secretas de algunos embajadores extranjeros habían llegado ya al palacio Basilewsky, y Thiers mismo, temeroso de que el zurriago de las monarquías coligadas le deparase á él algún latigazo, negábase á reconocer la nueva República.

Tan sólo Mr. Humlin, embajador de los Estados Unidos en España, habíase apresurado á reconocer el nuevo órden de cosas en nombre de su Gobierno, presentándose en el Palacio de la Presidencia con todo el ceremonial de costumbre en tiempo de la Monarquía, y asegurando en su discurso, con la truhanesca formalidad de Jonatham en persona, que: "Los Estados-Unidos de América, no podían menos de contemplar con emoción y simpatía, convertido en República, el imperio de Fernando é Isabel."

—¡Pues vaya con el indecente! exclamó Leopoldina Pastor hecha una furia. Para esos yankees farsantes, igual da Figueras que Fernando el Católico, y lo mismo tepresenta una corona que un gorro de algodon. *¡Cotton is King!*....¡Monísimo!... ¡Y pensar que hace tres semanas bailábamos todas en su casa!..... ¡Vamos! si después de todo resulta que cuando se trata de divertirse, perdemos todas la vergüenza .....

—*¡Tú dixisti!*—gritó Diógenes con grande ahinco.

—Y lo repito, prosiguió Leopoldina. Pero yo le aseguro á ese indecente, que ha de oir de mis labios cuatro palabritas bien dichas... ¡Oh, si yo lo tenía previsto! En el último baile que dió, llevaba medias azules de algodón...

—Como que su suegra tiene en Boston una fábrica.

—¡Qué delicia!—exclamó Currita. Pues cuando den la *Jarretiere* al yerno, ya puede el suegro regalarle la media.

—De seguro que las habrá él anunciado en la Presidencia al terminar su discurso, como aquel *preacher* yankee, que terminaba su sermón: —"Ya os he demostrado, mil buenos hermanos, que sólo por la virtud se gana el cielo. Sólo me resta, para terminar, recomendaros la magnífica sombrerería de Mr. Francis Morion, 24, Catherine Street. Allí todos los artículos son distinguidos y baratos—*Net cash* —Que viene á ser: *No se fia.*"

El timbre eléctrico que anuncia *aux hommes d' équipe* la llegada de nuevos viajeros, comenzó á repetir en aquel instante, y á poco llegó Gorrito Sardona, muy conmovido, anunciando que la señora de López Moreno se apeaba en aquel momento en el *Grand Hôtel* que venía de Madrid, y á poco más le asesinan en el camino.

—¡Trae una oreja colgando!—añadió tirándose de una suya.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Horrorizóse la concurrencia, y todos salieron á su encuentro, deseosos de ver á la banquera desorejada. La Duquesa, sin embargo, temiendo sin duda que trasladase ésta à sus orejas, las famosas hipotecas que sobre sus tierras tenía, quiso escurrirse por la sala de lectura con tan mala suerte, que fué á toparse en el patio mismo con la López Moreno, su hija Lucy, dos doncellas, un criado, diez y siete baules y un número ilimitado de cajas y sombrereras. La banquera llegaba pálida y abatida, y traía en efecto ensangrentado el lóbulo de la oreja izquierda.

Al verse cogida la Duquesa, salió al encuentro de la López Moreno, exclamando muy cariñosa:

—¡Pero, Romana!...—¿Cómo no me ha avisado V? .....

—¿Avisar?—exclamó con espanto la López Moreno. ¡Gracias que llego con vida!...¡Qué viaje, Duquesa, qué viaje!....¡Un milagro, un milagro!....

—¡Qué horror!- exclamó a Duquesa.

Y mirando en torno suyo, con la esperanza de que el prodigio divino no hubiera alcanzado también al señor López Moreno, añadió:

—¿Pero dónde está su marido de V?...¿No viene? ..

La tierna esposa hízo otro gesto de espanto, y contestó sin enternecerse demasiado:

—En Matapuerca está....¡si es que vive!...

—¿En Matapuerca? - exclamó Diógenes. ¡No puede ser!....Será en Matapuerco....

—No, no; en Matapuerca.—replicó la López Moreno sin comprender la pulla del viejo.

Y rodeada de todos los españoles, que atraidos por la curiosidad iban poco á poco acudiendo, la voluminosa señora comenzó el relato de sus infortunios.....De aquella hecha se llevaba la trampa á la España entera: la gente se escapaba de Madrid á bandadas, y no parecía sino que la rompeta del juicio final habia sonado en la corte,

—¡Me alegro!—exclamó Diógenes. A esa trompetilla estoy yo aguardando.....¡Qué cosas han de saberse cuando diga el ángel: Cada peso duro con su dueño, y cada hijo con su padre!.....

La Duquesa le hizo callar de un abanicazo, y la López Moreno, llena de satisfacción al verse objeto del interés de todos, continuó el relato de su susto, un susto atróz, una barbaridad de susto.....El tren traía cuarenta y dos coches atestados de gente, que iba á Biarritz, á San Juan de Luz, á Bayona, á cualquiera parte con tal de pasar la frontera. En Víctoria añadieron otra máquina, y entraron cuatro compañías del Regimiento de Luchana. ¡Malo!.....Por la noche todo fué bien; pero al llegar á Alsásua, ¡Vírgen Santísima!...¡¡Los carlistas!! Y de pronto—¡¡prurrrruumm!!—¡Una descarga atroz!...

—Pero de repente, hija, de repente; sin avisar siquiera, sin decir agua va: nada, nada, nada.—¡Prurrrruumm!—caiga el que caiga..... La tropa ¡claro está! contesta—¡Prurrumm!—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otra descarga...Yo muerta, Lucy muerta, debajo del asiento, sin resollar siquiera, y —¡prurrrruumm! —arriba— ¡prurrrruumm!—abajo, hora y media de tiros.....De pronto, se abre la ventanilla, entra una mano, me arranca una oreja, y se va.....

—¡Qué atrocidad! —exclamaron todos; y Gorito Sardona, con su guasona formalidad, añadió:

—¿Pensarían hacer una chuleta?...

—No, señor,—replicó la víctima algún tanto ofendida. Lo que pensaron fué llevarse un brillante de quinientos duros que traía en ella, y se lo llevaron en efecto...Decían luego que fué un pillete de la estación; pero á mí no me quita nadie de la cabaza, que fué el cura Santa Cruz...Como que esto era en mitad del túnel, á oscuras, y en la pared de enfrente, vi yo la sombra del sombrero de teja..

—¡Qué barbaridad!

—¿Pero V. vió á los carlistas?...

—¿Que si los ví?...Al salir del túnel, en un altito, había un montón de ellos, y en medio uno con entorchados, que era D. Cárlos. Lucy decía que no; pero yo creo que sí. Uno chiquitillo, vizco, con barba rubia, picado de viruela, que nos hizo con el puño así..

Y la señora de López Moreno enarbolaba el suyo robustísimo, con gesto horrible de amenaza

—Pero si D. Cárlos es muy alto, moreno, con barba negra...Yo le conocí en Vevey...

—Pues vendría disfrazado; no es tan difícil teñirse la barba de rubio.

—Pero es imposible teniendo dos metros de largo, encogerse hasta tener la mitad.

—Podrá ser que me equivoque; pero lo dudo,—replicó la López Moreno, que no renunciaba fácilmente á la honra de haber sido amenazada por un puño real.

El general Pastor oíalo todo complacidísimo, viendo en aquella catástrofe los primeros truenos de la terrible tempestad que comenzaba á desencadenarse en España. De aquel caos había de salir la Restauración y la política del partido dirigía, por lo tanto, todos sus esfuerzos, á excitar y mantener el desórden. Una palabra imprudente del general, reveló á los más avisados que estaba bien al tanto de aquellos manejos: preguntó á la señora de López Moreno, si al salir ella de Madrid, no se decía nada en la corte de levantamientos socialistas en Andalucía.

—¿Y me lo dice V. á mí?—exclamó la banquera con enérgica ira. ¿Pues no saben ustedes lo de Matapuerca?.....

—¡Ay, por Dios, señora! —la interrumpió Currita con toda su aristocrática impertinencia. ¿No podría ser Mata...cualquiera otra cosa?....

—Pero si se llama Matapuerca...Es una dehesa magnífica en la *provincia* de Extremadura, de más de tres mil aranzadas, con veinte y siete caseríos ...En fin, un pequeño reino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

...Era de los frailes Agustinos, y mi marido la compró cuando lo de Mendizábal...

Currita hizo un gesto de resignación pacientísima, y preguntó:

—¿Y qué ha sucedido en el pequeño reino de Mata...esos animalitos?...

—Pues nada; ¡una friolera!..Que en cuanto proclamaron la República, invadió la dehesa una horda de aquellos bandidos, asesinaron al aperador y á tres guardas, y se repartieron las tierras...López Moreno salió para allà corriendo, y estoy inquietísima...No sé lo que va à hacer....

—¿Pues què ha de hacer?—exclamó Diógenes. ¡Polaina! Lo que hicieron los frailes Agustinos, cuando su marido de V. y Mendizábal les quitaron la dehesa...¡Tener paciencia!...A cada puerco le llega su San Martín, doña Romano; figúrese V. si no le llegará también á Matapuerca...Amigo, ¡los socialistas, los socialistas!...Esos han aprendido lógica; ahí tiene V. los nuevos desamortizadores....

La López Moreno iba à contestar muy picada, pero el general Pastor, frotándose las manos de júbilo, la contuvo diciendo:

—Nos trae V. excelentes noticias, señora... La cosa marcha viento en popa: mejor de lo que yo esperaba.

—¡Pues me hace gracia!—exclamó la banquera estupefacta. No diría V. lo mismo si le hubiesen robado una dehesa, y arrancado una oreja con un brillante de quinientos duros....

—Nada, doña Romana; hay que resignarse por algún tiempo á ser reina destronada de Matapuerca...La Restauraciòn la restablecerá à V. muy pronto en su trono...¿Y sabe V. lo que estoy pensando?—añadió el general como asaltado de una idea repentina. Que la Reina tendrà mucho gusto en oir de V. misma esas noticias. ¿Tendría V. inconveniente en venir a palacio?....

La banquera pensó ahogarse de satisfacción, y la Duquesa, que se apresuraba à pagarle con honras y relumbrones, lo que no le pagaba en dinero, exclamó vivamente:

—¡Magnífica idea! Yo misma la llevaré... Mañana pido á la Señora la audiencia....

—¡Pues ya lo creo, que la Reina tendrà mucho gusto en oírla!—observó pausadamente Currita...Doña Romana narra muy bien, y usa unas armonías imitativas de muchisímo efecto...Cada vez que dice—¡prurrrruumm!—parece materialmente que se huele la pólvora... ¡Qué delicía!..oírle cantar la *degringolade* de Matapuerca!....

—La señora de López Moreno no se enteraba de nada de esto, ocupada en dar gracias, enternecida, al general y á la Duquesa.. El sueño dorado de toda su vida, ser recibida en palacio, iba á realizarse, y no le parecía cara tamaña honra, al precio de una oreja desgarrada y una dehesa perdida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El general, por su parte, seguía la política de Butrón, barrer para dentro y calculaba ya las copiosas sangrías que en nombre de los conspiradores podría hacer su espada victoriosa, en las repletas arcas de los consortes López Moreno.

—Durante toda esta escena, Currita no había perdido de vista un momento á Jacobo, que escuchaba atentamente sin darse prisa por subir á su cuarto á lavarse y descansar. Al disolverse la reunión, porque la hora de comer se aproximaba, echóle de menos Currita en la terraza: asomó e vivamente á la sala de lectura, salió al patio, y no le encontró por ninguna parte.

Por la escalera de enfrente, subía en aquel momento el tìo Frasquito, dando el brazo á su sobrina espuria, la reina destronada de Matapuerca, que se detenía en cada peldaño para ponderarle lo terrible de su susto, lo soberbio de su dehesa, el dolor de su oreja, lo pavoroso de aquellas descargas atronadoras ...

—¡Prurrrruumm! .....

III

La oportunidad es en todas las cosas precursora del éxito, y el llegar á tiempo ha levantado no pocas veces el pedestal de muchas celebridades, y ceñido los laureles á infinitos héroes. Cada carácter requiere, pues, circunstancias especiales que favorezcan, época adecuada que le sirva de marco, *momento histórico* oportuno que le permita desarrollarse en toda su pujanza. Un Hèrcules en los tiempos prehistóricos, un Cid en los tiempos caballerescos, serían un Quijote en los tiempos de la partida doble y el tanto por ciento. Un Espartero y un Mendizàbal, por el contrario, hubieran sido en aquellas épocas remotas, prestamista judío el uno, cuadrillero de la Santa Hermandad el otro.

Jacobo Tellez creía haber tenido la desgracia de errar al nacer, en las circunstancias de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El general, por su parte, seguía la política de Butrón, barrer para dentro y calculaba ya las copiosas sangrías que en nombre de los conspiradores podría hacer su espada victoriosa, en las repletas arcas de los consortes López Moreno.

—Durante toda esta escena, Currita no había perdido de vista un momento á Jacobo, que escuchaba atentamente sin darse prisa por subir á su cuarto á lavarse y descansar. Al disolverse la reunión, porque la hora de comer se aproximaba, echóle de menos Currita en la terraza: asomó e vivamente á la sala de lectura, salió al patio, y no le encontró por ninguna parte.

Por la escalera de enfrente, subía en aquel momento el tìo Frasquito, dando el brazo á su sobrina espuria, la reina destronada de Matapuerca, que se detenía en cada peldaño para ponderarle lo terrible de su susto, lo soberbio de su dehesa, el dolor de su oreja, lo pavoroso de aquellas descargas atronadoras ...

—¡Prurrrruumm! .....

III

La oportunidad es en todas las cosas precursora del éxito, y el llegar á tiempo ha levantado no pocas veces el pedestal de muchas celebridades, y ceñido los laureles á infinitos héroes. Cada carácter requiere, pues, circunstancias especiales que favorezcan, época adecuada que le sirva de marco, *momento histórico* oportuno que le permita desarrollarse en toda su pujanza. Un Hèrcules en los tiempos prehistóricos, un Cid en los tiempos caballerescos, serían un Quijote en los tiempos de la partida doble y el tanto por ciento. Un Espartero y un Mendizàbal, por el contrario, hubieran sido en aquellas épocas remotas, prestamista judío el uno, cuadrillero de la Santa Hermandad el otro.

Jacobo Tellez creía haber tenido la desgracia de errar al nacer, en las circunstancias de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lugar y también en las de tiempo. Entre el oleaje sangriento de la gran Revolución francesa, juzgaba él que hubiera sido, por su talento, un Mirabeau; por su valor un Lafayette; más entre los cenagosos remolinos de la Revolución española del 68, tan sólo fué, á juicio de los que le conocieron, como político, un pobre demonio; como caudillo, un gran mentecato.

Aquellas dos grandes figuras de aristócratas renegados como él, le sedujeron por completo; más el peluquín del uno y la casaca del otro le venían grandes, y a querer amalgamar en sí mismo aquellas dos personalidades, rompiendo los lazos morales como el primero, y seduciendo á las multitudes como el segundo, resultó tan sólo un bribón infatuado. Así y todo, hizo papel, porque hay Arístides grandes y Arístides chiquititos; cincinatos de dos en libra, de tres al cuarto, y de à ochavo la *jartaâ*, que es como venden en Andalucía los higos chumbos.

Este, pues, higo chumbo revolucionario, no llegó desde la aristocrática piña en que había nacido, hasta la plebeya tuna en que vino á florecer, ni por peripecias dramáticas, ni por trágicas evoluciones: llego naturalmente, con suavidad, como tras de la hinchazón viene el pus, y tras el pns la gangrena. Llegó resbalando sin violencia por la voluptuosa pendiente que lleva del placer al vicio, del vicio á la aberración, de la aberración al tedio, al desencanto, al espantoso vacío del corazón que pro-

duce vértigos en la cabeza, y despeña al hombre en todas las locuras y en todas las infamias, en busca de placeres nuevos que despierten su sensualismo embotado, de impresiones desconocidas que sacien la voracidad de sus concupiscencias estragadas.

Nada hay más peligroso para el hombre que pasar en breve tiempo por todas las ilusiones de una larga vida, y Jacobo, con ese afan de gozar que caracteriza la sociedad presente, que teme dejar para mañana el placer de que puede disfrutar hoy, que precipita las edades y pasa de la infancia à la vejez decrépita, suprimiendo la juventud, si es que por juventud se entiende esa edad venturosa en que brotan del corazón nobles impulsos, y bullen en la mente generosas ideas, que constituyen más tarde, después de solidificadas, los grandes caracteres; Jacobo, decíamos, había recorrido aquella larga jornada, en menos de treinta años!.....

A los quince, libre ya de ayos y maestros, era el *sietemesino* más galàn que aspiraba á afeitarse, y dirigía cotillones en los grandes salones de la corte; á los veinte, era un afortunado Tenorio de mala ley, que hacía gala en el Veloz Club de sus aventuras escandalosas; á los veinticinco era un perdido aristocrático, elegante, módelo, que no retrocedía ante una estocada de mentirijillas, ni ante un *steeplechasse*, ni ante un copo de veinte mil duros, y derrochaba los millones de su mujer, con la misma facilidad con que la varilla encantada

de un mágico hace fluir del centro de la tierra tesoros escondidos y guardados por gnomos y salamandras.

A los treinta, había visto como Salomón *cuncta quae fiunt sub sole*, pero no comprendía como él que todo fuese vanidad y aflicción de espíritu, sino que lloraba como Alejandro, porque no había otro mundo de goces que disfrutar; y seco su corazón, embotada su inteligencia por el prematuro desarrollo de las pasiones, arruinada su casa por locas prodigalidades, era un fruto podrido que no había madurado nunca, un hombre en la flor de la vida á quien faltaba el objeto de la vida, un ruinoso despojo del placer y la impiedad, que no interrogaba como Hamlet lo eterno, sino que se arrastraba por todos los rincones de lo terreno, buscando un charco de placeres desconocidos en que zambullirse, y revolcarse y gozar! .....

Entónces, por curiosidad, por diversión, por aburrimiento, por encontrar en las tenebrosidades del misterio. algo desconocido que se resolviese en placer y en dinero, se hizo hombre político. Garibaldi le inició en las logias de Milán, y Prim le introdujo en Inglaterra, en el complot que grandes traidores urdian contra el trono de España....

La revolución triunfó, y á las agitadas emociones del conspirador, sucedieron en Jacobo las halagüeñas embriagueces del triunfo, las cínicas rapacidades de Pretor romano, las ruidosas apoteosis de arcos de cartón y farolillos

de papel, á que le llevaban en hombros masas etúpidas arrastradas por su verdosidad, multitudes frívolas que por tener algo de mujer, prendábanse de su gallardía y gentileza, y se prometían llevarle á defender la soberanía popular en los escaños del Congreso, á él aristócrata orgulloso, tan sólo de nombre renegado, que se reia de ellos llamándoles paletos, babiecas y burgueses mentecatos, y corría al separarse de estrechar sus manos á lavarse, y enjabonarse y perfumarse, para echar léjos de sí aquel insoportable *hedor de la canalla!* ...

A poco abríase en su vida un paréntesis negro, tenebroso, ante el cual la maledicencia misma se detuvo aterrada, temerosa de resbalar en un charco de sangre.....

Un día, el 27 de Diciembre, un trabucazo tendió en la calle del Turco, á la audacia más temeraria que dió impulsos á la Revolución. El general Prim había sido asesinado, y su amigo íntimo, su porta estándarte, el Marqués de Sabadell, indicado ya para la cartera de Fomento, desaparecía súbitamente de la corte, á la misma hora en que corría la falsa nueva de que las heridas del general no eran de muerte, y se habían escapado en sus labios terribles revelaciones.

Prim murió, sin embargo, el día 30, llevándose á la tumba la clave del Ministerio, y tres meses después publicaba la *Gaceta* un real decreto, nombrando al Marqués de Sabadell, Ministro plenipotenciario de la corte de España en Constantinopla. "Me he convencido, es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cribía al Presidente del Consejo el nuevo embajador, que mis disposiciones naturales son para la vida de Oriente, y pongo todas mis ilusiones en el Cairo, Bagdad, Ispahan ó Constantinopla ...

El resultado de estas ilusiones no tardó en presentarse.

Una mañana, la Cadina Saharai no se asomó á su dorada celosía, para mirar las azuladas montañas del Asia, y la puerta de su kiosko permaneció cerrada. Susurrábase en el palacio, que la noche antes había resonado allí un lamento, y vístose dos sombras que se perdían en el laberinto de corredores oscuros, llevando una cosa negra....

El centinela de la torre del mar de Mármara, había escuchado sobre el agua un golpe siniestro.

A la mañana, al otro lado del Bósforo, apareció en la orilla opuesta el cadáver de un eunuco estrangulado. Desde la embajada española, allá en lo alto de Pera, veíase flotar sobre el límpido azul de las olas, su largo levitón oscuro, ceñido por el zurriago de cuero de hipopótamo, insignia de su clase, que había servido de dogal.

El embajador no pudo verlo: había salido aquella noche de Constantinopla con tan grande urgencia, que sólo llevaba por equipaje una pequeña maleta de mano....Y con esta pequeña maleta de mano hemos visto á Jacobo llegar al *Grand Hôtel*, después de merodear dos meses por las logias más tenebrosas

y los garitos más elegantes de Italia.

El Ministro fugitivo de Constantinopla, hallábase alojado en el cuarto piso del Hotel, en una habitación de doce francos diarios, harto opulenta para quien sólo contaba en el mundo con tres millones de deuda al 15 por 100, y sobrado mezquina para lo que juzgaba indispensable á su decoro el Excmo. Sr. D. Jacobo Tellez Ponce Malgarejo, Marqués consorte de Sabadell.

A la luz de un candelabro de cobre que ardía en uno de los extremos de la chimenea, devoraba Jacobo los periódicos españoles que relataban el nuevo cambio político acaecido en España, y los frances que lo comentaban haciendo pronósticos y formulando juicios. Frecuentes exclamaciones y aun palabras groseras que se escapaban de sus labios, revelaban en él esa sorda cólera que despiertan en el ánimo violento las grandes contrariedades.

Arrojó al fin los periódicos, y agitándose furioso un instante; y apretando los puños lleno de rabia, quedóse largo tiempo pensativo, hundido en la poltrona en que se hallaba sentado, contraida la boca, fruncido el entrecejo, fijos los ojos en el fuego de la chimenea, cuyas movibles llamas prestaban á su rostro un resplandor rojizo.

Hubiérase dicho que meditaba un crímen, y también que lo había decidido, cuando dando un fuerte puñetazo en el brazo de la poltrona, se levantó de repente. El espejo que coronaba la chimenea reflejó entónces su fiso-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nomia descómpuesta, y al verse allí retratado, tuvo uno de esos miedos solitarios, pueriles, que cortan de un sólo golpe á la audacia sus alas gigantescas.

Miró en torno suyo: en la alcoba, forrada de papel oscuro, se movía suavemente una cortina, á impulsos del aire levantado por él mismo al volverse. Arrojóse á ella vivamente y la descorrió de pronto, y riéndose entónces de sus miedos infantiles, dirigióse á una gran cómoda de nogal que había en el fondo.

Sobre ella hallábase abierta y extendida la pequeña maleta, y en el cajón superior, cerrado con llave que tenía él en su bolsillo, estaba la cartera de viaje. Sacó el gran cartapacio que dentro venía, y púsolo sobre un velador que había en el centro.

Resonaron en esto pasos en el corredor de fuera, y Jacobo corrió vivamante de puntillas á la puerta, escuchó un instante, y con el menor ruido posible, echó la llave por dentro. Escogió entónces en un pequeño *nécessaire* de viaje un instrumentito con mango de carey, una especie de limita para las uñas, con hoja delgadísima y perfectamente afilada, y púsose á caldearla con gran cuidado en la llama de la chimenea.

Aún vaciló un momento, y miró á todas partes otra vez y prestó oído atento á los lejanos rumores del *Boulevard*, bocanadas de locura y de placer que escalaban las ventanas, y se decidió por último....

Con ligereza suma introdujo la hojilla caldeada por debajo del lacre del cartapacio, y haciéndola girar lentamente desprendió el sello tan entero y tan intacto, que de nuevo podía volverse á pegar sin rastro alguno de fractura. Después, púsolo con grande precaución en un extremo del velador, sobre una hoja de papel blanco.

Quedó abierto el misterioso cartapacio, y Jacobo, con avidez no exenta de temor, púsose á registrarlo. Dentro venía una carta en italiano, no muy larga, de la misma letra gorda y corrida del sobre, firmada por *Vittorio Emmanuele:* venían también otros dos grandes sobres en blanco, sellados con la insignia de la francmasonería, un compás y una escuadra cruzados en forma de rombo, sobre lacre verde.

Mirólos Jacobo por todos lados sin muestra alguna de sorpresa, y con la misma habilidad y ligereza de antes, arrancó también los sellos de ambos: el primero contenía un gran pliego, escrito de letra menuda, marcados sus párrafos con números romanos, en forma de artículos, y anotados varios de ellos al márgen, por la misma letra gorda de la carta y el sobrescrito.

Jacobo leyó todo ello con atención, más sin sorpresa, como si todo lo que allí se trataba le fuera conocido: tan sólo al recorrer los últimos artículos en que el nombre del Marqués de Sabadell, aparecía consignado, una sonrisa truhanesca entreabrió sus labios, mientras murmuraba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Ah pillo!.....

Llególe entónces su turno al último paquete, que era el más voluminoso: abriòlo con mucho tiento, por haberse pegado una esquinita del sobre, y al punto salieron de él otros dos en blanco, y un tercero en que venía escrito un nombre que hizo á Jacobo pegar un salto, murmurando una de esas palabrotas groseras, familiares en momentos de cólera ó sorpresa, áun á personas que presumen de cultas.

Habíase quedado estupefacto: latíale el corazón, temblábanle las rodillas y revolvìa aquellos papeles con la ansia temerosa, el gozoso terror, si así es posible sentirlo, del débil hombrecillo que se encontrara de repente entre las manos, fabulosas riquezas de un gigante formidable, que no ha de dejárselas arrebatar. Por dos veces dirigió una mirada furtiva á la puerta, como si temiera verla abrirse á pesar de la llave que la cerraba por dentro.

Había allí un verdadero arsenal de cartas y papeles comprometedores, importantísimos por los nombres que los firmaban, perfectamente ordenados y clasificados, en una especie de memoria adjunta, en que una pluma muy hábil había estampado datos interesantes y preciosas observaciones. Era aquello un tesoro de gran valor, una palanca formidable que bien manejada, podìa dar al traste en breve tiempo, con gran parte de los políticos revolucionarios que pululan en España. Eran

letras de cambio pagaderas á la vista, que cualquiera podía cobrar en poder ó en dinero.

Todo lo devoró Jacobo línea á línea, letra á letra, pasando por todas las emociones de la sorpresa, el pasmo, el rencor, la esperanza, el recelo, hundiéndose ambas manos en su crespa cabellera y apretándose el cráneo, como para impedir que su atención se distrajese, oprimiendo algunos de aquellos papeles entre sus dedos temblorosos, como si quisiera indicar que eran suyos, que á él sólo pertenecían, y nadie en el mundo se los había de arrebatar: á veces, deteníase un instante, cerraba los ojos, y respiraba con fuerza, como si le faltase el aliento.....

Cuando acabó de leer estaba pálido, y la vaga y temerosa mirada que arrojó en torno, expresaba la desconfianza, el temor que hace creer á todo criminal, áun en medio de un desierto, que le miran y le acechan ojos escrutadores.

Levantóse entónces y comenzó á pasear, haciendo gestos de temor y de alegría, piruetas de niño y de loco, parándose ante el espejo como si quisiese interrogar á su propia imàgen, deteniéndose ante el velador para coger las gotas de esperma que se deslizaban à lo largo de las bujías color de rosa, y estrujarlas entre los dedos haciendo bolitas, con ademán reflexivo, imponente, amenazador.....

De pronto pareció estorbarle la luz y las matò todas de un soplo; luego abrió la ventana de par en par, y se echó en ella de bruces.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El frío era grande, y la muchedumbre siempre compacta de París lo desafiaba, precipitándose por el *Boulevard* entre torrentes de luz, sin detenerse un momento, sin descansar nunca, como un alma réproba condenada por Dios á una fiesta eterna.

Entre los remolinos de aquella muchedumbre y los micambiantes de luces de todos colores y reflejos, que asemejaban el *Boulevard* al fantástico escenario de un baile de hadas, Jacobo sólo veía un pensamiento, un plan cuyas primeras líneas se le torcian á cada instante, empujadas por ideas opuestas, por inconvenientes inesperados, por temores fundadísimos que le hacian titubear, gimiendo de dolor como un niño caprichoso á quien quitan de las manos una golosina, rugiendo de rabia como un león encadenado á quien arrancan de las garras su presa; que esto era para él la idea de devolver aquellos documentos, de no quedarse con ellos utilizándolos en provecho propio, y siendo autor principalísimo en vez de mero instrumento....¿Más cómo responder entónces á la reclamación del terrible propietario? ¿Como evitar la sospecha de aquel robo, hecho á un ladrón sin duda, pero al fin y al cabo robo? ¿Cómo prevenir la venganza terrible é inevitable que había de seguirse al descubrimiento? ..

Entre las mil mojigangas ridículas de que tantas veces se había reido en las logias, destacábase entónces en su imaginación algo terrorífico, algo amenazador, que tomaba forma

sensible en aquella palabra misteriosa que siempre había pronunciado riendo, y recordaba ahora temblando:

—*Neckan.*—¡Venganza! .....

Preciso era obrar con prudencia, y reflexionar, y pesar, y medir, y decidir sin tardanza...

Y como si esperase hallar con el movimiento alguna de esas ideas que se ócurren de repente al volver una esquina, ó brotan en medio del arroyo, lanzóse á la calle después de encerrar en la cómoda todos los papeles, y siguió por el *Boulevard de Capucines*, y entró por el de la Magdalena, y recorrió luego toda la calle Real, y entróse después por un laberinto de calles desconocidas, para volver á las dos horas al Hotel, rendido, fatigado, sin haber pensado nada, ni decidido nada tampoco....

Porque era Jacobo de esos hombres audaces á la vez que irresolutos, en quienes la reflexión léjos de allanar el camino al entendimiento que plantea, y tirar de la vida á la apasionada voluntad que se desboca, sólo consigue enredar al primero en intrincadas imaginaciones, y exasperar á la segunda hasta hacerla saltar al fin, de un golpe, cuando ménos lo requiere la oportunidad y lo aconseja la prudencia. Caracteres por lo general fogosos, impacientes, que obran por brotes más bien que por razonamientos, y tomando por realidades las perspectivas de la imaginación, edifican sobre ellas fuertes castillos, sin más cimientos que el aire.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por la escalera, agarrándose á la balaustrada, subía renqueando un viejo, envuelto en un largo y amplio gaban de mackintosh, capaz de preservar de todas las humedades á un explorador del polo.

Parecióle á Sabadell aquella estantigua el tío Frasquito en persona, y comenzó á subir ligeramente con la idea de alcanzarlo. Mas el viejo, al notar que le perseguían zambulló el rostro en un gran cuello de pieles, y ocultando con presteza en el bolsillo del gabán algo que en la mano llevaba, entróse prontamente en el cuarto contiguo al de Jacobo. Quedósele éste mirando sorprendido y receloso, y dudande entónces de que fuese el tío Frasquito, entró también en su aposento.

En el fondo de éste, había una puertecita de escape, que dividía en dos un sòlo departamento, cerrado para ello con doble pasador por una y otra parte. Acercóse á ella Jacobo de puntillas, y púsose á escuchar atentamente. Oyó entónces que echaba un fósforo el vecino, y aseguraba la puerta del corredor cerrando la llave por dentro....Oyó después acercarse à la débil puertecilla, unos ligeros pasos que ahogaban del todo la alfombra, y sintió un leve crujido en el pasador por la parte opuesta...

Azorado Jacobo dió un paso atrás, conteniendo casi el aliento, y lanzando una rápida mirada á la cómoda que guardaba los papeles, sacó del bolsillo del pantalón un revólver de seis tiros....El vecino le espiaba, y en su acalorada fantasía, vió ya el masón traidor, los puñales de todas las logias de Italia, dispuestos á reclamarle el precioso depósito.

El pestillo crujió de nuevo mientras tanto; indudable era que el vecino lo echaba ó descorría, y como natural era suponerlo echado, podía muy bien sospecharse que intentaban abrirlo. La puerta, charolada con gran primor, no presentaba agujero ni resquicio alguno, que permitiera la vista.

Los ligeros pasitos volvieron á resonar otra vez alejándose, y Jacobo torno á acercarse con el revólver montado y el oído atento. A poco sonó una voz sospechosa: no era la pulcra, perfumada y cadenciosa tos del tìo Frasquito, sino una tos asmática, tos de viejo, que recordaba esos crujidos peculiares que anuncian en las casas ruinosas el próximo hundimiento.

Otro ruido extraño vino à aumentar su zozobra. oyóse un ligero golpe metàlico, argentino, semejante al de la hoja de un puñal, chocando con precaución sobre una superficie cristalina ó marmórea: después, à intervalos y por largo rato, un ruido sordo, de algo que frotaba con rapidez y ligereza...

Quizá el vecino afilaba el puñal: quizá lo estaba envenenando.

Todo quedó en silencio un breve rato: oyéronse después los ligeros pasitos en diversas direcciones, tornáronse á acercar à la puerta, sintiéndose tras ella el roce del vecino sospe-

choso que espiaba, y más tarde, al dar la una en el reloj del Hotel, oyóse un golpe semejante al de un cuerpo pesado que cae sobre un colchón de muelles; después un—¡Aaaah!—prolongadísimo, un bostezo formidable, que vino á tranquilizar á Jacobo.

Nadie que va á matar se prepara bostezando.

Tranquilo ya entónces, aunque siempre receloso, puso el revólver sobre una mesa, y con el deleite del avaro que revuelve sus tesoros, engolfóse de nuevo en la lectura y examen de los papeles.

De repente, saltó otra vez azorado en el asiento, echando mano al revólver: en el cuarto vecino había resonado un salto violento, pasos precipitados, varios golpes en la puerta, y al punto, una voz cascada, angustiosa, que gritaba en castellano: ¡Socorro!.....¡Socorro!....

Después, con el intervalo de un lamento, volvió á escucharse en francés:

—*¡Au secours!.....¡Au secours!....*

———

IV.

De malísimo humor volvió aquella nache al *Grand-Hotel* el tío Frasquito: había aguantado dos horas el aristocrático aburrimiento del *Círculo de la Unión. sancta sanctorum* del *Faubourg Saint-Germain* masculino, en que tan escasos profanos logran entrada franca, y es por lo mismo objeto codiciado por todos los vanidosos ilustres. Siempre la gallina del vecino nos parece una pava, y bostezar en compañía de los Montmorency y los Rohan, no deja de tener cierto encanto, áun para los que suelen unir sus bostezos á los de los Osunas y los Medinacelis.

Solía quejarse el tío Frasquito con harta frecuencia de dolor de muelas, y aprovechaba esta ocasión para desplegar toda la boca con gesto doloroso, poniendo de manifiesto una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

choso que espiaba, y más tarde, al dar la una en el reloj del Hotel, oyóse un golpe semejante al de un cuerpo pesado que cae sobre un colchón de muelles; después un—¡Aaaah!—prolongadísimo, un bostezo formidable, que vino á tranquilizar á Jacobo.

Nadie que va á matar se prepara bostezando.

Tranquilo ya entónces, aunque siempre receloso, puso el revólver sobre una mesa, y con el deleite del avaro que revuelve sus tesoros, engolfóse de nuevo en la lectura y examen de los papeles.

De repente, saltó otra vez azorado en el asiento, echando mano al revólver: en el cuarto vecino había resonado un salto violento, pasos precipitados, varios golpes en la puerta, y al punto, una voz cascada, angustiosa, que gritaba en castellano: ¡Socorro!.....¡Socorro!....

Después, con el intervalo de un lamento, volvió á escucharse en francés:

—*¡Au secours!.....¡Au secours!....*

———

IV.

De malísimo humor volvió aquella nache al *Grand-Hotel* el tío Frasquito: había aguantado dos horas el aristocrático aburrimiento del *Círculo de la Unión. sancta sanctorum* del *Faubourg Saint-Germain* masculino, en que tan escasos profanos logran entrada franca, y es por lo mismo objeto codiciado por todos los vanidosos ilustres. Siempre la gallina del vecino nos parece una pava, y bostezar en compañía de los Montmorency y los Rohan, no deja de tener cierto encanto, áun para los que suelen unir sus bostezos á los de los Osunas y los Medinacelis.

Solía quejarse el tío Frasquito con harta frecuencia de dolor de muelas, y aprovechaba esta ocasión para desplegar toda la boca con gesto doloroso, poniendo de manifiesto una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

magnífica dentadura, limpia, igual y blanca como las teclas de un piano, que le había costado diez mil francos en casa de Ernest, famoso dentista de Napoleón III.

Lamentábase entónces de sufrir dolores tan acerbos con una dentadura tan sana, y guardábase muy bien de añadir que radicaban estos en cierta muela rezagada, única propia, existente allá en los confines de sus encías, como una piedra miliaria en mitad de un desierto.

La impresión del frío produjole á la salida del Círculo una ligera punzada en la muela fósil, y apretó el paso sobresaltado para llegar pronto al Hotel y tomar buchadas de elixir, que le librasen de una noche toledana. En mitad de la escalera miró á todas partes con grandes precauciones, y no descubriendo alma viviente que sorprendiera su secreto, sacóse prontamente la dentadura y envolvióla en el pañuelo: esto lo aliviaba mucho, y le desfiguraba tanto, que parecía entónces su fisonomía una burlesca caricatura de sí misma.

El tío Frasquito tenía su habitación en el piso cuarto, y al llegar al segundo, notó con sobresalto que alguien le seguía por la escalera....Apretó el paso azorado, y mirando con el rabillo del ojo, descubrió al Marqués de Sabadell que subía de dos en dos los escalones, para alcanzarle sin duda. ¡Santo Dios, y qué apuro más grande!.....

Zambulló la cara hasta las cejas en el gran cuello de pieles, guardóse prontamente en el

bolsillo la dentadura, y apretó á correr hasta llegar sin resuello á la puerta del aposento.

—¡Perrrverrsa suerte! .....

Sabadell le seguía sin descanso, y deteníase al fin á la puerta del cuarto vecino, sin osar acercársele, pero mirándole de hito en hito, extrañado, atento, recesolo....

—¡Se tragó la partida!—pensó el tío Frasquito. Mañana sabe todo Parrrís que no tengo dientes.

Y afligido con esta idea, entróse atropelladamente en su cuarto, encendió luz y corrió á asegurar la puertecilla de comunicaciones por la parte de dentro, temeroso de que el importuno vecino acechase sus secretos.

Este, parecía en efecto abrigar intenciones perversas, porque el tío Frasquito percibía claramente del otro lado del tabique, ruidos extraños, que le desasosegaban, poniéndole nervioso: la puertecilla, sin embargo, no tenía rendija alguna traidora que diera paso á una mírada, y esto le tranquilizó algún tanto.

Tomó sus buchadas de elixir, desapareciòle por completo el dolor de muelas, y púsose á limpiar la dentadura, frotándola con un cepillo de mango atornillado de plata, que producía al chocar contra el cristal ó el mármol del lavabo, sonidos metálicos.

Hecha esta operación, comenzó el tío Frasquito á desprenderse de sus accesorios componentes para meterse en la cama; más antes, de puntillas y ya en mangas de camisa, hizo un tercer viaje de exploración á la puertecilla

sospechosa: el vecino parecía tranquilo, y el tío Frasquito emprendió el viaje de vuelta, dando largas y sigilosas zancadas, y taradeando muy bajo, con pueril satisfacción, aquello de Campanone:

Tranquila está la venta
No se oye ni un mosquito ..

Quitóse con grandes precauciones la perfumada peluca, y calóse prontamente un gorro de dormir de forma piramidal, terminado en una borlita: un sencillo y majestuoso *casque á méche*, de aquellos que recomendaba Gerónimo Paturot à sus parroquiaoos, por usarlos así Mr. Víctor Hugo. Sabido es que el *bonnet de nuit* es entre los franceses una venerada institución social, que nivela todas las cabezas, como las niveló en otro tiempo la cuchilla de la guillotina. Felipe Augusto y el último de los albigenses, aparecian tan iguales à la sombra del primero, como Rebespierre y Luis XVI aparecieron siglos después, bajo el filo de le segunda.

Media hora larga tardó el tío Frasquito en desarmarse del todo, y cuando envuelto en su largo camisón se dejó caer en la cama, hubièrase dicho que el tío Frasquito que se acostaba, era la raìz cúbica del tío Frasquito que rellenado y compuesto, se exhibía por todas partes.

A la luz de la palmatoria que sobre la mesilla de noche ardía, púsose á leer, segùn su

costumbre, una novela del Vizconde d' Arlincourt, para conciliar el sueño. Gustábale el gènero romántico, y pasabánsele á veces las noches de claro en claro, cual si tuviese quince años, compadeciendo los dolores de alguna Clarisa, ò participando de las ternezas de algún Adolfo. La primera cabezada del sueño, hízole dar con las narices en la mesilla de noche, y el libro rodó por el suelo: inclinóse, sin embargo, á recogerlo, porque el capítulo era interesante y queria terminarlo.

A poco un fuerte olor á trapo quemado llegó á sus narices, haciéndole incorporarse con sobresalto, temiendo los riesgos de un incendio. Mirò á todas partes: nada se descubría por ningún lado que denunciase al veloz elemento, y sin embargo, el tufillo à trapo quemado seguía dándole en las narices con progresiva persistencia.

Asomò la cabeza fuera de las cortinas del lecho, miró bajo la almohada, entre las mantas; en la fosforera de porcelana que sobre la mesilla tenía....¡Nada! ¡nada! Quizá había caido alguna prenda de vestir en la chimenea: algún calcetín, algùn pañuelo.....

El tìo Frasquito saltó fuera de la cama y corrió allí muy alarmado....¡Tampoco!.... El fuego ardía en la chimenea moderadamente y la espesa *grille* metàlica que la cerraba, no permitía el paso á ninguna brasa.

—¡Cosa más singularrr!....

¿Sería quizá en el cuarto del vecino, ó en

el corredor de entrada, ó tal vez en el *Boulevard*, algún incendio formidable que hiciera penetrar al través de las maderas sus inflamados miasmas? El tío Frasquito corrió primero á la puerta de entrada, à la de comunicación luego, y a la ventana por último, sin encontrar rastro alguno de incendio, con las narices abiertas, olfateando siempre, y percibiendo mientras más se movia de una á otra parte el alarmante tufo más marcado.

—¿Perrro señorr, qué se quema?....¡Si esto parrrece cosa de magia! pensaba el tío Frasquito en camisa en mitad del aposento, con los brazos cruzados, el cuello tendido, y dirigiendo á los cuatro ángulos sus narices dilatadas y sus ojos muy abiertos.

Parecióle entónces sentir un calorcillo alarmante en lo alto de la cabeza, y miró al techo ....¡Nada tampoco!.....Volvióse rápidamente, y un grito de espanto se escapó de sus labios, al verse frente á frente de un espejo.... En él se reflejaba su estrafalaria figura, cubierta por el largo camisón, y coronada por el gorro de dormir, en cuya punta brillaba una rojiza llamita.....¡Cielo divino....allí estaba el incendio!.....

El miedo no raciocina nunca, y el que sintió el tío Frasquito impidióle comprender que la borlita del gorro se había inflamado en la palmatoria, al inclinarse para recoger del suelo el malhadado libro.....Perdió, pues, del todo la cabeza el pobre viejo, lanzòse al timbre

eléctrico, corrió luego á la puerta pidiendo socorro, y aporreando después la de Jacobo, gritó de nuevo:

—*¡Au secours!.....¡Au secours!.....*

Abrióse entónces violentamente la puertecilla, y apareció en ella Jacobo, revólver en mano.....Imposible era reconocer al tío Frasquito en aquel esperpento, y Jacobo no vino en la cuenta de quién era, hasta que tendiendo el fantasma hácia él los brazos abiertos, gritó angustiado:

—¡Jacobo!.....¡Jacobo!.....

Este, sin comprender nada todavía, dióle por primera providencia un gran sopapo en la cabeza, y el gorro inflamado rodó por el suelo, dejando al descubierto una calabera monda y lironda, blanca y reluciente como un melón invernizo.

Fué todo aquello una grotesca escena de sainete acaecida en un segundo, y sin embargo, aquella pequeña y ridícula trivialidad de la vida, decidió para siempre de la suerte de Jacobo.....

El criado de servicio en aquel departamento, llamaba, atraido por el timbre, à la puerta del cuarto: comprendió entónces el tío Frasquito lo ridículo de la situación, y cada vez más angustiado, calóse prontamente una gorra de pelo, envolvióse en un abrigo de pieles, púsose la dentadura, y refugióse en el aposento de Jacobo, diciéndole á éste medio lloroso y suplicante:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

—¡Contesta tú Jacobito!...—¡Que no me vean!.....

Entónces, de repente, entre la espesa bruma de temores y perplejidades que envolvia la mente de Jacobo como una cerrazón del océano, paralizando su natural audacia, brotó un punto luminoso....El tío Frasquito era rico, influyente, tenía entrada en todas partes, y aquella ridícula aventura le ponía en su poder atado de piés y manos, dadas las femeniles manías del presumido viejo Las torcidas líneas de su plan comenzaron al punto á enderezarse, y una idea germinó al fin en su mente, vaga todavía é indecisa, pero visible ya, como el capullo del gusano de seda á través de su sedosa borra.

Despidió al criado, disculpando al tío Frasquito con una alarma infundada, apagó el gorro todavía inflamado en la jofaina llena de agua, abrió un poco la ventana para renovar el aire, y volvió presuroso á su cuarto, donde el tío Frasquito le aguardaba.

Este, sosegado ya y tranqnilo, hallábase arrellanado en la poltrona, al calor del fuego: cuando entró Jacobo, examinaba atentamente con aire de aficionado, los tres sellos de lacre arrancados á los cartapacios por el masón traidor, y olvidados en su azoramiento encima de la mesa.

Los papeles estaban á buen recaudo, encerrados bajo llave en la cómoda del fondo.

—¡Qué alboroto más necio!—exclamó el tío Frasquito al verle.

Y queriendo atenuar lo ridículo de la escena, no dándole importancia alguna, añadió en seguida:

—¿Qué sellos son estos?...—No los conozco .....

El tío Frasquito coleccionaba sellos diplomáticos, según ya dijimos, y tenía un álbum de curiosos ejomplares que compraba á precios muy subidos. Dìas antes había pagado doscientos francos por un sello antiguo de cera, de Yakoub Almanzor, que ostentaba en letras árabes esta hermosa leyenda: *Que Dios juzgue á Yakoub, como Yakoub haya juzgado.*

—La corrrona esta es de Italia: corrrona rreal sobre la cruz de Saboya—prosiguió el tío Frasquito. Uno idéntico tengo de Víctor Manuel—perrro, estos otros no los conozco...

Embarazado Jacobo al ver en manos del tío Frasquito aquella prueba flagrante de su atentado, no contestaba, y el viejo, volviendo y revolviendo en todas direcciones los dos sellos verdes, preguntaba sin cesar:

—¿De quién son?...—¿Te sirven?

Jacobo más y màs embarazado, contestó por decir algo:

—¿A qué no lo aciertas?....

—¡Toma!—exclamò de repente el tío Frasquito. ¡Ya lo creo! El compás y la escuadra y la rramita de acacia en medio. ..¡Torpe de mí! ¡Si esto huele á logia que trasciende! .....

Jacobo se echó á reir forzadamente, y el tío

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Frasquito, con el ardor de un *amateur* que tropieza con una ganga, añadió entusiasmado:

– Pues me lo vas á darr, Jacobito—De estos no tengo ningunos, y son curiosísimos.... Supongo que no te serrvirán á lo menos uno me llevo ....

¡Cosa extraña, y sin embargo harto común en caracteres como el de Jacobo! Cuatro horas llevaba este batallando consigo mismo sin osar decidirse, y de repente, en un momento, con cuatro palabras tan sólo quemó sus naves y decidió su suerte.

—Llévate los tres si quieres—dijo encogiéndose de hombros.

¡Alea jacta est!....Una vez entregados los sellos, imposible era colocarlos en su lugar y devolver los papeles, conservando copia de ellos, como había sido su primera idea, y hacíase preciso correr los riesgos de aquel audaz atentado, sin que hubiese ya lugar al arrepentimiento. Aquel punto luminoso le deslumbraba sin duda, ó el capullo de su idea iba poco á poco aclarando la borra nebulosa en que antes aparecía envuelto.

El tío Frasquito no se hizo repetir la invitación: envolvió los sellos con gran cuidado en el papel en que se hallaban puestos, y guardóselos prontamente en el bolsillo, como si temiese que Jacobo revocase la dádiva. Este le miraba hacer con una extraña sonrisa, y cuando el terrible papelito desapareció en el bolsillo del viejo, murmuró en lengua turca:

—¡Olsum!.... (1).

Y levantándose de pronto propuso al tío Frasquito pedir un *bol de punch* bien caliente. Excusóse éste dando por pretexto lo avanzado de la hora: más Jacobo, con frases cariñosas y expresivas y cierto aire melancólico, que sentaba muy bien á su varonil hermosura, le instó á que se quedase. ¿Iba á negarle aquel rato de expansión?... ¡Estaba tan triste, tan abatido, tan sólo en el mundo!....

Miróle el tío Frasquito extrañado, y la curiosidad, pues es la fuerza de resistencia más sufrida que se conoce, le clavó en el asiento... Quizá iba á despejar la X misteriosa que se debatía aquella misma tarde en la terraza del *Grand-Hotel*, la incógnita que representaba la presencia intempestiva de Jacobo en París, abandonando su embajada de Constantinopla. El tío Frasquito recordaba haber aprendido en el colegio Imperial, allá cincuenta años ántes, aquello de Horacio: *¿Fecundi calices quem non fecere disertum?* y el ponche fué aceptado con disimulado entusiasmo.

Horacio no se equivocó en efecto: Jacobo comenzó *interpocula* sus confidencias hablando lentamente, muy bajo, á retazos, como un hombre agobiado de pena, que destila gota á gota por los labios, la amargura que inunda su alma....Abrumábale el peso de un remordimiento, de una espantosa catástrofe de que había sido él causa involuntaria, obligándose á

(1) Amen.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

huir de Constantinopla con el corazón hecho pedazos y la conciencia salpicada de sangre...

El tío Frasquito pegó un brinco en el asiento, abriendo los ojos tamaños, y Jacobo inclinó la cabeza entre las manos, mirando atentamente su copa vacía y guardando silencio.

—¡Hombre, hombre.....eso es serio!—murmuró el viejo asustado; y como viese que el otro prolongaba su silencio, tiróle de la lengua diciendo:

—Sería cuestión de faldas sin duda.....

—O de pantalones, que para el caso vienen á ser en Turquía lo mismo,—replicó Jacobo.

Y de repente, de un tirón, con el violento esfuerzo de un hombre que arroja léjos de sí un peso que le abruma, refirió con todos sus detalles, la terrible historia de la Cadina Saharaí.....El tío Frasquito escuchaba con la boca abierta, encogiéndose, encogiéndose en la poltrona, convencido de su pequeñez, á medida que lo novelesco y lo terrible agigantaban en su imaginación la figura del héroe de aquella aventura legendaria, de que era el primer confidente y esperaba ser futuro cronista..... Yá á la idea de ser el primero en lanzar á los cuatro vientos de la publicidad la trágica aventura, el tío Frasquito se alargaba, se alargaba en la poltrona, hasta hombrearse con el héroe, como la sombra se hombrea con el cuerpo, y el eco con la música, y Homero con Aquiles, y el inmortal Virgilio con el divino Eneas. ¡Y pensar que era ya demasiado tarde para correr de casa en casa aquella misma noche dando la noticia!.....

Jacobo leía en la cara de Babieca del tío Frasquito lo que allá para sus adentros iba pensando, y no pudo contener una sonrisa de triunfo, al ver conseguido su primer intento. Al día siguiente la historia de la Cadina correría por París entero, justificando gloriosamente su fuga de Constantinopla, rodeándole á él de la aureola de lo novelesco, de lo absurdo, de lo imposible; pedestal el más alto sobre que suelen colocar sus ídolos de un día, el público de papanatas ilustre que anda á caza de novedades y cuentos.

Harto conocía Jacobo aquel público, y necesitaba y le bastaba un sólo día para asentar seguramente el pié en el nuevo terreno á que sus planes le llevaban Quiso, sin embargo, remachar el clavo, y levantóse sin decir palabra, fuese á la maletilla abierta sobre la cómoda, revolvió un poco, y arrojó después sobre el velador, delante del tío Frasquito, un pequeño objeto, diciendo:

—¡Unico recuerdo de mi idilio de Oriente!... Era una babucha; pero una babucha inverosímil por su tamaño, de raso blanco, con puntera de filigrana de oro, y lazos de pluma de cisne sujetos con esmeraldas: una preciosidad artística cortada sin duda alguna á la medida del pié de una hada, y hecha más bien que para encerrar un pié humano, para guardar joyas y dijes sobre el tocador de una dama....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El tío Frasquito se quedó pasmado, viéndose otra vez chiquitito, chiquitito como el *little man* Carlos Stattón, que podía bañarse en aquella ponchera, y figurándose á Jacobo alto, alto como el Napoleón de la columna Vendôme, que mira á los hombres por la coronilla...

Un deseo irresistible, tentador, nació entónces en su alma, y se detuvo en sus labios tímido y respetuoso. Hubiera dado su más preciada joya, su dentadura misma de Ernest, por tener tan sólo veinte y cuatro horas aquella presea de la Cadina, y pasearla por todos los salones y enseñarla á todos los curiosos, desempeñando así un *bout de rôle*, en aquella novelesca tragedia que había de ser al día siguiente tema obligado de todas las conversaciones. París entero correría á postrarse ante aquel exótico zapato, y él sería entónces el sumo sacerdote que mostrase la reliquia á la turba de noveleros.

Y como si Jacobo leyese en su frente aquel deseo, y desde las alturas de la columna de honor en que el viejo le colocaba, se dignase realizarlo, le dijo de pronto:

—Tío Frasquito...—hazme un favor....

—¿Qué?....

—Guárdate eso....

—¡Perro hombrre!.....

—¡Sí, sí!....Llévatela y que no lo vea más ....Para mí es un recuerdo triste, y para tí es un *bibelot* curioso, que puedes colocar encima de tu mesa....

—Perrro Jacobito, dijo.....no sé si debo...

—Sí debes, hombre, sí debes.....Ahí llevas la zapatella de Cenerêntola; el día en que encuentres una mujer que pueda calzarsela, ese día me la devuelves

—Pues entónces es mia para siempre,—replicó el tío Frasquito encantado. No creo que fuerrra de Turrquía, se calcen las mujerrres con hojas de lirrrio....

Despidióse, al fin, el tío Frasquito de Jacobo, con las mayores muestras de cariño, y no bien se vió á solas en su cuarto, comenzó á examinar la babucha por todos lados, acabando por meterla dentro de las narices.....Retirólas sin embargo al punto, haciendo un gesto de disgusto: no encontraba allí aquel suave perfume de Smyrna, mezcla de aloe y de incienso, que se figuraba él había de dejar donde quiera que se posase el pié de una odalisca: léjos de eso, olía mal, muy mal.—y el tío Frasquito fruncía la boca y arrugaba las narices, —olía á una cosa rara, así como mezcla de cuero sin adobar, y engrudo medio podrido...

Miró entónces á la suela, y estaba esta limpia, flamante, como si jamás se hubiera puesto en contacto con el suelo, ni sufrido la presión de la más ligera golondrina...¡Hum!...¿Si resultaría después de todo que tal Jacobito era un grandísimo embustero, que le había encajado una sarta de mentiras?....

Y pensando en esto el tío Frasquito, quedóse largo rato inmóvil, mirando atentamente la suela del zapato, como si interrogase á la Es

finge...Encogióse, al fin, de hombros: después de todo, aunque la reliquia resultase apócrifa y tuviera que ver con la Cadina lo que sus calzones de él con los del gran Turco, nada se perdía en ello.....*Si non'e vero é ben trovato.* —¡Mayores *pomphlets*, había visto él correr por el mundo!....

De pronto se acordó de una cosa importantísima, y corrió á dar discretos golpecitos en la puerta de Jacobo: éste, con su truhanesca sonrisa estereotipada sobre los labios, ocupábase en aquel momento en esconder en el último rincón de la maleta, la babucha compañera de la regalada al tío Frasquito.....La historia de la Cadina era cierta; más la babucha, habíala comprado él en el Gran Bazar, por mero capricho, á uno de esos viejos turcos de rostro impasible, ojos de vidrio, enorme turbante y caftan naranjado, que recuerdan todavía en la Constantinopla moderna los tiempos de Bayaceto y Soliman el Magnífico. El tío Frasquito asomó tímidamente la cabeza diciendo:

—Jacobo, Jacobito.....dispensa.....Me parrrece lo mejor, que no digas nada de aquello.....

—¿Y qué es aquello?

—Pues hombre, aquello.....Lo del gorro; lo del incendio.....

—¡Ah, ya! ni siquiera me acordaba.

—¡Pues clarrro está! Es una tonterrría... ¡Perrro ya tù vez; la gente es tan necia!...Se rrie de todo, y lo pone á uno en rridículo...

—Descuida, hombre, descuida...—¿A quién voy yo á contar semejantes sandeces?...

—Pues buenas noches, Jacobito...Dispensa ...Si ocurre algo, pega en el tabique...Yo tengo el sueño de un pàjaro; en eso parrrezco un viejo.....

El tío Frasquito acostóse en fin muy satisfecho, pensando en mañana, y al apagar la luz, esta vez con grandes precauciones, tuvo un escalofrío de espanto...Pareciéle que se arremolinaban las tinieblas en medio del aposento, y surgia de ellas mismas el eunuco estrangulado, con el dogal al cuello, los ojos fuera de las órbitas, el paso lento, la mano extendida, fría, yerta, que se alargaba, se alargaba hácia él .....y le tiraba de las narices.

El tío Frasquito se tapó la cabeza con la sábana, apretó mucho los ojos, y por tres veces se santiguó muy de prisa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

El certamen de belleza femenina, celebrado primero en Spa, y luego en Buda-Pesth, despertó en la Condesa de Albornoz la felicísima idea de hacer circular por toda la Europa artística y civilizada, la suya propia. Verdaderamente era para ella una desgracia llamarse Albornoz, porque ser su nombre menos ilustre, hubiera corrido á la capital del antiguo reino de los Esteban y Vladimiros, á disputar el premio de hermosura, á Cornelia Szekely, la húngara laureada.

No pudiendo, pués, ganarlo en persona, ideó ganarlo en efigie, discurriendo para ello hacerse retratar por Bonnat, y enviar la obra maestra de Exposición en Exposición, para que apoderándose de ella el buril y la fotografía, no quedara rincón del mundo en que se

ignorase que la Condesa de Albornoz tenía los ojos, según la frase de Diógenes, pasados por agua. Así y todo, creíalos ella, allá en las morbosas excitaciones de su amor propio, capaces de realizar el sueño de Alejandro y de Napoleón: someter el universo.

Esta idea trascendental deteníale en París desde el mes de Noviembre, y tres veces por semana dignábase *poser*, para bien de la humanidad, en el estudio del gran artista. El retrato debía estar concluído para la próxima Exposición de Viena, y costábale el caprichito la friolera de cuarenta mil francos. Carillo era sin duda, ¿pero para qué, si no, le había dado Dios el dinero!.....

Aquella mañana había enviado Currita un recado á Bonnat para que no la aguardase, á causa de tener que acompañar á S. M. la Reina á la capilla expiatoria del *Boulevard* Haussman. Las once habían dado ya en el reloj del *Grand-Hotel*, y Kate, la doncella inglesa, prendía con dos largas agujas de oro en la cabeza de Currita, la riquísima mantilla española de encajes, con que se proponía la dama quitar la devoción á los pocos que la tuviesen en las honras fúnebres del infortunado Luis XVI.

La Duquesa de Bara hab'ale ya avisado con su doncella que la estaba aguardando, para ir juntas al palacio Basilewsky, y Currita, nerviosa é impaciente, preguntaba sin cesar á Kate, si el Sr. Marqués no había vuelto.

—No señora,—respondía la doncella.

—¿Pero á qué hora salió?... —¿Cómo ha madrugado tanto? ..

—Si no ha salido....

—¿Pues cómo es eso? ...

—Porque desde anoche no ha vuelto.

—¡Ya!—exclamó Currita.

Y mirándose en el espejo, se arreglo con sumo cuidado, un rojo ricito que con gran prudencia encubría sobre su frente una manchita de pecas.

La Duquesa de Bara, cansada de aguardar, llegò en busca de la perezosa.

—¿Pero Curra, qué haces?... —Mira que la Reina estarà aguardando.

—¡Vamos, vamos Beatriz!... —Parece que no conoces á la señora: las doce nos darán sin salir de la Camara.

Y observando que completaba también la *toilette* de luto de la Duquesa, una mantilla, española, exclamó muy alborozada:

—¡Mujer, hemos tenido la misma idea!.... ¡Què delicia!.... *Les grands esprits se rencontrent!*....

—Para representar á España, no se podía ir de otra manera.....Lo que siento es no haber pensado en el abanico .....

—Pues por lo mismo compré yo ayer uno... Míralo: no es feo...¿Quiéres otro igual? Kate te lo traerà en un momento: lo compré en *La Compagnie Lyonnaise*, allí á la vuelta de la esquina.

La Duquesa, ante la perspectiva de un abanico gratis, sintió aminorarse su prisa. Era

un abanico muy bonito, de nácar quemado muy oscuro, con país de seda negra. Kate lo pagaría en la tienda, y ella se olvidaría de seguro de pagarlo á Kate; porque en estas cosas de pagar era la Duquesa mujer muy distraida ....Al salir Kate, avisó que el Sr. Marqués había vuelto.

—Dispensa un momento, Beatriz.—exclamó vivamente Currita. Voy á decir adios á Fernándito.

La Duquesa hizo un gesto de complacencia íntima, ante la ternura conyugal de su amiga.

—¡Qué par de tórtolos! —dijo. Te aseguro que me das envidia.

Y Currita, con patética entonación, contestó desde la puerta:

— Verdaderamente que es un don del cielo, no haber tenido en catorce años de matrimonio un sólo disgusto.

Fernandito acababa de llegar, y á la verdad que no eran sus trazas de haber estado rezando el rosario. Traia en pié el cuello del gabán, ajada la camisa, un apabullo en el sombrero, rojos é hinchados los ojos, y trascendíale el aliento á vino trasnochado Quedóse muy sorprendido y turbado á la vista de Currita, y con la forzada sonriza del escolar que encubre una picardihuela con una mentira, le dijo:

—He estado á ver los antropófagos...en el Jardín de las Plantas.

Ella con tiernisima solicitud, exclamò muy alarmada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Jesùs, Fernandito, me dan miedo esas cosas!....¿Están sueltos?....¿Muerden?.....

—¡Cà, no!....Si son unos negros cualquiera ....¿Más feos?.....

Y se abrachaba con disimulo el gabán para ocultar á Currita que llegaba su consideración á los antropófagos, hasta el punto de visitarlos á las diez de la mañana, de frac y corbata blanca. Ella, con su sencillez colombina no reparaba en esto, y se apresuró á preguntar con ingenuidad adorable:

—¿Hiciste mi encargo?....

—¿Què encargo?.....

—¡Pues me gusta!...—¿No te dije que fueses á ver à Jacobo Tellez?

—¿A Jacobo Tellez?.....¿Y quién es Jacobo Telles?.....

—Pues hombre, Jacobo Sabadell; el marido de mi prima Elvira.

—¡Ah, ya!...—Si yo creía que se llamaba Benito ...

En los claros ojos de Currita brilló un relámpago de ira, y á poco más, pierde su mansedumbre

—Y aunque se llamara Policarpo—exclamó. ¿Es razón esa para no hacer lo que te digo?...

—Pues nada—hija, se me olvidó....¿Qué hemos de hacerle?

—¡Ir ahora mismo!—¿Te enteras?....Y convidarlo á almorzar ...Mira que á mi vuelta he de encontrarlo aquí contigo.

—Bien—hija, descuida; así se hará..¿Dices que se llama Benito? ...

—¡Dale con Benito!.....Se llama Jacobo, y es un muchacho destinguidísimo, á quien quiero que consideres como mi primo que es

Currita disertó un momento sobre el amor de la familia, y el imperioso deber que tiene todo ciudadano de estrechar estos lazos venerandos, y dejando ya convencido á Fernandito, marchó á reunirse con la Duquesa.

Al subir al carruaje ambas damas, apareció el tío Frasquito presuroso, muy lozano, pulcro y resplandeciente, haciéndoles señas de que le aguardasen. Subió con ellas al coche, sacó del bolsillo una curiosa cajita de cartón y púsola sobre sus rodillas. Las damas le miraban atónitas, y él sonreía picaresco: levantò al fin la tapa con mucho misterio, y entre perfumados papeles de seda apareció la babucha.

Mientras tanto. Jacobo, sin salir de su aposento del *Grand-Hotel*, daba vueltas á su proyecto. La claridad de juicio va en razón directa de la conveniente distancia á que se contemplan los hechos, y al despertar aquel día, libre ya de las perplejidades y angustias que atormentaban su ánimo, pudo apreciar su situación con exactitud verdadera.

Las lineas de su plan aparecieron entónces claras y firmes en todos sus contornos, á la manera que después de una inundación y cuando las aguas ya se retiran, aparece distintamente la altura de los collados, y lo extenso de los llanos y lo profundo de los valles. Encontróse entónces Jacobo con que sus collados

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eran montañas, y sus llanos desiertos y sus valles abismos.....

Y lo peor del caso estaba, en que el primer abismo que se abría á sus piés y le era forzoso salvar, habíalo abierto él con sus propias manos la noche antes, por jugarlo todo impremeditadamente á una sóla carta, olvidando que era su juego de cartas dobles y complicadas. Porque la babucha comprada en el Gran Bazar y la necesidad del tío Frasquito, iban á colocarle en aquel mismo día en lo alto de la columna del escándalo, en la gloriosa picota de la Moda, que asentaba esta vez sus cimientos sobre los cadáveres de dos seres degradados, muerto el uno con un dogal, cosida la otra á puñaladas y arrojada en un saco de cuero, sin espirar todavía, viva y palpitante, en lo profundo del mar de Mármara.

Mas desde aquella columna donde se podían dictar leyes al mundo del fausto y del escándalo, sólo se lograba inspirar desprecio y repugnancia invencible, á ese otro mundo, no más pequeño, pero sí más desconocido, de la honradez y la virtud, y justamente en aquel mundo callado y oculto era donde se escondía la persona á que toda costa necesitaba él en aquellas circunstancias...¿Y quién ponía ya diques al viento? ¿Quién sujetaba al tío Frasquito, que babucha en mano, recorría ya las calles de París, en busca de un pedacito de celebridad, de un sólo rayito de la aureola del héroe?.....

Preciso era tirar por otro camino, y la casualidad trajo á Jacobo quien había de indicárselo. Era éste Diógenes, que acudía muy de mañana atraído por el dinero que se le figuraba traer el plenipotenciario, como los buitres acuden al olor de la carne muerta.

Diógenes no era como Sabadell, que jamás se apeaba de su papel de gran señor, y lo mismo gastaba en boato y en caprichos en tiempo de las vacas gordas que en tiempo de las flacas, con la sola diferencia de pagar en los de aquellas y no pagar en los de éstas. Diógenes, por el contrario, vivía en una modesta *maison meublée*, y sentábase de diario á la primera mesa que hallaba puesta, sin esperar á que lo invitasen, por cierta especie de derecho de cuchara que garantía su poquísima vergüenza; por una tradición constante que la inveterada costumbre había convertido en ley escrita en las pandectas de la capigorronería madrileña. Cuando tenía dinero lo derrochaba espléndidamente, y cuando no lo tenía pedíalo prestado, con la intención jamás retractada de no pagarlo nunca, segun su exioma favorito: Cobra y no pagues que somos mortales.

Aquella mañana habíase propuesto almorzar con Jacobo, y llevárselo después al *Petit-Club*, á tirar de la oreja á Jorge, con ánimo deliberado de darle por el camino algún *sablazo* bien dispuesto.

Su sorpresa fué pues, grande, cuando Jacobo, con la austeridad de San Pablo primer er-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mitaño, y la fortaleza de un San Antonio en el desierto, se negó retundamente á salir del Hotel, diciendo que había jurado no pisar el impuro suelo de París, que jamás tomaría en la mano una carta, y que no pareciéndole ya conveniente marchar á Madrid, á causa del cambio político, había decidido salir à la mañana siguiente p ra Biarritz, donde pensaba intentar una reconciliación, con—¡Polaina!—¡ on su mujer!!! .....

Escuchábale Diógenes en silencio, mirándole de hito en hito, clavados en sus ojos los suyos abotagados por la borrachera continua. Cuando acabó de habrar, díjole muy serio:

—¡Vamos!...—Tú dices lo del gitano del cuento. ¡Señó! Toos pien el pan de cada día ....Yo sólo pio que me pongan donde lo haiga, que ya yo me arreglaré .....

—No te entiendo.....

—Pues vaya más claro....Tú dices: mi mujer ha ganado el pleito con la Monterrubio, y tiene una porción de miles de renta....Yo tengo el hambre del hijo pródigo; pues me voy allá y me como el ternero....

Alborotòse Jacobo al oir tan fielmente expresado, parte al menos de su pensamiento, y con aire de dignidad ofendida, exclamò:

—Te aseguro .....

—¡Vamos Jacobito!...—¿Si conoceré yo á los cojos en el modo de andar?.....

—Te digo ...

—¿Si sabré yo el lino que cardo, Jacobito?...

—Creo lo que quieras; pero yo ..

—Si querrán los pollos engañar á los recoberos, pichon dorado.....Mira, niño: ni tu tienes vergüenza ni yo tampoco; pero para ser pillo, lo primero que se necesita es talento; y cuando tú vas, ya estoy de vuelta. ¿Estamos?...

La dignidad sublevada de Jacobo pareció sosegarse mucho, y después de un momento de silencio, preguntó:

¿Según eso, te parece mi plan un disparate?.....

—¿Un disparate?—Para tí un negocio redondo; para ella un robo à mano armada.

—¿Y crees que Elvira?.....

—¿Se dejará robar?... ¡Pues ya lo creo!.... Lo que es por ella, en cuanto le guiñes el ojo... Si te quiere, hombre; te quiere lo mismo que el primer dia en que la engañaste. ¡Mentira parece!...

—Pues entonces...

—Entonces, queda el rabo por desollar.

—¿Y de quién es ese rabo?...

—Amigo mio... del P. Cifuentes.

—¡Ya!... Ya me lo habían dicho.

—Pues no te engañaron.

Quedòse Jacobo un momento pensativo, y rascándose después levemente la cabeza, añadió con su truhanesca sonrisa:

—Entónces...será preciso confesarse con el P. Cifuentes.

Diógenes se puso muy sério.

—Mira, Jacobo—le dijo... ¿Me vés tú á mí? Soy un truhan, un borracho, un pèrdis, que

todo lo que no sea matar, todo lo he hecho... Pues para que veas; las cosas de Dios yo las respeto... Las respeto, porque lo mamé. ¡Polaina! lo mamé con la leche... No soy bueno, porque no quiero jorobarme siéndolo; pero al que se joroba y lo es, yo lo venero; que no porque merezca yo un presidio, dejo de conocer que hay quien merece la gloria; y no porque me revuelque en un lodazal, dejo de ver que hay estrellas en el cielo...

Jacobo escuchaba estupefacto la extraña salida de Diógenes, que pronunciaba su arenga babeando la ancha bocaza, dando golpes ora en su propio pecho, ora en la mesa.

—¿Y á què viene todo óso? preguntò al fin Jacobo.

—¿A què?...—A que dejes tranquila á tu mujer, porque sólo con pensar en ella la manchas.

—¡Pues me hace gracia!..—¡Valiente paladin le ha salido á la Elvirita!... ¿Y dónde han hecho ustedes su compadrazgo? Supongo que no será en el confesionario del P. Cifuentes:

—No por cierto...—La veo y la he sabido apreciar, en casa de María Villasis, que es su amiga intima.

—¿Con que amiga íntima de tu íntima amiga la Villasis?... ¡Ahora lo entiendo!... ¿Y qué hace esa perfecta viuda, como la llamaba la de Bara en otro tiempo?... Supongo que te habrà sucedido con ella, lo que sucede con los perros chinos, que de puro feos hacen gracia.. ¿Y mi mujer serà sin duda vuestra confidente?

—¡Alto ahí, canalla, ó te rompo el morro!—exclamó Diógenes poniendo su formidable puño en las narices mismas de Jacobo. ¿Qué es lo que buscas tù?....¿Dinero?....Pues ahí tienes á la de Albornoz; una....pelona como tú, que te dará lo que quieras....¿Qué más te da llamarte Jacobo, que *Monsieur Alphonse*?...

¡Oh!...Jacobo se incomodó esta vez de veras, porque jamás le habìan refregado por la cara una verdad tan áspera. Contúvose, sin embargo, porque sabía cuán terribles eran las embestidas de Diógenes, y con forzada sonrisa contestó:

—Mira, Diógenes,—la borrachera de ayer te dura todavìa....¿En qué cabeza cabe sino en la tuya de bala rasa, que fuera yo á venderme á mi mujer por un puñado de duros?...

—Amigo, cuando no dan más en la puja, hay que decir lo del otro gitano del cuento... Se confesó de haber robado tres pesetas, y el cura le dijo: ¿No te dá vergüenza, infeliz, de condenarte por tres miserables pesetas? .....

—¿Y qué quería V. que *jiciese*, si no había más?...

Aquí interrumpiò la disputa el Marqués de Villamelón, que entraba restaurado ya por completo de sus desperfectos de la mañana. Al verle Diógenes, cogió prontamente un periódico y pùsose à leer junto á la chimenea, en el lado opuesto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Marqués fuese derecho á Jasobo, que ceremoniosamente se levantaba para recibirle, y apretàndole ambas manos, díjole con grande afecto:

—Adios, Benito. ¿Cómo te va?..Tu siempre tan famoso...

Y con protectora afabilidad, dióle dos cariñosas palmaditas en el hombro izquierdo,

—Dispensa que no viniera á verte ayer, Benito,—prosiguió Villamelón sentàndose. Pero en este París. ¿me entiendes? no hay tiempo para nada...Curra te espera á almorzar. ¿Lo sabes?..A las dos: un poco tarde quizà; pero hoy está de servicio con la Reina. ¿Me entiendes?

Ofendióse la altivez de Jacobo con los aires protectores del héroe del combate *navoterrestre* de Cabo Negro, y quiso declinar fríamente la honra del convite, más Villamelón le atajó la palabra, diciendo;

—¡Nada. nada, nada! —¿Me entiendes?...No admito excusas, Benito; y Curra se ofendería de muerte. ¿Sabes?...Tiene debilidad por la familia, y lo que es por tí, delira. Siempre está con Benito arriba, Benito abajo....

Diógenes gritó desde su asiento.

—Pero Villamelón...quiero decir, ¡majadero!...¡Si no se llama Benito!...

—¡Ay! es verdad que era...¿Cómo era?...

—Jacobo.

—¡Eso es, Jacobo!...Pues dispensa, Jacobo;

pero tengo una memoria infelicìsima, y lo peor es que cada día se me va debilitando...

Quejàbase con harta razòn Fernandito de su falta de memoria, síntoma fatal à veces, de los reblandecimientos cerebrales. Mas Diógenes, que no perdonaba ocasión de descargar su terrible mandoble, púsose á recitar como si leyera en el poriódico:

Hablando de cierta historia,
A un necio se preguntó:
—¿Te acuerdas tú?—Y respondió:
—Esperen que haga memoria.
Mi Inés, viendo su idiotismo,
Dijo risueña al momento.
—Haz también entendimiento.
Que te costarà lo mismo.

Jacobo y Villamelón se miraron entre sí, miraron después á Diógenes, y tornando á mirarse ambos, echáronse á reír, diciendo al cabo Fernandito:

—¡Qué cosas tiene!...No hay más remedio que dejarlo ó matarlo. ¿Sabes, Benito?.....

———

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI.

El tío Frasquito no podía ya con las piernas, y esforzábase en vano por discurrir algo parecido á la hazaña de Churruca en Trafalgar, cuando privado también de una de las suyas por una bala de cañón, siguió mandando el combate desde el puente del navío, metido en un tonel de afrecho.

—¡Oh! ...Si aquello le hubiese sucedido á él veinte años antes, cuando en un sólo día hizo sesenta y nueve visitas para anunciar el primero aquel famoso casamiento que alistaba en el número de sus sobrinos á Luisito Bonaparte, el Conde consorte de Teba!.....

Y lo peor del caso era, que cuando á las cuatro de la tarde volvió al *Grand Hotel*, rendido y desalentado por no haber podido enseñar más que á las dos terceras partes de la

colonia española, la babucha apócrifa de la Cadina, encontróse cón que la tràgica historia tenía una segunda parte interesantísima también, pero pía, devota, sentimental, romàntica, en que cabía á su persona no sólo el papel de cronista, sino el de agente poderoso, de intercesor eficacísimo de *ama de llaves de la Providencia*, que hubiera dicho Diógenes, en el bello final de aquel drama que comenzaba su acción en las barbas del Sultán, é iba á terminarse bajo el manteo del P. Sifuentes. Acordóse el tío Frasquito de Matilde y Malek Adhel, y se sintió enternecido: la emoción le produjo un golpe de tos violentísimo, que fué necesario calmar con tres caramelos de malvabisco.

Porque Jacobo había acudido á él de nuevo en demanda de auxilio y abiértole su corazón hasta lo más recóndito. Era singular lo que por él pasaba, y en vano había intentado explicárselo....La noche antes daba vueltas en el lecho inquieto y desvelado, viendo desfilar en su memoria los treinta y tres años de su vida cargados de placeres, de aventuras, azares sin mañana, flores sin raíces, gozos sin recuerdo, locuras sin felicidad que le causaban entónces en el ánimo, la impresión de repugnancia que causa al estómago aito è indigestado el recuerdo de manjares sustanciosos.

El tío Frasquito le escuchaba atento y boquiabierto, creyendo ver apuntar en el corazón apasionado de Malek Adhel, aquellos albores misteriosos que trocaron los de Rancés

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y Mañara....Mas de repente, dejando Jacobo el tono sentimental de su perorata, preguntó le en prosa llana donde andaba á la sazón su mujer Elvira.

El tío Frasquito hizo una mueca de disgus to, como si viera trocar á Malek Adhel el blanco turbante por el sombrero de copa alta, ó le hicieran saltar de una página de Mme. Cottin, á otra de la *Guia de forasteros*.

—¿Elvirrra?—contestó.....Pues no sé; perrro debe de estarr en Biarrritz....Ayerr dijo la López Morrreno, que la había visto.

Quedóse Jacobo mudo y pensativo por un momento, y el tío Frasquito, reventando de curiosidad, se apresuró á añadir muy atento y oficioso.

—Perrro si quierrres noticias cierrtas, yo conozco à una perrsona que puede dármelas

—¿Quién?....

—El P. Sifuentes.

—¡Hombre!...—¿Conoces tú al P. Sifuentes?.....

—¡Ya lo creo!.....Si es mi sobrino: hermano de madre de la Vegallana...Es hijo de Tonito Sifuentes, que fué sub-secretario de Estado en tiempo de Izturrriz, y entró en la Compañía cuando.....

—¿Pero está también en Biarritz?

—No: está aquí en Parrís; en la *rue de Sévres*.....Desde el 68 no ha estado en España sino de paso.....

Y con cierto delicado recelo, añadió tímidamente:

—¿Quierrres que lo vea?....

—No...— Quiero verlo yo mismo.

El tío Frasquito brincó otra vez emocionado, viendo ya á Malek Adhel fundando como Rancés una Trapa, ó un hospital como D. Miguel de Mañara.....¡Todo, todo iba saliendo lo mismo, igual, idèntico que en la *Favorita!*... Fernándo, *la bella del Re*, Fr. Baltasar.....Faltaba tan sólo el convento, y ansioso él de poner la primera piedra, se apresurò á decir:

—Pues te llevaré cuando quierrras.

—Mañana mismo.

—Conforrmes.

Cauto sin embargo el tío Frasquito, y deseando prevenir en el ánimo del novicio las deficiencias que pudiera tener en su papel de Fr. Baltasar el P. Sifuentes, apresuróse á decirle que era éste un cuitadito, un infeliz sin pizca alguna de mundo, que hablaba *oportune et importune* del infierno, pintando unos diablos feotes y groseros, que en nada se parecían á los diablillos correctos, perfumados, elegantes, se le figuraba el tio Frasquito de frac y corbata blanca, pelo rizado, gardenia en el ojal, monóculo en el ojo izquierdo, y un lazo de color de fuego en la punta del rabo.

—Porque mirra, la verdad,—prosiguió con aire de íntima confianza. Yo soy muy católico, muy creyente, perrro lo que es el clerro, deja mucho que desearr en todas parrtes... No se encuentra un sacerdote que nos conozca bien, que sepa amoldarrse á nuestro modo de serr, al modo de sentir de las gentes de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestro círculo.....El mismo P. Sifuentes, el otro día, en el entierro del general Tercena, me dió la tarrde, hijo, me dió la tarrde...Empeñado en convencerme de que yo me habia de morrrir también, y que era menesterr prepararse y pensar en lo eterrno....En fin, hijo, me angustió, ¡me angustió de verrras!.....Y cuando lo de Pepita Abando, ¿tú no sabes?... Estuvo atrroz, atrroz, cruelísimo.....Una muchacha tan buena, tan elegante, tan carrritativa, que nunca tuvo más pasión que Pablo Verrra, y todo Madrid lo sabia y lo sancionaba, y hasta su mismo marrrido se hacía carrgo... Pues nada, hijo, el P. Sifuentes no se lo hizo: se puso malo Pablitos, y Pepita, ¡clarrro está! atropelló porr todo, y se instaló á su cabecerrra. Avisarrron al P. Sifuentes, y éste contestó que no podia entrarr en aquella casa, sin que Pepita saliera primerrro.....¡Figúrate tú, qué exigencia!.....Ella se negó porr supuesto y Pablitos también y porr mas vueltas que dierron para convencerr al santo varron de que era una crueldad separarrlos, y que todo el mundo le criticarrria a ella, abandonarrlo en la última horrra, nada, nada, nada.....*Tètu* como un arragonés: se metió las manos en las mangas, y dijo que no, y que no, y que no, y lo dejó morrrir como un perrro....Y eso que iban ya á pedir la bendición á Su Santidad, y todo, todo....

—Te advierto esto,—prosiguió el tío Frasquito, empinando el dedo, porrrque si piensas consultarrle alguna...vocación ó confesarrte...

—¿Confesarme yo? exclamó muy ofendido Jacobo. ¿De dónde sacas tú eso?....

—Como decías que deseabas hablarle ...!

—¿No es el P. Sifuentes el confesor y el director íntimo de mi mujer?

—Sí, porr cierto....

—Pues lo que yo quiero exigir de él es, que obligue á Elvira á ceder á mis pretensiones

—¿Perrro cuáles son tus pretensiones, Jacobito?—preguntó el tío Frasquito muy alarmado.

—Una muy sencilla y muy cristiana...Reunirme con mi mujer y olvidar todo lo pasado.

—¡Aaaah...yaaa! —exclamó el tío Frasquito estupefacto y desolado, al ver que la Trapa se quedaba sin fundar y el hospital sin concluir, y el novicio sin tomar el hábito.

Y rabiosillo y enfurruñado de que la leyenda de Malek Adhel, tuviera el ramplón desenlace de cualquiera comedia moratinesca, dejóse llevar á su espíritu de chismograf a hermafrodita, diciendo:

—¿Perro has meditado bien tus pretensiones?

—¿Te parecen acaso imposibles?

—Hombre, imposibles no..¿Perrro sabes tú la vida que Elvirrra hace?

—Justamente iba á preguntártelo.

El tío Frasquito hizo dos ó tres visajes remilgados de—reviento si no lo digo—y contestó titubeando:

—Hombre, te diré...La cosa es pública..... perrro yo no sé si debo .....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Pues no has de deber, tío Frasquito?—exclamó Jacobo violento y azorado. Yo tengo el derecho de preguntar, y tú si eres mi amigo, tienes el deber de responderme.

—¡Ya lo creo que soy tu amigo, Jacobito! ¿Lo dudas?.....Y lo fuí de tu padre, y de tu abuelo....quiero decir, á tu abuelo lo conocí siendo yo una criatura...Perrro hay cierrtas cosas....

—¿Pero qué cosas?...—¡Dilas, hombre, dilas!....

—Pues mirrra, Jacobo,—la verdad...Tu mujerrr ha dado mucho que hablar en todas partes .....

—¿De veras? .....

—Lo que oyes: siento mucho decírtelo, perrro es muy cierto...Está *declassée*, hijo, *declassée* por completo. Todo Madrid le ha dado de lado, y sólo se trata con mi sobrina Villasis ¡otra que tal!...Perrro si quierrra esta es mujerr de arrranque, y gasta y hace rrruido ..

—¿Pero qué es lo que hace Elvira?....

—¡Horrrorrrres, Jacobito, horrrorrrres!.... Empieza porque desde que se separó de tí, no se le ha vuelto á verr en ninguna parrte; ni en un teatro, ni en un baile, ni en la Castellana, ni siquierrra un domingo en casa de Montijo... Dicen que está fanatizada...¡Carrmen Tagle tuvo una doncella que había estado en su casa, y contaba unas cosas!....Siempre detrás de los criados, porrque hoy errra día de ayuno, y mañana de Misa, y al otro día de vigilia

....En fin, insufrible: ninguno le paraba...¡Y ella, unas rridiculeces!...Decían que dorrmia sobre una tarrrima, y ayunaba á pan y agua, y à ejemplo de no sé qué varrron piadose, se disciplinaba con un gato (1).

—¡Qué atrocidad!...—¿Con un gato?...¡Pero eso es imposible!...

—¡Pues, hijo, así lo asegurrraban...no te puedes figurarr los que nos rreimos una noche en casa de Carrmen Tagle, discutiendo el asunto...Algunos pensaban que el gato estarría muerto: lo que es así, también yo me disciplinaba...Lo mismo podía hacerse con un prumerrro...

Jacobo pareció tranquilizarse por completo al oír los *horrrorrrres* que el tío Frasquito le relataba, y cortóle el hilo del discurso, diciendo:

—¡Bah!...—Si no es màs que eso, de mi cuenta corre desfanatizarla.

El tío Frasquito iba à replicar muy disgustado, pero Jacobo le atajó la palabra, preguntàndole:

—¿Y como vive Elvira?...¿Gasta mucho?...

—¡Cá!..Si parece la viuda de un cesante.. Está seca, desgavilada; ella que tenía un cuerpo tan airrroso, tan elegante..En fin, hijo, un día la ví en casa de mi sobrina Villasis, y me parrreció hasta sucia..Como si parrra ser santa, se necesitarra serr puerrca, cuando el aseo

(1) En la vida del V. P. Eusebio Nieremberg se cuenta, que solía disciplinarse con uno de esos instrumentos de garfios de hierro llamados *gatos*, y sin duda á este *gato* y á este varón ilustre, son á los que alude el tío Frasquito.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

es una virrtud que se ejerrcita con agua fresca y uu estropajo. De la casa no te digo nada, porque no la he visto: tres veces estuve allí por curiosidad, y no me rrecibió ninguna. Perro vive en un principal muy modestito, allá junto á las Carbonerras....

—Eso no es extraño: la pobre debe andar mal de cuartos.

—¡Cá! no lo creas...¿Perrro tù no sabes?... Si está rrica: como que ganó el pleito con la Monterrubio y debe de tenerr de quince á veinte mil durrros de rrenta.

—¡Hombre!....¡Lo siento! —exclamó Jacobo muy pesaroso.

—¿De verrras?

—Y tan de veras...Porque siendo ella más rica que yo, no faltarán malas lenguas que atribuyan al interés mi vuelta a su lado.

—¡Oh, no, no, Jacobito, por Dios! ¡Por Dios, Jacobito!...¡Quien piensa eso...no te conoce!

—En fin, ya lo veremos..Lo que importa ahora es que yo me entienda con el P. Sifuentes.

—Pues si te parrece, mañana iremos.

—Sin falta.

El tio Frasquito, resignado con el giro clásico que tomaba la leyenda, convino con Jacobo la hora en que habian de hacer al otro dia la trascendental visita, porque el arrepentido esposo quería marchar á Biarritz cuanto antes.

Despidiéronse al cabo protector y protegido, y aquel, para lanzar al público sin pérdida de tiempo la noticia, corrió á ponerse desde luego de punta en blanco, para sus nocturnas correrías, y bajar de seguida à la terraza del Hotel, donde toda la colonia española esperaba como siempre la llegada del correo.

Pero ni la incertidumbre de nuevas desdichas en la madre patria, ni los mil chismes que por la patria adoptiva corrían, lograron apartar la conversación general de la novelesca historia de la Cadina, cuya apócrifa babucha habían contemplado todos, después de algunas prudentes precauciones que para la *mise en scene*, juzgó indispensable el tío Frasquito. Porque temeroso èste de que algún ánimo suspicaz pusiese en duda lo auténtico de la presca, apresuróse antes de presentarla á la veneración pública, á frotar la suela sobre el pavimento á fin de que apareciese usada, y á desvirtuar con ricas esencias aquel importuno hedor à zapato nuevo, que la noche antes había despertado en sus narices dudas tan peligrosas.

La Duquesa de Bará no había encontrado todavía ocasión oportuna de hacer el análisis crítico de la solemnidad religiosa-política á que había asistido horas antes, y hasta la Sra. de López Moreno, reina destronada de Matapuerca, habíase olvidado por un momento de la honra insigne que al dia siguiente la aguardaba. La Duquesa le había anunciado que S. M. la Reina se dignaba recibirla, y á ren-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

glón seguido, cómo quien no quiere la cosa, habíale pedido prórroga para el pago de aquellos piquillos, que hacía varios años le adeudaba

—¡Pues no faltaba más!....¡Lo que V. quiera! hab a contestado la generosa acreedora.

Y á renglòn seguido también, y como quien no quiere la cosa, había plantado esta estaquita matrimonial, con sonrisa indagatoria:

—Lucy y Gonzalito [primogénito de la Duquesa], encantados de verse juntos...¡Qué pareja tan mona hacen! Hoy se han ido al *Skating-Rink*, porque Gonzalo está enseñando á patinar á Lucy....

La Duquesa pescó al vuelo la indirecta, y contestó tan sólo con una fina sonrisa, que encubría este pensamiento:

—¡Estás fresca!...¡Cualquier día te cobras, endosándome à la niña por nuera!...¡Una Duquesa de Bara, *née* López Moreno! ¡Dios nos asista!

Currita, por su parte, guardaba aquella tarde un solemne silencio, hijo de una rabieta de dos mil demontres, que le bailaba por dentro. Jacobo había desairado su almuerzo con el frívolo pretexto de que necesitaba descanzar del viaje, y ella había descargado su ira sobre el indefenso Villamelón, que sentado á su espalda en actitud pensadora, se consolaba de los rigores de su esposa pensando en las musarañas, y distrayendo su imaginación con vivos recuerdos de su visita á los antropófagos....

Leopoldina Pastor alborotaba por ciento, proponiéndose referir à Octavio Feuillet la historia de la Cadina, para que escribiese un cuento oriental, y lamentàndose de que Jacobo Sabadell no apareciese por ninguna parte, aguardándole todos tan impacientes para tributarle el justo homenaje de admiración que su novelesca aventura les inspiraba, tan distinto del frío recibimiento con que le habían acogido la víspera.

Apareció entónces el tío Frasquito, ya de gran gala, cargado de perfumes y de noticias, que como las burbujas el hervor del agua, anunciaba en su rostro una significativa y prolongada sonrisa. La inesperada resolución de Jacobo causó en el auditorio sensación profunda, y cuando el tío Frasquito anunció que el héroe pensaba marchar á Biarritz quizá al día siguiente, dos personas, Diógenes y Currita, no pudieron contenerse.....Levantóse el primero, y fuese derecho al tío Frasquito como si quisiera pegarle, y la segunda, sin que denunciase su violenta ira más que una extraña vibración en su dulce vocecita, comenzó á vomitar injurias y vituperios contra la Marquesa de Sabadell, su muy amada prima, con gran pasmo de Villamelón, que recordaba todavía el sermoncito sobre el amor de la familia que había escuchado aquella mañana.

La grey femenil hizo coro á los vituperios de Currita, y todos convinieron en que la Marquesa de Sabadell era una intrigante, una beata hipocritona, una mala esposa que habiendo

campado por su respeto diez años entre curas y monaguillos, quiere ahora oscurecer al pobre Jacobo bajo la tutela del P. Sifuentes, y que era cosa de conciencia y obligaciòn imprescindible de todo fiel cristiano, arrancar á la pícara el antifaz y advertirle al cándido muchacho el lazo que le tendían.

Diógenes, que á mitad del camino pareció hacer de repente al tío Frasquito gracia de la vida, arremetió briosamente contra la hueste femenina, diciendo que era maldición de gitanos—¡en lengua de embras te veas!—que quien dijo mujer dijo demonio, y que tan mala ralea era la casta, que todos, todos los bichos, hasta las chinches—¡Polaina!—eran mujeres ...

Riéronse mucho todas las presentes de la ocurrencia de Diógenes, y éste, más que por darles placer, por machacarles las liendres, contóles que Dios no había formado á nuestra madre Eva de la costilla de Adán, sino del rabo de una mona...[1], Porque aunque este fué su primer intento, y tenía ya la costilla en la mano, para formar de ella á la que había de ser causa de tantas desdichas, una mona que le miraba hacer atentamente, arrebatóle de repente el hueso, y echó á correr para esconderlo en su madriguera. Quiso el Señor perseguirla y alcanzóla por el rabo; más tan fuerte tiró la mona, que el rabo se le arrancó, que-

[1] Este cuento y el siguiente, son antiquísimos cuentos populares en Andalucía, recogidos por el autor ó inventados por el gracejo, profundo á veces, de los campesinos de aquella tierra. La sencillez misma de su forma, y lo manifiesto de su inocente al par que picaresca intención, excluyen de ellos toda otra idea irreverente.

dándosele al Señor en la mano. Encogióse de hombros, y dijo:

—Para lo que voy á hacer, lo mismo da....

Y de aquel extraño utensilio, formó á la madre del linaje humano.

Alborotáronse las damas con el cuento de Diógenes, y Currita, pesarosa de haber dejado escapar en la explosión de su ira, algo que le convenía tener muy guardado, apresuróse á seguir la broma diciendo:

Pues mira, Diógenes, quizá tenga algo de verdad tu historia; porque á mí me contaron respecto á la formación del hombre, otra muy parecida....Dicen que Dios había criado ya á todos los animales; pero le faltaba todavía crear al hombre, era ya muy tarde y estaba cansado. Entónces, para ahorrarse tiempo de trabajo, cogió al primer animalito que encontró á mano, y le dijo:

—Mira, habla tú.—Y quedó formado el hombre .....

Y al decir Currita—habla tú—dió un golpecito con la punta de su abanico en el hombro del Marqués de Villamelón, su caro esposo. Este, interpretó la seña como una muestra de reconciliación, y sonrió satisfecho, dulce y placentero, mientras Currita, inclinándose á su oído, le dijo muy bajo:

—Mira Fernandito...—me parece natural que vayas á ver si ha descansado Jacobo, y que le convides á comer....Dile que le espero sin falta, porque tengo que hablarle de cosas que le interesan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Anunciaron en aquel momento la llegada del correo, y Diógenes aprovechò la confusión natural que esto produjo, para acercarse al tío Frasquito, y cogerle sin miramiento alguno por la abierta solapa de su rico gabán de pieles, que dejaba al descubierto una pechera inmaculada, en cuyo centro relucía bajo la corbata blanca, una bellísima turquesa celeste como el cielo.

Azoròse el tío Frasquito al verse sólo y sin defensa en las garras de Diógenes, y procuró encubrir sus temores acogiéndole humilde, sonriente, cariñoso, llamàndole *Perriquito*, y ofreciéndole ricos cegarros que él no fumaba nunca, pero llevaba siempre á prevención para casos apurados. Mas Diògenes, fijando en él sus ojos abotagados por el ron y la ginebra, con el maléfico influjo de la serpiente que magnetiza al incauto pajarillo, le preguntó con muy malos modos después de un imperioso—oye, Frasquito—si era cierto que andaba en compadrazgos con Jacobito.

¡El con Jacobito!...¡Jesús!...Pues si justamente era Jacobo una persona que le estaba reventando desde su cuarto, y que sin saber por qué se le había indigestado...Verdad era que le había pedido una recomendación para su sobrino el P. Sifuentes, y èl—¡Claro está!—por salir del compromiso, le había ofrecido una tarjeta; ¿pero en qué cabeza podia caber que fuera él á acompañarle, ni á mezclarse en asuntos de familia. ni á meterse en *tripotages* de mala ley, con un loco semejante? .....

Y mientras esto decía el tío Frasquito, iba poco á poco escurriendo, escurriendo su solapa de manos de Diógenes, hasta que libre al fin, abrochóse prontamente el gabán hasta la barba, para poner à cubierta su nívea pechera de cualquier acometida de Diógenes. Este, dejándole hacer, rornò á preguntarle:

—¿Y cuàndo se va Jacobo á Biarritz?....

—Mañana por la noche.....

Y con ademán misterioso y tono de íntima confianza, añadió:

—Por supuesto, que Jacobo sólo va allí al olorcillo de los millones de la Monterrubio, que disfruta hoy Elvirrra....¿Y qué harrrá ella?.....Porque no cabe en cabeza humana que una muchacha tan buena, tan santita, quiera hacer de nuevo *ménage*, con ese Poncio Pilatos ..

Diógenes le volvió la espalda sin preguntarle nada más, y el tío Frasquito, gozoso de verse libre al solo precio de hacer traición á su amigo, corriò á noticiar á Currita que Diògenes tomaba partido por la Sabadell, y á lamentarse con la de Bara de que la policía correccional no pusiera coto, ni en España, ni en Francia, á los desafueros de aquel cínico viejo.

Este, había salido de la terraza por el salón de lectura, y entrando en un gabinete cogió pluma y papel, y con letra inverosímil, púsose á escribir esta carta:

"Mi querida María...."

Aquí se atascó Diógenes, y rascándose la nariz con el cabo de la pluma, quedóse perplejo, hasta que añadió por fin al encabezamiento esta reverente coleta:

"Muy respetada: Mañana sale de aquí para esa el perillán de Jacobico Sabadell, que lleva las de Caìn, pues trata nada menos que de inventar una reconciliación con su pobre mujer Elvira. Anda huido de Constantinopla, donde ha hecho no se qué atrocidades, y por lo visto ha olido que Elvira tiene dinero, y quiere ahorrarle el trabajo de guardarlo. Mañana, antes de salir, tendrá una conferencia con el P. Sifuentes, en que *Francesca di Rimini*, le servirá de tercero ..."

Aquí notó Diògenes que la concordancia era vizcaina, y añadió:

"ó de tercera. Te advierto todo esto, por si puedes hacer algo por esa pobrecita, que será capaz de entregarse atada de piés y manos al bribón de su marido, si no hay alguien que la aconseje. Si sirvo yo para algo, incluso para romperle un esternón á Jacobito...."

De nuevo se detuvo Diógenes dudoso, por no saber á punto fijo si Jacobo podia tener uno ó más *esternones*, y dispuesto sin duda á romperle cuantos tener pudiera, prosiguió al cabo:

"Avísame y ahí me tienes. Yo sigo tan campante con mis sesenta y dos á cuestas, caminito, caminito de esa cama del hospital que tantas veces me has pronosticado ¿Llegará en el sesenta y tres?"

Y dando con esta pregunta por terminada la carta, firmóla como Antonio Pérez las suyas á Milady Richs.

"Perro desollado de vuestra señoría, *Diógenes*."

"P. D.—Un beso á Monina."

Y aquí se detuvo atra vez perplejo, menéo lentamente la gran cabezota, y su rostro granugiento tomó una expresión indefinible de ternura y de tristeza.

Aquella Monina, bellísima criatura de cuatro años, ídolo de su corazón, por un fenómeno semejante al que hace á los grandes perrazos encariñarse con los niños, que le tiraba de las patillas y le hacia andar á cuatro piés guiándole ella por una oreja, había rechazado un día un beso de sus aguardientosos labios, diciéndole con infantil repugnancia:

—¡No.....que apesta!....

Y Diógenes, el cínico Diógenes, que se burlaba de la opinión del mundo entero, y hacia gala de revolcarse en los más inmundos lodazales, sintió ante la repugnancia de aquel ángel, que una gran vergüenza invadía su corazón y subia hasta su frente, tiñéndola de carmín, y asomaba á sus ojos llenándolos de lagrimas....Por tres dias enteros estuvo sin beber una copa; al cuarto rindióle el vicio otra vez, mas jamás volvió á besar á la niña.

Y entonces, á tan gran distancia del bello angelito, creyò faltar á su propósito escribiendo en aquella postdata la palabra *beso*, y borrándola con grandes tachaduras, puso en su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lugar:—"A Monina, que llevaré un muñeco que dice papá y mamá."—Después escribió en el sobre:

Madame.

M.me la Marquise de Villasis.

Villa María.

Biarritz.

VII.

El capricho de una soberana hizo en poco tiempo de un villorrio olvidado, uno de los centros más á la moda, entre los semidioses que regulan sus costumbres, su lujo, sus necesidades y hasta su conciencia á veces, por las estravagantes leyes de esta tirana caprichosa.

La emperatriz Eugenia levantó en Biarritz *la ville Eugenie*, y Biarritz quedó al nivel de Trouville, Dieppe y Etretat. Los españoles lo invaden en verano, los ingleses en invierno y los rusos en otoño, como si por turno quisierán disfrutar sus comodidades bastante problemáticas y sus encantos harto discutibles.

El lujo se apresuró á levantar allí *villas* y palacios, la especulación, hoteles y casinos: sólo la piedad se quedó con las manos quietas. En Biarritz apenas sí existe una Iglesia.

En la carretera de Bayona, hay hacia el lado del mar una *villa* deliciosa que se asienta en un reducido parque, como una paloma en su nido de verdura: extiéndese aquel á lo largo del camino, cerrado por una gran verja de hierro, en cuya puerta campea á uno y otro lado este letrero:—*Villa María*—Da ésta entrada á una gran calle, que sombreada por árboles magníficos, describe tres caprichosas vueltas, salta un diminuto riachuelo, y lleva á una plazoleta sem circular, atestada de flores, especie de *square* delicioso, que sirve como de patio de honor á la casa.

Tres gradas de mármol blanco dan ingreso al piso bajo, destinado sólo á recibimiento, y adornado con esa pulcra sencillez que adopta todo lo bello y destierra todo lo suntuoso, y constituye el buen gusto y la elegancia, en el decorado de un palacio de campo. En el fondo del vestíbulo abríase la puerta del salón, y llegabase por este á un peqneño gabinete, tapizado todo de cretona, con grandes flores cobrizas. Ocupaba uno de sus frentes una chimenea de mármol blanco, y formaba el otro una gran ventana de cristales, abierta de arriba á abajo, que dejaba entrar el sol á raudales, y permitía ver la verdura del parque en primer término, la arena de las playas más léjos, y el azul del mar en lontananza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las once habían dado ya en el reloj del torreoncito de la *villa*, y dos señoras, sentadas á uno y otro lado de la chimenea, hablando en el gabinete. Una llorando en silencio: la otra parecía consolarla.

Representaba ésta más de cuarenta años, y su falta absoluta de pretensiones, en nada disimulaba la sorda lima del tiempo. Un sencillo peine de concha sujetaba su abundante cabellera, blanca casi por completo y su rica bata de paño labrado con vueltas de terciopelo, lejos de prestar realce algunos á su persona, parecía recibir ella misma del talle airoso y noble de la dama, la severa elegancia de su consorte y de sus pliegues.

Su rostro algo moreno y nada correcto en sus rasgos, tenía sin embargo esa móvil belleza que da la expresión, y viene á ser con respecto á la fisonomía, lo que el colorido con respecto al dibujo; belleza más bien moral que física, que se escapa siempre al pincel, y constituía el principal encanto de aquella señora, dotada de cierta viveza natural que no le quitaba señorío, cierta gracia espontánea y cariñosa, que unida á un ligerísimo ceceo, acusaban su procedencia andaluza

Era la otra mucho más jóven, parecía abatida y estaba enferma, su rostro descolorido formaba un óvalo perfecto, y llamaban en él la atención los ojos por lo dulces, la boca por lo triste. Aquellos grandes, azules, de mirada vaga, un poco alta, como lo es en medio del dolor, la mirada de la esperanza: ésta pálida,

caída por los estremos, con esa curvatura que indica el sufrimiento habitual, y el primer signo que estampa la agonía en los enfermos desahuciados y en los condenados á muerte. Traía puesto un sombrero oscuro, sin velo, un largo abrigo de piel de nutria, y escondía sus enguantadas manos en un manguito de la misma piel.

Era esta señora la Marquesa de Sabadell, y la otra, en cuya casa se hallaba, era la de Villasis, su amiga íntima.

El correo de aquella mañana había traido á las dos señoras noticias importantes; la Villasis había recibido la carta de Diógenes, y otra larga y detallada del P. Sifuentes. La Marquesa de Sabadell, por su parte, encontróse al volver de Misa con una carta, que hizo vibrar en un instante cuantas fibras sensibles existían en su corazón: por un momento, creyó la infeliz mujer que iba á desmayarse.

Diez años se le habían pasado sin ver la letra de Jacobo, y áun ántes de fijar los ojos en el sobre, ese algo certero y misterioso que en circunstancias dadas agita el corazón y fija de repente el pensamiento en un punto remoto y olvidado, le avisó de quién era la carta.

Tambaleándose entró en su alcoba, bebió con mano trémula un sorbo de agua, y dejóse caer sin fuerzas en una butaca, mirando la carta que tenía en las manos, sin osar abrirla.

El pasado entero se le vino á la memoria de un golpe, como una de esas grandes olas que revientan en la playa, borrando por completo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la espuma de otras menores. Sus breves días de ventura, cuando enamorada perdidamente de su esposo y creyèndose de él correspondida, habíase creido en posesión del falso objeto de la vida, que es la dicha, y se había olvidado del objeto verdadero, que es Dios, se le pusieron delante.

Esta fué su única culpa, culpa de hijos ingratos, en que incurre la inmensa mayoría del linaje humano, que se olvida de Dios en la felicidad y sólo le recuerda en el llanto, porque cuadra más á su condiciòn egoista pedir remedios que agradecer bondades. ¡Harto lo conocía ella entónces, y harto lo estaba expiando! .....

Vinieron luego las pequeñas infidelidades y los pequeños desencantos, sufridos sin reproches, perdonados sin restricción, que no lograron derribar el oído de aquella alma enamorada, manso río sin borrascas, arpa eolia en que hasta los mugidos del huracán se trasformaban en suspiros....Después vinieron las grandes ofensas, y á poco los terribles descubrimientos de vicios enormes, que brotaban como setas monstruosas bajo el aspecto seductor de aquel esposo adorado; de inclinaciones depravadas, pasiones indómitas, costumbres disolutas é innumerables defectos, que nacían y vivían en su alma como en la carne podrida los gusanos asquerosos.

El ídolo hízose monstruoso, y la infeliz mujer quiso arrojarlo de su corazón indignada, como se arroja lo que ofende, lo que mancha,

lo que deshonra; mas el alma íbasele detrás, llena de angustia y de vergüenza, porque el ídolo seguía de pié, siempre reinando en ella, y no por monstruoso, dejaba de ser ídolo.

Llegò al fin la ruina, y tras la ruina vino luego el abandono, los largos días solitarios, esperando en vano una carta mil veces contestada antes de ser escrita, aguárdando siempre la demanda de un perdón ya de antemano concedido, acostàndose con la agonía de despertar ..de despertar al día siguiente para hallarse de nuevo sola ¡sola! en la arena del combate y del dolor, preguntándose así misma como el infortunado Delfín de Francia, á su madre María Antonieta: ¿Hoy es todavía ayer? ...¡Y el ayer era siempre hoy, y el ídolo era ídolo siempre! .....

Y en aquel momento, al revolver aquella carta después de tantos años, aquel turbio oleaje de penas abrumadoras, punzantes desdenes, ofensas terribles, negras ingratitudes, lágrimas solitarias y despreciados sacrificios, veía la infeliz levantarse en su corazón el amor á su marido, vivo siempre, fuerte, avasallador, resistiendo al olvido, al desdén, al insulto, al tiempo mismo y à la ausencia misma, viviendo sin esperanzas que le mantuvieran y le dieran savia, y por eso inmortal como el alma.

La pobre mujer tuvo miedo de sí misma, y un llanto amarguísimo brotò de su corazón á raudales. Acordóse de su hijo, cuyo ángel de la guarda era ella, encargada de defender

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus intereses y su educación contra su padre mismo, y temió que aquel amor apasionado fuera en su corazón el punto flaco que la llevara á pactar con el enemigo, la planta viciosa que arrebata á cuantas la rodean los juegos de la tierra, apropiándose ella sola la savia que vivifica y da frescura y lozanía .....

Había en el fondo de la alcoba un tríptico precioso, sobre un reclinatorio sencillísimo, y en éste se arrojó la Marquesa, llorando à mares para leer á los piés de la Virgen la carta inesperada.

Jacobo, sin preámbulos de ningún genéro, anunciaba á su mujer su próxima llegada, para tratar con ella de asuntos importantes, cuyo arreglo le había *aconsejado* el P. Sifuentes, excelente persona que había conocido en París, *llenando su corazón abatido, de esperanza y de consuelo*....

La Marquesa creyó haber leido mal aquel último párrafo de la breve carta, y tornó una y otra vez á leerlo. La hipocresía era el único vicio que jamás había observado en Jacobo, y ó aquella carta la rebosaba por todas sus letras, ó Dios había hecho en él uno de sus prodigios. ¿Confortado con esperanzas y consuelos del P. Sifuentes, aquel corazòn cuyo frío egoismo le contenía siempre fresco é insensible, como un cadáver entre témpanos de nieve? ...

Absurdo era esto; pero era posible, era su oración cotidiana hacìa doce años, su plegaria

más ardiente, su súplica más repetida, y ¡Dios era tan bueno, tan grande, tan Padre!....

Y aunque algo duro é inflexible le alzaba en el fondo de su corazón, gritando que aquello era una farsa, una nueva vileza, la Marquesa ahogaba esta voz sin darse cuenta de ello, para dejar entrar allí un rayo de sol que dipase las tinieblas de su triste abandono, para dejar que la esperanza y el deseo levantasen juntos y á su placer, un bello castillo en el aire.

Sin acordarse de desayunar siquiera, ni de tenersə màs tiempo que el preciso para lavarse en el tocador los ojos llorosos, corrió Elvira á casa de la Marquesa de Villasis, haciéndose la ilusiòn de que iba á buscar en el claro entendimiento y en el cariño acendrado de su amiga un consejo prudente, y yendo en realidad en busca de algo que con la autoridad de aquella, pudiera robustecer y dar cuerpo á su esperanza .....

La Villasis sabía muy bien á qué atenerse, porque el P. Sifuentes le daba en su carta cuenta detallada de su entrevista con Jacobo. Habíasele presentado éste disimulando bajo su arrogante petulancia, el encogimiento y la especie de miedo receloso que parecen infundir los Jesuitas à las personas mundanas que sólo les conocen por las mil patrañas que en pro y en contra de ellos, corren contadas ó escritas.

Mas al ver delante de sí aquel hombre pequeñito, insignificante en su persona hasta la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vulgaridad, lleno en el decir hasta el desaliño, que jamàs sacaba las manos de las mangas, como no fuera para tomar rapé en su tabaquera de cuerno, y ponía de manifiesto con deplorable frecuencia, un pañuelo de yerbas, insolente de puro feo, á cuadros azules y amarillos, con algunos vivitos verdes, trocóse su recelo en desprecio, y con la desdeñosa frialdad que guarda el gran orgulloso. para el pequeño que juzga empingorotado sobre una superioridad usurpada, manifestóle su *deseo* de reconciliarse con su mujer, olvidando todo lo pasado, y expresóle su *voluntad* de que fuera él mismo quien aconsejara á la esposa abandonada, acceder á sus pretensiones.

Y entónces fuè cuando Jacobo quedó convencido de que el P. Sifuentes era un infeliz, un cuitadito sin pizca alguna de mundo, como el tio Frasquito le había dicho ántes.

Las manos del Jesuita se hundieron más y más en lo profundo de sus mangas, y muy alborozado y satisfecho, opinó que nada había más conforme á la moral cristiana que la paz de la familia y el perdón de las injurias..... Pero,—y aqui apareció de nuevo la tabaquera de cuerno, para suministrar á los dedos del P. Sifuentes un polvo digno del gran Federico,—en cuanto á aconsejar él à la señora Marquesa, que accediese á las pretenciones del Sr. Marqués, había de tener en cuenta el Sr. Marqués, que la señora Marquesa nada le había consultado, y que la primera condición del consejo prudente, es el de ser pedido...

Jacobo abriò la boca para replicar; pero el pañuelo á cuadros azules y amarillos con algunos vivitos verdes salió á relucir, y el P. Sifuentes añadió que creía, tenía entendido, le parecía probable que le señora Marquesa de Sabadell estaba á punto de salir de Biarritz, y que en el caso de no encontrarla, lo más prudente y oportuno para el Sr. Marqués, sería dirigirse à la señora Marquesa de Villasis, persona muy su amiga, de grandes luces y mayores virtudes, para la cual se brinda á darle una carta suplicándole que las tomase ella en el asunto.

El tío Frasquito, que con gran falta de delicadeza hija de su deseo vehementísimo de seguir las peripecias del drama, se habìa constituido en testigo de la conferencia, metió entónces su cucharada. asegurando que aquello estaba muy bien pensado, que su sobrino el P. Sifuentes tenía razón bastante por encima del solideo, y que lo más derecho para su sobrino Jacobo, era dirigirse desde luego á su sobrina Villasis, porque lo que èsta no alcanzase de su sobrina Sabadell, nadie en el mundo, fuera ó no sobrino suyo, podría alcanzarlo.

Jacobo meditó un momento el plan que le proponían, y pensando escribir desde luego á su esposa, para detener su marcha con la noticia de su ida, aceptó à todo evento la carta para la Marquesa de Villasis, y despidióse del P. Sifuentes, llamándole D. Gregorio. En todo el trascurso de la plática, había evitado con marcada afectación designarle con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el nombre de *Padre*, llamándole siempre Sr. Sifuentes.

El Sr. Sifuentes acompañó hasta la puerta á la aristocrática pareja, con sus manos siempre metidas en las mangas, y al verla desaparecer en el coche, permitióse murmurar del sobrino de su tio y de su tio mismo, diciendo para su sotana:

—¡Exacta alegoría del mundo!.....La necedad amparando al vicio.

Y sin perder un momento púsose á escribir á la Marquesa de Villasis, dándole un juicio sobre los planes de Jacobo, que coincidía por completo con el dado ya por Diógenes, suplicándole que evitase á toda costa que Elvira y su marido se viesen, á fin de que éste no pudiera engañarla, y encargándole tambien con grandes instancias que ahuyentara para siempre con algún recurso de su femenil ingenio, á aquel desdichado que pretendía explotar á su infeliz mujer, con grave riesgo de su inocente hijo.

Guardóse muy bien la Villasis de comunicar á Elvira estas noticias, y como el experto médico que debilita en varias dósis un brevaje demasiado fuerte, trocándolo de veneno en medicina, dispúsose á desengañar á la infeliz, poco á poco y por partes. Leyó, pues, atentamente la carta que agitada y temblorosa le presentaba Elvira, y devolviósela sin decir palabra. Ella le interrogaba con los tristes ojos preñados de lágrimas; la Villasis dijo entónces moviendo lentamente la cabeza.

—Eres turco y no te creo....

Elvira bajó anonadada la suya, porque le pareció que aquellas palabras derrumbaban de un golpe, el castillo que allá en el fondo de su corazón, levantaran ántes la esperanza y el deseo. Dos grandes lágrimas se desprendieron de sus ojos, mientras murmuraba tímidamente:

—¡He rezado tanto!...¡He llorado tanto!....

¡Es verdad!—¡Pero ha mentido tanto!...¡Ha rodado tantos!....

—Dios puede hacer un milagro....

—Y el hombre puede hacerlo inutil.

—Yo espero que no....

—Yo temo que sí.

—¿Pero á tí quién te lo dice?....

—Y á ti quién te lo asegura?

El llanto de Elvira se trocó entónces en sollozos, y como si aquella pena fuese nueva para ella, sintió en toda su plenitud la primera necesidad de todos los débiles en la desgracia; buscar unos brazos amigos en que arrojarse, un pecho leal en que esconder el rostro lleno de lágrimas....

La Villasis la recibió en los suyos, estrechándola contra su corazón, besándola en la frente, hablandola al oído, con la voz suave y cariñosa con que se habla á un niño enfermo ó desolado. Ella, sollozando sin cesar, repetia:

—¿Y qué hago?...¿Qué hago?....

—Irte.

—¿Pero á dónde? ..

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—A Lourdes...—A esperar junto á la Vírgen Santísima que pase la tormenta.

—Irá allí à buscarme....

—No irá...—Yo me encargo de detenerlo.

—¿Pero si fuera verdad, María?—tornó à decir Elvira aferrándose en su idea. ¿Y si su arrepentimiento es cierto, y se encuentra el pobre con que le cierro la puerta?...

—Entónces sabré yo conocerlo y te llevaré á Lourdes yo misma...Iremos los tres á buscarte; él, yo y tu hijo.

—¡Ay Alfonsito!...¡Pobre hijo de mi corazón!...¿Y què hago con él? ¿Me lo llevo? ...

—No: dèjalo en el colegio.

—¡Oh, no, no, eso no!—exclamó Elvira fuera de sí. ¿Y si su padre va á verlo y se lo lleva y me lo quita?...¡Hijo de mi alma!...¡verme yo sin él!...¡Me muero entónces...me muero!.....

Y ante esta idea que le aterraba, la infeliz mujer, abrumada por el dolor y debilitada por la inanición, sufriò un ligero desvanecimiento. Hizola la Marquesa tomar una taza de caldo y una copa de vino generoso, y poco á poco logró al fin tranquilizarla.

Entónces concertaron su plan: Elvira había de partir aquella misma noche à Lourdes, acompañada de Mlle. Carmagnac, señora muy respetable, que había sido aya de la única hija de la Marquesa de Villasis. Esta dictó á Elvira una carta que habían de entregar á Jacobo, cuando se presentara en casa de su esposa: decíale en ella que asuntos muy urgentes le impedían esperarle en Biarritz, y que la Marquesa de Villasis quedaba con ámplios poderes para tratar con él toda clase de asuntos, conformándose Elvira desde luego con lo que ambos concertaran.

A todo asentía la Marquesa de Sabadell, con esa especie de inercia moral que enerva la voluntad, cuando en cualquier negocio de la vida se apaga la fe y muere la esperanza. Mas en las naturalezas heróicas, crecen las fuerzas en la misma proporción que crece el dolor del sacrificio, y sin derramar una lágrima ni mostrarse ya acongojada ni afligida, ocupóse tan sólo de sus preparativos de marcha.

Las dos señoras almorzaron juntas en casa de la Sabadell, entregó ésta á su amiga algunos papeles importantes que la Villasis quería tener á mano, por si en su conferencia con Jacobo le fueran necesarios, y marcharon después ambas á Guichon, pequeña aldehuela situada entre Bayona y Biarritz, donde los jesuitas expulsados de España por la Revolución, habían abierto el colegio en que Alfonsito Tellez se educaba.

Despidióse Elvira de su hijo sin decir cuándo ni á dónde iba, y el Rector del colegio que conocía á fondo todas las pesadumbres de la dama, quedó encargado de no permitir que el niño no recibiese otra visita que la de la Marquesa de Villasis, durante la corta ausencia de su madre. Dos horas después despedíase

aquella de Elvira en la estación de la *Negresse*, y volvia triste y preocupada á la *Villa María*, dando al punto orden de no recibir á nadie.

Encerróse temprano en su gabinete y pasó gran parte de la noche repasando y estudiando los papeles de Elvira, y escribiendo una especie de documento, en forma de artículos numerados. Levantóse muy demañana al otro día, fuése á la capilla de Santa Eugenia, oyó dos Misas y comulgó devotamente, la prudencia de la mujer habia tirado la noche ántes sus cálculos, y la fe de cristiana iba á buscar entónces en el Sacramento la gracia divina que necesitaba para vencer en la lucha.

La mañana estaba magnífica y prometia uno de esos espléndidos dias de invierno en que los miembros se desentumecen, el alma se alegra y el barómetro sube, como si quisiera descubrir á lo léjos la llamada de la primavera. A las tres de la tarde, hallábase abierto de par en par el mirador de cristales del gabinete que ya conocemos, y el sol entraba á raudales, llenándolo todo de luz, de colores y de reflejos La Marquesa amaba el sol y el aire con la pasión con que los aman los pobres, y odiaba ese misterioso y coquetuelo *petit jour*, en que se refugian las beldades trasnochadas para ocultar los estragos del tiempo. Unianse en el jardin las carcajadas de Monina que saltaba la cuerda, con los mugidos del mar que azotaba la costa, como si en aquella naturaleza tan bella, tan en calma, tan espléndida, se armonizara lo inocente con la terrible, el mar y el niño, la extrema debilidad y la extrema fiereza.

La Villasis, apoyada en la ventana, seguia con la vista los juegos y carreras de aquel bello ángel, que ocupaba y llenaba por completo su corazón, con ser este tan grande. Era aquella niña su nieta, hija de su única hija, muerta al darla á luz cinco años ántes, y huérfana tambien de padre.

De repente, la Marquesa cerró la ventana, y sentóse junto á ella, al lado del pequeño *secrétaire* en que solía despachar su correspondencia ordinaria. Habia escuchado á lo léjos el ruido de un coche, que se deslizaba sobre las enarenadas calles del parque, y á poco un ruido anunciaba en el gabinete al Marqués de Sabadell.

La Marquasa se santiguó vivamente, no bien despareció el lacayo, fijó un momento sus grandes y vivos ojos negros en un cuadro bellísimo de la Vírgen, que habia en el testero, y volvióse hácia la puerta, tan risueña, tan señora y tan serena como cuando recibia en Madrid á sus amigos íntimos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII.

Para que el lector pueda comprender toda la importancia que tenía para Jacobo aquella entrevista, preciso es ponerle en aquellos antecedentes que el tiempo y la casualidad han suministrado hasta hoy, haciendo alguna luz en las tinieblas que rodean á crímines todavía impunes, y á intrigas no del todo desenredadas.

Nadie ignora que la masonería quedó triunfante en España al estallar la Revolución de 1868; pareció, sin embargo, con harta razón á algunos caciques de la secta, que no estaba aún maduro el pueblo de España para plantear la República, y resolvieron entronizar mientras tanto á un monarca constitucional, que fuera entre sus manos un mero instrumento. Fué entónces elegido á este propósito el

Duque de Aosta, y encargáronse de ofrecerle la corona como delegados de la secta, el general Prim y D. Manuel Ruiz Zorrilla, nombrado más tarde Gran Oriente honorario del Supremo Consejo de España.

Estallaron con estas causas graves disidencias en el seno mismo de las logias, que vinieron á dar por resultado el asesinato del general Prim, mientras la comisión encargada de ofrecer oficialmente la corona de España al Duque de Aosta, volvía de Florencia.

Formaba parte de aquella comisión cierto personaje, hombre práctico y prudente, cuya memoria nos guardaremos bien de deshonrar, suponiéndole sin dato alguno fidedigno que lo pruebe, afiliado á las sectas: es, sin embargo, cierto, que dicho personaje tomaba caluroso partido por la política de una de aquellas fracciones, y llevaba consigo en aquel viaje, con designió misterioso, papeles de gran importancia que comprometían á muchos de los secuaces de la política contraria.

La muerte sorprendió al personaje en Génova el 11 de Diciembre, é ignórase al presente por qué mano fueron á parar entónces aquellos papeles á cierta logia de Milán, que los remitió más tarde á Víctor Manuel como armas preciosas que podían muy bien afianzar en España el trono siempre vacilante de su hijo, atando de piés y manos á ciertos políticos venales, modelo en todas las épocas de deslealtad y de impudencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Acertò entónces á llegar á Milán, fugitivo de Constantinopla, el Marqués de Sabadell, perdido y arruinado, y presentóse en aquella logia, donde años antes le había iniciado Garibaldi. Acogiéronle los venerables como á enviado del Gran Arquitecto, y presentáronle al punto à Victor Manuel como el hombre á propósito para llevar á España documentos é instrucciones, é imprimir á la politica de D. Amadeo el rumbo deseado en Italia.

El refuerzo llegó, sin embargo, tarde, y ya hemos visto cómo la caida del Duque de Aosta destruyó en París las cuentas galanas que no sin probable fundamento tiraba Jacobo. Vióse entónces de nuevo solo y arruinado, y la necesidad, mala consejera siempre y móvil las màs de las veces de empresas descabelladas, sugirióle la idea de utilizar en provecho propio el precioso depósito, y aquì comenzaron las complicaciones y los peligros, los planes trazados y abortados.

Era su idea madre poner sus preciosas armas al servicio de alfonsinos ó carlistas, segun tuvieran éstos ó aquellos màs ó mènos probabilidades de triunfo, y para destruir por de pronto el mal efecto que en los primeros había causado su repentina presencia en París, apresuróse à propalar por medio del tío Frasquito la novelesca historia de la Cadina, que tan *gloriosamente* justificaba su fuga de Constantinopla.

Mas érale preciso al mismo tiempo y ántes qae nada, hacer perder la pista á los masones

chasquiados, y á este propósito ideó Jacobo reconciliarse con su mujer y oscurecerse à su lado por un año, durante el cual viviría tranquilamente de las rentas de ésta, garantizaría con ellas en lo posible el pago de sus deudas, y tantearía el terreno despacio y sin ruido, hasta encontrar el mejor postor á los servicios que pensaba sacar á pública subasta.

Su reconciliación con Elvira era, por lo tanto, la clave del arco que había fabricado, y tràtábase de colocarla en aquella entrevista. Entró, pues, en el gabinete, armado de toda su osadía, sereno, risueño, y con aire de amigo que prepara à otro con su presencia, una sorpresa inesperada y agradable. Al verle entrar la Marquesa, tendióle la mano con grande afecto, diciendo cariñosamente:

—¡Adios, Jacobo¡...—¿Cómo te va?...Pero ¡Dios mio, si por tí no pasa el tiempo!...Te encuentro lo mismo, lo mismo que cuando nos vimos hace cinco años en Bruselas. ¿Te acuerdas? ...Jacobo apretó cordialmente entre las suyas, la mano que la dama le tendia, y le contestó con no menos cariño y agasajo:

—¡Ya lo creo que me acuerdo..—Los encuentros contigo no se olvidan fácilmente.... Pero tú si te has plantado en los veinticinco años: siempre tan .....

—¡Jacobo, por Dios!...—Que abofeteas á la verdad por decir una galantería....¿No me ves la cabeza?....¡Blanca! ...

—¡Cà!...—Eso es refinamiento de coquete-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ría; que te empolvas el pelo, como las marquesas de la corte de Luis XV...

—Ya voy teniendo algun punto de contacto con ellas—exclamó riendo la Marquesa. A lo ménos en lo añejo de la fecha.

Jacobo habíase sentado mientras tanto en una silla, al otro lado del pequeño *secrétaire*, que vino á quedar entre ambos: encontróse algún tanto embarazado después de este primer saludo, y esperando que la Marquesa entrase la primera en el terreno en que uno y otro deseaban encontrarse pòsose á hablar de la afluencia de hombres políticos de todos colores que llegaban en aquellos días á Biarritz: parecia aquello, la costa á que la República de España fuese arrojando los restos del naufragio de la monarquía saboyana.

La Marquesa diò entónces en primer paso, diciendo con intención marcadísima:

—Sí...—Parece que Biarritz es el teatro escogido para las negociaciones diplomáticas.

H zose Jacobo el sueco, y contestó con tono doctoral de hombre político:

—Dudosas se présentan...—No creo que cuaje ninguna....

—?Ninguna:—preguntò riendo la Marquesa. ¿Ni tamp co las mias? .....

—¡Ah! ¡ya eso es otra cosa!—replicó jovialmente Jacobo. A la diplomacia de las faldas, no hay quien resista. Recuerdo haberle oido á Castelar, que el mundo es de las faldas y de faldas: es decir, de las enaguas y de las sotanas.

—Pues téngaselo V. por dicho, señor de Bismarck.....Porque supongo sabrás que estoy nombrada plenipotenciaria ...

—Sí,—replicò Jacobo; ya me han entregado las credenciales.

Y al decir esto, puso sobre la mesita del *secrétaire* la carta que, dictada por la Villasis misma, le habia escrito Elvira la vìspera. Leyóla atentamente la Marquesa como si le fuera desconocida, y devolviósela á Jacobo, diciendo:

—Me parece que están en regla...—Puede el Sr. Bismarck cuando guste, exponerme la marcha de su politica.

—Yo creo más correcto que el señor.....

Jacobo se detuvo sonriendo, como si ignorase el nombre de su antagonista diplomático, y la Marquesa le apuntò muy formalmente.

—Antonelli...Así no saldremos de faldas.

—...que Monseñor Antonelli exponga ántes la suya.....El Nuncio ha sido siempre el decano del cuerpo diplomatico.

—Y por lo mismo debe de hablar el último; con que cayó V. en un renuncio, señor de Bismarck....Pero no hay que apurarse por ello, que yo expondré con una sinceridad impropia del oficio....Mi politica es esta: "Padre nuestro que estás en los cielos... hágase tu voluntad...Perdónanos nuestras deudas, *como nosotros perdonamos á nuestros deudores*.... No nos dejes caer en *la tentación*.....Líbranos de *mal*."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Marquesa supo dar tal inflexion á algunas de estas palabras, que su política fué perfectamente comprendida por Jacobo. Aquello de que los deudores quedaban pordonados, sentóle muy bien, y le llenó de esperanza.

—¡Política italiana!—dijo moviendo la cabeza. Es la mas hábil.

—Italiana no, romana,—replicó vivamente la Marquesa. ¡Es la mas santa!.....

Jacobo creyo llegado el momento de dejar ese tono humoristico, tan peculiar á los españoles hasta en los más graves asuntos, y se dispusó á entrar en materia: colocó los guantes que se habia quitado, sobre la mesa del *secrétaire*, y apoyando en ella ambos codos y dando vueltas al magnífico brillante que en uno de sus mañiques tenia, comenzó á decir mirando sus reflejos:

—Mira, María.....Me alegro de tratar contigo este asunto mejor que con Elvira, porque eres una mujer de mundo, y sabrás comprender mi situacion y ponerte en mi caso....Elvira es un ángel....con alas de cisne; tu eres tambièn un angel, pero con alas de aguila.....

La imágen resultaba bonita, y la Marquesa agradecio el cumplido con una ligera sonrisa.

—Mi situacion actual,—prosiguió Jacobo, puede concretarse en esta formula: "He corrido mucho, y me he cansado pronto." Recuerdo haber leido en Confucio.....

La Marquesa no pudo contener la risa al oir el santo Padre que con tan pedantesca formalidad alegaba Jacobo, y corrió éste algún tanto, preguntó contrariado:

—¿Te ries?....

No, hombre, no...—Me rio del autor, no de la cita.....Veamos la sentencia.

—Y bien profunda que es,—replicó Jacobo. "Subí á la montaña de Tam-Sam, y el reino de Sú me pareció pequeño: seguí subiendo al monte de Tai-Sam, más elevado aún, y el imperio me pareció pequeño." Así me ha sucedido á mí: mientras más alto me han elevado los eventos de mi vida, más despreciables me han parecido mis triunfos.

—Pues verdaderamente que el Sr. Confucio no anduvo desacertado en la parabolita, —dijo la Marquesa. Pero al aplicarte tú el cuento, te las calzas al revés, amigo mio...No debes de decir *subí*, sino *bajé*; porque esos *triunfos* de tu vida no te han ensalzado, sino rebajado mucho..Por esto debiste decir: "Bajé al charco de Tam-Sam, y la idea de la virtud la perdí de vista; me hundí en la cisterna de Tai-Sam, mucho más profunda, mucho más cenagosa, y las ideas del honor y del deber, se borraron del todo...

Esta brusca é inesperada arremetida desconcertó por completo á Jacobo, y mordiéndose los labios, dijo amargamente:

—¡Polìtica romana, con todas sus intransigencias!

—¡Política *bismarckiana* la tuya, con todas sus criminales,—¡nótalo bien!—sus criminales condescendencias!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jacobo bajó en silencio la cabeza, pálido de ira, y se puso á estirar sus guantes sobre la mesa; comprendió que ese tergiversado criterio moral, que disfraza con pomposos nombres, ruines defectos y vicios enormes, se lo rechazaban allí por falso: que la *política romana* llamaba al pan pan y al vino vino, al vicio vicio, á la infamia infamia, y á las *pequeñeces* monstruosidades, y convencióse por ende de que había errado el camino, tratando de justificar el pasado. Resolvióse, pues, á cantar la palinodia por completo, y á echar mano al mismo tiempo de lo que juzgaba él su artillería de reserva.

La Marquesa, por su parte, habíale acometido tan brusca y cruelmente para ensanchar el campo en que quería examinarle y no descubrir con una confianza harto prematura y harto crédula, el lazo que le tendía ella al farzante con su estrategia.

—Tienes razón, María,—dijo al cabo gravemente. Pero no podrás ménos de concederme, que algo indica y algo merece el amor propio que se doblega hasta hacer esta confesión, y que no es caritativo ni cristiano retirar á quien quiere salir del charco, la mano que puede ayudarle...El P. Sifuentes añadió con triste sonrisa, con ser más *romano* que tú, me ha concedido ambas cosas.

—¿Qué te ha dicho el P. Sifuentes?.....

—Me dió para ti esta carta- contestó Jacobo entregándole una.

Leyóla también la Marquesa como si le fuera desconocida, y apretando darle un alcance que por ningún concepto tenía, dijo vivamente con aire de satisfacción grandísima.

—Esto es ya otra cosa...—El voto del P. Sifuentes, es para mí decisivo, y me tienes por completo de tu parte. Exponme ahora tus deseos, claros y concretos.

¡Castelar tiene razòn!... ¡Indudable era que las sotanas partían con las faldas el imperio del mundo!....Y mientras esto pensaba Jacobo con cierto rabioso despecho, que le hacía aún más antipático al P. Sifuentes, púsose á trazar un plan encantador, un verdadero idilio aristocrático, mitad campestre, mitad feudal, que fue exponiendo poco á poco y por partes.

El no tenía deseos, ni podía concebir otros que los que Elvira tuviese: él era el vencido, el perdonado, y no podía tener otras aspiraciones, que obedecer en todo y por todo, y resucitar aquel tiempo lejano en que tan felices habian sido ambos, amándose tanto, tanto.....Y aquí pareció Jacobo muy conmovido, y dió muestras de su erudición, trayendo á la memoria aquello del Dante:

Nessum maggior dolore
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria.

y parafraseándolo con aquello otro del Marques de Santillana:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La mayor cuyta que haber,
Puede ningún amador,
Es membrarse del placer
En el tiempo del dolor

La Marquesa parecía encantada y también conmovida, y le instó á que dejando à un lado honrosas delicadezas, le manifestara el plan de vida que serìa su gusto entablar, supuesta, *como ya podía suponerse*, su reconciliacion con Elvira.

Creyóse ya Jacobo con esto dueño del campo, y su vanidad inmensa le hizo sentir la satisfacción de haber sabido engañar, ántes que el goce de haber logrado su objeto. Las mil frases bonitas que habia leido y conservado en la memoria para matizar con ellas su pintoresca elocuencia, acudieron en tropel à sus labios saliendo á borbotones. ¿Que plan de vida podia tener èl, como no fuera pasar la suya entera adorando á Elvira, con una pasión humilde, discreta, satisfecha con arder à lo léjos, como en la última grada del altar el cirio de un pobre?

Allá en tierra de Granada tenía él un castillo antiguo, la torre de Tellez Ponce, con terrenos de labor y montes espesísimos, donde desengañado de la Revolución habia soñado muchas veces combatirla, realizando el ideal del Grande de España antiguo, apoyandose en el arado y en la espada, siendo á la vez señor y protector de la comarca, padre de sus colonos, y al mismo tiempo su caudillo.....¿Querría Elvira ayudarle en aquella obra, encerrándose con él en aquel retiro.?

¡Ah! si la Grandeza entera de España, comprendiendo al fin sus intereses hiciera lo mismo, y dejando á los ricos improvisados y á los políticos de pacotilla, el lujo con sus vicios, el poder con sus truhanerìas, fuese ella caritativa en los campos, mientras eran ellos usureros en la corte, diese ella su mano al pobre campesino, mientras ellos le rechazan con altanería, el pueblo, el verdero pueblo comprendería al fin cuíles eran sus amigos sinceros, y el lado de la política podría fermentar en la corte, producir revoluciones, lanzar sobre el país decretos inmundos...Mas toda aquella insolencia espiraría sin fuerza sobre la yerba de los campos, y la ola de cieno no mancharía jamás el dintel de sus iglesias y castillos, defendidos por un baluarte de caseríos!.....

La Marquesa miraba y escuchaba à Jacobo con entusiasmo, con admiración.....con admiración tan grande y profunda, como que algo parecido á aquella hermosa perorata lo había leído ella en Veuillot hacía varios años; como que allí mismo, en el *secrétaire* que tenia delante hallábase guardada entre los papeles de Elvira, la escritura de venta de la torre de Tellez-Ponce, sacada á pública subasta por los acreedores de Jacobo, y conprada bajo cuerda por Elvira misma, para salvar de los usureros aquel último recuerdo histórico de la familia á que pertenecía su hijo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La bondadosa sonrisa de la Marquesa no desapareció, sin embargo, ante farsa tan innoble, y entusiasmada y conmovida, apresuróse á asegurar à Jacobo que no podìa imaginarse un plan màs al gusto de Elvira, y que ella lo aceptaba desde luego, y lo refrendaba en su nombre.

—¿No es verdad que mi idea es profunda? —exclamó Jacobo cegado por la vanidad de orador, que era la màs grande y la más mimada de todas sus vanidades.

¡Ah! ¡muchas y tristes experiencias le habìa costado concebirla y desarrollarla!....Y lo que en aquel momento le hacìa encontrarla más oportuna, más cara á su entendimiento y más grata á su corazòn, era que ella misma venìa á orillar el único reparo que al intentar su reconciliaciòn con Elvira se la habìa puesto delante: reparo de delicadeza, del hombre de pundonor que quiere ponerse á cubierto de las hablillas del vulgo.....

Habìase enterado en París por el tío Frasquito, de que Elvira habìa ganado un pleito de interés, que era à la sazón muy rica, y esto estuvo á punto de retraerle, porque el mundo era muy malévolo y mil lenguas murmuradoras se apresurarían á decir, que no eran el desengaño y el arrepentimiento, sino el dinero de su mujer y la ruina propia, los que le impulsaban à dar aquel paso....Mas retirándose á Tellez-Ponce, podìa vivir con las rentas de aquella finca, suya, de él propia, y conservar el caudal de Elvira intacto, para patrimonio de su hijo.

Aquella era la primera vez que en todo el transcurso de la conversaciòn nombraba Jacobo al niño, y hacìalo para asegurar una fraudulenta impostura. La Marquesa sintió que el corazón se le oprimía oyéndole hablar de aquel arrepentimiento en que no entraba la idea de Dios; de aquel amor á su mujer en que no entraba la ternura hácia su hijo, y dulcificando con un esfuerzo de su poderosa voluntad más y más su sonrisa, y dando á su acento más marcado tinte de confianza y de cariño, dijo moviendo desdeñosamente la cabeza:

—¡Bah!..—No pienses en eso....

—Sí,—María, sí; hay que pensar en ello, porque lo que se cuenta de los hombres, sea ó no cierto, ocupa de ordinario tanto lugar en sus vidas, como lo que realmente han hecho. ¡Bien lo sé yo por experiencia propia!

—¡Obrar bien, que Dios es Dios!—dijo sentenciosamente la Marquesa. ¡Ese es mi lema!

—Y el mío también....desde hace algún tiempo. Pero no hay que perder de vista, que si la virtud depende de nuestras propias acciones, la honra depende de la opinión agena.

—Pues ya tienes en favor tuyo la de las gentes honradas....

—¿Qué más quieres?....

—Nada, nada más quiero—replicó Jacobo. Por eso, en cuanto el P. Sifuentes me lo aconsejó, cesaron al punto mis dudas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y además de eso,—añadió la Marquesa con ingenuidad sencillísima, tu pensamiento ha coincidido con el mío....¡Claro está! un hombre decente no podía pensar otra cosa; y por eso, había yo previsto para acallar tus escrúpulos, un remedio facilísimo....

—¡Cuál?—preguntó Jacobo algún tanto suspenso.

La Marquesa levantó la tapa del *secrétaire*, y sacando el documento escrito por ella misma la noche antes, púsoselo á Jacobo ante los ojos, diciendo con su sonrisa habitual, tan franca y tan simpática:

—Con firmar este papel, estamos ya del otro lado.

Jacobo comenzó á leer el documento con algún sobresalto, y á medida que recorría sus renglones, contraíanse sus labios y tornábanse color de grana sus orejas. La Marquesa fijaba en él una mirada de compasión profunda: él, al terminar su lectura, arrojó el papel sobre la mesa. murmurando.

—¡Pero María!...—¡Imposible!...—¡Imposible!....¡Yo no firmo eso!.....

El documento era una renuncia completa y explícita, á toda intervención y á todo derecho que pudiera concederle la ley á la administración de los bienes de su mujer, y al usufructo del caudal de su hijo, tan perfectamente detallada, meditada con tal prudencia, que la codicia y la rapacidad de Jacobo. quedaban atadas de piés y manos con sólo poner allí la firma.

Antonelli había vencido á Bismarck: el ángel con las alas de àguila, había cogido bajo el pié, al demonio con alas de murciélago.

Jacobo, herido en su vanidad, derrotado en sus planes, revolvíase furioso al verse cogido en sus propias redes, mientras la Marquesa, muy sorprendida y admirada preguntábale sin perder un punto de su aparente ingenuidad y su señoril aplomo:

—¿Pero por qué no quieres firmar?...¿Qué encuentras en ello de malo?....

—Porque...porque...porque firmar eso, es renunciar á mi dignidad de marido.

¿A tu dignidad de marido?....¿Pues no decías hace un momento que tan sólo el reparo que este papel allana. te había hecho vacilar al intentar lo que intentas?....

—Es que ese papel rebaja mi dignidad.....

—Ese papel realza y asegura tu dignidad en la opinión pública.

—Cuando se trata del honor, hay que prescindir de la opinión.

—¿Prescindir de la opinión?...¿Pues no decías ahora mismo, que lo que se dice de los hombres, sea ó no sea cierto, ocupa de ordinario tanto lugar en su vida como lo que realmente han hecho?....

—Hay casos en que el testimonio de la propia conciencia, es para el hombre de honor suficiente.

—¡Pero hombre...de honor!...¡Si me decías hace un momento, que aunque la virtud de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pende de nuestras propias acciones, la honra depende de la opinión ajena!.....

Jacobo forcejeaba como el lobo cogido en la trampa, para buscar una salida, y no hallándola, exclamó al fin rompiendo el freno de las formas, último que suele romper el más inepto de los diplomáticos.

—¡Política romana, con todas sus hipócritas bajezas y sus intrigas de sacristía!....

—¡Cuidado con lo que dices, Jacobo!—exclamó enérgicamente la Marquesa. ¡Mira que me autorizas à pensar, que tu política *bismarckiana* ocultaba alguna vileza!

—¡La tuya sí que oculta una intriga en que asoma la mano el P. Sifuentes!....

—¿La mano del P. Sifuentes?...—¡Pobre P. Sifuente!....La descubrirás tú sin duda, desde aquella montaña de Tai-Sam á que subiste hace poco....Yo, como vivo en terreno llano, no la descubro.

Jacobo, golpeando con ambos guantes la tapa de la mesa, guardaba silencio. La Marquesa le preguntò al cabo, sin perder su serena calma:

—¿Con que decididamente no firmas?...

—No firmó,—replicó Jacobo con ira.

—Pues conteste, que si la reconciliación no se afectùa, tú tienes la culpa: que tu mujer ha cedido cuanto es posible ceder, y tú...tú...tú mismo, por una obcecación bien sospechosa, destruyes todo lo hecho....

—Destruyo lo que tù ò ese bendito Sifuentes habéis urdido; pero yo me entenderé con Elvira.....

—Es que Elvira no vendrá á Biarritz.

—Pues iré yo á buscarla.

¿A qué no vas?.....

—¡Pero, señor!—exclamó Jacobo exasperado. ¿Son estas las gentes timoratas?.....¿De dónde saca mi mujer esos aires de indepencia? .....Nosotros no estamos separados legalmente, y la ley me autoriza para reclamar cuando quiera á mi mujer y à mi hijo.

La Marquesa se irguió entónces en su butaca, arrogante y amenazadora, desplegando por vez primera sus poderosas alas de águila. Con el puño cerrado dió un fuerte golpe sobre la mesa, diciendo al mismo tiempo:

—¡Intèntalo!...¡Atrévete!...¡Inténtalo, y en el momento en que dés el primer paso, presenta ella ante esos tribunales una demanda de divorcio que te hunde por completo!.....

El aspecto, la voz, el enérgico desprecio de aquel reto, sobrecogieron á Jacobo por un momento: recobrando, sin embargo, bien pronto su audacia, replicó lleno de rabia:

—¡Que la presente si quiere!...—¿Dónde tiene las pruebas?.....

—¡En su poder las tiene...suficientes para alcanzar un divorcio: bastantes para hacer poner el capuchón.....á cualquiera que lo merezca!

—¡María!

—¡Jacobo!...—¿Te habìas pensado tù que por el solo hecho de ser buena, había de ser

tu mujer siempre mártir?.....La paciencia tiene un límite que marca á veces el decoro y ¡ay! de las zorras, el día en que las gallinas se cansen de ser gallinas!.....

La terrible indicación de la Marquesa amedrentó á Jacobo en medio de su aturdimiento y de su rabia, y quiso sondear si la existencia de aquellas pruebas era una mera amenaza.

—¡No se me asusta á mì con leones de paja! —exclamó irónicamente. Mi conciencia me dice que esas pruebas no existen y no creo en ellas.....

—Pues á ver si tus ojos convencen á tu conciencia,—replicó vivamente la Marquesa.

Y abriendo de un tirón el cojincillo del *secrètaire*, mostró á Jacobo, desde léjos, un paquete de cuatro ó cinco cartas, diciendo:

—¡A fé que la letra de Rosa Peñarrón y la tuya propia, son lo bastante claras para que no necesiten en los tribunales de peritos que las reconozcan!

La sangre entera de Jacobo refluyò á su rostro, y por uno de esos brutales impulsos, con que en el hombre de la naturaleza y no de la civilización, se manifiesta el instinto, hizo ademén de arrancárselas à la dama. Mas ésta, veloz como el rayo, abriò de un solo golpe la ventana de cristales, y echando fuera el busto entero, y la mano en que tenía las cartas, gritó con gran fuerza:

—¡Monina!...—¡Que te vas à caer!...No saltes más.....Madamoiselle, quite V. á la niña le cuerda.....

Y volviéndose después á Jacobo; un poco pálida, pero perfectamente serena, añadió sin abandonar la ventana,

—¡Creí que se mataba!...—¡Con estos diablos de niños no se gana para sustos!

Jacobo hab ase quedado aplanado en su asiento, y tartamudeó entónces;

—¿Tienes aquí à Monina?.....

—¿Pues no la había de tener?...—¿Quién me separa á mì de mi niña?....¿Tú no la conoces?....¿Quieres verla?.....

Y sin esperar respuesta, volvió á gritar desde la ventana:

—¡Mademoiselle!...—Traiga V. aquí á la niña.....

A poco entraba Monina seguida del aya, y corría á echarse en el regazo de su abuela, mirando á Jacobo con esa media sonrisa de los niños mimados, acariciados por todo el mundo, que parece decir al extraño: ¿Pero no me dice V. que soy muy bonita?....

Jacobo, aturdido por completo no le decía nada, intentando en vano adivinar por dónde habían llegado à manos de Elvira aquellas cartas, pruebas irrefragables de uno de los episodios más vergonzosos y comprometedores de su vida.

La Marquesa abrazaba á su nieta como hubiera abrazado al Angel de su guarda, dando gracias à Dios desde lo íntimo de su pecho, por haber dado à Jacobo el golpe de gracia con una espada de hoja de lata. Porque aquellos terribles papeles con que su presencia de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

espíritu y su enérgica audacia, habían anonadado al farsante. eran simplemente tres ó cuatro cartas de sus administradores, que en el cajoncillo del *secrétaire* estaban guardadas. El hecho vergonzoso era cierto; mas las pruebas no existían, y muerta la Peñarrón, único cómplice, dos años antes, imposible era que Jacobo descubriese ya el engaño.

El astuto Antonelli había atado para siempre á Bismarck, con un hilo de araña.

Jacobo, sin hacer una sola caricia á la niña, despidióse friamente, y Monina le miró marchar, chupándose, con altivez de dama ofendida, tres dedos al mismo tiempo.

Aturdido todavía y lleno de saña, entróse precipitadamente Jacobo en el carruaje y dió orden al cochero de volver á Bayona, al Hotel de Saint Etienne, donde se habia apeado la víspera. Biarritz era demasiado pequeño para permanecer oculto, y evitar embarazosos encuentros con los emigrados alfonsinos y carlistas, que desde mucho tiempo antes poblaban todos los contornos, y los hombres políticos y medrosos de todo jaez, con que la caida de D. Amadeo y la proclamación de la República, engrosaban en aquellos mismos dias el número de españoles dispersos.

El desengaño habia sido cruel, y tornábase de nuevo angustiosa la situación de Jacobo, al ver hundirse todas sus ilusiones, dejando tan sólo en su ánimo zozobras y rencores terribles, que encendían en su corazón contra la Marquesa de Villasis y el P. Cifuentes, la rabia

implacable que siente el perverso, contra todo aquel en quien se ve forzado á reconocer el derecho de despreciarle.

De las heridas que el derrotado plenipotenciario de Constantinopla llevaba en el alma, ninguna escocía tanto á su vanidad, ninguna irritaba tanto su soberbia, como el que fueran sus vencedores una beata y un friale.

En el paroxismo de su furor, imaginábase estrangular algún día á la taimada Villasis, con el pañuelo á cuadros azules y amarillos del hipócrita Cifuentes.

FIN DEL LIBRO II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PEQUEÑECES....

NOVELA ESCRITA

—POR—

EL P. LUIS COLOMA

—DE LA—

COMPAÑIA DE JESUS.

—TOMO SEGUNDO—

EDICIÒN DE "LA DEFENSA."

Imprenta Católica, calle Dr. Mier número 70.

MONTERREY,

1893

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Libro Tercero.

I.

Memorable fuè aquella noche....Pedro Lòpez aseguró al día siguiente bajo sus firma, en las columnas de *La flor de Lis*, que el espíritu de Mayerbeer había abandonado la mansión de las armonìas, para inspirar en el Real el estreno de *Dinorah*. Algo impalpable y armónico que se reflejaba en las voces de los cantantes y en los ecos de la orquesta, lo habìa visto él, Pedro López, descender del carro de Febo que decora el techo, y difundirse por la atmósfera embriagadora de la espléndida sala...

También Villamelón había visto algo: sentado de espaldas al escenario en el fondo del palco, apoyada la pensadora cabeza en el débil tabiquillo y fijos los ojos en el techo, recibía de lleno el formidable soplo de aquel feísimo Eolo que por detrás del carro de Febo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parece lanzar pulmonías y catarros sobre las calvas, vistas en proyección, de los melómanos faltos de pelo.

Currita, sentada en primer término frente á Leopoldina Pastor, hallábase arrobada por aquel sublime terceto de la campanilla, final del primer acto, cuando retumba el trueno á lo léjos entre los sordos bramidos de los contrabajos y el suave murmullo de los violines, dulce, delicado, bellísimo, que parece revelar el hálito tibio de la tormenta que se acerca, el ténue susurro de las hojas de los árboles que sacuden ya las primeras ráfagas el vago perfume de la tierra que anuncia la cercana lluvia.

¡Che oscuro é il ciel!.....

Y Currita, tan conmovida como Dinorah misma, que intenta en vano detener á Bellak, la blanca cabra querida, miraba de reojo al palco del Veloz-Club donde charlando y riendo entre sí, asomaban Gorito Sardona. Paco Velez, Diógenes, Angelito Castropardo, y por detrás de todos, descollando entre ellos por su gallarda apostura y su aire altanero, Jacobo Sabadell, flechando los gemelos con descaradísima insistencia á otro palco que Currita no podía ver, porque estaba colocado justamente encima del suyo

—¡Delicioso!—decía Currita más y más conmovida, porque la cabra se escapaba en aquel momento, Dinorah corría en su busca, Hóel

arrastraba á Corentino medio loco de terror, y la orquesta se apagaba lentamente, *pianissimo* en un suave murmullo que dejaba sobresalir lejos, lejos, cada vez más lejos, hasta convertirse en un eco apagado, misterioso, mágico, las vibrantes notas de la campanilla de plata de Bellak, la cabra blanca (1).

El telón cayó entónces, y el público permaneció un segundo mudo, atónito, escuchando aún en aquel silencio que hubiera permitido oir la caída de una hoja, embargado por esa especie de pavor suavísimo que infunde en el alma el sentimiento de lo sublime. Una tempestad de bravos y de aplausos estalló al fin en el teatro, y Villamelón salió entónces de su arrobamiento, exclamando con aire de reconcentración profunda;

—¡Lo dije!...—El *vol-au-vent* de codornices, se me indigesta siempre! .....

Currita, prescindiendo también de su emoción artística, inclinóse vivamente al oido de Leopoldina, para preguntarle rabiosa y preocupada:

—Pero mujer...—¿A quién mirará tanto Jacobo en ese palco de arriba? .....

Leopoldina volvió lentamente la cabeza, con ese arte inimitable que tienen las mujeres para ver sin mirar, y echó una rápida mirada al palco del Veloz. La *gargonnière* andaba revuelta, y Jacobo de pié en el palco, flechaba los gemelos con distinguidísima insolencia, en

[1] El análisis técnico de esta ópera, está tomado de un artículo crítico del Sr. Peña y Goñi.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la dirección marcada por Currita, sin hacer caso de las chistosas observaciones, que á juzgar por sus risas, parecian hacerle los compañeros. Diógenes, mirando también hácia el mismo sitio, cogió á Jacobo por un brazo, y echó al mismo tiempo con la mano izquierda, una gran bendición en el aire. Riéronse los del palco estrepitosamente, y Leopoldina dijo muy seria.

—¡Anda!...—Ya los sacó Diógenes.....

Currita, muy alterada, volvió á preguntar:

—¿Pero quién puede estar ahí?....

Leopoldina, furiosa *dilettante* que recorria siempre de gorra todos los palcos del Real, tenía al dedillo los abonos de cada turno, y los abonados á cada localidad. Calculó en momento la dirección en que los del Veloz miraban y dijo al cabo:

—No sé quién pueda ser...—ese palco no está abonado.

Fernandito, con las manos en los bolsillos del pantalón, daba pataditas en el suelo, diciendo tímidamente:

—Estoy fastidiado...—¿Sabes, Curra?....

Curra nada sabía, ni parecia tampoco querer averiguarlo, y aconsejaba mientras tanto á Leopoldina que fuera en aquel entreacto á visitar á Carmen Tagle en su platea, desde donde podían perfectamente descubrirse las incógnitas ó incógnita del palco de arriba. Hízole á Leopoldina poquísima gracia la propuesta, pero érale imposible rehusar aquel pequeño servicio, á la amiga generosa, en cuyo

palco, coche y mesa, tenía un lugar siempre dispuesto; porque era Leopoldina de esas personas de la clase inferior, entrometidas y gorronas, que sufre toda especie de molestias y desaires á trueque de aparecer á los ojos del vulgo, codeándose en todas partes con las primeras figuras de la moda y de la grandeza. La faja de su hermano y la Capitanía general de Madrid, que desempeñó éste algún tiempo, habíanle abierto las puertas del *beau monde*, y allí se había encastillado ella y tomado carta de naturaleza.

Villamelón, dando sus pataditas, repetía por centésima vez muy angustiado:

—¿Saber, Curra?...—Malo estoy.

—Fernandito,—¡por Dios!.....No me lo digas....

—Indigestión...—El *vol-au-vent* de codornices. Lo tengo dicho: siempre se me indigesta. ¿Me entiendes?.....

—¡Vaya por Dios, vida mía!...—Mira, pasea un poquito y eso te vendrá bien...Acompaña á Leopoldina y vuélvete pronto.....

Y cada vez más impaciente, advirtió á ésta por lo bajo:

—Que no se huela Carmen á lo que vas..... Mira que las pesca al vuelo.

Villamelón, haciendo figuras, se atrevió á decir:

—Quizá en casa....

—¿En casa?...—Jesús, hijito mío, y ¿que te vas á hacer allí solo?.....¿Y si te da algo?...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No, por Dios; ve con Leopoldina, y vuélvete despacito.

El Duque de Bringas entrò en el palco, y á poco llegó el tío Frasquito acompañando à su sobrina Valdivieso, que rebosaba como siempre entusiasmo y necedad, chismes y enredos.

La Ortolani era un portento. ¡Qué *berceuse* aquella: *Si carina, caprettino*!...El tio Frasquito no estaba conforme: gustábale más la romanza *L'incantator della montagna*, y estábala ensayando en la flauta, sin cuidarse para nada del percance del rey Midas, que desde mucho tiempo àntes le tenía pronosticado Diógenes. El Duque de Bringas estaba muy enfadado porque no le llenaba la partitura; aquello no era sino una òpera cómica francesa, convertida en ópera italiana: en cuanto á la Ortolani, ¡psch!.....no vocalizaba mal, pero ¡estaba tan flaca!.....

—¡Cómo si tuviera que cantar con los mofletes!—exclamó María Valdivieso con muy buen sentido.

Y variando de conversación, púsose á contar à Currita, una historia muy chistosa de la Duquesa de Bara, que se hallaba un poco más abajo, en el palco de los consortes López Moreno, restaurados ya en su trono de Matapuerca. Lucy se casaba al fin con Gonzalito, conformándose la Duquesa à tragarla por nuera. Paco Velez se lo había dicho.

—¡Ya me lo figuraba yo!—exclamó Currita con maligna complacencia. Si quien habla mal de la pera, la bendice y se la lleva.

—¡Exacto!—lo mismo dijo Paco Velez.... Ahì los tienes á los dos tan amartelados en el palco, publicando las amonestaciones....¡Dice Paco Velez que ha habido unas historias! ....López Moreno sitiò á Beatriz por hambre, y entre el embargo y la boda, no hubo más remedio que capitular. Beatriz entrega el ducado, el otro perdona la deuda y pata. Pero lo más chistoso es, que Lucy dota á Gonzalito en cuatro millones.....

—¡Què delicia!..—De modo que en caso de viudez, Gonzalo quedarà siempre *Prince douairiére*, es decir, *douairiér* de Matapuerca....

El Duque y el tío Frasquito creyeron morirse de risa al oír la agudeza de Currita, y la Valdivieso añadió entre carcajadas:

—¡Exacto!...—¡Qué frace tan feliz!...Se la contaré á Paco Velez... *Le prince douairiér* de Matapuesca! .. Es menester que le dejemos el nombre: justamente andan muy afanados ahora, buscando el árbol genealógico de Lucy...

—Pues mira, mujer,—yo se lo daré hecho... En la primera rama que pongan al Mal Ladrón; y en la última á López Moreno ahorcado....

—¡Pero Curra, mujer, estás de vena esta noche!—exclamó muerta de risa la Valdivieso. Cuánto daría Beatriz porque el árbol de Lucy rematase de ese modo.... Dice Paco, que López Moreno está riquísima....

Aquí se detuvo como espantada un momento, y mirando atentamente hácia la sala, añа-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dió con su intemperancia ordinaria:

—Pero Mujer,—¿no has visto eso?...¿No ves allí á Jacobo con la Mazacán?...¡Pero qué escándalo!...¿Cómo permites tú eso?....

¡Vaya si lo había visto Currita!...Como el berrenchín que tenía por dentro era la nerviosa musa que inspiraba aquella noche sus aceradas agudezas, y desde que terminó el acto no había perdido de vista un momento á Jacobo, viéndole comenzar su *tournée* por los palcos de las damas, que le recibían todas en palmas, mimándole y agasajándole con sus más encantadoras sonrisas y sus más dulces palabras. Isabel Mazacán sobre todo, parecía querer comérselo, y por dos ó tres veces, mientras le tuvo en el palco, lanzó al de Currita una mirada que parecía decirle: ¡Rabia de firme!...Él, acogía todos aquellos homenajes con la esquisita naturalidad, el desembarazo distinguidísimo del elegante de raza que se reconoce de moda, del *leader* del día, cuyos saludos se mendigan, sus frases se repiten, sus trajes se copian, sus toses y estornudos se numeran y comentan.

Jamás había otorgado Madrid un perdón tan generoso y tan ámplio, como el que concedió al antiguo revolucionario, al saber su novelesca aventura de Constantinopla, y al verle entrar de nuevo en el redil aristocrático, á la sombra de Butrón y Ja Albornoz, arrepentido pero con la cabeza alta, no implorando protección, sino ofreciéndola á todo el mundo

Allá en los profundos rincones de los *boudoirs* y en los secretos conciliábulos políticos, murmurábanse cosas extrañas. Decíase en estos que Jacobo había prestado un gran servicio al partido restaurador, echando á pique con ciertos misteriosos papelitos, á tres personajes intrigantes y tramposos, que ávidos siempre de peder y dinero, habían querido en Biarritz, después de la caida de Amadeo, ingerirse traidoramente en la restauración del trono, que ellos mismos habían contribuido á hundir cinco años antes. Fuera ó no esto cierto, éralo sin embargo, que el respetable Butrón había aparecido de repente, cubriendo á Jacobo con el manto protector de su confianza, que Currita habíale proporcionado la desinteresada amistad de su caro esposo Fernandito, y que así en aquellos ocultos rincones de los *boudoirs*, como en las ámplias aceras de las plazas públicas, designábanse á loa tres personajes con los nombres de *el jóven Telémaco, el prudente Mentor y la invulnerable Calipso*, murmurándose al mismo tiempo que Jacobo estaba arruinado, que el partido restaurador garantía su porvenir asegurándole una cartera en pago de sus servicios, y Currita atendía á su presente, con una esplendidez que amenazaba dar al traste, con la hasta entónces bien cimentada fortuna de la opulenta casa de Villamelón.

Y es natural,—había dicho una noche la Duquesa de Bara. Curra está ya muy *fanée*, y Jacobo no es ningún Juanito Velarde que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mantenga con un destinillo de veinte mil reales.

Mientras tanto, Leopoldina Pastor entraba en la platea de Carmen Tagle, y besándola en ambas mojillas, deciale al oido:

—Vengo huida.....

—¡Mujer!...—¿Quièn te persigue?....

—Curra—esa Curra, que es atroz, hija, atroz .....¡No vuelvo à presentarme en pùblico con ella!....No me gustan evidencias; no quiero escandalos.....Por eso dije: aunque sólo sea este entreacto, me la quito de encima y me voy con Carmen.

—Gracias por la elección, querida.....

—Pues nada...—Empeñada en saber quién estaba en el palco de arriba.....Y todo porque *el otro* no hacía más que mirar para allá *poniendo varas*.....

Al decir esto Leopoldina, cogió à Carmen Tagle sus gemelos de nácar, y púsose á mirar hácia el palco que tanto inquietaba á Currita. Había en él dos señoras, una jóven, sentada en primera fila, y otra de edad ya madura, casi oculta en el fondo.....Parecìa la primera una verdadera niña, delicada, fantastica, una de esas espirituales gatitas rubias que se crian á orillas del Sena, y suelen tener en efecto todas las solapadas mañas de la raza felina. Sentada de espaldas al escenario parecía no haber roto un plato en todos los días de su vida, y paseaba la vista por la esplèndida sala, sin fijarla en ninguna parte, con esa indiferencia con que se mira una multitud del todo

desconocida: más bien que para ver, parecía estar allí para ser vista, y la exagerada elegancia algùn tanto extravagante, de su traje de terciopelo negro con camelias rojas, indicaba claramente el plan preconcebido de atraer todas las miradas. Su compañera, que podía muy bien ser su madre, era una mujer muy flaca, de aspecto distinguido, con el pelo gris peinado á la inglesa, un traje de terciopelo negro cerrado hasta arriba, y un vistoso aderezo de brillantes falsos. Ambas parecían extranjeras, y en toda la noche habían cruzado entre sí una sola palabra.

Examinólas Leopoldina detenidamente, y dijo al cabo, meneando la cabeza:

—Negro y encarnado...—¡Malo!.... Los colores del diablo....¿Y quiénes son esas individuas?.....

Carmen Tagle se echò á reir encogiendose de hombros, y Leopoldina volviò á mirarlas, diciendo por debajo de los gemelos:

—Pues te digo que con el terciopelo que gastó la madre en cubrirse hasta las orejas, podía haber subido un poquito el escote de la hija.....¡Vaya con la indecente!..Y la chica es monisima...¿Cómo se llama?.....

—Si nadie la conoce...El mártes se presentó en ese mismo palco, vestida de blanco con camelias rosa...Ayer estaba en la Castellana en un milord muy bonito, con camelias blancas en el sombrero y en el pecho.....Hoy terciopelo negro y camelias rojas.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues ya tenemos nombre que darle,—exclamó Leopoldina riendo: *La dama de las camelias*....

Y sobre estos varios motivos improvisaron las dos amigas una alegre fantasia, hasta que Leopoldina volvió al palco de la Albornoz, momentos antes de comenzar el acto segundo. Currita la esperaba impaciente, y la falaz exploradora apresuróse á decirle con cierto maligno gustito, que la incógnita en cuestión era una muchacha monísima, de todo el mundo desconocida, á quien acababan de bautizar ellas, por tenerlo muy bien merecido, con el significativo nombre de *La dama de las camelias*.

—Por supuesto, que no se enteraría Carmen de que yo te enviaba,—dijo Currita muy pensativa; y Leopoldina, con el hociquito fruncido y los ojitos entornados, como quien se ofende de la pregunta, contestó:

—¡Mujer!...—¿En qué cabeza cabe?... ¿Acaso soy yo boba?...

Comenzó el acto: Villamelón seguía indigestado, Currita emberrenchinada y con el rabillo del ojo alerta; Leopoldina que era en efecto aficionada é inteligente, sin perder una nota, y el tío Frasquito, que allí se había quedado, muy satisfecho con hallarse al lado de Leopoldina, una de las sobrinas espurias á que más predilección mostraba, por su *allure* varonil y decidida, y sus excéntricas genialidades.

En el palco del Veloz, habían quedado solos Diógenes y Jacobo, despatarrado aquel

frente al público, como si quisiera indicarle que todo él junto no se le importaba un comino, mirando éste sin cesar, como un cadete, al palco de la dama de las camelias. En la escena, Dinorah, la pobre loca, cantaba la bellísima aria que la inspira su propia sombra proyectada en el suelo por la blanca luz de la luna, una de las más felices inspiraciones de Meyerbeer, que interpretaba admirablemente la entónces célebre Ortolani.

Cambió la escena de pronto, y la cascada, el precipicio y el torrente, arrancaron un murmullo de admiración á los espectadores, que pocas veces habían contemplado en aquel género, una obra de arte tan acabado y tan bella. Hóel quiere obligar al gaitero Corentino á buscar el tesoro en el fondo del precipicio; de nuevo el cielo se encapota, y entónces aparece otra vez el terrible Mayerbeer, el genio de los *Hugonotes* y *Roberto el Diablo*, que sabe describir con las ocho notas del pentámagra, toda la rabia de los elementos y todos los furores del corazón.

De improviso rompe la orquesta bruscamente la cadencia, rugen los contrabajos estrepitosamente, las flautas dejan oir agudos silbidos, el metal, desencajado, truena con espantosa violencia, los timbales redoblan convulsamente...Ya no parece aquello una tempestad, ni un huracán, sino un cataclismo que amenaza desquiciar la tierra; y en aquel momento, el supremo de la ópera, apareció por entre las cortinas de terciopelo carmesí que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cerraban el fondo del palco de Currita, una cabeza peluda y cetrina, que el tío Frasquito tomó por la de Adamastor, genio de las tempestades, y Fernandito por el bilioso espectro de la indigestión, que evocaban ante él sus jugos gástricos alterados.

Era Butrón, el respetable Butrón que entraba de puntillas, con el dedo sobre los labios, haciendo gestos de que nadie se molestara, y yendo á sentarse en la silla que no obstante su susto y su entripado, se apresuró á cederle Villamelón el lado de Currita.

La tempestad seguía rugiendo: Hóel y Corentino gemían aterrados, y Dinorah, la pobre loca, desencajada, con el cabello flotante y el rostro iluminado por la luz de los relámpagos, desafiaba la furia de los elementos, dominando con su voz pura y vibrante, los roncos estampidos del trueno y los estridentes alaridos del viento, que encubrieron también estas breves palabras, deslizadas por Butrón al oido de Currita:

—Llegó la hora..—¡Concha está con nosotro !...

Escapósele á aquella una leve exclamación de sorpresa, que el tío Frasquito pescó al vuelo; más un azulado relámpago iluminó en aquel momento la escena, un inmenso diseño cromático nacido en las alturas de la orquesta, y resuelto en las profundidades de los bajos en rumor apagado y fatídico, anunció la caída del rayo, y entre truenos y relámpagos y sublimes convulsiones de los instrumentos de cuerda, escapósele lo que Butrón añadía, pudiendo percibir tan sólo estas palabras dichas por el diplomático con grande insistencia.

—Mañana á las cuatro en casa.....—¡Por Dios! que no faltes, ni dejes de avisar á Jacobo....

La curiosidad hizo al tío Frasquito perder la cabeza, y por querer fiscalizarlo todo á un tiempo, ni vió á Bellak. la cabeza blanca, cruzar como una flecha el rústico puentecillo, ni á Dinorah caer en el fondo del barranco, ni a Hóel precipitarse desesperado en su auxilio, ni á Currita, que ceñuda y apretando con inexplicable rabia las varillas del abanico, decía á Butrón muy por lo bajo:

—¿A Jacobo?...—¿Acaso lo veré yo esta noche?.....Ya ha correteado todos los palcos, y todavía no me ha dirigido un saludo.

¡Ah ingrato!—susurró Butrón....Corro á traertelo....

Y de nuevo se fué como había venido, de puntillas, sonriendo á todos, haciendo mudos ademanes para que nadie se incomodara, y dejando al tío Frasquito estupefacto...¡Oh! pues lo que es á él no se la pegaban....¿Currita á las cuatro, en casa de Butrón, y avisando ántes á Jacobo? ...Algo gordo sucedía, cuando el prudente Mentor, el jóven Telémaco y la invulnerable Calipso se avistaban en secreto, con la extraña circunstancia de acudir la dama á casa del caballero, y no los caballeros al palacio de la dama, como parecían dictar las mas elementales leyes de la galantería.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Cosa más singular!....

Y mirando à Jacobo á lo lejos aumentóse su curiosidad, al ver que aparecía Butrón por detràs de la cortina del palco del Veloz, hacíale una seña, y llevàbaselo consigo, siguièndoles á los dos, sin que ninguno le llamase, el cínico Diógenes...Al terminar el acto, Butrón triunfante y satisfecho, entraba otra vez con Jacobo en el palco de Currita, y empujándole hácia la dama con aire de papà bonachón que satisface un capricho de la niña, cogió con una de las suyas las dos manos que ella y él se estrechaban al saludarse, murmurando con sentenciosa indulgencia, aquellas palabras de Shakspeare:

—*¡Old, old history!*....

Hecho esto, el espejo de caballeros, según Pedro López, el integérrimo diplomático, el sesudo político, el anciano venerable y fervoroso que tenia ya un pié en el sepulcro, miró el reloj, enarcó las cejas, y despidióse apresuradamente. Eran ya las once, y estaba citado à las once y cuarto con el Cardenal Arzobispo de Toledo: tratàbase de un atentado de la canalla gubernamental republicana contra la Iglesia, y deseaba representar en aquel conflicto el papel de Constantino.

Ensanchósele el corazón al tío Frasquito, creyendo llegada la hora de averiguar algo, y aguzó las orejas y aprestó la lengua, para sorprender con habilidad á Jacobo y á Currita. Mas de repente, una mano aleve cogió el meditado lazo de su corbata blanca, y dàndole

una rápida vuelta, vino á ponérselo sobre la nuca. Volvióse indignado y sorprendido, y vió inclinada sobre la suya la gran cabezota de Diógenes, que sonriendo y babeando, le decía amorosamente:

—¡Francesca mía!..—¡Si soy yo Paolo!....

Verde de ira y amarilla de miedo pùsose Francesca, cual si viese asomado por detràs de Paolo la sombra siniestra de Gianciotto, y gruñó entre dientes:

—¡Qué cosas tienes!...—De verras que erres pesado....

Y despidiéndose atropelladamente por temor de alguna màs grave demasía, fuese á componer la corbata en el espejo del antepalco, dejando vacío su asiento, que era lo que buscaba Diógenes. Ocupólo èste entónces con la mayor frescura, y dando una gran palmada en el muslo á Villamelón, díjole tal atrocidad relativa á su entripado, que Jacobo y Leopoldina se miraron espontáneamente como quien dice:—¡Animal!—Currita muy enfadada dijo: —¡Jesús, hombre, qué cosas tienes¡.....¡Eres *shokin*, *shokin*, de veras!—y Fernandito, con resignada sonriza, contestó:

—El *vol au-ven* de codornices....Siempre se me indigesta.

—¿Sabes?....

—¡Pues ya lo creo que lo sé, polaina!...Por esto tomo yo siempre *vol au-ven* de sopa de ajo,—replicó Diógenes.

Y cediendo à su instinto natural de desvergonzada capigorronería añadió:

—Oye...—¿y quién me lleva á mi luego en su coche, tú ó Jacobo?

—Lo que es yo no te llevo,—replicó vivamente éste. Me voy ahora mismo.

—Ni yo tampoco,—añadió al punto Currita. Fernandito no se siente bien, y no hemos de andar por ahí dando vueltas.

—Pero mujer,—si te coje al paso.....Me dejas en la calle de Alcalá, en la chocolatera de doña Mariquita.....Por nada del mundo pierdo yo mi gran jicara con su par de *mojicones* ...

—Son sabrosos,— opinó Villamelón.

—¡Qué delicia!—dijo Currita. Si te los dieran todas las noches en los dientes, no tendrías la lengua tan larga.

—¡Polaina!.....Si te los dieran á ti donde yo me sé, no darías motivo para que te alcanzasen las lenguas.

Currita se mordió los labios comprendiendo que era imposible la lucha con aquel cafre, que parecía complacerse en poner de relieve con sus crudezas, las vergonzosas condescendencias del mundo, y Jacobo se desprendió afectuosamente al comenzar el acto, con un ambiguo *hasta luego*, que dejó á Currita muy complacida. A la mitad del acto, cuando Dinorah recobra la razón y quiere recordar la bellísima plegaria *¡Sancta María!* entre sublimes vacilaciones de la orquesta, que parecen revelar los esfuerzos mentales de la pobre loca, envolvióse Currita en su soberbio abrigo de terciopelo granate forrado de pieles blancas, y aceptando en señal de reconciliación el brazo de Diógenes, salió del palco escoltada por Villamelón y Leopoldina, gozoso él por irse á dormir su indigestión, furiosa ella por marcharse sin oir el coro final de la romería.

El *foyer* estaba aun desierto, y los lacayos, zambullendo las encarnadas narices en sus inmensos cuellos de pieles, comenzaban á asomar ya para avisar á los señores la llegada de los coches. Antojósele entónces á Currita sentarse en un divan, para esperar la salida de la gente. Angustióse Villamelón:

—¡Pero hija mia, por Dios!...—¡Si esto está helado, Curra! .....

Y se liaba á toda prisa al pescuezo un gran *foulard* finísimo, y levantábase el cuello del gabán á la altura de las orejas .....

—Te digo que vale más volver al palco, si... Un estornudo formidable le cortó la palabra y le acrecentó la angustia.

—¿Lo ves?...¿Lo ves?...Ya pillé un constipado...Fortuna tengo hoy...¿Sabes?...¡Ya tengo para una semana!

La gente comenzó á desfilar por delante de Leopoldina y la Albornoz, que dejando estornudar á Fernandito, y sin perder de vista su negocio, saludaban á diestro y siniestro á los innumerables conocidos que iban pasando. De pronto, Leopoldina tiró suavemente del vestido á Currita, diciéndole muy bajo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Mírala...—¡Esa es!.....

No vió nada: dos fantasmas blancos pasaban por delante arrastrando por debajo de los amplios albornoces las largas colas de terciopelo negro, dejando asomar la vieja por el abrigo capuchón una corva nariz caída y afilada, luciendo tan sólo la jóven unos ojazos azules, que creyó Currita se fijaban en ella con provocativa insolencia. El blanco Albornoz de la incógnita pasó rozando el terciopelo granate del abrigo de Currita, y una frase alemana que esta pudo oir y no pudo entender:—Ahí la tienes,—pareció caer entónces de la nariz corva y afilada, y ambos fantasmas desaparecieron entre el gentío, precedidos de un *groom* monísimo que apenas contaría doce años.

—¿Pero hija, arrancaremos al fin?—decía Villamelón mientras tanto. Diógenes, dale tú el brazo....¡Buen constipado he pillado!.... ¿Qué haces tú cuando te constipas, Diógenes? .....

—¿Yo!...—Estornudar.

II.

El respetable Butrón daba puñetazos en los muebles y cruzaba á largas zancadas el aposento, llamando á su mujer, según su costumbre, unas veces *Geno*, otras *Veva*, nunca por completo Genoveva, y prodigándola con todas sus letras los dicterios de imbécil, estúpida, vieja del diablo, beata de Barrabás; que no sabiendo sino rezar el *Pater noster*, quería darle lecciones á él, Pirro en el ingenio. Ulises en la prudencia, Anteo en el ánimo, Alejandro en la magnanimidad y Escipion en lo afortunado.

Curiosas escenas íntimas del hogar doméstico, que parecerán inverosímiles á los que sólo conocen la *parte oficial* de los grandes personajes, y que debieran de esculpirse cual bajos relieves, en los pedestales que levantan el vulgo y la opinión á muchos de los prototipos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Mírala...—¡Esa es!.....

No vió nada: dos fantasmas blancos pasaban por delante arrastrando por debajo de los amplios albornoces las largas colas de terciopelo negro, dejando asomar la vieja por el abrigo capuchón una corva nariz caída y afilada, luciendo tan sólo la jóven unos ojazos azules, que creyó Currita se fijaban en ella con provocativa insolencia. El blanco Albornoz de la incógnita pasó rozando el terciopelo granate del abrigo de Currita, y una frase alemana que esta pudo oir y no pudo entender:—Ahí la tienes,—pareció caer entónces de la nariz corva y afilada, y ambos fantasmas desaparecieron entre el gentío, precedidos de un *groom* monísimo que apenas contaría doce años.

—¿Pero hija, arrancaremos al fin?—decía Villamelón mientras tanto. Diógenes, dale tú el brazo....¡Buen constipado he pillado!.... ¿Qué haces tú cuando te constipas, Diógenes? .....

—¿Yo!...—Estornudar.

II.

El respetable Butrón daba puñetazos en los muebles y cruzaba á largas zancadas el aposento, llamando á su mujer, según su costumbre, unas veces *Geno*, otras *Veva*, nunca por completo Genoveva, y prodigándola con todas sus letras los dicterios de imbécil, estúpida, vieja del diablo, beata de Barrabás; que no sabiendo sino rezar el *Pater noster*, quería darle lecciones á él, Pirro en el ingenio. Ulises en la prudencia, Anteo en el ánimo, Alejandro en la magnanimidad y Escipion en lo afortunado.

Curiosas escenas íntimas del hogar doméstico, que parecerán inverosímiles á los que sólo conocen la *parte oficial* de los grandes personajes, y que debieran de esculpirse cual bajos relieves, en los pedestales que levantan el vulgo y la opinión á muchos de los prototipos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sociales que brillan en academias y congresos, estrados y salones.

La Marquesa, la anciana señora de virtud intachable, de educaciòn exquisita, con la cabeza baja y las lagrimas en los ojos, semejante á la estátua de la paciencia contemplando sus propios sufrimientos, por dos veces quiso interrumpir á su marido, mostrándole una carta que en las manos tenia; más los gritos y denuestos del sesudo diplomatico le atemorizaron y aturdieron, y volvió á guardar silencio. Las escenas de Lauzun amenazando con el bastón á la Duquesa de Montpensier, su esposa, y gritándole:—¡Luisa de Borbón, quítame las botas!—no eran sin duda desconocidas á la infeliz señora.

Hallábanse ambos esposos en el despacho particular del diplomático, vasta pieza decorada en otro tiempo con severa magnificencia, pero sobre la cual habian pasado los años sembrando manchas y desconchones, sombras y deterioros, que la larga cesantia del magnate no había permitido hasta entónces restaurar. Veíase en un extremo, tras un gran biombo de nueve hojas de lana de Coromandel, descascarado por todas partes, una enorme mesa cargada de papeles y rodeada de artísticos armarios, todo al alcance de la mano, *sancta sanctorum* donde sólo penetraban los iniciados en los asuntos y manejos del diplomático. Al otro extremo, frente á una alta vidriera que daba al jardín, y al lado de una chimenea de mármol negro, habia una gran

mesa del siglo XVII de nogal, cuadrada, con ancha talla y hierros escarolados, y cómodas butacas y mullidas poltronas, algún tanto desteñidas y un mucho destrozadas, dispuestas en torno: allí recibía Butròn á los profanos, á que les era lícito traspasar el dintel de su despacho privado. Veíanse por todas partes, sobre las mesas, en las dos chimeneas, por los armarios y colgados de las paredes, retratos de reyes, príncipes y personajes ilustres, de fotografía unos, magníficamente grabados en acero otros, con pomposas dedicatorias al integérrimo diplomático, que pregonaban sus grandes relaciones y sus altas influencias. Sobre un sofá de rica badana japonesa, hundido todo y despellejado, había en lugar preferente una gran fotografía del príncipe Alfonso con el uniforme del escolar de colegio de Maria Teresa, y esta dedicatoria escrita de puño y letra del futuro monarca: *Al leal Marqués de Butrón, modelo de caballeros.—Recuerdo del 2 de Diciembre de 1870.—Alfonso.*—Aquella fecha solemne era la del dia en que Butròn se avistó por vez primera después de la Revolución con los augustos desterrados, y juró á los piés del régio niño restaurarlo en el trono de España ó morir en la demanda.

Más lèjos, á uno y otro lado de una gran panoplia llena de orín y descabalada, había dos hermosos grabados de Luis Felipe y la reina Amalia, con sendas dedicatorias, y entre otra porción de notabilidades regias, políticas y literarias, diseminadas por todas par-

tes, un retrato en fotografía de Martínez de la Rosa, en los tiempos en que le llamaban *Rosita la pastelera*, con este campechano letrero: *A Pepillo Butrón, su dómine, Paco.*

Mas entre todos aquellos monumentos de altas estimaciones, era el más curioso una hermosa fotografía de la reina de Inglaterra, colocada con afectada naturalidad sobre la chimenea en un pequeño caballete de plata oxidada, cuyas molduras tapaban en parte la honrosa dedicatoria. Habíasela dado la Majestad británica en Roma, con motivo de cierto oportuno servicio, y deseando demostrarle la más exquisita deferencia, puso en castellano el autógrafo. Mas su Graciosa Majestad no manejaba sin duda con grande arte el habla de Cervantes, y siendo su intento escribir según la construcción inglesa:—*Al Marqués de Butrón, recuerdo,*—olvidóse de poner la *u*, y resultó:—*Al Marqués de Butrón, recerdo,*—firmado y rubricado de puño y letra de su Graciosa Majestad la soberana de los tres reinos unidos, emperatriz también de las Indias.

El pasmo de Butrón fué grande al verse colocado reduplicativamente por aquella importuna síncopa, en la rama más desacreditada de la extensa familia de los paquidermos, y apresuróse á colocar habilidosamente la régia dádiva en una moldura, que sin ocultar por completo el honroso letrero, encubriése el sangriento *lapsus calami* de su Majestad británica.

Ocurrían graves sucesos, y la pelotera que Butrón sostenía con su mujer, reconocía en

ellos su origen. Pavía había dado el golpe del 3 de Enero, derrumbándose la república parvulita, al eco de tres ó cuatro tiros disparados al aire en los pasillos del Congreso. El poder cayó de nuevo en las garras de Serrano, y el desquiciamiento general, la indisciplina del ejército que peleaba sin fé ni esperanza, en aquellas dos grandes exclusas de Cartagena y el Norte, que se tragaban torrentes de sangre y arroyos de dinero, indicaban á los pacientes alfonsinos, cruzados de brazos, que se acercaba la hora de extender la mano para coger la breva madura ya por completo. La escena de Aristófanes en su comedia *La Paz*, cuando el pacífico Trigeo sube al Olimpo montado en un escarabajo, se representaba entónces en España; el Olimpo estaba desierto, y sólo quedaban allí la Guerra y el Estrago, machacando en un mortero una nación entera y sirviéndoles de mano un general ambicioso.

Otro general de valor, de prudencia y de prestigio, encargóse entónces de inclinar hácia los alfonsinos, la rama de que pendía la fruta apetecida y disputada. Fué éste el general Concha, que aceptando el mando del ejército del Norte, partió para Bilbao dispuesto á restablecer la disciplina, aniquilar á los carlistas y proclamar rey de España al jóven príncipe Alfonso. Era necesario, sin embargo, allegar recursos para preparar el ejército, y las bolsas exprimidas, las codicias alarmadas y los egoismos latentes, dificultaban mucho la ejecucion del proyecto. El ingenio del Marqués

de Butrón encargóse entónces de hallar remedio, y al frente de su brigada femenina, acometió la empresa: imaginó por de pronto crear una asociación de señoras para socorrer á los heridos del Norte, que difundida por toda España habia de allegar recursos de todos gèneros para ser distribuidos abundantemente en el ejército á nombre de las señoras alfonsinas, preparando así los ánimos para secundar el movimiento. (1)

El plan fué aprobado con entusiasmo por los prohombres del partido, y el gran Robinsón sólo pensó entónces, con la enérgica actividad que le caracterizaba, en organizar la junta central de señoras en la corte. Ocupóse lo primero en buscar la Presidenta, piedra fundamental de todo el edificio, y un hombre ilustre que habia de llevarse trás sí cuanto grande, bueno y respetable encerraba la corte, acudió el primero á su mente: la Marquesa de Villasis ... Mas las teorias conciliadoras del peludo diplomático, juzgaban necesario allegar otros elementos, y pensó entónces en la Condesa de Albornoz, para el cargo de Vicepresidenta. Esta atraeria al Madrid de rompe y rasga que brilla y que bulle, pequeña, pero venenosa levadura que corrompe la sociedad entera, y la hace aparecer al imponerle sus leyes

[1] Varias fueron las asociaciones de señoras que se fundaron en aquel tiempo con el fin de socorrer á los heridos del Norte, siendo la que más beneficos resultados produjo, la presidida por la ilustre y virtuosa señora Marquesa de Miraflores, cuyo nombre ha aparecido siempre unido á todas las obras buenas y caritativas. Excusado nos parece advertir al lector, que la asociación que nosotros suponemos no tiene nada que ver con ninguna de éstas, y que aunque tomada del natural parte de su *fisonomía* es en su conjunto pura invención nuestra.

y sus vicios, escandalosa hasta un punto que no lo es ciertamente: la otra atraeria al Madrid honrado, sensato y devoto, no tan escaso como muchos creen, y en torno de uno y otro bando, se agruparía al punto el Madrid verdaderamente inmenso, la gran falange cortesana de gente más bien frívola que corrompida, más bien insustancial que viciosa, que vive de reflejos y escandaliza ó edifica, según es escandaloso ó edificante el astro que le comunica sus resplandores.

El plan era bellísimo. Mas ¿quién le ponía el cascabel al gato? ¿Qién aliaba á la tiesa y austera Villasis, con la amable y despreocupada Currita, aunque se tratase de ir á conquistar juntas la tierra santa? ¿Quién doblegaba la vanidad inmensa de la Albornoz, hasta el punto de hacerla aceptar en cualquiera empresa que fuese un puesto secundario?.... El astuto Butrón resolvió tentar el vado, aproximando á las dos señoras, y citólas en terreno neutral, su propia casa sin advertir á ninguna la presencia de la otra, con el pretexto de tratar reservadamente en junta de notables, un asunto de la mayor importancia para el partido. Encargóse él de avisar á Currita la noche ántes en el teatro, y por órden expresa suya escribió su mujer á la Villasis, con quien la unia una amistad antigua, cariñosa y sincera. La futura Presidenta ofiòse desde luego la partida y un oportuno constipado atroz y empedernido, vino á impedirle salir fuera de casa: así se lo notificaba con grande

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sentimiento y cariñosas frases á su buena amiga Genoveva, en una elegante esquelita cuadrada, en cuya esquina se leía, bajo la corona ducal propia de los grandes de España, su nombre de María.

Esperábase la Butrón la llegada del constipado, díjoselo así á su marido al mostrarle la carta, y entónces fué cuando el respetable diplomático descargó su berrinche sobre la pobre dama, prodigándole los dicterios que al comenzar este capítulo apuntamos.

De repente recobró su cortesana sonrisa, su continente señoril y aparatoso: entraba la Duquesa de Bara, otra de las citadas, antigua amiga suya, aunque no de tan añeja fecha, de quien la maledicencia se había ocupado muchos años atrás, y se solía ocupar aún de cuando en cuando. Era la Duquesa mujer muy discreta, nada escrupulosa, conocía á Madrid palmo á palmo, y escuchábala Butrón como á un oráculo, en todo lo referente á guerra femenil de intriguillas y abanicazos. A poco llegó el general Pastor, próximo á partir también al Norte, para secundar el movimientò de Concha, y vino luego un don José Pulido, hombre listo y travieso, piés y manos de Butrón y también su ninfa Egeria que había sido condiscípulo suyo en la Universidad, y desempeñado muy buenos puestos à la sombra del diplomático. Eran ya las tres, y á las cuatro debían de llegar Jacobo Sabadell y la Albornoz, y hubiera llegado también la Villasis, si su providencial constipado no se lo estorbase.

El prudente Butrón habíalos citado con una hora de intervalo, para poder preparar en aquella antejunta de íntimos, lo que en presencia de los otros había de tratarse más tarde.

Sentáronse todos al lado de la chimenea, en torno de la mesa cuadrada, y el respetable Butrón expuso el caso. La Duquesa de Bara no le dejó acabar: juzgaba ella imposible hacer tragar á la Villasis la Vice presidencia de Currita, como no fuera cogiéndola por sorpresa, presentando de improviso la candidatura aprobada ya por unanimidad, en la junta magna de señoras que había de celebrarse; y aún así y todo desconfiaba mucho del éxito, porque era María Villasis una quijota impertinente y ridícula, capaz de desairar á Madrid entero si se le ponía entre ceja y ceja el hacerlo.

—No se me olvidará nunca,—dijo, lo que hizo con la pobre Rosa Peñarron, cuando aquel concierto famoso que organizó á beneficio de los inundados de Valencia...Le envió Rosa tres billetes y tuvo la desfachatez de devolvèrselos con el precio justo, unas quince ó veinte pesetas, y enviar luego á Valencia, por mano del Arzobispo, una limosta de tres mil duros...

Butrón enarcó las formidables cejas, el general Pastor se atusó el largo bigote, y don José Pulido, más práctico y ménos puntilloso, ensanchó la barbilampiña cara, diciendo suavemente:

—Con tal de que nos envie à nosotros otro

tanto,—aunque sea por mano del moro Muza .....

Ofendióse la Duquesa, que acababa de vender su hijo y su ducado al Sr. Lòpez Moreno, y con mucha dignidad contestó severamente:

—¡Oh, no, no, Pulido!.. —Ni el decoro se vende, ni tiene precio, ni necesitamos acá que venga la Villasis á darnos lecciones .....

Y ademas, desconfiaba ella mucho de la actitud de ésta, é ignoraba hasta que punto podría contarse con ella para los trabajos de la Restauración ...Cierto que su amistad con la Reina destronada habia sido siempre intima, leal y consecuente; pero le constaba á ella de buena tinta, que Bravo Murillo tuvo la impertinencia de comunicar á la Marquesa la respuesta dada por el Arzobispo de Villadolid á la consulta de si la Restauración habia de conservar ó no la unidad catòlica, y ésta no podia ser más terminante: *No era lícito á ningún partido político prescindir de ella.* Que era esto una tontería, una chochez del Arzobispo; corriente. Pero era lo bastante para alarmar la conciencia de una mojigata como la Villasis, y encontrar en ello un pretexto para tirar de los cordones de la bolsa .....

La Marquesa de Butrón bajó los ojos como distraida al oir hablar de la unidad católica; y acentuóse áun mas la sombra de tristeza que nublaba siempre su rostro. El integerrimo diplomático y el Sr. Pulido, cruzaron entre si una rapida mirada: indudable era que los dos compadres habian hablado más de una vez del

asunto, en junta de íntimos, del lado de allá del biombo. Butrón tomo la palabra, extendiendo la peluda mano.

—Respondo de Maria Villasis,—dijo enérgicamente ...Lo que tú dices es cierto, Beatriz; pero la pifia de Bravo Murillo, la enmendè yo mismo....Marìa acudió entónces à mí muy alarmada, pidiendo explicaciones categóricas, y yo le prometì solamente, que la Restauración conservaria á todo trance la unidad católica, como la joya mas preciada de las glorias de España.

La Duquesa se encogió de hombros, con muestra de grande impaciencia.

—Pues no dice éso el manifiesto que se negò á firmar Bravo Murillo, —dijo.

—Tampoco dice lo contrario.

—Entónces....

—Entónces queda en pié lo que yo he prometido .....El porvenir, no puede, sin embargo, asegurarse, y quizá pudiera suceder que contra nuestra voluntad y nuestros deseos, nos viéramos forzados á respetar un hecho consumado ó á ceder ante una votación contraria hecha en Cortes....

El Sr. Pulido hizo una profunda señal de asentimiento, bajando con previsora resignación los ojos, y la Duquesa, haciendo alarde de la perspicacia de su ingenio, exclamó ligeramente:

—¡Entendido, entendido....basta!...—Queda sin embargo, el otro extremo por concluir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Cres tú que la mona Jenny se contente con la Vicepresidencia?

Asombróse Butrón de aquella exfraña candidata cuadrumano que trataba de ingerir la Duquesa en la ilustre junta de damas, y exclamó muy sorprendido:

—¿La mona Jenny?....

—Pues hombre, Curra...—La Villamelona. ¿No sabes?.....Diógenes le ha puesto ese nombre desde que le dió por fumar en pipa, en un *narghilé* precioso que le regaló el embajador de Marruecos.....Es una mona famosa que hay en el jardin zoológico de Lóndres,—yo la he visto—y fuma en pipa con una gracia y unos mohines, que recuerdan á Curra por completo.

—¡Vamos, vamos,!—exclamó con bondad olímpica el diplomático. No he visto nada como Madrid, para motes y chismecillos ... Todos queriéndose mucho, todos juntos noche y dia, y todos arrancándose á tiras el pellejo y poniéndose en ridículo en cuanto vuelven la espalda....

—¡Miren el puritano, el caritativo!...*¡Ami de la vertu, plutôt que vertueux!* Pues ya tenías tiempo de haberte ido acostumbrando.

—Empezaré á acostumbrarme por la mona Jenny...—La mona Jenny, aceptará la Vicepresidencia.

—¿Crees tú?

—Lo espero...—Le tengo reservado otro

papel de grande importancia que le hará olvidar lo secundario de éste.

Entónces, externó Butrón su plan con todos sus pormenores.....No se trataba ya de una asociación de señoras exclusivamente alfonsinas; mil veces lo habia dicho, y no se cansaria jamás de repetirlo. Era necesario *barrer para dentro*, conciliar todas las voluntades, ahuyentar todos los escrupúlos, ahondar en cualquier rincón en que pudiera encontrarse un ochavo, escarbar en todo muladar en que pudiera hallarse un pelotón de hilas sucias, agotar todos los recursos de fiestas, bailes, toros, beneficios, francachelas y festivales con que la caridad moderna ha encontrado el secreto de enjugar las lágrimas, al mismo tiempo que ensancha los corazones, refocila los estómagos y estira las piernas..... ¡Socorrer á los heridos del Norte!...¡Qué anzuelo tan apropósito para pescar desde las carlistas más recalcitrantes, hasta las liberales más radicales!....Por eso habia pensado él para dar aquel barrido general y definitivo, en un gran baile, una fiesta sonada y famosisima, de *ancha base*, que debia de dar la mona Jenny, Curra, convidando á todo el Madrid explotable, desde la Presidenta consorte del comité carlista, hasta la ministra cesante, esposa dignísima del excelentisimo Sr. D. Juan Antonio Martínez.....Y allí, al calorcillo del Champagne que ablanda los corazones compasivos, bajo la influencia de las vanidades escénicas que excitan el deseo de figurar,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tender la red de la caridad, echa el anzuelo de los infelices heridos del Norte, y pescar de una sola redada entre las mallas de la asociación de señoras, á todo el Madrid femenino capaz de soltar la mosca.....Celebrariase luego una junta general preparatoria en casa de Butrón mismo, presidida por Genoveva, y en ella habia de presentarse y aprobarse por sorpresa, la candidatura de una junta directiva, preparada ya de antes, en que entrasen todos los elementos tan hábilmente combinados, que el partido restaurador tuviese mayoría, y pudiera Butrón entre bastidores, manejar á la junta y á la asociación entera, con la misma facilidad con que se maneja el manubrio de un organillo. La junta directiva era, pues, la clave del arco, el *clou* del proyecto, y el respetable Butrón terminó su perorata suplicando á los presentes, se dignasen estudia lo maduramente, presentando sus candidatas con arreglo á este croquis que tenia él apuntado en un papelito.

—Una Presidenta, beata de gran nombre. (Nadie como la Villasis.)

—Una Vicepresidenta elegante de rompe y rasga. [Ninguna como la Albornoz.]

—Seis vocales, una carlista, bastante tonta; otra radicala, de pocos alcances, y cuatro alfonsinas, de la Grandeza, del cogollito, honradas por supuesto, listas y de arranque.

—Una Secretaria literata.

—Una Tesorera de alta banca.

El general Pastor aplaudió entusiasmado la hábil estrategia del diplomatico, el Sr. Pulido bajó modestamente los ojos, como si le tocara grande parte en la paternidad de la idea, y la Duquesa, encantada, comenzó á vomitar nombres propios, juicios criticos, filiaciones y datos biográficos que probaban bien á las claras su consumada pericia en el arte de averiguar vidas agenas. Tontas encontraba ella á porrillo; listas tampoco faltaban; lo que le parecía dificil de hallar eran las honradas, y no porque no las hubiese á montones, sino porque la Duquesa no sabia encontrarlas, por aquello de que nadie hay más exigente ni que se complasca tanto en verlo todo manchado, como quien vive zambullido en medio del fango.

El respetable Butròn acogía aquellos homenajes con magestuosa sonrisa, y temiendo ver entrar de un momento á otro á Currita, recomendó de nuevo á los íntimos la mayor discreción con respecto á ésta: era necesario ocultarle el plan de la junta y entusiasmarla con la idea del baile, haciéndole creer que con ello ponía el partido en sus manos, el éxito del proyecto. Una vez entretenida con ésto, fácil era hacerle tragar por sorpresa, á su debido tiempo, lo secundario de la Vicepresidencia.

Llegó al fin Currita, la mona Jenny, con Jacobo Sabadell, el jóven Telémaco: había tardado un poquillo, pero tenía la culpa el tío Frasquito.....¡Qué risa con el pobre posma! Ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

biase olido sin duda que algo se fraguaba, y presentándose á almorzar con una cara de pregunta, con un aire de sospecha!... Ella le habia estado *tomando el pelo* todo el almuerzo, hasta que al fin, para quitárselo de encima, tuvo que armarle una emboscada, *guet apens* chistosísimo!... Díjole si queria acompañarla á dar una vuelta por el retiro con Miss Buteffull y con los niños, y le envió con éstos al coche mientras ella se ponia el sombrero. Pobre viejo!....En cuanto volvió la espalda, escapóse ella con Jacobo por la escalera de la servidumbre, y en el coche de èste, habíanse venido los dos solos, juntitos, como si fuesen un matrimonio. ¡Qué delicia!...

Y besó con piedad filial a la Marquesa, con amor fraterno á la de Bara, estrechó la mano de Butrón con infantil afecto, y tuyo una cariñosa sonrisa para el general Pastor, y un saludito protector y monísimo para el Sr. Pulido...

Hízola sentar Butrón junto á sí, al lado de la Marquesa, y ella con los claros ojos fijos en el gran duque Alejo, que sombreado por una telaraña tenía delante, comenzó á lamentarse con frases muy pulcras, del entripado de Fernandito... Casi, casi había estado al punto de no venir, por miedo de dejarlo solo; pero las noticias que le habia dado Butròn eran tan graves, tan lisonjeras, que acabó al fin por decidirse.

—Si tú no hubieras venido, hubièramos ido todos á tu casa,—exclamó Butròn con gran

vehemencia. Como que sin tí no puede hacerse nada y en tus manos está en rigor de verdad, la suerte del partido.

La vanidad hizo en el rostro de la Albornoz, lo que jamás habia conseguido la vergüenza; sonrojarlo.

—¡Jesús, Butrón, pobre de mí! —exclamó con su dulce vocesita. Pues si está en mi mano, no tenga V. miedo de que la suelte.

Butrón comenzó á exponer el proyecto, como si fuese desconocido de todos los presentes, haciendo caso omiso de la junta, y presentando con grande habilidad la fiesta deseada, como el eje sobre que habia de girar la ejecución del proyecto, la restauración del trono, la felicidad de España, y la paz del mundo y el equilibrio europeo. Currita parecia titubear, porque había mirado á Jacobo como si le consultase, y éste fruncia las cejas; la pícara era ducha y no era del todo fácil hacerle tragar el anzuelo. El diplomático reforzó sus argumentos, y el general Pastor, con militar franqueza, dijo resueltamente:

—Condesa—más puede V. hacer en ese baile con su abanico, que yo en el Norte con mi espada.

Y el Sr. Pulido, dando vueltas á sus pulgares, añadió con suavísima sonrisa:

—¡Oh señora condesa!....Si V. quiere, con razon se llamará ese baile *la dulce alianza*.....

La dama extendió ambas manitas con gesto de cómico espanto.

—¡Ay no, no, Pulido, por Dios!..:—¡Si así

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se llama la confitería de la Carrera de San Gerónimo.

La Duquesa salió entónces á la palestra, y con habilidad mujeril disparó el más certero saetazo, sirviéndole de ballesta una mentira muy gorda.

—Después de todo,—dijo, no hay que apurar mucho á Currita; porque si ella no puede dar el baile, Isabel Mazacán se compromete á darlo ....

El tiro dió en el blanco, y Currita soltó al punto la prenda.

—¿Y por qué no he de poder yo?—dijo. La cosa no puede ser más facil.... Dentro de quince días es Carnaval. ¿Les parece á Vdes. bien un gran baile de trajes? ....

—¡Te cuesta un sentido!—murmuró Jacobo con tan mal humor como si hubiera él de pagarlo.

Mas la Duchesa, que pescó al vuelo la frase y comprendió la económica idea de *monsieur Alphonse*, impidió que llegase á oidos de Currita, rompiendo á reir á carcajades: todas la miraron con extrañeza .....

—¿De qué te ries?

—Pues nada, mujer....Estaba pensando en el traje que escogerá la Sra. de Martínez para ir al baile .. Como no sea el de Teresa Panza, la mujer de Sancho....

III.

El trato contínuo con Bonnat había despertado en París las aficiones artísticas de Currita, y no contenta con el papel de Mecenas, quiso cultivar ella misma el arte del divino Apeles, Visitó á Meissonnier, convidó á comer á Carlos Durand, y pudiendo conseguir que Baimundo Madrazo le diese algunas lecciones por pura galantería de cumplido caballero, volvióse á Madrid dejando á Rosa Bonheur tamañita y royéndose los codos de envidia.

Una vez en la corte, necesitó tener á su lado un genio complaciente, un númen auxiliar que comunicase con sus pinceles vida y expresión á los muertos y aplanados monigotes que brotaban de su paleta, de artista. Hallólo al fin en Celestino Reguera, famoso acuarelista de la escuela sevillana, de esos que prefieren lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

correcto à lo grandioso, y tienen en más un paisaje de Wateau que una sibila de Miguel Angel. El pincel de Celestino entraba y salía por los lienzos de Currita, con tanta frecuencia y libertad, que al terminar èsta sus cuadros, podía repetir con harta razòn lo que dijo el monagnillo de marras: Yo y el cura, le dimos los sacramentos.

Pero áun más que de su gloria artística ocupóse Currita, á fuer de mujer elegante, del marco que habia de encerrarla, instalando en su casa un estudio lujosísimo digno de Fortuny ó de Pradilla, Delaroche ó Makart. Era una vasta pieza con estudiadas luces de oriente y cenital, atestada de preciosidades artísticas y arquelógicas, que sobre tapices de Beauvais y los Gobelinos cubrían todas las paredes, atestaban todas las mesas y apenas dejaban un sitio en que poner la planta sin encontrar algo que admirar ó algo en que tropezar. Bronces antiguos, raras porcelanas, macetas de Pompeya con plantas tropicales, lámparas árabes, persas y romanas, igual una de estas á la célebre *di capo d' anno* del Museo Vaticano; bustos, cuadros, estátuas, yelmos, espadas, partesanas y armaduras completas, de varias épocas, rodeaban cual páginas sueltas de la historia de todos los tiempos, el caballete de Currita, que colocado en luz conveniente, parecía recibir un reflejo de la luz del cielo, que el grandísimo tuno de Celestino Reguera aseguraba ser el mismo, mismísimo que derramaba en otro tiempo el grupo de las nueve Musas sobre las frentes de Rafael, Velasquez y el Ticiano.

Daban la guardia á uno y otro lado de la puerta, dos maniquíes vestidos de reyes de armas del siglo XVI, con gigantescas adargas y dalmáticas auténticas de terciopelo morado, bordadas de castillos y leones, y frente por frente, en el otro extremo de la pieza, y en una especie de ancha, alta y profunda horadaciòn à que se subía por tres gradas de mármol blanco, habia un diván turco, cubierto el pavimiento por legítima alfombra de Persia y mullidos almohadones de raso y terciopelo, y decorados el techo y las paredes con mosaicos romanos y de Pompeya, bajos relieves egipcios y brillantes azulejos moriscos. Allí estaba el *narghilé*, regalo de Sidi-Mohammed-Vargas, el embajador de Marruecos, y sobre primorosas mesitas de Fez, que no levantaban dos palmos del suelo, otras varias pipas en que Jacobo enseñaba á Currita á saborear el sueño voluptuoso del *katchis*, y habian inspirado à Diógenes para designar á la hurì de aquel paraiso el gráfico nombre de la mona Jenny.

Refugiado en un rincón, oculto como quien esta allí de limosna, entre una reducción de la estàtua de Byron presentada en Turín por Pozzi, y un arca tallada del siglo XV que decían haber pertenecido á Isabel la Católica, habia otro caballete pequeño: allí pintaba Paquito Luján, callado siempre, taciturno, tímido y receloso, bajo la dirección también de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Celestino Reguera, que hallaba realmente en el niño las disposiciones artísticas que faltaban á la madre.

Gran discusión sostenìase en aquel templo de las artes tres días después de la junta de íntimos, celebrada en casa del diplomático Currita, sentada ante una preciosa mesa redonda, cuya tapa era un onix mexicano, examinaba una gran porciòn de láminas y dibujos que le presentaba Celestino Reguera, y pasábalos á su vez á Jacobo y á Tonito Zepeda, vago elegantísimo, entendido en caballos como el hijo de Teseo, *amateur* de todo lo que era arte, y digno por su exquisito gusto de que la patria agradecida le votase una pensión en Cortes, como representante en España del buen tono parisiense. Tonito Zepeda era más que *chic*, más que *pschutt;* era *v' lan, tscho:k.* Mas el pobrecito jóven, incapacitado de poner precio á las innumerables consultas que de todas partes le dirigian, andaba lleno de trampas y no tenía donde caerse muerto.

Grave era la cuestión que Currita había sometido el día ántes á sus despabiladas luces, y digna de sujetarse al arbitraje de un areópago de elegantes, como Domiciano sujetó en otro tiempo á las discusiones del Senado la salsa en que había de guisarse un rodaballo Una vez decidida la dama á dar el baile de trajes, la gran fiesta de *ancha base* en que habian de bailar *pêle mêle* tirios y troyanos, rancios personajes que figuraban en la *Guía*, y plebeyos burgueses empinados por la Revolución, era necesario encontrar algo nuevo, algo sorprendente que fuera el *clou* de la fiesta y dejase con la boca abierta á los pobrecillos profanos, á los Martínez y comparsa, convidados espurios, que hubiera dicho el tío Frasquito, que cuidaría muy bien ella de barrer de sus salones, en cuanto la caritativa empresa de socorrer à los heridos del Norte, hubiera dado un buen tanteo á sus repletas bolsas.

Las cuadrillas del minué y la pavana, las figuras de la zarabanda y la chacona, estaban ya muy vistas y habían servido mil veces en aristocràticos salones, como protesta de ascendrado españolismo contra el intruso D. Amadeo. Celestino Reguera propuso la idea de representar una alegoría de España, en que parejas de damas y caballeros habían de lucir los trajes característicos de las diversas provincias. El proyecto fué desechado por Currita.

—¡Jesús, Reguera,—dijo....Parecía eso un curso de Geografía!

Tonito Zepeda miró desdeñosamente al pintorcillo, y propuso uno de esos espectáculos que constituyen jalones de la época en que se verifican: imitar la peregrina idea de la princesa de Segan que había resucitado en París las fábulas de Esopo, dando un gran baile de trajes, en que recibía ella vestida de pava real, y acudieron todos los invitados representando cada cual un animalito. El, Tonito Zepeda, había llamado mucho la atención con su traje elegantísimo de sapo verde. La idea no era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

nueva, pero estuvo à pique de seducir á Currita; hubiérale gustado mucho vestirse de gata blanca con botas color de rosa.

Mas Jacobo, con la prudencia con que moderaba todos los gastos de Currita, desde que metía èl la mano hasta el codo con sus arcas, desechó terminantemente el proyecto, imponiendo más bien que presentando otro más econòmico y también más bueno.... Dos cuadrillas imitando las piezas de un juego de ajedrèz, blancas y negras, y una partida jugada por ellas en forma de contradanza: Luis Fonseca su compañero de embajada, habíalas visto jugar así en Cochinchina cuando las fiestas en honor de Phara-Norodon, rey de Cambodge. El proyecto fuè aceptado con desdeñosa condescendencia por parte de Tonito, con sumisión entera por la de Currita, y Celestino Reguero quedó encargado de traer al día siguiente dibujos para el traje de la dama, que habia de representar la reina blanca, y un soberbio juego de ajedrez trabajado admirablemente en el Japon, cuyas grandes piezas de marfil podian ser copiadas en los demás trajes de la cuadrilla.

Currita titubeaba en la elección del módelo, y Jacobo, con la autoridad delegada que ejercía en aquella casa, como amigo íntimo de Villamelón y primo cuarto de la Condesa, hízola decidirse al punto por uno cualquiera, el más barato.....Currita obedeció sin hacer ninguna observación, sin replicar una palabra: conocíase á las claras que estaba supeditada por completo á aquel hombre, que él era allí el amo, y todos en casa, desde Villamelón hasta D. Joselito, desde la Albornoz misma hasta la última fregona, obedecían servilmente sus ordenes, adivinaban sus deseos y amoldaban á sus caprichos sus gustos propios. Sólo dos séres los más débiles é indefensos, Paquito y Lilí, resistían á la voluntad omnipotente del desvergonzado parásito, à quien el instinto de álgel de ámbos niños representaba siempre, como un reptil bañado por los rayos del sol, brillante á la vez que asqueroso.

Un día, á poco de haberse ingerido Jacobo en la amistad íntima del matrimonio, pintaba Currita en su estudio un retrato que decía ser de Byron, el poeta querido que en cuadros, bustos y estàtuas, tenía representado por todas partes; pero que era en realidad la imágen de Jacobo perfeccionada por Reguera, ceñida la frente de laurel y abierto hasta la mitad del pecho el ancho cuello de su camisa escocesa á la antigua. Los dos niños, embobados, de pié á un lado y otro de su madre, miraban en silencio correr el pincel de la mada, que con cierta complacencia íntima daba los últimos toques al airoso y nervudo cuello del Byron de contrabando. De pronto, Lilí, con esa expresión séria y meditabunda que toman á veces los niños, dijo á su madre:

—Mamá...—¿Tú por qué quieres tanto al tío Jacobo?.....

La Condesa se volvió sorprendida, apoyada en el tiesto, y hasta llegó á inmutarse algo;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más reponiéndose al punto, dijo con mucho cariño:

—¿Pues no le he de querer, hija...—Si es mi primo.... tu tío ....

La niña movió la cabecita haciendo un mohin de duda.

—¡Si!—dijo ...Yo también quiero al primo Bautista y al primo Carlos....Pero más que á tí y á Paquito, ¡no...no...no! .....

Y se echó á llorar amargamente con el corazón encogido, escondiendo la preciosa carita en el seno de su madre, como si buscase allí lo que encuentra la más pequeña golondrina en el fondo de su nido; el calor de la ternura materna. Paquito nada hab a dicho; púsose muy encarnado, con ese santo carmín con que el pudor intintivo tiñe las facciones de la inocencia y destrozando entre sus deditos sin darse cuenta de allo, una anforita romana, extraña lacrimatorio de vidrio que había sobre una mesa, ocultó con varonil esfuerzo las gruesas lágrimas que le brotaban de los ojos.

En otra ocasión, algunos meses más tarde, acercábase el día del santo de Currita, diez de Octubre, fiesta de S. Francisco de Borja. Los dos niños tramaban juntos una conspiración para dar una sorpresa á su madre. Paquito, en quien comenzaban á revelarse sus notables disposiciones para la pintura, especialmente de retratos, había pintado al pastel uno de su padre, un Villamelón deforme, color de zanahoria, que parecia tener el carrillo izquierdo hinchado, pero que no por eso dejaba de tener con el original un más que mediano parecido. Era lo más notable del retrato la parte de la frente y la cabeza, en que el niño había copiado fielmente la escasa cabellera de su padre, partida con una raya por en medio, y formándole sobre ambas orejas dos pequeños cuernecitos á la Napoleón III, que había alargado más de lo conveniente la impericia del artista. Lilí por su parte, había hecho con ayuda de Miss Buteffull, que estaba en el secreto, un marco de piel de Rusia, con flores de realce, y reuniendo ambos su trabajo quedó completo el regalo; al pié de éste, escribió Miss Buteffull con su mejor letra inglesa:—*A su querida mamá en el día de su santo.*—y lo firmaron ambos niños, *Lilí Paquito.*

¡Oh! la obra era magna, había costado mucho, y preciso era que los autores se cobrasen, presenciando por completo la alegre sorpresa de su madre.....Llegó el ansiado día, y ocultado Lilí bajo su capita de pieles el magnífico regalo, entráronse ambos niños á hurtadillas en el estudio de su madre: allí solia venir ella todos los días antes de almorzar, bastante después de las doce, y era la ocasión más apropósito para darle la sorpresa. En el caballete de Currita, sobre el cuadro mismo que estaba pintando, colocó Paquito con sumo cuidado su obra maestra.....Luego, riéndose como angeles del cielo, con la agitación de las grandes espectaciones, con la candorosa confianza en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el màs santo de los cariños, corrieron presurosos à ocultarse entre los innumerables cachivachis, debajo de una papelera antigua de acero, ocultos por un gran tapiz que tenìa unas figuras muy largas, muy secas, muy feas; las tres Párcas....Veíase desde allí el caballete, destacándose en medio el monigote, y los dos niños, muy agazapados, muy juntitos, apretándose el uno contra el otro, contemplaban su obra.

—¡Qué bien està!—decía Lilí.

Pasó media hora; Lilí se impacientaba y estiraba las piernas.

—No viene.—decía.

—¡Calla, tonta!....

Sonó ruido; Lilì dió un codazo á su hermano, susurróle al oído:—¡Ya viene!—y se encogió mucho, mucho....

Y venía en efecto; pero no venía sola...Venía con ella el tío Jacobo, hablando de cosas que ellos no entendían.—¡qué fastidió!—deudas que era menester pagar, acreedores que querían cobrarse, una firma que era necesario sorprender à Villamelón, al pié de un pagaré por tres veces protestado....Un préstamo, un mero préstamo pagadero al verificurse la Restauración, cuando pudiera él cobrar lo que le habían valido ciertos misteriosos papelitos...

Jacobo hablaba con voz desmayada, y animabale Currita, muy alegre, muy satisfecha, diciendo á todo que sí, que no tuviera cuidado....De pronto miró al caballete.

—¿Qué es eso?....

Los niños no respiraban y apretábanse mucho, muy pegaditos, muy pegaditos....Sonó entònces una carcajada.

—¿Has visto?....

Otra risa de hombre, la del tío Jacobo y la madre, con una risa que desconcertó por completo á los niños, porque no era la risa alegre, tierna, agradecida, robosando amor y ternura de madre que ellos esperaban; sino una risa acre, burlona, desvergonzada, que les recordaba sin saber por qué, la que usan para insultarse las mujeres malas de la calle.

—¡Qué ocurrencia!...—¡Pobres criaturas!... ¡Y qué feísimo está el babieca!...Mira, parece que tiene dolor de muelas. ¡Qué delicia?...

—Y el chico le coronó de firme....

—¡Pues es verdad!...

Hubo entónces un infame cuchicheo de risas y palabras entrecortadas...Algo cogieron de una mesa, algo pusieron en el retrato, y de nuevo resonaron aquellas carcajadas que hacían daño.

Los niños nada decían; habíanse apartado el uno del otro como si temieran comnnicarse sus impresiones, y estaban allí acurrucados, quietos, muy calladitos...muy calladitos...

Un criado entró en el estudio anunciando que el almuerzo estaba servido, y Jacobo y Currita se fueron á poco sin volver á ocuparse más del regalo de los niños.

Paquito salió el primero: tenía el aire de un chico que ha sentido en una pesadilla un peso enorme, que no ve, ni palpa, ni compren-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de pero que le oprime y le anonada, y le deja el pecho jadeante. Lilí salió después y se le quedó mirando; los dos se acercaron al retrato.

—¡Uy!—dijo Lilí desolada. ¡Lo que le han puesto!...

Una mano infame había trazado con carbón de diseñar en los dos ricitos del retrato, la prolongación más sarcástica, el insulto más villano.

El niño se puso muy rojo, luego pálido, muy pálido. Cogió el retrato, escondiólo bajo el gabán, y fuése hácia la puerta sin decir palabra. Lilí se puso á llorar: entónces volvió el niño y le dió un besito.

—No llores,—tonta....

El no lloraba: estaba muy serio, con las naricillas pálidas, la boca seca, blancos los labios...Empinó el dedo y dijo mirando á la alfombra:

—Y no digas nada á Mademoiselle...—¿Sabes?...Nada, nada...Yo me voy á mi cuarto.

Y se fué á su cuarto el inocente, y allí, en aquella soledad en que nadie había de consolarlo, lloró á lágrima viva, lloró á raudales... Porque sentía una pena profunda que lo destrozaba el corazón sin comprenderla, como destroza las entrañas sin dar la cara un cáncer oculto, porque sentía una vergüenza por decirlo así anónima, que le hacía ocultar el rostro bañado en lágrimas en la blanca almohadita...¿Y por qué, por qué sentía él aquella vergüenza si era bueno, y amaba á su padre y

á su madre, y adoraba á Lilí, y tenía siempre notas de sobresaliente, y le rezaba á Dios todos los días, y también á la vírgen Santísima que estaba allí delante, en un cuadro, con el niño en los brazos?.....

Se serenó un poco. ¡Oh! que feliz debió de ser aquel niño divino, con poder llamar aquella madre tan pura, ¡Madre!... ¡Madre!....

Muy pocos días después, Currita retiró repentinamente á su hijo del colegio de Nuestra Señora del Recuerdo. Contaba ya el niño doce años, y el P. Rector manifestó á su padre un día de visita, que era menester disponerle para recibir la primera comunión. Currita no estaba delante, y Villamelón se apresuró á aprobar la idea. Queria él ante todo, que su hijo fuese cristiano.

—Y no crea V., P. Rector, esto me viene de casta. Mi mujes es pariente de S. Francisco de Borja, y yo lo soy de Sta. Teresa, y por los Benedetti, de S. Francisco Caracciolo...

¡Ah! los Villamelón habían sido siempre piadosos.....Celebraban todos los años una novena á San Roque, abogado de la peste, en Quintañar de Oreja, donde tenían pasesiones. El era patrono de la Iglesia, y tenía facultad para nombrar al Párroco. ¿Ud. me entiende, P. Rector? .....

El Rector lo entendió muy bien, y confiando en S Francisco Caracciolo, dió otro paso adelante; la fiesta de la primera comunión había de celebrarse el dia diez y nueve de Marzo, día de San José, y parecía natural, era muy

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conveniente, sería muy edificante, que él, padre del niño, y la señora condesa, su madre, le acompañaran á la Sagrada Misa. También aceptó Villamelón.

—¡Sí, señor, P. Rector, comulgaré con mi hijo!....Mi santa madre le decía: conviene tener con Dios ciertas atenciones. ¿Usted me entiende? ...Y además, esas escenas de familia me conmueven; yo aspiro á una familia patriarcal.....Mi madre era una santa; mi mujer es un ángel, que se mira en mis ojos y no tiene voluntad propia; Curra, esto; Curra, lo otro; eso hace. ¿V. me entiende, P. Rector?...

El Rector, que era escrupuloso, no se atrevió á decir que entendía por miedo de soltar una mentirilla, y Villamelón prosiguió con el aire de un monarca que se brinda á ser padrino de un pordiosero:

—Pues nada, P. Rector; comulgaremos los dos con el niño, y yo, no crea V., vendré de uniforme.

El Rector, que cazaba largo y veía venir las cosas de lejos, previnole que sería conveniente vinieran ya los dos confesados al colegio, porque los Padres de allí andaban siempre faltos de tiempo, y quizá les fuera imposible despacharlos.

—Corriente, P Rector, corriente...Yo tengo mi confesor fijo; nunca me he confesado con otro....El P. Pareja; excelente sujeto. ¡Un santo, P. Rector, un santo. ¿Vd. me entiende? .....

El P. Rector lo entendió tan bien, que estuvo á pique de soltar la risa. El P. Pareja, confesor ordinario del señor Marqués, hab a muerto diez años antes.

Villamelón volvió á su casa muy satisfecho, y refirió à Currita el compromiso que había contraido. Ella, con la rápida percepción de su claro entendimiento, comprendió al punto todo lo grave del compromiso, y una idea horrible, la del sacrilegio, cruzó por su mente cual un pàjaro siniestro ...Mas se detuvo asustada ante ella, porque áun la mala mujer española es rara vez impía; allá en el fondo de su corazón cree siempre y teme, y menos aterra el sacrilegio á la falsa devota que á la francamente escandalosa. Su fecunda imaginación ofrecióle al punto otro expediente digno de la Superiora de Port Royal, la mística jansenista Sofía Arnauld.

—¿Pero qué estás diciendo, Fernandito?... ¿Comulgar un niño de doce años?...Qué barbaridad!...Eso es una irreverencia y yo no puedo permitirlo.

Villamelón abrió la boca espantado.

—Pero mujer, Curra. ¿sabes?..Si el P. Rector dice que sí .....

—Pues yo digo que no...—¡Nadie comulga en Francia ántes de los catorce años...lo ménos!

—Pero como estamos en España....

—Mira, Fernandito, vida mía; te he dicho que no hables en ninguna parte...Eso no es cuestión de clima. ¿Te enteras?...De modo que mañana vuelves al colegio, y le dices á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ese señor Rector de mi parte, que yo no permito que Paquito comulgue, sin estar convenientemente preparado...¡He dicho!

En vano alegó el P. Rector que el niño lo estaba de sobra, que aquel rigorismo francès era un resto del jansenismo, que las indicaciones de la Iglesia y el celo del clero habían ya hecho desaparecer por completo, y que era una maldad, un verdadero delito, privar por tanto tiempo á una alma inocente del auxilio de un sacramento que obra *ex opere operato*... Villamelón se encogía de hombros no comprendiendo bien de qué *óperas* se trataba; los astutos escrúpulos de Currita no cedían, y sospechando el P. Rector la hipócrita hilaza, dijo terminantemente que de seguir el niño en el colegio comulgaría el día de San José, sin el permiso de sus padres. Indignóse con esto Currita, y para evitar la horrenda profanación, apresuróse á retirar al niño.

Entónces comenzó el inocente á fijar su candorosa atención en las extrañas escenas que pasaban en su casa. Solo casi siempre el pobre niño, escapábase á las caballerizas, donde pasaba la mayor parte del día entre lacayos y mozos de cuadra, escuchando conversaciones que al principio le hacían enrojecer y acabaron por hacerle reír, á medida que se le iba encalleciendo el pudor, especie de epidérmis delicadísima que preserva la pureza del alma. El enano D Joselito le divertía mucho, y á él acudía con dudas misteriosas que el malvado pigmeo se apresuraba á resolver, poniéndole

de manifiesto secretos tan curiosos, como los que descubría á su discípulo el Diablo Cojuelo, el impuro y asqueroso Asmodeo.

El niño iba atando cabos.

Vino entónces á la corte una famosa compañía dramática francesa, y Currita mandó reservar el abono de un palco, para que fuesen los niños todas las noches al teatro. Hablaban aquellas criaturas un francés tan chabacano, tan de provincia, que era preciso aprendiesen de viva voz el puro acento parisiense. En aquella escuela de acento y de prosodia siguió el niño atando cabos, y un día después de una larga conversación con D. Joselito, en que el maldito enano tanteó todo lo que podía esperar su codicia de aquel ánimo generoso, si conseguía iniciarle de una vez y guiarle más tarde por los laberintos del vicio, el niño ató el último cabo!.... Desde entónces varió de caracter; había visto más de lo que esperaba ver, y una gran vergüenza clara ya y distinta, y un odio feroz, implacable y reconcentrado, nacieron á la vez en su corazón, impidiéndole aquella levantar los ojos delante del último lacayo, haciéndole éste afilar en silencio el puñal de su rencor, para cuando él fuera hombre, para cuando él mandara en su casa!....

Su padre le inspiraba desprecio, su madre despego, y sólo seguía adorando á Lilí, único ángel que quedaba ya en la casa. En cuanto á Jacobo, evitaba su presencia en lo posible, y mas de una vez sorprendió Currita con verda-

dero miedo en los ojos del niño, una mirada de rencor profundo que relucía entre sus largas pestañas rubias, como un acero al salir de la vaina. Dedicóse entónces con ardor á la pintura, y pasaba largas horas pintando en su caballete, teniendo á Lilí sentada á su lado, cual si fuese el ángel de su guarda. Así los sorprendieron aquel día los que para trazar el plan del baile de trajes entraban con Currita, y los niños, resistiendo á la curiosidad, permanecieron en su rincón callados é inmóviles. Mas cuando Celestino Reguera comenzó á formar sobre el tablero maqueado las magníficas piezas del ajedrez, y se puso Jacobo á explicar el pintoresco modo como habían de moverse al jugar la partida, las personas que las presentaran, Lilí no pudo resistir á la tentación, y aproximóse al grupo de puntillas, haciendo señas silenciosas á su hermano para que viniese. ¡Era aquello tan bonito!.....

El niño se decidió al fin, y levantóse para mirar un momento con la paleta en una mano y el tiento en la otra. Había crecido mucho, iba ya á cumplir trece años y prometía ser muy lindo de cara, y de cuerpo esbelto á la vez que fornido. Acercóse al grupo sonriendo á Lilí, y púsose á mirar, empinándose un poco, por detrás de su madre y al lado mismo de Jacobo. De repente, en el calor de su explicación, hizo éste un brusco movimiento con el brazo y pegó en la paleta del niño; desprendiósele ésta con fuerza de la mano, y fué á caer sobre la manga izquierda de Jacobo,

manchándosela de pintura. El muchacho retrocedió un paso poniéndose lívido.

Volvióse Jacobo colérico, soltando impaciente una sucia palabrota, con esa obscena grosería que se oculta con frecuencia bajo las pulidas formas sociales de ciertos hombres, y brota expontáneamente en cuanto la excita la ira, ó la impulsa una confianza sin decoro. El chico, al oirla, miró iracundo á su madre y á Jacobo, haciendo un gesto amenazador, en que veia palpitar al hombre bajo la frágil envoltura del niño.

—¿Qué—gritó Jacobo desafiándole. Nadie te ha llamado aquí.....¡Vete!....

Inyectáronse en sangre los ojos del niño, y dió tan fuerte golpe con el tiento, que lo rompió en dos pedazos.

—¡No me da la gana!—gritó.

Jacobo hizo ademán de lanzarse á él, mas Currita le detuvo asustada...El niño, ronca la voz por la ira, breve y cortada como la de un calenturiento, volvió á gritar:

—¡No me da la gana!...—¡Vete de aquí!... ¡Aquí no mandas tú!...¡Esta no es tu casa!....

Y se detuvo jadeante, sin voz, en medio de un silencio siniestro, parecido al que reina en la tempestad entre ráfaga y ráfaga...Jacobo habia vuelto con los puños apretados, tartamudeando entre sus labios blancos de ira:

—Está pidiendo un cachete.....

No terminó la frase: con la fuerza y prontitud que caracterizan al león en su ataque, con la sanguinaria avidez con que el cachorro de

un tigre, se arroja sobre su primera presa, lanzóse el niño á Jacobo, clavándole las uñas en la gargante, dàndole cabezadas en el rostro, pateándole todo el cuerpo con las robustas piernecillas, que parecían tener músculos de acero. Sorprendido Jacobo rechazó el brusco ataque, separando al niño con un poderoso esfuerzo de sus nervudos brazos, y arrojólo lejos de sí, cual si fuese un saco de arena, á cuatro pasos de distancia; su cabeza fué à chocar contra un enorme jarrón japonés, de bronce antiguo, que despidió un sonido metàlico.

Con los ojos dilatados de terror, pùsose Lilí á su lado de un salto, y levantó entre sus manos la lívida cabecita. Celestino le cogió en sus brazos y llevòselo apresuradamente fuera de la estancia.

Quedò Lilí arrodillada en la alfombra, mostrando á su madre sus manitas ensangrentadas, tartamudeando con la opaca vibración de un terror sin medida.

—¡Sangre!...—Mamá ...¡Sangre!....

IV.

Pedro López creyó sucumbir de plétora de inspiración, al dar cuenta en *La flor de Lis* del gran baile de *ancha base*, celebrado el lúnes de Carnaval en casa de los excelentísimos señores Marqueses de Villamelón....Hay situaciones, hay espectáculos que el hombre comprende y admira con su instinto, pero no puede describir ni comentar con su talento: en tales casos, el poeta màs grande, el escritor más maestro, es el que exhala el grito más natural, la exclamación más vehemente.....Por eso juzgó Pedro Lòpez la mejor manera de describir el mágico baile, estampar al frente de una cuartilla un—¡¡¡¡Oh!!!!—profundo, un verdadero *do* de pecho literario, y dejar todo lo de màs en blanco .....

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un tigre, se arroja sobre su primera presa, lanzóse el niño á Jacobo, clavándole las uñas en la gargante, dàndole cabezadas en el rostro, pateándole todo el cuerpo con las robustas piernecillas, que parecían tener músculos de acero. Sorprendido Jacobo rechazó el brusco ataque, separando al niño con un poderoso esfuerzo de sus nervudos brazos, y arrojólo lejos de sí, cual si fuese un saco de arena, á cuatro pasos de distancia; su cabeza fué à chocar contra un enorme jarrón japonés, de bronce antiguo, que despidió un sonido metàlico.

Con los ojos dilatados de terror, pùsose Lilí á su lado de un salto, y levantó entre sus manos la lívida cabecita. Celestino le cogió en sus brazos y llevòselo apresuradamente fuera de la estancia.

Quedò Lilí arrodillada en la alfombra, mostrando á su madre sus manitas ensangrentadas, tartamudeando con la opaca vibración de un terror sin medida.

—¡Sangre!...—Mamá ...¡Sangre!....

IV.

Pedro López creyó sucumbir de plétora de inspiración, al dar cuenta en *La flor de Lis* del gran baile de *ancha base*, celebrado el lúnes de Carnaval en casa de los excelentísimos señores Marqueses de Villamelón....Hay situaciones, hay espectáculos que el hombre comprende y admira con su instinto, pero no puede describir ni comentar con su talento: en tales casos, el poeta màs grande, el escritor más maestro, es el que exhala el grito más natural, la exclamación más vehemente.....Por eso juzgó Pedro Lòpez la mejor manera de describir el mágico baile, estampar al frente de una cuartilla un—¡¡¡¡Oh!!!!—profundo, un verdadero *do* de pecho literario, y dejar todo lo de màs en blanco .....

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mas allá por la madrugada, cuando retirado en la *serre* tomaba apresuradamente algunas notas, acercósele Butrón rendido y satisfecho como el caudillo después de la victoria, y adelantando la torneada pierna que el calzón corto y la media de seda negra ceñían por completo, haciendo ondular con juvenil garbo la airosa capa veneciana, díjole con entonación solemne, con misterio profundo, metiéndole la punta de la nariz dentro de la oreja izquierda:

—¡López!...—¡Mucho ojo!... Su *compte rendu* de V. nos asegura el triunfo..Que toda esa gentecilla cursi vea su nombre en *La flor de Lis*, ensalzada por el *reporter* elegante de los salones, y es nuestra para siempre...¡La García Gómez, encantadora!...Esta que viene aquí, un portento; la Victoria Colonna de este siglo....

Y atento y obsequioso corrió á estrechar la mano de la Victoria Colonna del siglo XIX, una jamona muy madura, de metro y medio de largo y doce arrobas de peso, vestida de Safo, con corona de mirtos en la cabeza, lira de latón dorado en la mano y en la chata nariz,—¡Manes de Phaon, estaos quedos!—gafas de oro!....

Era la Excma. Sra. D.ª Paulina Gómez de Rebollar de González de Hermosilla, eminente literata, poetisa afamada, á quien Butrón había echado el ojo para secretaria de la Junta de señoras.

La redada había sido en efecto completa, y calificábala Butrón de *pesca milagrosa:* el caritativo anzuelo de socorrer á los heridos del Norte había prendedido en todos los corazones, verificando la fusión deseada, y el heterogéneo personal de la Asociación de señoras quedó reclutado, faltando tan sólo organizarlo. Triunfante Butrón y rejuvenecido, felicitaba á unos, animaba á otros, multiplicábase por todas partes tendiendo siempre la caña, y entre el calorcillo de la cena y el humo de las satisfacciones, estuvo á pique de desquiciarse aquella cabeza tan firme, hasta el punto de pasar por ella la idea de invitar para el cotillón á la Excma. Sra. D.ª Paulina Gómez de Rebollar de González de Hermosillo. Un extraño rumor que comenzaba á circular por los salones, vino á detenerle al borde de aquel abismo, más profundo que el agitado mar, sepulcro de la Safo auténtica, al pié de la roca de Léucades.

Susurrábase que allá en un apartado gabinete, había surgido un lance de honor entre dos personajes de mucha cuenta. Azorado Butrón corrió á informarse por sí mismo, temeroso de que aquel incidente imprevisto viniese á romper los lazos de unión con tanto trabajo anudados. Acercóse á un grupo; en medio perorraba Gorito Sardona, vestido de peón de ajedrez y muy enterado del caso; habíalo él presenciado todo y era uno de los contendientes el tío Frasquito.

—¡Polaina!—exclamò Diógenes. ¿Y á qué es el duelo?....¿A tijera ó á aguja?....

—Algo parecido anda de por medio,—replicó Gorito.

Y prosiguió diciendo con grandes ponderaraciones y mucho misterio, que el otro contendiente era Sir Roberto Beltz, capitan de guardias agregado à la embajada inglesa, hombre muy posma, muy preguntòn, muy aficionado á investigar el por qué de todas las cosas, y metódico y ordenato hasta el punto de reirse por la mañana de los chistes oidos la noche ántes.

Al oir hablar de Sir Roberto Beltz, hizo Diógenes un gesto como si le asaltara gran tentación de risa, y quedose sin embargo muy serio escuchando la narración del gomoso. De ella resultaba que el tio Frasquito habia observado con sorpresa al principio, con recelo luego, y con inquietud más tarde, que Sir Roberto Beltz le seguía á todos lados sin perderle un momento de vista; atribuyólo al pronto á la admiración que pudiera causarle su magnífico traje de gran mandarin, capaz de despertar las envidias del Mikado, porque era el tio Frasquito el feliz mortal que habia tenido la honra insigne de figurar como rey blanco al lado de Currita en la famosa partida de ajedrez que acababa de representarse. Mas al terminar ésta encontróselo repetidas veces entre los frecuentes apretones del baile, rozándole siempre con intención muy marcada y sacudiéndole en dos ocasiones.

—¡Unos codazos,—decía la víctima en su capitulo de cargos, horrrorrrosos, horrrorrrosos! ...Ni más ni ménos que si pretendiese averiguar si sonaba yo á hueco.....

Y algo más tarde, hallándose el venerable mandarín hablando con unas señoras, un poco inclinado hácia delante por estar ellas sentadas, acercósele Sir Roberto con mucho disimulo, oculto entre el gentío, y sin provocación ninguna, sin objeto alguno justificado, ¡zas! hundióle con flema británica hasta la cabeza un alfiler en la nalga izquierda ...

—¡Majadero!—exclamó Diógenes. Si le dije era la derecha.....La derecha es la del corcho .....

Y en medio del pasmo de todos y de sus risas después, explicò entónces Diógenes el enigma ...Mientras las cuadrillas de ajedrez bailaban, hallábase Sir Roberto Beltz al lado de Diógenes mirando con grande atención al tío Frasquito, que muy ponposo y satisfecho en su papel de rey, movíase con pausa y majestad sobre el tapiz á cuadros rojos y blancos, que representaba el tablero.

—¿Quién es ese joven?—preguntó à Diògenes.

—¿Joven?—¡Polaina! .....Dos años me lleva á mí y tengo sesenta y tres, con que ajuste V. la cuenta.

Estiróse la cara de pasmo perpetuo de Sir Roberto, y Diógenes acrecentó su asombro añadiendo muy serio:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ahí donde lo ve V. lleva en el cuerpo treinta y dos cosas postizas.

—¡Oh señor de Diógenes! ... —Usted estar un andaluz muy crecido....

—Que nò?...— Pues vaya V. contando....

Y comenzó á ennumerar los componentes que suponía en el tío Frasquito la leyenda, acabando por poner en el catálogo la nalga de corcho. Sir Roberto, asombrado, creyendo encontrar un nuevo modelo de *hombre elástico* que colocar en el British Museum, quizo aplicar al hallazgo su mètodo experimental, y recibió en cambió un espontàneo abanicazo que en la irascibilidad de sus nervios exitada, le sacudió el tío Frasquito con su abanico de mandarin, en lo alto de la cabeza.

La sangre no llegó, sin embargo, al río; intervino Currita muy indignada contra las zafias bromas de Diógenes, y puso fin á la contienda apoyándose en el brazo de Sir Roberto Beltz, para dar una vuelta por la *serre*, y encargando antes al tío Frasquito que convidase para el dia siguiente á comer con ella, á todos los que habian tomado parte en las dos cuadrillas, blanca y negra. Fernandito queria fotografiarlas en varios grupos y en sus respectivos trajes, para que publicasen luego un gran grabado de ellas en la *Ilustración Española y Americana*.

La comida fué divertidísima; Currita tuvo el capricho de mandar preparar à su cocinero un *menu* japonés, y todos se sentaron á la mesa con los mismos trajes japoneses con que en

diversos grupos y actitudes se habian retratado en la cabaña de Fernandito. A los postres tuvo el tìo Frasquito una idea nueva y felicísima, una verdadera inspiración nacida entre los pavores de su estómago agradecido, y acojida con estusiasmo por todos los presentes. Ocurriòsele para aternizar la memoria de aquel baile famoso, para grabar el recuerdo de aquellos trajes lujosísimos, para no separar nunca de su reina aquella aristocrática cuadrilla japonesa, reclutada por él mismo en los salones del Veloz Club, prolongar la mascara transformándola en una especie de guardia de honor que sirviese y acompañase á Currita por todas partes llevando una particular contraseña que la diferenciase del resto de los mortales... Currita aceptó encantaña la idea, y señaló como distintivo de la nueva orden de caballería, una corbata azul, color de la famosa liga de la Condesa de Salisbury, que dió pretexto á Eduardo III, segùn cuenta la leyenda, para fundar la antigua y nobilísima Orden de la Jarretiera. Brindóse la dama á regalar á todos la insignia de la nueva orden, y enviòle á cada uno una preciosa corbata azul de rica seda japonesa, sujeta con un alfiler formado por una gruesa perla, procedentes todas de un magnifico collar que habia pertenecido á su madre. El tío Frasquito fué nombrado por aclamación gran maestre de los ilustres caballeros, que tomaron el dictado de *Mosqueteros de Currita*. La cáustica satira madrileña, la mas sangrienta quiza que hemos cono-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cido, hízoles bien pronto cambiar de nombre. Carmen Tagle, profundamente resentida porque habiendo representado ella á la reina negra en la partida de ajedrez, no se había formado ninguna guardia en honra suya, comenzó á designarla la de su rival, por su origen japonés, con el nombre de *Mikado*.

—¡Ese, ese es el nombre propio!—gritó la Mazacán entusiasmada al oirlo. Lo natural y lógico es, que para guardar á la mona Jenny, se cree un cuerpo de *micos*.

Y desde aquel entónces quedó confirmado el cuerpo de mosqueteros, con la nueva denominación de *Micos de Currita*.

También el tío Frasquito conquistó en aquella escaramuza otro sobrenombre, que vino á aumentar ese largo catálogo de aquellos que prodigan la malignidad y la envidia con tan grande profusión, en la alta sociedad madrileña. La Duquesa de Bara hab ale encontrado gran parecido, vestido de mandarín con un retrato publicado en la *Ilustración* de Pan Hoci Pan, célebre literata china, y Pan Hoci Pan comenzó á llamarle desde entónces la inmensa falange de sus sobrinos legítimos y espurios.

Jacobo, con la egoista y rapaz avaricia con que moderaba todos los gastos de Currita, y la despótica autoridad que sobre ella ejercia, reprendióle agriamente aquel derroche de perlas; desperdiciadas en regalar corbatas á sus *micos*. Ella, ciega por la más temible y la más tupida de todas las vendas, y temerosa siempre de verse privada de las luces y consejos de aquel hombre, que llenaba la estensa cavidad de su corazón y satisfacia las inmensas proporciones de su vanidad, resolvió entónces para desagraviarlo, hacerle el treinta de Abril, dia de su cumpleaños, un magnífico rogalo. Iluminó, pues, con ayuda de Reguera, una gran fotografía en que se hallaba representada ella misma con su rico traje de reina japonesa, y encargó dibijos para un marco suntuoso que habia de ejecutar en oro, plata y pedrería, Marzo y Ansorena. Los dibujos, sin embargo, no la satisfacían, el treinta de Abril de acercaba, y apremiada por lo breve del plazo, desesperaba ya de ver realizado su proyecto. Propúsole entónces Celestino Reguera comprar un marco antiguo, de plata cincelada, que procedente de cierta casa ducal muy conocida, estaba de venta en la Exposicion de arte retrospectivo. Currita se dió una palmada en la frente.

—¡Tonta de mí!—dijo. Si no se necesita; si tengo yo aquí mismo, en casa, al alcance de la mano, algo mejor y más rico que cuanto pudieran ofrecerme.

Con la viveza de una niña que corre á satisfacer un soñado capricho, atrevesó Currita los vastos departamentos del palacio, en que resplandecía por todas partes el lujo y la moficie, y llegó á uno de sus extremos, ala de honor en otro tiempo, habitada entónces por la servidumbre. En una especie de rotonda adornada con antiguas pinturas al fresco, ya del todo desteñidas y borradas, abríase una gran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puerta de roble con herraje de bronce y bellos tableros de talla. En vano imtentó la Condesa levantar con sus delicadas manecitas el enorme pestillo cincelado: estaba la llave echada. Acercóse entónces á la salida de un corredor que daba á la cocina, y gritó muy impaciente:

—¡German!...¡Basilio!...—¿No hay nadie?...

Acudió German muy presuroso y extrañado de encontrar á la señora Condesa por aquellos andurriales.

—La llave de aquí—dijo ella.

German se encogió de hombros. ¿Quién iba á saber donde estaba aquella llave?

—¡Pues buscarla en seguida!—gritó Currita. ¡Pregunte V. á D. Joselito, en la contaduría, en todas partes!.....¡Jesús! ¡Qué fastidio!.....

Y daba pataditas en el suelo llena de impaciencia, mientras German se lanzaba presuroso por todas las casas en busca de la llave. Volvió al fin después de un cuarto de hora, trayendo una muy grande, llena de orin, con un tarjeton de pergamino colgando, en que se leía:—*Oratorio*—La llave entró rechinando en la cerradura, y en vano forcejeó German para hacerla dar vueltas; preciso fué sacarla de nuevo untar las guardas con aceite, é introduciendo un palo por el ojo giró al cabo al sexto ó septimo empuje. Otros dos ó tres vigorosísimos que dió German con todo su cuerpo sobre una de las hojas, hicieron girar á ésta lentamente, dejando escapar una bocanada de viento húmedo: el interior estaba oscuro.

—Espere V. aquí—dijo Currita con cierto airecillo de miedo.

Y adelantóse ella con las manos extendidas para no tropezar, cerrando los ojos un momento para poder acostumbrarse á aquellas tinieblas. Algunos reflejos de ténue luz entraban por dos altas y rasgadas ventanas laterales, cubiertas ambas con grandes cortinones de rojo damasco, desteñido y empolvado. Currita quiso descorrer uno de ellos, tirando violentamente del cordón de seda que á lo largo de la pared bajaba desde lo alto; mas la cortina rechinó sin descorrerse, y podrido sin duda el cordón, rompióse por arriba, cayendo sobre Currita enroscado, cual si fuese una larga y enroscada serpiente. La dama dió un chillido y una nube de espeso polvo se desprendió al mismo tiempo, y dos murciélagos salieron de entre los pliegues del brocado, y comenzaron á revolotear de una á otra parte.

—¡German!—gritó Currita muerta de miedo.

Y disimulando al verle entrar su repentino azoramiento, añadió huyendo del malhadado cordón, cual si fuese en realidad una serpiente.

—¡Jesús, hombre, qué torpeza!...—Acabe V. y descorra esa cortina ...

Con gran trabajo y tirando de los dos cordones á la vez con sumo tiento, pudo German descorrer la contraria, y asustada por la luz salió entónces del altar una gallina, y echaron á correr dos ó tres pollos cacareando, entrán-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dose por una puertecilla entreabierta, que á la derecha del retablo hebía. Currita miró á German estupefacta, y éste, conteniendo á duras penas una carcajada, que le pareció falta de respeto á su ilustre dueña, contestó muy grave:

—El cocinero encierra aquí á los que ha de matar, para tenerlos más á mano.

—¿Pero por dónde los mete?...—¡Si estaba la puerta tan atrancada! .....

—Por la otra puertecilla de la sacristía, que da junto á la cocina.

—¡Ya!....

Penetraba la luz por los sucios y empolvados cristales escasa y como avergonzada, mas era suficiente para iluminar aquel cuadro desolador de impío abandono....Era el oratorio una preciosa capilla de alta bóveda pintada al fresco, construida con grande gusto y riqueza, á fines del siglo XVII. Hallóse en tiempos tapizada de arriba abajo con ricos paños de damasco encarnado, que caían entónces en sucios guiñapos á lo largo de las paredes, llenas de manchas y desconchones, como el rostro de un virolento: á trechos, veíanse encerrados en ricos marcos ya podridos, amarillentos pergaminos en que constaban las innumerables gracias y privilegios concedidos por los Sumos Pontífices, á los fundadores de la capilla. La rica talla algun tanto churrigueresca del ratablo, desaparecía bajo un espesa capa de polvo y de telarañas, y las varias imágenes que ocupaban las hornacinas, pare-

cían tener esa palidez lívida, que indica en los hombres lo supremo del espanto. Sobre el altar, veíanse el ara rota, el tabernáculo hundido, y dos bellos ángeles que á un lado y otro sostenían ántes lámparas de plata, levantaban entónces sus manos vacías, crispadas, como anunciando la cólera del Señor. A los piés de la capilla, sobre un confesionario destrozado y varios reclinatorios rotos, hallábanse amontonados trastos viejos, muebles inservibles, y el armazón de un teatro en que había representado la Condesa, tiempos atrás unos famosos *cuadros vivos*. Sobre las dos gradas que formaban el presbiterio, había á la izquierda del retablo una especie de armario de cristales, embutido en la pared, donde se guardaban reliquias: allí se dirigió Currita, mandando á Germán que abriese la puerta. En la parte inferior, había varios estuches medio abiertos, que encerraban vasos sagrados, y tirada en un rincón, arrugada y hecha un hilo, una casulla de terciopelo negro, con ricos bordados de oro, que presentaban en primoroso realce las armas de la casa. Al verla Currita, acordóse instantaneamente de la última Misa celebrada en aquel recinto profanado: había sido quince años ántes, estando allí mismo, de cuerpo presente, la vieja Marquesa de Villamelón, madre de Fernandito: aún se veían á lo lejos entre los amontonados restos del teatro, las piezas del catafalco que había sostenido su cuerpo... Currita sintió una especie de escalofrío de miedo, y miró instintivamente al sitio en que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

solia oir todos los días Misa la anciana Marquesa: allí estaba su sillòn de terciopelo, hundido todo y destrozado, y delante el reclinatorio, conservando aún sus almohadones apolillados, las huellas de sus rodillas y sus brazos. Currita volvió bruscamente la espalda, como si temiese ver aparecer allí, pálida y airada, la sombra de la vieja dama. Estaba la parte superior del armario forrado de terciopelo rojo, bastante bien conservado, y sobre almohadillas del mismo terciopelo, hallábanse varios relicarios de plata, guardando huesos de santos: en un rincón, de piè contra la pared, había un objeto de más de una tercia de largo, envuelto en una funda de oscuro tafilete, roida toda de ratones, y esto fué lo que cogió Currita, sosteniéndolo por su mucho peso con ambas manos, y saliendo al punto de la capilla muy de prisa, azorada, como si hubiese cometido un robo en lugar sagrado.

A solas ya en su estudio, cuando abrió la destrozada funda, quedóse ella misma admirada: era aquello una preciosidad artística de valor inmenso, un marco de plata cincelada, obra admirable de orfebrería del siglo XVI, que ostentaba cual noble ejecutoria, esculpido en el pedestal de una de sus mil bellas figurillas, el nombre ilustre de Enrique de Alfe, autor de la custodia de Córdoba, y de la llamada Cruz antigua. Aquella maravilla servía, sin embargo, de marco á un objeto harto extraño é insignificante: sobre un fondo de raso blanco y cubierto por limpidísimo cristal

chaflanado, veíase sencillamente un harapo, un pedazo de burdo y roido sayal pardo. Por el reverso, cerraba el cuadro una gran chapa de plata, sujeta por finas tuercas, que no sin grandes esfuerzos consiguió destornillar Currita. Liados en blancos tafetanes, amarillos ya por el tiempo, halló dentro dos papeles, escritos con clarísima letra del siglo XVI, que sin esfuerzo ninguno podia perfectamente descifrarse. En uno decía: *Pedazo de la cogulla del Venerable siervo de Dios Fray Alonso de Luján, muerto en olor de santidad en su convento de Talavera de la Reina, á los 23 de Enero de 1590.*—Y á renglón seguido, con la candorosa arrogancia de los magnates de aquella época, firmaba sencillamente:—*Doña Catalina.*

¡Ya!—exclamó Currita muy admirada. ¡Con que *esto* era de *aquel*! ...

Y sus ojos fueron á buscar entre las mil preciosidades que adornaban el estudio, una admirable cabeza pintada por Pantoja, de un capuchino muerto, en cuyo rostro resplandecía esa serena calma que deja impresa la muerte, como señal de predestinaciòn, sobre la frente de los justos. Era en efecto aquella cabeza venerable, el retrato de Fr. Alonso de Luján, hermano del cuarto Marqués de Paracuellar, y había sido trasladado años atrás del oratorio á los salones de la casa, no como objeto de piedad, sino como monumento de arte.

En el otro papel hallábase copiada esta cláusula del testamento de doña Leonor Man-

rique de la Cerda, repartiendo entre sus parientes un habito de su primo hermano el V. P. Fr. Alonso de Lujan, religioso capuchino [1].—"Mi señora, la Duquesa del Infantado, escoja la pieza que le pareciere, y otra se dé al Conde de Saluatierra, y otra al Conde de Montijo, y otra a mi sobrina doña Catalina, Marquesa de Paracuellar, y el cordon se dé al Conde de Salinas, mi sobrino, que lo tenga y venere como cordón y reliquia de un tan venerable y santo varon como yo lo he tenido; y una cogulla que yo tengo del dicho P. Fr. Alonso, mando también á mi señora la Duquesa, y le suplico la dé cuando á su Excelencia le pareciere al Conde del Cid, y la pieza que su Excelencia escogiere, la dé al Duque de Bejar, de cuya casa era muy devoto el dicho P. Fr. Alonso."

Currita estaba admirada ... Mentira parecía que aquellas buenas gentes, tan grandes señoras por otra parte, tan famosos en la historia muchos de ellos, se repartiesen entre sí como joyas preciosas, el burdo sayal de un pobre fraile. ¡Lo que varian los tiempos! ... La buena de doña Catalina se habia gastado un dineral en fabricar una joya para su pedacito de cogulla, sin sospechar siquiera que habia de ahorrarle á ella en gastarlo en ...

Con una brusca sacudida echó fuera, sin tocarla, la reliquia, y puso después en su lugar

(1) Esta cláusula está tomada literalmente del testamento citado, sin otra variación que la de introducir en ella el nombre supuesto de la Marquesa de Paracuellar.

el retrato. Estaba perfectamente, y sólo con recortarle un poco los bordes, encajaría tan bien como si hubiese sido hecho el marco á su medida. Currita calculaba complacidísima el efecto, alejando de sí el retrato, y la mano con que lo sostenia fué á tropezar con el pedazo de cogulla del fraile: retiròla bruscamente, cual si hubiese tocado una brasa ardiendo, y miró con miedo, con espanto casi, la magnífica cabeza de Pantoja, que tan admirablemente expresaba sobre el lienzo, la imponente y serena calma de la muerte. Con los mismos papeles que encerraban la auténtica y la cláusula testamentaria, cogió la reliquia de Fr. Alonse, y sin tocarla, con un gesto que lo mismo expresaba la repugnancia que el miedo, el asco que el respeto, arrojólo todo en una preciosa cestilla destinada á recibir papeles para la basura. Arrepintiose al punto; habia oido ella que las cosas santas no deben tirarse, sino quemarse, y volviola á recoger todo de la misma manera para no tocar la reliquia, y fué á echarlo entónces en una chimenea encendida que ardía en un angulo.... Otra vez lanzó, sin poderlo remediar, una mirada de hurtadillas, con medroso recelo, á la pálida cabeza del fraile muerto.

Un fuerte olor acre y desagradable del paño que se quemaba, extendióse al punto por todo la estancia. En aquel momento entró Villamelón muy alegre y satisfecho, que volvía de Chamartín de la Rosa, donde en su preciosa quinta de *Miracielos*, estaba ensayando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con gran entusiasmo la incubación artificial de los huevos de gallina.

—¡Jesùs, hija qué mal olor!—exclamó deteniéndose á la entrada. ¿Qué has quemado?... Si huele aquí á infierno.

Currita se puso muy seria, muy enfadada y hasta un poco pálida.

—Mira, Fernandito—no digas tonterías.... No me gustan bromas con las cosas del otro mundo.....

Y como si fuese cosa de él, volvió à lanzar otra mirada furtiva y medrosa á la imponente cabeza de Fr. Alonso.

—Pero, hija, Curra,—¿Sabes? .. Que abran esa ventana; si huele aquí à chamusquina, á cuerno quemado.....

—Pues nada, hombre;—un pincel viejo que tiré en la chimenea....Vamos, dejemos ya eso. ¿Has visto á Lili?

Villamelón dió una gran palmada.

—¡Mujer!...—Se me olvidó.....

—¿Pues no te dije que fueras á verla?—gritó Currita muy colèrica.

—Pues nada, hija, se me olvidó...—¿Qué vamos à hacerle?.....

—¡Jesùs, qué hombre este!...—Se acuerda de ir á ver las gallinas y se olvida de visitar á su hija....

Porque el lector ignora aun, que ninguno de los dos niños estaba ya en casa....Cuatro días después de la escena que en el anterior

capítulo queda referida, cayó Currita en la cuenta y convenció á Fernandito, de que no pudiendo dedicarse ella exclusivamente á la educación de sus hijos como hubiera sido su deseo, era lo mejor enviar á Lilí al colegio que tienen en Chamartin las religiosas del Sagrado Corazón, y á Paquito al que por aquel tiempo tenían los jesuitas en Guichón, del lado de allá de los Pirineos.....Ni ella ni Jacobo habían tenido en cuenta, que en aquel mismo colegio se educaba Alfonso Telles-Ponce, el hijo de este.

Villamelón, muy contrito de su falta, prometió remediarla al dia siguiente, cuando fuese á Chamartin á inspeccionar los períodos de la incubación artificial, que ocupaba en aquella época toda su atención y todo su tiempo. Diógenes al saber las nuevas aficiones del ilustre prócer, había dicho:

—No hay que extrañarse....Está clueco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



V.

La cola que formaban los coches frente al palacio del Marqués de Butrón, cogia casi toda la calle de Hortaleza. atravesaba la red de de San Luis é iba á perderse en la de Montera. Los carruajes avanzaban lentamente, parábanse un momento, abrianse y cerrábanse con estrépito las portezuelas, y corrian luego á estacionarse en la plaza de Santa Bárbara. Los transeuntes detenianse extrañados, y quedábanse muchos contemplando aquella larga procesión de damas, rara en Madrid á la clara luz de las tres de la tarde. El Gobierno parecía alarmado: varios agentes de Orden público paseaban por la acera de enfrente. á lo largo del palacio, y algunos polizontes se mezclaban entre los curiosos ó trababan conversaciones con cocheros y lacayos, que charlaban entre sí desde los pescantes, designándose, según la clasica costumbre, por los ilustres nombres de sus amos.

Las damas saltaban ligeramente de los coches, atravesaban el gran portal, subían la escalera alfombrada, y perdíanse con aire de conspiradoras en aquel ancho sulòn de teatro, famoso en otro tiempo por haber representado en él D. Ventura de la Vega *El hombre de mundo*, y dirigido Bretón de los Herreros en persona los ensayos de *El pelo de la dehesa*, Reinaba en él una media luz prudentisima, un prematuro crepúsculo que velaba con paternal indulgencia entre sus sombras misteriosas, los grandes deterioros del decorado, incapaces de resistir con honra la descarada luz de las tres de la tarde.

Desde fuera parecia aquello el zumbido de una colmena colosal, en que doscientas mujeres murmurasen al mismo tiempo entre el crujido de las sedas, el ric rac de los abanicos, los tosecillas afectadas que dan tiempo á preparar una respuesta, las melífluas risitas que acompañan siempre á la afectuosidad femenina, y los perfumes peculiares á doscientos gustos diversos y doscientos tocadores distintos. A veces reinaba de repente uno de esos súbitos silencios, que el pueblo andaluz atribuye al involuntario respeto que infunde el invisible aleteo de un ángel que pasa: era más bien algún diablillo que llegaba, alguna dama famosa por cualquier concepto que traspasaba el dintel, obligando á la crítica à replegarse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sobre sí misma, para estudiar el blanco sobre que había de disparar su metralla.

Ningùn hombre aparecía á la vista; en el fondo, tras la sencilla cortina de rojo terciopelo con las armas de Butrón bordadas en el centro, que cerraba la embocadura del teatro, adivinábase; sin embargo, algo masculino, algún espíritu no santo que tosía y estornudaba como el resto de los mortales, porque dos toses y un estornudo habìan llegado al oido avizor de la señora Barajas, que estaba allí cerca: tocò con el codo á su hermana, diciéndole muy bajo:—Aquí hay duendes—y la otra, sin volver la cabeza contestó muy seria:

—Robinson y su negro Domingo, que se habia constipado en la isla desierta.

Así era en efecto: el gran Robinson y el Sr. Pulido hallábanse tras el telón, observando por los dos imperceptibles agujeritos que servian en otro tiempo para registrar la sala á los ilustres actores que habían pisado aquella escena aristocrática. El respetable diplomático parecía inquieto, y el Sr. Pulido iba y venía sigilosamente de uno á otro agujero, apretando los labios y moviendo la cabeza, con muestras también de alguna zozobra.

La concurrencia era numerosa, escogida y á propósito para secundar los planes del diplomático; mas notábase, sin embargo, un síntoma alarmante, una peligrosa falta de disciplina en la mesnada aristocrática, las alfonsinas de raza, pertenecientes en su mayor parte á familias de Grandeza. Habianse sentado todas ellas hácia el lado izquierdo, formando un grupo, y cuchicheando y cambiando entre sí risitas y señas burlonas, miraban entrar y amontonarse en el lado opuesto á las cursis radicales, con el aire de desdeñosa protección de la gran señora que permite á su doncella sentarse en su presencia, á cuatro metros de distancia. Tan sòlo la Duquesa de Bara, fiel á la consigna del caudillo, habíase apresurado á sentarse entre las dos ministras cesantes, la de Martinez, mujer sencillísima y modesta, que se hallaba allí como gallina en corral ajeno, y la de García Gómez, cursi pretenciosa, que pretendía deslumbrar á pájara tan larga como la Duquesa, con sus alardes de elegancia y de buen tono.

En vano iba de un lado á otro la Marquesa de Butrón, intentando con su fino tacto y sus delicadas maneras, ahogar en germen aquellos puntillos mujeriles, aquellas vanidades alboratadas que amenazaban dar al traste con la suspirada fusión á duras penas obtenida en el baile de Currita; tan sólo pudo conseguir su ímprobo trabajo, colocar á la Duquesa de Astorga, mujer bondadosísima, al lado de la Exma. Sra. Doña Paulina Gómez de Rebollar de González de Hérmosilla, cuya colosal figura se destacaba sobre un asiento muy alto, aislada entre Tirios y Troyanos, silenciosa y pensativa, cual Safo meditando su suicidio en lo alto de la peña de Leúcades.

Las carlistas por su parte, pocas en número, pero en valor muy aguerridas, formaban otro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

grupito sospechoso, teniendo al frente una viejecita chiquitilla, flaca y nerviosa, de ojos vivísimos. Era la Baronesa de Bivot, ilustre catalana, que se removia sin cesar en el asiento esgrimiendo el abanico con el bélico ardor del veterano, ansioso de combate, que huele la pólvora á lo léjos. Carmen Tagle la bautizó al punto.

—Allí está Zumalacárregui,—dijo á su vecina Mírala, el cuerpo le pide pendencia.

El respetable Butrón se daba á todos los demonios temiendo una catastrofe, y aplicaba el oido en vez del ojo al agujero, á ver si podia pescar alguna palabrilla suelta que indicase el rumbo que tomaba la tormenta. No se oia nada: un zumbido colosal de colmena en momentos de mudanza, que se sacaba de quici, poniéndole nervioso.

—¡Pero que siendo tantas no haya una sola que calle!—exclamó hecho un basilisco; y el Sr. Pulido, sin perder su pausa, con filosófica profundidad replicó muy bajito:

—Las prefiere hablando, Pepe...—Callar sería contra naturaleza.

Y en aquel momento, como si quisieran probar aquellas amables criaturas, que llevar siempre la contra es el rasgo peculiar del sexo, callaron todas de repente, siguiéndose un silencio profundo, un *calderón* prolongadísimo de cerca de un minuto, seguido á su vez de un *allegro* alborotado, un *crescendo* inverosímil, rápido y *vivace* ...Algo gordo sucedía, y el respetable Butron y el filosófico Pulido, acudieron al punto muy azorados y á sus respectivos observatorios ...Entraba la Condesa de Albornoz, con aquel paso de que habla Virgilio, que revela una reina ó una diosa, inclinando la cabeza con aire de vanidad satisfecho de aquel emperador romano que encogia la suya al pasar bajo los arcos de triunfo, por miedo de tropezar en ellos con la frente; seguíala la Marquesa de Valdivieso, una de las cómodas amigas de fácil contentar, que traia ella siempre á retortero para que la acompañasen como damas de honor, sirviendo, según su frase, de marco á su elegancia.

Cogióla Leopoldina Pastor por las faldas al pasar á su lado, y quiso obligarla á sentarse entre ella y Carmen Tagle....Era necesario escarmentar á aquellas indecentes radicalas que estaban allí con la boca abierta, *dándose pisto*, soñando quizá con la presidencia.

—¡Míralas, qué retablo! .....

Deseando estaba que Genoveva tomase la palabra, para tener ocasión de decir á aquellas cursis cuatro palabritas bien dichas, ¡pero iba á estar aquello muy frío!....A ella le hubiese gustado discutir á caballo, como los hunos de Atila. Dióle Currita cariñosamente en el hombro con el abanico, murmurando:—*c' est dróle:*—saludó con una monísima cabezadita al amplio círculo de sus ilustres amigas, y dejóse llevar suavemente por la Butrón al lado opuesto, sentándose al fin junto á la Duquesa de Bara y las dos ministras. Apretóle cariñosamente la mano á la de Martínez, diciéndo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le:—¡Querida mia!—y manifestó á la García Gómez su desolación profunda por no haberse encontrado el dia ántes en casa, cuando estuvo ésta á visitarla.

– Coraje me dió al ver su tarjeta...—Hubiera deseado que charlásemos un rato...Quiero que séamos amigas....

La García Gómez creyó reventar de dicha ante honra tan repentina, y miraba á todas partes tan oronda y satisfecha entre aquellas dos Grandes de España, como la rata de la fábula en el queso de Holanda. María Valdivieso, con prudencia innusitada en ella, mordióse los labios para no soltar la risa. El venerable Butrón seguía desde su agujero toda aquella pantomima, y murmuraba nervioso y exaltado:

—¡Bien por Currita!...—¡Es lista esa mona Jenny, caramba! .. ¡Con que María Villasis haga lo mismo, triunfamos!

El Sr Pulido, profeta siempre de desdichas, se permitió dudarlo; su olfato finísimo había adivinado un escollo en que el respetable Butron no paraba mientes.

– Aquella trae ya cara de Presidenta, Pepe, —dijo.

—¿Quién?.....

—La Currita, Pepe...—¡Te lo dije!....

Así era en efecto: tan penetrada estaba ésta de su superioridad, que ni por un momento dudó de ser elegida, y pareciéndole que tras del baile había de venir la presidencia, de manera tan lógica y fatal como tras de la noche

viene el día, había ya comunicado varias ordenes al tio Frasquito, gran maestre de los micos de su guardia, y confiado á María Valdivieso aquella misma tarde, en el camino, varios de los mil regocijos caritativos que á beneficio de los heridos del Norte proyectaba, y sobre todo, una *Kermesse* famosísima que habia de producir millones y millones.

Pùsose Butrón al oir á Pulido muy enfadado, levantando los brazos como si quisiese coger los bambalinas·

—¿Que trae cara de Presidenta?...—¡Pues se quedará con la cara, Pulido!.....¡No faltaba más! Una mujer sin crédito, sin pizca de vergüenza....Me espantaba toda la gente de sacristía... ¿Què dirìa el Arzobispo cuando fuera á pedirle la bendición para la obra?.... María Villasis es la única...la ùnica Pulido...

Nueva manifestación de duda de la ninfa Egeria, acompañada siempre del vocativo de su Numa Pompilio, fórmula de la íntima y familiar amistad que le unía con el personaje.

—Lo dudo,—Pepe .....

—¿También á esa le encuentras peros? ...

—Le encuentro calabazas,—Pepe....

Butrón, muy incomodado, dió mieda vuelta diciendo que más bien serían camuesas, y el Sr. Pulido sin perder su paz, repitió muy bajito:

—Digo calabazas, porque no vendrá,—Pepe.....

—¿Que no vendrá?....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Es muy propensa á constipados.....—Acuerdate de la última junta, Pepe.....

—Que viene, hombre, que viene...—Si se lo prometió ayer á Veva, que la mandé yo expresamente.

Y así era en efecto: la Marquesa de Butrón había estado la víspera en casa de la Villasis, á pedirle por todos los santos del cielo que no dejara de asistir á la junta: la pobre señora parecía azorada y pedíaselo con tal ahinco, como si le fuera en ello la vida. La Villasis, sin embargo, no se mostraba muy propicia, y echandose á reir, le dijo:

—¿Pero qué falta hago yo, mujer?...—La misma que los perros en Misa.....

—No digas eso, María, porque ni tú misma lo crees,—replicó la otra muy apurada.

—Pues mira,Genoveva, te seré franca...—Si fuera cosa tuya...tuya exclusivamente, iría con el alma y con la vida...Pero tratandose de lo que se trata...vamos....que no me gusta ese *barrer para dentro* de tu marido, que la pone á una siempre en el riesgo de tropezarse con basura...Y francamente no quiero ponerme en el caso de encontrarme mano á mano con una...Curra Albornoz ù otra de su ralea.

—Tienes razón...—¿Pero qué se le va á hacer, si Madrid es un lodazal?....

—No, no es un lodazal;—porque tù y yo y otras muchas somos Madrid, y gracias á Dios no somos lodazales...Di más bien que en Madrid *hay un lodazal*, que puede perfectamente

evitarse andando con la ropa un poquito recogida.....Pero sin duda es el maldito lodazal de agua de colonia; y como huele bien, á pocos veo que le repugne zambullirse dentro.

—Pero mi casa no está en ese lodazal,—María....

—Lo sé;—lo sé mejor que nadie, porque como nadie te conozco y te quiero....Por eso yo no me niego á ir á tu casa, sino á la junta que *tu marido hace celebrar en tu casa.* ¿Me entiendes?....

Y como si temiese que la otra encontrase la distinción harto metafísica, apresuróse á torcer un poco el abanico, añadiendo prontamente:

—No creas por eso que me niego también á contribuir á los fines de la asociación como una de tantas...—Sé muy bien que lo de socorrer á los heridos es una pantalla, que se trata de preparar al ejército....No importa: yo también contribuiré á ello; pero sin disfrazarlo de obra caritativa...Lo hago, porque he visto nacer al Príncipe y le miro y le quiero como cosa mía; y lo hago, sobre todo, porque se me ha prometido solamente que el primer cuidado de la Restauración, será restablecer la unidad católica; que sin este requisito, nada, nada haría.....

La Villasis se detuvo un momento, y sin el menor alarde de esplendidez, con la sencilla naturalidad de quien ofrece una cosa insignificante, añadió en seguida:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Por eso, en cuanto quieras disponer de ellos, tengo à su disposicion diez mil duros...

—Si mas pudiera, más daría...

La oferta de aquel cuantioso donativo no deslumbró á la Butrón; habíase turbado mucho mientras hablaba su amiga y moviendo la cabeza vivamente, dijo:

—Lo creo, porque naciste para ser rica y sabes serlo...

—¡Pero tu nombre, tu nombre vale más que los diez mil duros!...

Y la otra dándole palmaditas cariñosas y remedando su mismo tono lastimero, añadió en son de burla:

—Pues mi nombre, mi nombre es justamente lo que no doy...—Díselo así á tu marido.

La de Butrón dejó caer ambas manos abatida, y dijo con voz acongojada, imperceptible casi:

—¡Dios mío!...¿Y cómo le digo yo eso?...

Y de repente, dejando escapar un súbito sollozo, tapòse el rostro con el pañuelo y un llanto desconsolador brotó de sus ojos, revelando un profundo abismo de amargura, un dolor hasta entónces callado y oculto. Quedòse un momento suspensa la Villasis, atónita y afligida por el temor de haber causado aquella honda pena.

—¡Pero Genoveva, por Dios!...—¿Te he ofendido?...

La otra meneaba vivamente la cabeza, intentando decir entre sollozos:

—No...no...no...—Es que Pepe...

—Pues bien:—¡No le digas nada!..¿Quieres tú que vaya?...Pues iré, iré de mil amores...¿Cómo habia yo de imaginarme que iba á causarte esa pena?...

Y tan afligida como su amiga, estrechaba entre las dos suyas una de sus manos, mientras la de Butrón, sin quitarse el pañuelo del rostro, cual si la vergüenza al par que las lágrimas la ahogaran, tartamudeaba.

—Pepe...el pobre...—es tan violento...

Esta última palabra fué para la Marquesa de Villasis, un rayo de luz que le descifró el enigma: cruzó las manos con un gesto de ira, de sorpresa, de lástima profundísima, de compasión sin medida...¡Luego era verdad, luego era cierto el chisme que varias veces habia llegado hasta ella, de que el noble Butrón, el leal caballero, el correcto diplomático, maltrataba con frecuencia á aquella esposa modelo, aquella ilustre señora, aquella débil anciana que sollozaba allí ocultando la vergüenza de su marido en el fondo de su pecho, envuelta en su propia desdicha!...

Un violento impulso de noble ira se levantó pujante en su corazón, y hubiera querido arrancar del todo á la infeliz se secreto, no sólo para remediar su dolor, sino también para vengarlo. Mas la noble anciana, fiel á su decoro de esposa, guardó ese difícil silencio con que las almas heróicas saben coronar una de las penas más vivas que existen en la tierra, el sacrificio despreciado, el sacrificio inútil, y la Marquesa de Villasis no se atrevió á interro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

garla: el primer cuidado de la delicadeza al consolar un dolor es respetarlo, y nada hiere tanto una pena como la curiosidad, sacrilegio, par decirlo así, de la impertinencia.

Un llanto callado, el más sublime de todos los llantos, el llanto de la caridad, que cuando no remedia ni alivia, consuela llorando con el que llora, brotó entónces de sus ojos, y tan solo al asegurarle una y mil veces que iría con sumo gusto al día siguiente á su casa, atrevióse á añadir con uno de esos brotes del corazón, en que aparece la amistad tan santa y tan bella.

—¿Quieres otra cosa, Genoveva?.....—Te puedo servir en algo más? ¡¡Dimelo!!...

Otro quejido que revelaba el complemento de los grandes dolores, la falta del último consuelo, la soledad del alma, se escapó entónces de los labios de la anciana.

—Sí, sí, de mucho!...—¿Pues no lo ves? para poder llorar delante de alguien; para tener quien llore conmigo!...

Y al despedirse, serena ya del todo, y consolada en lo posible, dijo á la Villasis con intención marcadísima:

—Te advierto, que yo solo te he pedido que *vengas mañana á casa*...De lo demas que pudiera sobrevenir, nadie me hará responsable, y puedes negarte sin miedo.

Y añadió con tristísima sonrisa;

—Si yo estuviera en tu caso, haría lo mismo.

———

VI.

La Marquesa de Villasis tardaba. eran ya las tres y media, y y el respetable Butrón sentia angustias de muerte, temiendo verse por segunda vez chasqueado por la dama. Con el ojo pegado al agujerillo del telón, disimulaba su mal humor y sus temores, por no exponerse á las cachaconas observaciones del Sr. Pulido, mientras observando éste por el otro agujero, se afirmaba más y más en los suyos, ofreciendo ambos al que entraba por el fondo del teatro, un espectáculo original y extraño en demasía. Hallábanse los agujeros bastante bajos, por estar disimulados en el lado opuesto entre el bordado del escudo, y hacíase preciso para observar por ellos, ponerse en cuclillas, posición harto molesta, muy semejante, por no citar otras, á la que usan los salvajes del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

garla: el primer cuidado de la delicadeza al consolar un dolor es respetarlo, y nada hiere tanto una pena como la curiosidad, sacrilegio, par decirlo así, de la impertinencia.

Un llanto callado, el más sublime de todos los llantos, el llanto de la caridad, que cuando no remedia ni alivia, consuela llorando con el que llora, brotó entónces de sus ojos, y tan solo al asegurarle una y mil veces que iría con sumo gusto al día siguiente á su casa, atrevióse á añadir con uno de esos brotes del corazón, en que aparece la amistad tan santa y tan bella.

—¿Quieres otra cosa, Genoveva?.....—Te puedo servir en algo más? ¡¡Dimelo!!...

Otro quejido que revelaba el complemento de los grandes dolores, la falta del último consuelo, la soledad del alma, se escapó entónces de los labios de la anciana.

—Sí, sí, de mucho!...—¿Pues no lo ves? para poder llorar delante de alguien; para tener quien llore conmigo!...

Y al despedirse, serena ya del todo, y consolada en lo posible, dijo á la Villasis con intención marcadísima:

—Te advierto, que yo solo te he pedido que *vengas mañana á casa*...De lo demas que pudiera sobrevenir, nadie me hará responsable, y puedes negarte sin miedo.

Y añadió con tristísima sonrisa;

—Si yo estuviera en tu caso, haría lo mismo.

———

VI.

La Marquesa de Villasis tardaba. eran ya las tres y media, y y el respetable Butrón sentia angustias de muerte, temiendo verse por segunda vez chasqueado por la dama. Con el ojo pegado al agujerillo del telón, disimulaba su mal humor y sus temores, por no exponerse á las cachaconas observaciones del Sr. Pulido, mientras observando éste por el otro agujero, se afirmaba más y más en los suyos, ofreciendo ambos al que entraba por el fondo del teatro, un espectáculo original y extraño en demasía. Hallábanse los agujeros bastante bajos, por estar disimulados en el lado opuesto entre el bordado del escudo, y hacíase preciso para observar por ellos, ponerse en cuclillas, posición harto molesta, muy semejante, por no citar otras, á la que usan los salvajes del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ohío para deliberar en el consejo. Ovidio no refiere si el enamorado Priámo se ponía en actitud tan cómica, cuando buscaba en la muralla una hendidura por donde contemplar á Tisbe; si así era, fortuna tuvo el galán en no ser visto, por la dama.

De repente, sonaron hácia el fondo del teatro pasos importunos, que hacían crujir las tablas del escenario: furioso Butrón volvióse agitando las manos extendidas, é interpelando en colérico *sotto voce* al imprudente, como al bueno de Kent el rey Lear:

—¡Despacio, demonio,—despacio! ...

Era el tío Frasquito que llegaba atropellando la consigna de no permitir la entrada en aquel recinto, apresurado y ansioso por ver lo que pasaba en el congreso femenino, luciendo una corbata vistosísima, prenda hermafrodita en que profundos observadores suelen encontrar reflejados con frecuencia, el carácter moral del individuo. La del tío Frasquito era la corbata de Gran Maestre de los micos de Currita, de seda azul japonesa, sujeta coquetamente con el alfiler de una sola perla. Habíale encargado la Albornoz venir á buscarla á casa de Butrón, para darla sin pérdida de tiempo sus primeras disposiciones de Presidenta.

Hizo el recién venido al diplomático mudas señas de que no se molestase, y renegando Robinson por lo bajo, volvió á su observatorio, encargando disimuladamente al Sr. Pulido, que saliese á repetir á los criados la rigorosa

consigna. Mas temeroso éste de que le usurpara su puesto el intruso, hízose el desentendido, dejando abrir la puerta á la mayor calamidad que por ellas pudiera entrarse.

Mientras el tío Frasquito buscaba en vano otro agujero, y decidíase; no encontrándolo, á abrirlo él mismo disimuladamente con un cortaplumas, una gran sombra apareció en el fondo de la escena, deslizándose muy despacito, con el cuerpo agobiado, los pies arrastrando, la mano extendida.... Era Diógenes, el cínico Diógenes, que al ver á los tres personajes pegados al telón, vueltos de espalda y puestos en cuclillas, detúvose un momento dejando escapar una risa silenciosa, risa de chacal, risa de hiena, que de verla el tío Frasquito hubiera sentido erizarse los pelos de su peluca. Cruzóse de brazos, movió de arriba abajo la grande cabezota, y desapareció sigilosamente por entre los bastidores, metiéndose luego por debajo del escenario, como un nihilista que se zambulle en el centro de la tierra, para fraguar siniestros proyectos .....

—¡La Villasis! La ¡Villasis!—susurró en aquel momento Butrón con aire de triunfo; y pegó al punto el ojo al agujero, para no perder ningún incidente de la escena que iba á seguirse.

La Marquesa entraba, en efecto, causando su presencia un movimiento general de sorpresa, seguido de un murmullo prolongado, que disipó las angustias de Butrón, hizo sonreir triunfalmente á la de Bara, y morderse los

labios a Currita, adivinando desde luego una rival, la mas temible, porque era la más detestada. En la conciencia de todas las señoras presentes brotó al mismo tiempo la idea de que aquella era la llamada á ser la Presidenta, porque à todas se imponía la Marquesa por diversos conceptos: las sensatas y honradas miraban en ella el tipo de la gran señora de virtud y de prestigio, digna y afable, que firme en sus convicciones en medio de una sociedad frívola y corrompida, imponìa sobre todos, callando siempre, la poderosa crítica del buen ejemplo. Las otras, más ligeras ó menos honradas, ve'an sin embargo en ella, la mujer de talento, la dama de gran nombre, de riquezas inmensas, de carácter firme é independiente, que sin prescindir jamás de las justas conveniencias que exige un rango elevado, sabia sacudir toda imposición que repugnase á su conciencia ó á su decoro, constituyendo asi lo que admiran tanto las medianías rutinarias, que sólo saben copiar lo que halaga la vanidad ó seduce al instinto: un tipo original, genuina mente noble, digno y honrado.

Algunas, ignorando, como ignoraban todas, excepto la Butrón y la de Bara, el modo como había de nombrarse la junta, dejaron escapar la idea entre sus misteriosos cuchicheos, y la señora de Martínez, con ingénua sinceridad, algún tanto lugareña, soltó esta frase, que hubiera prevocado en otra ocasión las crudas sátiras de la de Bara.

—¡Esa si que es una Marquesa de veras!....

María Valdivieso, con su falta de tacto acostumbrada, inclinóse hacia Currita como para quitarle una pelusilla que desperfeccionaba el complicado lazo de las bridas de su sombrero, y le dijo muy bajo:

—¿Eh?...¿Qué tal?...—Con esta prójima no contabamos....¿Te inquieta?....

Irguióse la otra como una Juno á quien dijeran que la ninfilla más patimondada del Olimpo iba á sentarse en su carro tirado por pavos reales, y contestó desdeñosamente

—¿A mí?....—Jamás me ha merecido ni un bostezo, que es el último de los gestos despreciativos....

También la Marquesa de Villasis hacía sus observaciones. Tendió la vista por la sala, y pudo contemplar desde luego el Madrid heterogéneo de siempre, en que la virtud y el vicio se mezclan en amigable consorcio, representando la historia entera de la manzana podrida que comunica á las sanas su podredumbre y sus gusanos, sin tomar de ellas ni el sabor exquisito, ni la fragancia saludable, la indecorosa y dañina mescolanza de grandes nombres y grandes vergüenzas honradas sin tacha y reputaciones escandalosas, revestidas todas con el mismo brillante barniz de formas elegantísimas, barajadas y confundidas por el mismo apetito ciego de placeres, por los mismos impulsos necios de vanidad, por el mismo afán irresistible de sacudir el ocio, de distraer el tédio, espantosa y continua tentación de los grandes y de los ricos, que les arrastra á

todas sus extravagancias y les lleva á todos sus extravíos.

—¡Señor!—pensaba la dama. ¡Qué grande obra sería la de deshacer esta mescolanza que repugna, que envenena, que liberta al vicio de toda sanción social que le marque la frente como una señal de infamia, y lo contenga, ya que no con el temor de Dios, con la vergüenza al menos y con el respeto humano: que familiariza con el escándalo hasta á las conciencias más rectas, y destruye la poderosa barrera de horror y de extrañeza que debe separar al bueno del escandaloso, y comenzando por hacer á éste tolerable, acaba por hacerle pasar por imatable!.....¡Qué grande obra haria quien con el mismo espíritu de caridad cristiana con que se fundan asilos para huérfanos y casas de refugio para doncellas en peligro, fundase *un salón* para mujeres *honradas* y hombres *decentes*, en que sin riesgo alguno de mal ejemplo pudiese encontrar la juventud las justas, legítimas y aun necesarias distracciones propias de sus años; hallar sin desvergonzada levadura, ese trato señoril y digno que alegre y placentero que afina y suaviza las inclinaciones del hombre, fortalece y alecciona las de la mujer, y fomenta el trato mútuo y el mútuo conocimiento de que brotan estas simpatías, gérmen de puros y tranquilos amores, que sirven de base solidísima á matrimonios felices y meditados, de que nacen luego familias cristianas y ejemplares!...Y la caridad, la caridad derivada del cielo, única

santa y legítima, que todo lo ve con sus ojos de luce, que todo lo abarca con su actividad insaciable, que todo lo precave con su perspicacia amorosa, y no deja dolor sin alivio, ni pena sin consuelo, ni llaga sin remedio, ¿no se ha fijado nunca en esta úlcera gangrenada? ..¿Acaso es más digna de lástima la pobre labriega, la infeliz criada de servicio, que el abandono precipita en un lodazal de escaleras abajo, y salva la caridad en una casa de refugio, que la encopetada señorita, la rica heredera que un abandono distinto, solo en la forma, precipita del mismo modo en otro lodazal de salones adentro? ¡Y pensar que no es tan difícil el remedio como á primera vista parece; que bastaría quizá que una mujer de prestigio y de energía, cerrando los oidos a indecorosos respetos humanos y a culpables condescendencias sociales, fundase por amor de Dios un *salón de refugio*, lanzando á los cuatro vientos de la alta sociedad madrileña, por toda esquela de convite esta estupenda noticia: "La tal, ó la Duquesa cual, se queda todas las noches en casa, para las señoras honradas y los caballeros decentes!".....

Y cuando algo muy hondo, pero muy claro y distinto, le decía la Villasis en el fondo de su conciencia, que ella podia y aun debia ser aquella tal marquesa ó aquella cual Duquesa, vino á distraerla de sus extrañas reflexiones la voz de Genoveva Butrón, que dando ya por reunido el congreso femenil, comenzaba a exponer el objeto de aquella junta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Marquesa ateníase en sus palabras á la pauta trazada de antemano por Butrón, evitando con habilidad suma los puntos escabrosos y las mentiras gordísimas marcadas por el diplomático; hablaba muy despacio, con sencillez exenta de toda pedantería; y el aplomo y la seguridad que dan à las personas nacidas y creadas en altas esferas, el trato continuo de gentes y la conciencia de su propia grandeza. Butrón en cuclillas delante de su agujero, seguia con el alma en un hilo el discurso de su mujer, extendiendo las manos y llevando el compàs como un director de orquesta que dirige una partitura, ó como un magnetizador que desprende de sí con extraños pases el misterioso fluido. Quedò bastante satisfecho.

La miseria en que yacían los infelices soldados heridos en la campaña del Norte, era grande y dolorosa, y debia precisamente despertar en el corazon de todas las señoras españolas los sentimientos más compasivos...Por eso habíase atrevido ella, la Butron, á citar á todas las presentes para pedirles por amor de Dios y compasión hácia aquellos infelices, que uniesen sus esfuerzos para socorrerlos, formando una asociacion de señoras que, propagada por todas las provincias, pudiera allegar cuantiosos recursos para este objeto.

A esto se redujo la primera parte del discurso de la Marquesa, que fué escuchado con religioso silencio. Hubo una pausa en que las diversas fracciones se miraron unas a otras, alerta todas, silenciosas, con la solemne expectación de ejércitos enemigos que esperan para venir á las manos, el sonido de la primera descarga.

La Baronesa de Bivot, el bizarro Zumalacárregui rompió el fuego la primera, con la certera puntería de la lógica más exacta.

—El pensamiento no puede ser más caritativo ni más santo, y supongo que merecerá la aprobación de todas estas señoras, como merece la mia—dijo echàndose lentamente fresco con el abanico...Pero debo hacer notar, que en la campaña del Norte hay dos ejércitos *españoles* ...

Y la pícara vieja acentuabá lo de *españoles*, con una ambigua risita, que hacia saltar á Butrón detrás de su agujero ....

—...Uno del Gobierno y otro carlista: en los dos hay heridos, y en los dos hay miseria....Supongo, por lo tanto, que esos recursos que se alleguen, se dividiràn en dos partes iguales; una para los heridos del Gobierno, y otra para los carlistas.....

Silencio sepulcral en toda la sala, y saltos nerviosos de Butrón, que bufaba fuera de sí en su escondite.

- ¡El demonio de la vieja!...—¡Pues no faltaba más!...¡En eso estaba yo pensando! ¡En que con los fondos de mi asociación comprasen fusiles los carlistas!....¡Y la estúpida Veva se calla!....Oontesta, Geno, demonio: contesta que no, que se vaya si quiere, que no saca de aquí un ochavo.....¡La denuncia primero!....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aturdida la Marquesa no contestaba en efecto, porque ninguna respuesta tenìa aquella lógica observación, tan oportuna é inesperada. La Villasis, compadecida de la angustia de su amiga, acudió al punto de su auxilio.

—La Baronesa tiene mucha razòn,—dijo; pero sin duda no se ha fijado en un inconveniente insuperable.....El Gobierno permitirá sin duda que se repartan en el ejército toda clase de recursos; pero imposible es que tolere el pase de dinero alguno para los carlistas .....Por eso la asociación tendrá que limitarse á socorrer a los heridos del ejército, dejando que secretamente acudan todas las que quieran, al socorro de los carlistas.....

Y dirigiéndose à la Baronesa añadió con significativa sonrisa:

—Supongo, Baronesa,—que V. conocerá bien el camino, pero si alguna no lo conoce, yo puedn indicarle un medio muy seguro, por donde enviar socorros à esos infelices, que no están menos necesitados ni son menos dignos....Yo teugo tirado ya mi plan; la mitad de lo que pueda dar, lo entregaré á Genoveva, la otra mitad, la enviaré por este conducto que de hablo, á los carlistas...

¡Bonito se puso Butrón! A las primeras palabras de la Marquesa, respiró con fuerza, murmurando: —No está mal el remedio.—Mas cuando vió por el giro que daba la dama à su respuesta y por el plan que exponía, que no era una extratagema la que usaba, sino un verdadero proyecto que podían imitar otras muchas, saltó fuera de sí muy incomodado, gruñendo entre sus bigotes puestos de punta:

—¡Demonio... demonio... demonio...—Si el remedio es peor que la enfermedad, si lo echa todo á rodar con eso...Se lleva la mitad, nos lo quita, nos lo roba....

El Sr. Pulido, con su flemática suavidad, díjole entónces:

—Descuida, Pepe...—Pocas darán, si hay que dar en secreto .....

El valiente Zumalacárregui, parado en firme con la réplica no mènos lógica de la Villasis, replegó su guerrilla y parapetóse en el monte Aventino, con una retirada digna de Jenofonte.

La Marquesa de Butrón aprovechó tan favorable coyuntura, para reanudar su discurso por la parte más espinosa.....Era necesario nombrar una junta directiva, y a este propósito iba á leer una candidatura formada con el consejo de personas autorizadas, para sujetarla á la aprobación de todas las señoras presentes.

El golpe era atrevido, y la imposición resultaba manifiesta: preciso era suponer que nadie osaría oponerse á un plan propuesto en su propia casa, por dama tan respetable...El silencio era profundo, y hubiérase oido el inquieto pestañar de Butròn y de Pulido, pegados á sus agujeros, los resoplidos que costaba al tío Frasquito martenerse tieso en su incómodada postura, y los amagos de risa de Diògenes, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

metido en la concha del apuntador, frente al telón y de espaldas á la concurrencia, ocultábase á todos, oyendo á unos y otros, y maquinando sin duda algùn plan endiablado, que le hacìa reirse á sus solas.

La Marquesa saco un gran pliego, y comenzó á leer esforzando la voz un poco:

—Presidenta: Excma. Sra. Marquesa, viuda de Villasis...

Murmullo general de aprobación...Brusco movimiento de Currita, y repentina llamarada de ira, de rabia reconcentrada presta á desbordarse en sus claras pupilas...Tras el telón, Butrón sonrìe satisfecho y Pulido suspira desahogado: el tio Frasquito, sorprendido y acongojado al ver á su reina destronada, pierde el equilibrio y se agarra al telón, poniendo en riesgo el que guardan sus compañeros: mudos ademanes y miradas furibundas de éstos, le llaman al orden...En la concha, Diógenes hace una mueca, que quiere decir:—¡Estais frescos!—y prosigue riéndose solo...La Marquesa de Butrón, continúa leyendo:

—Vicepresidenta: Excma. Sra. Condesa de Albornoz.

Silencio profundo...Doscientos ojos escrutadores se fijan en la elegida, é Isabel Mazacán la envia desde lejos un irónico saludito de enhorabuena....Currita se muerde los labios y aparecen istrias sanguinolentas en torno de sus pupilas: un pedacito de encaje del pañuelo resbala por la seda de su falda, y cae sobre la alfombra...Tras el telón, Butrón se azora de

nuevo, Pulido murmura: —¡lo dije!—y el tio Frasquito desiste de velarse el rostro con las manos por miedo de perder de nuevo el equilibrio...Diógenes ha desaparecido de la concha...La Marquesa de Butrón prosigue:

—Vocales: Excma. Sra. Duquesa de Astorga.

Excma. Sra. Condesa de Villarcayo ...

Movimiento de horror en las huestes de Zumalacarregui.....Gesto de protesta del caudillo ..La agraciada sonríe con una cara de babieca que revela la razón por que figura en la lista...La Marquesa de Butrón continùa:

— Excma. Sra. Marquesa de Minahonda.

Excma. Sra. D.ª Servanda Molinillos de Martínez.

Modestísimo rubor en el rostro de la agraciada, que extiende las manos y mueve la cabeza, diciendo que no...La Duquesa de Bara la anima cariñosamente...La García Gòmez detiene su indignación, hasta ver si está ella incluida en la lista ...Tras el telón Butrón mira á Pulido, y Pulido mira á Butrón, y ambos se rien...El tío Frasquito, envuelto en su dignidad, permanece en cuclillas...Diògenes aparece sobre el tablado, y busca algo junto á la pared, dentro de los bastidores del lado izquierdo...La Marquesa de Butrón prosigue:

—Excma. Sra Condesa de Macharnudo.

Excma. Sra. Duquesa de Bara ...

Recóndito asombro de ésta, al verse incluida en el grupo en que por exigencias de Butrón, habian de figurar tan sólo mujeres hon-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

radas...La Marquesa hace una pausa, examina un momento el auditorio, y prosigue leyendo:

—Secretaria: Excma. Sra. D.ª Paulina Gómez de Rebollar de Gonzalez de Hermosilla...

Fogosísimo brinco de Leopoldina Pastor que esperaba la plaza, y enérgico—¡indecente!—que revolotea anónimo en el aire, sin saber donde posarse...Carmen Tagle se desternilla de risa...La agraciada guarda magestuoso silencio, compónese las gafas de oro, y proyecta repasar en la retórica de Marco Tulio, la parte preceptiva de los documentos oficiales. La Duquesa de Astorga la solicita sin pizca alguna de malicia...Tras telón Butrón espera, Pulido teme, y el tio Frasquito medita...Diogenes ha encontrado junto á la pared un cordelito que parece bajar del techo, y lo examina detenidamente...La Marquesa de Butron concluye:

—Tesorera: Excma. Sra. D.ª Ramona Gómez de Lopez Maremo....

Amago de apoplegía en la interesada...La Duquesa consuegra la saluda desde léjos.... Grandes cuchicheos que crecen, crecen cual ráfaga de viento huracanado que comienza por silbar y acaba por rugir....De repente, crujido misterioso..Silencio profundo...Sorpresa general.

Diógenes ha tirado del cordelito, el telón sube rapidísimo, y aparecen los tres Píramos en cuchillas, Butròn, Pulido y el tío Frasquito, ante los ojos asombrados de aquel centenar de Tisbes .....Cuadro final.

VII.

La asociación de señoras hizo fiasco y solo dos meses más tarde pudo Butrón á costa de trabajo organizar otra nueva, en forma muy distinta, que no dejó de hacer, sobre todo en provincias, un agosto abundantísimo. La Marquesa de Villasis habíase negado rotundamente a aceptar la Presideucia; Currita rechazò la humillante oferta de uu cargo secundario, con muestras de gran resentimiento; las carlistas muy indignadas, tiraron por un lado, y las radicales muy ofendidas se fueron por otro, dejando vacante el canto épico á la caridad que perpetraba en silencio la Excma. Sra. D.ª Paulina Gòmez de Rebollar de González de Hermosilla, y vacio el gran bolson Pompadour de terciopelo rojo que la señora de López Moreno pensaba encargar á la mo-

radas...La Marquesa hace una pausa, examina un momento el auditorio, y prosigue leyendo:

—Secretaria: Excma. Sra. D.ª Paulina Gómez de Rebollar de Gonzalez de Hermosilla...

Fogosísimo brinco de Leopoldina Pastor que esperaba la plaza, y enérgico—¡indecente!—que revolotea anónimo en el aire, sin saber donde posarse...Carmen Tagle se desternilla de risa...La agraciada guarda magestuoso silencio, compónese las gafas de oro, y proyecta repasar en la retórica de Marco Tulio, la parte preceptiva de los documentos oficiales. La Duquesa de Astorga la solicita sin pizca alguna de malicia...Tras telón Butrón espera, Pulido teme, y el tio Frasquito medita...Diogenes ha encontrado junto á la pared un cordelito que parece bajar del techo, y lo examina detenidamente...La Marquesa de Butron concluye:

—Tesorera: Excma. Sra. D.ª Ramona Gómez de Lopez Maremo....

Amago de apoplegía en la interesada...La Duquesa consuegra la saluda desde léjos.... Grandes cuchicheos que crecen, crecen cual ráfaga de viento huracanado que comienza por silbar y acaba por rugir....De repente, crujido misterioso..Silencio profundo...Sorpresa general.

Diógenes ha tirado del cordelito, el telón sube rapidísimo, y aparecen los tres Píramos en cuchillas, Butròn, Pulido y el tío Frasquito, ante los ojos asombrados de aquel centenar de Tisbes .....Cuadro final.

VII.

La asociación de señoras hizo fiasco y solo dos meses más tarde pudo Butrón á costa de trabajo organizar otra nueva, en forma muy distinta, que no dejó de hacer, sobre todo en provincias, un agosto abundantísimo. La Marquesa de Villasis habíase negado rotundamente a aceptar la Presideucia; Currita rechazò la humillante oferta de uu cargo secundario, con muestras de gran resentimiento; las carlistas muy indignadas, tiraron por un lado, y las radicales muy ofendidas se fueron por otro, dejando vacante el canto épico á la caridad que perpetraba en silencio la Excma. Sra. D.ª Paulina Gòmez de Rebollar de González de Hermosilla, y vacio el gran bolson Pompadour de terciopelo rojo que la señora de López Moreno pensaba encargar á la mo-

dista, para recoger las colectas. El Sr. Pulido desplegó las tres falanges de su dedo índice para decir, agitándolo de arriba abajo:—¡Lo dije, lo dije!—y el sesudo diplomático, con la energía de la constancia que no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dirigirse siempre al mismo fin, tomó por otro camino para llegar á su objeto, consolándose con que Napoleón cometió tambien faltas en la guerra de Rusia, Cyro en la de los Scytas, César en Africa y Alejandro en la India.

Hubo al otro dia en casa de la Albornoz congreso de ofendidos, y la altiva dama adoptó por suya la respuesta de Marat á Camilo Desmoulins y Freron, cuando le proponian estos refundir el periódico de allos. *La tribuna de los patriotas*, en el suyo. *El amigo del pueblo.*—"El águila va siempre sola: los pavos forman manada." Ella era el águila, y las demas señoras los pavos; Butrón era el pavero.

La suerte de aquellos infelices heridos del Norte condolia sin embargo á la sensible Condesa, y resolvió hacer ella sola y por su cuenta propia, cuanto estuviese en su mano para aliviarla, entendiéndose directamente con el general en jefe del ejército y con el bizarro general Pastor, hermano de Leopoldina. Convocó a sus *mícos*, reunió á sus intimos, y trazóse un plan encantador de fiestas, bailes y regocijos, á beneficio todo de los heridos, entre los que habia de llevarse la palma una famosa *Kermesse* ideada por Currita, á imitación de la organizada en Paris por *El Figaro*, en el teatro de la Opera, a beneficio de los inundados de Szegedin. Las actrices más famosas y las damas más conspicuas, niveladas por el mismo sentimiento compasivo, habian hecho en ella prodigios de caridad, sacrificando en aras de los pobres, los quilates mas ó menos subidos de sus respectivas verguenzas. En dos horas escasas, había recaudado Mme. Judic más de cinco mil francos, vendiendo *Marrons glacés*. ¿Qué no recaudaría Currita vendiendo por media hora, aunque sólo fueran altramuces ó garbanzos tostados?

Faltaba sin embargo al proyecto el visto bueno de Jacobo, requisito sin el cual no osaba la dama dar un paso en nada en que hubiese que aventurar dinero y justamente Jacobo no pareció por ahi en toda la noche, ni vino tampoco á almorzar al dia siguiente, segun su costumbre ordinaria. Alarmada Currita, envió un recado á casa del amigo ausente, para informarse de su extraño eclipse: la respuesta del lacayo fué terminante:

—El Sr. Marqués de Sabadell, habia salido de Madrid la noche antes.

Currita se quedó helada.....¿Marcharse Jacobo sin decirle una palabra, sin enviarle un recado, sin ponerle siquiera cuatro letras?.... ¡Qué puñalada para su corazón, y sobre todo, qué bofeton para su amor propio! Porque, ¿qué dirian las gentes cuando llegarán á traslucir el desprecio y el desvío que aquello representaba? ...

Pasaba esta escena en el comedor, donde los dos esposos almorzaban en compañía de María Valdivieso, Celestino Reguera y Gorito Sardona, cuya flamante corbata azul indicaba ser aquel día el mico de guardia. Miraron todos á Currita con grande estrañeza y aire de pregunta, al saber la marcha de Jacobo, y Villamelon, suspendiendo por un momento la actividad febril con que manejaba el trinchante de oro macizo, regalo de Fernando VII, dijo con voz lastimosa.—¡Jacobo anda mal; y me da penal.....Y como si el dolor que le inspiraban los males de su amigo, sirviera para facilitar sus funciones digestivas, embaulose de un golpe una *cótelette* entera, que se le deshizo en la boca, depuro blanda, cual si fuese un merengue.

Pues hijo,—replicó María Valdivieso; no sè que padezca del pecho...Está gordo y robusto: Paco Velez mo lo decia ayer. Va echando papada de comerciante de ultramarinos.

—Si no es eso, María, ¿sabes?- dijo Villamelón con la boca llena. Digo que anda mal, porque anda en malos pasos. ¿Me entiendes?

Callaron todos metiendo las narices en el plato, y los rabillos de cada ojo fueron á fijarse en Currita, que desganada sin duda, mondaba con suma pulcritud y esmero un hermoso albaricoque. Villamelón que luchaba siempre en la mesa entre sus ganas de hablar y sus ganas de comer, prosiguió con alguna impaciencia:

—La francesita esa...esa...—¿Cómo se llama? ¡Señor, por dias pierdo la memoria!... Tú, Gorito, ¿sabes?...¿Cómo se llama, hombre? ....La de las camelias .....

Gorito abria mucho los ojos y estiraba la boca, sin acordarse de nada, nada...Su memoria se habia quedado de repente limpia, rasa, cual una hoja de papel blanco. María Valdivieso hizo á Currita un rápido guiño, como dándole á entender que ella podía informarle de grandes cosas, y Villamelon concluyó cada vez más impaciente.

—Pues nada, no me acuerdo...Pero en fin, esa...esa es la que lo está desplumando.

Hizose el silencio aun más embarazoso, y el geniecillo malélico de la hilaridad comenzó á revolotear en torno de los comensales, como si á todos ocurriese que las plumas arrancadas a Jacobo, salian del pellejo de Villamelón. Currita mondando siempre su albaricoque, aprovechó un momento en que los criados se alejaban, para decir á media voz con su acento mas suave.

—Pero Fernandito,—vida mía, si tienes el don de la inoportunidad; si pareces un reloj descompuesto...¿A quién se le ocurre hablar de esas cosas delante de los criados?..Sabe Dios lo que pensaran del pobre Jacobo.....

Villamelon, con mucha dignidad, replicó al punto.

—Mira, Curra, en la mesa no discuto...—¿Sabes?.. Pero tienes parcialidad con Jacobo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y vas á llevarte un chasco muy grande, muy grande...¿Me entiendes Curra?...Ese viaj to repentino me da mala espina: apuesto á que no va solo.

Currita puso en el plato el albaricoque ya mondado, lavóse las puntitas de los dedos en el enjoagador de rico cristal de Venecia que tenía delante, y mirando las gotitas de agua que se desprendían de sus rosadas uñitas dijo ingénuamente.

—¡Pues claro está!...—Llevará algun ayuda de cámara.....

Sulfuróse Villamelón y miró á su mujer, y luego á Gorito, y despues á Reguera, con cierta especie de colérica complacencia retratada en el semblante, arrebatado y apopletico por los vapores que le subían del repleto estómago...¡Le exasperaba á veces, aquella sencillez de Curra, que jamás podía comprender la malicia de ciertas cosas!...

Terminóse al fin el almuerzo, y Currita salió del comedor del brazo de su prima, llevando en la mano un platito de porcelana con migas de pan, para dar de comer á los pececillos de colores que en una magnífica pecera de cristal y bronce dorado, adornaban una de las galerías.....La enamoraban á ella aquellos animalejos de colores tan brillantes, y la pesca era entre los placeres del *sport*, el que más emocion le causaba.

Regalaréte entónces
Mil varios pececillos

Que al verte, simplecillos
De tí se harán prender.

María Valdivieso oía estupefacta aquellas expresiones idílicas, cuando esperaba ella que Currita se apresuraría á interrogarla con el mismo furor y los mismos transportes con que Otelo interrogaba á Yago. El chasco le pareció pesado, y esclamó muy despechada:

—¡Vaya unas emociones que tiene la pesca!...—No encuentro definición más exacta, que la que daba uno de la caña de pescar. "Un palo largo que termina por un lado en un pez y por otro en un tonto."

—Cuestión de gusto,—replicó tranquilamente Currita.

Y se puso á echar sus miguitas á los peces, hablándoles con el cariño y el mimo de una madre que acaricia á sus hijuelos....

—¡Hola tragoncillos!—¿hay apetito?...Vamos, haya paz, que para todos hay...Mira, mira, María, cómo abren el hociquito!...¡Qué delicita! ¡Qué monada!

—Pero esta mujer tiene sangre de chufas,—pensaba la Valdivieso muy enfadada. ¿Si?... Pues aguarda, allá va.....¡Anda, fastidiate!...

Y se puso á contarle en apoyo de la tesis de Villamelón, horrores...horrores de Jacobo... Paco Velez se lo había dicho toda la noche ántes: ella —¡claró está!—por prudencia había callado tanto tiempo; pero ya era hora de hablar, y á fuer de buena amiga, debía desengañarla...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Pícaro! ¡Tragón!—dijo en aquel momento Currita. ¡No le muerdas!...¿Habráse visto?...¿Para quién son esos sopirritones?

—Para ti.—¿Para mí esos sopirritines?...

E incorporandose un poco, dijo mirando siempre à la pecera:

—Hija, dispensa...¿Dónde dec as que vive esa francesa?...

—¡No, si no lo decia!—gritó la otra pasando del despecho à la furia, pero te lo digo ahora para que abras los ojos.....Vive en la calle de Rebollo, núm. 68, en un Hctel. ¿Te enteras?...En un Hetel muy bonito; y se llama.....¿Como se llama?.....Pues señor, no me acuerdo; ello era un nombre así como de pìldora.....

—Chismes, mujer, chismes de gente ociosa, —replicó Currita sobando tranquilamente sus migas.

Y con ansia febril resaba en su interior los nombres de todas las píldoras conocidas, y hacia esfuerzos inauditos para grabar en su memoria la calle de Rebollo, y el núm. 68.

—¿Chismes?—exclamó fuera de sí la Valdivieso. ¿Y también es chisme lo del viaje..... con el ayuda de cámara por supuesto?.....

—¡Pues claro esta que lo es!—exclamó Currita de repente echando con mucha cólera todas las migas en la pecera. ¡Chisme, chisme y de malísima intención. Maria...¿Si lo sabré yo, caramba?....Sino que de todas las cosas, no se ha de dar un cuarto al pregonero...Tú eres mi amiga, y te lo digo en secreto.

Jacobo ha ido á negocios del partido, y estará de vuelta muy pronto...¡Ya ves cómo se escribe la historia! . . .

—¡Ya!—exclamó María Valdivieso tragándose la bola; y Currita respiró al fin algo más desahogada, porque aquella mentira que se apresuraria la prima à propagar por todo Madrid, por habérsela dicho en secreto, dejaria á los ojos de las gentes, la herida de su amor propio disimulada.

A las tres pidió la Sra. Condesa la berlina, y dió al lacayo, como la cosa más natural del mundo, las señas de Jacobo. Vivía este en la calle de Alcalà, en un precioso cuarto de soltero, y constaba su servidumbre de un ayuda de camára, un jockey, una ama de llaves y un cocinero: en las cuadras, situadas al final de la calle del Barquillo, tenia cuatro caballos ingleses, tres de tiro y uno de silla, una berlina, un *char-á-bancs* y una victoria. La munificencia de los esposos Villamelón sufragaba todos estos gastos, que había de pagar al fiel amigo, cuando al verificarse la restauración pudiera sacar el jugo á la cartera, precio de sus misteriosos papelitos....

Currita subiò ligeramente al entresuelo, vivienda de Jacobo, y por tres veces tocó el timbre, sin que nadie contestara: abrióse al fin la puerta, y apareció el jockey sin librea, cuello ni corbata, brillantes los ojos, arrebatadas las mejillas, y oliendo á vino á dos metros de distancia: aturdido al verse frente á frente de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la dama, dió un paso atrás, diciendo atropelladamente:

—El Sr. Marqués está fuera ..

—Ya lo sé...—Busco á Damian.

No fué necesario llamarlo: por el extremo del pasillo asomaba este la cabeza, y veíanse detrás el ama de llaves y el cocinero todos rubicundos y sofocados, como si viniera á sorprenderles la visita al final de un opíparo banquete. Damian se adelantó muy sereno, cruzando con el turbado jokey un guiño picaresco, un gesto de pillo redomado, que vió muy bien la condesa, sintiendo á pesar de su desvergüenza, que se le sublevaba allá por dentro lo poco de gran dama que quedaba en ella.

—Pase V. E., señora Condesa,—dijo.

Y abrió muy presuroso de par en par las dos puertas del salón, levantando la cortina de terciopelo para dar paso á la dama: atravesó ésta rápidamente la pieza, abrió por si misma la puerta de un gabinete, y no se detuvo hasta llegar al despacho de Jacobo. como si todo aquello le fuese muy conocido. Sentóse en un sillón y dijo:

—¿Pero qué es esto Damián?...—¿Cómo ha sido esa marcha tan repentina?...Solo puede ver al Sr. Marques un momento, y eso delante de gente.....

—Pues no sè,—replicò Damiàn encogiéndose de hombros. El Sr. Marqués se levantó ayer a la una, y salió sin almorzar de casa...

Volvióse á eso de las seis, y mandó preparar las maletas.

—¿Llevò mucho equipaje?...—Me dijo que peusaba detenerse varios días.

—Si, señora:—llevó un mundo y dos maletas. Yo mismo las hice.

—¿Y fué por fin solo?...—Me dijo que quizà tendria que acompañar á unas señoras francesas ...

Quedóse Damián muy parado, y tornó á encogerse de hombros.

—Demetrio le acompañó á la estación...—Yo me quedé en casa.

—Llame V. á Demetrio...—Me interesa saberlo.

Llegó Demetrio medio borracho, y tornó á mirar á Damian, disimulando una sonrisa..... El no habia visto nada entre tanto bullicio; pero en el coche en que se acomodó el señor Marqués habia ya otros equipajes .....

—¿No iba en *sleeping*?

—No;—era un reservado.

Currita se mordió los labios.

—¿Y les ha dejado aqui sus señas?

—No, señora.

—Lo decìa para que pudieran enviarle el correo...—A mì me las ha dejado.

—Si la señora condesa quiere enviárselo, yo le llevaré las cartas que lleguen.

—Sí; eso es lo más derecho y lo más pronto,—dijo vivamente Currita....

Y en aquel momento entróle deseo vehementísimo de ver toda la casa; era muy bonita y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estaba todo muy bien puesto, el salón, los dos gabinetes, el despacho, la alcoba, el cuarto de baño el tocador....Un cuadro le llamó la atención en esta última pieza: representaba un ramo de camelias, saliendo del centro el busto de una mujer rubia muellemente reclinada en aquel lecho de flores, con mucho arte dispuesto... ¡Oh! no habia duda; era la francesa anónima, la del nombre de píldora que tan cruelmente se le estaba atragantando á ella. Detúvose á mirar el cuadro con aire de inteligente.

—¡Bonita idea!...—La *fattura* es correcta... ¿Quién es? ....

De nuevo se encogiò Damián de hombros.

—Es una francesa, huérfana de un general que pinta esas cosas...—El Sr. Marques le compró hace tiempo ese cuadro....

—¡Ah, sí!...—Ya sé quien es: vive en la calle de Rebollo, núm. 69...¿Cómo se llama?...

—Se llama..se llama...—Pues no me acuerdo...Una cosa rara, así como un nombre de jarabe...

Currita moderó un movimiento de impaciencia, porque la cosa iba ya picando en historia. La una decia que era nombre de píldora y el otro que de jarabe, y solo se sacaba en claro que era cosa de botica.

Al pasar por el comedor salió á saludarla el ama de llaves muy atenta y obsequiosa, ensanchando cuanto pudo su robusta persona, para taparte la vista de la mesa en que se hallaban los restos de la francachela que en ausencia de su amo, celebraban aquellos granujas. Acudiò el cocinero por el otro lado, pillo de siete suelas con aire bonachón y campechano, y la invitó también á ver su cocina. Currita se puso muy encarnada...y no se atrevió á rehusar.

Apretando los puños de rabia y de despecho entró la dama en su berlina, y dió orden al cochero de ir á casa del general Belluga... Aquella taimada risita del jockey, aquel barullo inverosímil que le impedía ver si su amo acompañaba á unas damas, dábanle malísima espina, y preciso era que ella apurase la verdad por sí misma.

El coche del general estaba en la puerta, reclinado el lacayo contra el quicio, tieso el cochero en el pescante con la fusta enarbolada. La Condesa encontrò en la escalera prestas á salis a paseo, á la generala y sus hijas, dos ángeles acabados de salir del colegio de York, en la Inglaterra, que comenzaban á perder en la atmósfera viciada de los salones su perfume natural de candor y de pureza, como pierden su sana fragancia el romero y el tomillo encerrados en una caja de almizcle. Llamábalas la Condesa sus ahijaditas, porque en su famoso baile de *ancha base* habían sido presentadas bajo los auspicios de la dama, por primera vez en el mundo.

Las señoras quisieron volver atrás, y Currita, sin oponerse mucho al cumplido, consintió bien pronto en ello...¡Oh! traìa ella las de Caín; como que venía nada menos que á embargarle

por t da la tarde á una de sus ahijaditas; estaban atareadísimas ella y otras dos señoras, pidiendo por todas partes hilas para los pobrecitos heridos y objetos de todo género para la rifa, la *Kermesse*, que prometía estar divertidísima. Habíanla dejado á ella sola aquella tarde, y por eso venía á buscar una compañera agradable, un *ángel de la guarda*, que la ayudase á tender la caña.

—¡Qué corazón compasivo resiste á un anzuelo semejante?.....

Y besó en la mejilla á la mayor de las dos hermanas, Margarita, que fijaba en ella sus ojazos de color de cielo, sonriendo con la inocencia con que sonríe un niño á los varios juegos de luz que forma el reflejo sobre las brillantes escamas de una serpiente. La generala aceptó en seguida creyéndose honradísima, y aquella señora ejemplar, aquella madre cariñosa y cristiana que había educado á sus hijas en el santo temor de Dios y en el cercado de la pureza, fió sin reparo alguno el más bello de sus ángeles, á aquella pícara redomada, aquella bribona indecentísima!.....

Salieron todas juntas, delante de Albornoz, apoyada en el brazo de Margarita; en mitad de la escalera volvióse aquella muy animada:

—Como despacharemos tarde, me llevaré á comer á mi ahijada.....—¿Me da V. su permiso?.....

—¡Pues no faltaba más,—Condesa!

—¡Gracias, querida,—gracias!.....

En el tarjetero de la berlina traía Currita un papelillo, en que se veían apuntados gran número de nombres y de señas; hicieron dos visitas; á una magistrada del Tribunal Supremo y á una brigadiera de artillería, dignísimas señoras, á quienes después de sacar los cuartos la olímpica Condesa, puso en ridículo con desvergonzado gracejo, haciendo desternillar de risa á la inocente Margarita. Entónces dió al lacayo unas señas que estaban apuntadas con lápiz, las últimas, de su letra misma.

—Calle de Rebollo, núm. 68..,Hótel.....

—¿Quién vive allí?—preguntó Margarita.

—Pues no se...Es una francesa que pinta... Con tal que le saquemos algún cuadrito...

—¿Sabe V. que esto es muy divertido?....

—¿Ya lo creo: divertidísimo?...—Ver las caras tan cómicas de esa pobre gente, cuando se les pone al pecho el puñal de la caridad.

—¡La bolsa ó.....el rid culo!.....Y entregan las pobresillas la bolsa y se quedan con el ridículo.

—¿Me traerá V! otra tarde,—Condesa?...

¡Sí, hija mía, de mil amores!...—Pero no me llames de V, háblame de tú, dime Curra..... ¡Vamos, que no soy tan vieja!.....

Llegaron á la calle de Rebollo, núm. 68, y paró el coche ante el Hotel, especie de bombonera, más pretensiosa que artística, más bonita que lujosa. Currita bajó la primera, nerviosa, un poco pálida, pero no de verguenza ni de miedo, sino de ira, de anhelo, de despe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cho...Por fin iba á entrar agarrada al manto de la caridad, haciendo hincapié en las llagas de los heridos del Norte, en la guarida de la fiera, y á cersiorarse por sí misma de si eran de la droga aquella, fuese píldora ó jarabe, los equipajes que había visto Demetrio en el coche reservado. Por eso, y sòlo por eso había emprendido la bribona aquella ronda caritativa, escogiendo por compañera aquella inocente niña, incapaz de sondear la capa de cieno que estaba pisando. Un *groom* monísimo, el que había visto Currita en el teatro Real la noche del estreno de *Dinorah*, se hallaba á la puerta: preguntóle ella si las *señoras* estaban en casa, y el chico contestó afirmativamente, haciendo entrar á las damas en un saloncito de la planta baja. Currita pensaba:

—De fijo que está de viaje y me encuentro cara á cara con la vieja....

Un perrillo microscópico y feísimo salió de entre unas montas al lado de la chimenea, y comenzó á ladrar, retirándose después gruñendo y tiritando. Dióle á Margarita miedo el feo animalejo.

—¡Parece un diablillo malo!—decía.

Estaba el salón medio á oscuras, los muebles sucios y revueltos, y veíanse prendas de vestir sobre algunas sillas. En una mesa maqueada, de trabajo muy lindo, había entre varios juguetes de porcelana y un álbum de retratos, una gran chocolatera de cobre, vieja y requemada, con su molinillo de palo muy tieso, chorreando el espeso líquido. La Condesa mostró á Margarita con la punta de la sombrilla el extraño *bibelot*, diciendo muy bajo:

—Caprichos de artista....

Margarita rompió à reir conteniéndose á duras penas, y la Condesa, no obstante su preocupación, vióse forzada también á soltar la risa, añadiendo á media voz:

—Con tal que no nos mande á la *Kermesse* este utensilio....

Sonó una puerta en el interior, luego otra màs cerca, y el *groom* levantó la cortina: Currita respiró desahogada...Entraba la dama duende, la incógnita de las camelias, con el aplomo y el descoco de una *diva* de café cantante que se presenta ante el público, fijando en él una mirada de provocación más bien que de temor ó de extrañeza. La Condesa no se aturdió tampoco; con la exquisita distinción de la gran señora de raza, que tan en alto grado poseía y el aplomo de la mujer de mundo que encuentra reparos para todos los apuros, y salida para todos los laberintos, y palabras para todas las situaciones, expuso á la dama anónima el objeto de la visita. Ella se conmovió mucho... *Amaba á la España muy fuerte, y estaban los carlistas unos brigantes muy atrevidos, como Diego Corrientes y José María.*

Currita al oirla chapurear tan desastrosamente el castellano, habló1e en francés, y ella agradeció la atención con una amable sonrisa. Comenzó entònces á hablar con grande soltura y elegancia, lamentando los estragos de la guerra, ensalzando la misión de la mujer, pon-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

derando la virtud de la caridad con el fuego y el entusiasmo de Vicente de Paul en persona. Currita le dijo sonriendo:

—Veo que no me he engañado al apelar à sus sentimientos de V.. y espero que nos enviarà algún socorro para nuestros pobres heridos.

—¡Oh! sí, sí.....

—Cualquiera cosa; lo que V. pueda...Algùn *bibelot* para la *Kermesse*.

—¡Oh! sí, sí..—Enviaré algún objeto de arte ..

Margarita se mordió los labios para no soltar la risa; pensaba si sería la chocolatera el objeto de arte prometido. Currita díjole entónces con graciosa sonrisa:

—Y si ese objeto de arte es obra de su genio de V., será mucho más agradecido

—¡Oh!...¿Mi genio?—exclamò la otra muy sorprendida.

—Sí; su genio he dicho...—Ya sabe V. que esas cosas no pueden ocultarse...Su paisana Mme. Staél lo dijo: donde hay genio, brilla.

—¡Oh!....

—El Marquès de Sabadell,—prosiguió Currita dejando caer lentamente las palabras, me enseñó aquel ramito de camelias que...*le vendió* V. hace tiempo....¡Es un *quadretto* delicioso! Si manda V. á la *Kermesse* una *pochade* parecida, no habrá regalo que la iguale ...

La dama anónima sonreía, sonreía siempre, con los ojos bajos, como abrumada por el peso de aquellas lisonjas que hacían vibrar las

aletas de su fina nariz, con estremecimientos de rabia. Currita quiso darle el golpe de gracia, y con aire de bondadosa protección, dijo entónces:

—¿Y tiene V. muchas discípulas?

Enderezóse la otra bruscamente, como si la idea de que trabajase para vivir la ofendiera demasiado.

—Me había dicho el Marqués que daba usted lecciones de pintura.

—¡Oh! no, no, —No soy profesora: discípula, pobre discípula....

Y con su suave acento y modestos meneos, disimulaba y contenía el impulso feroz que hace á la gata rabiosa tirarse á los ojos del contrario: dióse al fin Currita por satisfecha, y marchòse, dejando á su parecer á la dama duende confundida y humillada. Al arrancar la berlina soltó al fin Margarita la risa, exclamando entre inocentes carcajadas:

—¿Pero qué harìa en el salón aquella chocolatera?.....

—¿Pues no te lo he dicho?—replicó la Albornoz haciendo coro á las risas de la niña. De seguro que la manda á la *Kermesse*, como un *bibelot* nunca visto: verás como un me equivoco.

Tres días después, pudo Margarita convencerse de que su ilustre amiga y madrina se equivocaba por completo...Pedro López había dicho, y millares de lectores lo vieron en *La flor de Lis*, que el àngel de la caridad había sentado sus reales en el palacio de la ce-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lestial Condesa de Albornoz...Fuese ó no esto cierto, éralo sin embargo que de los cuatro ángulos de la villa y corte, afluían al palacio preciosos regalos para la *Kermesse*, patrocinada por la dama, que iban quedando expuestos al público, con grande primor colocados en los varios salones: por las noches, en uno de ellos espléndidamente iluminado y en torno de una larga mesa cubierta por rico tapiz de tintas oscuras, agrupábase un risueño enjambre de jovenes doncellas y apuestos donceles, —así los llamaba Pedro López,—que barajados y confundidos formando parejas, y más pegaditos entre sí ellas y ellos de lo que la temperatura ordinaria pedía de suyo, dedicábanse á la caritativa tarea de hacer hilas para los infelices heridos del Norte. Currita deseando despertar la emulación en provecho de los pobrecitos heridos, distribuíalos de esta suerte, y era verdaderamente un encanto que arrasaba en lágrimas los ojos ver aquellas tiernas parejas de inocentes doncellitas de quince á veinte años, y castos mancebitos de veinte, treinta y hasta de cuarenta, sacando hilas del mismo trapito, sosteniendo por lo bajo pláticas caritativas que les animaban á la santa obra, todo, por supuesto, bajo la inspección de la angelical Condesa de Albornoz, que iba de un lado á otro distribuyendo las parejas, repartiendo los trapitos, recogiendo en bandejas de plata, ayudada de sus micos, la obra ya hecha, animando á los perezosos con una sonrisa, enfervorizando á los tibios con

una palabra, prendiendo por todas partes el fuego de caridad que la abrazaba á ella misma. Ni el báculo de San Francisco, ni el manto de Santa Teresa, ni el ceñidor de San Ignacio de Loyola hicieron nunca curas tan milagrosas, como las que habían de operar aquellas hilas con tan pura intención trabajadas, en las heridas, llagas y tolondrones de los pobrecitos heridos del Norte. Aquello merecía ser visto, y Diógenes, que la vió una vez, manifestó en el Veloz-Club ya muy entrada la noche, lo que le habían parecido las parejas de operarios, y lo que le había recordado su directora y maestra ...

Los personajes más conspícuos de la corte pasaban por allí pagando su tributo, y hasta D. Casimiro Pantojas había hecho una noche sus hilitas, sin más que un ligero percance, hijo de su cortedad de vista: equivocó el trapo con el rico pañuelo de batista de la dama vecina, olvidado encima de la mesa, y púsose muy afanado á sacar hilas de éste, haciendo dos pelotones finísimos. Alzó el grito la dama, porque tenía para ella el pañuelo grandes recuerdos, y desolado D. Casimiro al reconocer su error, devolvióselo con fleco en torno, de cuatro dedos de ancho.

Dos figuras de primera magnitud habíanse, sin embargo, hecho notar por su ausencia, y eran estas, el Marqués de Butrón y el tío Frasquito: creíanse que un pertinaz constipado tenía encerrado á éste entre las cuatro paredes de su casa, y no se ignoraba tampoco que las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

relaciones del gran Robinson con la ilustre dama, habíanse enfriado algùn tanto con motivo de la Vicepresidencia ofrecida y desairada. Sorpresa causó, pues, aquella noche ver entrar al peludo diplomático en el caritativo taller de las hilas, y acercarse à la Condesa con la más risueña de sus caras y el más expresivo de sus gestos: ella dejó escapar al verle una ligera exclamación de infantil alegria, y acrecentó el pasmo de todos, gritándole con sus mimitos más suaves:

—¡Butrón.....un trapito!...—Nada, nada, aquí no se quieren ociosos.....Venga V. á sacar hilas conmigo.....Allí, junto á mí; en mi mismo trapo.....

Y dejanda abandonada á su propio impulso, la filantrópica tarea de enardecer el fervor de sus operarios, retiróse á un rincón con el diplomático, llevando en la mano un fino trapito cuadrado y una bandeja de plata para colocar las hilas. Nada sabia áun Currita de Jacobo, y al ver entrar al sabio Mentor, figurósele que èste le traería noticias del prófugo joven Telémaco. Butrón estaba, sin embargo, en la misma ignorancia, y el mismo pensamiento y los mismos interesados doseos, traíanle en busca de la invulnerable Calipso. La repentina marcha de Jacobo habíale alarmado, temiendo se ocultase tras de ella algún enredo que perjudicase á sus trabajos políticos, y fingiéndose enterado de lo que deseaba saber, proponíase arrancar con maña á la dama, el hilo del ovillo.

Currita y Butrón se miraron un momento en el apartado rinconcito, como invitándose á hablar mútuamente, y ella, viendo que el respetable diplomático no daba luz ninguna, púsose muy afanada á sacar sus hilas, y comenzò á confiarle sus pesares domésticos...Fernandito andaba muy mal, y le inspiraba su salud serios cuidados: su fálta de memoria llegaba ya al punto de habérsele olvidado dias atrás que había comido, y armar una pelota terrible, queriendo por segunda vez sentarse á la mesa...Sánchez Ocaña y Letamendi le habían reconocido, y ambos opinaban que era aquello un principio de reblandecimiento cerebral que le llevaría lentamente á la sepultura...Ella estaba acongojada: si fuese siquiera una enfermedad repentina que se lo llevara Dios en pocos dias...vamos, sensible era siempre quedar una mujer sola, con dos hijos que educar, sin tener á su lado hombre alguno...¡Pero verle padecer tánto tiempo, consumirse poco á poco, sin esperanza ninguna!....

—Y cada día más tonto, Butrón, crea V. que no exagero. Yo crei que era imposible serlo más, pues nada, todos los días progresa.....

El respatable Butrón dió un suspiro, y poniendo en el anzuelo el cebo de su Consuelito, tendió delicadamente la caña.

—Siempre te quedará Jacobo, excelente amigo que sabrá aconsejarte...—¿No te ha escrito?....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ella, arreglando con mucho primor su manojito de hilas, contestó sencillamente:

—Sí, ayer tuve carta...—Por supuesto, que á V. también le habrá escrito....

—No, no he recibido carta ninguna, pero no me extraña.

—Al despedirse me dijo que hasta tener noticias seguras, no me escribiría. ¿De dónde te escribe ya?....

Las hilas se enredaron, y preciso fué inclinarse hácia la luz para buscar el hilito, haciendo una pausa mientras tanto.

—¿Querrá V. creer que no pone fecha ninguna?...—Me dice, sin embargo, que escribe en el *restaurant* de la estación, esperando el tren ascendente...Como el pobre es tan extremoso, quiso á toda prisa sacarme de cuidados.....

—Sí, muy extremoso—replicó Butrón; pero tambien muy atolondrado. ¿A que te pone señas ningunas?....

—No, ningunas.....

—Pues ya tú ves, á mí tampoco me las ha dejado, y me precisa enviarle ciertas instrucciones que después de su marcha he recibido ...—Por eso venía á preguntarte esta noche, si sabias tú dónde paraba.

—Pues no sé, Butrón; y me tiene esto muy perpleja....

- Porque Damián me ha traído varias cartas que le han llegado por el correo, y no sé dónde enviárselas .....

—¡Si falta en esa cabeza algún tornillo!....

Preciso será esperar a que escriba de nuevo, y te encargo mucho que en cuanto recibas sus señas, me las envies de seguida:

—Descuide V. Butrón; pero le encargo tambien que no tarde en mandármelas si las recibe V. primero ...

—¡Oh!—replicó Butrón con mucha galantería: imposible es que Jacobo cometa semejante piña....

—¡Ay no, no, Butrón!—dijo Currita con melancólico acento. No crea V. que me hago yo ilusiones algunas: sé muy bien que no hay rival tan temible para una mujer, como la sota de bastos ó la esperanza de una cartera.....

Y aquí se detuvieron los dos, convencidos por completo de haberse engañado recíprocamente, creyendo ella, hecha una furia, que Jacobo de acuerdo con Butrón habia marchado á negocios del partido, sin decirle una palabra: juzgando él, hecho un basilisco, que Currita y Jacobo se emancipaban de su tutela, constituyéndose en cantón independiente, y obrando por cuenta propia en los negocios políticos...Un suceso repentino impidióles seguir explorando con la misma habilidad los respectivos campos entró uu criado trayéndo un gran estuche de terciopelo granate muy oscuro, magnífico regalo para la *Kermesse*, que acababan de traer á aquella hora intempestiva, con la idea deliberada sin duda, de que pudiera ser admirado al mismo tiempo por toda la brillante concurrencia. Gorito Sardona, mico de guardia aquella noche, tomó el es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tuche de manos del lacayo, y púsolo sobre la mesa, llamando á gritos à Currita. Acudió ésta seguida del diplomàtico, y un ligero grito que pareciò arrancarle la admiración, y le arrancaban en realidad el temor y la sorpresa, se escapó de sus labios á la vista del estuche...Habìale recordado al punto otro enteramente semejante, con la sola diferencia de que sobre el oscuro terciopelo de la tapa de aquel otro, se destacaba bajo una corona de Marqués, una caprichosa S de oro mate, y en este sólo se veía en aquel lugar un poco chafado el terciopelo...Tres segundos permaneció, sin embargo, inmóvil, contemplando el estuche, sin osar abrirlo: agrupábanse todos á su alrededor, oprimiéndola estrujándola contra la mesa, ansiosos de contemplar la maravilla, y no hubo más remedio que apretar el resorte y levantar la tapa....

Una exclamaciòn general de asombro se escapò de todos los labios, ahogando el sordo rugido de la rabia y despecho, que hinchó la garganta de Currita...Sobre el blanco terciopelo que forraba el interior, destacábase en toda su magnificencia la obra maestra de Enrique de Arfe, el marco antiguo de plata cincelada que habìa regalado ella à Jacobo en aquel mismo estuche, con su propio retrato de reina japonesa...Este habìa desaparecido, y veíase en su lugar otra extraña fotografía: representaba una camelia de tamaño natural, y echada sobre ella como sobre el alfeizar de una ventana, aparecía el busto de una mujer,

de la dama duende que todos conocían, apoyada la mejilla izquierda sobre ambas manos cruzadas, mirando al frente con provocativa insolencia, sacando la lengua con gesto de pilluelo redomado, à todo el que mirase el retrato por cualquier lado que fuese: por debajo, leíase escrito con muy buena letra inglesa:

A la Excma Sra. Condesa de Albornoz,

Mademoiselle de Sirop.

Nadie dijo una palabra, nadie hizo un comentario.....En el embarazoso silencio que deja al descubierto las grandes vergüenzas, oyóse tan sólo la suave vocecita de la Albornoz, que decìa algùn tanto temblorosa:

—¿Mademoiselle de Sirop?...—¡Qué delicia! .....Si será prima del jarabe Henry Mure, que han recetado á Fernandito?.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII.

El despertar de Jacobo fué alegre: había ganado la noche antes jugando en el Casino hasta las cuatro de la mañana, más de cinco mil duros. Hay, sin embargo, algo en el hombre que despierta antes que la razón y los sentidos, y levanta la voz y grita y no calla ni áun en esos momentos de duermevela en que flotan las ideas como cabos sueltos, sin que la voluntad, dormida todavía, haya tenido tiempo de atarlas y enderezarlas ó torcerlas á su albedrío. Este algo se llama remordimiento, y él con su punzante aguijón, puso ante los ojos de Jacobo, antes que los cinco mil duros ganados, las aterradas fisonomías de la mujer y de los hijos del que los había perdido, padre de familia, jugador de oficio, marcado con ese sello de desdicha común á los del gremio,

que por ser desdicha buscada, no despierta hácia ellos mismos compasión, sino enojo. En las ganancias del juego, ha dicho uno, hay siempre algo parecido al robo, porque con razón puede decirse que se toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño; y si bien es cierto que se gana este dinero ajeno exponiendo el propio, también lo es que los ladrones en cuadrilla exponen sus vidas en las encrucijadas de los caminos, y la vida, aunque sea de un facineroso, vale más que el dinero.

Volviòse Jacobo del otro lado, ahogando estas reflexiones con su voluntad ya despierta, y tiró de la campanilla murmurando entre dientes:

Amar á nuestro prójimo
Nos manda la doctrina,
Y al prójimo en la guerra,
Le dan contra una esquina.

Entró Damián, trayendo como todos los dias el correo y los periódicos, que puso al alcance de la mano de Jacobo sobre la mesa de noche. Abrió luego las persianas, descorrió las cortinas y entróse en el cuarto de vestir, para preparar el agua caliente y la ropa del señorito. Habian dado ya las doce y media.

Era Jacobo muy perezoso y costábale gran trabajo arrancarse del lecho; dió en él varias vueltas, estirándose y revolviéndose, con esa dejadez del que no tiene cuidados, ni le espe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ran obligaciones, ni encuentra para saludar al nuevo dia otra fórmula, otra oración, otro brote del sentimiento, que un prolongado bostezo. Decidióse al fin á sacar una mano, y tomó de sobre la mesilla de noche las varias cartas; eran éstas cuatro ó cinco, y llamóle la atención desde luego, una grande y cuadrada que traía el sello del Congreso, porque parecióle notar al tacto qve venía en el interior además del papel, un pequeño objeto redondo. Dióle vueltas por todos lados examinando el sobre con esa nécia perplejidad que al recibir una carta de letra desconocida, nos impulsa á conjeturar y adivinar lo que con solo romper el sello podemos saber de cierto. Hízolo así al cabo, raspando el sobre por completo, y á la duda sucedió entónces en él la sorpresa y el azoramiento; encontróse con un pliego en blanco, de papel muy recio, doblado por la mitad en dos partes; en la superior destacábase cuidadosamente pegado con goma, un gran sello de lacre verde, del diámetro de medio duro.....Al pronto no distinguió bien Jacobo lo que era aquello; llegaba la luz muy debilitada, filtrándose por los visillos del balcón, y la gran cortina de tul bordado, en una sola pieza, que arrancando de los lambrequines de damasco amarillo, llegaba hasta el suelo barriendo la alfombra. Con grande ansiedad incorporóse bruscamente, inclinando el cuerpo fuera del lecho para buscar la luz, y pudo distinguir entónces en todos sus detalles la empresa del sello: eran la escuadra y el

compás cruzados en forma de rombo, y la rama de acacia, emblema de los masones

Una sospecha terrible, una idea aterradora con visos ya de evidencia, cruzó al punto por su mente cual un pájaro siniestro. Arrojóse de un salto del lecho y corrió al balcón para examinar con mejor luz todavía, la extraña carta y el misterioso sello...Na había duda: si no era el mismo, era igual á uno de los que había arrancado él en Paris en el Grand-Hotel, de los cartapacios que en la logia de Milan le habían entregado....¿Qué significaba, pues, aquello?.....¿Era una broma? ¿Un aviso? ¿Una amenaza?

Con los ojos muy abiertos quedóse mirando á la calle, como si buscase allí la solución á sus dudas, la respuesta á sus temores...Frente por frente de la suya estaba la gran casa del Marqués de Riera, cerrada hacía tantos años, con ese aspecto de secreto, ese aire de misterio, que parecen tomar los edificios abandonados por largo tiempo, haciendo fantasear á la imaginación detrás de sus muros, recuerdos de crímenes y sombras de aparecidos. El dia estaba triste; uno de esos días de lluvia menuda y continua, en que sólo se ven en el suelo cieno y lodazales, y en el cielo nubes pardas, inmóviles, pegajosas, que parecen lamer las torres y las cúpulas, cual la viscosa baba de un monstruo inmenso. Los transeuntes cruzaban por la acera muy de prisa, armados de paraguas é impermiables, chapalateando sobre el fango que salpicaba las sayas reman-

gadas de las mujeres, los pantalones recogidos o las altas botas de los hombres. Un capitàn de lanceros, muy gordo y rubicundo, bajaba de la Puerta del Sol, pisando muy fuerte, con las espuelas y las polainas manchadas de cieno, calada la corta capota azul con vueltas blancas: antojosele à Jacobo que aquel militar era de la clase de tropa, que iría al Ministerio de Guerra, y siguiole con la vista muy atentamente...Mas el militar dobló la esquina de la casa de Riera, dando un resbalòn, y desapareció por la calle del Turco...¡La calle del Turco!...¡Ah! ¡la calle del Turco!...Allí se había cometido cuatro años atrás un asesinato, *otro* asesinato en la persona de un hombre famoso, de un amigo que le habia hecho á él grandes favores, favores de lobo á lobo, pero al fin y al cabo siempre favores...También entónces habíase vislumbrado en *aquellos* la mano de los masones, y èl ¡oh! el sabia bien á que atenerse...Por eso tuvo que huir á toda prisa, impulsado por el destino—¡pícaro destino!—que le arrebataba a Constantinopla a resbalar en otro charco de sangre, y a emprender otra fuga á Italia, á Francia á España más tarde...

Jacobo sintió mucho frio, un frio muy grande y muy natural, porque estaba medio desnudo, y que pareciale à él le penetraba las carnes, y le llegaba hasta los huesos y le pasaba el alma de parte á parte. con una sensación glacial y desagradable que se le figuraba semejante a la de la hoja de un puñal, al hundirse en un pecho. Volvióse á la cama buscando el calor de las mantas, y acurrucose entre ellas, escondiendo el rostro entre las almohadas para pensar, para reflexionar, para meditar, para no mirar al hueco del balcòn, donde le parecìa ver al general Prim, y la Cadina Saharai y al ennuco estrangulado, dándose las manos, haciéndole cortesías, como hacen los actores cuando salen á la escena a recibir la ovación al final de un drama. ¡Y él, que se había despertado tan alegre, imaginando el medio de ocultar á sus acreedores los cinco mil duros ganados!

Damiàn asomó discretamente la cabeza, preguntando si el Sr. Marqués no iba á levantarse, porque el agua caliente se enfriaba.

—Allá voy...allá voy,—respondió Jacobo.

Y mientras se calzaba las pantuflas y se envolvía en una bata de abrigo muy bien enguatada, iba discurriendo que el modo seguro de averiguar de cierto lo que sobre el particular hubiera, era preguntar al tío Frasquito lo que había hecho de aquellos tres sellos que en el Grand Hotel le había regalado.

Quedóse con esto más tranquilo, casi sereno del todo: indudable era que se reducía aquello á una necia broma...Cierto que habíale sucedido a él en aquel negocio espinosisimo, lo que acontece á todos los caracteres fogosos; que una vez dado el primer empuje, caen luego en la mayor apatia, abandonando los planes con tanta rapidez fraguados y con tanta lentitud emprendidos. Mas tampoco era verosímil que al cabo de año y medio de silencio absolu-

to, de completo olvido, salieran los masones reclamando los papeles é iniciando su petición con la ridícula bromita —muy en carácter por cierto —de enviarle un sellito...Y además— ¡que demonio!—á él le habian entregado unos papeles para el rey Amadeo, y el rey Amadeo se habia ido. Iba á correr de-ceca en meca en busca del rey cesante?...¿Y con qué derecho le pedia cuentas la masonería española, perteneciendo él á la italiana? Porque la carta era de Madrid mismo, puesto que el sello del Congreso la franqueaba...Nada, nada, fuéra temores, que el derecho era suyo. ¡Qué demonio! á quin Dios se la dió San Pedro se la bendiga, y el que está más cerca de la cabra, ese la mama.

Púsose Damián á afeitarle como todos los dias, y al sentir sobre la garganta el frio del acero, no pudo contener un estremecimiento, de espanto...Un ligero golpecito, un leve movimiento, y corría la sangre, y vendría la muerte, y se acabaría la vida allí mismo, sin auxilio, sin remedio, pasando de la agonía á la sombra pavorosa de eso que llaman eterno, corriendo por Madrid la noticia del *Crimen de la calle de Alcalá*, como había corrido cuatro años antes, la del crimen impune y misterioso de la calle del Turco....Y aquel ligero golpecito, aquel leve movimiento, podía determinarlo en la mano de Damián, otro ligero golpecito del oro de los masones. Porque ¿qué sabia él lo que era Damián?...Un pícaro probablemente, un bribón como todos, puesto que

á juzgar por lo que de sí mismo sentía él, sólo pueden admitirse dos clases de hombres: los ahorcados y los que merecen serlo.

Rióse al cabo de sus locas imaginaciones, y vestido ya del todo, pidió un sombrero, unos guantes, un paraguas....

—¿El Sr. Marqués almorzará en casa?.....

—No.

—El cochero espera la orden.....

—Que se vaya, que vuelva á las cuatro.

Y se dirigió á la puerta, para retroceder al momento... ¡Qué tontería! Quizà en alguna de aquellas otras cartas que había olvidado en su azoramiento, vendría algún dato, alguna explicación de la estúpida broma del sellito. Abriólas una á una y una á una las fué arrojando con furia sobre la gran piel de oso blanco, colocada al lado del lecho.....Nada, nada: una invitación para un baile, una carta de Angel Castropardo preguntando si le acompañaría á cenar aquella noche con las bufas de Arderius después del teatro, una diatriba de un acreedor exasperado que le amenazaba con el embargo.....

Seguìa cayendo aquella lluvia menuda, lenta, constante, que cala hasta los huesos y los enfría, como cala hasta el corazòn y lo hiela, un pensamiento triste y monótono que no se puede desechar. En las Cuatro calles, frente á las ruinas *seculares* de la calle de Sevilla, coronadas ya como las de Itàlica por el amarillo jaramago, tomó Jacobo un simón para evi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tar la afluencia, eterna en aquel sitio, de gentes que van y vienen, formando en las aceras cordones interminables de hombres, de mujeres, de niños, cobijados todos aquel día, bajo sus paraguas, que remedaban yendo y viniendo y cruzándose, una larga procesión, una contradanza fantástica de hongos f nomenales. Diez minutos después, apeábase á la puerta del tio Frasquito.

Peinado, teñido y reluciente de puro limpio, sentábase éste á la mesa para almorzar, en su lindo comedor perfectamente caldeado por magnífica chimenea de mármol negro, atestada de leña. Con el ansia cariñosa con que recibe todo el que tiene gana de charlar, a cualquiera que puede servir de auditorio, recibió el viejo á Jacobo, mandando al punto poner otro cubierto en la mesa.....Necesitaba él desahogarse, porque el berrenchìn, el bochorno que habia pasado el dìa anterior, aún no le había salido del cuerpo. Las cosas de Diógenes iban llegando á un extremo, que si hubiera en Madrid autoridades, si hubiera en España un gobierno, se castigarían lo menos, lo menos con cadena perpétua.....¡Oh! ¡lo del día anterior merecía por primera providencia que le cortasen la mano derecha! ¡Burlarse de ese modo de todas las señoras de Madrid, congregadas para un asunto piadoso! ¡Poner en evidencia, en ridículo, en berlina, á tres... á dos personas respetables; porque el tal Pulidete, era un *parvenu*, un cursi, un cualquier cosa, que se lo tenía todo muy bien merecido.....Mentira parecíale que Pepe Butrón, un hombre de gran talento, se hubiese *tirado una plancha* semejante, y sin duda fué el Pulidete quien le dió el mal consejo. ¡Proponer à María Villasis para Presidenta!...¡Si esto no se le ocurre ni á él que asó la manteca!...Y claro está; sucedió lo que tenía que suceder, que la muy mojigata dió con todo al traste, pero con un otrevimiento, con una insolencia, aludiendo claramente á la pobre Curra, diciendo con una risita de mil demonios, que su modestia le impedía ser ella Presidenta, donde había una Vicepresidenta tan digna...Y la pobre Curra calló por prudencia; pero bien se le conoció que quedaba sentidísima .....

Hizo aquí una pausa, tragóse un buen bocado, preparó otro muy grande, y dijo mientras tanto:

—Perro no comes, hombre..—Si no has tomado màs que las ostras.

—No tengo ganas.....

—Ni yo tampoco..—Porr supuesto, que lo mejorr que ha podido sucederr, es lo que ha sucedido; porrque si mi sobrina Villasis llega à serr Presidenta, quedaban rreducidas las obras de la Asociación á novenas y triduos de rrogativas, y á las limosnitas rrecogidas porr las socias á la puerrta de las iglesias.....Y ni àun esto siquierrrra; porque yo mismo le he oído decir, yo, yo mismo,—y el tío Frasquito, con ademán imponente, se tiraba de una oreja —que es un escándalo, una profanación, ponerr rreclamos de niñas bonitas á la puerrta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de las iglesias. ¡Vaya V. á verr qué modo de entenderr las cosas!....Perrro en fin, los pobrecitos heridos no se quedarrán sin socorro, y lo que la perrfecta viuda les quita por un lado, se los proporrcionarrrà porr otro la pìcarraa Samarritana. Porrque Currra, con ese corrrazonazo que tiene,—¡clarro está!—¡lo ha tomado con un calor con un empeño!...y lo que es la *Kerrmesse*, ha de darr mucho dinerrro...Anoche como no estuviste allí, no podrías enterrarrte, perrro se trata ahorrra de buscarr el sitio; unos dicen que en la platerría, de Marrtínez, otros que en el Real. ¿Qué te parrrece?.....

Jacobo, aburrido de aquella charla insustancial y mujeriega, estuvo por decir que le parecía mejor la punta de un cuerno, y el tío Frasquito, viendo que no contestaba, se apresuró á añadir:

—Yo creo que en el Real...—En la Operra se hizo la de Parrris cuando los inundados de Szegedin, y estuvo brillantísima...Perrro francamente, le temo á Diógenes, que se colocarrá allí, de segurro...Le temo, le temo; te digo que le temo. Porrque ¿qué se hace uno, si ni àun queda el rrecurrso de desafiarlo? ...

—¿Que no?—replicó Jacobo riendo á pesar suyo. Desafíalo tù, y córtale las orejas.

—¡Oh! ¡lo que es porr mi no quedarrría!—exclamó lleno de ardor bélico el tío Frasquito .....¡Perrro si es imposible! ¿Sabes lo que pasó con Paco la Granda...otro animal como él?.....Pues le hizo Diógenes una barrrabasada y Paco le mandó sus padrinos. Diógenes dijo que sí, que se batirría; perrro como le tocaba la elección de arrmas, exigió que el duelo fuerra á cañonazos; ¡figúrrate tú!....Paco le envió á decir entónces que donde quierra que le encontráse le darría de bofetadas; Diógenes le contestò que se le acerrcarra si podía....Y se le acerrcó en efecto. ¿Perrro parra qué, Jacobo, parra qué?...Parra que el animal de Diógenes, como es tan grandote, le diese una estacado que le rrompiò dos costillas ....¡dos costillas!.....¡No creas que exagerro, dos costillas!....

Y el tío Frasquito, rebosando indignación, palpábase con el reverso de la mano, el sitio en que naturales ó postizas, debía de tener las suyas.

Jacobo nada decía, y comenzando el viejo á notar su preocupación, indicóle bonitamente que el almuerzo terminaba, y le estaba ya estorbando.

—Pues creo que pondremos al fin la *Kerrmesse* en el Rreal, dijo...Ahorra mismo voy á casa de Curra, parra que decidamos...¿Cómo no has almorrzado tu allí hoy?.....

Jacobo arrojó la servilleta hecha un lio encima de la mesa, y dijo gravemente mirando al tío Frasquito:

—Porque necesitaba hablarte.

—¡Ya!—exclamó el viejo.

Y abrió palmo y medio de boca, y púsose muy azorado, porque desde aquella noche fatal en que descubrió Jacobo en el Grand Ho-

tel el secreto de su peluca y de sus dientes, mirábale y temíale con ese temeroso recelo que inspira siempre la persona que puede perder nuestra reputación ó nuestra fortuna, con sólo dar suelta un poquito á la lengua. No le deseaba la muerte; pero habiérale visto con gusto descender á la tumba, con tal que llevase á ella el secreto. Jacobo preguntó:

—¿Te acuerdas de aquella noche en que se te quemó el gorro de dormir en el Grand-Hotel?....

Alborotóse el tío Frasquito pensando—¡ciertos son toros!—é inmutado y nervioso y lleno de sobresalto, comenzó á mirar á los criados, diciendo por lo bajo:

—¡Calla, hombre, calla!...—En el *boudoir* tomarremos el café, y allí nadie vendrá á incomodarnos....

Porque el tío Frasquito tenía también su *boudoir;* un verdadero *boudoir* de dama elegante, atestada de todas esas chucherías que llaman los franceses *bibelots*, y han venido á sustituir en los palacios modernos á las antiguas obras de arte. No faltaban allí sin embargo éstas, y era lo más notable el retrato de un caballero, tipo de arrogancia á varonil hermosura, pintado por Van Dyck en Inglaterra, al mismo tiempo que aquel otro famoso de Cárlos I, imagen admirable en que se refleja junto al orgullo del monarca, una especie de adivinación de su tràgica desventura. Era aquel personaje el quinto Duque de Aldama, embajador de Lóndres de Felipe IV, y era el tío Frasquito hijo tercero del vigésimo Duque del mismo nombre. Al pié del retrato había colgadas una daga y una espada de gavilanes, de esquisita labor y gran precio, que habían pertenecido al personaje. Frente por frente, en muy buena luz colocado, había un pulido bastidor de caoba, en que el tio Frasquito, nieto en el siglo XIX del prócer del siglo XVII, bordaba en tapicería unas preciosas babuchas.

Sirvieron el café, Jacobo habíase dejado caer negligentemente en una butaca, con la pierna derecha por encima del brazo de esta, y puéstose á fumar el exquisito cigarro puro que le ofreció el tío Frasquito. Este sacó con mucho misterio una preciosa tabaquera de oro, guarnecida de brillantes, con el retrato de la reina María Luisa en la tapa, y tomò un polvo de rapé haciendo mohines picarezcos:

—Es mi vicio.—decía: nadie lo sabe; un secreto...*Péche caché, est tout á fait pardonné.*

Y estornudò por tres veces, haciendo figuras y monadas con que creía apartar de la mente de Jacobo la maldita idea del gorro quemado; màs éste, no bien salieron los criados, después de servir el legítimo ron de la Jamaica, tornó à preguntar:

—¿Te acuerdas de aquella noche? .....

El tío Frasquito contestó un—¡Sí!—tímido y vergonzoso, cual si le recorrdase la pregunta algún crimen nefando.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jacobo volvió á preguntar:

—¿Y te acuerdas de unos sellos de lacre, dos verdes y uno rojo que te regalè aquella noche?....

—Si,—replicó el tío Frasquito màs animado.

—¿Qué has hecho de ellos?.....

—En mi álbum los tengo...—¿Quieres verlos?.....

—Enséñamelos.

El tío Frasquito, libre ya de temores, volvióse vivamente, y arrastró hácia Jacobo un precioso caballete, sobre el cual descanzaba un gran infólio una especie de libro de coro, cuyas lujosas tapas eran una obra de arte, un mosaico acabadísimo, hecho sobre piel de zapa, con peregrinos dibujos y colores muy vivos, formando el todo un conjunto digno de competir con las màs lujosas encuadernaciones antiguas que se admiran en la Biblioteca del Vaticano; cerraba el libro un gran broche de acero calado, representando las armas de los Aldamas, rematadas por la corona ducal del jefe de la casa.

—No hay otra elección igual, es la primera de Europa,—decía el tío Frasquito abriendo el libro sobre el caballete, con el ardor de un *amateur* que luce sus aficiones.

Y se pusó ó repasar el índice, porque estaba el libro dividido en varias partes: sellos, reales, nacionales, particulares y miscelanea. El tío Frasquito buscaba en la miscelánea, y dió al fin con ellos, en la pág. 117.—*Sellos masónicos.—Marqués de Sabadell.*—Porque tenia la

atención el coleccionista, de apuntar siempre junto al donativo el nombre del donante.

Apareció al fin la pag. 117...y el tío Frasquito miró á Jacobo estupefacto, y Jacobo miró al tío Frasquito horriblemente pàlido. Las numerosas casillas de la hoja aparecian cubiertas de sellos, excepto dos de ellas que estaban en blanco; en ambas decía arriba:—*Masónico,* —y abajo:—*Marqués de Sabadell.*—Los sellos habían desparecido, y notàbanse sobre la fina vitela las asperezas de la goma con que habían estado sujetos. Jacobo con voz ahogada y gesto de medrosa ansia, dijo entónces:

—El otro..el rojo...—¿dónde está?....

Asustado el tío Frasquito al notar la emoción de Jacobo, no acertaba à decir palabra temiéndose algo sordo, y comenzó á buscar precipitadamente entre los sellos reales, murmurando aturdido:

—De Víctor Manuel erra, me acuerdo muy bien....Estarrá entre los soberanos de Italia; con un Duque de Parrma y un Ferrnando de Nápoles lo puse...Porrque la Italia una, no me pasa; vamos, que no me pasa.....

Q apareció al fin después de mucho revolver la pag. 98, llena de sellos reales, y entre uno del último Duque de Parma reinante, y otro de Fernando de Nàpoles, hallaron otra casilla, en blanco. Arriba decía: *Rey de Cerdeña,*—debajo:—*Marqués de Sabadell.*

Dió entónces Jacobo una gran puñada en el brazo de la butaca, diciendo con voz sorda:

—¡Me has perdido! ...

—¡Ay Jesús, Jacobito!...¡Porr Dios, dímelo! ...¿Qué pasa?—exclamó el tío Frasquito muerto de susto.

—¡Me has perdido!...¡Me has perdido!—repetía Jacobo.

Y bajo la impresión del temor y el aturdimiento, confiò con su impremeditación ordinaria al necio viejo, si no la parte más culpable, la más peligrosa al menos de la aventura de los masones. El tío Frasquito, muerto de miedo, creyendo ver brotar puñales masónicos á través de la mullida alfombra, comenzó á dar vueltas desatinado, tropezando por todas partes como corneja puesta de repente á la luz del sol.

—¡Ay, ay, ay, Santa María, què berrengenal!—Porrsupuesto, Jacobito, que tù te acorrdarrás muy bien de que yo no querrìa tomarr. Porr complacerrte, por darrte gusto los tomé y me arrrepiento; que yo no los necesitaba, ni quierro nada con esos señores. ¿Te enterras? Y conmigo no cuentes, porque yo lo digo todo, todo, clarrito, clarrito, y me lavo las manos.....

Detúvose de pronto y dióse una gran palmada en la frente, como quien ata de improviso un cabo importante. ¡Tú, tú, tù!.....Aumentóse su terror, y fuéle preciso sentarse.

—¡Ahorra lo entiendo todo!...—Ahorra me lo explico y lo veo clarro...¡Santa Marría, lo que me está pasando!...

—¿Qué?—dijo Jacobo con ánsia.

La emociòn de éste parecía haber pasado al tio Frasquito, y conociendo el pobre viejo su debilidad, decidióse á buscar apoyo en el mas fuerte...Cogió por un brazo á Jacobo y llevólo sigilosamente á su alcoba, nido risueño, tapizado con seda de Persia celeste, cubierto el pavimento de pieles blancas, con una cama de palo de rosa muy baja, muy aérea, vago conjunto de encajes, holandas y sedas celestes, semejantes á una crespa ola del mar, coronada de espumas blancas. Había allí un mueble precioso, también de palo de rosa, con cerraduras de plata, donde el tío Frasquito guardaba los papeles importantes; abrió un cajoncito y sacó un paquete de cartas.

¡Lo que le estaba pasando hacía más de tres meses!...Si aquello era para volver loco al más pintado: primero le incomodó, dióle después rabia, y al presente, ahora, en aquel momento, le espantaba; vamos que le espantaba, que le ponía los pelos de punta!...

—Un dia, me acuerrdo muy bien,—el nueve de Diciembre, rrecibí porr el corrreo una carrta de San Peterrsburgo.....

Y el tío Frasquito sacaba la primera del paquete, cuyo sello tenia, en efecto, la efigie del Czar Alejandro II.

—¿De San Peterrsburgo?...—La abrì extrañado, y me encontré con esto.....

Y abría à la vez que hablaba, la carta, poniendo ante los ojos atónicos de Jacobo un pliego en blanco, en cuyo centro se leía escrita esta sola palabra:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡MENTECATO!

Un gran flujo de risa brotó por encima de todos los terrores de Jacobo, y soltó el trapo á reir coh todas sus fuerzas. Mas el tio Frasquito, muy desolado, prosiguiò diciendo:

—¿Te rries?...Aguarrda, aguarrda?...Yo decía cavilando toda la noche:—¿Mentecato en San Peterrsburgo?—y me devanaba los sesos y se me espantaba el sueño sin acerrtarr..... Al otro dia, otra carrtita... ¿Perro de donde crees?... ¡De Chinchón, Jacobo, de Chinchón! .....La abro, y al mismo lema:—¡Mentecato!— Al día siguiente, carrta de Fuente Ovejuna, provincia de Corrdove, y lo mismo...En fin, hijo, desde entónces, todos los días, sin faltar ninguno, una carrita de letra diverrsa, de parrte distinta, las más rremotas en todas las parrtes del globo, de Francia, de Inglaterrra, de Alcorrcon, de Alemania, de Chinchilla, de Calcuta, ¡ya tu ves! de Calcuta, de Constantinopla, de Terrones, Jacobito, de Terrones, pueblecillo de tres casas en la provincia de Salamanca; y siempre con el mismo lema:—¡Mentecato!...—Un día, el veinte de Enerro, San Sebastián márrtir,—¡me acuerrdo muy bien!— estaba más tranquilo; llegó el correo y no trajo carrta ninguna...Porr la tarrde, abro ahí— y abrió la mesilla de noche—y allí...dentro, me encuentro una carrta; la abro...¡Mentecato!...dime tú si eso no es para volverrse loco;

si no encierra un misterrrio terrrible, que tu carrtita del sello me va ahorra explicando.....

Jacobo iba también comprendiendo, y desde luego pensó que nadie que no fuera Diógenes, era capaz ni en Madrid ni en todo el mundo, de dar una broma tan constante á aquel pobre majadero, para lo cual se necesitaba paciencia á toda prueba, relaciones muy extensas y medios de comunicación difíciles y complicados. Con verdadero asombro, preguntóle entónces:

—¿Pero de veras no te ha faltado ningún día?

—¡Ninguno!...—A veces, cuando la carrta venía de muy lejos, sobre todo, estaba dos ò tres días sin rrecibirla; perro luego llegaban juntas...¡Si te digo que ni un dìa me ha faltado!...Mírrralas, cuéntalas,—añadió con acento de desolación profunda, deeparrramandolas todas sobre la mesa, y verraás como salen carrta por día...Desde el nueve de Diciembre hasta el quince de Marzo, que somos hoy, van noventa y siete días, porrque Febrero trae veinte y ocho...Pues nada, ahí tienes noventa y nueve ¡Mentecato!...Aquí está el de hoy....

Y sacó del bolsillo otra carta de Chiclan, provincia de Cádiz, en la cual se leia también la palabra sibilítica, el misterioso conjuro: ¡Mentecato! ....

La situación de Jacobo no era para reír mucho, y apagóse bien pronto el arranque de hilaridad que le había producido aquella burla pacientísima que no podía ser de otro que de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Diógenes. Arrepintióse al mismo tiempo, al ver los medrosos aspavientos del tío Frasquito, de haberle confiado en parte su secreto, y resolvió asegurar su silencio, haciéndole creer que le alcanzaba á él también la inminencia del peligro. Detenidamente examinó las cartas, conteniendo á pesar de los pesares, nuevos accesos de risa, y dijo al cabo con aire de convicción profunda:

—¡Evidente que esto viene de los masones! ...—A mí me sentencian por lo que hice, y á ti te avisan que eres un mentecato por haberme encubierto

—¡Yerro si eso no es verdad!—gritó el tío Frasquito muy apurado. Si yo no te he encubierto, si tomé los sellos porrque tú me los dijistes...

—Lo cual quiere decir,—prosiguió Jacobo sin hacerle caso, que si á mí me *apiolan* al volver de una esquina, á tí te dan una paliza en cuanto te cojan à mano.

Pegósele al tío Frasquito la lengua al paladar, y exclamó medio llorando:

—¡Darrré parrte al Goberrnadorr de Madrid!...—¡Le hablarré à Paco Serrrano!....

Lo cual sería meterte tú mismo en la boca del lobo, porque lobos de la misma camada son uno y otro...Mira, tío Frasquito, aquí no hay mas que una salida...En primer lugar, echarse un nudo en la lengua, y que ni tu sombra trasluzca lo que pasa....

—Lo que es eso, corrre de mi cuenta....

—¡Bueno!..—En segundo lugar, tener dispuesta la bolsa, porque, amigo mio, con *mosca* á la mano se va lejos, y entre masones y no masones, por dinero baila el perro.

El tío Frasquito hizo el gesto de resignación del paciente á quien sentencian à sacarse una muela, y Jacobo continuó:

—En tercer lugar irse con pié de plomo, siguiendo la pista...Así es que vamos à cuentas ...¿Quién sospechas tú que haya podido robar esos sellos?.....

El tío Frasquito comenzó á hacer sobre humanos esfuerzos para coordinar sus recuerdos....Seguro, segurísimo estaba de que quince días antes estaban allí los tres sellos; habíale enseñado despacio todo el álbum à otro *amateur*, el Barón de Buenos-Aires, y no notó hueco alguno....A los pocos días vino un individuo desconocido recomendado por su camisero, que quería vender con mucho empeño tres ejemplares curiosos: entónces hojeò otra vez el álbum...Después no le había tocado.

—¿Quién era ese individuo?....

—Pues no sé...—Un pobre diablo con carra de hombre, cualquier cosa....

—¡Ahí está el hilo del ovillo!—exclamó con gran interes Jacobo. ¿Le dejaste solo? ¿Tocó el álbum?....

—No...no...¡Ay, sì, sí, Jacobito!...Ahorra me acuerdo que sí, que vino Vicentito Astorrga y le recibí en el salòn porrque no vierra semejante estaferrmo, y estuvo solo más de diez minutos...lo menos, lo menos.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Aquí tenemos ya la púa del trompo!..... Vamos ahora mismo á casa del camisero.

A la puerta esperaba enganchada la berlina del tío Frasquito, y en ella subieron ambos, dirigiéndose á casa del camisero, honrado comerciante de la calle de Carretas.....Tampoco conocía éste al incógnito; sabia tan sólo que era un comisionista italiano, amigo de otro francés que tenía negocios con la casa, en el ramo de perfumería.....Al oír la nacionalidad del desconocido, llegó á su colmo la inquietud de Jacobo, porque parecióle ya evidente que se entendían en aquel asunto las logias de Italia y de España. Indicó, pues, al tío Frasquito, que no era necesario averiguar más, y regresaron preocupados y silenciosos á casa de éste. Despertóse en el camino la fogosa actividad de Jacobo á la vista del peligro, y en aquel breve trayecto trazó un plan atrevido, único a su juicio que podía remediar los yerros pasados y detener las consecuencias de su imprudente apatía. Aquella misma noche, sin despedirse de nadie, sin dar á persona alguna razón de su marcha, ni dejar sospechar siquiera el fin de su viaje, saldría para Italia, avistaríase en Caprera con Garibaldi, que le había iniciado en otro tiempo en las logias de Milán y ante él trataría de justificar el secuestro de aquellos documentos, inventando un embuste, una historia, un enredo cualquiera, que viniese á sacarle de una vez de aquella situación falsa y angustiosa. Dinero tenía de sobra con los cinco mil duros la noche antes,

y la mina del tío Frasquito podía también muy fácilmente explotarse. Manifestó, pues, al atribulado viejo al llegar á casa de éste parte de su plan, y concluyó diciendo que puesto que el riesgo era de ambos, justo era también que ambos pagasen los gastos, y que era necesario le aprontase en aquel momento dos mil duros en billetes de Banco; el viaje duraría dos semanas, y á su vuelta ajustarían cuentas, partiendo como hermanos los gastos que la empresa ocasionara.

Alborotóse el tío Frasquito juzgando que le salían los tres sellos harto caros, y vencido al fin por las razones, vaticinios y amenazas de Jacobo, aprontó el dinero que le estafaban, y despidió al compadre haciendo pucheros. Acrecentáronse sus temores al verse solo, sintióse malo, y se metió en la cama, dando orden rigorosa de no recibir á nadie. A la mañana siguiente trajéronle el correo; venía una carta de Segura, pueblecillo célebre por sus quesos, escondido en el rincón más áspero de las montañas de Guipúzcoa; en ella decía: ¡Mentecato!

Subióle dos grados la fiebre, y mandó llamar al cura de la parroquia: se quería confesar.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Libro Cuarto.



I.

El miguelete que cobra el portazgo en lo alto de la cuesta de los Meagas, asegurò formalmente á José Ignacio Bernaechea, que jamás había cruzado de San Sebastián á Zumárraga un coche más elegante, ni unos caballos más hermosos, ni unas gentes más locas.

Aùn se oia á lo lèjos, allá por la cuesta abajo, el estridente sonido de su corneta, que resonaba entre aquellas altas montañas de una manera estraña, profana, como pudiera resonar una risotada en un templo, una chanza en una oración, el himno de una bacante entre las solemnes pausadas notas de un canto gregoriano. Porque aquella naturaleza séria y salvaje, aquellos valles profundos cortados por riachuelos, salpicados de caseríos sumergidos en un mar de verdura, à que las distintas luces y los distintos matices parecen prestar flujos y reflujos; fecundados por el trabajo, santificados por iglesias, siempre verdes, siempre bellos, siempre pavorosamente melancólicos, como lo es en la imaginación del campesino vasco la idea misteriosa de las Maitagarris, tienen algo de la silenciosa majestad de un templo, de la serena tristeza de los paisajes de otoño que parecen llorar y sonreir al mismo tiempo, de la suave melancolía que inunda el alma al caer de la tarde, cuando la campana de la iglesia hace resonar el toque del *Angelus*, y se despide el dìa murmurando al oído del hombre, aquella palabra mil veces repetida sin pensar jamás en su alcance infinito. ¡Adios!..

La bajada era peligrosa por lo inclinado de la pendiente y lo ràpido de las vueltas, y los seis caballos del tiro hincaban con fuerza los cascos delanteros, inclinaban hasta los pechos las airosas cabezas, henchian con ahinco los poderosos ijares, y aparecía el sudor bajo los brillantes arneses, en forma de espuma blanca. Rechinaba sin cesar el torno bajando ó subiendo la plancha, y en la banqueta más alta del elegante *mail-coach*, chillaba Leopoldina Pastor como una desesperada, gritando que aquellos indecentes caballos iban à despeñarla por la montaña abajo.....Sentado á su lado el tío Frasquito, con un finísimo pañuelo prendido en su sombrero de paja, para preservar de los ardores del sol la blancura de su cutis, miraba con gesto de susto lo profundo del precipicio, y agarrába á cada vaivén del co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

che á los hierros del asiento, gritando angustiado:

—¡Curra,... por Dios, cuidado!... Cuidado, Curra...!

En la primera de las banquetas de detràs, María Valdivieso, Paco Velez y Gorito Sardona reian á carcajadas, disputándose el honor de soplar con aliento de buzo en la sonora corneta, avisando á los pacíficos aldeanos y à los mesurados bueyes, á las modestas *cestas* de camino y á las chillonas carretas cargadas de helechos, que se quitasen de en medio, que se echasen à un lado y se tirasen todos de cabeza por cualquier barranco, porque el *mail coach* con seis caballos de la Excma. Sra. Condesa de Albornoz, necesitaba libre toda la carretera de Guipúzcoa. En la última banqueta de detras, tendido cual una masa inerte, iba un hombre cubierto con un *waterproof* de señora, que los rayos del sol recalentabán: bamboleábase con grave riesgo de caer á los movimientos del coche, y roncaba con esa especie de ruido asmático, propio de los borrachos viejos cuando duermen la mona.

En los asientos del centro entre varias fiambreras, cajas y piezas de una pequeña tienda de campaña desarmada, iban Kate, la doncella inglesa de la Condesa de Albornoz, Fritz, su lacayo prusiano, y Tom Sickles, su famoso cochero, que sin perder su flema inglesa, miraba de cuando en cuando con inquietud las evoluciones no del todo diestras que imprimía al fogoso tiro, la débil manecita de su ilustre

dueña. Porque la Condesa de Albornoz en persona, era quien venía guiando los briosos brutos desde Biarritz, de donde había salido el convoy la víspera, prefiriendo aquella modesta caminata por la carretera, al cómodo trayecto del camino de hierro, por uno de esos caprichos, de esas excentricidades que forman las leyes de la moda y constituyen las reglas del buen tono, basadas las más de las veces, en aquella razón tan filosófica y profunda:

Cuando pitos, flautas;
Cuando flautas, pitos.

Sentado à su lado en el pescante iba el Marqués de Sabadell, afable y cariñoso, defendiendo de los rayos del sol el rostro de la dama, con gran sombrilla de grueso tafetán encarnado, y atento siempre à remediar con su vigoroso puño, cualquier descuido que en su ardua tarea de gular el coche, pudiera tener el aristocràtico cochero. Pronto se le ofreció ocasión oportuna: á una vuelta del carruaje enredóse la sombrilla en las ramas de un árbol, y despedida aquella con violencia, vino á caer sobre uno de los caballos: espantóse el animal reculando bruscamente, retrocedió el coche á su empuje, osciló un momento y quedò inmóvil, inclinado, hundiéndose, hundiéndose suavemente....Un grito de espanto escapóse de los labios de todos, y una vieja que cruzaba guiando un borriquillo, gritó extendiendo los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enjutos brazos, con esa energía de la fé en los momentos de angustia:

—*¡Aita San Ignacio....salvaizazu!* (1)

El peligro era inminente; hallábase una de las ruedas traseras fuera del camino, sostenida sobre el precipicio tan solo por el tronco de un roble inclinado, cuyas raíces se sentían crujir y ceder á cada momento, arrancando grandes pelotones de tierra.....Un instante perdido, un solo movimiento de cualquiera de los espantados brutos, y coche, caballos y viajeros rodarían por el alto repecho de la cuesta, haciéndose trizas. Jacobo no se aturdió, ni Tom Sickles tampoco: empuñó el primero las riendas sin hacer ningún movimiento, y saltó el segundo fuera del coche, abalanzándose á la rueda opuesta á la hundida, y tirando hácia el centro del camino con todas sus fuerzas, la vieja casera acudió en su ayuda, tirando con sus descarnados brazos, que parecían tener el aguante de dos poderosos cables. Saltó Fritz detrás de Tom, y fué a sujetar por el diestro al caballo espantado, que era el de la izquierda del primer tronco. El terror había enmudecido á todos, dejándolos inmóviles, sin osar rebullirse por miedo de apresurar la catàstrofe: el hombre del *waterproof*, seguía roncando.

A un grito de Tom Sickles, fustigó Jacobo los caballos bárbaramente, azuzólos Fritz dando voces, y el coche arrancó al fin crujiendo, bamboleándose un momento hácia el precipicio, dando al entrar en la carretera un vaivén violentísimo, que despidió al hombre dormido desde lo alto de su banqueta, en mitad del camino, donde cayó inerte y pesado cual una piedra de diez arrobas, mientras el coche desaparecia entre una gran polvareda por el declive de la cuesta, y seguía corriendo hasta llegar frente de Oiquina, donde pudo al fin Jacoba detener el tiro á la sombra de unas higueras, cubierto de polvo, sudoroso, jadeante ....Ya era tiempo: el roble, descuajado por completo, cayó á lo largo del violento repecho del camino, quedando suspendido sobre el precipicio por algunas raíces. Tom Sickles, sin cuidarse del hombre tendido en tierra, miraba correr el coche apretando los puños y dirigiendo en inglés tremendas imprecaciones, no á los caballos, sino á su ilustre señora y dueña.

(1) ¡Padre San Ignacio.....sálvalos!

Mientras tanto, Fritz y la casera acudìan al caído, en el momento en que desembarazándose éste del *waterproof* que le envolvía, y sentándose en el suelo, dejaba ver la granujienta faz de Diógenes, azorada, reflejando tadavía la colosal borrachera que se había tomado, la víspera, mirando á todas partes con aire de extrañeza, sin acertar á explicarse còmo habiéndose dormido en lo alto de una banqueta del *mail-coach*, despertaba sentado en el suelo en mitad de un camino. Los dolores de sus huesos vinieron á revelárselo, y agarrándose á Fritz, tratò de levantarse murmurando:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Polaina!...—Si parece que me han dado una paliza....

Comenzó á andar sin embargo, sin sentir grave molestia, con el sombrero en la mano, cubierto de polvo, arrastrando por detrás el *waterproof* que llevaba terciado al hombro izquierdo. Los del coche habían recobrado el habla al verse fuera de peligro, y chillaban todos al mismo tiempo, comentando el suceso, sin acordarse ninguno de dar gracias á Dios que les había arrancado de las garras de la muerte, con un verdadero prodigio: tan solo Kate, la doncella inglesa, encogida en un rincón, blanca cual un papel todavía, con las manos cruzadas, cerrados los ojos, inclinada la cabeza, parecía rezar entre dientes....Echaron de menos á Diógenes y le vieron venir á lo lejos, seguido de Tom Sickles y el prusiano, que traía la sombrilla encarnada, causa del percance. El buen humor acabó de disiparles el susto, y recibieron todos ellos al caído con grandes carcajadas, excepto Leopoldina Pastor, que dominando las risas con su poderosa voz de contralto, gritaba furiosa:

—¡Pues mira el indecente como trae mi *waterproof* arrastrando!...—¡Diógenes, hijito!.... ¡recoge ese impermeable!....¿No ves que me lo estás poniendo hecho un asco?....

Oyóla muy bien Diógenes, y liándose al cuerpo el *waterproof*, con el garbo del torero que se ciñe la capa para hacer con la cuadrilla el saludo al presidente, quiso hacer una pirueta: un ligero vahído se la cortó sin embargo. Al pasar junto al balneario de Cestona, acometióle otro ligero desvanecimiento, y Leopoldina Pastor, que unía siempre algún rango de locura á los impulsos de su corazón, realmente bueno y compasivo, empeñóse en hacerle beber un par de vasitos de aquellas famosas aguas medicinales. Contestóle Diógenes una de sus indecentes paparruchas, que rieron todos en coro, y detúvose, en efecto, en el balneario para beber una enorme copa de ginebra que tomó, según su costumbre, echando antes en el fondo un par de terrones de azúcar. Volvióle el alcohol la salud y la alegría, y desde Cestona hasta Azpeitia, charló sin cesar, comentando con grandes risas de todos su tremendo batacazo.

—¡Polaina, señá Frasquita!.....Te desbaratas en treinta y dos partes, lo mismo, lo mismo que un rompe cabezas .....

¡Saltar así á los sesenta y cinco años! ¡Polaina!...Pero se acordaba él de otro salto aún más mortal todavía: el que dió cierto *barbián* amigo suyo, desde el almuerzo de un lunes á la comida de un jueves, sin tropezar siquiera en un garbanzo.

Al trote largo atravesaron las calles de Azpeitar sin hacer caso de los bandos del alcalde y las multas impuestas, y con riesgo de atropellar á cada paso á los pobres alpargateros que trabajaban en los umbrales de las tiendas, y á los chiquillos que por todas partes pululaban, entraron al fin en el trozo de carretera que lleva en línea recta al prado de Lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yola.....En el fondo, sombreado por la alta cumbre del Izarraiz, destacabase la majestuosa mole del Real Colegio y Santuario trazados por Fontana, rico joyal construido por una reina, para engarzar la casa de un santo. En mitad del prado, levantábase sobre un pedestal, resguardado por una verja, la estátua de San Ignacio de Loyola, hijo y patrono de Guipùzcoa, alzando la mano como para bendecir aquella comarca en que se meció su cuna, y en que parece proyectarse aún la sombra benéfica de su figura gigantesca.

Formando àngulo recto con el Real Colegio de Loyola, hay otro edificio construido en la misma época, que llaman *la Hospedería;* allì suelen albergarse los viajeros que acuden á visitar el Santuario, y allí pensaba Currita partir la jornada, deteniéndose á comer, descansando un par de horas y prosiguiendo su camino hasta Zumárraga, para alcanzar el tren expreso para Madrid, que pasaba á las cinco y media.

El dia estaba magnífico, aunque algún tanto caluroso, como suelen serlos en Guipúzcoa los últimos de Septiembre, y bajo el espacioso cobertizo que forman los ocho arcos que dan entrada á la Hospedería, mandó la Condesa de Albornoz disponer la mesa: extendíase al frente el prado, verde, risueño, lleno de luz y de alegría, con una fuentecilla alegre y bullidora, que por cuatro caños murmuraba: á la izquierda, alzábase la majestuosa mole del Colegio, adelantando el soberbio pórtico de su iglesia

como adelantaría un soldado de Cristo el fuerte brazo mostrando un crucifijo, elevando la grandiosa cúpula como elevaría al cielo la frente, buscando allí la fortaleza, el impulso, la luz. A la derecha, abríase el valle de Azpeitia, cruzado por el de Urola, alegre también y risueño, ligando al pueblo con el Santuario como con un lazo de flores, pareciendo su alegría sobre el tinte melancólico de todo el paisaje, un ramo de rosas sobre la tumba de un justo, una dulce sonrisa sobre el austero rostro de un trapense; el alto Izarraiz, verde en la falda como la vida en su primavera, áspero y ceniciento en la cumbre como la vejez ya desengañada, cerraba bruscamente el fondo, y en medio de todo aquello, elevada sobre la tierra, inalterable entre lo alegre y lo triste, indiferente entre lo pobre y lo rico, elevábase la estátua de San Ignacio, la imágen de la santidad, serena siempre, igual, tranquila, orando y bendiciendo.....

Sonò una campana en el interior del Colegio, y á poco contemplaron los viajeros un espectáculo común en aquel lugar, pero nuevo y extraño para ellos. Por la escalinata que da entrada á la portería, salían los novicios á paseo, de tres en tres, con el rosario al ceñidor, el continente modesto, los ojos bajos: tomaban todos hácia la carretera, serenos y alegres, descubríanse al pasar ante la estátua de su Fundador, con el cariñoso respeto con que se saluda á un padre, y repartíanse luego en distintas direcciones, por diversos caminos y sen-

deros. Dos ó tres ternas de novicios pequeñitos, encantaron á Leopoldina: con la servilleta en la mano levantóse de la mesa y salió fuera de los arcos para verlos mejor, diciendo entusiasmada:

—¡Mira. mira.....que indecentillos más monos!...—¡Si parecen curritas de barro! ¡Qué chiquitos! ¡Qué preciosos!.....

—Pues cómprales dulces,—replicó Jacobo despechado.

—¡Ya lo creo que se los compraría si quisieran tomarlos!..—Si dan ganas de coger un par de ellos y ponerlos en una rinconera, como si fuesen juguetes!.....

—No están malos juguetitos los tales nenes, —dijo Jacobo con ira reconcentrada. La primera piña que ha dado la Restauración, ha sido abrir la puerta á esta canalla.....¡Dejar que se forme ahí una almáciga de intrigantes, una *pépiniére* de hipócritas revolucionarios!....

Entablóse entónces una discusión acalorada sobre los jesuitas, en que salieron á relucir autorizados textos de Eugenio Sué, en su novela el *Judío errante*, quedando al cabo decidido que terminada la comida y mientras los caballos descansaban, irían todos á visitar la tenebrosa madriguera.....Diógenes, que hasta entónces nada había dicho, aseguró terminantemente que él no iba, porque no acostumbraba á poner los piés donde tenían derecho á poner le en la calle, y si aquellos señores obraban en razón, era eso lo que debían hacer con las parejas de mocitos y mocitas que amenazaban

invadirles la casa. Echarónsele todos encima con grande furia, y él comenzó á soltar á diestro y siniestro enormes desvergüenzas, mientras Currita, con altivez de reina ofendida, llamaba á Fritz el lacayo, y dábale orden de ir al punto á Loyola para anunciar al Superior que la señora Condesa de Albornoz, iría de dos y media á tres, à visitar la casa y el Santuario.

Hablaba Diógenes pálido y agitado, con el tono de iracundo que solia usar cuando hablaba de veras, y levantándose de repente de la mesa, entròse por un cobertizo que iba á parar en las cuadras: viéronle á poco salir lívido más bien que pálido y dejarse caer como sin fuerzas en un banco de hierro que bajo los arcos estaba: con grandes ansias y sudores había arrojado en un rincón de la cuadra lo poco que había comido. Acercarónsele entónces Gorito y Leopoldina, temerosos de que el batacazo de por la mañana comenzara á tener consecuencias, y ésta, con verdadero interés, le dijo.

—Mira, Diógenes: tú estas malo, y es necesario que te vea el Médico.

—¿El médico?—balbuceó Diógenes con los ojos extraviados. En mi vida llamé á ninguno.... La alopatía es un cañón Armstrong, y la homeopatía la carabina de Ambrosio: con que vete á freir monas con tus médicos y medicinas, que yo me curo solo....

—Pues llamaremos entónces al albeitar,—repuso Gorito.

—Eso es otra cosa: estos tienen más ciencia, porque curan al paciente sin sacarle palabra alguna....Pero tampoco es necesario, porque yo me curo á mí mismo.

Y pidiendo una botella de ginebra comenzó á beber copa tras copa, echando en vez de dos, tres y hasta cuatro terrones de azúcar. Mientras tanto, María Valdivieso hacía una escena sentimental à Paco Vélez, porque léjos de ocuparse de ella durante el riesgo de la mañana, había pensado tan solo en salvarse á sí misma; Jacobo y el tío Frasquito habíanse entrado en la Hospedería sin decir á donde iban, y Currita, llevada de sus gustos idílicos, entreteníase en echar migas de pan à un altanero gallo que merodeaba por el prado, seguido de algunas sumisas gallinas. Acercósele entónces un hombre de aspecto modesto que traía una carta en la mano, y preguntòle sin ceremonia si la señora Condesa de Albornoz era ella misma: la altiva dama dignòse tan solo responder con una ligera inclinación de cabeza, y el hombre le entregó entónces la carta, entrándose al punto en Loyola de donde habìa salido, por la escalinata de la portería. Currita leyó extrañada estas solas líneas:

"Si la señora Condesa de Albornoz viene á Loyola á confesar sus pecados y pedir à Dios perdón de sus extravíos, no tiene que fijar hora ni tiempo, porque todos son igualmente oportunos....Pero si viene tan sólo á hacer á esta santa Casa testigo del escàndalo de su vida, se le suplica encarecidamente evite el disgusto de tener que cerrarle la puerta, á su afectísimo en Cristo y humilde servidor, PEDRO FERNANDEZ, S. J."

Quedóse Currita atónita con la carta en la mano, mirando atentamente al gallo, que con una pata en alto, torcida la cabeza y fijo en ella el ojo inflamado, parecía ofrecerle caballerosamente, en caso de guerra, el auxilio de sus espolones. La dama volvió á leer la carta, y comprendió entónces una sola cosa, pero una cosa para ella inverosímil, que vino á despertar en su ánimo el movimiento de ira, de sorpresa, de rabia desesperada, que causa al potro bravío el primer espolazo que desgarra sus ijares, el primer serretazo que le hace detener su voluntariosa carrera, anunciándole que hay alguien que puede, y quiere, y debe sujetarle y humillarle...Comprendiò que por primera vez en su vida le cerraban una puerta, y que era el que se la cerraba un hombre desconocido, un pobre fraile, un Padre Fernández!....La fuentecilla que corrìa allí al lada murmurando, llegó á los oídos de Currita como el eco de la sarcástica carcajada que había de soltar el mundo, al verla vencida por Pedro Fernández!....

Resonò en aquel momento á su espalda la voz de Jacobo, y apresuróse á esconder prontamente en el bolsillo de su falda, la malhadada carta. Jacobo reunia á su grey, porque iban ya á dar las dos y media, y á poco que se detuvieran en la visita á Loyola, podrían llegar á Zumárraga demasiado tarde. Curri-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo 1625 MONTERREY, MEXICO

ta salió á su encuentro, andando lentamente, diciendo con mucha displicencia:

—¿Sabes que me encuentro mala...y sería lo mejor dejarlo?....

Creyéronla todos porque aparecía su rostro pálido y alterado, y decidióse entónces salir al punto para Zumárraga y descansar allí en la fonda una hora larga, antes de que el tren llegase. La ginebra había repuesto á Diógenes por completo, y púsose á ayudar à Tom Sickles y al prusiano á enganchar el tiro, cantando con la aguardientosa voz de cualquier mozo de cuadra, una tonada antigua que llamaban *El Mayoral:*

Vamos, caballeros,
Vamos á marchá
¡Al coche, al coche!
¡Basta de pará!

Vamos ligerito,
Vamos á partí.
Empués los calores
Nos van á freí....

Jacobo v Currita ocuparon el pescante, tomando aquel esta vez las riendas, y colocáronse los demás en el mismo orden en que habian venido. Al pasar ante la estátua de San Ignacio, quitóse Diógenes el sombrero, como habia visto hacer antes à los novicios, y repitió en voz muy alta, con acento de un cariñoso saludo, aquella hermosa frase que inspira á los caseros de Guipúzcoa su piedad, su sencillez y su amor al santo, gloria de sus montañas.

—*¡Aita Son Ignacio...agur!* (1)

Luego sin hacer caso de los furiosos aspavientos de Currita, que le amenazaba con plantarle en medio del camino si no guardaba silencio, comenzó á cantar de nuevo las estrofas de *El Mayoral:*

¡Cuidiao ese bache!.....
¡Bájate, zagal!.....
Si voy, Salerosa,
Te voy á matá....

Volaba el *mail-coach* por la carretera, dejando atrás los baños de San Juan, el caserío de Juin-Torrea emboscado en sus jardines, el convento de Santa Cruz encaramado en su monte, el palacio ruinoso de la Florida, en que Juan Jacobo Rousseau en persona, presidió más de un conciliábulo de enciclopedistas. Atravesaron al paso, más sosegados que por la mañana, las calles de Azcoitia, y entraron de nuevo en la carretera, flanqueada siempre por el río, hundiéndose á poco en la cañada estrechísima y bravía que forman dos altas montañas, cubiertas de bosques sombríos que

(1) ¡Padre San Ignacio.....adios!.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trepan cual escuadrones de árboles que quisieran escalarlas, para desgarrar en su cumbre el seno de las nubes, azuladas á veces, vaporosas como la flotante túnica de una poética maitagarri; cenicientas otras, flotantes también, pero tétricas, como el sudario que cubre las rígidas formas de un muerto. Era aquella naturaleza agreste y sombría, y hacíanla pavorosa los muchos saltos de agua que se despeñaban de los riscos, el contínuo lamentar de la corriente del rio detenida por las peñas, y la falta de sol que ocultaban ya en aquella hora las dos altas montañas.

Currita, sentada en el pescante, sombría como la naturaleza y no como en ella en calma, daba vueltas en su memoria a la carta de Loyola. Sentía una especie de irritación sorda que no acertaba a comprender quién se la inspiraba, porque por un extraño fenómeno que no sabia ella misma explicar, aquel Pedro Fernández, autor de la carta, causante de la ofensa, tan sólo acudía á su mente en un lugar secundario, presentándosele más bien como representante, como instrumento de ser más poderoso que parecía imponerse á la orgullosa dama, obligándola á confundirse, y á humillarse y á callar.....

Un poco más lejos, al volver una punta, vió parados en la vertiente misma de la montaña, á tres de los novicios pequeñitos que habían entusiasmado á Leopoldina. No estaban solos: había con ellos una vieja decrépita, cubierta la cabeza con la blanca toca de las caseras vescongadas, esforzándose por cargar en sus hombros, ayudada de los novicios, un pesado haz de leña que había puesto en el suelo para tomar alientos un instante y descansar. Inútil fué su empeño: á los diez ó doce pasos rindióla la fatiga, y el haz de la leña, superior á sus fuerzas, cayó de nuevo en la tierra: la mujer se echó á llorar. Los novicios hablaron entre sí un momento, y uno de ellos, el más fuerte, cargóse entónces el haz á la espalda y comenzó á trepar por la áspera pendiente, hacia un caserío ruinoso que se divisaba en la cumbre, puqueño y escondido cual un nido de pájaros.

Leopoldina comenzó á alborotar, conmovida á su manera, gritando que aquellos indecentillos eran unos ángeles del cielo, unos santos chiquititos á quienes era necesario venerar, y que en cuanto llegara á la corte había de enviarles á cada uno un par de medias negras, hechas por sus propias manos, con el estambre más fino que pudiera hallarse.....Riéronse todos: Currita callaba sin embargo, sintiendo un extraño enternecimiento que la humillaba, y que se apresuraba por lo mismo á combatir, oponiendo á su benéfico influjo el parapeto del orgullo, del inquebrantable orgullo, que viene á ser en el alma como la fortaleza del alma.....Aquellos tres novicios, aquellos tres Pedros Fernández en embrión, humillándose por *caridad* á una mendiga, hiciéronle comprender que aquel otro Pedro Fernández habría podido imponérsele por *deber* a

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ella, orgullosa Grande de España, y una luz súbita, semejante á la de un relámpago que ilumina á la vez que aterra, hízole ver claramente lo que antes sospechaba; que aquella carta, que aquella ofensa, no venía de un desconocido, de un pobre fraile, de un Pedro Fernández; porque aquella puerta primera que se le cerraba en la vida, no era la puerta de Loyola, era la puerta de Dios!.....

Sintió frío y pidió á Kate un ligero abrigo en que se envolvió pensativa siempre y silenciosa.....Seguía aquella luz alumbrando en su alma, y á su reflejo parecióle contemplarse á sí misma por fuera de sí misma, como debía de contemplarla el mundo entero, como debía de contemplarla el desconocido Pedro Fernández, sentada en aquel pescante al lado de Jacobo—...Instintivamente miró á éste, y por primera vez en la vida, parecióle lo que no le había parecido nunca: le pareció un cómplice.

Rodaba ya el coche por las calles de Villarreal, atravesó el puente que separa á esta villa de Zumárraga, y se detuvo frente á la estación, entre varias diligencias y coches desenganchados á la puerta de una conocida fonda, cuyo extenso comedor se abre á la plaza misma, en la planta baja. Apeáronce todos: las damas pidieron un cuarto para arreglarse un poco; los caballeros tiraron cada cual por su lado; Tom Sickles y el prusiano recogieron el *mail-coach* y los caballos en una cochera próxima, para conducirlos á Madrid en el correo

del día siguiente: faltaba para la llegada del tren, una hora larga.

El tío Frasquito, cepillado ya, limpio y resplandeciente, con sus finísimos guantes de piel de Suecia en una mano, y un ligero *cabas* de Leopoldina Pastor en la otra, entró en el comedor y pidió un refresco de grosella.....No llegó á tomarlo: una muchacha de las del servicio apareció dando gritos, sin poder articular, haciendo gestos desesperados de que la siguiese....En un pasadizo, cerca de la cocina, frente á una puerta entreabierta, estaba Diógenes tendido boca arriba, con los brazos en cruz, doblada una pierna, revestido el semblante de una palidez cadavérica, sobre la que se destacaban sus rojas manchas granugientas, amoratadas entónces, casi negras: parecía muerto.

El tío Frasquito dió un chillido y echó á correr, llamando á voces á Jacobo y á Gorito: acudieron todos los de la fonda, y llegó también Jacobo, mirando el reloj con gesto de grande enfado.

—¡Hasta para morirse es importuno!—dijo al verse frente á Diógenes.

Llevabánle ya dos robustos mocetones, hijos del dueño de la fonda, y pusieronle en la cama de un cuarto del primer piso. Llegó el médico á toda prisa, llamado poco antes, y al saber la caída de por la mañana y después de reconocerle, hizo un siniestro pronóstico: aquello era un ataque cerebral, efecto de la caída,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y si volvìa en si del primero, no tardaría en sucumbir al segundo.

Las damas muy sobrecogidas, no se atrevían á salir del cuarto, y mucho menos á ver al enfermo. María Valdivieso, con profunda compasión, preguntó si se había puesto muy feo. Leopoldina, con pesar no fingido, gimoteaba ruidosamente. De pronto dijo:

—¿Si traerá el pobrecito dinero?....

Acercóse mientras tanto el fondista á Jacobo, y pidióle òrdenes; mas éste, encogiéndose de hombros con estudiada indiferencia, díjole que ni él ni ninguno de sus compañeros tenían nada que ver con aquel hombre; que era un amigo, un mero conocido que en Biarritz se les había colocado en el coche sin que nadie le llamara, y que ni podía responder de él, ni mucho menos dar ordenes. La hora del tren se apróximaba, y decididos todos á partir, después de una ligera discusiòn en que triunfó el más cruel egoísmo, pusiéronse en marcha. Leopoldina, muy desasosegada, suplicó entónces á Currita que dejase por lo menos al cuidado de aquel infeliz á Fritz, su lacayo prusiano. Currita le contestó:

—Si quiere quedarse esta noche, no tengo inconveniente.....Sera una mala noche que pase á su cuenta.....Pero lo que es mañana, tendrà que marcharse en el correo: Tom no puede ir solo á Madrid con los seis caballos.

Fuése entónces Leopoldina al fondista y díjole con grande ahinco.

—Yo no sé si ese pobrecito traerá dinero... Si no lo trae, todo cuanto pueda necesitar, me lo pone V. en cuenta.....Soy hermana del general Pastor, y mis señas son estas.

Y se las dió apuntadas con mucho primor en una tarjeta: acercóse también el tío Frasquito, y suplicóle encarecidamente que no bien muriese aquel infeliz, se lo avisase al punto por telégrafo: dióle entónces su nombre y señas, y el importe del telegrama, una peseta.

A las nueve de la noche pareció el enfermo experimentar gran fatiga, y asustado el dueño de la fonda, mandó llamar al cura párroco para que le administrase los Santos Oleos. Pasó, sin embargo, la crisis, y ya cerca de las doce, abrió Diogenes los ojos, y vió delante de si al fondista, un hombre gordo, alto, completamente afeitado, sin corbata, calada la boina, y el chaquetón largo, tipo característico del guipuzcoano del pueblo acomodado. Tardo algùn tiempo el enfermo en acoordinar sus ideas, y dióse al fin cuenta de algo de lo que le estaba pasando: un pensamiento era él muy pavoroso, acudió el primero á su mente...Con voz quebrantada, agonizante, que dejaba sin embargo traslucir todas las agonías del terror, las inflexiones de la súplica, las ansias de incertidumbre, dijo muy bajo:

—¿Me llevarán al hospital?....

Miróle el fondista extrañado, con ira casi, y contestó con toda la brusca hombría de bien, del genuino guipuzcoano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Quite V. caballero, allá!...—¿Usar eso en Guipuzcoa....¡Nunca!.....

Diógenes dió un suspiro de descanso, y se echó á llorar.....

II.

Diógenes no se dió cuenta de haber recibido la Extremaunción, y tranquilo en parte con la respuesta del fondista, comenzaron à abrirse paso otros pensamientos, entre las espesas nieblas que envolvían su mente.....Mas un sopor pesadísimo, un letargo profundo que tenía ya dejos de la muerte, avasallaba á veces todo su ser, y esparcía acá y allá aquellas ideas que se afanaba por coordinar, apareciendo éstas entónces como imperceptibles puntos luminosos flotantes en una inmensa bruma, alejándose lentamente, apagándose poco á poco todos ellos hasta quedar uno solo, que ora se le presentaba desconsolador como la candela de la agonía, ora triste como el cirio que

arde ante un muerto, ora terrible como un resplandor de las llamas del infierno: ¡era la idea de morir, acompañada y rodeada de la incertidumbre de lo eterno!

Crecía á veces el letargo, y apagaba también aquella luz pavorosa, pero al fin y al cabo luz, y al verse á oscuras Diógenes, al sentirse caer en aquel sueño que le parecía el último, en aquella sombra negra en que se perdía la mirada, y en aquel silencio siniestro en que se perdía la voz, clavaba las uñas en las sábanas y las hacía jirones, como si se agarrase desesperadamente al borde de la fosa en que le hubieran de enterar....Y despertaba, despertaba no bien había pegado los ojos, como si algún importuno le empujara de improviso, con pesadillas horribles en que los más ligeros ruidos tomaban proporciones colosales, pareciéndole el rumor del tren el de una catarata de bronce fundido que se despeñase en sus orejas; el de los cascabeles de un coche, redobles de mil tambores golpeando en sus propios tímpanos; el chirrido peculiar de las carretas vascongadas, el *soñua* que avisa al casero vasco en las revueltas del camino, un ruido del infierno, que por diabolico prodigio se encarnase en una sierra candente, y le dividiera la masa de los sesos mitad por mitad... Así pasó la noche: un poco antes del alba desapareció el sopor, huyó el letargo con sus pesadillas, y un sueño tranquilo le adormeció entre sus brazos más de dos horas. Un ruido acompasado que hacía mal á su cabeza y reso-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

naba como un eco amigo en su corazón, despertóle entónces. era la campana de la iglesia que tocaba á misa.

Diógenes abrió los ojos y le pareció encontrarse mucho mejor; in orporóse un poco y creyó hallarse bien del todo: su cabeza estaba despejada, sus miembros débiles, pero ágiles: hasta le pareció sentir un poco de hambre, hasta se le ocurrió pedir para desayunarse una gran copa de ginebra con su par de terrones de azúcar. Miró en torno suyo: chisporroteaba una lamparilla sobre la mesa, una mujer de edad madura roncaba desapaciblemente al pié de la cama, en un gran butacòn, y por las rendijas de las dos ventanas, cerradas ambas, entraban discretos rayos de luz, cual si el nuevo día se adelantase de puntillas y sonriendo, á dar la enhorabuena al enfermo. Sentòse éste en la cama alegremente sorprendido, y recobrando con la vida su humor chancero, tirole á la muger lo primero que halló á mano, una almohada, soltando un gran grito, un—¡polaina!—formidable, que la hizo saltar en el sillón despavorida, murmurando algunas palabras de vascuence.

Mandóle entónces abrir de par en par las dobles puertas de ambas ventanas, y la luz entró á torrentes y el aire fresco á raudales, jugueton como un niño, acariciando los blancos cabellos del enfermo, trayéndole como un nietecillo cariñoso sus presentes, el olor á bùcaro de la tierra cubierta de rocío, el sano perfume de las montañas, el alegre trinar de los

pajaros, el solemne acento de la campana de la iglesia, que parecia repetir en su oido como una amorosa voz de lo alto: ¡—Ven! ¡Ven! ...—¡Qué nécios temores los tuyos! ¡Qué espantos tan ridículos los de la noche!.....¡Morir! ¿Quién piensa en morir cuando nace el día, y sube el sol por el azul de un cielo tan bello, y se divisan á lo lejos las montañas verdes, floridas, doradas por resplandores tan alegres y risueños?.....

Entró á poco el médico acompañado del fondista, y Diógenes los recibió chanceándose con el primero, dirigiendo al segundo cariñosos gruñidos, expresivas miradas de sus ojos inyectados en sangre, que no carecian de ternura, é iban á demostrar la gratitud que le inspiraba su caritativa conducta. Mas el médico, registrándole cuidadosamente haciéndole un sin fin de preguntas á que Diógenes contestaba entre mohino y risueño, levantóle los párpados que encubrian á medias dos pupilas dilatadas y sanguinolentas, faltas de convergencia, y meneó la cabeza siniestramente...El primer ataque había pasado, pero ya estaban allí los síntomas del segundo, y era imposible que aquella naturaleza alcoholizada por completo, pudiera resistir á su tremendo empuje. Cruzò entónces con el fondista algunas palabras en vascuence, que escuchaba Diógenes mirando á uno y otro, lleno de inquietud, y de repente, sin paleativos ni preámbulos, díjole con rudeza campesina, que la muerte se apróximaba sin remedio, y érale necesario

aprovechar aquellos momentos lucidos que el mal le concedía, para arreglar sus negocios con los hombres y saldar sus cuentas con Dios.

El golpe fué cruel, porque al oirle Diógenes sintió que le arrancaban de allá muy hondo, algo que era la esperanza de la vida, la más arraigada de todas las esperanzas por ser la última, que no se arranca nunca sin llevarse detrás lágrimas de los ojos y sangre del corazón.....Cególe un movimiento feroz de ira, porque nada hay más ilógico que el terror, y pareciéndole aquello un robo descarado que venían á hacerle, revolvióse furioso contra el médico como si fuese él quien pretendiera hacerle el hurto, y arrojóle á la cara cuantas injurias y obscenidades encontraron en la sentina de su alma, la cólera y el horror...Asustados y sorprendidos el médico y el fondista, retiráronse al punto, dejando à Diógenes solo, revolcándose furioso, comprendiendo por la postración y la angustia que le embargaron al punto tras su arrebato, que el médico no exageraba ni mentía, que la muerte se apróximaba en efecto, y que era forzoso condenarse ó capitular.....

Creése con razón que nada hay tan horrible, como sondear la conciencia de un pecador endurecido en el trance de la muerte: supónense tras aquel rostro lívido y desencajado, luchas aterradoras que sostienen el imperio del mal y la noción del bien, fantasmas pavorosos que se levantan en la conciencia, combates encarnizados que traban en torno de aquella alma empedernida, el ángel del arrepentimiento y el demonio de la impenitencia. Horrible es esto: pero hay allí lucha, y donde hay lucha, hay siempre una esperanza, una probabilidad de vencer....Por eso, sobrepuja a este horror aquel otro horror que suele encontrarse tras aquellas pupilas vidriosas, aterradoras en esos momentos cual la puerta siniestra ante la cual se sintió Dante desfallecer y vacilar: el marasmo, la quietud horrible de un alma que se hunde poco á poco en lo eterno, dándose cuenta de ello, pero sin que crucen por su mente más que ideas triviales, bagatelas con que procura distraerse y divertirse ocultándose á sí propia el abismo, hasta que la muerte descarga de súbito la guadaña, y despierta de improviso aherrojada ya en lo profundo del infierno. ¡Letargo letal, pendiente horrible que sin un prodigio de la divina gracia, va á parar derecha en la condenaciòn eterna!....

Este fué el estado de Diógenes al quedarse solo, y rabioso y fatigado se dejó caer en las almohadas, volviéndose de cara para la pared. El pensamiento del infierno cruzó el primero su mente, mas se distrajo en seguida mirando el feísimo papel verduzco que tapizaba las paredes, cruzado de arriba abajo por guirnaldas de flores, entre las cuales se entrelazaban largas ristras de micos, que subian hasta el teche en actitudes grotescas, dándose todos las manos: parecieronle diablillos aquellos feos animalejos, y pùsose á contarlos uno á uno, ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciendo para seguirlos esfuerzos increibles con la vista, y contando en todo lo que con ella abarcaba, más de quinientos veinte ...

La mujer que habia velado durante la noche estaba allí, sentada en un rincón haciendo calceta: llamáronla desde fuera un momento, y Diógenes pensó entónces que también á él le llamaban á dar cuenta, y encontró al punto la respuesta en uno de sus mil cuentos chocarreros, que le puso delante la memoria. Confesábase un gitano, ladrón empedernido, y díjole el Cura: ¿Qué harias infeliz, si el Juez Supremo te llamara ahora á juicio?—¿Pues qué debía de jacer?.....¡No dir! .....

—¡No ir!.....¡No ir!—repetía Diógenes, y púsose á combinar al punto un fantástico viaje de huida, en que se le figuraba subir al coche que acababa de parar en la puerta, cuyos sonoros cascabeles llegaban á su oido taladrandole la cabeza, á correr á escape á San Sebastian, y embarcarse allí para el fin del mundo, huyendo como Cain de aquel Juez que le perseguia, dando vueltas por la tierra, vueltas y más vueltas, que vinieron por fin á marearle, produciéndole bascas terribles, entre las que creyó ver asomar ya la guadaña de la muerte.....¡La muerte! Aquel maldito despertador que estaba sobre la mesa se la recordaba de continuo, pareciéndole que al compás de su siniestro tic tac regulaba su paso, rapidísimo como nunca, y lleno de ira, mandó á la mujer que lo parase; mas entendió ésta que queria verlo para enterarse sin duda de la hora que apuntaba, y apresuróse á llevárselo... Diógenes, arrancándoselo de la mano con un arrebato feroz de rabia, estrellólo contra la pared de enfrente, haciéndolo trizas,

Mientras tanto, enviabale al cielo un auxilio inesperado, en aquel mismo coche en que su desasosegada imaginación fantaseaba huir del Juez Supremo: en él volvía de Zaldivar, cuyas aguas medicinales tomaba todos los años, la Marquesa de Villasis, con su nieta Monina, el aya de ésta, una doncella, un mayordomo viejo que la acompañaba en todos sus viaje, y un criado antiguo que venie en el pescante: era su idea alcanzar el sur-expreso que pasaba por Zumárraga á las dos y media, y estar en Madrid aquella noche misma. Trabó al punto conversación el fondista con Don Federico el mayordomo, y preocupado con la estancia de Diógenes en la fonda, contóle su percance y sus apuros. Sorprendido el viejo apresuróse á dar á la Marquesa aquella nueva que tanto habia de interesarla, y ésta, profundamente conmovida, quiso al punto ver al moribundo: reflexionando, sin embargo un momento, y deseosa de ir sobre seguro, hizo llamar al fondista para conocer antes en todos sus detalles, aquella triste aventura cuyo fúnebre desenlace estaba ya á la vista. Mas no bien supo que el médico no garantía la vida del enfermo más allá de la media noche, creyó saber bastante y dió al punto á D. Federico la orden de suspender el viaje, y pedir cuartos para todos, allí mismo en la fonda. Entróse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en seguida en el despacho mismo de la fondista, y escribió ràpidamente al superior de Loyola, pidiéndole que enviase un Padre á toda prisa para auxiliar á un moribundo, cuyo nombre y condición le manifestaba en la carta: un propio á caballo partió á galope à llevar ésta, y una hora después estaba ya entregada.

La Marquesa pensó entónces en ver al enfermo; mas ántes, temerosa de que su presencia repentina pudiera causarle alguna emoción violenta, pidió al fondista que fuese á anunciarle poco á poco su llegada. Subieron ambos hasta la misma puerta que se abrìa á un corredor, y el fondista asomó por ella tímidamente la cabeza. Diógenes, muy postrado, con la repugnante cabezota hundida en las almohadas, tendidos ambos brazos sobre la colcha, y arrollando entre las manos las sábanas sin notarlo, comenzaba á sentir de nuevo aquel horrible sopor, aquel letargo siniestro que le había atormentado la noche antes..... Adelantóse el fondista unos pasos, dejando la puerta entreabierta, y díjole en voz alta:

—Señor...señor...—Aquí tiene visita....

Torció Diógenes un poco la cabeza, y balbuceó con ira:

—¿Visita?...—¿Quién?.. ¿El enterrador?... ¡l'olaina!... ¡Que aguarde!...

—Es una señora...

—¿Una señora!...—¡Polaina!...

Y soltó una atrocidad, una indecencia que aturdió por completo al fondista é hizo enrojecerse á la Marquesa detrás de la puerta, con

ese santo rubor que realza tantas veces á los fuertes y castos ángeles de la caridad que sirven en los hospitales, sin asustarles por eso, ni hacerles huir de la cabecera de ciertos enfermos. El fondista, muy turbado, quiso terminar de un golpe, diciendo:

—Es la señora Marquesa de Villasis.

Diógenenes dió una gran voz, un grito doloroso como si acabara de pronunciar una blasfemia; quiso arrojarse de la cama, incorporarse siquiera, y le faltaron las fuerzas, cayendo pesadamente, levantando los brazos, agitando las manos, lanzando bramidos ininteligibles, extraños balbuceos que parecían retratar la emoción de una fiera agonizando en su caverna. La Marquesa se adelantó entónces, y sin asco ni temor, apretó entre las dos suyas aquellas manos sudorosas.

—¡María!...¡María!...—clamaba Diógenes.

—¿Qué es eso, Perico?...¿Qué es eso hombre?—decía ella dulcemente, inclinando su rostro lleno de lágrimas sobre el desencajado del viejo.

—¡Me muero María!...—¡Me muero.....Te saliste con la tuya.....No es en el hospital, pero es de caridad.....En la fonda.

—¿Y qué importa?...—Más cerca del cielo está la cama de un hospital que la de un palacio.

Diógenes calló sollozando, y la Marquesa fué á dar otro paso adelante; mas el moribundo, sin dejar de sollozar, preguntó entónces:

—¿Y Monina?.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Abajo está...—¿Quieres verla?....

—¡Sí!...sí quiero...—¡Angelito!...Le daré un beso...¿verdad?...¿Me dejas?...¡Será el último, María!...¡Le besaré el zapatito!.....¡nada más que el zapatito!...Anda, por Dios te lo pido; déjame...Si no le dará asco.....

La Marquesa, conmovida hasta lo sumo, pareció tener entónces una inspiración repentina: desprendió sus manos de las de Diógenes que se las sujetaba fuertemente, y dijo:

—Espera un poco... -Voy á traértela.

Fuéra ya de la estancia enjugóse precipitadamente las lágrimas para no asustar á Monina, y sentando á ésta en sus rodillas, púsose á explicarle muy bajo y con gran vehemencia, algo que debía de ser importante...Escuchábale la niña con los ojos muy abiertos, con ese aire de atención profunda que revela á veces en los niños un instinto superior á sus años, para adivinar lo peligroso ó lo terrible: cuando cesó de hablar su abuela, dijo que sí con la cabeza...Besóla ésta en la frente con amor inmenso, y volvió á repetirle con gran cuidado lo que antes le había dicho, recalcando mucho algunas frases: Monina, sin decir palabra, volvió á decir que sí con la cabeza. Tomóla entónces la dama de la mano, y entró con ella en el cuarto de Diógenes; púsola sobre la cama sin decir palabra, y salió de la estancia cerrando la puerta.

¿Qué sucedió entónces?...¿Comprendió realmente aquel ángel de seis años, el encargo de su abuela? ¿Habló por su inocente boca el

ángel de la guarda de Diógenes?...Es lo cierto que la niña, sin asustarse de aquella horrible cabeza desgreñada, en que se pintaba ya la agonía de la muerte, sin mostrar repugnancia del asqueroso vaho que exhalaba el sudor del enfermo, hundió sus rosadas manitas en las blancas patillas del viejo, y tirando de ellas á medida que hablaba, según su antigua costumbre, díjole muy bajo, poniendo sobre el oido de él su roja boquita.

--Teno bizcochos de Mendaro y te daré uno...Y no me traiste la muñeca que decía papá y mamá, pero mamá abuela me compró un niño l orón grande grande.....Y dice mamá abuela que te vas á morí y si quieres confesá ...Y yo rezaré por tí, cuando rece por mi papá, y por mi mamá y por el abuelito, que están en el cielo...Y yo iré también...¿Tú quieres i?...¡Pues confiesa?....

Y Monina, concluida su misión, dióle un beso en la frente, escurrióse de la cama y echó á correr hácia la puerta. Diógenes lanzó tal sollozo que pareció romperse su pecho, como si le estallara el corazón dentro: crujió la cama á los violentos impulsos de su cuerpo, y agitando los brazos en alto, balbuceaba con la lengua cada véz mas torpe.

—¡Quiero!...¡Quiero¡...¡Quiero confesar!....¡María!...¡María!...¿Oyes lo que dice la niña?...¡Quiero confesar!.....¿Pero con quién, con quién?...¡Quién me confiesa á mí, Dios mio!...¿Donde hay espuerta tan sucia que reciba mis

pecados?...¡Soy un infame, un perverso!..¡Me pesa, Dios mio, me pesa! .....

Y con ambos puños cerrados se daba terribles golpes en el pecho, que retumbaban en todo el aposento y le hacían toser horriblemente, y le produjeron à poco un ligero vómito de sangre...Monina, falta de valor al verse del lado de allá de la puerta, agarrabase con los labios blancos á las faldas de su aya, preguntando muy bajito:

—¿Se ha morido ya?.....

Mientras tanto, procuraba la Marquesa sosegar á Diógenes, diciéndole que habia mandado à toda prisa á Loyola por un Padre jesuita, que debia de llegar de un momento á otro. Diógenes exclamo:

—Con ellos me eduqué..—Pero no lo digo nunca.....¡Los deshonro!

Aquella emoción violentísima parecía haber despejado las facultades del enfermo, mas su fisico resentiase de ella, y veíasele perder fuerzas por momentos. La Marquesa pidió un crucifijo, y poniéndoselo delante, díjole que hiciera ante él examen de conciencia, en tanto que llegaba el Padre: tomólo Diógenes con ambas manos, y besòlo devotamente; mas dejólo caer á poco sobre la colcha, llorando desconsolado.

—¡Si no sé, María...Si no me acuerdo!.....

—No te apures, hombre,—yo te enseñaré en un momento....

Y púsose con gran cariño à explicarle el modo de hacer examen de conciencia, escuchándola Diógenes atentamente, mirando á veces el crucifijo. Cuando la Marquesa cesó de hablar, díjola él con sencillez de niño:

—Se me va á escapar algo....Lo mejor será-que te lo diga á ti todo.....y tù se lo dices luego al Padre.....y entre los dos ven si falta algo.....

—¡No hombre, si no es preciso,—replicó la Marquesa sin poder contener una sonrisa. Piensa tú ahora, y luego el Padre te ayudará.

Largo rato permaneciò Diógenes silencio, sosteniendo con ambas manos el crucifijo, fijos en él los ojos. A veces levantaba su pecho el temblor de un sollozo, y lágrimas abundantes corrían por sus mejillas: besaba entónces los piés del Cristo, entornaba los párpados y parecia rezar...La Marquesa habiase sentado á los piés de la cama, en el gran butacón, y rezaba el rosario. Sonaron los cascabeles de un coche, y la dama hizo un movimiento para levantarse.

Diógenes abrió los ojos muy azorado.

—María...—¿Te vas? .....

—No...—Iba á ver si llegaba el Padre.

—¿Pero no te irás?....

—No, hombre, descuida; no me voy....

—¿Estarás aquí hasta que muera?....

—Hasta que mueras estaré,—replicó ella dulcemente.

Diógenes cerró los ojos, sosegado y tranquilo, como el niño que duerme á la vista de su madre...Al cabo de un gran rato, dijo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—María..—no me acuerdo del Credo..... ¿Cómo era aquello?...*Subió á los cielos. y está sentado*...¿Dónde está sentado?....

—*A la diestra de Dios Padre,*—dijo sonriendo la Marquesa.

Todo Poderoso.—prosiguió Diógenes; y termino lentamente y en alta voz el símbolo de la fe, besando luego con grande afecto al crucifijo.

Entreabrióse á poco la puerta, y asomó la cabeza el fondista, diciendo que dos Padres de Loyola habian llegado. La Marquesa quiso levantarse para salir á su encuentro; mas Diógenes, con gran sobresalto, apresuróse á decir:

—¡Marìa...no te vayas!...—Que entren ellos ...¿Para qué has de ir tù?

Abrióse entónces la puerta para dar paso á una extraña figura, que sorprendió á la Marquesa é hizo á Diógenes echarse atrás en la almohada, al verla adelantarse hacia él extendiendo los brazos: hubiérase dicho que la muerte en persona, cubierta con la sotana de un jesuita, se presentaba en el aposento. Era un viejo alto y descarnado, hasta el punto de traslucirse todos sus huesos: traía una vieja sotana ceñida á la cintura por un orillo de que pendía un rosario, y escapábanse de su gran becoquín largos mechones blancos. Andaba lentamente, tambaleándose, con las manos extendidas como si temiese tropezar, porque estaba medio ciego, y así llegó sin ver á la Marquesa hasta el lecho de Diógenes, y allí comenzó á palpar hasta tropezar con una mano de éste: entónces, con sonrisa de niño que contrastaba con sus cabellos blancos, con voz cascada, pero dulce, que el asma atroz que padecía tornaba un poco premiosa, dijo muy bajo:

—¡Perico...Periquito...hijo mio!...—Soy yo ...¿No me conoces?....

Asombrado Diógenes miraba aquella extraña aparición, sin acertar á decir palabra, é interrogaba con la vista, ora á la Marquesa, ora á otro Padre más jóven que tras el viejo había entrado éste añadió:

Soy el P. Mateu...tu inspector del Colegio de Nobles...Te acuerdas?....

—¡Sí!...¡Sí me acuerdo!—exclamó Diógenes con una gran voz, estrechando entre las suyas, sin soltar el crucifijo, aquella mano helada de esqueleto, que llevò con gran vehemencia á sus labios.

El viejo, con su serena sonrisa de niño, volvió el rostro hacia su compañero, diciendo con satisfacción íntima:

—¡Se acuerda..se acuerda!...—¡Bien lo decía yo!...¡Si por cierto! ..

—¡Sí que me acuerdo!—repetía Diógenes con grande ahinco...Usted fué muy bueno para mí, y me quería ¡oh sí! me querìa mucho... y me enseñó á rezar el *Bendita sea tu pureza*, y luego las tres Ave Marías...que decía V. alcanzaban de la Vírgen misericordia....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y lo digo Perico, lo digo,—repuso gravemente el viejo. La alcanzan, sí por cierto ...Y en tí mismo lo ves ahora..porque tú las habrás rezado....

—¡Sí Padre sí!...—siempre, siempre...Y se las enseñé à Monina...Ni una noche se las dejé; aunque hubiese....

El viejo le atajò con gran viveza la palabra:

—¿Lo ves?...—¿Lo ves como la Virgen nuestra Señora te concedió la misericordia?... Yo se lo pedía, se lo pedía,—y sin dejar de sonreir cruzaba las manos y las levantaba mirando al cielo con expresión beatífica—porque me dijo Miguelito Tacón, hace algùn tiempo, cuando lo ví en Cuba de capitán general, el año treinta y cinco, que andabas...vamos...un poco alegre...¡Y mira qué buena fué nuestra madre!.....Porque lo viese yo, me ha conservado ochenta y seis años, Perico, ochenta y seis años!...Sí por cierto....

Diógenes, cada vez más postrado, lloraba en silencio: el viejo, buscando á tientas la mano del enfermo, añadió apretàndosela con todos sus escasas fuerzas:

—Porque tù querrás que yo lo vea...—¿No es verdad, Perico?.....Querrás confesarte.....

—¡Sí Padre...sí quiero!....¡Con V...Ahora mismo!—exclamò Diógenes tendiendo los brazos hacia él, como un niño que llama á su madre.

Y el otro viejo, sin dejar de sonreir, pero rompiendo también á llorar, se arrojó en ellos murmurando:

—¡Ochenta y seis años!...—¡Ochenta y seis años esperándote!....

Mientras tanto, la Marquesa de Villasis y el otro Padre habíanse salido del cuarto, y aquel explicaba á la dama la historia del viejo. El P. Mateu había conocido á Diógenes muy pequeñito, en el Colegio de Nobles, y enterado de que se hallaba moribundo en Zumárraga, pidió permiso al Superior para ir á auxiliarle: negóselo èste, temeroso de que en su edad avanzadísima, le costara aquella obra de caridad la propio vida; mas el anciano instóle con tanto afan, suplicóle con tal ahinco, asegurándole con convicción tan profunda que Dios le había conservado ochenta y seis años sólo para aquello, que el Superior no pudo menos de darle gusto.

A través de la puerta cerrada oíanse á veces los sollozos de Diògenes, y escuchábanse otras los gritos de horror que él mismo se inspiraba á sí mismo, seguidos del llanto de la contrición, desolado, abundante, pero dulce y sin amargura, como lo es el de todo dolor que se apoya en la fe y en la esperanza. Sonó al cabo de una hora una campanilla dentro del cuarto, y la Marquesa y el otro jesnita, se apresuraron à entrar...El P. Mateu estaba sentado á la cabecera del lecho, extenuado y jadeante, como si en aquella hora escasa hubiera perdido el corto resto de fuerzas que le quedaba. Dos hilos de lágrimas que iban á perderse en sus blancas patillas brotaban de los ojos de Diógenes: con una leve señal llamò á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la Marquesa, y díjole al oído con sencilla expresión de gozo inefable:

—Dice el P. Mateu...que Dios me ha perdonado.....

Y luego, con el profundo desprecio del pecador que se considera á sí mismo, con la cristiana humildad del hombre que se ve à dos pasos de convertirse en tierra, añadió muy bajo, como si fuera su voz un débil quejido, queri ndo y no pudiendo levantar una mano para golpearse el pecho:

—¡A mí!...—¡A mí...

Hizo entonces el otro jesuita que el P. Mateu se volviese á Loyola antes que cerrase la noche, acompañándole D. Federico en el coche que esperaba, y los dos ancianos, los dos moribundos, separáronse sin pesar, como dos amigos, que en el dintel de un palacio en que han de entrar por puertas distintas, se estrechan la mano diciéndose: ¡Hasta luego!...

Pensose entonces en traer el Santo Viático al enfermo, y éste acogió la noticia entornando los ojos con humildad profunda, diciendo siempre.

—¡A mí!...—¡A mí!...

De allí á poco víole la Marquesa agitarse mucho, gemir profundamente, revolver los ojos azorado: acercóse á él... Habíasele olvidado un pecado muy gordo, muy gordo... y antes que tuviera tiempo la dama de llamar al Padre, decíale ya él con gran trabajo:

—Yo... por divertirme... por fastidiarle... escribía todos los dias una carta á Frasquito...

diciéndole ¡Mentecato!... ¡Cuatro meses le escribí!... Cuando Jacobo volvió de Italia, dejé de hacerlo... Me lo pidió él: decía que le interesaba... Tú le pedirás perdón á Frasquito... ¡Me pesa!... ¡Me pesa!..

Llegó el Viático, y recibiólo el enfermo con muchas lágrimas, y cierta especie de pavor afectuoso y humilde, que le hacía repetir de contínuo.

—¡A mí!... -A mí!...

Entónces pidió la Extremaunción, y dijéronle que ya la habia recibido la víspera; más él, con sencillez, quiso recibirla de nuevo.

—Si no me enteré, decía...—Que me la den otra vez: así iré más limpio.

A las siete hallábase àun bastante entero, y dando una gran voz de repente, llamó á Monina... La Marquesa hizo traer à la niña, y púsola como por la mañana, frente a él, encima del lecho: la inocente criatura agarrábase asustada al cuello de su abuela, y miraba al enfermo con los ojos muy abiertos, sorprendida y silenciosa, sin atreverse á llorar. El moribundo quiso levantar una mano y no pudo; miró à la niña con ternura inmensa, y haciendo un penoso esfuerzo, dijo:

—Yo te enseñé... *Bendita sea tu pureza...* Díjo.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas, y su pechito se comenzò á estremecer como el de un pájaro asustado: su abuela le dijo al oído:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Dílo hija mía...—Si lo sabes tú dilo.....

La niña cruzó sus manitas y comenzó su oración, repitiéndola Diógenes en voz baja, muy lenta, con cierta especie de solemnidad augusta, que recordaba las notas de un órgano acompañando el canto de un ángel:

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tu graciosa belleza.
A tí, celestial Princesa,
Virgen Sagrada María,
Yo te ofresco en este día,
Alma, vida y corazón.
Mírame con compasión.....

Apagóse aquí la voz de Diógenes, y oyóse tan solo la temblorosa vocecita de Monina, que por un feliz error ó por una inspiración del cielo, equivocaba el último verso.

¡No *le* dejes Madre mía!....

Diógenes ya no la oía: comenzaba entónces el estertor, y su angustioso resuello interrumpíase á veces por más de un minuto. Llevá ronse á la niña: la Marquesa y el jesuita se arrodillaron, y comenzaron á rezar la recomendación del alma: á las once menos cuarto, sin ningún estremecimiento, sin verdadera

agonía, sin soltar de las manos el crucifijo, abrió un poco la boca, y espiró .....

A la otra mañana, cuando después de la solemne Misa de *requiem* que hizo celebrar la Marquesa en Zumárraga, volvió el jesuita á Loyola, oyó que las campanas de la iglesia tocaban también á muerto.....Había fallecido aquella noche el P. Mateu: encontrarónle al amanecer, ya frío, tendido en su lecho. Tenía en las manos el rosario, y vagaba àun en sus labios su pura sonrisa de niño: sobre su frente, amarilla como el marfil antiguo, un nimbo de cabellos blancos realizaba el tipo más peregrino de belleza moral que puede fingirse el hombre. La inocencia con la cabeza blanca... (1).

III.

Muchos y graves sucesos habían tenido lugar, desde que al terminar el libro anterior dejamos á Jacobo camino de Italia, hasta que hemos vuelto á encontrarle en la carretera de

(1) La muerte de este santo anciano, acaecida casi al mismo tiempo que la de la persona que auxiliaba, es un hecho rigurosamente histórico.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Dílo hija mía...—Si lo sabes tú dilo.....

La niña cruzó sus manitas y comenzó su oración, repitiéndola Diógenes en voz baja, muy lenta, con cierta especie de solemnidad augusta, que recordaba las notas de un órgano acompañando el canto de un ángel:

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tu graciosa belleza.
A tí, celestial Princesa,
Virgen Sagrada María,
Yo te ofresco en este día,
Alma, vida y corazón.
Mírame con compasión.....

Apagóse aquí la voz de Diógenes, y oyóse tan solo la temblorosa vocecita de Monina, que por un feliz error ó por una inspiración del cielo, equivocaba el último verso.

¡No *le* dejes Madre mía!....

Diógenes ya no la oía: comenzaba entónces el estertor, y su angustioso resuello interrumpíase á veces por más de un minuto. Llevá ronse á la niña: la Marquesa y el jesuita se arrodillaron, y comenzaron á rezar la recomendación del alma: á las once menos cuarto, sin ningún estremecimiento, sin verdadera

agonía, sin soltar de las manos el crucifijo, abrió un poco la boca, y espiró .....

A la otra mañana, cuando después de la solemne Misa de *requiem* que hizo celebrar la Marquesa en Zumárraga, volvió el jesuita á Loyola, oyó que las campanas de la iglesia tocaban también á muerto.....Había fallecido aquella noche el P. Mateu: encontrarónle al amanecer, ya frío, tendido en su lecho. Tenía en las manos el rosario, y vagaba àun en sus labios su pura sonrisa de niño: sobre su frente, amarilla como el marfil antiguo, un nimbo de cabellos blancos realizaba el tipo más peregrino de belleza moral que puede fingirse el hombre. La inocencia con la cabeza blanca... (1).

III.

Muchos y graves sucesos habían tenido lugar, desde que al terminar el libro anterior dejamos á Jacobo camino de Italia, hasta que hemos vuelto á encontrarle en la carretera de

(1) La muerte de este santo anciano, acaecida casi al mismo tiempo que la de la persona que auxiliaba, es un hecho rigurosamente histórico.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Guipuzcoa, guiando al lado de Currita el *mail-coach* con seis caballos. Y fué el primero, la aparición de un extraño fenómeno á las puertas de Madrid, que vino á causar al Marqués de Villamelón un pavor tan grande, como no lo causó nunca Catilina á las puertas de Roma, ni Mahomet II á las de Constantinopla, ni Isabel la Católica á las de Granada, ni Guillermo I á las de París. ¡¡La trichina!!....

Aquello era un dolor y un horror: tener que renunciar con severidad israelítica al jamón extremeño rosado y aromático, y al salchichon de Génova matizado como un mosaico, ó exponerse á tragar el endiablado microbio, que el atribulado Fernandito seguía con la imaginación en todas sus transformaciones, viéndole alargarse, alargarse hasta convertirse en tenia, y engordar, engordar luego hasta trocarse á costa de los jugos de su estómago, en una serpiente boa, igual á las que habia visto tragarse gallinas y conejos y áun cabritos, con la facilidad con que se tragaba él, una tras de otra, un barrilillo entero de aceitunas sevillanas.

Sucedía esto á los ocho ó diez días de la repentina marcha de Jacobo, y entre aflicciones de espíritu, quebrantamientos de estómago y apreturas de entendimiento, recibió Villamelón una cariñosa carta de este tierno amigo, en que con previsión amorosísima y delicadeza exquisita, le enviaba una receta infalible contra la trichina, recogida de los labios mismos de los hermanos Tramponetti, fabricantes de embutidos en la salchichonesca Génova. La receta era bien sencilla: bastaba pasar tres veces por el hervor de agua ordinaria las carnes de cerdo y los utensilios en que hubieran éstas de cocinarse. Fernandito, creyéndose en posesión de un talisman precioso, corrió á dar la noticia á su cara esposa Currita, dispuesto á pasar por agua todos los jamones de su despensa, todas las cacerolas de su cocina, y todos los pinches de ella con el cocinero á la cabeza. ¡Y por qué no!.....Dias antes relataba un periódico que el emperador de Birmania habia mandado enterrar vivas á setecientas personas, para aplacar los espíritus diabólicos que habian esparcido por sus estados la viruela negra. ¿Por qué no había él de hervir á un cocinero y tres pinches, para librar de la trichina á su persona y á la de sus deudos y amigos?

Currita recibió la noticia con frialdad aterradora, y negóse rotundamente á hacer uso de la receta, con cierta especie de rencorosa terquedad, impropia del caso; también ella había recibido aquel día carta cariñosa de Jacobo, fechada asimismo en Milán, hablándola vagamente de grandes peligros y grandes negocios, y prometiéndole con la fatua seguridad de quien presume ser esperado con ánsia, el gozo imponderable de su próximo regreso y la explicación satisfactoria de su repentina marcha.

—¡Excelente amigo!—exclamaba Villame-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lón. Ahora mizmo voy á contestarle dándole las gracias.

Currita abrió la boca con un gesto de ira como para decirle algo, y dominándose repentinamente la volvió á cerrar, diciendo à poco con su suavidad acostumbrada:

—Pues mira...—mándame la carta y le pondré yo cuatro letras: así me ahorro escribirle largo.....

Media hora después, presentábale un lacayo en una bandeja de plata la carta de Fernandito, y la dama, después de leerla, hízola mil pedazos con extraños gestos de rabia.....Otras dos cartas de Jacobo habían llegado en aquel mismo día á la corte; una larga y enfática para el Marqués de Butrón, llena de mentiras y enredos que sin engañar del todo al presuntuoso diplomático, hiciéronle comprender que lejos de amanciparse el jòven Telémaco de su tutela, la necesitaba más que nunca, y podía, por lo tanto, seguir explotándole en sus trabajos políticos. Había leído en *La Bruyere* y hecho suya, aquella sentencia muy común entre políticos y no políticos, que despojaba él del tinte de finísima ironía con que su autor la escribe: "Aun los grandes y ministros mejor intencionados, necesitan tener á su lado bribones; su uso es muy delicado y se necesita saber manejarlos; pero hay ocasiones en que no pueden ser suplidos por otros. Honor, virtud, conciencia, cualidades siempre respetables y à menudo inùtiles. ¿Qué queréis á veces que se haga con un hombre de bien?"

Era la otra carta, larga también, para el tío Frasquito, escrita con grandes visos de misterio, asegurándo haber conjurado el peligro á fuerza de astucia y de dinero, y prometiéndole la completa explicación del misterioso—¡Mentecato!—en cuanto llegara él à Madrid y pudiera comunicar á las logias las ordenes que de Italia llevaba. Firmaba esta carta con un nombre supuesto, no ponía en ella fecha ninguna, y encargabále mucho quemarla después de leída, y aventar luego las cenizas. Hízolo así el tío Frasquito lleno de miedo, y creyendo ya poder aventurarse á salir con algunas precauciones, presentóse aquella noche en casa de Currita, en el taller de las hilas, tosiendo lastimosamente, y ofreciendo á todas las damas caramelitos de rosa, único remedio para la *horrrrible* tos que le había dejado el pertinaz *catarrro*.

Currita no contestó à Jacobo, y extrañado éste tornó á escribirle, sin obtener tampoco respuesta. Alarmóse entónces el furioso ministro, y escribió á Butrón pidiéndole categóricas explicaciones de aquel obstinado silencio, que le hacía sospechar en la dama algún resentimiento, peligroso siempre y funesto en aquellas circunstancias, en que la amistad íntima y la repleta caja de los consortes Villamelón, le eran de todo punto indispensables.

Con mesurado tono y severidad paterna

contestó entónces el sabio Mentor al joven Telémaco, enterándole del regalo hecho por Mlle. de Sirop á la *Kermesse*, del justo enojo de Currita al recibir aquel ultraje, que revelaba la traición del amigo íntimo á quien tantos beneficios había prodigado, y de la ferocidad con que las lenguas murmuradoras se habían echado sobre la aventura, comentándola y riéndola à mandíbula batiente. El sesudo Mentor, terminaba con protectora solicitud y paternal indulgencia: "Tu ligereza ha sido grande; pero inventa una disculpa, apresúrate á venir, y trataremos de arreglarlo."

Jacobo no se hizo repetir el aviso, y cinco días después, el joven Telémaco y el sabio Mentor se presentaban en el *boudoir*, es decir, abordaban à las playas de la isla de Ogigia, retiro encantador de la invulnerable Calipso. La escena debió ser conmovedora; mas ninguna ninfa hizo traición á la diosa, revelando lo que oyó ò pudo ver en la misteriosa gruta, é ignórase al presente cómo llegaron los tres personajes á la perfecta avenencia que todo Madrid pudo observar desde entónces entre ellos. Corrió, sin embargo, á los pocos días por los periódicos la noticia de que el Marqués de Sabadell había acusado de ladrona ante los tribunales á cierta aventurera francesa, llamada Mademoiselle de Sirop; súpose más tarde que ésta había desaparecido, y murmuròse, por último, muy *sotto voce*, que el mismo Marqués, su acusador público, la tenía escondida en su casa: nadie pudo comprobar,

sin embargo, la exactitud de este hecho inexplicable.

Las cosas quedaron, pues, como estaban un mes ántes, y tan solo Jacobo pudo notar en Currita, con harto despecho suyo, esa extraña anomalía de la mujer, que consiste en mostrarse servilmente sumisa con el hombre que la oprime, y ferozmente tirana con el que se le somete: rasgo á la verdad poco noble, que hace comun San Ignacio de Loyola en su famoso libro de los *Ejercicios* al mismísimo demonio, con estas textuales palabras: "El enemigo se hace como mujer, en ser flaco por fuerza y fuerte de grado..." Mientras en sus relaciones íntimas con la dama se mostró Jacobo duro y despótico, imponiéndole en todo su voluntad como dueño, hallóla siempre dòcil y sumisa, pronta á sacrificarse por él y á prestarle todos los homenajes, con la humildad del pobre que al quemar ante el ídolo su incienso, no espera ni pide otra recompensa que la satisfacción de verlo aceptado. Mas cuando por las circunstancias que quedan referidas, tuvo Jacobo que humillarse á ella y mostrársele rendido y avasallado, creciόse Currita al punto y sin disminuirle en nada su íntima confianza, ni cercenarle tampoco los continuos y siempre indecorosos beneficios que le prodigaba, comenzó á dejarle sentir su yugo, á hacerle comprender que ella era allí la dueña absoluta, y á saciar su vanidad, primer elemento que en todos los actos de su vida y todos los sentimientos de su corazón entraba, presen-

tándole á los ojos del mundo, vencido, sujeto y atado, como un hermoso rey prisionero a las ruedas de su carro.

Por lo demás, nunca supo nadie lo que había hecho Jacobo en Italia; guardóse él muy bien de decirlo, y con muchas y variadas mentiras explicó á todo el mundo los motivos de su ausencia, quedando esta nueva aventura envuelta en las nubes vagas é indecisas que habrá notado siempre el lector, así en las cosas como en el carácter de este histórico personaje.

Era, sin embargo, cierto que había visitado en Caprera á Garibaldi, y confiadole una peregrina historia que explicaba por completo la desaparición de los papeles, sin culpa de nadie por su puesto. Mas el viejo mamarracho, sin guardar siquiera memoria de aquello, encogióse de hombros al oírle, y seducido por la labia de Jacobo, ofrecióle cordialmente cartas comendaticias para los venerables de Milán y de España, que le pusieran á cubierto de todo recelo. Aceptolas Jacobo gozosísimo, creyendo ya con esto conjurado el peligro, y gastóse alegremente en excursiones por Italia todo su dinero, dejándose en la ruleta de Mónaco hasta el último céntimo del que había sacado al tío Frasquito. Las noticias del sabio Mentor hicièronle apresurar su vuelta á España, y engolfándose de nuevo á su regreso en su antigua vida ordinaria de crápula elegante y vagancia aristocrática, interrumpida á veces por solemnes intervalos políticos, que-

dáronsele en la gabeta las cartas de Garibaldi, pasósele el asunto que le había llevado á Italia, y en su imprevisión natural de niño revoltoso, no volvió á acardarse de los masones, juzgando que también ellos le tendrían olvidado.

Mientras tanto los trabajos alfonsinos tocaban su término, y Jacobo, creyendo haber pagado á buen precio con la entrega de sus papeles el logro de sus ambiciones, importunaba de continuo á Butrón y haciale presente á todas horas en el centro de hombres políticos que dirigian los trabajos del partido, en demanda de una cartera que jamás se le había prometido en serio, pero que se le había hecho siempre vislumbrar á lo léjos, como precio de su hurto, en los tiempos en que era la consigna, barrer para dentro. Mas había llegado ya la hora de barrer para fuera, y el taimado Butrón levantaba con disimulo la escoba, para sacudir al jóven Telémaco el primer escobazo, sin echar de ver que otra escoba más poderosa se levantaba también á su espalda, con la idea deliberada de ejecutar en él la misma maniobra. La estrategia de unos y otros era graciosa: comenzaban ya á organizarse las combinaciones ministeriales, y en todas ellas haciáse el papel delante de Butrón y delante de Jabobo, de reservarles á uno y á otro las ansiadas carteras, mas volvía la espalda el jóven Telémaco, y decían todos al prudente Mentor, y éste era el primero en afirmarlo, que era una temeridad, un descrédito

para el partido, dar entrada en el futuro gabinete á un botarate, un loco sin decoro como Sabadell, y que la cartera que éste esperaba, había de darse al Sr. Fernandez Gallego, hombre probo, orador famoso, capaz de desatacar un carro cuanto más á un gobierno, con solo hacer oir en las orejas del tiro, los rotundos periodos de su enérgica palabra.

Asì quedaba convenido; mas tocábale la vez al respetable Butrón de volver la espalda, y decianse todos entónces que era una necedad, una pifia, desperdiciar una cartera en aquel pobre hombre, político mujeriego, que debia de contentarse à lo más con una plenipotenciaría, pudiendo emplearse aquella, si no con honra, á lo ménos con provecho, en el Sr. D. Eusebio Díaz de la Laguna, pajarraco gordo en tiempo de Amadeo, que como acontece en todas las restauraciones, habíase pasado con armas y bagajes al bando alfonsino, en cuanto vislumbrò en él la aurora del triunfo, ejecutando una de esas maniobras que en la farisaica jerga de los hombres gubernamentales se llaman *cambios políticos*, debiendo de llamarse charranadas ó vilezas. Su entrada en el ministerio, había de ser un poderoso puntal que marcase las tendencias tolerantes y olvidadizas de la política restauradora.

Al olfato finísimo del Sr. Pulido habian llegado todos estos apartes, y apresuróse á notificarlos al amigo Pepe, temeroso de perder la deslumbradora proyección que sobre su persona y parentela, arrojaría la poltrona ministerial de éste. Entròse, pues, una mañana en casa del respetable Butrón, nervioso y descompuesto, y con las falanges de su dedo índice ya desplegadas, y la frase sacramental—¡lo dije!—colgando de los labios, traspasó el misterioso biombo de nueve hojas, que servia de reducto en el despacho, á los secretos del diplomático. Allí estaba éste, sumido en profundas meditaciones, ante unos papeles que debian de encerrar altos secretos de Estado, de los cuales apartó los ojos tan solo un segundo, para mirar al recien venido murmurando con aire distraido:

—¡Hola Pulidito!.....

Mas Pulidito, alargando el inexorable dedo indicador cual si fuesen sus falanges elàsticos, y agitándolo de arriba abajo con la fatal oscilación de un péndulo acompasado, exclamó con temeroso acento:

—¿Lo ves, Pepe?...—¿Lo ves?....¡Lo dije! .. ¡Lo dije!....

—¿Qué? —replicó Butrón con aire resignado de quien se prepara á recibir un importuno chubasco.

—¿Qué?—repitió el Sr. Pulido en el mismo tono. Pues nada.....¡que te birlan la cartera, Pepe; que te la birlan!.....

Y al compás de las oscilaciones de su dedo, comunicò al diplomático sus noticias alarmantes....El respetable Butrón no se conmovió ni pizca. ¿Acaso era él bobo?....Al tanto es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taba de todos aquellos manejos; pero callaba, callaba y hacía la vista gorda, porque tenìa la seguridad—y su vanidad inmensa se la daba en efecto,—de que el futuro gabinete no podria prescindir de su persona y sus servicios.... En cuanto á Sabadell era otra cuestión: habíase forjado ilusiones absurdas, que en el futuro orden de cosas era imposible realizar. Sabadell era un loco, un mentecato que había prestado por carambola algunos servicios al partido, pero que no era de la madera de que la Restauración había de hacer sus ministros: hubiera podido serlo con un Prim ó con un Serrano; pero nunca con un Cánovas de Castillo y con un Butrón.

Detúvose aquí el diplomático con solemne pausa, y añadió sentenciosamente:

—Todo árbol es madera;—pero el pino no es caoba.... En mi opiniòn, ni Sabadell puede ser ministro, ni yo puedo dejar de serlo.

El dedo del Sr. Pulido comenzó á subir y bajar con riesgo manifiesto de descoyuntarse, cual si marcaran sus oscilaciones los grados de impaciencia de su dueño.

—¿Y crees tù, Pepe,—que el Sr. Cánovas del Castillo será de tu misma opinión?....

Miròle el diplomático con aire de lástima, y díjole al cabo.

—Mira, Pulidito, hijo mío,—cree que no soy del todo imbécil.....Cánovas no da un paso sin contar ántes conmigo.

—¿Y ha contado conmigo para proponer la candidatura del Sr. Diaz de la Laguna?.....

Pasmóse interiormente el gran Robinsón, porque ignoraba por completo que semejante candidatura se hubiera presentado; mas pareciéndole contrario á su decoro manifestar ignorancia, y cediendo á su hinchada vanidad, que le llevaba siempre á disfrazarlo todo con solemnes mentiras y enigmáticos conceptos, á fin de mantener en alza su crédito político, replicó imperturbable:

Ha contado.

—Entònces.....

—Entonces,—puedo asegurarte que Sr. Laguna quedará siempre rana del pasado charco.

Y dando una gran palmada con su mano de Esaú extendida, sobre los papeles que tenia delante, dijo solemnemente, con cierto aire de reserva dignísima que indicó al señor Pulido, que tras el biombo de la mesa estaba el biombo de las cejas del diplomàtico, custodiando dentro de su frente arcanos misteriosos, que á él no le era dado penetrar.

—Mira, Pulidito,—dejemos ya eso.....Los secretos mios, puedo confiarlos á un amigo; los ajenos, jamás.....Para tu tranquilidad y tu gobierno, te diré, sin embargo, dos cosas... Primero, que anoche estuvo Antonio Cánovas conferenciando conmigo, en esa misma silla en que estás sentado, hasta las cuatro de la mañana ....

Hizo el respetable Butrón un alto para de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jar saborear al Sr. Pulido la gordísima mentira, y prosiguió diciendo.

—Segunda...—que al despedirse Cánovas, me entregó este proyecto de tratado secreto con Alemania—y golpeaba los papeles que tenia delante y necesito para estudiarlo..... tiempo y soledad.....

Quedóse tamañito el Sr. Pulido ante el perfil de perro dogo de Bismarck que las palabras del diplomático evocaban sobre la mesa, y comprendiendo que se le recordaba con aquel elegante giro, que el undècimo mandamiento de la ley de Dios es no estorbar, despidióse esta vez con el dedo índice muy plegadito, medrosico y esperanzado, mas no sin echar ántes una ojeada furtiva al proyecto de tratado secreto con Alemania, que la extendida mano del diplomático parecia proteger contra todo amago de curiosidad. Algo atisbó, sin embargo, que vino á despertarle la sospecha de que el tal proyecto de tratado secreto no era precisamente con el gobierno alemàn, sino con la repostería de Lhardy, poderosa potencia gastronómica de la carrera de San Jerónimo: entre los peludos dedos del diplomático, asomaba por una esquinita, la viñeta de las cuentas del célebre Emilio.

Mas no era el Sr. Pulido hombre que una vez puesto en la pista, retrocediese ante ningún peligro ni reparo: fuese, pues, derecho à casa de Lhardy, y preguntóle si el Sr. Marqués de Butrón tenía en su repostería alguna

cuenta pendiente. Emilio, creyendo sin duda que aquel señor vendría á pagársela, díjole que tenía cuatro, de las cuales era la más antigua la del *buffet* de un baile, dado tres años antes en honra de Currita, y que el día anterior se las había remitido todas juntas por centécima vez, sin haber lagrado aún cobrar ninguna. Enderezóse entónces el dedo del Sr. Pulido con la fuerza de una catapulta, y atónito Emilio, oyóle exclamar dos veces:

—¡Lo dije!... - ¡Lo dije!....

IV.

Amaneció por fin el día 29 de Diciembre de 1874, y á las once y cincuenta y seis minutos de la mañana, el ministro de Guerra, Serrano Bedoya, saltaba violentamente de la cama, coma había de saltar veinticuatro horas más tarde violentamente también, de la poltrona ministerial.....Anunciábale un telegrama del gobernador militar de Sagunto, que el general Martínez Campos habia proclamado rey de España al príncipe Alfonso, en las Ven-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jar saborear al Sr. Pulido la gordísima mentira, y prosiguió diciendo.

—Segunda...—que al despedirse Cánovas, me entregó este proyecto de tratado secreto con Alemania—y golpeaba los papeles que tenia delante y necesito para estudiarlo..... tiempo y soledad.....

Quedóse tamañito el Sr. Pulido ante el perfil de perro dogo de Bismarck que las palabras del diplomático evocaban sobre la mesa, y comprendiendo que se le recordaba con aquel elegante giro, que el undècimo mandamiento de la ley de Dios es no estorbar, despidióse esta vez con el dedo índice muy plegadito, medrosico y esperanzado, mas no sin echar ántes una ojeada furtiva al proyecto de tratado secreto con Alemania, que la extendida mano del diplomático parecia proteger contra todo amago de curiosidad. Algo atisbó, sin embargo, que vino á despertarle la sospecha de que el tal proyecto de tratado secreto no era precisamente con el gobierno alemàn, sino con la repostería de Lhardy, poderosa potencia gastronómica de la carrera de San Jerónimo: entre los peludos dedos del diplomático, asomaba por una esquinita, la viñeta de las cuentas del célebre Emilio.

Mas no era el Sr. Pulido hombre que una vez puesto en la pista, retrocediese ante ningún peligro ni reparo: fuese, pues, derecho à casa de Lhardy, y preguntóle si el Sr. Marqués de Butrón tenía en su repostería alguna

cuenta pendiente. Emilio, creyendo sin duda que aquel señor vendría á pagársela, díjole que tenía cuatro, de las cuales era la más antigua la del *buffet* de un baile, dado tres años antes en honra de Currita, y que el día anterior se las había remitido todas juntas por centécima vez, sin haber lagrado aún cobrar ninguna. Enderezóse entónces el dedo del Sr. Pulido con la fuerza de una catapulta, y atónito Emilio, oyóle exclamar dos veces:

—¡Lo dije!... - ¡Lo dije!....

IV.

Amaneció por fin el día 29 de Diciembre de 1874, y á las once y cincuenta y seis minutos de la mañana, el ministro de Guerra, Serrano Bedoya, saltaba violentamente de la cama, coma había de saltar veinticuatro horas más tarde violentamente también, de la poltrona ministerial.....Anunciábale un telegrama del gobernador militar de Sagunto, que el general Martínez Campos habia proclamado rey de España al príncipe Alfonso, en las Ven-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas de Puzol, al frente de la brigada Daban. Alborotóse el Gobierno, reunióse al punto Consejo extraordinario en el Ministerio de la Guerra, y tomóse por primera providencia la de echar el guante al Sr. Cánovas del Castillo, y á otros muchos personajes de cuenta, entre los que contaban el Sr. Pulido, el joven Telémaco y el respetable Mentor: encerráronles por de pronto en el Saladero, con la santa intención de enviarles màs tarde, una vez sofocada la intentona, à tomar camino de Filipinas, los saludables aires de mar. La cortesanía del Gobernador de Madrid, Sr. Moreno Benitez, proporcionòle horas después mejor alojamiento, en el Gobierno Civil; mas fuese pérfida intriga de los amigos, ò cruel ensañamiento de los contrarios, es lo cierto que los tres compadres, Jacobo, Butrón y Pulido, quedaron presos en el Saladero, pasando entre temores y sobresaltos todo el día veinte y nueve y también el treinta, hasta que en la madrugada de éste, muy cerca ya del alba, abriéronse ante ellos las puertas de su prisión, para cerrarse ante sus ojos la puerta de sus esperanzas.....A las nueve y cuarto de aquella misma noche, hundido para siempre el Gobierno de la Revolución, había quedado investido de todos los poderes el capitán general de Madrid, D. Fernando Primo de Rivera, y puestos al punto en libertad los prohombres alfonsinos detenidos en el Gobierno civil, apresuráronse á nombrar un Ministerio–Regencia, del cual formaban parte el Gallego y el Laguna, quedando excluidos por supuesto, el joven Telémaco y el respetable Mentor (1).

Quedóse éste anonadado, púsose Jacobo furioso, y el Sr. Pulido, sin fuerzas para enarbolar el dedo indicador, sin alientos para murmurar—¡lo dije!—enmudeció como Gasandra á la vista de Troya destruida y Grecia triunfante. Butrón bufaba, Pulido gemìa, Jacobo echaba ojos, y entre peroratas enérgicas, amargos reproches, violentas reclamaciones y planes de campaña propuestos para derrocar aquel Gobierno que les había estafado, pasáronse algunos días, hasta que desembarasado algùn tanto el Ministerio–Regencia con la llegada del jóven monarca, pudo al fin dar vuelta á la llave de la despensa, y enarbolando la rama de sustanciosos dátiles, que ha venido á sustituir á la de olivo, antiguo símbolo de la paz, comenzó á distribuir puestos, honores y destinos entre sus diversos paniagnados, tocándole á Butrón una plenipotenciaria de primer orden. Hízose de rogar éste cuánto sufria por una parte la prudencia, y exigía por

---

[1] Formaban este primer gabinete alfonsino, bajo la presidencia de D. Antonio Cánovas del Castillo, los Sres. Castro, Cárdenas, Jovellar, Salaverría, Marqués de Molins, Romero Robledo, Ayala y Marqués de Orovio. Excusado nos parece advertir, que al fingir nosotros un Sr. Gallego y un Sr. Laguna, formando parte de este Ministerio, no aludimos para nada á ninguno de los Sres. que en realidad lo formaron. Y ya que de alusiones hablamos, bueno será constar una vez más, que yerran por completo los que han creido ver en algunos personajes de la presente novela, retratos de personas harto conocidas, que sin duda lo fueron muy poco de los que tal juzgan, cuando encuentran semejanza entre unos y otros. Nuestros personajes no son retratos de individuos determinados, sino tipos de caracteres sociales; y si puede halagar la vanidad del artista, que resulten sus creaciones tan reales que no pueda concebírselas sin un modelo vivo, debe repugnar á la delicadeza y áun á la conciencia del escritor honrado, el convertir por este medio un libro escrito con altos fines morales en un intencionado libelo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otro el decoro, y teniendo en cuenta sin duda que á buena hambre no hay pan duro, que á faltas de pan buenas son tortas, y que más vale pájaro en la mano que buitre volando, marchó al fin resignado y magestuoso, á representar en tierra extranjera la persona de Alfonso XII. Hubo tambien una dirección de segundo órden para el Sr. Pulido, y ofreciòse á Jacobo otra plenipotenciaria igual á la aceptada por Butrón. Mas el jòven Telémaco era hombre capaz en sus rencores, de comprender y practicar aquella venganza de los chinos, que consiste en ahorcarse à la puerta de su adversario, para atraer sobre él la cólera celeste y el odio de los ciudadanos; lleno, pues, de zaña rechazó con altivez la oferta, y creyendo alcanzar por sus propias fuerzas lo que de grado no le habian querido dar, alistóse de nuevo entre sus antiguos amigos los revolucionarios aún no resellados, que capitaneaba á la sazón el Exmo. Martínez, y prometían formar una oposición formidable, el día en que se decidieran á reconocer la monarquía de Alfonso XII. Recibiéronle ellos como á un Hércules bajado del cielo para emprender de nuevo á su lado los doce trabajos sobre la tierra, y en el momento en que le encontramos volviendo de Biarritz al lado de Currita, traía ya lograda, con ayuda de esta fiel amiga, la senaduría vitalicia, altísima tribuna desde donde pretendía escalar al lado del Excmo. Martínez, el Olimpo ministerial, una vez efectuada la temida y esperada maniobra, que con gran sigilo preparaba el taimado buey Apis.

A poco presentaba Madrid su animado aspecto de invierno, y dos sucesos trascendentales ocupaban la atención de los políticos y elegantes; hacia esperar el segundo, diversiones y regocijos jamás disfrutados, y unas y otras discutíanse y áun preparábanse en los salones de Currita, centro por aquel tiempo de los más importantes hombres políticos, de la futura oposición dinástica, à la vez que de lo más *gommeux*, lo más *poisseux* de la alta sociedad madrileña. Sus *aprés diners* de los viernes llegaron à tener fama, y con igual facilidad se concertaba en ellos un gabinete, que se desconcertaba un matrimonio, se ganaba un diputado para la oposición, que se perdía una muchacha para siempre, minada, al amparo bienhechor de la dama, por esa galantería de algunos salones, que llama un autor nada asustadizo por cierto, *trabajo de zapa que el vicio emplea para minar la virtud.* Pedro Lòpez comparaba en *La flor de Lis* el salón de Currita, con aquellas famosas tertulias que comenzaron en el Hotel Rambouillet, y acabaron con Mmes. Stael, Recamier, Tallien y Girardin; y ciertamente que si no se encontraba en aquel como en estas, la culta y amena conversación y la urbanidad exquisita de antaño, que ha venido á ser hoy entre damas y caballeros, como atributo exclusivo de las pelucas empolvadas y las chorreras de encaje, encontrábase de igual modo aquel principio disolvente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de toda moral, que consiste en tolerar y autorizar el escándalo.

Vióse entónces claro como nunca, la funesta influencia que ejerce en una sociedad entera, una de esas reinas de la moda que comienzan escotando los trajes y acaban escotando las costumbres; que empiezan imponiendo el yugo de sus elegantes extravagancias y terminan imponiendo el de sus desvergonzados vicios; que familiarizan con el escándalo y lo hacen tolerable y de buen tono hasta los ojos de las personas virtuosas, que llegan á contemplar sin extrañeza, sin rubor y sin protesta, espectáculos como el que ofrecía Currita haciendo los honores de su casa con distinción elegantísima, en compañía del Marqués de Sabadell, mientras sus hijos yacían olvidados cada cual en un colegio, y Villamelón, reblandecido ya casi por completo, jugaba al *besigue* ó al tresillo con las celebridades del momento, ó tentaba la paciencia de sus tertulianos encerrado como en un circulo vicioso en sus ordinarios tópicos de conversación, el combate *terro-naval* de Cabo Negro, los prodigios de su cocinero, los adelantos de su fotografía, las ventajas de la incubación artificial de los huevos de gallina, ó las extrañas peripecias del Dr. Tanner y el italiano Succi, que con gran pasmo suyo parecían haber resuelto el problema para él horripilante é incomprensible de vivir sin comer.

Un nuevo escándalo iniciado y meditado en casa de Currita y llevado à efecto á la sombra

de ésta, y quizá, quizá bajo su protección misma, vino á probar à las personas sensatas, que tan peligrosa es la proximidad del vicio, que aun sin estar de él contaminado, se respira en su atmósfera cierta ponzoña que trastorna y extravía, y hace al cabo resbalar y caer..... Margarita Belluga, una de las jovenes al pisar por primera vez los salones del gran mundo, había llamado más la atención por su candor y su pureza, desapareció un día súbitamente de casa de sus padres, para aparecer á poco en Italia, *magna parens artium*, y refugió insondable de pollos de todas naciones, casada con Celestino Reguera, el pintorzuelo cómplice de Currita en sus atentados pictóricos, que había conservado siempre la dama á su lado, para alumbrar su corte con los resplandores de un genio, á la manera que Filipo mantenía en la suya à Aristóteles, y Augusto á Virgilio y Carlos V. á Garcilaso, y Luis XIV á Moliére.

Comenzaron entónces las lamentaciones y las extrañezas, los comentarios y los sobresaltos, y la murmuración no fué ya el ruido de una ola al reventar en la playa, sino que cundió y se hizo formidable, y resultaron todos los imponentes estrépitos del mar batiendo las cotas.....Mas apesar de que todo el mundo vio claro el viento había desatado aquella tormenta y los polvos de que salían aquellos lodos, tan sòlo dos de las muchas madres honradas que acudían á los saraos de Currita, dejaron de llevar allí à sus hijas; tan sòlo uno de

los muchos maridos con decoro que á ellos concurrían, retrajo á su mujer de aquella casa funesta á que se hacía necesario acudir, porque.....porque.....se pasaban allí ratos deliciosos, era la dama quien fijaba en sus salones las leyes del buen tono, y el ser admitido en su casa, era un *brevet* de elegancia y de notoriedad.

Mas un día corrió por Madrid una noticia estupenda, que se escuchó al principio como un absurdo inventado por algún ocioso del Veloz; concedióselo más tarde la verosimilitud que hubiera merecido la de que Sagasta cantaba Misa ó el Gran Turco se había hecho monje Bernardo, y extendióse al fin como un hecho inverosímil, pero cierto, absurdo, pero verdadero, desde los salones hasta las antesalas, y desde los pasillos del Congreso hasta los de los teatros, llenando á todo el mundo elegante de asombro, de extrañeza y de curiosidad. La imaginación siempre exaltada de los madrileños aderezó el hecho con interpretaciones y comentarios, y unos vieron en él un manejo político, otros una rivalidad femenina, algunos una seña de reconciliación entre el mundo devoto y el profano, y varios, los que se decían más enterados y eran más hábiles en aquello de ajustarle las cuentas al prójimo, vieron por el contrario una emboscada peligrosa que la más inflexible de las beatas tendía á la más tolerante de las pecadoras, un reto del calendario piadoso á la mitología pagana, un combate singular entre la Marquesa de

Villasis, que arrojaba el guante, y la Condesa de Albornoz, que se apresuraría sin duda á recogerlo.

Porque era el caso, que habían circulado por ciertas casas privilegiadas de la alta sociedad madrileña, unas lindas tarjetas litografiadas, en que la Marquesa de Villasis anunciaba á sus numerosos amigos, que abría las puertas de sus salones, y fijaba como día de recepción —¡aquí estaba el busilis!—el mismo fijado por Currita ¡¡los viérnes!!...La noticia llegó á casa de ésta un miércoles por la noche, estando presentes tan sólo la Duquesa de Bara, Carmen Tagle, Loapoldina Pastor y la Valdivieso; algunos señores mayores jugaban al tresillo, y en la sala de billar oíanse á lo lejos los secos golpes de las bolas y los tacos. Currita recogió en efecto el guante, y puesta en guardia al punto, manifestó su asombro con ingènua sencillez de càndida tortolilla.

—¿De veras?...—¡Cuánto me alegro!.....Supongo que habrá convidado á las novicias del Sagrado Corazón....

Riéronse todos á carcajadas, y ella, muy extrañada de aquellas risas, prosiguió diciendo:

—Pues no lo digo de burlas...- Creed que lo decía sin ningùn *arrière pensée*...Como María es tan piadosa, y suele darle á todo un tinte devoto.....

—¡Pues claro está!—replicó muy séria la de Bara. Por eso ha convidado tambièn á los congregantes de San Luis.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y por lo menos exigirá á los presentados la cédula del cumplimiento pascual.

—Y el certificado de buenas costumbres del cura párroco.....

—¡Qué delicia!...—¿Y abrirán el baile rezando el rosario?

—Como que tocará el cuarteto de la Capilla Real, y se cantarán en los intermedios los gozos de San José.

—¡Ya lo creo!...—La Villasis saba hacer bien las cosas, y de seguro que ha pedido al Arzobispo indulgencia plenaria para todos sus tertulianos

—Pero en suma,—dijo al fin Currita deteniendo aquella granizada de burlas... ¿Qué es lo que se propone esa pobre María?.....

Aquí miró á todas partes con gran misterio, el que había traido la noticia, y las cinco señoras alargaron las cabezas y abrieron las orejas, con curiosidad intensísima.

—Pues dice...—dice...que se propone recibir á....mujeres honradas....

Un—¡ya!—general preñado de extrañas é intencionadas inflexiones se escapó de todos los labios, y la Albornoz, abriendo candidamente los ojos, dijo con su suave vocecita:

—Pues á mí no me ha convidado hasta el presente.

Las señoras soltaron el trapo á reir, y dijeron todas al mismo tiempo.

—Ni á mí...

—Ni á mí...

—Ni á mí...

Leopoldina Pastor no dijo nada; púsose muy encendida, y dando un brusca media vuelta, sentóse al piano y comenzó á tocar furiosamente la antigua canción del *¡Trágala!*....

Anocheció por fin el viérnes, llegó la hora de comer, y tan solo trece, de los veinte personajes convidados, se sentaron aquella noche á la mesa de los consortes Villamelón. El número era funesto, y la Duquesa de Bara que supuso al punto la causa de tan repentina baja, dijo muy quedito á su sobrino el Duque de Bringas.

—Mal número...—¿Si será esta la *última cena*?.....

—Con tal que no te toque á tí el papel de Judas.

—¡Oh no, no...—Yo le soy fiel á Curra.

—¿Pero por qué han desertado los otros?

—Pues nada, hijo;—que ha habido conjunción de pucheros, y el de María Villasis triunfa.

—Será más delicado.

—¡Psch!...—Bizcochitos de monja y tocino de cielo.....Prefiero el de Curra: es más sustancioso.

—¿Pues cuál es?.....

—*Olla podrida.*

Y con tales ganas comenzaron á reír la tia y el sobrino, que casi vinieron á echar por las narices el *consommé á la Regence*, servido en magnífica vajilla de plata, con que los ilustres comensales comenzaron á apaciguar sus res-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pectivos apetitos.....Con estos augurios funestos dió principio la comida, lenta y desanimada: Villamelón, con gravedad señoril y solemne aspecto embaulaba en silencio, sin ocuparse gran cosa de la embajadora de Alemania y la Duquesa de Bara que tenía á derecha é izquierda, consultando á cada paso el *menu*, impreso con vivos colores en apergaminada vitela, al estilo de los antignos misales de la Edad media, y no satisfecho con esto, preguntando de cuándo en cuándo con sigilo prudentísimo al criado que le servía:

—¿He comido de todo?.....

Frente por frente estaba Currita, teniendo à su derecha al embajador de Alemanía y à su izquierda al Excmo. Sr. D. Juan Antonio Martìnez, buey Apis por otro nombre, que olvidando con loable magnanimidad antiguos rencorcillos, era á la sazón íntimo de la dama, como sustituto del respetable Butròn en el cargo de Mentor del joven Telémaco. Prodigábale Currita atenciones delicadísimas, y hablábale á veces en voz baja, con muestras de íntima confianza: en una de éstas, mostróle rápidamente con ademán misterioso, un pequeño objeto que había sobre la mesa. Entre los mil primores y monerías que la adornaban, veíanse ante el cubierto de cada caballero pequeños *bouquets* de violetas para el ojal del frac, puestos en diminutos vasitos de cristal ligeros y diáfanos cual si fuesen de aire petrificado, y teniendo todos en el centro una pequeña flor de lis, lindísima maravilla natural,

criada á fuerza de cuidados en las estufas de Currita. Con significativa sonrisa mostróle la dama al buey Apis el *bouquet* que tenía delante, y éste, sonriendo también, dijo entre dientes, sin que ella protestase:

—El diablo son las mujeres....

Entre estos dos grupos principales que ocupaban ambas cabeceras, sentàbanse el resto de los convidados; la señora de López Moreno, que redondeaba à la sazón su inmensa fortuna prestando al veinte por ciento; la Marquesa de Valdivieso, que no atestiguaba ya sus sentencias con la autoridad de Paco Velez, sino con la de Fermin Doblado; la Condesa de Balzano, divorciada de su marido y en pleito con sus hijos; el Duque de Bringas, declarado pródigo por los tribunales á instancias de su esposa; D. Casimiro Pantojas, buscando siempre el *paulo post futurum* de algún verbo griego; dos diputados novatos, cándidos provincianos todavía, à que la ilustre Condesa, de acuerdo con el Excmo. Martínez, tendía el anzuelo de sus banquetes para pescarlos en la oposición futura; el espitual Pedro López, que pagaba su cubierto todos los viérnes, con algunas columnas en *La flor de Lis*, de prosa *gelatinesca*, y el Marqués de Sabadell, que al notar las siete bajas habidas en el número de convidados, dirigía á Currita miradas impacientes, que hacían en la comprimida cólera de ésta, el efecto que el viento hace en el fuego, y parecían demostrar en ambos el pesar de ver frustrado en parte algún plán que proyectaban.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Berrenchín de Currita igualaba en efecto á su inquietud, porque justamente pertenecían sus convidados prófugos á aquella parte sana y virtuosa de la sociedad madrileña, que se complacía ella en atraer á su casa, para acallar con ejemplo de éstos los escrúpulos de algunos otros, á la manera que en ciertos garitos de industrias prohibidas, colocan en el portal la muestra de alguna otra industria inocente, que desorienta á la policía y sirve de cebo á los incautos. Faltaban, pues, aquella noche los Duques de Astorga, que con gran acierto habían sido elegidos por el nuevo monarca, para formar parte de la alta servidumbre de la jóven Reina, los Condes de Orduña, nobles figuras del antiguo bando carlista, fiel siempre à la desgracia, y la Marquesa de Labrija, cuyo prurito de socorrer y presidir asociaciones pías, habíale conquistado justamente la doble fama de caritativa y de vanidosa. Faltaba también el tío Frasquito, que con gran indignación de Currita no se había tomado el trabajo de disculpar su ausencia, y faltaba Leopoldina Pastor, que la había disculpado tan solo con una lacónica esquelita, diciendo que un indecente orzuelo le había aparecido en un ojo; poniéndola de humor malísimo. La ausencia de estos dos últimos heria más que ninguna otra el amor propio de Currita, porque era él y ella de esos pájaros que se retiran á tiempo del árbol que pierde su sombra, y tiende el vuelo hácia el que comienza á verdear.

Azoraba todo esto á Currita, pareciéndole indicio cierto de conjura sospechosa, y al mismo tiempo que procuraba sostener y animar la desmayada conversación de sus comensales, prestaba oído atento á lo que por fuera del comedor pasaba..... Sucedía de ordinario los viérnes, que aun antes de terminarse la comida poblaban ya los salones gran número de tertulianos, que se apoderaban de las mesas de tresillo y de billar, y formaban grupos y corrillos llenos de la alborotada animación, que duraba siempre hasta muy entrada la madrugada.... Nada se oía aquella noche, y cada vez más inquieta Currita procuraba alargar la comida, agotando todos los recursos de su ingenio, é intercalando entre plato y plato historietas que equivalían á las más picantes salsas, con el fin de dar tiempo á la llegada de la gente, y evitar que los comensales recibiesen la mala impresión de encontrar los salones desiertos. Fuéle ya imposible alargar por mas tiempo la ímproba tarea, y puso al cabo fin á la comida con una escena misteriosa, seguida de un golpe teatral hábilmente dispuesto.... Su diminuto piececito tocó ligeramente por debajo de la mesa la pezuña del buey Apis, y ambos cruzaron con Jacobo una rápida mirada de inteligencia, que parecía significar:—¡Alerta!—Entonces, tomando Currita el *bouquet* que tenía Martínez delante, tuvo la exquisita galantería de ponérselo ella misma en el ojal, repitiendo la acostumbrada frase de las floristas parisienses.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—*Monsieur....Fleurissez votre boutonniére...*

Mas Jacobo, con jovialidad perfectamente afectada, detúvola en mitad del camino, diciendo desde su sitio:

—¡Cuidado, Martínez, cuidado!...—que le tienden á V. un lazo...

—¿Un lazo? exclamó Currita retirando vivamente el ramito.

—Si señor, un lazo,—afirmó Jacobo riendo. ¿Pues no ve V. que lleva el *bouquet* una flor de lis?...

—¡Ay Jesus!—replicó Currita escandalizada. Entònces ¡protesto, protesto!...Yo persuado á quien puedo, pero no sorprendo à nadie... ¿Quiere V. que se la ponga, Martínez?...¿Sí ó nó?...

—¡Jú, jú, jú!—mugió el buey Apis, haciendo con la cabeza ademán afirmativo.

—¿La acepta V. entónces?—preguntó Currita.

—La acepto.

—¿Con todas sus consecuencias?...

—Con todas sus consecuencias—repitiò el buey Apis.

Y paseó por todos los presentes una mirada orgullosa, casi fiera, que no carecía de la tosca grandeza de un Mario á la vez plebeyo y formidable, que se dejase acariciar por afeminados patricios...Un aplauso general acogió la declaración del antiguo revolucionario y Villamelón, muy conmovido propuso un brindis en honor del rey Alfonso XII. Apuráronse

las copas, y Fernandito, tomando entónces la que había servido á Martínez, dijo solemnemente:

—Esta copa, tendrá con los años, gran valor histórico. ¿Me entiende V. Martínez?...Permítame que la guarde....Quiero legarla à mis hijos .....

Y con recuerdo histórico muy empuñado, fué á ofrecer el brazo à la embajadora de Alemania, para pasar al saloncito azul, donde acostumbraba á servir el café, en aquellos días de gala ...Allí acabaron los triunfos: el salón estaba vacío, y por sus puertas abiertas, veíase á la izquierda el otro salòn amarillo, y á la derecha, el gran salón de baile, que sòlo se abría è iluminaba los viérnes, ambos desiertos. En el primero, divisábanse á lo lejos en un apartado rincòn, cuatro señores muy graves, muy tiesos, jugando al tresillo; en el segundo, reverberaban las luces en el brillante *parquet* de finisimas maderas enceradas, y en los colosales espejos, dando á todo aquel recinto el aspecto fantástico y temeroso, en medio de su magnificencia, de aquellos palacios encantados que se describen en los cuentos de hadas.

—El fiasco era completo, y aturdida Currita mirò espontàneamente hácia el magnífico reloj de bronce dorado que había cerca, sobre una chimenea; ¡eran ya las diez y cuarto!....

Vio entònces á su espalda en el mismo salón azul una dama muy apuesta y elegante dormida en una butaca: tenía en la mano un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

número de un periódico de modas, caído negligentemente sobre la falda, y dábale de lleno en el rostro la tibia luz de una gran lámpara colocada en un trípode, cuyos reflejos recogía amplia pantalla de seda de suaves matices....Era Isabel Mazacán, la pérfida Mazacán, reconciliada dos meses ántes con Currita, y dispuesta á pelearse otras mil veces con ella, en cuanto el tiempo y la ocasión se presentasen. Ninguna tan propicia como la presente, y fingiéndose dormida en aquella soledad, abrió poquito á poco los ojos con tan cómico espanto, con tan chistoso sobresalto, que todos los presentes soltaron la risa.

—Jesús, hija, dispensa...—pero al verme tan sola, quedé dormida.

Parecióle la broma á Currita de malísimo gusto, y contestó muy picada:

—¡Qué delicia!...—¿Y soñarías sin duda con los angelitos ....

—Algo había de eso, porque soñaba contigo....

Guardóse muy bien Currita de pedirle la interpretación del sueño, mas la Valdivieso, con su importunidad acostumbrada, dijo muy gozosa:

—¡Vaya una coincidencia...—¿Y qué soñabas?....

—Pues nada, hija...—Que tambien se habia ido en casa de la Villasis la *pobre Curra*.

Y la grandísima tuna de la Mazacán pronunciaba aquel *pobre Curra*, con un aire de lástima, con un acento tal de chunga, que la

compadecida se revolvió furiosa, diciendo con su inocente risita:

—Pues mira, mujer,...—ni dormida ni despierta se me hubiera ocurrido de tí semejante cosa.

—¿Y por qué?.....

—Pues por dos razones...—La segunda, por que tú no quieres ir.....

—Y la primera, porque María Villasis no quería que yo fuese,—dijo la Mazacán echándose á reir con todo su desparpajo.

Justo.—replicó Currita.....Lo mismo, lo mismo que Don Simplicio Bobadilla, Majaderano y Cabeza de Buey: Puesto que Leonor renuncia á mi mano, renuncio à la mano de Leonor.....

La Mazacàn iba á contestar, pero entraron en aquel momento Carmen Tagle, Paco Vélez y Gorito Sardona, todos muy compungidos, diciendo que venian del Real, pero que no había allí nadie... Al pronto creyeron ellos que *Monsieur tout le Monde* estaría en casa de Curra, porque—¡claro está!—como era viérnes... Pero supieron luego que el *grand complet* era aquella noche,—¡quién lo creyera!—en casa de la Villasis; y por eso, ellos, muy indignados, habían venido á protestar, porque no les parecía decente acostarse en aquella ocasión, sin dar las buenas noches á la *pobre Curra*.

Escapóse la *pobre Curra* como pudo de aquellas muestras de compasión qne le atacaban los nervios y dirigióse muy de prisa á la sala

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de billar, donde Jacobo, los dos diputados y el Exmo. Martínez, conferenciaban á solas. Felicitaron todos á la dama por lo habilmente que había dispuesto y representado la comedia del *bouquet*, llamada á tener gran resonancia. Al dia siguiente, *La flor de Lis* daria cuenta de ella, preparando de este modo el terreno, para la declaración solemne que á los pocos días pensaba hacer en el Senado el Exmo. Martínez.....Mas todavia juzgaba este necesario ántes de dar aquel último paso, atar bien otro cabo importante: poreciale prudente tentar ántes el vado de Palacio.

Currita ofreció al punto sus servicios: era ella dama de honor desdes los tiempos de Isaber II, y al casarse el monarca dos meses ántes, habiáse visto obligada la nueva Reina á enviarle también su cruz de dama.....Martínez meneó la gran cabezota: no era esto precisamente lo que él iba buscando, porque el explorador á que había echado el ojo para que como heraldo suyo entrase en Palacio, era Jacobo, podia éste como Grande de España.....

La Baronesa viuda de Platavieja le cortó la frase, entrando en la sala seguida de sus seis hijas, amables retoños que en unión de la madre formaban en cantidad y calidad, la suma total de los pecados capitales, nombre por el cual se las conocia en la corte.....Madre é hijas venian también presurosas é indignadas á protestar delante de la *pobre Curra*, y la señora Baronesa aseguró *coram populo*, que lo había hecho la Villasis aquella noche, era ni más ni ménos que un *timo*.....

—¡Un verdadero timo!—repitieron en coro las amables señoritas de Platavieja, rodeando al punto como enjambre de mariposas á los dos diputados, jóvenes y solteros, con la idea sin duda de pegarles alguno.

Imposible fué ya continuar la plática, ante aquellos testigos, y la noche corrió lenta y aburrida, sin más incidentes. María Valdivieso, que andaba de monos con su prima, procuraba bostezar con fingido disimulo, siempre que la miraba ésta: la embajadora de Alemania cantó con notabie falta de gracia una *balada* que calificó la Duquesa de *ladrido*, y á las doce y cuarto, cuando Pedro López después de tomar el té y encerrar en sus bolsillos provisiòn de *sandwiches* suficiente para toda la semana, comenzó á hacer el recuento para la crónica de salones que publicaba *La flor de Lis* todos los sábados, sus ojos atónitos pudieron tan solo contar bajo los artesonados techos, el número exiguo de catorce señoras: siete pertenecian á la familia de los pecados capitales, y las otrás siete podían repartírse entre la de los enemigos del alma, mundo, demonio y carne....

La Marquesa de Villasis triunfaba en toda la línea, y las *ciento veinte* mujeres honradas que reunió aquella noche en su casa, y siguió reuniendo todos los viérnes, vinieron á probar á los pesimistas, lo que había dicho ella mis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ma á la Marquesa de Butrón, en época no lejana.

—Madrid no es un lodazal....

Cierto que hay en él *algo que huele á podrido*, y esparce por todas partes su mal olor, á la manera que las emanaciones de una pequeña charca se extienden é inficionan toda una hermosa campiña, y tiñen la vegetación salubre con los mismos desconsoladores tintes, de la enferma. Mas este algo podrido, esta charca hedionda, desbordada siempre por la desvergüenza propia y la cobardia ajena, mezclándose con el agua pura y comunicándole en apariencia sus impurezas, habíala ella estancado en casa de la Albornoz, y al quedar deslindados los campos, la lógica de los números metió la mano inexorable *dessus du panier* del gran mundo, y sacó tan solo catorce mugeres perdidas, por ciento veinte mujeres honradas.

Un periódico regañón, hizo sin embargo, de las damas de aquel tiempo, otra subdivisión distinta.

Bastantes buenas.

Pocas malas.

Muchas que siendo de las primeras, se parecen á las segundas.

V.

La noticia cayó como una bomba, y aunque muchos quisieron negarla frente á frente de la evidencia misma, estrellábanse sus negaciones contra un documento oficial, legítimo y auténtico, que había circulado el día anterior por todas las casas de la Grandeza. Era un oficial de la Mayordomía mayor de S. M. en que el Jefe superior de Palacio decía letra por letra y punto por punto, á todos los Grandes de España... "Excelentísimo Sr: S. M. el Rey D. Alfonso XII. (q. D. g.) se ha servido señalar la hora de las dos de la tarde del día siete de Febrero, para la ceremonia de cubrirse ante su Real presencia, los señores Grandes de España que al márgen se expresan, etc., etc." Y entre aquellos nombres al márgen expresados, por rigoroso orden de antigüedad inscri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ma á la Marquesa de Butrón, en época no lejana.

—Madrid no es un lodazal....

Cierto que hay en él *algo que huele á podrido*, y esparce por todas partes su mal olor, á la manera que las emanaciones de una pequeña charca se extienden é inficionan toda una hermosa campiña, y tiñen la vegetación salubre con los mismos desconsoladores tintes, de la enferma. Mas este algo podrido, esta charca hedionda, desbordada siempre por la desvergüenza propia y la cobardia ajena, mezclándose con el agua pura y comunicándole en apariencia sus impurezas, habíala ella estancado en casa de la Albornoz, y al quedar deslindados los campos, la lógica de los números metió la mano inexorable *dessus du panier* del gran mundo, y sacó tan solo catorce mugeres perdidas, por ciento veinte mujeres honradas.

Un periódico regañón, hizo sin embargo, de las damas de aquel tiempo, otra subdivisión distinta.

Bastantes buenas.

Pocas malas.

Muchas que siendo de las primeras, se parecen á las segundas.

V.

La noticia cayó como una bomba, y aunque muchos quisieron negarla frente á frente de la evidencia misma, estrellábanse sus negaciones contra un documento oficial, legítimo y auténtico, que había circulado el día anterior por todas las casas de la Grandeza. Era un oficial de la Mayordomía mayor de S. M. en que el Jefe superior de Palacio decía letra por letra y punto por punto, á todos los Grandes de España... "Excelentísimo Sr: S. M. el Rey D. Alfonso XII. (q. D. g.) se ha servido señalar la hora de las dos de la tarde del día siete de Febrero, para la ceremonia de cubrirse ante su Real presencia, los señores Grandes de España que al márgen se expresan, etc., etc." Y entre aquellos nombres al márgen expresados, por rigoroso orden de antigüedad inscri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos, recordando todos ellos la grandeza de los caracteres, la firmeza de las virtudes, la nobleza de los pensamientos y el valor de las hazañas de que está llena nuestra historia, leíase con todas sus letras, puesto el segundo, el del Exmo. Sr. D. Jacobo Tellez Ponce Melgarejo, Marqués de Sabadell.

El caso era curioso, y los aficionados á investigar la razón última de los actos del prójimo, los inteligentes en escudriñar los puntos oscuros de los más sencillos eventos de las vidas ajenas, los más hábiles peritos en el arte sutilísimo de atar cabos con cabos, encontraron al punto empalmes subterráneos entre el oficio del Jefe superior, y el suelto que habia publicado *La flor de Lis* algunos días àntes. Según ésta susurrábase que cierto personaje de gran importancia, retirado algún tiempo de la política, volvía de nuevo á la arena del combate, seguido de *numerosa mesnada*, y enarbolando en su robusta mano, con honrada independencia, la bandera de Alfonso XII.

Una dama angelical, conocidísima en los altos círculos por su ingenio, su elegancia y su belleza, habíale arrancado en un banquete una confesión explícita, aunque no pública de sus nuevas simpatías dinásticas.

Un ramo de violetas había sido la ocasiòn, y un ángel fué el instrumento. ¡Feliz el atleta que entra en la nueva senda bajo tan poéticos auspicios!....

El suelto delataba por lo cursi la pluma de

Pedro Lòpez, y el resto de la charla fué descifrado sin más que una leve duda.....En buen hora que Martínez fuese el atleta; ¿pero cómo diablos podía ser Currita el angel de la adivinanza?....Uno descifrò el enigma.

—De manera muy sencilla.....—También Lucifer lo fué.

Quedaron todos convencidos, y el ministerio de instrucciòn pùblica confiado á las lenguas murmuradoras, comenzó á analizar con investigadora atención, el hecho de que se trataba.

Desde luego saltó á la vista de todos una particularidad, por decirlo así, de índole doméstica: Jacobo era tan solo Marquès consorte, y venianle sus derechos á la Grandeza exclusivamente por su mujer, de la cual estaba separado hacía doce años ...Discutióse el punto, y quedó convenido por unanimidad, que el hacer uso de este derecho era, por parte de Jacobo, una verdadera indecencia.

Una vez fallado este punto, pasóse á considerar los hilos diplomaticos que unían la charada de *La flor de Lis*, con el oficio del Jefe superior de Palacio.....

Jacobo habíase afiliado después de la Restauración, en la *mesnada* revolucionaria capitaneada por el atleta Martínez, que tan solo había reconocido hasta el presente al nuevo monarca, en un banquete privado y bajo el símbolo de un ramo de violetas, presentado por un àngel no inscripto en las jerarquías ce-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lestiales ...El hecho, pues, de presentarse el Marqués consorte en Palacio, indicaba à las claras que el buey Apis, su jefe, daba otro paso adelante, enviando un fiel explorador á la fértil tierra de la Mesopotamia.....

El hecho resultaba evidente, y quedó también convenido que el caso, sin dejar de ser una indecencia, era al mismo tiempo un acto político: cosas ambas que según dictámen de peritos, podían aunarse y darse las manos en amigable consorcio, como se las habían dado ya el atleta, el ángel y el ramo de violetas.

Otro tercer problema apareció al punto sobre el tapete, como consecuencia legítima del primero, y secuela irremisible del segundo.... ¿Quièn sería el padrino que presentase al héroe en la corte?....¿Quién tendría valor suficiente para apadrinar una indecencia, y correr los futuros contígentes de un avance político?.....

Era tradicional costumbre entre los Grandes que habían de cubrirse, convidar para ser apadrinados en la ceremonia, á aquel otro Grande ya cubierto, que de cerca ó de lejos fuese el jefe de la familia, y éralo de la de Sabadell, el anciano Duque de Ordaz, prototipo de honradez y de nobleza....

Los olfatos más diestros en aquello de seguir la pista á un enredo, pusiéronse al punto en movimiento, y á poco quedò averiguado que Jacobo había tenido la desfachatez de convidar al viejo Duque, y el noble anciano el

decoro de negarle la demanda. La incógnita quedó, pues, sumida en el pozo del misterio, sin que lograsen sacarla á flote los retorcidos hilos de la conjetura: una esquelita litografiada que vino siguiendo paso á paso al oficio de Palacio, encargóse dos días después de tirar de la manta: los curiosos batieron palmas:

¡Albricias, albricias!
Padrino tenemos....

En la esquela decia: "El Marqués de Villamelón y de Paracuellar, Conde de Albornos y de Caltañazor, suplica á V. E. se sirva asistir a la ceremonia de cubrirse de Grande de España el Excmo. Sr. D. Jacobo Tellez-Ponce Melgarejo, Marqués de Sabadell, de quien es padrino, para cuyo acto se ha servido S. M. señalar el día siete de Febrero de mil ochocientos setenta y ocho á las dos de la tarde, en su Real Cuarto."

El éxito sobrepujó á la expectación, y añadióse al caso, *nemine discrepante*, otro tercer carácter.....Sin duda era una indecencia, de cierto era un acto politico, y de seguro prometía ser un sainete chistosísimo.

El día amaneció nublado, era el viento muy frio, y gruesos copos de nieve comenzaron á caer entrada ya la tarde, cual espesa lluvia de jazmines. Un gran landó desembarcó entónces como un rayo por la derecha del Real,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

describió un rápido semicírculo er torno de la Plaza de Oriente, y se detuvo frente á Palacio, en la puerta del Príncipe, de repente, en firme, con una de esas paradas maestras con que sólo la ferrea mano de Tom Sickles sabia sujetar un tronco sin destrozarlo. Su cara de remolacha aparecía en efecto en lo alto del pescante, zambullida en enorme cuello de pieles, y su cabeza cuadrada quedó al descubierto, cuando saltando Fritz del asiento como empujado por un resorte. abrió la portezuela tieso, acompasado y expedito, como verdadero lacayo elegante y correcto.-

Asomó entónces por la portezuela un sombrero de tres picos con plumas blancas rizadas, y luego un zapato de charol con hebilla de oro, y una pantorrilla bien rellena, calzada con media de seda blanca. Sonó después dentro del coche un—¡¡¡Berrr!!!- formidable, vehemente y angustioso, como el del que se arroja á un estanque de agua helada, y apareció al fin uniendo aquellas extremidades un magnífico abrigo de pieles de marta que envolvía al Marqués de Villamelón, vestido de gran uniforme. Hubo un momento de pausa, en que Fernandito daba pataditas en el suelo, diciendo con grande impaciencia: ¡Vamos!.....

Apareció entónces la formidable cabeza del buey Apis, y á poco. el Excmo. Martinez de cuerpo entero estaba á su lado, envuelto en su levitón, y con su inseparable garrote en la mano. Otra pequeñita oculta bajo un guante

oscuro asomó entónces por la portezuela, posóse en la de Villamelón, y sin tocar casi en el estribo, vióse saltar en tierra la elegante figura de la Marquesa de Valdivieso.

Hubo una nueva pausa, hubo nuevas pataditas de Fernandito repitiendo—¡Vamos!—y apareció entonces muy despacito la roja cabecita de la Albornoz, engarzada en un sombrerito negro: recorrió con rápida mirada los varios coches detenidos á uno y otro lado de la puerta de Palacio, y bajó después lentamente. mirando siempre en torno suyo, y diciendo al cabo muy disgustada:

—Pues no ha venido todavía.

—¡Si no tiene formalidad ninguna!—replicó Villamelèn muy impaciente. Apuesto que llega tarde. ¿Sabes?.....

Y como si el reloj de Palacio quisiera aumentar su zozobra, diò en aquel momento la una y tres cuartos. Villamelón ofreció el brazo á la Valdivieso para subir la gran escalera, y Currita subió detrás apoyada en el del buey Apis. Por el ramal opuesto, subía al mismo tiempo un viejo gordo, con la barba blanca muy recortada, hablando vivamente con otro viejo flaquito, muy atildado y pulcro: el gordo vestía sencilla levita abrochada, y el flaco uniforme de teniente general, con sus accesorios de gala.

Al verles Currita apretó vivamente el brazo del buey Apis, diciéndole muy por lo bajo:

—Mire V. quien va allí, Martìnez...—Gallego, el Ministro de Gracia y Justicia.....En

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cuanto le vea á V. se asusta.....¡Anda! ...ya nos mira.....¡Qué delicia!.....De fijo que esta noche se declara en el Gabinete el crisis....

La presencia del buey Apis produjo en efecto honda impresión en el viejo gordo designado por Currita como Ministro de Gracia y Justicia; detúvose un instante sorprendido, llama la atención de su compañero, y dialogaron breve rato, él como extrañado y suspenso, el otro como asombrado de su extrañeza.

La cosa íbase formalizando: desde la caida de Amadeo no había entrado Martínez en Palacio, y su presencia allí en aquel momento, aunque fuera sólo como curioso, prestaba al acto de Jacobo una sanción pública que acrecía su importancia. El Excelentísimo Martínez, mirando de reojo al Ministro, manifestó deseos de conocerle: Currita no le dejó acabar.

—Pues nada más fácil...—Ahora mismo: ya verá V.....

Y contestando con un gracioso saludo al profundo que ya en lo alto de la escalera le hacían los dos viejos, dijo de pronto:

—¡Gallego!...—Un momento.....Tengo que pedirle á V. un favor...Necesito una cruz sencillita..una encomienda de Isabel la Católica ó de Carlos III. cualquiera cosa...Se casa un chico de mi apoderado de Granada, y quisiera hacerle ese regalito...Es un poquito vanidoso, y le gusta colgarse dijes...Con que le mandaré á V. una notita...¿Eh, Gallego?...

Y luego, de repente, como cayendo en la cuenta:

—¡Ay, por Dios, dispénseme!...—¿No conocía V. á Martínez?....Martínez .. el señor Fernández Gallego, Ministro de Gracia y Justicia.....Mi buen amigo, D. Juan Antonio Martínez.....

Saludáronse ambos personajes con gran cortesía, y Currita, con el airecillo de princesa de los Ursinos, propio de las mujeres cuando juegan en público á las muñecas con los hombres públicos, comenzó á caminar entre ellos hacia la puerta de la Saleta. Allí la esperaba Villamelón, nervioso, azorado, impaciente, mirando sin cesar hacia la entrada de la escalera.....

—Pero, Currita, por Dios, te quedas parada por todas partes.—¿Sabes?....¿Y Jacobo, no ha venido?....De fijo que llega tarde..... Tú busca un buen sitio y llévate á Martínez. ¿Me entiendes, Curra?... Con esa calma, ni vas á oir á Jacobo, ni me verás á mí tampoco... ¡Anda!.....¡las dos ya en Palacio!.....¡Se acabó! Me deja plantado: ahora si que llega tarde ....

Y tarde y apresurado llegaba en efecto Jacobo en aquel momento por el extremo de la galería, airosamente terciada la blanca capa de santiaguista, con que encubría su pintoresco uniforme de maestrante de Sevilla.

Villamelon no le dejó respirar: apénas si pudo cruzar una cariñosa sonrisa con la dama, un apretón de manos con Martínez, y el impa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciente padrino tirando de él á la rastra, llevóselo por la puerta de la Saleta. Esperaban allí los Grandes que habian de cubrirse, y los que habian de apadrinarlos, formando un brillante conjunto de vistosos y variados uniformes, entre los que se destacaban las negras manchas de alguno que otro frac de severo é irreprochable corte.

Mientras tanto, disponíase en la antecamara la aristocrática ceremonia, instituida en rigor de verdad por el emperador Carlos V. cuando limitó el privilegio de cubrirse ante el Rey, común antes á todos los títulos, á doce Grandes de España, que se llamaron desde entónces *Grandes de primera clase*, y fueron los Duques de Medinasidonia, Alburquerque, Infantado, Alba, Frias, Medina de Rioseco, Escalona, Benavente, Nájera, Arcos, Medinaceli y el Marques de Astorga.

De entonces acá apénas ha variado esta ceremonia, que acostumbra celebrarse, como la mayor parte de los actos de etiqueta, en la antecamara de los reyes

Forma esta pieza un vasto cuadro, de severa magnificencia, cuyo techo, pintado por Maella, representa una alegoría capaz de infundir pavor á todos los grandes personajes que por allí pasan, destinados á figurar en la historia; la Verdad, descubierta por el Tiempo. Entrando por la puerta de la Saleta, ábrense á la derecha dos balcones que dan á la Plaza de la Armería, á la izquierda dos

puertas que llevan á los aposentos interiores, y al frente una mampara que comunica con la cámara

Hállase tapizada toda la pieza de rica tela azul muy oscura, con grandes flores de lis, y las iniciales A y B entrelazadas y realzadas en terciopelo: cuatro grandes retratos de Carlos IV y María Luisa, Fernando VII y la reina Amalia, ocupan los huecos correspondientes á uno y otro lado de las puertas de la cámara y la Saleta. Alrededor de los muros hay banquetas de la misma tapicería que cubre á éstos, y cinco soberbias consolas de mármal y bronce, sosteniendo candelabros y bustos de Isabel II y Francisco de Asis, Felipe V. y Fernando VI.

Entre los dos balcones, sobre una de estas consolas y frente á una chimenea de mármal jaspeado que corona un colosal espejo, vése otro gran busto de Carlos III, cubierto por el manto real, la armadura ricamente cincelada.

Hallábanse abiertas todos las puertas de la antecámara, excepto la de la Saleta, y apiñábanse detrás de las cortinas las familias y amigos de los Grandes, deseosos de contemplar el señoril espectáculo. Ante la puerta de la cámara, veíase una mesa cubierta por rico paño de terciopelo granate, y un gran sitial destinado al Rey.

A las dos en punto entró éste por la puerta de la cámara, seguido del Mayordomo mayor, el Grande de servicio, los ayudantes y todos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los Grandes ya cubiertos: vestía el Rey el uniforme de Capitán general, y traía el tricornio en la mano. Sentóse y cubrióse y los Grandes se cubrieron y quedaron de pié, á uno y otro lado de la Saleta.

Iba á comenzar la ceremonia.

El Secretario de la Real Estampilla, destinado á dar fe del acto, abrió entónces la gran puerta de caoba maciza, y dijo anunciando:

—Señor...—El Marqués de Benhacel

Era este el Grande que como más antiguo, debía de cubrirse primero: entró entónces un jóven, dando la mano derecha á un anciano, y la izquierda al Mayordomo de semana que estaba de servicio. Vestía el jóven el uniforme de gala de capitán de artillería, y el viejo, decrépito y encorvado, el de Almirante de la Armada, con todo el pecho lleno de cruces: era el Duque de Algar, abuelo y padrino en aquella ocasión del jóven Marqués que iba á cubrirse. Traía el viejo el tricornio puesto, y traía su ros en la mano el jóven, dejando al descubierto una cabeza enérgica y muy española, un poco tostado el rostro por el sol, con ojos negros y vivísimos, que parecían retratar el temple de acero de una raza de valientes.

Su entrada fué magnífica, y un murmullo de respetuosa simpatía acogió á la ilustre pareja, que apareció en la puerta, apoyada en la juventud la vejez, como una esperanza evocando un recuerdo, como una alegoría de la experiencia conduciendo de la mano al valor, á

depositar una espada sin mancilla en las gradas del trono.

En el dintel mismo de la puerta hicieron ambos la primera reverencia de corte, en el centro del salón la segunda, y frente á frente ya del Rey, la última: saludaron después á los Grandes colocados á derecha é izquierda, y estos contestaron al punto quitándose los sombreros.

El viejo Duque y el Mayordomo hiciéronse entónces un paso atrás, y quedó solo el Grande novicio en mitad de la sala. El Rey, haciendo un saludo militar, dijo:

—Marqués de Benhacel, cubríos y hablad.

Cubrióse en el acto el Marqués, y dirigiéndose al Rey, pronunció un breve discurso, en que según la costumbre trazó á grandes rasgos la gloriosa historia de su familia, que comenzaba en aquel Fortun de Torres que peleó con Alonso el Sabio, y murió en el Alcázar de Jerez, agarrando con los dientes la bandera de su rey, por no poderla ya sujetar ni defender con sus dos manos mutiladas.....

La voz del artillero tímida y entrecortada al principio, fuése poco á poco vigorizando cual si aquellos hechos gloriosos encontraran en su corazón eco suficiente para imitarlos, y cuando llegó á describir un episodio de Trafalgar, que llamó último timbre de su familia, su acento vibraba con esas misteriosas inflexiones del sentimiento que parecen elevar al orador á una esfera más alta, presentándole no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sólo facultad para persuadir y fuerzas para conmover, sino hasta derecho para mandar...

Gravina agonizaba en la cámara, y el navío *Príncipe de Asturias* volvía á Cádiz desmantelado, al mando de un hombre que entró en el combate con tres hijos y volvia á su hogar con uno solo, el mas joven, guardia marina de pocos años. La tempestad arreció al promediar la noche, y fué necesario picar un palo, que quiso la desgracia quedase sujeto por un cable á la cofa haciéndole escotar con riesgo cierto de hundirse: tres gavieros subieron uno tras otro á cortar el cable, y á los tres los arrebató la borrasca y los sepultaron las olas.

Entónces, aquel hombre de hierro que vió á la diezmada tripulación temblar ante la horrible obediencia, volvióse á su hijo, único que le quedaba, ídolo de su corazón y esperanza última de una gran familia, y díjole tan solo:

—Señor guardia marina...—A V. le toca.

El niño, con el hacha entre los dientes, trepó hasta la cofa, y porque la Vírgen María le ayudó, cortó el cable.....

Y en medio de ese profundo silencio que ata las lenguas y humedece los ojos, cuando lo sublime embarga el corazón y levanta el pecho con el temblor de un sollozo, volvióse Benhacel lentamente al viejo Duque, y añadió mostrándolo:

—Aquel guardia marina niño, era mi abuelo: el héroe, era su padre.

—El mío—prosiguió con una voz en que se notaban dejos del llanto, sirvió también á su

rey en la Armada real, hasta el año sesenta y ocho.... en el mes de Septiembre, se arrancó los entorchados y rompió su espada.....Yo, Señor, desenvainé la mía por primera vez en la batalla de Alcolea, y fiel á las tradiciones de mi raza, vengo a ofreceros hoy como Grande, lo que ya os dí como soldado ...

Y al llevar, diciendo esto, la mano derecha á la empuñadura de la espada, vieron todos que le faltaban en aquella los dos dedos de en medio. Un casco de granada se los arrancó en Alcolea.

Benhacel calló, y en medio del homenaje más grande que pueden prestar la admiración y el respeto, el silencio, descubrióse, hincó una rodilla en tierra, y besó la mano del Rey: saludó después á los Grandes de una y otro lado, y acompañado de su abuelo, fuése á colocar entre ellos. El viejo lloraba como un niño; uno le dijo:

—¡Llora el Almirante, y no lloró el guardia marino!....

Por desdicha no acabó aquí la ceremonia; el Secretario de la Real Estampilla abría de nuevo la puerta de la Saleta, y tornaba á anunciar:

—Señor...—El Marqués de Sabadell.

El sainete comenzaba, y apareció entónces Villamelón, solemne, imponente, erguida la cabeza, tieso el rostro ya algo panzudo, trayendo de la mano á Jacobo, que ofrecia el tipo de hombre más hermoso, elegante y señoril que pudiera imaginarse. Ajustaba su airoso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

talle la casaca encarnada de los maestrantes de Sevilla, con sardinetas y charreteras de plata, y cruzaba su pecho de un lado á otro, una de esas grandes bandas que se crean para premiar el mérito y fomentar la virtud, y se usan para satisfacer vanidades ó adornar buenos mozos; el calzón de punto blanco ceñ a la bien formada pierna, y la alta y charolada bota y el tricornio con finisimo penacho blanco, completaban aquel pintoresco traje.

Cumplido el ceremonial, Villamelón abandonó la mano de su ahijado, y quedóse atrás en actitud señoril, pero estudiada, contemplando estático las grandes narices de Garlos III que tenía frente á frente, mirando de cuándo en cuándo con el rabillo del ojo á uno y otro lado, y diciendo para sus adentros:

—Mucho me miran.....—Debe de estar hermoso.

Quedó Jacobo solo en medio de la antecámara, un poco cortado; más al sentirse blanco de una atención que harto comprendió él no serle benévola, crecióse su orgullo y despertó su natural audacia, y lanzó en torno una mirada que quiso hacer altiva y fué solo insolente, quiso hacer serena y fué solo provocativa.

Los curiosos se apiñaban tras las cortinas, y Currita, en primera fila, devoraba á Jacobo con la vista; Martinez, á su lado, estrujado casi contra el quicio mismo de la puerta, no podía verle, más prestaba oído atento lleno de

ansiedad, mordiendo con la cabezota baja el puño de su garrote.

Tras la mampara de la cámara, à espaldas mismas del Rey, sentíase el crujir de algunos trajes de seda; díjose después, que desde allí había presenciado la Reina la ceremonia.

Las Grandes alargaban las cabezas ansiosos de oír á Jacobo.....Acababan de ver retratado cual en un espejo en el discurso de Benhacel lo que debe de ser un Grande, lo que significa aquel lema de la antigua hidalguía *nobleza obliga*, que no exige ciertamente que cada título de Castilla sea un génio, ni cada Grande de España un héroe, ni cada apellido ilustre un santo; porque ni el gènio se hereda, ni la inteligencia se vincula, ni el heroismo es un pergamino, ni la santidad un mayorazgo. Pero que exige é impone con la fuerza imperiosa de un deber de conciencia, la obligación de considerar en la Grandeza un *cargo* á la vez que un *honor;* de servir de ejemplo en los pensamientos, en las palabras, en las acciones y en las costumbres; de sostener la dignidad de las glorias que representa; de echar como Breno, el peso de la espada ó el peso de la inteligencia en la balanza en que oscilan la ruina y el esplendor de las naciones; de sentir algo más que voluptuosidades; de querer algo más que placeres; de saber defender un trono cuando se hunde, como en España el sesenta y ocho; de saber morir con un rey cuando le degüellan, como en Francia el noventa y tres...

Y entónces, reciente aún aquella impresión nobilísima que elevaba las inteligencias y movía los corazones, iban á ver en Jacobo lo que en esa misma Grandeza cuando refleja en un charco los rayos de su gloria, cuando el vicio la deslustra y la cabeza la empuerca, y el olvido de la propia dignidad la pone al servicio de un Martínez, que apoya en ella la pataza para encaramarse en lo alto, y darle después, una vez arriba, desde la cumbre de su insolencia, la más ignominiosa de todas las coces, la coz del asno.....

Jacobo hablaba bien, y era la más mimada de todas sus vanidades la vanidad de su elocuencia; más no osó, sin embargo, confiar su discurso á la memoria y limitóse á leerlo, temeroso de pasar por alto alguno de los habilidosos rodeos con que procuraba sortear los grandes escollos que por todas partes le cerraban el paso.

Hízolo en efecto con notable maestría, en que creyeron descubrir algunos las macizas huellas del buey Apis, y cuando cesó de hablar, las miradas significativas de todos se cruzaron de uno á otro lado.....

El hecho era cierto; Martínez y su mesnada cantaban la palinodia, y el Grande de España consorte era el encargado de hacer llegar el reverente clamor á los oídos del monarca.

Alarmáronse los parciales del Gobierno, y el Sr. Fernández Gallego, que entre los curiosos andaba agazapado, frunció el acento circunflejo que sobre la nariz tenía, á la vista de aquella nube de bárbaros hambrientos que salían de los bosques talados de la Revolución, y amenazaban invadir las fértiles llanuras del Presupuesto, que ellos solos cultivaban. ¿Cuál sería la actitud del monarca? .....

Esto se preguntaban todos los ojos, y esto excitó todas las curiosidades, mientras los doce Grandes que aún quedaban por cubrir, leían sus discursos y terminaba la ceremonia.

Levantóse al fin el Rey, y con la cabeza descubierta dió una vuelta á la antecámara, hablando y saludando á todos los Grandes.

Nadie chistaba; había llegado el momento de conocer si el memorial de Martínez era acogido ó rechazado, si era necesario pactar con los invasores ó perseguirlos como á perro que huye con maza al son de almireces y cencerros, hasta los confines de sus bosques desiertos.

Hubo un mal síntoma: el Rey pasó ante Villamelón sin hablarle, haciéndole tan solo un leve saludo; detúvose después un gran rato con el viejo Duque de Algar y su nieto, y llegó al fin á Jacobo que se hallaba de pié en pos de éstos. Hubiérase podido escuchar en la antecámara el vuelo de una mosca; percibir el rumor de la huella más callada, del paso mismo de la muerte.

Paróse el Rey ante Jacobo, y le miró sonriendo con cierta chusca malicia:

¿Què tal Sabadell?...—¿Y su amigo de V. Martínez? ...Me han dicho que le gustan mu-

cho las violetas... Dígale V. que en la Casa de Campo las hay muy tempranas.... Por allí iré yo el juéves á las cuatro .....

Y sin añadir una palabra más, volvióle la espalda....

Harto había dicho sin embargo, y un resoplido inmenso resonó entónces tras la cortina de la izquierda, como el aliento de un pechazo comprimido, que al fin se desahoga: era el buey Apis, el Excmo. Martínez que hubiera soltado en aquel momento un relincho, como en sus expansiones de alegría los mozos de su tierra, y estrujado entre sus brutales brazos, como un Hércules que abrazara á un insecto, á su ilustre aliada Currita.

Ella, sin poder disimular tampoco el vivo gozo del triunfo, díjole imprevisoramente:

—Martínez...—encargue V. el uniforme.

Y una vocesita burlona, que jamás se pudo averiguar de donde habia salido, contestó á su espalda:

—Con que vuelva del revez el de D. Amadeo, sale del paso sin gastos.

Quedaba aún la parte más pintoresca de la ceremonia, que había de ser para Jacobo la apoteosis del triunfo. Retirado el Rey á sus habitaciones, salieron de la antecámara por orden de antigüedad los Grandes recien cubiertos, para ser presentados al cuerpo de Alabarderos.

Allábanse éstos formados á uno y otro lado de la doble escalera, y los Grandes, llavando á la derecha sus padrinos, debían de bajar por

un ramal y tornar á subir por el otro, al son del golpe de las alabardas, que les hacian el saludo de honor.

Los curiosos llenaban el frente de la galería y la parte baja de la soberbia escalera, cuya bóveda, pintada por Giaquinto, representa á la España ofreciendo á la Religion sus virtudes y trofeos.

Cuando Jacobo puso de nuevo el pié en la galería, y salieron á su encuentro Currita y otros amigos, ansiosos de darle la enhorabuena, el orgullo satisfecho reflejaba en su semblante una especie de vértigo, y hubiera gritado como el Nabucodonosor de la ópera:

¡Io non' Ré, so Dio!

Buscó con la vista á Martínez, y vióle á diez pasos de distancia, con la cabeza ladeada, apoyada en su garrote, y su risa de paletó sobre los labios, recibiendo también sus homenajes.

Un grupo de palaciegos le rodeaba, oprimiéndose y estrujándose por estrechar su velluda manaza, entre las suyas finas y enguantadas, al compás de previsoras lisonjas. El general que acompañaba ántes al Ministro de Gracia y Justicia, invitábale muy finamente á una cacería en sus tierras de Pandillo: era Grande de España, y llamábanle en Palacio el *cuclillo indicador*, por ser siempre el primero en adivinar la mata, por donde había de saltar un ministro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nevaba furiosamente, y angustiado Fernandito daba prisa por marcharse. Currita convidò á comer á Martínez y á Jacabo, y ambos aceptaron; más éste quiso llegar antes á su casa para quitarse el uniforme.

En la bandeja destinada en la antesala á recibir las tarjetas y las cartas, vió un gran oficio entrelargo, y lo recogió al paso mientras le quitaba Damian la blanca capa de santiaguista con la roja cruz en el lado izquierdo. Molestábale mucho una de las altas botas del uniforme, y sin esperar à Damian, quiso quitársela él mismo, en cuanto entró en la alcoba: no pudo sin embargo conseguirlo del todo, y quedóse con ella á medio descalzar, sentado en una butaca, esperando al ayuda de camara. Tardaba éste, é impaciente Jacobo, abrió mientras tanto el oficio

Sobre un pliego de papel blanco, vió destacarse ante su vista el sello rojo que había cerrado en otro tiempo el sobre exterior de los documentos masónicos.

Mirolo un momento aterrado....Pareciále una gota de sangre.



VI.

Era al día siguiente Domingo de Carnaval. y Madrid amaneció con el suelo emporcachado y el cielo radiante, como una meretriz coronada de flores y sentada en un charco: un fuerte viento del Norte había barrido las nubes, y helado por los rincones los restos de nieve que habian logrado sustraerse à las pesquisas de la escoba municipal.

El frío era grande y ayudaba á la pereza á mantener agazapados entre las calientes ropas del lecho áun á los más madrugadores. Damian oyó las ocho en su cama, y volvióse del otro lado, esperando que el Sr. Marqués no necesitarìa de sus servicios, segun su costumbre, hasta muy entrada la mañana: un violento campanillazo vino sin embargo á hacerle saltar despavorido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nevaba furiosamente, y angustiado Fernandito daba prisa por marcharse. Currita convidò á comer á Martínez y á Jacabo, y ambos aceptaron; más éste quiso llegar antes á su casa para quitarse el uniforme.

En la bandeja destinada en la antesala á recibir las tarjetas y las cartas, vió un gran oficio entrelargo, y lo recogió al paso mientras le quitaba Damian la blanca capa de santiaguista con la roja cruz en el lado izquierdo. Molestábale mucho una de las altas botas del uniforme, y sin esperar à Damian, quiso quitársela él mismo, en cuanto entró en la alcoba: no pudo sin embargo conseguirlo del todo, y quedóse con ella á medio descalzar, sentado en una butaca, esperando al ayuda de camara. Tardaba éste, é impaciente Jacobo, abrió mientras tanto el oficio

Sobre un pliego de papel blanco, vió destacarse ante su vista el sello rojo que había cerrado en otro tiempo el sobre exterior de los documentos masónicos.

Mirolo un momento aterrado....Pareciále una gota de sangre.



VI.

Era al día siguiente Domingo de Carnaval. y Madrid amaneció con el suelo emporcachado y el cielo radiante, como una meretriz coronada de flores y sentada en un charco: un fuerte viento del Norte había barrido las nubes, y helado por los rincones los restos de nieve que habian logrado sustraerse à las pesquisas de la escoba municipal.

El frío era grande y ayudaba á la pereza á mantener agazapados entre las calientes ropas del lecho áun á los más madrugadores. Damian oyó las ocho en su cama, y volvióse del otro lado, esperando que el Sr. Marqués no necesitarìa de sus servicios, segun su costumbre, hasta muy entrada la mañana: un violento campanillazo vino sin embargo á hacerle saltar despavorido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Sr. Marqués llamaba, y llamaba tan de prisa, que áun ántes de que Damian lograse medio vestirse, sonaron otros dos fuertes repiques, en cuyo timbre creyò reconocer el ayuda de cámara, todas las intemperancias del mal humor que se desborda, y de la impaciencia que estalla.

Arreglándose con los dedos la negra y rizada cabellera, abriò violentamente la puerta del despacho, para llegar por allí más pronto á la alcoba, y quedóse parado en el dintel, tieso como un hueso, cuadrado como un quinto, y estupefacto cual si hubiese visto levantarse el sol, en mitad de la noche.

El Sr. Marqués, vestido ya por completo de mañana, hallábase sentado á su mesa de escribir, con una carta cerrada en la mano.

—¿El Sr. Marqués ha llamado?.....

—No he llamado ..he repicado trescientas veces—exclamó Jacobo con ira; dominándose al punto, alargó á Damian la carta, diciendo sin mirarle:

—Esta carta à su destino...—La llevas tù mismo al momento.. Si no viviese allí esa... señor—que bien pudiera ser,—preguntas al portero donde se ha mudado, y allí la llevas —¿Te enteras? .....

Hizo Damian una muda reverencia, y salió leyendo el sobrescrito de la carta, que era el siguiente: "Señor D. Francisco Javier Pérez Cueto.—Calle de X*, nùm. 10.—Tercero.—Derecha."

Encogiòse Damian de hombres por parecerle el tal Pérez Cueto algun pobre diablo que no merecía se molestase él en llevarle una carta, y Jacobo quedó solo, preguntàndose qué se hace un hombre en esta vida, levantado desde las ocho de la mañana.

La campana de la vecina iglesia de San José comenzó á tocar en aquel momento, como si quisiera contestarle que ir á Misa, y Jacobo recordó entónces que hacía catorce años, desde el primero de su matrimonio, que no había oido ninguna.

Sintió entónces cierta tristeza, cierto malestar que aquejaba á pesar de sus satisfacciones de la víspera, desde el momento en que los masones habían repetido por segunda vez aquella ridícula *broma del sellito* que ahora como entónces había venido á asustarle primero, á irritarle después y à despertarle por último su fogosa é irreflexiva actividad de un momento, á la vista de aquel peligro misterioso que hubiera debido conjurar ya dos veces, sin haberlo hecho ninguna. Lamentàbase entónces de su imprudente apatía, y prometiéndose remediarla, confesábase allà en el fondo de su corazòn.

Que propio del cobarde es,
Llorar la ocasión perdida.

No la juzgaba él, sin embargo, pasado del todo, puesto que tenía en su poder las cartas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Garibaldi, que explicaban su canducta y garantían de su persona. Cierto que habían perdido ya estas cartas mucho de su fuerza, por haber muerto en aquel intervalo el viejo revolucionario, y por su demora propia en entregarlas; más no le faltarían á él mentiras complicadas y habilidosas enredos para explicarlo todo á su gusto, y además, su posición había de variar muy pronto, adquiriendo grande importancia.

Opinión de todos fundadísima era que el buey Apis estaba abocado á ser Presidente del Consejo, en cuanto viniera á tierra aquel Gabinete que ya se tambaleaba, y entónces, ¡eh, entónces! sería él seguramente ministro, y desde las alturas del banco azul, teniendo èl la sarten por el mango, podía ya reirse impunemente, así de las burlas como de las amenazas de los masones.

Aquella noche, mientras desvelado daba vueltas en el lecho sin poder desechar su inquietud, no obstante sus razonamientos, decidió, sin embargo, no esperar esta vez para tomar un partido, al tercer acto de la estúpida comedia, á la llegada del tercer sellito....

Venían dirigidas las cartas de Garibaldi á un H. ° .·. Neptuno, gran personaje, en las logias, que despojado del tridente, la corona de algas y los simbólicos tres puntos, quedaba reducido en la vida ordinaria á un don Francisco Javier Pèrez Cueto, fabricanta de almidón en uno de los arrabales de la corte: entidad perfectamente desconocida para todo el mundo, tras de la cual, según opinión de algunos, ocultábase cierto personaje famoso que viviò y murió haciendo ruido.

Jacobo no lo ignoraba, y había tenido ocasión de comprendérlo en sus tiempos de amistad íntima con el Conde de Reus. A este pues Pérez Cueto escribió Jacobo una carta, en que con frases muy corteses á la vez que apremiantes, pedíale una entrevista para tratar un asunto de grande importancia; observaba en ella todo un ceremonial masónico, y firmaba con su antiguo nombre de guerra, H. ° .·. Byron, basado en su prodigiosa semejanza con el lord poeta ..

Media hora larga había de emplear Damián en ir y volver de casa de Pérez Cueto, y púsose Jacobo mientras tanto á formar en un papelito con las cartas de Garibaldi delante, una especie de cróquis de las mentiras y enredos con que había de probar su inocencia al H. ° .·. Neptuno.

Sorprendióle la llegada de Damián en esta operación todavía, é interrogóle al punto con la vista: el Sr. Pérez Cueto estaba en casa, y la carta le había sido entregada.

Jacobo respiró desahogado, como si viera ya con esto finalizado de negocio, y no ocurriéndole otra cosa que hacer desde aquella hora hasta la del almuerzo, parecióle lo mejor meterse de nuevo en la cama; decididamente era una aberración incomprensible, la de aque-

llas gentes que se levantan antes de las doce del día.

—Si viene alguna carta, —dijo á Damián, me despiertas en seguida.....Si no, entra á las dos en punto .....

Y como ninguna carta vino, entró Damián en la alcoba á las dos en punto, encontrando al Sr. Marqués profundamente dormido. Levantóse éste de muy mal humor, vistióse muy despacio con su elegancia acostumbrada, almorzó parcamente y sin apetito, marchóse luego al Veloz, dejando á Damian la orden de llevarle allí al momento, cualquiera carta ó recado que para él llegase.

En el Veloz, disipóse de repente su humor negrísimo, y comenzó á reir y divertirse como un muchacho: Gorito Sardona y Paco Velez, asomados á un balcón, tiraban á los transeuntes un *saquillo*, y púsose Jacobo á ayudarles; era el saquillo un lindo canastito, adornado con cintas y cascabeles, y atado con un cordón de seda lo bastante corto, para que no llegase á dar en los sombreros de los transeuntes.

Lanzábanlo con grande fuerza, sobre las damas que pasaban, y asustadas ellas con el ruido, encogianse prontamente, levantando las cabezas: entónces, si eran jóvenes y bonitas, arrojábanles una lluvias de dulces y flores: si eran viejas ó feas, sacábanles la lengua con la mayor insolencia.

El juego, aunque poco digno de un futuro ministro, pareciole á Jacobo muy divertido, y

mandó encargar al punto para el día siguiente, en la Mahonesa, un par de arrobas de *confetti*, especie de bonbones rellenos de harina, con que se apedrean los máscaras en el Corso de Roma.

Al oscurecer, abandonó Jacobo el balcón, para dirigirse á casa de Currita, donde estaba citado con el buey Apis desde la víspera: cierto Senador famoso, disgustado recientemente con el Gobierno, había solicitado de Martìnez por medio de la dama una entrevista, y ella apresuróse á ofrecerles, como terreno neutral, su propia mesa; ambos debían, por lo tanto, comer aquella noche en casa de la Albornoz con este objeto, y Jacobo, el niño mimado del nuevo partido, no podía faltar tampoco en aquella ocasión, al lado de su jefe.

El futuro ministro subió por la calle de Alcalá, atravesó la puerta del Sol, y entró por la calle del Carmen; frente á la iglesia de este nombre había parado una grotesca estudiantina, vestida de amarillo y encarnado, tocando desentonadamente un Wals de *La Gran Duquesa*.

Un hombre muy alto, encaramado sobre unos zancos que le ponian al nivel de los segundos pisos, recogía propinas de los balcones, tocando el clarinete y haciendo piruetas: la multitud reía en torno, contemplando las contorsiones del volatinero, y algunos grotescos mascarones chapaleaban sobre el fango, dando vueltas vertiginosas al compás del Wals canallesco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las sombras del crepúsculo prestaban un tinte oscuro y asqueroso á aquel cuadro de arrabal, en que parecía revolcarse sobre el cieno de las calles, el cieno de las almas.

Jacobo procuraba abrirse paso á traves del gentío, arrimándose á la escalerilla de la iglesia; más detúvose de pronto sorprendido y ocultóse al punto como asustado, detrás de unos mascarones cubiertos con pingajientas colchas de zaraza atadas por la cabeza, que saltaban delante de él, medio borrachos.

Al lado mismo de Jacobo y en su dirección misma, marchaban dos hombres al parecer extranjeros, agarrados del brazo para no separarse el uno del otro, entre los remolinos de la gente. Llevaba el más viejo una bufanda encarnada que le cubría la camisa, un sombrero calabrés algo mugriento, y un arete de oro en la oreja izquierda; el más jóven era bajo, rechoncho y sin pelo de barba en la rolliza cara.

Quedóse atrás Sabadell, mirándolos muy espantado como si quisiera reconocerles ...

No había duda: era el más viejo un italiano llamado Cassanello, que había conocido él en las logias de Milán, y vuelto á ver aquel mismo año en Caprera, en casa de Garibaldi.

Los dos hombres se volvieron de repente por no poder atravesar el gentío, y asustado Jacobo cubrióse al punto el rostro con el pañuelo cual si se limpiase las narices, y subiendo muy de prisa la escalerilla del Carmen, entróse en el templo.....

Al pronto no vió nada, sino una gran oscuridad cortada en el fondo por un foco de luz brillantísimo, en cuyo centro estaba expuesto en la custodia el Santísimo Sacramento. Distinguíase al pié del altar una gran mesa negra, y salía de ella á intervalos un suave clamor, lento y pausado, que parecía contestar á otra voz más enérgica y acentuada.

—*¡Ora pro nobis!*.....

Detúvose el fugitivo un momento, turbado, con cierto pavor respetuoso, semejante al del profano que se encontrara de repente en el fondo de las Catacumbas, en medio de los divinos Oficios, á lo lejos, oíanse en la calle el Wals de *La Gran Duquesa* y los gritos de la canalla.... Dió entónces dos pasos á tientas, para salir por la puerta de enfrente á la calle de la Montera, y tropezó con un confesonario arrimado á la pared de la derecha; abrióse al punto la puertecilla baja de delante, y apareció una mano muy blanca pegada á una manga muy negra. Jacobo retrocedió un paso sorprendido, y la puertecilla se volvió á cerrar y tornó á desaparecer la mano, oyéndose una voz pausada que decía en el fondo de aquellas tinieblas:

—Dispense V...—Creí que venía á confesarse .....

Sublevóse el impío orgullo de Jacobo ante aquellas palabras, y contestó brutalmente:

—Eso se queda para las viejas.....

La voz, sin perder su serena pausa, dijo entónces desde las tinieblas:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—*Vocavi et renuistis* ...

—¿*Vocavi et renuistis*?—preguntóse Jacobo sin comprender el significado de la terrible frase.

Y abriendo violentamente la puerta una gran bocanada de aire ensordeció sus oídos con el Wals de *La Gran Duquesa*, apagando por completo el dulce silbo del cielo, el piadoso clamor de la misericordia ....

—¡*Ora pro nobis*!....

Por calles extraviadas y volviendo siempre la cara atrás cuál si le persiguiesen, llegó á casa de la Albornoz muy agitado. El encuentro de aquel hombre en aquellas circunstancias, habíale inspirado un terror muy parecido al que sintió meses antes, al ver vacíos en el álbum del tío Frasquito los huecos ocupados en otro tiempo por los tres sellos. ¿Qué vendría á buscar aquel pajarraco en la corte? ¿Tendría que ver algo su vanidad con el asunto de los masones? ¿Habría acaso en todo aquello, algo más que una estúpida broma?...

Encantadora estaba Currita aquella noche con sus rojos pelitos peinados á la griega y una extraña *toilette* un poco abigarrada, muy propia del caprichoso tiempo de carnestolendas. No había ido por la tarde al paseo del Prado; incomodabala mucho aquel eterno dar vueltas de los días de Carnaval, expuesta siempre á oir las desvergüenzas que escupen la envidia y la insolencia, tras el anónimo de una careta.... ¡Cuantas había escuchado ella antes de salir escarmentada! Quedóse, pues en su casita, como mujer de provecho, cuidando de Fernandito que andaba desmazalado, y ya entrada la noche llegó primero el Excmo. Martínez, y á poco el Senador del Reino D. Vicente Cascante.

Jacobo no había venido todavía, y disgustada Currita por creer que toda palabra del buey Apis pronunciada á espaldas de aquel amigo querido, era un fraude que á éste se hacía, salió impaciente en su busca. Solía Jacobo algunas veces entrar en el *boudoir* ó en las habitaciones de Fernandito, como persona de la más familiar confianza, y no parecer en el salón hasta el momento mismo de la comida. Al atravesar una antesala, encontróse Currita un lacayo, que le presentó una carta en una bandeja de plata.

—Para el Sr. Marqués de Sabadell,—dijo.

Tomóla al pronto Currita con grande prisa, y miró el sobre; era su letra una de esas letras inglesas de mujer, de rasgos firmes y corridos, por debajo del nombre de Jacobo decía: *Urgentísima.*

—¿Quién ha traído esto?—preguntó.

—Damián la ha traído... El Sr. Marqués ha estado todo el día esperando esa carta, y dejó dicho que en cuanto viniera se la llevaran al Veloz.....Damián fué allí y el Sr. Marqués había ya salido; tomó entónces un coche y la trajo aquí corriendo.

Currita quedóse al instante muy pensativa y dijo al cabo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Y el Sr. Marqués no ha venido?

—No ha venido todavía.

—Está bien;—yo se la entregaré cuando venga

Y con la carta en la mano entróse en el *boudoir*, arrugado el entrecejo, la boca fruncida y torvos los claros ojitos. A la luz de la gran lampara sostenida por el negro de ébano, tornó á registrar la carta por todos lados: era el sobre de rico papel muy recio, no tenía timbre, sello ni inicial alguna, y venia ligeramente pegado con la misma goma de los bordes. Currita introdujo un fino cuchillo de marfil por debajo, y el recio papel, sin doblarse ni romperse, se despegó fácilmente. Venía dentro una de esas tarjetas cuadradas en que suelen escribir sus esquelas las damas elegantes, cortada de intento la esquina superior izquierda, en que sin duda debió de haber algún timbre ó algún nombre. En breves renglones decia: "La cita que me pide, me compromete mucho; pero cedo á los sentimientos que me inspira, y le espero esta noche de doce á una, en la calle de X.**, número 4, principal, derecha.—Silencio y discreción.—No diga al portero mi nombre: pregunte por la señora de Rosales.—N."

—¡Qué delicia!—murmuró Currita: y mordiendose los labios hasta hacerse sangre, volvió á leer por dos veces la carta, sentándose antes en su butaca.

Quedóse luego pensativa breve rato, sin que denunciase su alteración más que un imperceptible temblorcito en la mano que sostenía la carta, una ligera crispatura en los labios, un torvo reflejo en la vista, fija siempre en la alfombra. No era ya su mirada la de la ninfa Calipso, orgullosa, placentera, rebozando vanidad satisfecha y gratas satisfacciones: era mirada celosa, furibunda y salvaje, de la Medea que describe Sèneca, terrible é imponente en medio de su sombría calma.

Sin perder un momento de la suya, escribió Currita en un plieguecillo de papel timbrado las señas que venian en la carta; volvió á leerla por cuarta vez, y la metiò de nuevo en el sobre, tornando á pegar éste con una poca de goma. Mantúvola un momento al calor de la chimenea para dar tiempo á que se secase por completo, y arrojóla luego sobre su lindo escritorio. Entónces llamó á Kate.

—¿El Sr. Marqués de Sabadell ha venido?...

—Ahora mismo acaba de entrar y está en el salón con los señores.

—Ahí encima debe haber una carta.....Que se la entreguen en seguida.

Tomóla Kate de sobre la mesa y se dirigió á la puerta; mas la señora, siempre taimada y astuta, y sin dejar ver á nadie el juego de sus cartas, díjole con voz muy displicente y quejumbrosa.

—Mira, hija—prepárame ántes una dósis de antipirina... ¡Me está barruntando una jaqueca! ....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Volvió Kate á poco, revolviendo en una copa, con preciosa cucharita, la medicina pedida.

—¿Has entregado la carta?—preguntó Currita.

—Como dijo la señora Condesa que trajese antes la antipirina....

—Pues anda, mujer...—¡Si dice en el sobre urgente!....

No bien salió Kate, arrojó Currita en la chimenea la medicina, y dirigióse muy de pri-a al salón azul, donde acababa de entrar Jacobo Queria ella ver de cerca la impresión que causaba á éste la lectura de la carta: un momento después, presentábasela un criado en una bandeja de plata.

Abalanzóse á ella Jacobo con grande ansia, y sin mirar apénas el sobre, rasgóle en dos pedazos.....Currita le devoraba con la vista, más no pudo notar en su rostro señal de gozo ni satisfacción alguna; observó tan sólo una gran ansiedad mientras leia, y luego una honda preocupación que le duró toda la comida. A veces charlaba largo rato sin cesar un punto, con cierta excitación nerviosa que prestaba brillantez á su conversación, y alarmaba á Currita: otras enmudecía de repente y quedábase pensativo y preocupado, sin prestar apénas atención á lo que en torno de él se hablaba.

Hallábase muy perplejo; había comprendido desde luego que aquella extraña carta era la del H.°.·. Neptuno, porque á nadie sino á

éste había pedido él cita alguna; más extrañábale por lo mismo la singular manera de su redacción, y el empeño manifiesto que en ella se notaba de encubrir todo lo que pudiera denunciar su caracter masónico, y hacerle aparecer tan sólo como una cita galante y misteriosa, según la había juzgado ya, engañándose por completo la misma Currita.

Despertóle esto la fundada sospecha de si la carta ocultaría algun lazo, y de nuevo renacieron sus temores; mas recordó luego las mojigangas ridículas y los aparatosos misterios de que suelen rodearse siempre los masones, esforzóse por creer lo que mas halagaba sus deseos y ahuyentaba sus recelos; que en todo aquello había tan solo una bróma impertinente y ridícula, que había que apurar hasta el cabo, y que la carta de Pérez Cueto era el chasco de carnaval que debía coronarla. De repente, en uno de aquellos momentos de preocupación que la lucha de estas ideas le causaba, dijo á D. Casimiro Pantojas, que se hallába á su lado:

—Diga V. Pantojas... —¿Qué significa *vocavi et renuisti?*.....

—Miróle el bueno de D. Casimiro muy asombrado, y satisfecho de poder relucir su erudición, contestóle al punto:

—Significa literalmente *te llamé y me rechazaste*.....y son las palabras de Isaías, si mal no recuerdo, que dirige el Señor á los pecadores empedernidos que resisten á su misericordia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Echóse Jacobo á reir, y Currita le preguntó con malicia:

—¿Piensas hacer en el Senado alguna homilía sobre ese texto?.....

—No pienso yo hacerla, sino que me han hecho á mì esta tarde,—contestó Jacobo.

Y añadiéndole ridículos pormenores, contó la escena del confesionario en la Iglesia del Carmen, guardándose muy bien de decir el verdadero motivo de su entrada en el templo: según él, habíale sido imposible el tránsito por la calle del Carmen, y atravesó por la Iglesia para salir á la de la Montera. Riéronse todos mucho de la ocurrencia del cura, y el Sr. D. Vicente Cascante, Senador del Reino, dijo con gran prosopopeya é hinchazón sentenciosa:

—Pero noten ustedes cómo en medio de lo ridículo del caso, resalta siempre la soberbia y la insolencia del clero.....¡Siempre disponiendo de los rayos celestes como si Dios les hubiera dado á ellos la llave!... Eso es insufrible, y cien veces lo he dicho y lo repetiré ctras ciento; la dureza y la intransigencia del clero, es lo que está carcomiendo la Iglesia de España.

Y el Sr. D. Vicente Cascante, Senador del Reino, para enardecer el celo de la casa de Dios que se lo comía, comióse él una pechuguita de perdiz con gesto de pesar profundo.

A las once de la noche, el palacio de Villamelón parecía por extraño caso, la morada de la quietud y del silencio: la señora Condesa se había retirado muy temprano á sus habitaciones á causa de una fuerte jaqueca que la molestaba desde la tarde; y el Sr. Marqués habíase acostado también, aquejado de fuertes mareos, y la numerosa servidumbre, libre de toda traba y segura de no ser echada de ménos, habíase esparcido acá y allá, por los numerosos centros de diversión que ofrecen en Madrid las noches de Carnaval, á las gentes de todas raleas.

No dormía, sin embargo, todo el mundo en la casa; á las once y media abrióse con gran sigilo la puertecilla del jardin pegada por dentro al invernadero, y salió á la calle cautelosamente un bulto negro que cerrò por fuera y se alejó rápidamente guardándose la llave.

Era una mujer enmascarada, que á pesar de sus altos tacones y de la especie de gran flo·ron de anchas cintas negras que llevaba en lo alto de la cabeza para aumentar su estatura, aparecía muy pequeña: llevaba sobre un vestido corto de seda negra, un ámplio domino de igual color, y abrigábase el cuello, espaldas y brazos, con una rica talma de pieles grises.

La incógnita cruzó ràpidamente varias callejas sin muestras de miedo alguno, y entró por la calle Ancha de San Bernardo en la plazuela de Santo Domingo. Detúvose un momento en la esquina y miró á todas partes; la concurrencia era allí todavía numerosa de máscaras que se dirigían á los bailes, transeuntes que iban de un lado á otro y carruajes que cruzaban. Hacia la calle de Tudescos, había tres simones parados, dormitando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus cocheros en los pescantes: dirigióse la incógnita al de en medio, abriò ella misma la portezuela, y mandò al cochero que despertaba sobresaltado parar en el paseo de Recoletos á la entrada de la calle de X.**: era esta calle una de las varias que van á parar perpendicularmente en la de Serrano.

Apeóse la incógnita en el sitio indicado, y ordenando esta vez al cochero que aguardase, entró por la calle X.** mirando á una y otra acera, como si inspeccionase el terreno. Es esta calle muy corta, y formábanla en aquel tiempo, por la acera de la izquierda, la gran verja del jardin que rodea á un Hotel de Recoletos, un solar lleno de escombros, y la esquina de una casa de la calle de Serrano, en la cual se abria una puertecilla al parecer condenada; à la derecha extendíase primero la fachada lateral de cierto edificio público; seguìa luego un Hotel suntuoso, y terminaba la acera con otro solar en construcción, y la esquina de otra casa de la calle de Serrano, en que no había puerta ninguna.

La incógnita, en que el lector habrá ya reconocido sin duda á la intrépida Currita, pareció muy perpleja: indudablemente era que en la calle X.** no existia el número 4, puesto que no había otra casa que el suntuoso Hotel, y en este vivia precisamente,—¡qué coincidencia!—la Mazacán en persona....

¿Vendria quizá equivocado el número de la casa, y sería aquella buena alhaja la autora de la carta?....Parecióle esto á Currita improbable, y un hecho positivo la sacó de dudas: abrióse de repente la gran mampara de cristales, que cerraba en el Hotel el fondo del vestíbulo, y apareció un coche que vino á detenerse al pié de la escalera: ni el cochero ni el lacayo traían librea, ni veíanse tampoco en el coche armas, iniciales ó corona: al ejercitado olfato de Currita, olióle todo aquello desde luego á principios de aventura.

Bajaron á poco dos damas, vestidas de chulas, con riquísimos mantones de Manila, pañuelos de seda en la cabeza, y antifaces de terciopelo color de rosa: en la estrepitosa carcaja que soltó una al entrar en el coche, reconociò Currita á Leopoldina Pastor, y en su alta estatura y el aire de dueña con que dió al lacayo la orden, adivinó al punto en la otra á su mortal enemiga, la Mazacán misma. Arrancó el coche, y Currita respiró desahogada: indudable era que las dos amigas se marchaban al Real, á correr alguna *juerga* ....

Volviose entónces la dama á su coche, decidida á esperar allí pacientemente, y recatándose lo posible, acomodóse lo mejor que pudo en el fondo, sin dejar de mirar por la ventanilla á lo largo de la calle. Extendíase esta frente á ella, solitaria por completo, subiendo en suave declive hasta la de Serrano, y veíanse cruzar à través con cierto aspecto fantástico, como por el cristal de una linterna mágica, transeuntes que el frio hacia marchar apresurados, coches que llevaban máscaras à los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bailes, y de cuando en cuando los tranvías que subían y bajaban con sordo ruido, pareciendo á lo lejos monstruosos faroles ambulantes. Solo dos reverberos de gas alumbraban la calle; el portero del Hotel había entornado la puerta, y el cuarto menguante de la luna derramaba su suave claridad, permitiendo distinguir claramente los objetos.

Un reloj lejano dió las doce y cuarto, y á poco bajó pausadamente de la calle de Serrano un hombre muy alto, con gran levitón y sombrero de copa, trayéndo ambas manos cruzadas á la espalda: parecía un loco desocupado que fuera á tomar el fresco de la media noche en Recoletos, ò un genio que meditara una obra maestra, ó un desesperado que fuera á escoger el árbol más á propósito para ahorcarse á la luz de la luna, ó el lugar más solitario para descerrajarse un tiro en mitad del pecho.

Currita le miró con ese sentimiento de terror que inspira á las altas horas de la noche, todo lo que suponemos extraño ó misterioso, y escondióse más en el fondo del coche. En la esquina misma de Recoletos, cruzóse el hombre del levitón con otro que venía apresuradamente de aquel mismo sitio; asomóse Currita al vidrio trasero, y el corazón le latió con fuerza ....

Era Jacobo, gallardamente embozado en una capa andaluza con vueltas rojas, y cubierta la cabeza con un sombrero hongo de color claro; torció la esquina sin fijarse en el coche,

y comenzó á subir por la calle ya más despacio, examinando las casas atentamente. La misma perplejidad que asaltò á Currita, asaltó á él también, al notar que faltaba el núm. 4; la dama, ahogàndose de ira, veíale marchar con la mano puesta en la llave de la portezuela, como si acechase el instante de salirle al encuentro.

Jacobo, cansado al fin de dar vueltas, acabando de creer que el asunto todo de los masones era una farsa, y la carta de Pérez Cueto un chasco de Carnaval que debía de completarla, decidióse á llamar como última prueba á la puertecilla condenada, única que, fuera á parte de la del Hotel, había en la calle: los golpes retumbaron en el silencio, y un eco muy extraño que asustó à Currita, los reprodujo á lo lèjos.

Nadie contestaba, é impaciente Jacobo llamó hasta tres veces, cada vez con más fuerza; dió entónces una gran patada en el suelo, y siguiendo adelante, dobló la esquina de la calle de Serrano.

Este fué el momento escogido por Currita para lanzarse del coche, y correr tras de Jacobo, temeresa de que la puerta de la casa estuviese por el otro lado, y se le escapara dentro. Jacobo sin embargo, no había pensado en esto, ó no había podido lograrlo. Encontròle Currita parado en la acera, examinando atentamente la fachada de la casa; era esta de modesta apariencia y estaba ya la puerta ce-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rrada; en la planta baja hallábanse establecidas las oficinas de una Agencia Funeraria.

Encontráronse los dos amigos frente á frente, y no obstante el disfraz de la dama, reconocióla al punto Jacobo; con más sorpresa que disgusto, salió entónces á su encuentro:

—¡Criatura! ...—¿Qué haces aquí?.....¿A qué has venido?.....

Ella, agitada por mil sentimientos encontrados, entre los que sobresalía la ira, contestó con amarga burla:

Pues nada..—Venía á indicarte dónde está el núm. 4.

—¿Pero quién te ha dicho eso?—exclamó el otro asombrado. Vamos, tù has creido otra cosa.....

Y cogiéndola del brazo, dobló con ella de nuevo la esquina de la calle de Serrano; entónces, ciega de ira la dama, parada en la acera cual si la rabia la hubiese allí enclavado, comenzó á arrojar por la boca todos los sentimientos de su corazón mezclados y confundidos, pero bajo la forma siempre del insulto, á la manera que lanza un volcan todas las materias contenidas en su seno, formando un solo cuerpo, un solo torrente de lava que tala y destruye por donde quiera que pasa....Esforzábase en vano Jacobo por probarle su inocencia; ella no le dejaba hablar, y con sus flacas manecitas habíale deshecho el emboso, levantando hasta el rostro de él las uñas, como si quisiera arrancarle los ojos.

Jacobo, irritado también por la burla de Pérez Cueto, acosado por los reproches de Currita, y temeroso de perder la amistad para él indispensable de ésta, vióse al fin forzado á confesarle toda la verdad, con el fin de aplacarla....

Consiguiólo al punto; al oir la dama el nombre de masones, apagóse en el acto su ira, y llenóse en cambio de un espanto casi pueril, extraño en un caracter de tan enérgico temple.

—¡Vámonos, vámonos!—decía: por Dios te lo pido, Jacobo no te quedes aquì—¡Vámonos!

Y con acento de verdadero terror, mirando á todas partes espantada, repetía muy bajo:

—¡Excomulgados!—¿Sabes? ¡Están excomulgados!

Jacobo, creyendo con razón que el terror es contagioso, porque sentìa él comunicársele el que á la dama agitaba, procuró sin embargo sosegarla.

—Pero no seas tonta,—mujer, no seas chiquilla....Vámonos si quieres, pero sosiégate. ¿No estoy yo contigo?....¿Has venido sola?...

—Sí.....

—¿Pero á pié?...—¡Qué locura!

—No...—tengo ahí un simón.....

Pues te acompañaré en él á tu casa, y me llevará después á la mía.

—¿Traes armas?—dijo ella muy bajo.

—Sí, un revólver.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Siguieron ambos hacia Recoletos, mirando ella á todas partes muy azorada, procurando él rechazar con la idea de que era un chasco de Carnaval la carta de Pérez Cueto, la inquietud que á pesar suyo le causaba el extraño terror de Currita.....

Al volver la esquina, miraronse ambos en silencio, cual si el exceso de su espanto les paralizara las lenguas.....El coche había desaparecido, y ni por una ni por otra parte del paseo se divisaba á lo lejos.

—¿Le habias ya pagado?—preguntò Jacobo estupefacto.

Y ella pegándose á él con el temblor de un calenturiento, contestóle muy bajo:

—No...—no le había pagado.

El caso era extraño, y Jacobo sintiò renacer con mayor fuerza todas sus inquietudes; imposible era que el cochero se hubiese marchado sin cobrar, si álguien no le hubiera obligado ó persuadido á marcharse, tuvo entónces un momento de angustiosa perplejidad, de verdadero miedo que pasó por su ànimo naturalmente valiente, extremeciéndolo, como á un cuerpo robusto un soplo helado.

—Vámonos andando,—dijo.

Y ambos echaron á andar agarrados del brazo, sin pronunciar una palabra, atravezando diagonalmente el paseo para ganar la acera opuesta, por parecerle quizà menos solitaria. Currita marchaba muy de prisa, sin mirar á ningùn lado, fijos siempre los ojos en las

luces de los faroles que le parecían la salvación de la vida, sintiendo á la vez deseos y terror insuperable de volver atrás la cara. Al poner el pié en la acera, respiró Currita algo más desahogada, y atrevióse á mirar á un lado y otro: todo parecía solitario, y tan solo por la calle del Almirante vió á un hombre que marchaba á lo lejos, con las manos en los bolsillos, silbando la marcha de *Pan y toros*. Al pasar por San Pascual santiguóse Currita muy de prisa, y Jacobo, oprimiéndole el brazo cariñosamente, dijo en son de burla:

—¡Tonta!....

Llegaban ya al Ministerio de la Guerra, y allí Currita se tranquilizó más todavía, porque comenzaba á poblarse aquella soledad que le aterraba. Un coche subía por la calle de Alcalá y entraba por el paseo del Prado; en el jardín del Ministerio brillaba el fusil de un centinela, y algunas voces de hombres que venían cantando, escuchàbanse muy cerca, por el lado de allá de la verja.

Forma la esquina del Ministerio un pabellón aislado, de un solo piso, con cuatro fachadas y tres ventanas en cada una. Dos hombres decentemente vestidos, pero dando gritos y risotadas de borrachos, volvieron la esquina del pabellón, y emparejaron con Currita y con Jacobo, ante la tercera ventana: el más alto pegóse a la acera, y el más bajo llamóse á la corriente, dejándoles pasar por en medio....Hubo entónces una horrible escena

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de un segundo: Currita sintió que un brutal empellòn la arrancaba del lado de Jacobo; que otra mano vigorosa tiraba del embozo à éste, que caía al suelo al pié de la ventana, y algo líquido y caliente brotaba como de un surtidor, chorreàndole las ropas y las manos. El terror dióle alas para huir por la calle de Alcalá, sin una idea en la mente para definir lo que le pasaba, sin un acento en la garganta para lanzar un grito...Un ¡ay! lastimero y agonizante llegò á sus oidos, y otra voz vigorosa y angustiada hendió siniestramente los aires en el silencio de la noche.

—¡Cabo de guardia!...—¡Un hombre muerto!....

Sonó luego por tres veces la voz de ¡alto! y de seguida, uno tras de otro, como dos gritos de protesta y amenaza se oyeron dos tiros.

Currita, desfallecida y sin alientos, se agarraba ya à la verja de la iglesia de San José: pensó volver atrás, pensó seguir corriendo, pensó gritar pidiendo socorro, pensó morirse allí mismo.....Oyó entònces los pitos de los serenos, sintió abrirse algunas ventanas, vió correr por la acera de enfrente un hombre encapuchado, con el chuso en ristre y el farol en lo alto.

El instinto, más bien que la reflección, hízole comprender entónces el riesgo que corría ella misma, y huyó de nuevo por la calle del Caballero de Gracia, sin detenerse un momento, sin resollar siquiera, sin ver nada, ni oir nada, ni pensar nada tampoco, hasta que ja-

deante y sin saber cómo se encontró en su *boudoir*, rígidos los miembros, huraña la vista, fuera de las órbitas los ojos teniendo delante el negro de ébano que levantaba en lo alto la lámpara encendida, como para alumbrar en su entendimiento el horrible cuadro que le mostraba con temerosa inmovilidad los blancos dientes, en su sonrisa siniestra, eterna como la mueca del condenado.

A la luz de aquella lámpara miróse las manos, que sentía húmedas y pegajosas, y vióselas teñidas de sangre ...Un horror inmenso invadió entònces su cuerpo y anegó su alma, y una idea taladrò al fin su mente, como un clavo ardiente al empuje de un mazo: la de su hija Lilí, arrodillada en el estudio, mostrándole sus manitas manchadas también con la sangre de su hermano, repitiendo con la opaca vibración de un terror sin medida.

—¡Sangre...—mamá.....sangre! .....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII.

Una hora larga tardó la justicia en acudir para reconocer y levantar el cadáver: hallábase éste atravesado en la acera, tendido sobre el lado derecho, descanzando la cabeza contra el zócalo del pabellón del Ministerio de la Guerra, debajo de la segunda ventana. Tenía en la sien derecha una fuerte contusión, producida sin duda por el golpe dado al caer, y en el lado izquierdo del cuello, una tremenda puñalada que le dividía por la mitad la artéria carótida. Un gran torrente de sangre que de allí había brotado, empapaba su ropa y humedecía la tierra. En la esquina misma de Recoletos y la calle de Alcalá, veíase sobre la acera una rica talma de pieles de castro, manchada también de sangre: hasta que llegó el juez, nadie se atrevió á tocarla.

Pronto quedó identificado el cadáver: encontráronle en el bolsillo la esquela recibida aquella misma tarde, dando la falsa cita, las dos cartas de Garibaldi al H. ° .·. Neptuno, y varias tarjetas en que constaba el nombre del Marqués de Sabadell Era este nombre harto conocido, y al horror natural que inspira todo crímen, unióse entónces en los presentes ese espanto mezclado de sorpresa, con que ve el vulgo derrumbarse una fortuna en el abismo de una desgracia, caer á un poderoso desde los almohadones de su coche, sobre la mesa destinada en un hospital á hacer á los cadáveres la autopsía. La noticia corrió de un extremo á otro de la corte, sin hacer derramar una lágrima, pero despertando por todas partes la admiración, el espanto, y sobre todo, la curiosidad; la curiosidad ansiosa y hasta por decirlo así, rabiosa, de conocer los pormenores de un drama misterioso, más interesante que los lúgubres episodios de Ana Radcliffe, y las dramáticas aventuras de Clara de Harlow. Varios socios del Veloz corrieron al hospital á ver el cadáver, y en la esquina del Ministerio de la Guerra, vióse todo el día un gran cerco de gente contemplando con cierta curiosidad pavorosa el pié de aquella ventana, en que parecía vagar aún la sombra siniestra del crímen. Por la tarde, cuando la mayor afluencia de máscaras y de gente acudía al Prado y á Recoletos, nadie osaba pisar aquel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sitio regado de sangre, y llamabanse todos à la acera opuesta, lanzando á la segunda ventana una mirada larga y medrosa.

Los periódicos publicaron extensos suplementos que se vendian á gritos por las calles, y entónces comenzaron á conocer y comentarse algunos pormenores del crimen. Constaba entre ellos la declaración del centinela del Ministerio de la Guerra: según èste, vió pasar à la una de la madrugada a través de la verja de Recoletos, un hombre y una mujer que venian muy de prisa de la Castellana. Marchaban agarrados del brazo, embozado él en una capa andaluza con vueltas rojas, cubierta ella el rostro con un antifaz negro, y envuelta en un abrigo de pieles grises: vió también al mismo tiempo a través de la verja de la calle de Alcalá, venir por aquel lado dos hombres gritando y cantando, cual si estuviesen borrachos: cruzáronse ambas parejas delante del pabellòn, por la fachada que da á Recoletos, y allí los perdió el centinela de vista; mas oyó à poco en el silencio de la noche, el rumor de un cuerpo que cae á tierra, y uno de esos gritos de agonía que jamás se olvidan ni se confunden: vió huir desesperadamente por la calle de Alcalá á la mujer enmascarada, y vió correr á los dos hombres, borrachos antes y bien firmes entónces, uno hacia la castellana y otro hacia la Plaza de Toros. Tropezò este último en la fuente de la Cibeles, y cyóse el ruido del agua, cual si hubiese caído dentro: levantóse sin embargo al punto, y su veloz carrera pú-

sole bien pronto al abrigo de las tinieblas. El centinela, imposibilitado por la consigna y y por la verja para abandonar su puesto, abalanzóse á los hierros de ésta, y vió al hombre de la capa, tendido en la acera: gritó entónces al cabo de guardia, dió à los fugitivos por tres veces la voz de alto, y con el fin de despertar la alarma, disparò el fusil por dos veces. Llegaron á poco tres serenos y un oficial y dos soldados del Ministerio, y por la puertecilla pegada al pabellón, salieron á la calle: el hombre de la capa estaba ya muerto,

Desprendíase de todo esto que había una ella de por medio, y la curiosidad, excitada hasta la rabia, sobre todo en los altos círculos, venía á estrellarse contra el secreto de la sumaria. Supose que en la mañana siguiente á la noche del crimen fué preso Damián, el ayuda de camára de la victima, y llamado á declarar aquella misma tarde un D. Francisco Javier Pérez Cueto, fabricante de almidòn en uno de los arrabales de la corte.....Desde entónces, ningùn signo exterior dió a conocer que las investigaciones judiciales adelantasen un solo paso, y comenzóse á murmurar con cierta estupefacción temerosa, que andaba en todo aquello la mano de los masones, que los asesinos de Sabadell quedarían desconocidos é impunes como los de su amigo el general Prim, y que el crimen de Recoletos seria siempre un arcano misterioso, como lo fué el de la calle del Turco. Mas de repente, cuando esta voz tomaba cuerpo y comenzaba á excitar en

los ánimos el terror que infunde todo poder oculto, y la indignación que inspira toda cobarde azaña, levantóse otra voz contraria que nadie supo nunca de donde salía ni quien la atizaba, y que se extendió sin embargo por todas partes, con grandes visos de corteza, á la manera que esparce un pozo subterráneo por todos lados, sus húmedas filtraciones.... Dijose que en el fondo de todo aquello habia tan solo una intriga galante, que existía en el juzgado un billetito concediendo una cita, y que obra también en poder del Juez, un prenda acusadora perteneciente á la *promovedora del crimen:* una talma de pieles de castor, marcada por la parte de dentro con una etiqueta negra, en que las letras rojas decian:—*Worth.*—*Rue de la Paix.—París*.....

Dos periódicos que á juicio de muchos pertenecian a la secta de los masones, publicaron violentamente artículos contra los tribunales de España, que recluyen al pobre como un criminal y le barren de las calles como una inmundicia, y se cruzan de brazos y cierran los ojos ante el poderoso que oculta sus crimenes bajo una armadura de oro, contra la cual se hace pedazos la espada de la justicia.

Porque un pobre mancebo
Hurtó un solo huevo,
Al sol bambonea;
Y otro se pasea
Con cien mil delitos.

Cuando pitos, flautas;
Cuando flautas, pitos.

El atrevimiento era tan grande, la audacia tan increible, que extraviada la opinión por completo con estas pérfidas insinuaciones, señaló entónces con el dedo á la Condesa de Albornoz, y comenzó á mirarse el dintel de su palacio, con el mismo horror con que se habia mirado tres días ántes la esquina del Ministerio de la Guerra.

¡Singulares extravíos de la conciencia pública, que Dios permite á veces en su infinita justicia, para castigar con una calumnia el verdadero criminal que habia quedado impune!

Nadie en Madrid pidió cuentas á Currita de la Sangre de Velarde, derramada à la vista deto dos por culpa suya, y ahora le arrojaban al rostro la de Sabadell, de la que se hallaba inocente, y hubiera ella rescatado con gusto á costa de cualquier sacrificio.....Porque el dolor de la dama fué en relidad grande, aunque no expansivo ni alborotado: uno de esos dolores, por decirlo así, secos, propios de las almas enérgicas, que se repliegan sobre sí mismos en el fondo del corazón como para no perder su energia, á la manera que el gladiador herido encuentra fuerzas en su misma agonía para encoger el cuerpo y doblar los músculos é intentar un último y más formidable avance..... Aquella débil mujercilla encerraba en su en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deble cuerpo una de esas almas enérgicas, que se crecen a la vista del peligro y lo desafian, y no necesitan en el dolor apoyo, ni cómplices en el crimen; bastábase ella misma á sí misma, y sacudiendo los terrores que la habian invadido la víspera, con el vigoso empuje del toro que arroja lejos de sí los rejones que le lastiman y embarazan, aprestóse á la defensa, decidida á arrostrar á pié quieto y con firmeza, todas las consecuencias de aquella horrible noche.

Mas necesitaba ántes que nada reflexionar, trazarse un plan, preparar sus respuestas y ordenar sus preguntas, y aprovechando la ocasión de hallarse en cama Fernandit, postrado por uno de esos ataques de imbecilidad que traen consigo los reblandecimientos cerebrales, tomóse todo el día del lúnes y dió la orden terminante de no recibir à nadie. Creía ella tener que habérselas de seguida con las visitas importunas, las preguntas indiscretas, las impertinentes lástimas y las molestas compasiones que la habian asediado cuándo la muerte de Velarde, catàstrofe también espantosa, que sin saber explicar e el por qué, pareciale en estos momentos mas terrible que le pareció en aquellos primeros instantes. Mas con gran sorpresa suya pasó todo el dia del lúnes, y pasó tambièn el mártes, y llegò y pasó asimismo el miércoles, sin que ningun coche parase á la puerta, ni atravesase una sola visita las antesalas, ni recibiera el oso del vestíbulo en su bandeja ninguna tarjeta, ni llegara tampoco el menor recado, la más insignificante misiva de atencion, de interes ó de consuelo.....Aterròla entónces aquella soledad que no sabía explicarse, porque ignoraba que la opinión había atravesado en el dintel de su puerta el cadáver de Jacobo; más cuando llegaron á su noticia las voces que corrían y supo que una pérfida y misteriosa mano explotaba el funesto hallazgo de la capa de pieles, para hacer recaer sobre ella las sospechas del crimen, tuvo en su soledad vértigos de ira, estremecimientos de fiera acorralada, y decidió desafiar frente á frente á la calumnia con un golpe de enérgica audacia.

La casualidad presentóle bien pronto ocasión propicia; el viérnes muy de mañana, trajéronle el aviso de que le tocaba al día siguiente hacer su guardia como dama de honor en Palacio. Enviábale este aviso, según la costumbre, la dama que había hecho la guardia el día ántes, y era esta una buena mujer, sencilla y piadosisima, que desechando como terribles calumnias las voces que corrian, apresuróse á cumplir con su deber avisando á Currita, y dejando al arbitrio de la dama el acudir ó no à la cita de Palacio.

Por primera vez después de la espantosa catástrofe, sonrió Currita con aquella sonrisa de diablilla, señal en ella de alguna idea feliz que pasaba por su mente. Tocábale la guardia el sábado, y segun la tradicional costumbre, habían de asistir los reyes á la Salve de Atocha;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la novedad atraía todavía gran concurso de gente á conocer y contemplar á la joven Reina, y presentándose Currita á su lado en el primer puesto, parecióle que no había de temer desde allí los tiros de la calumnia. Conocía ella bien el mundo que frecuentaba, que forma sus juicios y regula sus actos por los del poderoso que mira en lo alto, y creyó con razón que le bastaría presentarse una vez en público al lado de la Reina y á raiz del suceso, para que todos acallasen sus escrúpulos y se apresurasen á conservarla en el puesto de honor que había ocupado siempre en la corte.

Sin llamar á Kate saltó Currita de la cama antes de las nueve, y fué á abrir ella misma una ventana para enterarse del estado del tiempo; el sol brillaba despejado, no se descubría una nube en el cielo, y prometía la mañana una tarde deliciosa. Currita sintió un movimiento de gozo vivísimo, que le pareció el presentimiento del triunfo; los carruajes de la corte saldrían por el buen tiempo descubiertos, y sin duda irían después de la Salve á dar una vuelta por la Castellana, donde todo el mundo elegante tendría ocasión de verla y contemplarla en un honorífico puesto... Algo la espantaba sin embargo, la idea de que iba á serle forzoso pasar por aquel mismo trayecto que había recorrido con Jacobo la noche funesta, por aquella misma iglesia ante la cual pronunció su última palabra, por aquella esquina en que le había visto caer lanzando un gemido de agonía... ¿Mas qué iba á hacer

ella? ¿Enterrarse en vida á los cuarenta y cinco años? ¿Dejar por escrúpulos sentimentales que le arrebatase una calumnia el prestigio, la soberanía suprema, el cetro de la elegancia y el buen tono que á pesar de mil vergüenzas verdaderas, había conservado en su mano hasta entónces?.....

Riose ella misma de sí misma al notar la febril impaciencia con que esperaba la hora de ir á Palacio, porque ni la señora de López Moreno había sentido mayores ansias ni mas vehementes deseos, el día de su famosa presentación en el Hotel Bisilewsky. Con esmero redoblado y gusto exquisito escogió una *toilette* elegantísima, con ese estudio de los pequeños detalles que se observa en los grandes genios, y acredita en ellos el conocimiento práctico del terreno que pisan. Pósose un riquísimo vestido de terciopelo azul muy oscuro, guarnecido de piel de chinchilla, con sombrero y abrigo de lo mismo; dos perlas negras en las orejas, y un trebol en el pecho formado por otras tres perlas, blanca la una, negra la otra y rosa la tercera. En el hombro izquierdo, sujetas con un lazo encarnado, llevaba las dos cruces de dama de honor, cruz de esmalte rojo la antigua de la reina Isabel, y una M. de brillantes y rubíes, la de la nueva reina Mercedes. Después, mientras le traía Kate el rico pañuelo de encajes y los guantes de piel de Suecia, buscó ella en una cajita un relicario de plata que contenía un *lignum crucis*, besólo con gran piedad, oprimiólo un instante contra

su pecho cerrando los ojos é inclinando la cabeza, como si pidiese algo al cielo con grande ahinco, y guardóselo después en el bolsillo como se hubiera guardado un amuleto que tuviese virtud para alejar cualquier daño ó peligro.

Al subir la escalera de Palacio latióle el corazón y temblároнle las piernas porque vió á dos lacayos que cuchicheaban entre sí mirándola á ella. Mas cuando el albardero de guardia á la puerta de la Saleta dió el golpe de alabarda, que anuncia la llegada de una Grande de España, crecióse el orgullo de Currita, despertó de nuevo su energía, y armada de toda su audacia atravesó la antecámara y penetró en la cámara misma, dispuesta á comenzar la batalla, creyendo encontrar allí á la Camarera mayor ó al gentil hombre de servicio, ó quizá á todos juntos. La cámara, sin embargo, estaba desierta, y Currita sintió el desahogo de un momento del enfermo que ve detenerse un instante la temida operación por haberse retrasado el médico. Sentóse en una banqueta frente á la mampara que lleva á las habitaciones régias á fin de esperar que la Reina la llamase ó alguien saliese; mas la excitación nerviosa no la dejaba sosegar un momento, y levantóse al punto para asomarse á uno de los balcones y mirar á la Plaza de la Armería: púsose luego á arreglarse los ricitos de la frente ante uno de los magníficos espejos, y reparó entónces en el soberbio retrato de Alfonso XII, pintado por Casado, que habían colocado allí la víspera y se destacaba sobre la rica tapicería de seda granate con grandes flores amarillas, con todo el esplendor de una obra maestra.

Pasó un cuarto de hora que le pareció á ella un cuarto de siglo, y de pié siempre ante el retrato, sintió abrirse á su espalda la mampara de las habitaciones de la Reina; volvióse vivamente, y vió que la mampara se volvía á cerrar y que daba miedo abrirla, como si el que fuera á salir se hubiese detenido de repente. Oyó entónces sin que pudiera distinguir las palabras, una suave voz de mujer que parecía hablar acongojada como si suplicase algo, y otra de hombre, fuerte y colérica, que exclamaba enérgicamente:

—¡No, no.....ahora mismo! .....

Inmutóse Currita atrozmente, y metióse la mano en el bolsillo como si buscara el *lignun crucis;* abrióse entónces la mampara y apareció el Mayordomo mayor, también muy inmutado .....La dama, fingiendo siempre hallarse absorta en la contemplación del retrato, volvió ligeramente la cabeza, y saludó con la mano al personaje diciendo con vocecita á su pesar temblorosa y angustiada.

—¡Magnífico retrato!—Yo no lo había visto ¿Cuándo lo han puesto?.....

Mas el Mayordomo, sin contestar á la pregunta y con el esfuerzo de quien cumple un deber penosísimo, díjole balbuceando:

—Su Majestad la Reina la dispensa del ser-

vicio....y me encarga le manifieste su deseo de que devuelva la cruz de dama.....

Currita dió una rápida media vuelta, apretando los puños y echando atràs la cabeza cual si fuera á embestir al Mayordomo, fijando en él la mirada de sus claros ojos enormemente abiertos, que reflejaban toda la ira del que recibe un salivazo en el rostro, todo el espanto del que ve derrumbarse una última esperanza, toda la solapada é imponente amenaza que encierra el terror del débil, aniquilado por una mano más fuerte.....

Luego, como si despertase en ella de repente la altiva rica-hembra, al ignominioso contacto de una bofetada, arrancóse ambas cruces del pecho, y las arrojó en el suelo.....

VIII.

Aquel golpe terrible no anonadó á Currita, ni le infundió tampoco el extraño sentimiento, mezcla de valor y de ira, que al recibir en Loyola un bofeton semejante, la había obligado á confundirse, y á humillarse y á callar...

Detrás de la mano de Pedro Fernàndez habia visto entónces la mano de Dios, que le impedía profanar con el escándalo de su vida su santa Casa, y detrás del bofeton del Mayordomo de Palacio, tan sólo veía la mano del Rey, que no era para ella una idea, sino un hombre, contra el cual se podía luchar, y al cual se le podia también vencer.

Mas harto comprendió desde el primer instante, con la rápida percepción de su claro entendimiento y su mucha práctica de mundo, que en vano emplearía todas las astucias de su ingenio, todos los atrevimientos de su audacia y todos los recursos de su dinero, en atraerse de nuevo á sus amigos y formar en torno suyo aquella brillante corte que era la médula de su vida, porque era también la de su vanidad. Nada arrastra tanto como el ejemplo de un príncipe, capaz por sí solo de salvar ó perder á una sociedad entera, y la severa repulsa dada à Currita en Palacio, justa en medio de su severidad, que si de algo pecaba era sólo de tardía, había de arrastrar sin duda á Madrid entero, derrumbando á la ilustre dama desde la altura de su gloria, con todo el estrépito de los grandes escándalos, con todo el ensañamiento con que del árbol caido se apresuran todos á sacar leña.

Por eso, sin darse ella por vencida, ni cejar un punto en su tenaz empeño, y fortaleciendo siempre con el despecho y la rabia y hasta el dolor mismo, su terquedad de mujer voluntа-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vicio....y me encarga le manifieste su deseo de que devuelva la cruz de dama.....

Currita dió una rápida media vuelta, apretando los puños y echando atràs la cabeza cual si fuera á embestir al Mayordomo, fijando en él la mirada de sus claros ojos enormemente abiertos, que reflejaban toda la ira del que recibe un salivazo en el rostro, todo el espanto del que ve derrumbarse una última esperanza, toda la solapada é imponente amenaza que encierra el terror del débil, aniquilado por una mano más fuerte.....

Luego, como si despertase en ella de repente la altiva rica-hembra, al ignominioso contacto de una bofetada, arrancóse ambas cruces del pecho, y las arrojó en el suelo.....

VIII.

Aquel golpe terrible no anonadó á Currita, ni le infundió tampoco el extraño sentimiento, mezcla de valor y de ira, que al recibir en Loyola un bofeton semejante, la había obligado á confundirse, y á humillarse y á callar...

Detrás de la mano de Pedro Fernàndez habia visto entónces la mano de Dios, que le impedía profanar con el escándalo de su vida su santa Casa, y detrás del bofeton del Mayordomo de Palacio, tan sólo veía la mano del Rey, que no era para ella una idea, sino un hombre, contra el cual se podía luchar, y al cual se le podia también vencer.

Mas harto comprendió desde el primer instante, con la rápida percepción de su claro entendimiento y su mucha práctica de mundo, que en vano emplearía todas las astucias de su ingenio, todos los atrevimientos de su audacia y todos los recursos de su dinero, en atraerse de nuevo á sus amigos y formar en torno suyo aquella brillante corte que era la médula de su vida, porque era también la de su vanidad. Nada arrastra tanto como el ejemplo de un príncipe, capaz por sí solo de salvar ó perder á una sociedad entera, y la severa repulsa dada à Currita en Palacio, justa en medio de su severidad, que si de algo pecaba era sólo de tardía, había de arrastrar sin duda á Madrid entero, derrumbando á la ilustre dama desde la altura de su gloria, con todo el estrépito de los grandes escándalos, con todo el ensañamiento con que del árbol caido se apresuran todos á sacar leña.

Por eso, sin darse ella por vencida, ni cejar un punto en su tenaz empeño, y fortaleciendo siempre con el despecho y la rabia y hasta el dolor mismo, su terquedad de mujer voluntа-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

riosa siempre mimada, optó desde luego por el camino de los hábiles políticos, y los diestros estratégicos y los conocedores prácticos del mundo y del corazón humano; una prudente retirada que sosegara los ánimos, y diese tiempo á que las memorias olvidaran, cesasen las prevenciones, se cansaran las lenguas, y los escándalos nuevos hicieran olvidar y áun perdonar los escándalos pasados. ¡Habia visto ella tanto de eso!...La ocasión, por otra parte, no podia ser más oportuna; Fernándito había llegado al estado de imbecilidad completa, que traen consigo los reblandecimientos cerebrales, y preciso era llevarlo á París á que alguna notabilidad médica intentase el verdadero milagro de despertar un chispazo de inteligencia en aquel meollo huero, que jamás había dado luz alguna.

El viaje fué, pues, decidido, y dos días antes dirigióse Currita al colegio de Chamartin de la Rosa, para sacar á Lili ...La niña que había cumplido ya doce años, y más bien que una criatura que comenzaba á vivir, parecia un ángel que iba á volar. Había en sus grandes ojos azules algo que recordaba el cielo, algo á la vez triste y sereno, candoroso y profundo, que comunicaba á todo su ser cierto poderoso y triste encanto, semejante al que infunden en el alma la inocente sonrisa de un niño huérfano.

Acogióla la madre con sus más suaves mimitos, y díjole al oido, abrazándola, que le

traía una noticia muy buena, muy alegre, muy grande.....

—¿A qué no la aciertas?...

La niña, con los grandes ojos llenos de lágrimas, y teñidas las mejillas del carmín más puro, dijo prontamente:

—¿Qué mi papa está mejor?—¿Qué se ha confesado?.....

Quedóse Currita desconcertada, como le sucedia siempre con salidas intempestivas de aquella criatura. ¿Quién había de creer que iba á acordarse de su padre, y á pensar en si le habían ó no administrado aquel Sacramento que le hacia tanta falta?...Echóse á reir muy maravillada. ¡Ca! si no era eso.....era mejor todavía; era una cosa referente á ella misma; lo que mejor le podía suceder, lo que sin duda estaba ella esperando

Y de nuevo tornó á maravillarse, porque la sangre entera de Lili afluyó entónces á su rostro, un temblor nervioso agitó sus manitas, y levantó los ojos hacia su madre, rebosando anhelo comprimido, esperanza dulcísima de oir lo que era sin duda su más ferviente deseo. Su boquita de angel se entreabrió un momento para dejar escapar su secreto, como deja escapar una flor su fragancia, y de nuevo tornó á bajar los ojos, poniéndose más y más encarnada, y guardando silencio, con una cándida sonrisa dibujada sobre los labios.

—Pero tontilla, ¿no lo adivinas?...—Es que se acabó ya el colegio: que te vas á venir conmigo....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Quién lo habia de creer!.....Al oír esto la niña, apagóse en sus labios la sonrisa, como una luz que mata de repente una ráfaga de viento; cruzó las manos angustiada, miró á su madre con espanto, y se echó á llorar á lagrima viva, con el corazón encogido.....

—¡Pero vaya por Dios, vida mía! —exclamó Currita estupefacta. ¿A qué viene ese llanto? ...¿Es que no quieres venir? ...

Lili, enjugándose con ambas manitas los ojos, repetia sollozando:

Aquí me quieren todos...todos..—Las Madres y las niñas...

—Pero hija mia, ¿acaso en tu casa no te quieren?—exclamó Currita poniéndose muy seria; y la niña, titubeando un momento, contestó con candorosa sencillez, cuyo alcance no supo medir sin duda.

Ahora no está allí Paquito...

Currita sintió un movimiento de ira, que se trasformó al punto en dolor profundo, en dolor vivísimo que jamas había sentido, allá en el fondo de sus entrañas de madre...Sus ojos se llenaron de lágrimas, atrajo hacia sí á la niña, separóle del rostro ambas manos, y besándola en la frente, díjole con mucho cariño:

—Pero lo recojeremos al paso, tonta, y nos iremos á Paris todos juntos.

La niña meneó la cabeza apartándose del regazo de su madre, y procurando dominar su aflicción, como si se aprestase á una batalla, dijo resueltamente:

—Y además...yo no puedo irme de aquí... —No, no puedo.

—¿Pero por qué...—Si eres ya una mujer, y aquí están solo las niñas.....

—Y las mujeres también...

—¡Pero hija, por Dios!—¿dónde están esas mujeres? ...

—Las Madres son mujeres.

—¿Pero tu quieres ser monja?—exclamó Currita abriendo mucho los ojos; y la niña, cerrando los suyos y moviendo enérgicamente la cabeza, contestó con firmeza:

—¡Sí!.....

—¡Yaaa! Muy bien: ahora lo entiendo,—dijo Currita muy despacito con su tono de voz más suave.....Y las Madres, como te quieren tanto las.....pobrecitas, te habrán metido esa idea en la cabeza...

—¡No, no señora!.....—Las Madres no me han dicho nada...

—Pues entónces habrá sido el confesor, el P. Cifuentes.

—Tampoco ...

—¿Pues quién te lo ha dicho?...

—Paquito.

—¿Paquito?...¡Vaya un apóstol!....—¿Y por què no se mete él fraile?

—Eso le escribí yo...Y le envié la vida de San Estanislao, y una estampita de San Luis Gonzaga.....Pero me contestó que él era muy desgraciado, y tenia que hacer en el mundo una cosa muy grande, muy grande. ..Yo no sé lo que sera.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Currita comenzó á sospecharlo, y se puso muy pálida; la escena terrible de su estudio, cuando el niño se había arrojado sobre Jacobo como una fiera sedienta de sangre, acudió á su memoria con gran viveza, estremeciéndola de espanto, infundiéndole esa especie de terror retrospectivo que causa un peligro pasado, despertando en su alma el aguijón de un remordimiento, avivando en su corazón el dolor de una herida chorreando áun sangre!...¡Oh! ¡Ya no tenía qué hacer el pobre niño aquella *cosa muy grande, muy grande*, porque otra mano más culpable le había tomado la delantera en la esquina de Recoletos!.....

Lili, sin imaginar siquiera en su sencillez de ángel, el efecto que en su madre podían causar sus palabras, continuó diciendo.

—Me decia fuese siempre muy buena y no saliera nunca del colegio, y rezara mucho por él, y por V. y por mi papá; porque la ira de Dios iba á descargar sobre nuestra casa...Yo lloré mucho, mucho, y ofrecí entónces ser monja, y se lo dije á la Madre Larín y al P. Cifuentes.

—¿Y qué te dijeron?—preguntó Currita con los labios blancos.

—La Madre se echó á llorar.....

—¿Y el Padre?.....

—Se echó á reir, y me consoló mucho, y me dijo que no ofreciese nada, sin que él me avisase.

Currita se quedó muy pensativa, y permaneció largo rato en silencio, mirando á la niña: de pronto dijo:

—¿Pero el P. Cifuentes, te querrá mucho?....

—¡Oh sì!...—Es muy bueno; me quiere mucho.....

Calló otra vez, seria y meditabunda; porque en medio de aquel rudo oleaje de afectos con que la gracia de Dios combatía su alma para sacarla à flote, santos unos como el amor de madre, saludables otros como el remordimiento, apareció muy honda, y comenzó a subir, a subir hasta flotar en la superficie y sobrenadar en lo alto, y llenarlo todo y dominarlo todo, la idea fija, su ángel malo, el pensamiento constante que llevaba clavado en la frente como un dolor neurálgico, de satisfacer su vanidad y vengar su despecho, recobrando de nuevo su antigua posición y su brillante corte de mujer elegante. Habia visto de repente un camino desconocido, un sendero tortuoso, que allí llegaba dando rodeos, y ya no oyó más, ya no se ocupó de otra cosa.....Cinco minutos largos permaneció callada, inmovil, tirando al parecer sus planes.

Lili, con las manitas cruzadas sobre las rodillas y la cabeza baja, la miraba de cuándo en cuándo al través de sus largas pestañas, extrañada de aquel singular silencio.

Rompióle Currita al cabo; aquella pinchoncita suya monísima y preciosa, la había enternecido....pero todo aquello era muy serio, muy grave, y hacíase preciso pensarlo despacio, muy despacio, y no decirlo así de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

repente, en un segundo.....Por de pronto, dejaría á la niña en el colegió, y detendría ella su viaje para hablar con el P. Cifuentes.

Lilí, al oir esto, saltó espontáneamente de la silla y se arrojó al cuello de su madre, cubriéndole el rostro de besos, llorando y riendo al mismo tiempo, como se mezclan la lluvia y el sol en un chubasco de Mayo. Ella se enterció un poquito, y derramó tres lágrimitas:

—Con que nada, pichona mía;—mucho juicio y pide á Dios que á todos nos ilumine..... Y ahora, vidita mia, dile á la Madre Larín que quiero hablarle un momento..... ¿Eh, pichona? ...Cosa de un segundo, avísale tù, vidita.....

Llegó la Madre Larín, muy alarmada, temiéndose alguna trapisonda. y Currita, con patético ademan, se arrojó llorando en sus brazos...Era aquel dia el más grande de su vida; por fin le concedía Dios lo que con tanto ahinco le había pedido siempre: ¡tener una hija religiosa!...Cierto que le pasaba aquello el alma de parte á parte, que quizá le costaría la vida separarse de aquel pobre angelito; pero lo que sentía ella era no tener siete hijos como Santa María Magdalena de Pazzis, para ofrecérselos à Dios uno á uno. ¡Estaba el mundo tan malo! .....

La Madre Larín, muy escandalizada al ver á Santa María Magdalena de Pazzis, hecha de repente madre de tan dilatada familia, se apresuró á protestar con mucho respeto:

—Santa Sinforosa, querrá decir sin duda la señora Condesa.

—¿Fué Santa Sinforosa?..—¡Pues yo creí que había sido la otra; como leo todos los dias el *Año Cristiano*, armo á veces unos galimatías!...¿Y digame, Madre Larín, cree V. que perseverará mi hija? ¿qué su vocaciòn serà verdadera?

La Madre enarcó las cejas, y con mucha humildad dijo:

—La niña es formalita, y á lo que yo puedo colegir, así lo espero...Pero siempre será mejor que el Padre espiritual informe á V. de todo esto.

—¿Y quién es?

—El P. Cifuentes.

—¿El P. Cifuentes?...—¿De veras?...¡Cuánto me alegro!...Si es un santo, un hombre de tanto saber y prudencia.....

—¡Ya lo creo!...—Consultele V. y verá...

—Pero si no lo conosco...—¡Ay Madre Larín!...¿Quisiera V. escribirle una cartita.... *deux mots*, recomendàndome?...Dígale V. cuáles son mis deseos, lo que yo quiero á mis hijos, y sencillez con que procedo siempre...Así me escucharà con benevolencia.....Usted. me conoce bien, Madre Larín...¡Soy tan desgraciada!...¡Se tiene de mi un concepto tan falso! .....

Y Currita, persuadida ella misma de lo que decía, cual suele suceder á los embusteros de oficio, extendía las manos y abria mucho los claros ojitos, como para que la Madre Larín la estudiase por dentro, concluyendo por echarse á llorar amargamente, cubriéndose el

rostro con el pañuelo. La Madre, muy compadecida y creyendo que aquella oveja extraviada llamaba de nuevo el aprisco, procuraba consolarla, y prometíale escribir aquella misma noche al P. C fuentes, anunciándole su visita

—Se lo agradecería á V. en el alma,—Madre Larín; no lo olvidaré en toda mi vida! gimió Currita. Porque no crea V. que el asunto de mi pobre Lilí no faltarán dificúltades... Fernandito es muy bueno; pero al cabo, como hombre que es, no tiene la piedad de nosotras las mujeres, y verá la cosa de manera muy distinta.

Y ya en la puerta, despidiéndose cariñosamente de la buena Madre, volvió á repetirle:

—Que no se olvide V. de lo esencial... —Que comprenda el Padre la buena fè con que procedo en todo; lo recto que son mis intenciones

Y de pronto, volviendo atrás desde la puerta como si de repente recordase algo....

—¡Ay Madre Larín, se me olvidaba...—No sé si lo encargué á Lilí, porque con este notición, se me fué el santo al cielo.....Me han dicho que están ustedes haciendo un monumento nuevo para el Juéves Santo, y quiero que sea á mi costa.....Deseo mucho dejar á ustedes ese recuerdo: que Lilí haga ese pequeño obsequio al colegio.

—Gracias, gracias,—señora Codesa....

—¿Gracias?...¡Ay Madre Larín, que mundo,

qué mundo!...¡Ojala y solo se gastara el dinero en cosas semejantes!....

Entrò en la berlina...Verdaderamente que aquella idea había de venir del cielo, porque era Lilí, un ángel del Señor, quien se la había inspirado. Lo raro era que no se le hubiese ocurrido á ella antes, porque en aquella carta de Loyola, en aquella famosa carta de Pedro Fernandez, que se sabía ella de memoria, estaba perfectamente encerrada en su primera parte..."Si la señora Condesa de Albornoz viene á Loyola à confesar sus pecados y pedir á Dios perdón de sus extravíos, no tiene que fijar hora ni tiempo, porque todos son igualmente oportunos".....

Y glosando allá en su imaginación el parrafejo, discurría de este modo.....Si la señora Condesa de Albornoz va à Loyola, es decir, al P. Cituentes, y confiesa sus pecados y pide à Dios perdón de sus extravíos, ó lo que es lo mismo, embauca á aquel varón respetable, diciéndole lo que le parezca, y callándole lo que juzgue conveniente para ponerle de su parte... á la sombra de su respetabilidad, agarrada á su manteo, entrará en el gremio de las beatas aristocráticas, y se abrirá paso, rosario en mano, por el atajo de la piedad, hasta el alto puesto de que la calumnia y la ingratitud la han arrojado.

Porque no era necesario para ello llegar hasta el sacrilegio, que tanto le había aterrado siempre y la seguía aterrando; dispuesta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estaba ella á que lo creía únicamente necesario para confesarse bien; acusarse de todos sus pecados y enumerar todos sus extravíos..... ¿Qué le importaba a ella que el Padre Cifuentes supiese lo que hasta en los mismos periódicos se había publicado y había leído sin sonrojarse?..... Si hubiera algún sacrificio que hacer, si hubiera algo que cortar sería entónces otra cosa; pero la muerte, el puñal de un asesino, se había encargado de sacrificar, se había encargado de romper, y ya no le quedaba a ella nada, nada, sino aquella herida en el corazón y aquel despecho en el alma! Y ante aquellas dos ideas que la exasperaban, Jacobo muerto, y ella caida de su pedestal, sentía hervir su sangre de dolor y de ira, y pareciale lo primero el crimen mas nefando que se había cometido en el universo, y juzgaba lo segundo el acto de tiranía más atroz, que pudiera atribuirse a Neron, á Tiburcio ó á Busiris.

Con cierto miedecillo muy natural y fundado fué á ver al P. Cifuentes, porque tenía el Padre fama de marrullero; mas su voluntad, repentina como el capricho de una mujer, era robusta como la resolución de un hombre, y tranquilizábala en parte la íntima conciencia que tenía ella de que pocos la aventajaban en astucias y marrullerías. Con habilidad suma dió principio al desarrollo de su plan, comenzando por exponer la vocación de Lilí, anhelo de su corazón, esperanza dulcísima de su alma, que estaba ella dispuesta á apoyar con todas

sus fuerzas, aunque hubiera que luchar con las serias dificultades que había de poner Fernandito; hábil estaquita esta última que plantaba desde luego la taimada, para agarrarse á ella más tarde, y destruir cuando hubiera logrado su objeto, los santos planes de la niña. Escuchábala el jesuita impasible, con las manos metidas en las mangas, clavando en ella de cuando en cuando la mirada de sus ojos, aguda como la punta de una lanceta, que hacia á Currita ladear los suyos, ora bajándolos, ora paseándolos por las paredes del cuarto. Cuando la dama dejó de hablar, sacó el P. Cifuentes á relucir la tabaquera de cuerno, con su heraldo obligado, el pañuelo á cuadros azules y verde, y con la mayor naturalidad del mundo, dijo resueltamente.

—Su hija de V. no tiene vocación, señora Condesa.

Quedóse Currita estupefacta y desconcertada, y tartamudeó moviendo la cabecita.

—Pues ella me había dicho...yo creía.....

—Creyó V. mal,—señora Condesa....Esa niña es un ángel, de entendimiento muy claro, de corazón muy grande y muy recto, y está aterrada por las cartas de su hermano, que... ¡pasan el alma, señora Condesa; pasan el alma!.....

Y las dos lancetas que tenía en los ojos el P. Cifuentes, pasaban de parte á parte la frente de Currita, cual si fuesen á clavarse en el fondo de su pensamiento.

—Por eso—prosiguió lentamente el jesuita, quería esa pobre niña ofrecer el sacrificio de sí misma, para asegurar la salvación de los demás, para expiar culpas agenas por las cuales se aflige, como se afligen los ángeles del cielo; llorándolas, pero sin ponérselas á nadie en cuenta....Y note V. lo que digo, señora Condesa.—*Sin ponérselas á nadie en cuenta*.....

La señora Condesa bajó los ojos muy modestita, como haciéndose la desentendida de si era á ella ó no á quien le tocaba pagar aquella cuenta, y el Padre continuó:

—Pero como V. comprenderá, este sacrificio de precio incalculable, cuya idea le fomentaré yo por lo que en sí tiene de útil y meritorio, y porque bastará quizá el afrecerlo para alcanzar de Dios lo que el pobre ángel pide, no es una vocación religiosa; es solo un ofrecimiento que en su aflicción y en su generosidad hace la niña, y mientras Dios no lo acepte, no existe la verdadera vocación, y yo por mi parte, ni puedo aconsejarla, ni autorizarla tampoco hasta entónces.

—Pues estamos al principio de la conversación—pensó Currita sin comprender del todo aquellas místicas sutilezas; y dando vueltas entre sus manos á un precioso Devocionario que había traido de intento para demostrar su piedad al Padre, dijo modestamente:

—¿Y qué cree V. entónces que debe de hacerse?.....

—Dejar obrar á la gracia de Dios, que quizá le conceda como premio la vocación que

aún no tiene, y mientras tanto, no sacarla del colegio.

—¿No cree V. entónces, que le convenga volver á su casa?.....

El P. Cifuentes abrió la tabaquera, y con la impasibilidad del hombre que golpea en los oídos de un sordo, con la sencillez con que hubiera dicho que hacia calor ó estaba lloviendo, dijo tranquilamente.

—No señora... Los ejemplos que veria en ella, no conseguirian quiza corromperla; pero de seguro lograrian matarla.

Currita no protestó contra aquel reproche tremendo; no se avergonzó ni se indignó tampoco. Asióse, por el contrario, para llegar á su objeto, á la punta de aquella maza que la aplastaba, y dijo lastimeramente.

—¡Ay si, si, Padre, es verdad!. —¡Si V. supiera lo que pasa en mi casa! ¡Si V. conociera la situación en que me encuentro!....

Y adoptando el calculo más habil del disimulo, el de apropiarse la ingenuidad y disfrazarse con la sencillez y la franqueza, refirió con toda verdad al P. Cifuentes el escándalo de su vida, la trágica muerte de Jacobo, la calumnia difundida por aquellos enemigos invisibles, la imposibilidad en que estaba de acusarlos á ellos y defenderse ella misma ante los tribunales, y la necesidad que tenia de *alguien respetable*, de alguna *persona autorizada* por su santidad y su prestigio, que sacase la cara por ella perdonándole las *faltas* verdaderas y defendiéndola de los *falsos crímenes*, con-

cediéndole su protección y su amistad, y rehabilitandola por este solo hecho á los ojos del mundo... Y no pedia esto por ella misma que nada merecia y así lo confesaba; pedíalo por caridad de Dios, por lástima, por compasión hacia sus propios hijos.....

Callò Currita, y con la cabeza baja y las manos cruzadas y entornados los ojitos, esperó muy devotica, el sermón formidable, la peluca tremenda que creia ella iba á venir tras de aquello, seguida de alguna violenta exhortacion á la confesion y a la penitencia, con algunos toquecitos de llamas del infierno, y luego, mas tarde de lo que ella deseaba y con tanto anhelo iba buscando, un generoso ofrecimiento, noble, sincero y amplio.... Mas el P. Cifuentes, que habia escuchado sin pestañar todo aquel cùmulo de vergüenzas y de horrores, que no habia hecho el menor gesto de asombro, de disgusto, de compasión ni de protesta, sacó la tabaquera de cuerno, tomó un polvo, y dijo lacónicamente:

—Haga V. los ejercicios.....

—¿Los ejercicios?—preguntó ella muy sorprendida.

—Sí; los Ejercicios de San Ignacio, digo... Ayer los han empezado en el Sagrado Corazón, en la calle del Caballero de Gracia..... Todavía tiene V. tiempo; empiece esta misma tarde.

—Yo...bueno...desde luego,—dijo Currita

titubeando. Pero según tengo entendido, solo se entra allí con papeleta, y yo no la tengo.

—Pues yo la recomendaré á V. à la Superiora, y le hablaré á la Marquesa de Villasis, que es Presidenta del Consejo.....

Currita sintió tal movimiento de gozo que estuvo á pique de venderse... ¡Por fin triunfaba y apesar de su impasibilidad y no obstante sus marrullerías, hacía tragar al bendito Padre todo el anzuelo!... Entre la Marquesa de Villasis, la dama de mejor nombre en la corte, y el P. Cifuentes, el sacerdote de màs prestigio, haría ella su entrada triunfal en el gremio de beatas aristocráticas, y una vez dentro, no bien tomase ella el terreno, ya sabría ella reconquistar palmo á palmo los aplausos y las adulaciones, y colocarse de nuevo en el antiguo puesto perdido.

Vistióse sencillamente, siempre con aquel prolijo cuidado de los detalles pequeños, que desprecian los talentos vulgares y tienen en mucho los privilegiados y prácticos; una modesta falda de seda negra, un abriguito de terciopelo con pieles, y la mantilla recogida por completo sobre los hombros, *chiffonnée* con mucha gracia cubriendo las blondas del velo parte del rostro, pero dejando ver perfectamente los rojos pelitos, seña suya característica, que cuidó muy bien de dejar à la vista con cálculo prudentísimo, para que en caso de oscuridad ó duda, pudieran todos reconocerla.

A las cinco comenzaba el santo Ejercicio,

y á las cinco y siete minutos calculó ella muy bien su entrada, para que fuese de todos vista. Apeóse del coche y entró en el zaguan, creyendo encontrar allí alguna religiosa ó algún portero á quien preguntarle por la Marquesa de Villasis ó por el P. Cifuentes; más sólo vió delante una empinada escalera dividida por en medio con un barandal de hierro, que hacía veces de pasamanos. En lo alto, dos señoras cuchicheaban entre sí muy quedito é interrumpiéndose bruscamente al ver subir á Currita, desaparecieron al punto, sin que la dama pudiera reconocerlas. Encontróse entónces frente á la puerta de la capilla, que estaba de par en par abierta; era ésta entrelarga, ancha y extensa, con una gran puerta en el fondo que daba al interior del colegio, y otra lateral para el servicio de la gente. En el testero hallábase el altar, parcamente adornado, con algunas luces que ardian á derecha é izquierda del tabernáculo. Arriba, en la parte más alta, habia una hermosa efigie del Sagrado Corazón, y caía desde sus piés hasta abajo, un gran paño de brocado recamado de terciopelo rojo, con estas palabras bordadas:—*Venite ad me omnes.*—A uno y otro lado de la gran puerta del fondo estaban las sillas de coro de las religiosas, y sentadas en ellas las señoras del consejo: la Marquesa de Villasis ocupaba la esquina derecha, teniéndo á su lado á la Duquesa de Astorga.

Currita vió desde la puerta el extremo de un banco desocupado, y antes él se arrodilló, haciendo uno de esos garabatitos con que creen cieras damas santiguarse, cruzando las manitas sobre el respaldo, inclinando la cabeza con mucha devoción y poniendose á registrar con el rabillo del ojo todo cuanto había y pasaba dentro de la capilla...¡Prodigio maravilloso de la perspicacia y fuerza comunicativa de la grey femenina!...Cuatro minutos después, no quedaba en el extenso recinto una sola alma más ó menos pía, que no hubiera atisbado la entrada de Currita sin que fuese necesario para ello mas que alguno que otro suave cuchicheo, alguna que otra disimulada seña, alguno que otro libro devoto ó rosario bendito que rodaba por el suelo, para dar ocasión á la dama que lo recogía, de lanzar una rápida mirada con el mayor disimulo. Allí estaba ella, con mucha devoción, aguantando á pié quieto, las miradas, y suponiendo los comentarios internos que acompañaban á éstas; la Condesa de Murguía señora muy severa, que había comido muchos viérnes en casa de Currita, y disfrutado no pocas veces de su palco, en el teatro, hallábase á su lado...Alarmóla esta próximidad; volvió la cara angustiada, y apretando cuanto pudo á las otras señoras que ocupaban el banco, apresuróse á dejar entre ella y la escandalosa, un gran espacio vacío. Currita, sin perder su devoción, sintió ganas de tirarle del pelo.

Entró á poco una señora con dos niñas al parecer sus hijas, y una de éstas, la más pequeña, fuese á arrodillar junto a Currita en el

hueco vacío; mas la madre, advertida sin duda por otra señora que le habló por lo bajo, levantóse prontamente, tocó en el hombro á la niña, y apartóla de allí. Currita no sintió esta vez ira; sintió una sensación penosa, amarga, desconocida para ella, que le figuró semejante al desconsuelo de verse sola y desamparada por un ser querido; aquella niña, le había recordado á Lilí.

Entraban nuevas señoras, llenábase la capilla de bote en bote y apiñábanse las rezagadas contra las que habían llegado ántes, sin que ninguna quisiera ocupar el sitio vacío al lado de Currita. Ella sintió crecer aquel desconsuelo que la oprimía, y la angustiaba y le producía una irritación sorda, una amarga iracundia, que la llevaba á escarbar llena de saña en el basurero de su vida, buscando y enumerando las vergüenzas públicas, las inmundicias de todos conocidas, que le había tolerado, consentido y hasta aplaudido como amables *pequeñeces* aquel mismo Madrid que ahora le volvía la espalda, para arrojárselas á la cara, gritándole con muy buena lógica: ¿Acaso soy ahora peor que lo fuí ántes?... ¿Por ventura hace más fuerza en tí una calumnia anónima, levantada por pérfidos asesinos, que ese montón de lodo con que á todas horas te he salpicado el rostro?.....

¡Oh! ¡qué mundo, qué mundo aquel tan injusto y tan asqueroso! ¡Con cuánta razón se resistía á entrar en él Lilí, aquel ángel del Señor tan puro y tan bello!... Y á este recuerdo, con la rapidez con que se muda la decoración en una comedia de magia, sustituyó en su mente la imagen de la niña al Madrid injusto y asqueroso que provocaba sus iras, y quedaron frente á frente, embargando todo su entendimiento, la celestial figura de Lilí, derramando luz vivísima del cielo, y el montón de todo repugnante y hediondo, la charca sucia y cenagosa que acababa de formar ella con tanta saña, haciendo examen general de toda su vida....Currita creyó ver una cloaca á la pura y rosada luz del alba, creyó ver el infierno á la luz del paraíso, y se sintió confundida y se juzgó condenada; porque aquel montón de lodo era ella misma, y aquel resplandor de Lilí era la luz de Dios, único criterio de moral, independiente de míseras condescendencias sociales, á que deben de ajustarse los actos humanos. Un último movimiento de soberbia la agitó sin embargo.

¡Soy una infame, es cierto! ...—¡Pero que no me condenen los hombres, que me condene Dios! .....

Y al levantar la vista rabiosa y desesperada, como para lanzar en torno una mirada de orgulloso desafío, divisó al frente la imágen de Jesucristo, del Juez único que su soberbia vencida aceptaba, mostrándole su corazón herido, diciéndole en aquel letrero que tenía por debajo:—*Venite ad me omnes.*—Un crujido misterioso lastimó entónces su pecho, y repitió muy quedo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Omnes...—Todos, todos!.....

Habíase mientras tanto rezado el Rosario, y un jesuita subía en aquel momento al púlpito, para exponer la meditación que correspondía, según el orden establecido en los Ejercicios de San Ignacio. Era sobre el juicio final, y dividióla en tres partes: la suprema vergüenza de los escandalosos, al ver objeto de la execración universal, los pecados públicos de que habían hecho gala; y la justificación de la Providencia, la manifestación clara de los misteriosos caminos ordenados por Dios, para bien siempre del hombre; la sapientísima urdimbre, puesta al descubierto de grandes hechos y pequeños acontecimientos, de penas y alegrías, derrotas y triunfos, llamamientos y amenazas, premios y castigos, que han de probar en la vida de cada criatura, mirada de frente á la luz de aquel tremendo día, la paternal providencia de Dios para cada hombre, la conjunción perfecta sobre cada uno de ellos, de sus dos atributos, el mas temible y el más deseable, la misericordia y la justicia.

El jesuita hablaba llanamente, expresando con sencilla claridad aquellas tremendas verdades, y trazando á veces pavorosos cuadros que herían la imaginación, estremecían los corazones y preparaban los ánimos para el eco futuro de aquellas temerosas palabras:—*¡Osa arida, audite verbum Domini!*...—Reinaba un hondo silencio, muy semejante al silencio del pavor, y el jesuita, torciendo un poco el rumbo á sus palabras, dejó ver de repente la bondad infinita de Dios, la más consoladora de todas sus grandezas, su inmensa misericordia, brindando siempre al pecador con un perdón tan sin límites y tan ámplio, que desaparecen en él, cual si fueran átomos, los enormes pecados.

—Imaginàos,—dijo un hombre llegado al último extremo del crímen; cargadle en vuestro pensamiento con todas las asociaciones afrentosas que fueron posible imaginar; vedle dormir tranquilo en medio de su vergüenza, como si se viera al abrigo de la muerte, como si no tuviera ya remordimientos ni tuviera conciencia.. Mas un dia, lo mismo que en el sueño de Nabucodonosor una piedra desprendida de la montaña hizo pedazos al coloso con piés de barro, así también un átomo arrancado á la misericordia de Dios por los ruegos de algún justo, derribará sin causa alguna aparente á ese coloso del mal, y formará en sus entrañas desesperadas una lágrima, que subirá hasta el corazón y pasará por los caminos que Dios ha hecho para llegar á sus ojos marchitos, y brotará por ellos, y rodará al fin por sus mejillas.....¡Esa lágrima le ha revelado la verdad y conquistado el perdón y devuelto la paz! .....

Y como si aquella lágrima bendita, alcanzado por la oración de un justo, se formase en aquel momento en algunas entrañas, y subiese hasta un corazón, y brotase por uno ojos, con explosión de dolor formidable, rompió el hon-

do silencio un sollozo que resonó por todos los ámbitos de la capilla, haciendo al jesuita enmudecer un instante, y mirarse pálidas y sobrecogidas á cuantas vieron á la Condesa de Albornoz desplomarse sobre el reclinatorio, aniquilada como el grano de mijo que machaca la piedra de molino, mordiéndose las manos para contener, como con esfuerzo sobrehumano contuvo, los gritos, los sollozos, los alaridos de dolor que parecían hervirle en el pecho, sin llegar á reventarle por los labios.

Terminó el sermón, y siguióse luego, y terminó también aquel canto suavísimo, patético grito de pecador arrepentido: *¡Perdón, oh Dios mio!*—y la numerosa concurrencia desfiló por delante de Currita, sin que levantase la cabeza ni hiciera un movimiento, como si la vergüenza de su vida entera la tuviese allí sujeta, clavada, ante las miradas curiosas, compasivas y áun burlonas de sus antiguas rivales.

Quedó la capilla solitaria, y una religiosa lega que se deslizaba como una sombra, apagó las luces una á una, sin que la Condesa de Albornoz se moviese de su sitio ni diese muestras de vida....Unos brazos la rodearon al fin en aquella soledad de que solo Dios era testigo, y una voz muy conmovida le dijo muy bajo:

—Currita, hija mía...—Abajo tengo mi coche.....¿Quieres que te lleve? .....

Ella levantó la cabeza, y fijó en la que así

hablaba una mirada hosca, medrosa, que no parecía tener conciencia de la realidad, y reflejaba como en dos vidrios profundos todos los asombros y todas las agonías..... Reconoció al fin á la Marquesa de Villasis, y el rostro de la pecadora, rojo de vergüenza por primera vez en su vida, ocultóse en el casto pecho de la mujer fuerte, balbuceando entre sollozos:

—¡Sí, sí!...—A donde no me vea nadie.... A Chamartin con mi hija.....

La niña no se sorprendió al verla....Había ofrecido aquella tarde, por aviso del P. Cifuentes, el sacrificio de su vida, y esperaba confiada y serena, como esperan las lágrimas del pecador los ángeles de la guarda.....

IX.

Se ha dicho que más cavila un pobre que cien abogados, y hay quien cavila más que cien pobres y cien abogados juntos: cualquier muchacho haragán, que se ve con un libro delante, clavado en un banco. En este caso se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do silencio un sollozo que resonó por todos los ámbitos de la capilla, haciendo al jesuita enmudecer un instante, y mirarse pálidas y sobrecogidas á cuantas vieron á la Condesa de Albornoz desplomarse sobre el reclinatorio, aniquilada como el grano de mijo que machaca la piedra de molino, mordiéndose las manos para contener, como con esfuerzo sobrehumano contuvo, los gritos, los sollozos, los alaridos de dolor que parecían hervirle en el pecho, sin llegar á reventarle por los labios.

Terminó el sermón, y siguióse luego, y terminó también aquel canto suavísimo, patético grito de pecador arrepentido: *¡Perdón, oh Dios mio!*—y la numerosa concurrencia desfiló por delante de Currita, sin que levantase la cabeza ni hiciera un movimiento, como si la vergüenza de su vida entera la tuviese allí sujeta, clavada, ante las miradas curiosas, compasivas y áun burlonas de sus antiguas rivales.

Quedó la capilla solitaria, y una religiosa lega que se deslizaba como una sombra, apagó las luces una á una, sin que la Condesa de Albornoz se moviese de su sitio ni diese muestras de vida....Unos brazos la rodearon al fin en aquella soledad de que solo Dios era testigo, y una voz muy conmovida le dijo muy bajo:

—Currita, hija mía...—Abajo tengo mi coche.....¿Quieres que te lleve? .....

Ella levantó la cabeza, y fijó en la que así

hablaba una mirada hosca, medrosa, que no parecía tener conciencia de la realidad, y reflejaba como en dos vidrios profundos todos los asombros y todas las agonías..... Reconoció al fin á la Marquesa de Villasis, y el rostro de la pecadora, rojo de vergüenza por primera vez en su vida, ocultóse en el casto pecho de la mujer fuerte, balbuceando entre sollozos:

—¡Sí, sí!...—A donde no me vea nadie.... A Chamartin con mi hija.....

La niña no se sorprendió al verla....Había ofrecido aquella tarde, por aviso del P. Cifuentes, el sacrificio de su vida, y esperaba confiada y serena, como esperan las lágrimas del pecador los ángeles de la guarda.....

IX.

Se ha dicho que más cavila un pobre que cien abogados, y hay quien cavila más que cien pobres y cien abogados juntos: cualquier muchacho haragán, que se ve con un libro delante, clavado en un banco. En este caso se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hallaba aquel día en el estudio del colegio de Guichon Alfonsito Telles Ponce, alias *Tapón*, piel del diablo, corazón de ángel, enredador como él solo, ídolo y tentaciòn perpetua de sus compañeros, encanto y purgatorio eterno de sus maestros.

Sus propósitos no podían, sin embargo, ser aquella mañana mejores, ni sus intenciones más rectas: celebrábase el día siguiente el santo del P. Rector, con una jira de campo famosísima, allá en la playa de Biarritz, y el mísero Tapón, condenado por tres ó cuatro sentencias á recluimiento perpetuo, proponíase con un día entero de observancia completa, alcanzar el indulto general de sus condenas, y el sobreseimiento de las diez ó doce causas que por diversos atentados, conatos ó infracciones de la ley, se le seguían ante el tribunal del P. Prefecto.

Levantóse, pues, de un salto al primer toque de la campana, lavóse sin derramar una gota de agua, y sin otro percance que el de meter un piè en el orinal y hacerlo añicos, sin intención deliberada, por supuesto, púsose en formación muy derechito, entrò en la ca illa y oyó Misa lo mismo que un San Luis Gonzaga.

Bueno iba aquello; mas al salir del sagrado recinto dióle un brinco el diablo en el cuerpo, y sin poderlo remediar tiró al compañero que marchaba delante en las ordenadas filas, del pañal de la camisa, que impúdicamente le asomaba por debajo de la blusa. En la sala de

estudio rezó el *actiones nostras* con devoción suma, sacudió un papirotazo á su vecino de la derecha, arrastrado por la fuerza de la costumbre, tiró al suelo los libros del de la izquierda, por una necesidad casi de su temperamento, y abriò la tapa de su cajón con mucha formalidad.

Iba á ponerse á estudiar, y no de cualquera manera ni cualquiera cosa: sus estudios de retórica habian ya terminado el año ùltimo, y acababa de asistir á la toma de Troya y á la fundación de Roma: habia bebido con Horacio en las cascadas del Tiber, admirado á las abejas con Virgilio, salvado á la Repùblica con Cicerón, y alborotado en las plazas de Grecia con Demóstenes. Tocábale aquel año dedicarse á la sublime ciencia del calculo, y habìa obtenido ya por orden de su profesor la medida del campanario del pueblo, con un error aproximado de dos kilómetros: aquel día, proponíase nada menos que determinar el rádio de una esfera, y sacó con toda diligencia el libro de texto, la caja de compases y el blanco papel inmaculado, en que habìa de desarrollarse el importante calculo.

El P Bonnet, inspector en el estudio, mirábale desde lo alto de la tribuna, asombrado de tanta laboriosidad, creyendo tener ante los ojos la conversión de San Agustín, ó el trueque de Saulo en Pablo.

Con un rápido movimiento del compás trazó Tapón una esfera limpia y correcta, como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la luna en su plenilunio. ¡Magnífico! Redonda era como el mundo... Parecía una carita... ¡Justo! una carita... Igual, idéntica á la de Mme. Dous, la tendera que vendía pelotas en los portales de Bayona. ¡Qué casualidad!..... Tapón marcó con mucha habilidad dos puntos para tomar los rádios con que había de trazar dos arcos que se cortasen, y se afirmó en su creencia..... Aquellos dos puntitos parecían, sin duda alguna, los ojos de Mme. Dous, redondos, pequeños, abiertos como con un tumzón. El parecido era exacto: tan solo le faltaba el moñito en lo alto de la cabeza, y para que nada le faltase, pintó Tapón á la esfera un moñito en la parte superior; dibujóle luego unas narices en el punto en que debieron encontrarse los dos malogrados arcos, púsole por debajo una boca bigotuda, añadióle después dos orejas con pendientes, y en menos de un cuarto de hora encontró la cara de Mme. Dous, en vez de encontrar el rádio de la esfera.

Satisfecho de su hallazgo, mostrólo á sus dos vecinos: una mano aleve avanzó entónces por detrás, y arrancóle de las suyas la obra maestra ¡Santo Dios!...Volvióse Tapón asustado, y encontróse frente á frente con el P. Bonnet. ¡Bonita ocasión para presentarle su petición de indulto!.....

—¿Así preparaba V. la clase, señor de..... Tapon?...—dijo el ministro de la justicia con voz formidable.

Y el señor de Tapón, sobrecogido, pero con mucha dignidad, aseguró, puesta la mano sobre el pecho, que había sido una distracción, que le había hecho sin poderlo remediar....

—Pues sin poderlo remediar se quedará usted hoy sin postres... y mañana por supuesto, sin campo.....

Tapón se echó á llorar acongojado, empujó por la izquierda el libro de texto, alojó de sí por la derecha la caja de compases, y apoyando la cabeza en ambas manos, quedóse absorto á través de sus lágrimas, en la contemplación del tintero de peltre que tenía delante. Una mosca paseaba por sus bordes, alargando de cuando en cuando la sutil trompilla, haciendo vibrar, al cruzarlas con las patas traseras, las pardas y transparentes alas. Parecía la mosca meditabunda, y ocurriósele á Tapón cazarla, para alivio de sus penas; mojóse con saliva los extremos del pulgar y el índice, y alargó la mano suavemente: la incauta mosca salió del tintero á la mano traicionera, dió una carrerita, y acercóse al fatal lazo. Tapón apretó entónces los dedos, y pillóla por las patas.....La mosca protestaba muy indignada, batiendo las alas con ciarto zumbido lastimoso.

Presa en estrecho lazo
La codorniz sencilla,
Daba quejas al viento
Ya tarde arrepentida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tapón, inexorable, resolvió convertirla en ministro de sus venganzas; cogió un fino papel de seda, escribió en él: —¡Muera el Padre Bonnet!—y retorciendole muy bien una puntita, clavólo por detrás á la prisionera. Abrió luego la mano y la mosca echó á volar, arrastrando la larga cola, á modo de ave del paraíso.

El gozo de Tapón fué imponderable: había realizado la teoria de las *palomas mensajeras*. Puso manos à la obra, y en menos de diez minutos revoloteaban por el estudio una docena de moscas, llevando de una á otra parte el grito subversivo de: -¡Muera el P. Bonnet!— La sedición prendió al punto por el ámplio recinto encontrando por todas partes imitadores y áun reformistas: uno puso en rojos papelitos:—Viva la libertad!—otro se adelantó á poner; -¡Abajo los jesuitas!—y un tercero, hijo de un emigrado, destrozò una caja de bombones, para estampar en ligero papel azul, el grito retrógado de:—¡Viva Carlos VII! .....

Aquello fué una manifestación general de simpatias personales é ideales políticos, y no hubo uno solo entre aquellos hombres de estado, capaces de regir al país de Liliput, que no manifestase sus opiniones, por medio de las nuevas palomas mensajeras. Tan solo Paco Luján, inclinado sobre su pupitre, aunque sin ocuparse mucho del libro que tenía delante, limitàba á seguir á veces con la vista el vuelo de las palomas mensajeras, sonriendo benèvolamente, pero sin tomar parte en el clandestino entretenimiento. A su espalda, un muchacho mayorcito, de frente estrecha, tipo malayo y rastrera expresión de envidia, que habia tenido con él varias reyertas y sufrido más de una vez el empuje de sus poderosos puños, escribia con mucho disimulo en un trozo de papel de fumar, un largo letrero; púsolo después, según el sistema Tapón, á una mosca muy gorda, y mirando antes à todas partes con recelo, arrojóla á hurtadillas por encima de la cabeza de Paco: mantúvose la mosca un momento en el aire, y arrastrada por el peso del espurio rabo, posóse al fin en la espalda del chico que Luján tenía delante. Rióse éste al verla, y extendiendo la mano prontamente, cogióla por el papel; la mosca echó á volar dejando su molesto apéndice en manos del niño, y la pobre criatura, alborozado con la presa, púsose à leer el contenido de la misiva..... Mas su gozo desapareció de repente, tornàndose lívido al descifrarla, dando una media vuelta en el asiento cual si le hubiesen aplicado un hierro candente, fijando una mirada de odio feroz, de rabia pronta á desbordarse en el infensivo Tapón, que muy alborozado lanzaba al aire en aquel momento su décimo sexto clamor de:—¡Muera el P. Bonnet!—A espaldas de ambos, seguía el malayo con maligna curiosidad aquella muda escena, que tenía à la vez mucho de infantil y de terrible.

Paco Luján volvió lentamente la cabeza hasta esconderla en ambas manos como anona-

dado: clavóse en ella los agarrotados dedos temblando de rabia. y dos lágrimas, dos lágrimas de esas que rara vez se derraman à los quince años, brotaron de sus ojos, y surcaron sus mejillas; la ira las secó al punto, como se ca una gota de agua el simun del desierto... Habia leído en aquel papel una grosera cho carrería en que se mezclaban el nombre de su madre y encubiertamente el de Jacobo, firmada por el hijo de aquel hombre odiado, el mismo Alfonsito Tellez, el inofensivo Tapòn, el *diablillo de color de rosa*, como le llamaba el Rector del colegio, para expresar al mismo tiempo su sencillez de ángel y su travesura de diablo. ¡Qué golpe aquel tan inesperado y tan horrendo! .....

El niño, avezado à callar por el largo y silencioso sufrir de su corta vida, calló una vez mas devorando su rencor y sus lágrimas, y una hora después, cuando la campana llamaba á los alumnos á clase. Paco Luján no dió señales de haberla oido y siguiò clavado en el banco, con la cabeza entre las manos, sin más muestras de vida que los frecuentes estremecimientos nerviosos que recorrían todo su cuerpo. Creyóle dormido el P. Bonnet, y separóle las manos del rostro: vió entónces su frente arrebatada, sus ojos brillantes y extraviados, y palpó sus manos ardorosas

—¿Qué es eso, hijo?...—¿Estas malo?...¿Tienes calentura?.....

—No...no...no tengo nada;—replicó el niño con forzada sonrisa.

Y arrancándose bruscamente de las manos del Padre, echó á correr hacia la clase.

Jamás hubo despertar tan alegre, como el que tuvieron allí otro dia los colegiales de Guichon; tenía aquello algo de despertar de los pájaros cuando en una mañana de Mayo se lanzan del nido, al primer rayo de la aurora, y estalla su alegria, ruidosa, alborotada, comunicativa, derramándose por entre el follaje de los árboles como una cascada de alegres trinos, que llega hasta el fondo del alma y la conmueve, la arrastra y despierta en ella paz, gozo, consuelo y plácida gratitud hacia Dios. La alegre charanga del colegio sustituyó aquel dia á las severas campanadas, que arrancaban de ordinario á los alumnos de la profunda quietud del sueño de la infancia, para arrojarlos en los pequeños azares, inmensos para ellos, de la vida de estudiantes; cien vivas atronadores al P. Rector se unieron al punto á los acordes de la mùsica, y la alegrìa desbordada, la vida bulliciosa que rebosaba en aquellos cuerpecitos inundó de repente dormitorios, pasillos, y el colegio entero, yendo á estrellarse á las puertas de la capilla, por una de esas ràpidas mutaciones, increibles en los niños, que prueban el poder inmenso de la disciplina, y la fuerza irresistible que en toda multitud ejerce la autoridad que sabe hacerse amar y respetar. Reinó allí un silencio profundo, oyóse Misa con devota compostura, y tomòse luego un parco desayuno; hubo entón-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ces un momento de expectación general, de angustiosa perplejidad .....

Apareció el P. Prefecto, el temido ejecutor de las solemnes justicias, y mandó salir de las filas á Tapón y á otros seis sentenciados. Pintóse la consternación en todas las caritas, y mientras pálidos y contritos se alineaban los reos á la izquierda, notóse en la multitud ese desasociego que precede siempre en ellas, à las resolusiones heròicas ó desesperadas. Un chiquillo regordote salió al cabo de las filas, colorado como un tomate, y acercándose al P. Rector que en aquel momento llegaba, díjole con heróica magnanimidad:

—¡Que vayan al campo esos...—Yo me quedo, si señor, yo me quedo por ellos.

Una exclamación de entusiasmo acogió la abnegación del heroe, y el Rector, extendiendo la mano con ademan imponente, dijo muy grave:

—Usted, señor abogado de causas perdidas, se irá al campo ahora mismo..... y esos siete señores se quitarán al momento de mi vista...

Aquí tornó el Rector á alzar la mano, como si se fuese á descargar el rayo vengador de la justicia, y concluyó con tremenda severidad:

—Yéndose al campo también.

La severidad del Rector se deshizo entónces en una alegre carcajada, y una gritería inmensa cogió la proclamación del indulto, mientras las gorras subian por lo alto en alas del entusiasmo y los reos perdonados y el intercesor generoso, eran llevados en triunfo con cariñosa fraternidad.

Pusièronse todos en marcha, á través de aquellos campos floridos, aquellas verdes praderas, bosques espesos y preciosas casitas rodeadas de jardines, que adornan todo el camino desde Guichon hasta el mar. Extendiase éste por detrás de Biarritz, estrellándose contra las rocas con furor inmenso, amenazador é imponente bajo aquel límpido azul y con aquel sosegado tiempo, como un gesto de terrible cólera en el rostro de una serena divinidad.

Más allá de la playa de los vascos, en una alta y escondida explanada que forman las rocas no lejos de cierta *villa* deliciosa, hizo alto la alegre turba, dispuesta à sentar allí sus reales para comer y sestear. La comida era sustanciosa y el apetito excelente, y sentados en el suelo en grupos de diez ó doce, comenzaron los chicos aquel festín delicioso, á que las brisas del mar prestaban su frescura, los rayos del sol sus resplandores, y la alegría de la infancia su graciosa locuacidad. Los inspectores les vigilaban yendo de un lado á otro, tomando parte en sus conversaciones, fomentando sus bromas y sus risas, y evitando con su presencia los excesos sin disminuir con ella la alegría y la expansión. En una de sus rondas tropezóse el P. Bonnet con Paco Luján sentado á la turca en uno de los grupos más numerosos; parecióle el niño preocupado y ta-

citurno, y observó ante él su plato vacío, y puesta sobre la servilleta, su parte de pan intacta. Uno de sus compañeros, denunciólo al punto gritando:

—Padre...—Luján no come.....

Volvióse él rápidamente, y con forzada jovialidad contestó:

—¿Que no como?—...—¡Vaya si como!..... ¡Mira!.....

Y bebióse de un trago, sin resollar siquiera, un vaso lleno de vino hasta los bordes: mostróse desde entónces alegre, hablador y chancero, y levantándose de repente, comenzó á dar vueltas de un lado á otro, como si buscase algo. Había ya terminado la comida, llegaba á lo sumo la alegría, y los chiquillos, dispersos por todos lados, comenzaban á organizar diversas partidas de juegos: en lo alto de una roca montado á caballo sobre uno de sus salientes, hallábase Tapón muy afanado en mangas de camisa, armando con una caña abandonada y un largo bramante, un aparato de pesca. Acercósele Luján por detrás, y poniéndole una mano sobre el hombro, díjole con voz extraña:

—¡Tapón...—ven acá!....

Levantó éste los ojos, y á la vista de aquel pàlido rostro y aquel torvo ceño, inmutóse mucho: soltó al punto la caña, tercióse al hombro en silencio la chaqueta, y levantóse dócilmente:

—Anda delante,—dijo Paco.

Arrancaba de allí un senderito abierto en la misma roca, que entre picos y grandes peñascos llegaba hasta la playa baja que azotaban las olas, y por allí comenzaron á bajar los niños, silenciosos ambos, sorprendido y azorado Alfonso, pálido el otro y torva la mirada, arrastrados los dos sin saberlo, por la desventura más digna de lástima que existe en la tierra: la que acarrean al inocente los delitos del culpable.

Cuando llegaron á lo màs hondo de la playa, donde los pequeños se erguían solitarios, y el ruido del mar ensordecía y espantaba, y ya no se escuchaba la algazara de los niños ni se descubría rastro alguno de hombres, volvióse Tapón lleno de zozobra y miró á su compañero tímidamente; mas éste, empujándole hacia delante, le dijo:

—¡Anda!...—¿Tienes miedo?....

Terminaba el senderito que seguìan en una reducida explanada, rodeada por todas partes de rocas, que la amplea-mar cubría por completo, y salpicaban entònces las olas con blancos espumarajos, dejando al retirarse, en el declive, una pequeña hondonada, una especie de pozo lleno de agua que cubriría á ambos niños hasta la cintura. Pegóse Tapón á la roca más lejana, que le cortaba la salida, volviéndose de nuevo muy pálido y asustado, y con el ansia mortal de la zozobra, con la desfallecida voz del miedo, dijo muy bajo:

—¿Qué quieres?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y el otro, dando entónces rienda suelta á la rabia que le ahogaba, al rencor contra el padre de aquel inocente, fuera ya de su alcance, que por tantos años habia fomentado en el fondo de su pecho, con la paciencia con que se afila la hoja de un cuchillo, gritó con voz terrible, sacudiéndole con una mano por un brazo, poniéndole el puño cerrado de la otra junto al rostro mismo:

—¿Qué quieres?...—¡Matarte es lo que quiero! ..Romperte el alma....Tirarte al agua; que uno de los dos no vuelva al colegio.....

Y sacando del bolsillo el funesto papel arrancado à la mosca el dia antes, púsolo ante los ojos de Tapón, dilatados por el espanto, y tornó á gritarle livido de ira:

—¿Conoces esto?....

El niño fijó un momento los ojos en aquel papel desconocido á que la mano que lo sostenía comunicaba temblores de rabia, y el pudor de su alma inocente tuvo fuerzas para colorear en sus mejillas por un momento, la azulada palidez del espanto. Movió la cabecita y cerró los ojos, apartándolos.

—Eso es malo,—dijo.....es pecado....

—¿Pecado y tú lo has escrito?—bramó el otro en el paroxismo de la rabia.

Y de una terrible bofetada arrojóle al suelo cuándo largo era, y lanzóse luego sobre él, dando roncos gritos de furor, vomitando contra el padre y la madre y el niño mismo, horrendos insultos, que parecian hincharle la garganta como si no hubiera en ella espacio bastante para arrojarlos, dándole puñadas, pateandole todo el cuerpo, mesándole los cabellos y sacudiéndole la cabaza contra las rocas, hasta que rendido y jadeante, vióse de improviso las manos llenas de sangre....Entónces dió un paso atrás, pálido y descompuesto, y sucedióle al punto, en un segundo, lo que sucede á todos los corazones generosos cuando pasa en ellos el vértigo horrible de la venganza, y ven ya á su víctima indefensa y aniquilada, tendida à sus piés: una gran piedad hacia aquel pobre niño, en quien había querido él, sin conseguirlo del todo, acumular el odio inmenso que profesaba á su padre, invadiò su pecho y despertó su corazón, y con voz queda, enternecida casi, alargóle su propio pañuelo, diciendo:

—Tapón...—tienes sangre.....

El niño procuraba incorporarse exhalando ayes lastimeros, repitiendo siempre con acento de verdad profunda:—¡Yo no he sido!...¡Yo no he sido!—Y con desgarradora expresión de pena, como si le dolieran màs en el alma, que sus heridas le dolían eñ el cuerpo, los insultos que había oido contra su padre y su madre, repetia lastimeramente:

—Mi padre ha muerto...—Yo no le conocì ...Pero mi mamá es santa, santa...¿Sabes tú?... ¡Santa!.....

Paco Luján sintió que el corazón entero se le derretia en lágrimas, y acudió á sostener al niño, que parecía próximo á desfallecer, tenia

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

una herida en la frente, y manaba de ella sangre en abundancia, que corría por su rostro y tenía ya su camisa. Ayudóle á levantar, sosteniéndole por debajo de los brazos, y arrastróle suavemente para levantarle la herida, hacia el pozo que la marea baja dejaba al descubierto, colocado al pié de una roca, en la orilla misma del mar. El niño se dejaba conducir con entera confianza, apoyando la vívida cabecita, blanca cual un jazmin cortado á la mañana, en el hombro de Paco. Notó en tónces éste que había olvidado el pañuelo allá arriba, en el sitio del combate, y volvió corriendo en su busca; el niño mientras tanto, desasosegado y sin tino, sintiendo tras aquella conmoción tan ruda la natural congoja del vómito, inclinóse demasiado sobre la roca, y cayó rodando hasta el mar...Una ola inmensa que reventaba en aquel momento en la playa, asióle con sus mil garras de espuma, y en su tremenda resaca, arrebatóle hacia dentro.

Luján lanzó un alarido horrible, incomprensible en el aparato eufónico de un niño, y se quedó con el pelo erizado y los brazos rígidos y extendidos hacia aquella ola inmensa que barría del mundo á un inocente, cumpliendo una tremenda justicia de Dios.

Su estupor horrendo duró solo un minuto... Sabía él nadar.....y lo sacaría, sí, lo sacaría aunque tuviera que bajar á lo profundo, aunque tuviera que hacer trizas la cabeza contra los escollos del fondo, y luchar allí á brazo partido con el terror y la muerte...Y se arran-

caba las ropas, y las tiraba á su paso, y trepaba por las peñas lanzando gritos, dejando en ellas sin sentirlo, pedazos de la piel de sus piernas desnudas, de su pecho jadeante y comprimido por la espantosa presiòn del horror... Llegó á la roca más alta, la más saliente é inclinada hacia el abismo, y agarrando á la punta rasgándose el pecho contra las asperezas de la peña, tendió los ojos fuera de las órbitas por aquella extensión inmensa, buscando una señal, un punto negro, un ligero estremecimiento en la superficie del agua...¡Nada!..... ¡nada más que aquellas olas tan azules y tan bellas á pesar de catàstrofe tan horrenda, aquel cielo tan puro y tan radiante, à pesar de horror tan profundo! .....

—¡Jesucristo!...¡Virgen Santísima!.....¡Qué salga, que perezca!...¡Madre de afligidos!...te doy mi vida en cambio!...¡Si yo no le odio, si le quiero, si le amo...si amo à su padre mismo!... ¡Señor mio Jesucristo, perdón...me pesa!...Si él era bueno...La mala era mi madre...ella... ella.....

Se levantò rígido, tieso como un muerto, pareciendo que se alargaba su estatura hasta crecer la mitad...Allí...allí. allá lejos, á veinte brazas de aquella roca, se agitaba el agua un poco, se formaba un remolino, aparecía un punto negro...Sí, sí, no había duda...¡Jesucristo!..Una manita crispada, que se alza pidiendo socorro!.....

Y como una exhalación describió un arco en el aire y se hundió en el mar la otra vícti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ma, lanzando un grito de piedad que halló su memoria en lo más profundo de los recuerdos de su infancia, y puso la Reina de los ángeles en sus labios, como una prenda de perdón, en aquella hora suprema:

¡Virgen del Recuerdo dolorida!
¿Te acordaras de mi?

Viósele nadar veinte brazas con la enérgica desesperación de la agonía, hundirse una vez, aparecer otra, tornar otra vez á hundirse, salía á flote de nuevo, no una, sino dos cabecitas, pegadas, juntas, rubia la una, negra la otra, y sumergirse otra vez las dos formando un ligero vértice, unas suaves espumas, borrosas, imperceptibles en aquel mar inmenso, ilimitado, roto tan sólo en el lejano horizonte, por una velita blanca que se divisaba à lo lejos....

Al día siguiente, unos pescadores de Guetary encontraron atravesados en una roca los cadáveres de los niños, abrazados estrechamente áun después de la muerte...En las ansias y rudo combate de aquella agonía tremenda, el escapulario de uno había pasado tambièn al cuello del otro, y descansaba, como una contraseña del cielo, sobre los pechos de ambos.

Jamás se supo á cuál de los dos había pertenecido en vida, la santa enseña. Era el escapulario de la Virgen del Recuerdo.....

FIN DEL LIBRO CUARTO.

EPILOGO.

La campana del santuario de Loyola había tocado ya el último toque de Misa, y el Hermano portero luchaba á brazo partido en la misma puerta, con una de esas beatas pegajosas, ávidas siempre de santa curiosidad, propaladoras incansables de nuevas místicas que creen asegurar el triunfo de la Iglesia y la extirpación de las herejías, propagando entre fieles é infieles que el Padre A, estornudó dos veces seguidas, ó que al Padre B, se le descosió la borlita del solideo.

Una señora enlutada salió entónces de la vecina Hospederìa, atravesó lentamente el prado, y subió las escaleras que llevan al santuario. Era una mujer alta, joven aún, que parecía agobiada por el peso de una de esas in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ma, lanzando un grito de piedad que halló su memoria en lo más profundo de los recuerdos de su infancia, y puso la Reina de los ángeles en sus labios, como una prenda de perdón, en aquella hora suprema:

¡Virgen del Recuerdo dolorida!
¿Te acordaras de mi?

Viósele nadar veinte brazas con la enérgica desesperación de la agonía, hundirse una vez, aparecer otra, tornar otra vez á hundirse, salía á flote de nuevo, no una, sino dos cabecitas, pegadas, juntas, rubia la una, negra la otra, y sumergirse otra vez las dos formando un ligero vértice, unas suaves espumas, borrosas, imperceptibles en aquel mar inmenso, ilimitado, roto tan sólo en el lejano horizonte, por una velita blanca que se divisaba à lo lejos....

Al día siguiente, unos pescadores de Guetary encontraron atravesados en una roca los cadáveres de los niños, abrazados estrechamente áun después de la muerte...En las ansias y rudo combate de aquella agonía tremenda, el escapulario de uno había pasado tambièn al cuello del otro, y descansaba, como una contraseña del cielo, sobre los pechos de ambos.

Jamás se supo á cuál de los dos había pertenecido en vida, la santa enseña. Era el escapulario de la Virgen del Recuerdo.....

FIN DEL LIBRO CUARTO.

EPILOGO.

La campana del santuario de Loyola había tocado ya el último toque de Misa, y el Hermano portero luchaba á brazo partido en la misma puerta, con una de esas beatas pegajosas, ávidas siempre de santa curiosidad, propaladoras incansables de nuevas místicas que creen asegurar el triunfo de la Iglesia y la extirpación de las herejías, propagando entre fieles é infieles que el Padre A, estornudó dos veces seguidas, ó que al Padre B, se le descosió la borlita del solideo.

Una señora enlutada salió entónces de la vecina Hospederìa, atravesó lentamente el prado, y subió las escaleras que llevan al santuario. Era una mujer alta, joven aún, que parecía agobiada por el peso de una de esas in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mensas desventuras que inclinan el cuerpo á la tierra, como buscando en ella el consuelo y la paz. El negro crespón que sombreaba su frente sin ocultarla del todo, dejaba ver unos ojos rojos en que ya había lágrimas, un rostro marchito, óvalo perfecto en que se veía, por decirlo así, incrustada una conmovedora expresión de dolor eterno.

Al pasar ante el Hermano, saludóla este con muestras de gran respeto, y la beata, ansiosa siempre de noticias, preguntóle su nombre.

—La Marquesa de Sabadell,—contestó el hermano.

La beata dejó escapar una exclamación de asombro, y con cierta compasiva admiración siguió á la dama con la vista, hasta verla desaparecer por la gótica puerta del antiguo solar de Loyola.

Un cochecillo desvencijado, tirado por dos flacos rocines del país, entró al mismo tiempo por el puente de Catalangua, atravesó velozmente el prado, y vino á detenerse al pié de la escalitana. Apeóse una señora también enlutada, muy flaca, muy pequeñita, ocultando como la otra entre los negros crespones un rostro consumido y lleno de pecas, y unos cabellos rojos mezclados de blanco. Nadie la conocía en el país: habíase establecido aquel verano en un caserío muy bien acondicionado, cerca de los baños de San Juan, y veíasela á menudo desde el camino, pasear por la huerta acompañando á un caballero muy gordo, al

parecer idiota, que lanzaba gritos extraños y tristes risotadas, y no se movia de un carrito de que tiraba á veces un borriquillo pequeño, otras un criado, algunas, con bastante frecuencia, la señora misma. Los caseros de las cercanías, llamábanla *Gorrilla*, esto es, *la roja*.

Al hermano portero no le era, sin embargo, desconocida la dama, y saludóla también á su paso, con mucha atención y deferencia. La beata, con redoblada curiosidad, tornó á preguntar así mismo, el nombre de ésta.

—La condesa de Albornoz,—replicó secamente al portero.

Penetró ésta también en la santa Casa, y subió al famoso santuario, lleno en aquel momento de fieles de todas clases, mezclados y confundidos el señor y el labriego, la dama y la casera, con ese aire de confianza, esa perfecta igualdad, que muchos pregonan,, y solo se comprende y se practica en el santo templo de Dios. La Albornoz pasó rosando con su traje el traje de su infeliz prima, y fué á arrodillarse sin reparar en ella, á cuatro pasos de distancia. No sucedió lo mismo á la Marquesa de Sabadell: vióla muy bien ésta, la conoció al punto, y el temblor de sus manos, el gesto expontáneo de horror con que apartó la vista, el ansia cruel con que se levantó su pecho, sin que pudieran exprimir sus vaivenes una sola lágrima, como si se hubiese agotado ya en aquel corazón el manantial de ellas, revelaron claramente la impresión horrible que le hacía la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

presencia de aquella mujer funesta, que encontraba por primera vez después de tantas desgracias.

Comenzó la Misa ante la imagen de San Ignacio, del lado de allá de la reja; la de Albornoz, flaca y macilenta, paseó á poco la vista por todas partes buscando algún sitio en que sentarse, y no hallàndolo, hizolo humildemente en el suelo, sobre las frías losas: un anciano pobre mendigo de Azpeita, levantóse al punto del extremo de un banco, y quiso cederle su puesto; mas ella, agradeciéndoselo con cariñosa sonrisa, no lo aceptò.

Llegó al fin la hora de la Comunión, el sacerdote abrió el tabernáculo, volvióse al pueblo y bendijo á pobres y ricos, grandes y pequeños, inocentes y arrepentidos, verdugos y víctimas...Todas las cabezas se inclinaron, doblàronse todas las rodillas en el más profundo silencio.....

—*¡Ecce agnus Dei: ecce qui tollit peccata mundi!*.....

—Varios hombres y mujeres se adelantaron, y fueron á arrodillarse ante el comulgatorio: entre ellos iban la Marquesa de Sabadell y la Condesa de Albornoz, las dos rivales, el verdugo y la víctima, la mujer inocente y la cínica escandalosa.

Pasó largo rato: terminóse aquella Misa, y salió después otra, y poco á poco fueron desapareciendo los fieles, quedando al fin sola la Albornoz, arrodillada delante, sin poderse

sostener apenas, imagen viva de la humildad, aniquilada ante la misericordia. Detrás estaba la Marquesa de Sabadell, arrodillada á larga distancia, sintiendo por primera vez, después de la muerte de su hijo, el consuelo inefable de las lágrimas.

De repente hizo Currita un penoso esfuerzo para levantarse, y la otra se levantó también prontamente, y salió de la capilla, deteniéndose del lado de allá de la puerta, junto á la pila del agua bendita. .. Allí la encontró la Albornoz, y diò un paso atrás al verla, pàlida cual un espectro.

Mas ella, dando otro paso adelante, hizo un solo movimiento, una mera *pequeñez*, de esas que asombran á los hombres y regocijan á los ángeles.

Metió la mano en la pila del agua bendita, y se la ofreció con la punta de los dedos.

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

